

novela

Donna W. Cross

LA PAPISA



Donna Woolfolk Cross

LA PAPISA

COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES

Prohibida su venta



Biblioteca que difunde lectura y cultura gratuitamente
para el desarrollo de los sectores más desposeídos.
Súmete como voluntario o donante , para promover
el crecimiento y la difusión de este proyecto

Referencia: 4456

www.lecturasinegoismo.com

Si usted puede financiar el libro, le recomendamos
que lo compre en cualquier librería de su país o
escaneando el código QR con su celular



Título Original: Pope Joan: A Novel
© Donna W. Cross
Título en español: La Papisa
Ediciones Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Lengua: ESPAÑOL
Encuadernación: Tapa blanda
ISBN: 9788498382648
Año edición: 2010
Plaza de edición: BARCELONA
Nº de páginas: 416 págs.

INDICE

Sinopsis

Agradecimientos

Prólogo

Nota de la autora

Cronología de los hechos más importantes de la novela

Notas

Sinopsis

Esta obra de ficción histórica que, en la Edad Media, una mujer se sentó en el trono papal durante dos años. Es la leyenda de la papisa Juana. Cuenta la historia de una mujer que ejerció el papado católico ocultando su verdadero sexo. El pontificado de la papisa se suele situar entre 855 y 857, es decir, el que, según la lista oficial de papas, correspondió a Benedicto III, en el momento de la usurpación de Anastasio el Bibliotecario. Otras versiones afirman que el propio Benedicto III fue la mujer disfrazada y otras dicen que el período fue entre 872 y 882, es decir, el del papa Juan VIII. Esta novela tiene todos los elementos que uno quiere en un drama histórico-amor, el sexo, la violencia, encubrimientos y secretos. La Iglesia Católica durante mil años ha hecho todo lo posible para negar esta vergüenza. Independientemente de si uno cree en Juan como Papa, esta es una historia convincente, llena de todo tipo de tradiciones: la brutalidad de la Edad Media, intrigas del Vaticano, la política y el favoritismo y, sobre todo, el lugar de la mujer en la Iglesia y en el mundo.

*Para mi padre, William Woolfolk,
y no hacen falta más palabras.*

Agradecimientos

Por haberme ayudado en mis investigaciones estoy en deuda con Lucy Burgess, de Cornell; Caroline Suma, del Pontifical Institute for Medieval Studies de Toronto; Eileen DeRycke, de Syracuse University; Elizabeth Lukacs, de Lemoine College; doctor Paul J. Dine, doctor Arthur Hoffman y señor John Lawrence, así como con el personal de las bibliotecas de Vassar y Hamilton College, Universidad de Pensilvania y Universidad de California, de Los Ángeles. Un agradecimiento especial a Linda McNamara, Gail Rizzo y Gretchen Roberts, de Onondaga Community College, que trabajaron con incansable energía e inteligencia para conseguirme muchos libros raros de diversas bibliotecas tanto de este país como del extranjero. Gracias también a Lil Kinney, Liz Liddy y Susan Brown, expertas investigadoras que lograron rescatar mucha información poco difundida sobre el siglo IX.

Muchas personas leyeron el manuscrito en diversas fases y aportaron su saber de expertos. Estoy agradecida al doctor Joseph Roesch, a Roger Salzmann, Sharon Danley, Thomas McKague, David Ripper, Ellen Coin, Maureen McCarthy, Virginia Ruggiero, John Starkweather, y a mi madre, Dorothy Woolfolk. Sus sugerencias mejoraron mucho el libro.

También querría dar las gracias a mi agente, Jean Naggar, que se arriesgó a partir de un manuscrito sin terminar; a mi primera correctora de la editorial Crown, Irene Prokop, cuya energía y entusiasmo por el libro fueron muy estimulantes; y a Betty A. Prashker, que ocupó el lugar de Irene cuando ésta se marchó.

Es profunda mi gratitud para quienes me apoyaron y alentaron durante los siete años de investigaciones y redacción de este libro: mi hija Emily y mi marido Richard, en la primera línea de fuego; mi cuñada Donna Willis Cross, que creyó en mí y en este libro cuando vacilaba mi propia fe; Mary Putman, que se hizo cargo de tareas adicionales para que yo tuviera libertad para escribir; Patricia Waelder y Norma Chini, que se aseguraron de que yo dispusiera del tiempo sin interrupciones que necesitaba; Susan Francesconi, cuya compañía durante nuestras largas caminatas hizo mucho por mantener mi cordura; Joanna Woolfolk, Lisa Strick, James MacKillop y Kathleen Eisele. Como dijo William Shakespeare, «mi riqueza son mis amigos».

Y sobre todo, querría dar las gracias a mi padre, William Woolfolk, a quien el libro está dedicado con toda justicia; sin su guía constante y su aliento, nunca lo habría escrito.

Prólogo

Era el vigésimo octavo día de *Wintarmanoth* del año del Señor de 814, el invierno más crudo que se podía recordar.

Hrotrud, la partera de la aldea de Ingelheim, avanzaba penosamente por la nieve hacia el *grubenhau*s del canónigo. Una ráfaga de viento atravesó la barrera de árboles y dirigió sus dedos helados hacia el cuerpo de ella, buscando los agujeros y remiendos de sus delgadas prendas de lana. El sendero del bosque estaba cubierto de nieve; a cada paso se hundía casi hasta las rodillas. La nieve se le adhería a las cejas y pestañas; tenía que limpiarse la cara continuamente para poder ver. Le dolían de frío las manos y los pies, pese a las capas de trapos con que se los había envuelto.

Una mancha negra apareció en el sendero frente a ella. Era un cuervo muerto. Incluso aquellos duros carroñeros morían aquel invierno de hambre porque sus picos no podían desgarrar la carne de los cadáveres congelados. Hrotrud se estremeció y aceleró el paso.

Gudrun, la mujer del canónigo, había empezado con el parto un mes antes de lo esperado. «Hermoso clima para que venga la criatura —pensó Hrotrud con amargura—. En el último mes han nacido cinco niños y ninguno ha vivido más de una semana».

Una ráfaga de nieve arrastrada por el viento cegó a Hrotrud, que por un momento perdió de vista el camino, apenas visible de todos modos. Sintió un poco de pánico. Más de un aldeano había muerto así, errando en círculos a poca distancia de su casa. Intentó quedarse quieta mientras la nieve giraba a su alrededor, rodeándola de un monótono paisaje blanco. Cuando el viento amainó, de nuevo pudo distinguir el sendero. Volvió a avanzar. Ya no sentía dolor en las manos ni en los pies: los tenía completamente helados. Sabía lo que podía significar aquello, pero no podía permitirse pensarlo; lo importante era mantener la calma.

«Tengo que pensar en algo que no sea el frío».

Se imaginó el hogar en que había crecido, una próspera granja de unas seis hectáreas. La casa era cálida y cómoda, con gruesas paredes de madera, mucho mejor que las casas de los vecinos, hechas de simples tablas cubiertas con barro. En el hogar central había un gran fuego; el humo salía en espirales por una abertura en el techo. El padre de Hrotrud usaba una valiosa prenda de pieles de nutria sobre su buen *bliaud* de lino y la madre llevaba cintas de seda en su largo cabello negro. La propia Hrotrud había tenido dos túnicas de manga larga y una cálida capa de la mejor lana. Recordaba la suavidad del tacto de aquellas telas caras.

Todo había terminado tan rápido... Dos veranos de sequía y una helada mortal habían echado a perder la cosecha. En todas partes la gente se moría de hambre; en Turingia había rumores de canibalismo. Gracias a la oportuna venta de sus bienes, el padre de Hrotrud había mantenido a raya el hambre por un tiempo. Hrotrud lloró cuando se llevaron su capa de lana. Entonces le había parecido que ya no podría pasarle nada peor. Tenía ocho años y aún no conocía el horror y la crueldad del mundo.

Tuvo que atravesar otra oleada de viento con nieve, luchando contra un creciente mareo. Habían pasado varios días desde su última comida. «En fin. Si todo sale bien, comeré esta noche. Quizá, si el canónigo queda complacido, hasta tendré un trozo de tocino para llevar a casa». La idea le dio nuevas energías.

Salió al claro. Podía ver delante los borrosos contornos del *grubenhau*. La nieve era más profunda allí, pues caía sin que le estorbaran los árboles, pero siguió adelante, abriéndose paso con sus fuertes muslos y brazos, confiada en que la meta estaba cerca.

Al llegar a la puerta llamó una sola vez y entró; hacía demasiado frío para demorarse en cortesías. Una vez dentro, permaneció un momento parpadeando en la oscuridad. El invierno había tapado la única ventana del *grubenhau*; la única luz provenía del hogar y de unas pocas velas humeantes dispersas por el cuarto. Al cabo de un momento, sus ojos empezaron a adaptarse y vio a dos niños sentados junto al fuego.

—¿Ya ha nacido el niño? —preguntó.

—Todavía no —respondió el de más edad.

Hrotrud murmuró una breve oración de agradecimiento a san Cosme, patrón de las parteras. Más de una vez había perdido su paga por aquel motivo y había vuelto sin un solo *dinero* a cambio de las penurias del trayecto.

Cerca del fuego se quitó los trapos helados de pies y manos, y soltó un gemido de alarma al ver el mórbido color blanquiazulado que habían adquirido. «Virgen santa, que no los pierda». La aldea no tenía trabajo para una partera lisiada. Elías, el zapatero, había perdido su medio de vida por esa causa: lo sorprendió una tormenta al volver de Maguncia, las puntas de los dedos se le pusieron negras y se le cayeron en una semana. Ahora, flaco y harapiento, se alojaba en los atrios de las iglesias y pedía limosna.

Sacudiendo lúgubrementemente la cabeza, Hrotrud se pellizcó y frotó las manos y los pies mientras los dos niños la miraban en silencio. Verlos la tranquilizaba. «Será un parto fácil —se decía, tratando de no pensar en el pobre Elías—. Después de todo, ayudé a Gudrun a parir a estos dos sin problemas». El mayor debía de tener seis inviernos y era un niño robusto con aire inteligente. El menor, que tendría unos tres años, era de mejillas redondeadas y en aquel momento se mecía chupándose el pulgar. Los dos eran morenos como su padre; ninguno había heredado el extraordinario cabello rubio dorado de su madre sajona.

Hrotrud recordaba cómo habían mirado los hombres de la aldea el cabello de Gudrun cuando el canónigo la llevó al volver de uno de sus viajes misioneros a Sajonia. Al principio había causado escándalo el que el canónigo llevara una mujer. Algunos decían que eso estaba contra la ley, que el emperador había promulgado un edicto en el que prohibía a los hombres de la Iglesia tomar mujeres. Pero otros decían que no podía ser así porque estaba claro que sin una esposa un hombre estaba expuesto a toda clase de tentaciones y maldades. Bastaba ver a los monjes de Stablo, decían, que avergonzaban a la Iglesia con sus fornicaciones y sus borracheras. Y además el canónigo era un hombre sobrio y trabajador.

El cuarto estaba caldeado. La gran chimenea estaba llena de gruesos troncos de abedul y roble; el humo se elevaba en grandes espirales hacia el agujero del tejado

de paja. Era una casa agradable. Las tablas de madera que formaban las paredes eran pesadas y gruesas, y las juntas entre ellas estaban bien selladas con arcilla y paja para impedir que entrara el frío. La ventana había sido tapiada con fuertes tablas de roble, una medida suplementaria de protección contra el *nordostromi*, el viento helado del noreste que soplaban en invierno. El tamaño de la construcción permitía una división en tres habitaciones separadas, una que servía de dormitorio para el canónigo y su esposa, otra para meter a los animales cuando hacía mal tiempo (Hrotrud oía el suave rumor de sus pezuñas a su izquierda) y aquel en que estaba ella, el cuarto central, donde la familia trabajaba y comía y de noche albergaba a los hijos. Salvo el obispo, cuya casa era de piedra, nadie en Ingelheim tenía una casa mejor.

Las extremidades de Hrotrud empezaron a hormiguar al recobrar la sensibilidad. Se miró los dedos de las manos; estaban duros y secos y el tono azulado había dado paso al resplandor de un sano color rosado. Suspiró de alivio y decidió al punto hacer una ofrenda a san Cosme en agradecimiento. Se quedó unos minutos más junto al fuego, entrando en calor; tras dar una palmada alentadora a los niños, fue deprisa hacia el cuarto donde la esperaba la parturienta.

Gudrun yacía en una cama de turba cubierta de paja limpia. El canónigo, un hombre de cabello negro con gruesas cejas pobladas que le daban un aire permanentemente adusto, estaba sentado aparte. Saludó con una inclinación de cabeza a Hrotrud y volvió su atención al gran libro de tapas de madera que tenía en el regazo. Hrotrud había visto el libro en visitas anteriores a la cabaña, pero su presencia seguía llenándola de un horror sagrado. Era un ejemplar de la Sagrada Biblia y era el único libro que había visto nunca. Como los demás aldeanos, Hrotrud no sabía leer ni escribir. Pero sabía que el libro era un tesoro, que costaba más sueldos de oro de los que ganaba toda la aldea en un año. El canónigo lo había llevado consigo desde su nativa Inglaterra, donde los libros no eran tan raros como en Franconia.

Advirtió de inmediato que Gudrun no estaba bien. La respiración era leve y el pulso amenazadoramente rápido, todo el cuerpo se veía abotagado e hinchado. La partera reconocía los signos. No había tiempo que perder. Buscó en su mochila y sacó una cantidad del estiércol de paloma que había recogido cuidadosamente en el otoño. Volvió al hogar, lo arrojó a las llamas y observó con satisfacción cómo empezaba a elevarse el humo oscuro que limpiaba el aire de malos espíritus.

Tendría que aliviar el dolor para que Gudrun se relajara y pudiera expulsar la criatura. Para eso emplearía beleño. Sacó un puñado de pequeñas flores amarillas con venas violáceas, las puso en un mortero de arcilla y cuidadosamente las molió, arrugando la nariz ante el olor acre que exhalaban. El polvo resultante lo mezcló en una copa de vino tinto y se lo dio a beber a Gudrun.

—¿Qué es lo que le quieres dar? —preguntó el canónigo bruscamente.

Hrotrud se sobresaltó; casi había olvidado que él estaba presente.

—Está debilitada por el esfuerzo. Esto le aliviará el dolor y permitirá que el niño salga.

El canónigo frunció el ceño. Le quitó a Hrotrud el beleño de las manos, salió con él por la puerta del dormitorio y lo arrojó al fuego, donde crepitó brevemente.

—Mujer, no permitiré una blasfemia.

Hrotrud se sintió abrumada. Recoger aquella pequeña cantidad de la preciosa

medicina había significado para ella buscar durante semanas con grandes dificultades. Se volvió hacia el canónigo, dispuesta a expresar su ira, pero se paralizó al ver la mirada dura que él le dirigía.

—Está escrito... —dijo él dando un golpe en el libro—: «Parirás con dolor». ¡Esa medicina es sacríflega!

La partera estaba indignada. No había nada de sacríflego en su medicina. ¿Acaso no rezaba nueve padrenuestros cada vez que arrancaba una de las plantas de la tierra? El canónigo nunca se quejaba cuando ella le daba beleño para calmar uno de sus frecuentes dolores de muelas. Pero no discutiría con él. Era un hombre influyente. Bastaba una palabra suya sobre prácticas «sacríflegas» para que Hrotrud estuviera perdida.

Gudrun gimió desgarrada por otra contracción. «Muy bien», pensó Hrotrud. Si el canónigo no permitía el beleño, debería probar otra cosa. De su mochila sacó una tela, cortada según la medida de la «verdadera estatura de Cristo». Con movimientos enérgicos y efectivos, envolvió en ella el abdomen de Gudrun, que gimió cuando la movieron. Cada movimiento le causaba dolor, pero no podía evitarlo. Hrotrud sacó un pequeño paquete, cuidadosamente envuelto en un trozo de seda para su protección. Dentro estaba uno de sus tesoros: el hueso de la pata de un conejo que habían matado en Navidad. Lo había conseguido, tras mucha insistencia, en una cacería del emperador el invierno anterior. Con el mayor cuidado, Hrotrud raspó tres delgadas lonchas y las puso en la boca de Gudrun.

—Mástícalas despacio —le dijo.

La mujer asintió débilmente. Hrotrud esperó. Por el rabillo del ojo vigilaba al canónigo, que se concentraba con gesto ceñudo en su libro: las cejas se unían en el puente de la nariz.

Gudrun volvió a gemir y se retorció de dolor, pero el canónigo no alzó la vista. «Es un hombre frío —pensó Hrotrud—. En todo caso, debe de tener algún fuego en las vísceras, si no, no la habría tomado como esposa».

¿Cuánto tiempo hacía que el canónigo había llevado a la sajona? ¿Diez inviernos? ¿Once? Gudrun no era joven para las costumbres de los francos; tendría veintiséis o veintisiete años, pero era muy hermosa, con su largo pelo rubio muy claro y los ojos azules de extranjera. Había perdido a toda su familia en la matanza de Verden. Miles de sajones habían preferido morir aquel día a aceptar la verdad de Nuestro Señor Jesucristo. «Locos bárbaros —pensó Hrotrud— Eso no me habría pasado a mí». Ella habría jurado cualquier cosa que le pidieran, lo haría ahora mismo, si los bárbaros volvieran a invadir Franconia: juraría por cualquiera de los extraños y terribles dioses que ellos quisieran. No cambiaba nada. ¿Quién podía saber lo que pasaba en el corazón de una persona? Una mujer prudente seguía su propia conveniencia.

El fuego crepitaba; las llamas estaban bajando. Hrotrud fue a la pila de madera que había en el rincón, eligió dos troncos de abedul de buen tamaño y los puso en el hogar. Observó el fuego que los envolvía silbando y volvió a examinar a la paciente.

Había pasado una media hora desde que Gudrun había comido las raspaduras de hueso de conejo, pero su estado no evidenciaba cambios. Ni siquiera aquella

medicina tan fuerte había hecho efecto. Los dolores eran erráticos e inútiles y entretanto Gudrun se estaba debilitando.

Hrotrud suspiró cansada. Era evidente que tendría que recurrir a medidas más enérgicas.

El canónigo resultó que era un hombre problemático cuando Hrotrud le dijo que necesitaría ayuda en el alumbramiento.

—Manda a buscar a las mujeres de la aldea —le dijo en tono perentorio.

—Ah, señor, eso es imposible. ¿A quién mandaríamos? —preguntó ella, enseñando las palmas de las manos—. Yo no puedo ir porque tu esposa me necesita aquí. Tu hijo mayor no puede ir porque, aunque parece un niño listo, podría perderse con un tiempo como éste. Yo misma estuve a punto de perderme.

El canónigo la fulminó con la mirada bajo sus cejas oscuras.

—Muy bien —dijo—. Iré yo.

Cuando se levantaba de la silla, Hrotrud sacudió la cabeza con impaciencia.

—No serviría. Para cuando volvieras sería demasiado tarde. Es tu ayuda la que necesito, y rápido, si quieres que tu esposa y tu hijo vivan.

—¿Mi ayuda? ¿Estás loca, partera? Eso... —hizo un gesto desdeñoso en dirección de la cama— es cosa de mujeres, es algo sucio. Yo no tengo nada que ver.

—Entonces tu esposa morirá.

—Eso está en las manos de Dios, no en las mías.

Hrotrud se encogió de hombros.

—Para mí es lo mismo. Pero no te será fácil criar dos hijos sin madre.

El canónigo miraba a Hrotrud a los ojos.

—¿Por qué habría de creerte? Ella ha dado a luz antes sin problemas. La he fortalecido con mis plegarias. No puedes asegurar que morirá.

Aquello era demasiado. Canónigo o no, Hrotrud no toleraría que pusiera en duda su habilidad como partera.

—Eres tú el que no sabe nada —dijo en tono cortante—. Ni siquiera la has mirado. Ve a verla ahora; después dime que no se está muriendo.

El canónigo fue hacia la cama y miró a su esposa. El pelo húmedo de la mujer estaba pegado a la piel, que había adquirido un tono blanco amarillento, los ojos estaban hundidos en el rostro; salvo por la prolongada y vacilante exhalación del aliento, ya podría estar muerta.

—¿Y bien? —dijo Hrotrud.

El canónigo se volvió hacia ella.

—¡Por la sangre de Dios, mujer! ¿Por qué no trajiste a las mujeres contigo?

—Como tú mismo has dicho, señor, tu esposa dio a luz antes sin ningún problema. No había motivos para esperar que los hubiera esta vez. Además, ¿quién habría querido venir con un tiempo como éste?

El canónigo caminó hasta el hogar y volvió; repitió el trayecto un par de veces, agitado. Al fin se detuvo.

—¿Qué quieres que haga?

Hrotrud sonrió.

—Oh, muy poco, señor, muy poco. —Lo llevó de vuelta a la cama—. Para empezar, ayúdame a levantarla.

Poniéndose uno a cada lado de Gudrun, la cogieron por las axilas y tiraron hacia arriba. El cuerpo de la mujer era pesado, pero entre los dos lograron ponerla de pie; ella se inclinó contra el marido. El canónigo era más fuerte de lo que había pensado Hrotrud. Eso estaba bien porque necesitaría toda su fuerza.

—Debemos obligar a la criatura a colocarse donde debe. Cuando dé la orden, levántala todo lo que puedas. Y sacúdela con fuerza.

El canónigo asintió apretando los labios con fuerza. Gudrun colgaba como un peso muerto entre ellos, con la cabeza caída sobre el pecho.

—¡Ahora! —gritó Hrotrud.

Entre los dos empezaron a sacudir a Gudrun arriba y abajo. Gudrun gritó y trató de liberarse. El dolor y el miedo le daban una fuerza sorprendente; entre los dos apenas si podían contenerla. «Si me hubiera dejado darle el beleño —pensaba Hrotrud—, ahora sentiría la mitad del dolor».

La volvieron a bajar, pero ella seguía forcejeando y gritando. Hrotrud dio una segunda orden y otra vez la alzaron, la sacudieron y finalmente la acostaron en la cama, donde quedó medio desvanecida, murmurando algo en su bárbara lengua nativa. «Bien —pensó Hrotrud— Si me muevo rápido, todo habrá terminado antes de que recobre el conocimiento».

Metió la mano para tocar la abertura del vientre. Estaba rígida e hinchada por las largas horas de labor inútil. Con la uña del índice, que se dejaba larga con este propósito, desgarró el tejido resistente. Gudrun gimió y quedó completamente floja. Un chorro de sangre bañó la mano de Hrotrud, mojó su brazo y cayó en la cama. Al fin sintió que la abertura cedía. Con un grito de júbilo, metió la mano y cogió la cabeza de la criatura, sobre la que ejerció una suave presión hacia abajo.

—Tómala de los hombros y tira hacia atrás —le dijo al canónigo, que se había puesto muy pálido.

No obstante, obedeció; Hrotrud sintió que aumentaba la presión cuando el canónigo sumó su fuerza a la de ella. Al cabo de unos minutos, la criatura empezó a deslizarse. La madre seguía pujando con firmeza, con cuidado de no lastimar los huesos blandos de la cabeza y el cuello de la criatura. Al fin apareció la coronilla, cubierta de una película de fino cabello mojado. Hrotrud soltó la cabeza y cogió el cuerpo para que saliera primero el hombro derecho y a continuación el izquierdo. Una última presión enérgica y el cuerpecito se deslizó mojado hacia los brazos de la partera que lo esperaban.

—Una niña —anunció—. Y fuerte, al parecer —añadió al tiempo que percibía satisfecha el enérgico llanto de la criatura y su saludable color rosado.

Al volverse, pudo ver la mirada de reprobación del canónigo.

—Una niña —dijo él—. Tanto trabajo para nada.

—No digas eso, señor. —Hrotrud sintió de pronto temor de que la decepción del canónigo significara menos comida para ella—. La niña es sana y fuerte. Dios le dé vida para honrar tu nombre.

El canónigo negó con la cabeza.

—Es un castigo de Dios. Un castigo por mis pecados... y los de ella. —Dio un paso hacia Gudrun, que seguía inmóvil—. ¿Vivirá?

—Sí. —Hrotrud esperaba que su respuesta hubiera sonado convincente. No

quería dejar pensar al canónigo que podía quedar doblemente decepcionado. Conservaba la esperanza de comer carne aquella noche. Y después de todo había una razonable esperanza de que Gudrun sobreviviera. Es cierto que el parto había sido violento. Después de semejante prueba, muchas mujeres caían con fiebre y una enfermedad que las consumía. Pero Gudrun era fuerte; Hrotrud le trataría la herida con un emplasto de artemisa mezclada con grasa de zorra—. Sí, si Dios quiere, vivirá —repitió con firmeza. No creyó necesario añadir que probablemente no podría tener más hijos.

—Eso es algo, entonces —dijo el canónigo.

Fue hacia la cama y se quedó mirando a Gudrun. Le tocó con dulzura el cabello dorado, ahora oscurecido por el sudor. Por un momento Hrotrud pensó que la besaría. Pero su expresión cambió; parecía severo, incluso enfadado.

—*Per mulierem culpa successit* —dijo. «El pecado vino por una mujer».

Soltó el mechón de cabello que tenía en la mano y dio un paso atrás.

Hrotrud sacudió la cabeza. «Algo del Libro Sagrado, seguramente». El canónigo era un tipo raro, de acuerdo, pero eso no era asunto de ella, gracias a Dios. Se dio prisa en terminar de limpiar la sangre y los fluidos que ensuciaban a Gudrun, para poder volver a casa antes de que cayera la noche.

Gudrun abrió los ojos y vio al canónigo de pie cerca de ella. El comienzo de una sonrisa se congeló en sus labios al ver la expresión de los ojos de él.

—¿Esposo? —dijo temerosa.

—Una niña —dijo con frialdad el canónigo, sin molestarse en ocultar su disgusto.

Gudrun asintió con expresión comprensiva y volvió la cara hacia la pared. El canónigo se volvió para salir del cuarto, pero se detuvo un instante para echar una mirada a la recién nacida, ya envuelta y colocada en su jergón de paja.

—Juana. Se llamará Juana —anunció, y salió bruscamente.

Uno

Sonó un trueno muy cerca y la niña se despertó. Se movió en la cama, buscando el calor de los cuerpos dormidos de sus hermanos mayores. En aquel momento recordó. Sus hermanos se habían ido.

Llovía: un fuerte aguacero de primavera que llenaba el aire nocturno con el olor agrídulce de la tierra arada. La lluvia producía un sonido sordo en el tejado del *grubenhause* del canónigo, pero la gruesa capa de paja mantenía seco el interior menos en dos sitios, en los rincones del suelo de tierra apisonada donde había entrado el agua.

El viento se hizo más fuerte y la rama de un roble cercano se puso a golpear, a ritmo desigual, en la pared de la cabaña. La sombra de las ramas entraba en el cuarto. La niña contemplaba, absorta, los monstruosos dedos negros que se inclinaban sobre los bordes de la cama. La buscaban a ella, pensó, y se encogió.

«Mamá», pensó. Abrió la boca para llamarla, pero no lo hizo. Si emitía un sonido, la mano amenazante caería sobre ella. Se quedó congelada, incapaz de ordenarse a sí misma un movimiento. Después adelantó con resolución su pequeña barbilla. Había que hacerlo y lo haría. Moviéndose con cauta lentitud, sin quitar en ningún momento los ojos del enemigo, salió de la cama. Sus pies sintieron la superficie fría del suelo de tierra; la sensación conocida era tranquilizadora. Casi sin atreverse a respirar, retrocedió hacia la pared tras la cual dormía su madre. Hubo un relámpago; los dedos se movieron y alargaron, siguiéndola. Ella se tragó un grito y la garganta se le endureció por el esfuerzo. Trató de moverse muy despacio, de no lanzarse a la carrera.

Ya casi había llegado. De repente sonó un trueno encima de la casa. Al mismo tiempo, algo la tocaba por detrás. Perdió el control: se dio la vuelta para echar a correr y tropezó con la silla que había rozado con la espalda.

El dormitorio de sus padres estaba en penumbra y en silencio, salvo por la respiración rítmica de su madre. Por el sonido, la niña supo que estaba profundamente dormida: el ruido no la había despertado. Fue rápidamente a la cama, levantó la manta de lana y se deslizó bajo ella. La madre dormía de costado, con los labios ligeramente entreabiertos; su aliento cálido acarició la mejilla de la niña, que se apretó contra ella y sintió la suavidad de su cuerpo a través del delgado camisón de lino.

Gudrun bostezó y cambió de posición; abrió los ojos y dirigió una mirada adormilada a la niña. Se despertó del todo y la abrazó.

—Juana —la reprendió suavemente al tiempo que acercaba los labios al cabello suave de la niña—. Pequeña, deberías estar durmiendo.

Hablando rápido, con voz aguda y tensa por el miedo, Juana le contó a su madre lo de la mano del monstruo.

Gudrun escuchó mientras acariciaba a su hija y murmuraba palabras para tranquilizarla. Con dulzura pasó los dedos sobre la cara de la niña, que apenas si era visible en la oscuridad. No era bonita, pensaba Gudrun con tristeza. Se parecía demasiado a él, con su grueso cuello inglés y su barbilla ancha. Su cuerpecito ya era

grueso y pesado, no largo y espigado como el de los miembros de la familia de Gudrun. Pero los ojos sí eran hermosos, grandes y expresivos y de color intenso, verdes, con círculos grisáceos en el centro. Cogió un mechón del cabello de la niña y lo pasó entre los dedos, maravillada por el modo en que brillaba aun en la oscuridad. «Mi cabello. —No el áspero pelo negro del pueblo cruel y oscuro de su marido—. Mi hija. —Enroscó el mechón de cabello en un dedo y sonrió—. Esto, al menos, es mío».

Calmada por la atención de su madre, Juana se relajó. En una imitación cariñosa empezó a jugar con la larga cabellera de Gudrun, soltándola hasta que quedó esparcida alrededor de su cabeza. Juana admiraba el pelo de su madre y lo alisaba sobre la colcha de lana negra, como una espesa crema. Nunca había visto suelto el cabello de su madre. Por insistencia del canónigo, Gudrun lo llevaba siempre recogido y oculto bajo una rígida cofia de lino. El cabello de una mujer, decía su marido, es la red con la que Satán pesca el alma de un hombre. Y el cabello de Gudrun era extraordinariamente hermoso, largo y suave, del color del oro blanco, sin huella de gris, aunque ya era una mujer de treinta y seis inviernos.

—¿Por qué se fueron Mateo y Juan? —preguntó Juana de pronto.

Su madre se lo había explicado muchas veces, pero ella quería volver a oírlo.

—Ya sabes por qué. Tu padre los llevó en un viaje misionero.

—¿Por qué no pude ir yo también?

Gudrun suspiró con aire resignado. La niña siempre estaba llena de preguntas.

—Mateo y Juan son chicos; algún día serán sacerdotes como tu padre. Tú eres una niña y esas cosas no son para ti. —Viendo que Juana no quedaba contenta con la explicación, añadió—: Además, eres demasiado pequeña.

—¡Cumplí cuatro años en *Wintarmanoth*! —exclamó Juana, indignada.

Los ojos de Gudrun se iluminaron alegremente cuando observó la cara regordeta de la niña.

—Ah, sí, había olvidado que eres una niña mayor ya. ¡Cuatro años! Es mucho.

Juana se quedó inmóvil mientras su madre le acariciaba el pelo.

—¿Qué son los paganos? —preguntó.

Su padre y sus hermanos habían hablado mucho de los paganos antes de partir. Juana no sabía qué eran los paganos exactamente, aunque comprendía que eran algo muy malo.

Gudrun se puso tensa. La palabra tenía el poder de un conjuro. Había estado en los labios de los soldados invasores cuando saquearon su casa y mataron a su familia y a sus amigos. Los oscuros y crueles soldados del emperador franco Carlos. El «Grande», lo llamaban ahora que estaba muerto. *Karolus Magnus*, Carlos el Grande o Carlomagno. ¿Lo llamarían así, se preguntaba Gudrun, si hubieran visto a sus soldados arrancar criaturas de los brazos de sus madres, darles la vuelta tomándolos de los pies y estrellarles la cabeza en las rocas ensangrentadas? Gudrun apartó la mano del cabello de Juana y giró hasta quedar boca arriba.

—Es una pregunta que debes hacerle a tu padre —dijo.

Juana no entendió qué había hecho mal, pero captó una extraña dureza en la voz de su madre y supo que la mandarían a su propia cama si no se le ocurría algo con qué reparar el error. Se apresuró a decir:

—Háblame de los antepasados.

—No puedo. Tu padre no aprueba que te cuente esas cosas.

Las palabras de la madre eran a medias una afirmación, a medias una pregunta.

Juana sabía qué hacer. Puso las dos manos sobre el corazón en un gesto solemne y recitó el juramento tal como su madre se lo había enseñado, prometiendo eterno secreto en el nombre sagrado de Thor, el Señor del Trueno.

Gudrun rió y volvió a abrazar a Juana.

—Muy bien, pequeña perdez. Te contaré la historia ya que sabes pedirme que te la cuente.

Su voz era cálida otra vez, nostálgica y armoniosa mientras empezaba a hablar de Woden y Thor y Freya y los otros dioses que habían poblado su infancia sajona antes de que los ejércitos de Carlomagno impusieran la palabra de Cristo con sangre y fuego. Habló alegremente de Asgard, la casa radiante de los dioses, una ciudad de palacios de oro y plata, a la que sólo podía llegarse cruzando Bifrost, el puente misterioso del arco iris. Como guardián del puente estaba Heimdall, el Vigilante, el cual nunca dormía y tenía un oído tan agudo que podía oír crecer la hierba. En Valhalla, el más hermoso de todos los palacios, vivía Woden, el Dios-Padre, sobre cuyos hombros se posaban los dos cuervos: Hugin, el Pensamiento, y Munin, la Memoria. Sentado en su trono, mientras los otros dioses se divertían, Woden reflexionaba sobre lo que le decían Pensamiento y Memoria.

Juana asintió alegremente con la cabeza. Aquélla era su parte favorita del cuento.

—Cuéntame lo del Pozo de la Sabiduría —dijo.

—Aunque ya era muy sabio —explicó su madre—, Woden siempre quería saber más. Un día fue al Pozo de la Sabiduría, custodiado por Mimir el Sabio, y quiso beber de él. «¿Qué precio pagarás?», le preguntó Mimir. Woden respondió que Mimir podía pedirle lo que quisiera. «La sabiduría siempre se adquiere con dolor —respondió Mimir—. Si quieres beber de esta agua, debes pagarla con uno de tus ojos».

Con la mirada brillante por el entusiasmo, Juana exclamó:

—Y Woden lo hizo, mamá, ¿no es cierto? ¡Lo hizo!

Su madre asintió.

—Aunque no era poco, Woden consintió en pagar con un ojo. Bebió del agua. Y transmitió a los hombres la sabiduría que había adquirido.

Juana miró a su madre con una expresión grave en sus ojos muy abiertos.

—¿Tú lo habrías hecho, mamá? ¿Habrías elegido ser sabia para poder conocer todas las cosas?

—Sólo los dioses tienen que tomar esas decisiones —respondió ella. Y viendo que la mirada interrogativa persistía en la niña, confesó—: No. Yo habría tenido miedo.

—Yo también —dijo Juana con aire pensativo—. Pero me habría gustado hacerlo. Me habría gustado saber qué me diría el pozo.

Gudrun sonrió mientras observaba la carita concentrada.

—A lo mejor no te habría gustado lo que hubieras sabido. Nuestro pueblo

tiene un dicho: «El corazón de un sabio casi nunca está alegre».

Juana asintió con la cabeza, aunque no comprendía.

—Ahora cuéntame lo del Árbol —dijo, acercándose más a su madre.

Gudrun empezó a describir a Irminsul, el maravilloso Árbol del Universo. Había crecido en el más sagrado de los bosques sajones, en el manantial del río Lippe. Su pueblo lo había adorado hasta que el ejército de Carlomagno lo había echado abajo.

—Era muy hermoso —dijo—, y tan alto que nadie podía ver dónde terminaba.

Era...

Se interrumpió al percibir de pronto otra presencia. Juana miró. Su padre estaba en el umbral.

La madre se sentó en la cama.

—Esposo —dijo—. No te esperaba hasta dentro de quince días.

El canónigo no respondió. Cogió una vela de cera de la mesa junto a la puerta y fue al hogar, donde la acercó a los tizones encendidos hasta encenderla. Gudrun dijo en tono nervioso:

—La niña se asustó por el trueno. Quise tranquilizarla contándole un cuento inofensivo.

—¡Inofensivo! —La voz del canónigo temblaba en el esfuerzo por controlar la ira—. ¿Llamas inofensivas a semejantes blasfemias?

Fue hasta la cama en dos largos pasos, levantó la vela y arrancó la manta, dejándolas destapadas. Juana echó los brazos al cuello de su madre y ocultó el rostro en una cortina de cabello rubio.

Por un momento el canónigo quedó mudo de incredulidad, mirando el cabello suelto de Gudrun. Entonces, se llenó de furia.

—¡Cómo te atreves! ¡Te lo he prohibido expresamente! —Cogió a Gudrun por un brazo y empezó a tirar para sacarla de la cama—: ¡Bruja pagana!

Juana se aferraba a su madre. El gesto del canónigo se ensombreció.

—¡Niña, vete! —gritó.

Juana vaciló, desgarrada entre el miedo y el deseo de proteger de algún modo a su madre. Gudrun la empujó.

—Sí, vete. Vete ahora mismo.

Juana se soltó, se dejó caer al suelo y corrió. En la puerta se volvió y vio que su padre tomaba bruscamente a su madre por el pelo, echándole la cabeza hacia atrás y obligándola a arrodillarse. Juana empezó a retroceder. El terror la inmovilizó al ver que su padre sacaba de la cuerda atada a la cintura su largo cuchillo con mango de hueso.

—*Forsachistu diabolae?* —le preguntó a Gudrun en sajón, con voz que era apenas más que un susurro. Como ella no respondió, le puso la punta del cuchillo contra la garganta— Di las palabras —gruñó amenazadoramente— ¡Dilas!

—*Ec forsacho allum diaboles* —respondió Gudrun con voz trémula, pero con los ojos brillantes de desafío— *wuercum and wuordum, thunaer ende woden ende saxnotes ende allum...*

Paralizada de terror, Juana vio que su padre tomaba un grueso mechón del cabello de su madre y acercaba la hoja del cuchillo. Hubo un sonido de algo que se rasgaba y una larga hebra de cabello dorado voló hacia la puerta.

Llevándose una mano a la boca para ahogar un sollozo Juana se volvió y corrió. En la oscuridad tropezó con una forma irreconocible que la cogió. ¡La mano del monstruo! ¡Se había olvidado! Luchó por liberarse golpeándola con sus pequeños puños, resistiendo con todas sus fuerzas, pero la mano era grande y la asía enérgicamente.

—¡Juana! ¡Juana, quédate quieta! ¡Soy yo!

Las palabras calaron en su miedo. Era su hermano de diez años, Mateo, que había regresado con su padre.

—¡Hemos vuelto, Juana, deja de luchar! Todo está bien. Soy yo.

Juana buscó con la mano hasta sentir la superficie pulida de la cruz que llevaba siempre Mateo en el pecho; y se dejó caer sobre él con alivio.

Se sentaron juntos en la oscuridad, escuchando el sonido que producía el cuchillo con que el canónigo cortaba el cabello de la madre. Por un momento la oyeron llorar de dolor. Mateo soltó un juramento en voz alta. En respuesta se oyó un sollozo desde la cama donde el hermano de siete años, Juan, estaba oculto bajo la colcha.

Al fin los sonidos cesaron. Tras una breve pausa, la voz del canónigo empezó a recitar una plegaria. Juana sintió que Mateo se relajaba; todo había terminado. Le echó los brazos al cuello y lloró. Él la abrazó y la acunó suavemente.

Al cabo de un rato, ella alzó la cara hacia él.

—Padre llamó pagana a mamá.

—Sí.

—Ella no lo es —dijo Juana con vacilación— ¿Verdad?

—Lo fue. —Viendo la mirada de horrorizada incredulidad de su hermana, añadió—: Hace mucho tiempo. Ya no. Pero lo que te estaba contando eran historias paganas.

Juana dejó de llorar; aquella información le interesaba.

—Te sabes el primer mandamiento, ¿no?

Juana asintió y recitó:

—«No tendrás más dioses que yo».

—Sí. Eso significa que los dioses de los que te hablaba mamá son falsos; es pecado hablar de ellos.

—Por eso padre...

—Sí —la interrumpió Mateo—. Mamá tenía que ser castigada por el bien de su alma. Desobedeció a su marido y eso también va contra la ley de Dios.

—¿Por qué?

—Porque así lo dice el Libro. —Empezó a recitar—: «Pues el marido es la cabeza de la esposa; por ello, que las esposas se sometan a sus maridos en todo».

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Mateo quedó desconcertado por la pregunta. Nadie se la había hecho antes—. Bueno, supongo que porque... porque las mujeres son por naturaleza inferiores a los hombres. Los hombres son más grandes, más fuertes, más inteligentes.

—Pero... —empezó a responder Juana, pero Mateo la interrumpió.

—Basta de preguntas, hermanita. Deberías estar en la cama. Ven.

La llevó a la cama y la acostó al lado de Juan, que ya estaba dormido.

Mateo había sido bueno con ella; para devolverle el favor, Juana cerró los ojos

y se metió bajo la manta como si fuera a dormir.

Pero estaba demasiado inquieta para hacerlo. Se quedó despierta en la oscuridad, observando a Juan, que dormía con la boca abierta.

«No puede recitar el salterio y ya tiene siete años». Juana tenía sólo cuatro y ya se sabía de memoria los primeros diez salmos.

Juan no era inteligente. Y era un chico. Pero ¿cómo podía equivocarse Mateo? Lo sabía todo; sería sacerdote, como su padre.

Se quedó quieta en la oscuridad, dándole vueltas al problema en su mente. Al alba se durmió con un sueño inquieto y lleno de pesadillas de guerras entre dioses celosos y terribles. El arcángel Gabriel en persona bajaba del cielo con una espada en llamas para combatir a Thor y a Freya. La batalla era tremenda, pero al fin los falsos dioses eran rechazados y Gabriel se erguía triunfante ante las puertas del paraíso. Su espada había desaparecido; en sus manos brillaba un cuchillo con mango de hueso.

Dos

El estilo de madera se movía velozmente, formando letras y palabras en la suave cera amarilla de la tablilla. Juana se mantenía atenta junto al hombro de Mateo mientras éste copiaba la lección del día. De vez en cuando se interrumpía para pasar la llama de la vela por debajo de la tablilla e impedir que la cera se endureciera demasiado rápido.

Le gustaba ver trabajar a Mateo. El estilo afilado trazaba en la cera informe líneas que para ella tenían una misteriosa belleza. Quería saber qué significaba cada marca y seguía con la mayor atención cada movimiento, como si quisiera descubrir la clave del significado en la forma de las líneas.

Mateo dejó el estilo y se recostó en la silla frotándose los ojos. Aprovechando la ocasión, Juana se inclinó sobre la tablilla y señaló una palabra.

—¿Qué dice ahí?

—Jerónimo. Es el nombre de uno de los Padres de la Iglesia.

—Jerónimo —repitió ella lentamente—. Suena parecido a mi nombre.

—Algunas de las letras son las mismas —asintió Mateo sonriendo.

—Enséñame.

—Mejor no. A nuestro padre no le gustaría, si lo descubriera.

—Pero no lo sabrá —dijo Juana—. Por favor, Mateo. Quiero saber. Por favor,

¿sí?

Mateo vaciló.

—Supongo que no hay nada de malo en enseñarte a escribir tu propio nombre. Algún día puede serte útil, cuando te cases y tengas que ocuparte de tu propia casa.

Puso la mano sobre la de ella, más pequeña, y la ayudó a grabar las letras de su nombre: J-U-A-N-A, con una larga «a» curvada al final.

—Muy bien. Ahora prueba tú sola.

Juana cogió con fuerza el estilo, obligando a sus dedos a adoptar la extraña posición necesaria y ordenándoles que formaran las letras que veía con la mente. Comenzó a llorar al ver que no podía hacer que el estilo le obedeciera. Mateo la consoló.

—Espacio, hermanita, espacio. Tienes sólo seis años. A esa edad cuesta escribir. Yo también empecé cuando tenía seis años y lo recuerdo. Dedícale el tiempo que necesites; ya te saldrá.

Al día siguiente se levantó temprano y salió. En la tierra blanda del corral trazó las letras una y otra vez hasta asegurarse de que podía hacerlo. Y llamó llena de orgullo a Mateo para que viera sus progresos.

—Vaya, está muy bien, hermanita. De veras, muy bien. —Se contuvo con un sobresalto y murmuró en tono culpable—: Pero no convendría que nuestro padre lo viera.

Pasó el pie sobre la tierra para borrar las marcas que había hecho la niña.

—¡No, Mateo, no! —Juana trató de apartarlo. Molestos por el ruido, los cerdos lanzaron un coro de gruñidos.

Mateo se inclinó a abrazarla.

—Está bien, Juana. No te preocupes.

—¡Pero tú has dicho que mis letras estaban bien!

—Están bien. —En realidad había quedado sorprendido por lo bien que las había hecho; mejor que Juan, que era tres años mayor. Si Juana no fuera una niña, habría dicho que podría llegar a ser una buena copista algún día. Pero era mejor no meter esas ideas en la cabeza de la niña—. No podía dejar las letras y que las viera padre; por eso las borré.

—¿Me enseñarás más letras, Mateo?

—Ya te he enseñado más de lo que debería.

Juana dijo con aire grave:

—Padre no lo descubrirá. Yo nunca se lo diré, te lo prometo. Y borraré las letras con mucho cuidado después de hacerlas.

Sus ojos verdigrises miraban fijamente los de él, esperando su consentimiento. Mateo sacudió la cabeza con divertida perplejidad. Realmente era persistente aquella hermanita suya. Le pellizó la barbilla con afecto.

—Muy bien —accedió—. Pero recuerda que lo debemos mantener en secreto.

A partir de entonces se convirtió en una especie de juego entre ellos. Cada vez que se presentaba la ocasión, no con tanta frecuencia como habría querido Juana, Mateo le enseñaba a dibujar letras en la tierra. Ella era una estudiante ávida; aunque temía las consecuencias, a Mateo le resultó imposible resistirse a su entusiasmo. A él también le gustaba aprender; la sed de saber de su hermana le hablaba directamente al corazón.

No obstante, él mismo se escandalizó cuando la niña apareció un día con la gran Biblia de tapas de madera, que pertenecía al padre.

—¿Qué haces? —le preguntó—. Pon eso en su sitio. ¡No deberías tocarlo!

—Enséñame a leer.

—¿Qué? —La audacia de la pequeña lo dejaba atónito—. No, hermanita, eso es pedir demasiado.

—¿Por qué?

—Bueno... Para empezar, leer es mucho más difícil que aprender el abecedario. No sé si podrías.

—¿Por qué no? Tú aprendiste.

Él sonrió con indulgencia.

—Sí. Pero yo soy un hombre.

Esto no era del todo cierto porque no había alcanzado todavía los trece inviernos. En poco más de un año, cuando tuviera catorce, sería realmente un hombre. Pero le gustaba reclamar el privilegio por adelantado; además, su hermana no conocía la diferencia.

—Yo puedo hacerlo. Sé que puedo.

Mateo suspiró. Aquello no sería fácil.

—No es sólo eso, Juana. Es peligroso, no es natural que una chica lea y escriba.

—Santa Catalina lo hacía. El obispo lo dijo en el sermón, ¿recuerdas? Dijo que era venerada por su sabiduría y por su erudición.

—Es diferente. Ella era una santa. Tú eres sólo una... niña.

Ante eso Juana quedó en silencio. Mateo se felicitó por haber ganado la discusión con tanta facilidad; sabía lo obstinada que podía ser su hermanita. Tendió la mano para coger la Biblia. Ella empezó a dársela, pero se paró.

—¿Por qué Catalina es una santa? —preguntó.

Mateo se quedó con la mano extendida.

—Fue una mártir sagrada que murió por su fe. El obispo lo dijo en su sermón, ¿recuerdas? —No pudo resistir la tentación de burlarse imitándola.

—¿Por qué la martirizaron?

Mateo suspiró.

—Se enfrentó al emperador Maximiano y a cincuenta de sus hombres más sabios, y mediante la lógica demostró la falsedad del paganismo. Por eso la castigaron. Ahora, hermanita, dame el libro.

—¿Qué edad tenía cuando lo hizo?

¡Qué preguntas más extrañas hacía aquella niña!

—¡No quiero discutir más! —dijo Mateo con impaciencia—. ¡Dame el libro!

Ella retrocedió un paso, apretando la Biblia contra el pecho.

—Era vieja cuando fue a Alejandría a discutir con los sabios del emperador, ¿no?

Mateo se preguntaba si tendría que arrancarle el libro por la fuerza. No, mejor no. La frágil encuadernación podía estropearse. Y entonces los dos tendrían problemas más serios en los que pensar. Mejor seguir hablando, responder a sus preguntas, tontas e infantiles como eran, hasta que se cansara del juego.

—Treinta y tres, dijo el obispo, la misma edad que Jesucristo en la cruz.

—Y cuando santa Catalina se enfrentó al emperador ya era admirada por su sabiduría según dijo el obispo, ¿no?

—Claro. —Mateo quiso ser condescendiente—. Si no, ¿por qué iba a reunir a los hombres más sabios del reino para el debate?

—Entonces... —La cara de Juana lucía una sonrisa de triunfo—. Debió de aprender a leer «antes» de ser una santa. Cuando era una niña nada más. ¡Como yo!

Por un momento, Mateo quedó sin palabras, desgarrado entre la irritación y la sorpresa. Al fin lanzó una carcajada.

—¡Pequeño demonio! —dijo— ¡De modo que a eso ibas! Bueno, no puede negarse que tienes un don para discutir.

Ella le tendió el libro, con una sonrisa esperanzada. Mateo lo cogió sacudiendo la cabeza. Qué extraña criatura era su hermana, tan tenaz, tan segura de sí misma. No se parecía en nada a Juan ni a ningún otro niño que él hubiera conocido. En la carita infantil brillaban los ojos de una vieja mujer sabia. No le extrañaba que las otras niñas de la aldea no quisieran saber nada de ella.

—Muy bien, hermanita —dijo al fin— Hoy empezarás a aprender a leer. —Vio la alegre expectación en los ojos de ella y se apresuró a prevenirla—: No debes esperar demasiado. Es mucho más difícil de lo que crees.

Juana se arrojó al cuello de su hermano.

—Te quiero, Mateo.

El chico se liberó de su abrazo, abrió el libro y dijo en tono severo:

—Empezaremos aquí.

Juana se inclinó sobre el libro y sintió el olor acre del pergamino y la madera mientras Mateo señalaba con el dedo una línea.

—El Evangelio según san Juan, capítulo primero, versículo uno. *In principio erat verbum et verbum erat apud Deum et verbum erat Deus*: «En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios».

El verano y el otoño que siguieron fueron cálidos y fecundos; la cosecha fue la mejor que la aldea hubiera tenido en años. Pero en *Heilagmanoth* nevó y empezó a soplar un viento helado del norte. De nuevo taparon la ventana del *grubenhau* para protegerse del frío, la nieve se amontonaba contra las paredes y la familia pasaba la mayor parte del día dentro. A Mateo y a Juana les resultaba más difícil encontrar ocasión para las lecciones. Cuando hacía buen tiempo, el canónigo salía a hacer su trabajo y se llevaba a Juan; a Mateo lo dejaba estudiando porque le daba mucha importancia a eso. Cuando Gudrun iba al bosque a recoger leña, Juana corría a la mesa donde Mateo estaba inclinado sobre su trabajo y abría la Biblia en el punto donde habían quedado en la lección anterior. De este modo seguía haciendo rápidos progresos y antes de la Pascua ya había leído casi todo el Evangelio de san Juan.

Un día, Mateo sacó algo de entre sus cosas y se lo tendió con una sonrisa.

—Para ti, hermanita.

Era un medallón de madera con un cordón. Se lo pasó por la cabeza y el medallón quedó colgando sobre su pecho.

—¿Qué es? —preguntó Juana con curiosidad.

—Algo para que lo lleves encima.

—Oh —dijo ella, y al comprender que debía decir algo más, añadió—: Gracias. Mateo comenzó a reír al ver el gesto de interés de la niña.

—Mira la cara delantera del medallón.

Juana obedeció. Grabado en la superficie de madera había un retrato de mujer. Era tosco porque Mateo no era un tallador experto, pero los ojos estaban bien hechos y miraban hacia delante con una expresión de inteligencia.

—Ahora —le indicó Mateo—, mira por detrás.

Juana lo volvió. En letras mayúsculas que daban la vuelta al medallón leyó las palabras «Santa Catalina de Alejandría».

Con una exclamación apretó el medallón contra el corazón. Entendía el significado del regalo. Era el modo de Mateo de reconocer su capacidad y la fe que tenía en ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias —volvió a decir, y esta vez lo decía en serio.

Él le sonrió. Juana notó las ojeras oscuras bajo los ojos de su hermano; se le veía cansado y tenso.

—¿Te sientes bien? —le preguntó preocupada.

—¡Por supuesto! —dijo él, quizá con demasiado entusiasmo—. Empecemos la lección, ¿eh?

Pero estaba inquieto y distraído. Contra su costumbre dejó pasar un error sin decir nada.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Juana.

—No, no. Estoy un poco cansado, eso es todo.

—¿Lo dejamos aquí, entonces? No me molesta. Podemos seguir mañana.

—No, lo siento. Me distraje, eso es todo. A ver, ¿dónde estábamos? Ah, sí. Lee de nuevo el último pasaje y esta vez ten cuidado con el verbo: es *videat*, no *videt*.

Al día siguiente, Mateo se despertó quejándose de dolor de cabeza y de garganta. Gudrun le dio una infusión de borrajas y miel.

—Tienes que quedarte en cama el resto del día —le dijo—. El hijo de la vieja señora Wigbod tiene la fiebre de la primavera; a lo mejor la tienes tú también.

Mateo se rió y dijo que no podía ser. Trabajó varias horas en sus estudios y después quiso salir a ayudar a Juan a podar las vides.

A la mañana siguiente tenía fiebre y le costaba tragar. Hasta el canónigo tuvo que admitir que parecía enfermo.

—Hoy quedas excusado de tus estudios —le dijo. Era una dispensa que no había hecho antes.

Mandaron a pedir ayuda al monasterio de Lorsch y a los dos días fue el curandero, quien examinó a Mateo y sacudió la cabeza gravemente murmurando para sí. Por primera vez Juana comprendió que la enfermedad de su hermano podía ser grave. La idea la aterrorizaba. El monje sangró profusamente a Mateo y agotó su repertorio de plegarias y talismanes sagrados, pero por la festividad de san Severino el estado de Mateo era crítico. Yacía con fiebre, sacudido por ataques de tos tan violentos que Juana se tapaba los oídos.

Durante todo el día y la noche la familia mantuvo la vigilia. Juana se arrodillaba al lado de su madre en el suelo de tierra. La asustaba el cambio de Mateo: la piel de la cara estaba estirada y los rasgos familiares se habían convertido en una máscara horrible. Debajo del rubor de la fiebre había un amenazador tono gris.

Encima de ellos, en la oscuridad, la voz del canónigo resonaba en la noche, recitando plegarias por la liberación de su hijo.

—*Domine Sancte, Pater omnipotens, aeterne Deus, qui fragilitatem conditionis nostrae infusa virtutis tuae dignatione confirmas...*

Juana se caía de sueño.

—¡No!

El grito de su madre despertó de pronto a Juana.

—¡Se ha ido! ¡Mateo, mi hijo!

Juana miró la cama. Nada parecía haber cambiado. Mateo seguía inmóvil como antes. Pero notó que la piel había perdido su color; estaba enteramente gris, del color de la piedra.

Le cogió la mano. Estaba floja, pesada, aunque no tan caliente como antes. La apretó con fuerza y se la llevó a la mejilla. «Por favor, no te mueras, Mateo». La muerte significaba que nunca volvería a dormir junto a ella y Juan en la gran cama; ella nunca volvería a verlo inclinado sobre la mesa de pino, con el entrecejo fruncido por la concentración, estudiando; nunca se volvería a sentar a su lado mientras él pasaba el dedo por las páginas de la Biblia, señalando las palabras que ella debía leer. «Por favor, no te mueras».

La enviaron fuera para que su madre y las mujeres de la aldea pudieran lavar el cuerpo de Mateo y prepararlo para el entierro. Cuando terminaron, le permitieron acercarse a darle el último adiós. Salvo por el gris de la piel, parecía estar dormido. Se imaginó que si lo tocaba se despertaría, sus ojos se abrirían y la miraría con afecto

suavemente burlón. Le besó la mejilla como le dijo su madre que hiciera. Estaba fría y extrañamente rígida, como la piel del conejo muerto que Juana había sacado de la despensa la semana anterior. Se echó atrás con rapidez.

Mateo ya no estaba.

No habría más lecciones.

Juana estaba junto a la cerca del corral, observando los trozos de tierra negra que empezaban a asomar bajo la nieve que se derretía, la tierra en la que había escrito sus primeras letras.

—Mateo —susurró.

Cayó de rodillas. La nieve húmeda atravesó su capa de lana. Sentía mucho frío, pero no podía volver adentro. Había algo que tenía que hacer. Con el índice trazó en la nieve las letras bien conocidas del Evangelio de san Juan: *Ubi sum ego vos non potestis venire*. «Donde yo estoy no podéis venir vosotros».

—Cumpliremos la penitencia —dijo el canónigo después del entierro— para pagar por los pecados que hicieron que la ira de Dios cayera sobre nuestra familia.

Mandó a Juana y a Juan arrodillarse a rezar en silencio sobre la dura tabla que servía como altar a la familia. Se quedaron allí todo el día sin comer ni beber nada hasta que al fin, cuando cayó la noche, se les permitió ir a dormir a la cama. Ésta era grande y vacía ahora que no estaba Mateo. Juan gemía de hambre. En medio de la noche Gudrun los despertó, llevándose un dedo a los labios para advertirles que debían estar callados. El canónigo dormía. Les dio pan y una taza de madera con leche de cabra caliente: era toda la comida que se atrevía a sacar de la despensa sin despertar las sospechas de su marido. Juan se comió su pan y todavía tenía hambre; Juana compartió el suyo con él. Cuando terminaron, Gudrun los arropó, cogió la taza y se marchó. Los niños se abrazaron y no tardaron en dormirse.

Con la primera luz, el canónigo los despertó y sin romper el ayuno los mandó al altar a reanudar la penitencia. La mañana llegó y se fue, al igual que la hora de la comida, y todavía seguían de rodillas. Los rayos del sol del crepúsculo daban en el altar, filtrándose entre las tablas de la ventana de la casa. Juana suspiró y cambió de posición en el altar casero. Tenía doloridas las rodillas y el estómago le hacía ruidos. Luchó por concentrarse en las palabras de su plegaria: *Pater Noster qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum...*

No servía. La incomodidad de la situación lo impedía. Estaba cansada, tenía hambre y echaba de menos a Mateo. Se preguntaba por qué no lloraba. Tenía la sensación de una cierta presión en su garganta y en su pecho, pero las lágrimas no afloraban.

Miró el pequeño crucifijo de madera que había en la pared ante el altar. El canónigo lo había traído de su nativa Inglaterra cuando fue a ejercer su misión entre los sajones paganos. Tallada por un artista de Northumbria, la figura de Cristo tenía más vigor y precisión que la mayoría de los trabajos de los francos. Su cuerpo se extendía en la cruz, todo miembros estirados y costillas, la mitad inferior retorcida para destacar su mortal agonía. Tenía la cabeza echada hacia atrás, de modo que la nuez se hacía muy visible: un recordatorio, extrañamente desconcertante, de su masculinidad humana. La madera tenía profundos surcos que representaban la sangre que fluía de sus muchas heridas.

La figura, a pesar de su fuerza, era grotesca. Juana sabía que debería sentirse llena de amor y reverencia ante el sacrificio de Cristo, pero en lugar de eso sentía repulsión. Comparado con los dioses hermosos y fuertes de su madre, aquella figura parecía fea, rota y derrotada.

A su lado, Juan empezó a sollozar. Juana lo cogió de una mano. Su hermano tenía poco aguante. Ella era más fuerte y lo sabía. Aunque él tenía diez años y ella sólo siete, a Juana le resultaba enteramente natural consolar y proteger a su hermano en lugar de que fuera al revés.

El niño tenía lágrimas en los ojos.

—No es justo —dijo.

—No llores. —Juana temía que el ruido pudiera atraer a su madre, o peor aún, al padre—. Pronto habrá terminado.

—¡No es eso! —respondió Juan con su dignidad herida.

—¿Qué es entonces?

—No lo entenderías.

—Cuéntamelo.

—Nuestro padre querrá que yo siga los estudios de Mateo. Sé que lo querrá. Y yo no puedo; no puedo.

—A lo mejor puedes —dijo Juana, aunque comprendía el motivo de la preocupación de su hermano.

Su padre lo acusaba de pereza y lo castigaba cuando no avanzaba en sus estudios, pero no era culpa de Juan. Trataba de hacerlo bien, pero era lento. Siempre lo había sido.

—No —insistió Juan—. Yo no soy como Mateo. ¿Sabías que nuestro padre planeaba llevarlo a Aquisgrán, a pedir que lo aceptaran en la Escuela Palatina?

—¿De veras?

Juana estaba asombrada. ¡La escuela del palacio! No sospechaba que las ambiciones de su padre para Mateo llegaran tan alto.

—Y yo ni siquiera puedo leer a Donato todavía. Padre dice que Mateo había terminado a Donato cuando tenía tan sólo nueve años y yo ya tengo casi diez. ¿Qué haré, Juana? ¿Qué haré?

—Bueno... —Juana trató de pensar en algo que lo consolara, pero la tensión de los últimos días había llevado a Juan a un estado en el que ya nada podía tranquilizarlo.

—Me pegará. Sé que me pegará. —Empezó a gritar—. ¡No quiero que me pegue!

Apareció Gudrun en el umbral. Mientras dirigía miradas nerviosas al cuarto vecino, corrió hacia Juan.

—Basta. ¿Quieres que tu padre te oiga? ¡Basta, te digo!

Juan se balanceó con torpeza en el altar, echó la cabeza atrás y soltó un grito. Sin oír a su madre siguió gimiendo y las lágrimas siguieron cayendo por sus mejillas enrojecidas.

Gudrun lo cogió por los hombros y lo zarandó. La cabeza del niño se movió violentamente atrás y adelante; tenía los ojos cerrados y la boca abierta. Juana oyó el castañeteo de los dientes al cerrarse la boca. Sobresaltado, Juan abrió los ojos y vio a

su madre. Gudrun lo abrazó.

—No llorarás más. Por tu hermana y por mí no debes llorar. Todo saldrá bien, Juan. Pero ahora tienes que estar callado. —Lo acunó, tierna y severamente al mismo tiempo.

Juana los miraba con expresión pensativa. Reconocía la verdad de lo que había dicho su hermano. Juan no era inteligente. No podía seguir los pasos de Mateo. Pero... Su rostro se encendió de entusiasmo, como si la alcanzara la fuerza de una revelación.

—¿Qué pasa, Juana? —Gudrun había visto la extraña expresión en el rostro de su hija—. ¿Te sientes mal?

Estaba preocupada porque se sabía que los demonios que traían la fiebre solían quedarse en las casas.

—No, mamá. ¡Pero tengo una idea, una maravillosa idea!

Gudrun gimió para sí. La niña estaba llena de ideas que sólo servían para acarrearles problemas.

—¿Sí?

—Nuestro padre quería que Mateo fuera a la Escuela Palatina.

—Lo sé.

—Y ahora querrá que vaya Juan en lugar de Mateo. Por eso llora, mamá. Sabe que no puede hacerlo y teme que nuestro padre se enfade.

—¿Y? —Gudrun estaba intrigada.

—Yo puedo hacerlo, mamá! Yo puedo continuar los estudios de Mateo.

Por un instante, Gudrun quedó demasiado asombrada para responder. Su hija, su criatura, la que ella más amaba de sus hijos, la única con la que había compartido la lengua y los secretos de su pueblo... ¿Ella quería estudiar los libros sagrados de los conquistadores cristianos? Que Juana lo pensara siquiera ya bastaba para herirla en lo más hondo.

—¡Tonterías! —dijo.

—Puedo trabajar mucho —insistió Juana—. Me gusta estudiar y aprender cosas. Puedo hacerlo y entonces Juan no tendrá que ir. Él no sirve para eso.

Hubo un sollozo ahogado de Juan, cuya cara seguía hundida en el pecho de su madre.

—Eres mujer, esas cosas no son para ti —dijo Gudrun—. Además, tu padre nunca lo aprobaría.

—Pero mamá, eso era antes. Las cosas han cambiado. ¿No lo ves? Ahora nuestro padre puede pensar de otro modo.

—Te prohíbo que hables de esto a tu padre. Debes de estar desvariando por falta de comida y descanso, como tu hermano. De otro modo nunca dirías esas cosas.

—Pero... mamá, si yo pudiera darle a entender...

—¡Basta he dicho! —El tono de Gudrun no daba pie a más discusiones.

Juana guardó silencio. Buscó dentro de su túnica y apretó el medallón de santa Catalina que le había tallado Mateo. «Puedo leer latín y Juan no puede —pensó con obstinación—. ¿Qué importa que sea mujer?».

Fue hacia la Biblia del pequeño atril de madera. La levantó, sintió su peso, las marcas tan conocidas sobre el dorado de la cubierta. El olor de madera y pergamino,

que ella relacionaba con Mateo, la hizo pensar en lo que habían hecho juntos, en todo lo que él le había enseñado y en todo lo que ella quería aprender todavía. «Quizá, si demostrase a mi padre lo que he aprendido... quizás entonces vería que puedo». Una vez más, sintió una oleada de entusiasmo. «Pero podría haber problemas. Él podría enfadarse». El carácter de su padre la asustaba; la había golpeado lo bastante para que ella conociera y temiera la fuerza de su ira.

Se quedó sin saber qué hacer, tocando con la punta de los dedos la superficie pulida de la tapa de madera de la Biblia. Siguiendo un impulso la abrió; la página que quedó ante su vista era la primera del Evangelio según san Juan, el texto que había usado Mateo para empezar a enseñarle. «Es una señal», pensó.

La madre seguía sentada dándole la espalda, acunando a Juan, cuyos sollozos se habían transformado en hipo. «Es mi oportunidad». Sostuvo el libro abierto y fue con él al cuarto vecino.

Su padre estaba hundido en una silla con la cabeza inclinada y las manos cubriéndole la cara. No se movió cuando ella se acercó. Ella se detuvo de pronto, asustada. La idea era imposible, ridícula; él nunca lo aprobaría. Estaba a punto de retirarse cuando el canónigo apartó las manos de la cara y la miró. Ella permaneció allí con el libro abierto en las manos.

Su voz era vacilante cuando empezó a leer:

—*In principio erat verbum et verbum erat apud Deum et verbum erat Deus...*

—No hubo interrupción; siguió adelante y a medida que leía lo hacía con mayor seguridad—. «Todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él no hubo cosa que fuera hecha. En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilló en la oscuridad y la oscuridad no la abarcó». —Se sentía colmada por la belleza y el poder de las palabras, que la llevaban hacia delante y le daban fuerzas. Llegó al final iluminada por el éxito, sabiendo que había leído bien. Alzó la vista y vio que su padre la miraba fijamente—. Sé leer. Mateo me enseñó. Lo mantuvimos en secreto para que nadie lo supiera. —Las palabras le salían en un torrente confuso—. Yo puedo hacerte sentir orgulloso de mí, padre, sé que puedo. Déjame proseguir los estudios de Mateo.

—¡Tú! —La voz de su padre retumbaba de furia—. ¡Fuiste tú! —La señaló con aire acusador— ¡Fuiste tú! ¡Tú provocaste la ira de Dios sobre nosotros! ¡Hija desnaturalizada! ¡Monstruo! ¡Tú mataste a tu hermano!

Juana quedó con la boca abierta. El canónigo fue hacia ella con el brazo levantado. Juana soltó el libro y trató de correr, pero él la atrapó y la hizo dar media vuelta; descargó el puño sobre su mejilla con tanta fuerza que la lanzó hasta la pared, contra la que se golpeó la cabeza.

Fue hacia ella. Juana se agazapó esperando otro golpe. Pero no lo hubo. Pasaron unos momentos y el padre empezó a soltar unos sonidos roncós, guturales. La niña comprendió que estaba llorando. Nunca lo había visto llorar.

—¡Juana! —Gudrun entró en el cuarto— ¿Qué has hecho, niña? —Se arrodilló junto a Juana y vio el cardenal que ya se hinchaba bajo el ojo derecho. Interponiéndose entre la niña y su marido, susurró—: ¿Qué te había dicho? Niña tonta, mira lo que has hecho. —En voz más alta dijo—: Ve con tu hermano. Te necesita. —Ayudó a Juana a levantarse y la empujó para que saliera rápido.

El canónigo miraba con gesto sombrío a Juana mientras iba hacia la puerta.

—Olvida a la niña, esposo —le dijo Gudrun para distraerlo—. No tiene importancia. No desesperes; recuerda que todavía tienes otro hijo.

Tres

Fue en *Aranmanoth*, el mes de la cosecha del trigo, durante el otoño de su noveno año, cuando Juana conoció a Esculapio. Se había detenido en el *grubenhau*s del canónigo, camino de Maguncia, donde iba a ejercer de maestro en la escuela de la catedral.

—¡Bienvenido, señor, bienvenido! —lo saludó el padre de Juana con entusiasmo—. Nos alegramos de que hayas llegado sin contratiempos. Espero que el viaje no haya sido demasiado difícil. —Con una inclinación de cabeza señaló al invitado el interior de la casa—. Ven a refrescarte. ¡Gudrun! ¡Trae vino! Haces un gran honor a mi humilde morada con tu presencia, señor. —Por el comportamiento de su padre, Juana comprendió que Esculapio era un sabio de cierto renombre e importancia.

Era griego e iba vestido al modo bizantino. Su buena clámide de lino blanco estaba sujeta con un simple broche de metal y cubierta con una larga capa azul, bordada con un hilo de plata. Llevaba el cabello corto, como un campesino, y pegado al cráneo con aceite. A diferencia de su padre, que se afeitaba al modo del clero franco, Esculapio llevaba una barba poblada y larga, blanca como su cabello.

Cuando el padre la llamó para presentarla, ella sufrió un ataque de timidez y se plantó con torpeza frente al extraño, con los ojos fijos en el entramado de sus sandalias. Finalmente intervino el canónigo y la mandó a ayudar a su madre a preparar la cena.

Cuando se sentaron a la mesa, el canónigo habló.

—Tenemos la costumbre de leer un pasaje del Libro Sagrado antes de compartir la comida. ¿Nos harías el honor de leer esta noche?

—Muy bien —dijo Esculapio sonriendo. Con cuidado abrió las tapas de madera y volvió las frágiles hojas de pergamino—. El texto es del Eclesiastés. *Omnia tempus habent, et momentum suum cuique negotio sub caelo...*

Juana nunca había oído pronunciar el latín de modo tan hermoso. La pronunciación de aquel hombre era distinta: las palabras no se fundían unas con otras, al estilo galo: cada una era redondeada y distinta, como gotas de una lluvia clara. «Para todo hay un tiempo, un momento para cada asunto bajo el cielo. Un tiempo para nacer y un tiempo para morir; un tiempo para plantar y un tiempo para cosechar lo que se ha plantado...» Juana había oído a su padre leer el mismo pasaje muchas veces, pero en la voz de Esculapio le encontraba una belleza que antes no había imaginado.

Cuando hubo terminado, Esculapio cerró el libro.

—Un excelente ejemplar —le dijo con admiración al canónigo—. Escrito con buena letra. Debes de haberlo traído de Inglaterra; he oído que el arte todavía florece allí. Es raro en los días que corren encontrar un manuscrito tan libre de barbarismos gramaticales.

El canónigo se ruborizó de placer.

—Había muchos semejantes en la biblioteca de Lindisfarne. Éste me fue confiado por el obispo cuando me envié a la misión en Sajonia.

La comida fue espléndida, la mejor que la familia hubiera preparado para un

huésped. Había un perrillo de cerdo, asado hasta que la piel se resquebrajó, legumbres hervidas, remolacha, queso y pan recién horneado. El canónigo llevó a la mesa una cerveza franca, picante, oscura y espesa como el caldo. Después comieron almendras fritas y manzanas asadas.

—Delicioso —dictaminó Esculapio al terminar—. Hacía mucho tiempo que no comía tan bien. Desde que salí de Bizancio no había comido un cerdo de sabor tan tierno.

Gudrun estaba complacida.

—Es porque criamos nuestros propios cerdos y los engordamos antes de matarlos. La carne de los cerdos negros del bosque es dura y sin sabor.

—¡Cuéntenos algo de Constantinopla! —dijo Juan con entusiasmo—. ¿Es cierto que las calles están pavimentadas con piedras preciosas y que de las fuentes mana oro líquido?

—No —dijo Esculapio riéndose—. Pero es un lugar maravilloso para vivir.

Los dos hermanos escucharon con la boca abierta la descripción de Constantinopla, construida sobre un alto promontorio, con edificios de mármol y cúpulas de oro y plata, muy altas; desde los pisos superiores de los edificios podía verse el puerto del Cuerno de Oro, en el que anclaban barcos de todo el mundo. En aquella ciudad había nacido y pasado su juventud Esculapio. Se había visto obligado a huir cuando su familia entró en una disputa religiosa con el *basileus*, algo relacionado con la ruptura de iconos. Juana no entendía esto, aunque su padre sí y asentía con un adusto gesto de reprobación mientras Esculapio relataba la persecución de su familia.

En este punto, la discusión pasó a ocuparse de asuntos teológicos, y Juana y su hermano fueron llevados a la parte de la casa donde dormían sus padres; como huésped de honor, Esculapio tendría la cama grande cerca del fuego toda para él solo.

—Por favor, ¿puedo quedarme y escuchar? —preguntó Juana a su madre.

—No, ya ha pasado la hora de acostarse. Además, nuestro huésped está cansado de contar historias. Lo que digan a partir de ahora no te interesará.

—Pero...

—Basta, niña. A la cama. Tendrás que ayudarme por la mañana; tu padre quiere preparar otro banquete para el visitante mañana. Si hay más como él —gruñó Gudrun— nos arruinaremos.

Dejó a los niños en el jergón de paja, los besó y se fue.

Juan no tardó en dormirse, pero Juana siguió despierta, tratando de oír lo que decían las voces al otro lado del grueso tabique de madera. Al fin, cuando la curiosidad pudo más que ella, salió de la cama y fue hasta la puerta donde se arrodilló en la oscuridad y dirigió su atención hacia el fuego del hogar, junto al cual su padre y Esculapio hablaban. Sentía frío; el calor del fuego no llegaba hasta ella y tenía puesto sólo un camisón de lino. Temblaba, pero no pensó siquiera en volver a la cama; tenía que escuchar lo que decía el invitado.

La conversación giraba en torno a la escuela de la catedral. Esculapio le preguntó al canónigo:

—¿Sabes algo de la biblioteca que tienen?

—Oh, sí —dijo el canónigo, evidentemente contento de que se le preguntara—. He pasado muchas horas en ella. Alberga una excelente colección, con

más de setenta y cinco códices. —Esculapio asintió cortésmente, aunque no pareció impresionado. Juana no podía imaginarse tantos libros en un solo lugar. El canónigo seguía—: Hay copias de *De scriptoribus ecclesiasticus* de Isidoro, y *De Gubernatione Dei* de Salviano. También los *Comentarii* completos de Jerónimo, con ilustraciones maravillosamente bien hechas. Y hay un manuscrito especialmente bueno del *Hexameron* de tu compatriota san Basilio.

—¿Hay manuscritos de Platón?

—¿Platón? —El canónigo parecía sorprendido—. Por supuesto que no; sus escritos no son un estudio apto para un cristiano.

—¿Ah sí? ¿No apruebas el estudio de la lógica, entonces?

—Tiene su lugar en el *trivium* —respondió el canónigo con manifiesta incomodidad—, con el uso de los textos apropiados, como los de Agustín y Boecio. Pero la fe se basa en la autoridad de las Escrituras, no en la evidencia de la lógica; a veces los hombres por una necia curiosidad quebrantan su fe.

—Entiendo. —El tono de Esculapio indicaba más cortesía que conformidad—. Pero quizá puedas responderme a esto: ¿por qué entonces el hombre puede razonar?

—La razón es la chispa de la divina esencia del hombre: «Dios creó al hombre a su imagen; en la imagen de Dios lo creó».

—Tienes un buen dominio de las Escrituras. Entonces, ¿aceptas que la razón es un don divino?

—Con toda seguridad.

Juana se acercó unos centímetros dentro de la sombra que la ocultaba; no quería perderse lo que diría a continuación Esculapio.

—Entonces, ¿por qué temer exponer la fe a la razón? Si Dios nos la dio, ¿cómo ésta iba a apartarnos de Él?

El canónigo cambió de posición en su silla. Juana nunca lo había visto tan incómodo. Era un misionero, preparado para enseñar y predicar, sin el hábito del intercambio de un debate lógico. Abrió la boca para responder y la cerró.

—En realidad —siguió Esculapio—, ¿no será la «falta» de fe lo que lleva a los hombres a temer el escrutinio de la razón? Si la meta es dudosa, entonces el camino está sembrado de temor. Una fe robusta no necesita temer porque si Dios existe, entonces la razón no puede sino ayudarnos a llegar a Él. *Cogito, ergo Deus est*, dice san Agustín. «Pienso, luego Dios existe».

Juana seguía la discusión con tanta atención que se olvidó de sí misma y soltó una exclamación en voz alta, que le brotaba por su comprensión y aprobación. Su padre volvió la vista enérgicamente hacia la puerta. Ella retrocedió en las sombras y esperó, casi sin atreverse a respirar. Oyó las voces que recomenzaban. «Benedícite —pensó—, no me han visto». Volvió a subir sin hacer ruido al jergón, donde Juan roncaba.

Mucho después de que las voces cesaran, Juana seguía despierta en la oscuridad. Se sentía increíblemente ligera y libre, como si le hubieran quitado de encima un peso opresivo. No era culpa suya que Mateo hubiera muerto. Su deseo de aprender no lo había matado, pese a lo que dijera su padre. Aquella noche, escuchando a Esculapio, había descubierto que su amor al saber no era algo antinatural ni pecaminoso sino la consecuencia directa de su capacidad, recibida de Dios, de razonar.

«Pienso, por lo tanto Dios existe». Sentía en el corazón la verdad de aquella frase.

Las palabras de Esculapio habían encendido una luz en su alma. «A lo mejor mañana puedo hablar con él —pensó—. A lo mejor puedo demostrarle que sé leer».

La perspectiva era tan agradable que no podía dejar de pensar en ella. No se durmió hasta el alba.

A la mañana siguiente, Gudrun envió a Juana al bosque a recoger hayucos y bellotas para alimentar a los cerdos. Impaciente por volver a la casa, junto a Esculapio, Juana se apresuró a completar su trabajo. Pero el suelo del bosque otoñal estaba cubierto de hojas caídas y los frutos eran difíciles de encontrar; no podía volver hasta que la cesta estuviera llena.

Cuando volvió, Esculapio se disponía a marcharse.

—Esperaba que nos hicieras el honor de comer con nosotros —dijo el canónigo—. Estaba interesado en tus ideas sobre el misterio del Uno Trino y me gustaría hablar de ello más a fondo.

—Eres muy amable, pero tengo que estar en Maguncia esta noche. El obispo me espera y tengo prisa por hacerme cargo de mis deberes.

—Por supuesto, por supuesto. —Tras una pausa, el canónigo añadió—: Pero ¿recuerdas nuestra conversación sobre el muchacho? ¿Te quedarás a observar su lección?

—Es lo menos que puedo hacer por un anfitrión tan generoso —dijo Esculapio con estudiada cortesía.

Juana cogió su costura y se instaló en una silla a poca distancia, tratando de pasar tan inadvertida como fuera posible para que su padre no la mandara fuera.

No debería haberse preocupado. La atención del canónigo estaba centrada exclusivamente en Juan. Con la esperanza de impresionar a Esculapio con la amplitud de los conocimientos de su hijo, empezó la lección interrogando a Juan sobre las reglas de la gramática según Donato. Fue un error porque la gramática era el punto más flojo de Juan. Como era de prever, su exposición fue lamentable, confundió el ablativo con el dativo, equivocó los verbos y al final fue totalmente incapaz de hilvanar correctamente una frase. Esculapio escuchaba solemnemente, con una profunda arruga cruzándole la frente.

Ruborizado por la vergüenza, el canónigo pasó a campo más seguro. Empezó con el catecismo de enigmas del gran Alcuino, en el cual Juan había sido instruido a conciencia. El niño superó bastante bien la primera parte.

—¿Qué es un año?

—Un carro con cuatro ruedas.

—¿Qué caballos lo tiran?

—El sol y la luna.

—¿Cuántos palacios tiene?

—Doce.

Complacido con este pequeño triunfo, el canónigo pasó a partes más difíciles del catecismo. Juana lo lamentó y podía ver que Juan estaba cerca del pánico.

—¿Qué es la vida?

—La alegría de los bienaventurados, la pena de los tristes, y... y... —La voz se quebró.

Esculapio cambió de posición en la silla. Juana cerró los ojos, concentrándose en las palabras, haciendo fuerza para que Juan las pronunciara.

—¿Sí? —preguntó el canónigo—. ¿Y qué?

La cara de Juan se iluminó de inspiración.

—¡Y la busca de la muerte!

El canónigo asintió secamente.

—¿Y qué es la muerte?

Juan miró a su padre como un ciervo atrapado que ve acercarse al cazador.

—¿Qué es la muerte? —repitió el canónigo.

No valía la pena. La vacilación en la pregunta anterior y el enfado creciente del padre habían aniquilado todo aplomo en Juan. Ya no podía recordar nada. Su rostro se derrumbó; Juana supo que se pondría a llorar. El padre lo fulminaba con la mirada. Esculapio lo miraba con ojos compadecidos.

Ella no pudo soportarlo más. La pena de su hermano, la ira de su padre y la intolerable humillación ante los ojos de Esculapio fueron más fuertes que ella. Antes de que supiera lo que estaba haciendo, exclamó:

—Un hecho inevitable, una peregrinación incierta, las lágrimas de los vivos, el ladrón de los hombres.

Sus palabras cayeron como un rayo entre los otros. Los tres la miraron y en sus rostros había un espectro de emociones distintas. En el de Juan había tristeza, en el de su padre cólera, en el de Esculapio asombro. El canónigo fue el primero en recuperar su voz.

—¿Qué insolencia es ésta? —preguntó. Recordando la presencia del sabio, dijo—: Si no fuera porque está aquí nuestro invitado, recibirías un adecuado castigo ahora mismo. Pero el castigo tendrá que esperar. Fuera de mi vista.

Juana se levantó de la silla, luchando por dominarse hasta que atravesó la puerta de la casa y la cerró tras ella. Corrió tan rápido como pudo hasta los helechos de la linde del bosque y allí se tiró al suelo.

Pensó que se moriría de dolor. ¡Había sido humillada ante los ojos de la persona a la que más quería impresionar! «No es justo. Juan no conocía la respuesta y yo sí. ¿Por qué no la iba a decir?».

Durante mucho rato se quedó mirando las sombras de los árboles, que se alargaban. Un petirrojo bajó a tierra a poca distancia y empezó a picotear entre los helechos, buscando gusanos. Encontró uno y dio una vuelta hinchando el pecho, orgulloso de su presa. «Como yo —pensó ella con ironía—. Hinchada de orgullo por lo que he hecho». Sabía que el orgullo era un pecado (con frecuencia la habían castigado por él), pero no podía evitar sentir lo que sentía. «Soy más lista que Juan. ¿Por qué él va a estudiar y yo no?».

El petirrojo se fue volando. Juana lo vio convertirse en una distante mancha de color entre los árboles. Tocó la medalla de santa Catalina que llevaba colgada al cuello y pensó en Mateo. Él la habría acompañado, le habría hablado, le habría explicado las cosas de modo que pudiera entenderlas. Lo echaba tanto de menos...

«Tú mataste a tu hermano», había dicho su padre. Una sensación de náusea le subió por la garganta al recordarlo. Pero su espíritu se rebelaba. Era orgullosa, quería más de lo que Dios quería para una mujer. Pero ¿por qué habría de castigar Dios a

Mateo por un pecado de ella? No tenía sentido.

¿Qué había en ella que le impedía renunciar a sus sueños imposibles? Todos le decían que su deseo de estudiar no era natural. Pero ella no dejaba de tener deseos de saber, de explorar el mundo más amplio de las ideas y de tener las oportunidades abiertas de los que estudiaban. Las otras niñas de la aldea no tenían esos intereses. Se contentaban con asistir a la misa sin entender una sola palabra. Aceptaban lo que se les decía y no buscaban nada más allá. Soñaban con un buen marido, que para ellas era un hombre que las tratara bien, que no les pegara, y un trozo de tierra que pudieran trabajar; ni siquiera tenían deseos de ir más allá del mundo seguro y conocido de la aldea. Eran tan inexplicables para Juana como ésta lo era para ellas.

«¿Por qué soy diferente? —se preguntaba—. ¿Qué hay de malo en mí?».

Sonaron pasos a su lado y una mano le tocó el hombro. Era Juan.

—Me manda mi padre —dijo en tono sombrío—. Quiere que vayas.

Juana lo cogió de la mano.

—Lo siento.

—No deberías haberlo hecho. Eres sólo una mujer.

Era difícil aceptarlo, viniendo de él, pero le debía una disculpa por haberlo avergonzado delante del huésped.

—Hice mal. Perdóname.

Juan trató de mantener su postura de orgullo herido, pero no pudo.

—Está bien, te perdono —dijo—. Al menos mi padre ya no está enfadado conmigo. Ahora..., bueno, ven y lo verás tú misma.

La ayudó a levantarse del suelo húmedo y le sacudió el polvo y las hojas de helecho que tenía pegados al vestido. Cogidos de la mano caminaron hacia la cabaña.

En la puerta, Juan hizo pasar a su hermana delante.

—Pasa —le dijo—. Es a ti a quien ellos quieren ver.

«¿Ellos?». Juana pensó acerca de lo que aquello querría decir, pero no podía preguntar porque ya estaba frente a su padre y a Esculapio, que esperaban junto al fuego del hogar.

Se acercó y se quedó humildemente frente a ellos. Su padre tenía un gesto peculiar, como si hubiera tragado algo agrio. Gruñó y le señaló a Esculapio, que le indicó que se acercara. Le cogió las manos y le clavó una mirada penetrante.

—¿Sabes latín? —le dijo.

—Sí, señor.

—¿Cómo llegaste a ese conocimiento?

—Escuché, señor, cuando mi hermano recibía su lección. —Pudo imaginar la reacción de su padre ante aquellas palabras. Bajó la vista—. Sé que no debí hacerlo.

—¿Qué otro conocimiento has adquirido? —preguntó el viejo.

—Sé leer, señor, y escribir un poco. Mi hermano Mateo me enseñó cuando era pequeña. —Con el rabillo del ojo Juana vio el movimiento de ira de su padre.

—Demuéstramelo.

Esculapio abrió la Biblia, buscó un pasaje y le puso el libro delante, señalando el sitio con el dedo. Era la parábola del grano de mostaza del Evangelio según san Lucas. La joven empezó a leer, tropezando al principio con algunas palabras latinas; hacía tiempo que no leía del libro.

—*Quomodo assimilabimus regnum Dei aut in qua parabola ponemus illud?* «¿A qué es comparable el reino de Dios o con qué parábola podemos expresarlo?». —Siguió sin vacilación hasta el final—: «Entonces dijo: es como un grano de mostaza que un hombre cogió y arrojó en su huerta, y creció hasta ser un gran árbol, y las aves del aire hacían su nido en sus ramas».

Dejó de leer. En el silencio que siguió podía oír el suave rumor de la brisa de otoño que pasaba sobre la paja del tejado. Esculapio preguntó en voz baja:

—¿Y entiendes el sentido de lo que has leído?

—Creo que sí.

—Explícamelo.

—Significa que la fe es como un grano de mostaza. Uno lo planta en su corazón, como se planta una semilla en un huerto. Si uno cultiva la semilla, crecerá hasta ser un árbol hermoso. Si uno cultiva su fe, ganará el reino de los cielos.

Esculapio se acarició la barba. No dio señales de aprobación ni de reprobación. ¿Se habría equivocado?

—O bien... —Tenía otra idea.

Las cejas de Esculapio se arquearon.

—¿Sí?

—Podría significar que la Iglesia es como una semilla. La Iglesia empezó siendo pequeña, creció en la oscuridad, habitada sólo por Cristo y los apóstoles, pero creció hasta ser un árbol enorme, un árbol que da sombra a todo el mundo.

—¿Y las aves que hacen nido en sus ramas? —preguntó Esculapio.

Ella pensó rápido.

—Son los fieles, que buscan salvación en la Iglesia, igual que los pájaros buscan protección en las ramas del árbol.

La expresión de Esculapio era indescifrable. Volvió a acariciarse solemnemente la barba. Juana decidió probar una vez más.

—También... —Razonaba mientras lo decía lentamente—: El grano de mostaza podría representar a Cristo. Cristo fue como la semilla cuando fue enterrado en la tierra y como un árbol cuando vino la resurrección y subió al cielo.

Esculapio se volvió hacia el canónigo.

—¿Has oído?

El canónigo respondió con una mueca.

—Es sólo una niña. Estoy seguro de que no se proponía presumir...

—La semilla como la fe, como la Iglesia, como Cristo —dijo Esculapio—. *Allegoría, moralis, anagoge*. Una exégesis bíblica clásica. Expresado con simplicidad, por supuesto, pero aun así una interpretación tan completa como la del mismísimo Gregorio el Grande. ¡Y sin haber tenido una educación formal! ¡Asombroso! La niña tiene una inteligencia extraordinaria. Me ocuparé de su educación.

Juana quedó aturdida. ¿Estaba soñando? No se atrevía a creer que aquello sucediera realmente.

—Por supuesto que no en la escuela —siguió Esculapio— porque no lo permitirían. Vendré aquí una vez cada quince días. Y le daré libros para que estudie.

El canónigo no parecía complacido. No era el resultado que había esperado de la jornada.

—Eso está muy bien —dijo en tono contrariado—. Pero ¿qué pasa con el niño?

—Ah, el muchacho. Me temo que no tiene disposición para el estudio. Con más preparación podría llegar a ser un cura de aldea. La ley sólo exige que sepa leer, escribir y administrar en forma correcta los sacramentos. Pero yo no le pediría más que eso. La escuela no es para él.

—¡No puedo creer lo que oigo! ¿Prefieres instruir a la niña y no al muchacho?

—Una tiene talento, el otro no —dijo Esculapio encogiéndose de hombros—. No puede ser de otra manera.

—¡Una mujer estudiando! —El canónigo estaba indignado—. ¿Ella estudiará los textos sagrados mientras su hermano los ignora? No lo permitiré. O les enseñas a los dos o a ninguno.

Juana contuvo el aliento. No podía ser que llegara tan cerca para que le arrebataran el premio. Empezó a recitar mentalmente una plegaria, pero no la completó. A lo mejor Dios no lo aprobaba. Buscó bajo la túnica y cogió el medallón de santa Catalina. Ella lo comprendería. «Por favor —rezó en silencio—. Ayúdame a conseguirlo. Te haré una buena ofrenda. Concédemelo».

Esculapio parecía impaciente.

—Te he dicho que el chico no tiene aptitudes para el estudio. Enseñarle a él sería una pérdida de tiempo.

—Entonces está decidido —dijo con furia el canónigo.

Casi sin creérselo, Juana vio que se ponía de pie.

—Un momento —dijo Esculapio— Veo que no cambiarás de opinión.

—Así es.

—Muy bien. La chica tiene todos los signos de un intelecto prodigioso. Podría llegar muy lejos con una buena educación. No puedo dejar pasar una oportunidad así. Si insistes, me ocuparé de la educación de los dos.

Juana soltó el aliento que había estado conteniendo.

—Gracias —dijo, tanto a santa Catalina como a Esculapio. Y añadió, con voz que a duras penas lograba mantener firme—: Trabajaré mucho para merecerlo.

Esculapio la miraba con ojos llenos de una penetrante inteligencia. «Como si tuviera un fuego en su interior», pensó Juana. Un fuego que iluminaría las semanas y meses por venir.

—Sé que lo harás —dijo él. Bajo la espesa barba blanca estaba la huella de una sonrisa— Sí, sé que lo harás.

Cuatro

Roma

El interior de mármol de la bóveda del palacio de Letrán estaba deliciosamente fresco en contraste con el calor intenso de las calles de Roma. Cuando las inmensas puertas de madera de la residencia papal se cerraron a sus espaldas, Anastasio se quedó inmóvil, parpadeando, momentáneamente cegado por la penumbra del *Patriarchium*. Instintivamente buscó la mano de su padre, pero la retiró recordando lo que le había dicho su madre aquella mañana, mientras se encargaba de su atuendo: «Mantente erguido y no te cojas de la mano de tu padre. Ya tienes doce años; es hora de que aprendas el papel de hombre. —Apretó con firmeza su cinturón de gemas—. Y mira de frente a quienes te dirijas. Tu nombre es el primero de todos; no debes parecer humilde».

Recordando aquellas palabras, Anastasio echó atrás los hombros y levantó la cabeza. Era pequeño para su edad, lo que para él era una constante fuente de preocupación, pero siempre trataba de mantenerse erguido para parecer lo más alto posible. Sus ojos empezaban a adaptarse a la penumbra y miró a su alrededor con curiosidad. Era su primera visita a Letrán, la majestuosa residencia del papa, sede de todo el poder en Roma, y estaba impresionado. El interior era enorme, una vasta estructura que contenía los archivos de la Iglesia y la Cámara del Tesoro, así como docenas de oratorios, triclinios y capillas, entre ellos la famosa capilla privada de los papas, el sanctasanctórum. Frente a Anastasio, en el muro del gran salón, colgaba una enorme *tabula mundi*, un mapa mural anotado que representaba el mundo como un círculo plano rodeado de océanos. Los tres continentes (Asia, África y Europa) estaban separados por los grandes ríos Tanais y Nilo, así como por el Mediterráneo. En el mismo centro del mundo estaba la ciudad sagrada de Jerusalén, limitada al este por el paraíso terrenal. Anastasio contempló el mapa y su atención fue a los grandes espacios abiertos, misteriosos y atemorizantes, en los bordes exteriores, donde el mundo caía en la oscuridad.

Se acercó un hombre, vestido con la dalmática de seda blanca propia de los miembros de la casa papal.

—Te doy el saludo y la bendición de nuestro santo padre, el papa Pascual —dijo.

—Dios lo guarde muchos años para que podamos seguir prosperando bajo su benévola guía —respondió el padre de Anastasio.

Una vez terminadas las formalidades requeridas, los dos hombres se relajaron.

—Bien, Arsenio, ¿cómo van tus cosas? —dijo el hombre—. ¿Has venido a ver a Teodoro, supongo?

El padre de Anastasio asintió.

—Sí. Para disponer el nombramiento de mi sobrino Cosme como *arcarius*. —Bajando la voz, añadió—: El pago se hizo hace semanas. No entiendo qué ha podido retrasar tanto el anuncio.

—Teodoro ha estado muy ocupado últimamente. Sabrás que hubo una fea disputa por la posesión del monasterio de Farfa. El santo padre quedó muy descontento con la decisión de la corte imperial. —Inclinándose hacia su interlocutor, añadió en un susurro—: Y más descontento todavía con Teodoro por defender la causa del emperador. Así que prepárate: es posible que Teodoro no pueda hacer mucho por ti en este momento.

—Ya lo había pensado. —El padre de Anastasio se encogió de hombros—. Sea como sea, Teodoro sigue siendo *primicerius* y el pago ha sido hecho.

—Veremos.

La conversación se interrumpió bruscamente cuando un segundo hombre, también vestido con la dalmática blanca, fue hacia ellos. Anastasio, que se mantenía pegado a su padre, sintió que éste se ponía imperceptiblemente más tenso mientras decía:

—Que las bendiciones del santo padre sean contigo, Sárpatos.

—Y contigo, mi querido Arsenio, y contigo —respondió el hombre. Su boca tenía un curioso rictus fijo—. Ah, Luciano —dijo volviéndose hacia el primer hombre—. Se te veía tan concentrado en tu charla con Arsenio. ¿Tienes alguna noticia interesante? Me gustaría oírla. —Bostezó teatralmente—. La vida es tan tediosa aquí desde que se marchó el emperador...

—No, Sárpatos, por supuesto que no. Si tuviera alguna noticia te la daría —respondió Luciano con nerviosismo. Y al padre de Anastasio le dijo—: Bueno, Arsenio, debo irme. Tengo tareas que atender. —Hizo una inclinación de cabeza, giró sobre los talones y se alejó rápidamente.

Sárpatos sacudió la cabeza.

—Luciano ha estado nervioso últimamente. Me pregunto por qué. —Miró con atención al padre de Anastasio—. Bien, bien, no importa. Veo que has venido acompañado hoy.

—Sí. ¿Puedo presentarte a mi hijo Anastasio? Viene a hacer el examen para ingresar como «lector». —Tras lo cual añadió, con énfasis—: Su tío Teodoro siente un especial cariño por él; por eso lo traje conmigo hoy.

—Que prosperes en su nombre —dijo Anastasio con una inclinación de cabeza y repitiendo la fórmula latina que le habían enseñado.

El hombre sonrió, retorciendo más aún las comisuras de los labios.

—¡Vaya! El latín del chico es excelente; felicitaciones, Arsenio. Será un orgullo para ti... salvo, por supuesto, que comparta con su tío aquella deplorable falta de juicio. —Continuó deprisa, impidiendo una respuesta—: Sí, sí, un excelente muchacho. ¿Qué edad tiene? —La pregunta estaba dirigida al padre, pero respondió el mismo Anastasio.

—Cumplí doce después de Adviento.

—¡Tanto! Pareces menor. —Le dio una suave palmada en la cabeza.

Dentro del chico crecía la aversión al extraño. Irguiéndose tan alto como pudo, dijo:

—Y no creo que el juicio de mi tío pueda ser tan malo, porque si no, ¿cómo habría llegado a ser *primicerius*?

El padre le apretó el brazo en señal de advertencia, pero en sus ojos no había

severidad, e incluso asomó una sonrisa a sus labios. El extraño miraba a Anastasio con algo en los ojos que podía ser sorpresa o ira. Anastasio no bajó los ojos. Al final fue el hombre quien lo hizo y volvió su atención al padre.

—¡Esa lealtad familiar! ¡Conmovedora! Bien, bien, espero que el juicio del niño resulte tan correcto como su latín.

Un fuerte ruido atrajo la atención de los tres; desde el otro extremo del salón se abrían las pesadas puertas.

—Ah, aquí viene el *primicerius*. No molestaré más —dijo Sárpató y tras una pomposa reverencia se marchó.

Hubo una oleada de silencio entre los presentes cuando entró Teodoro, acompañado por su yerno León, recientemente ascendido al puesto de *nomenclator*. Se detuvo no bien hubo cruzado el umbral para conversar brevemente con unos clérigos y nobles. Con su dalmática de seda roja y el cingulo dorado, Teodoro era con mucho el más elegante del grupo; le gustaban las buenas telas y hacía cierta ostentación en el vestir, una característica que Anastasio admiraba.

Terminados los saludos formales, Teodoro echó una mirada circular por el salón. Al ver a Anastasio y su padre les sonrió y fue hacia ellos. Al acercarse hizo un guiño a Anastasio y su mano derecha fue hacia el pliegue de la dalmática. Su sobrino sonrió porque sabía lo que significaba. Teodoro, que amaba a los niños, siempre llevaba algo especial para darle. «¿Qué será hoy? —se preguntó, haciéndosele agua la boca por la expectación— ¿Un higo blando, una ciruela dulce, quizás un trozo de mazapán cremoso y rico, relleno con almendras y castañas azucaradas?».

La atención de Anastasio estaba tan concentrada en el pliegue de la dalmática de Teodoro que al principio no vio a los otros hombres. Se acercaron rápido (eran tres) desde atrás; uno puso una mano sobre la boca de Teodoro, inclinándole la cabeza hacia atrás. Anastasio pensó que era una especie de broma. Sonriendo, miró a su padre en busca de una explicación; el corazón le saltó cuando vio el miedo en los ojos de su padre. Volvió a mirar y vio a Teodoro luchando por soltarse. Era un hombre corpulento, pero la lucha era demasiado desigual. Los hombres lo rodearon, tomándolo por los brazos, obligándolo a arrodillarse. La parte delantera de la dalmática roja de Teodoro se desgarró; la seda colgaba en jirones, dejando al descubierto la piel blanca. Uno de los atacantes metió los dedos en el espeso cabello negro de Teodoro y le echó la cabeza hacia atrás. Anastasio vio un refulgente brillo de acero. Se oyó un grito y la cara de Teodoro pareció explotar en forma de fuente roja. Anastasio se echó atrás cuando un fino rocío le dio en la cara. Se tocó y se miró la mano. Era sangre. En el salón alguien gritaba; Anastasio vio a León, el yerno de Teodoro, desaparecer bajo un enjambre de atacantes.

Los hombres soltaron a Teodoro, que cayó sobre sus rodillas. Levantó la cabeza y Anastasio aulló de terror. La cara era espantosa. La sangre manaba de los negros agujeros donde habían estado los ojos y le corría por la barbilla y el pecho.

Anastasio hundió la cara en el costado de su padre. Sintió que las manos grandes de su padre lo cogían por los hombros y oyó la voz fuerte y firme que le decía:

—No, no puedes esconderte, hijo mío. —Y las manos lo hacían girar y volver a dar la cara a la escena horrible que tenía enfrente—. Mira —ordenaba la voz—, y aprende. Éste es el precio que se paga por la falta de sutileza y arte. Teodoro paga

ahora por exhibir tan abiertamente su lealtad al emperador.

Anastasio quedó paralizado mirando cómo los atacantes llevaban a Teodoro y a León al centro del salón. Varias veces tropezaron y casi cayeron sobre el suelo de mármol, que estaba resbaladizo por la sangre. Teodoro gritaba algo, pero las palabras eran ininteligibles. Con la boca abierta y en movimiento la cara era más horrible todavía.

Los hombres obligaron a ambas víctimas a arrodillarse y echaron sus cabezas hacia delante. Un hombre levantó una larga espada sobre el cuello de León y con un golpe rápido le decapitó. Pero el cuello de Teodoro era grueso y siguió moviéndose después del primer golpe; se necesitaron tres o cuatro más para desprender la cabeza del tronco.

Anastasio vio por primera vez que los atacantes llevaban la cruz escarlata de la milicia papal.

—¡Padre! —balbuceó—. ¡Son los guardias! ¡Los guardias de la milicia!

—Sí. —El padre apretó al niño contra su cuerpo. Anastasio trataba de controlar un ataque de histeria.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, padre? ¿Por qué lo han hecho?

—Recibieron órdenes.

—¿Órdenes? —Trataba de entender, pero no podía—. ¿Quién podría dar una orden así?

—¿Quién? Ah, hijo, piensa. —El padre tenía la cara pálida, pero la voz era firme al responder—. Debes aprender a pensar para no sufrir nunca un destino así. Ahora piensa: ¿quién tiene el poder?, ¿quién es capaz de dar semejante orden?

Anastasio quedó mudo, abrumado por la magnitud de la idea que había empezado a ocurrírsele.

—Sí. —Las manos del padre se aflojaron en los hombros de Anastasio—. ¿Quién podría ser —dijo—, sino el papa?

Cinco

—No, no. —La voz de Esculapio empezaba a tener un dejo de impaciencia—. Debes hacer las letras más pequeñas. ¿Ves cómo escribe su lección tu hermana? —Enseñó el escrito de Juana—. Debes tener más respeto por tu pergamino, muchacho; se necesitó toda una oveja para hacer esta única hoja. Si los monjes de Andernach se extendieran con sus palabras sobre la página como haces tú, los rebaños de Austrasia se acabarían en un mes.

Juan dirigió una mirada rencorosa a Juana.

—Es demasiado difícil; no puedo.

—Muy bien —dijo Esculapio con un suspiro—, sigue practicando en la tablilla. Cuando tengas más control de la mano volveremos a probar en pergamino. —Se volvió hacia Juana—: ¿Has terminado el *De inventione*?

—Sí, señor —respondió Juana.

—Nómbrame las seis preguntas probatorias para determinar las circunstancias de los actos humanos.

Juana estaba preparada.

—*Quis, quid, quomodo, ubi, quando, cur*: «Quién, qué, cómo, dónde, cuándo, por qué».

—Bien. Ahora identifica las *constitutiones* retóricas.

—Cicerón especifica cuatro *constitutiones* diferentes: disputa sobre el hecho, disputa sobre la definición, disputa sobre la naturaleza del hecho y...

Hubo un ruido proveniente de la puerta al abrirse y entró Gudrun balanceándose por el peso de los cubos de madera llenos de agua que traía. Uno en cada mano. Juana se levantó para ayudarla, pero Esculapio le puso una mano en el hombro, devolviéndola a su asiento.

—¿Y?

Juana vaciló con la mirada todavía en su madre.

—Niña, continúa. —El tono de Esculapio indicaba que no toleraría una desobediencia.

Juana se apresuró a responder.

—Disputa por la jurisdicción o procedimiento.

Esculapio asintió, satisfecho.

—Hazme una ilustración del tercer *status*. Escríbelo en tu pergamino y asegúrate de que valga la pena.

Gudrun trabajaba sobre el fuego, poniendo agua a hervir, preparando la mesa para la comida de la tarde. Una o dos veces miró por encima del hombro con malhumor.

Juana sintió una punzada de culpa pero trató de volver al trabajo. Aquel tiempo era precioso; Esculapio iba una sola vez por semana y el estudio importaba más que cualquier otra cosa.

Pero era difícil seguir la lección bajo el peso del disgusto de su madre. Esculapio lo notaba también, aunque lo atribuía al hecho de que la lección impedía a Juana hacer las tareas de la casa. Juana sabía cuál era la causa verdadera. Sus estudios

eran una traición, una violación del mundo privado que ella compartía con su madre, un mundo de dioses y secretos sajones. Al aprender latín y estudiar los textos cristianos, Juana se ponía de parte de las cosas que su madre más detestaba, de parte del Dios cristiano que había destruido el mundo familiar de Gudrun y, más específicamente, de parte del canónigo, su esposo.

La verdad era que Juana trabajaba principalmente con textos precristianos, clásicos. Esculapio reverenciaba los textos «paganos» de Cicerón, Séneca, Lucano y Ovidio, considerados anatema por la mayoría de los estudiosos de la época. Le estaba enseñando a Juana a leer griego, usando los antiguos textos de Menandro y Homero, cuya poesía el canónigo consideraba poco más que blasfemia pagana. Aprendiendo de Esculapio a apreciar la claridad y el estilo, Juana no se planteó siquiera la pregunta de si la poesía de Homero era aceptable en términos de doctrina cristiana; Dios estaba en sus versos porque eran bellos.

Le habría gustado explicarle esto a su madre, pero sabía que no habría ninguna diferencia. Homero o Beda, Cicerón o san Agustín, para Gudrun era todo lo mismo: no era sajón. No le importaba nada más.

Juana había perdido la concentración; se sobresaltó e hizo un feo borrón en el pergamino. Alzó la vista y encontró a Esculapio mirándola con sus penetrantes ojos oscuros.

—No importa, niña. —Su voz sonó inesperadamente dulce; por lo general era duro con los errores por descuido—. No importa. Empieza de nuevo.

Los aldeanos de Ingelheim estaban reunidos alrededor del estanque, charlando animadamente. Aquel día tendría lugar un proceso contra una bruja, hecho garantizado para inspirar horror, piedad y placer, un respiro que se acogía bien en la dureza cotidiana de la vida.

—*Benedictus*. —El canónigo inició la bendición del agua.

Hrotrud trató de huir, pero dos hombres la atraparon y la llevaron de nuevo al lado del canónigo, cuyas cejas oscuras se unían en un gesto de reprobación. Hrotrud maldecía y se resistía mientras sus captores le ponían las manos crispadas a la espalda y las ataban con un trozo de tela de lino, haciéndola gritar de dolor.

—*Maleficia* —murmuró alguien, cerca de donde estaban Juana y Esculapio, entre la multitud de testigos—. San Bernabé, protégenos del mal de ojo.

Esculapio no dijo nada, pero sacudió la cabeza con tristeza.

Había llegado a Ingelheim aquella mañana para la lección semanal, pero el canónigo había impedido que los niños recibieran instrucción sin asistir antes al juicio a Hrotrud, antaño partera de la aldea.

—Porque aprenderán más de los caminos de Dios observando este sagrado juicio que en los libros paganos —había dicho, mirando con insistencia a Esculapio.

A Juana no le gustaba retrasar su lección, pero tenía curiosidad por el juicio. Se preguntaba cómo sería; nunca había visto ningún juicio por brujería. Pero lamentaba que fuera Hrotrud, por la que sentía simpatía y a la que consideraba una mujer sincera, nada hipócrita. Siempre le había hablado francamente, la había tratado con bondad, sin ridiculizarla como hacían otros en la aldea. Gudrun le había contado a Juana que Hrotrud la había asistido en su nacimiento (un terrible suplicio, según la madre), y le atribuía el mérito de haber salvado la vida de Juana aquel día. Mientras

miraba a los aldeanos reunidos la niña pensó que seguramente Hrotrud había ayudado a dar a luz a la mayoría de los presentes, al menos los que tenían más de seis inviernos. Nadie lo podría haber adivinado por el modo en que la trataban en aquel momento. La mujer se había vuelto una molestia para ellos, un recordatorio de su caridad cristiana, pues desde que el dolor de los huesos le había torcido las manos, volviéndola inútil como partera, había vivido de las limosnas de los vecinos y de lo poco que podía ganar vendiendo hierbas medicinales y filtros de su invención.

Su habilidad en esto último había resultado su perdición porque el hecho de que pudiera ofrecer remedios para el insomnio y los dolores de muelas, de estómago y de cabeza, a los aldeanos les parecía pura y simple brujería.

Una vez terminada la bendición del agua, el canónigo se volvió hacia Hrotrud.

—¡Mujer! Ya sabes el crimen del que se te acusa. ¿Confesarás ahora libremente tus pecados para asegurar la salvación de tu alma inmortal?

Hrotrud lo miró llena de miedo por el rabllo del ojo.

—Si confieso, ¿me dejaréis en libertad?

El canónigo negó con la cabeza.

—Está expresamente prohibido en el Libro Sagrado: «No permitirás que una bruja viva». —Para darle más autoridad a la cita, añadió—: Éxodo, capítulo veintidós, versículo dieciocho. Pero tendrás una muerte consagrada y rápida, y con ella ganarás la recompensa inconmensurable del cielo.

—¡No! —respondió Hrotrud en tono desafiante—. ¡Soy una mujer cristiana, no una bruja, y cualquiera que lo diga es un mentiroso!

—¡Bruja! ¡Sufrirás el fuego del infierno por toda la eternidad! ¿Puedes negar la prueba ante tus propios ojos?

De detrás de la espalda el canónigo había sacado un sucio cinturón de lino, acortado con una serie de nudos. Lo sacudió acusadoramente ante Hrotrud, que dio un paso atrás.

—¿Ves cómo retrocede ante él? —murmuró alguien cerca de Juana—. Es culpable, seguro, y habrá que quemarla.

«Cualquiera se habría sobresaltado con un movimiento súbito como ése —pensó Juana— Eso no puede ser prueba de culpabilidad».

El canónigo alzaba el cinturón para que todos pudieran verlo.

—Esto pertenece a Arno, el molinero. Desapareció hace una semana. Inmediatamente después cayó enfermo, con un terrible dolor de vientre.

La expresión de los presentes era solemne. No tenían ninguna simpatía especial por Arno, del que se sospechaba que usaba pesas falsas. Una adivinanza que solían hacerse era: «¿Qué cosa es la más justiciera del mundo?». Y la respuesta era: «El jubón de Arno, porque aprieta a un ladrón por el cuello todos los días». Aun así, la enfermedad del molinero era una cuestión de gran preocupación para toda la comunidad. Sin él, el grano no podría hacerse harina porque, por ley, ningún aldeano podía moler su propia cosecha.

—Hace dos días —siguió el canónigo con la voz cargada de acentos acusadores— fue descubierto este cinturón en el bosque cerca de la cabaña de Hrotrud.

Hubo un murmullo entre la gente y algunos gritos sueltos: «¡Bruja!»,

«¡Hechicera!», «¡A quemarla!».

El canónigo dijo a Hrotrud:

—Tú robaste el cinturón e hiciste los nudos para que tus encantamientos malignos, que han llevado a Arno al borde de la muerte, tuvieran efecto.

—¡No! —gritó Hrotrud indignada, forcejeando por soltarse de las ataduras— ¡No lo hice! ¡Nunca había visto ese cinturón! Yo nunca...

El canónigo hizo una seña impaciente a los hombres, que sacudieron varias veces a Hrotrud como un saco de nueces y la soltaron para que siguiera su impulso. Hrotrud gritó de miedo y furia mientras volaba por el aire hasta caer en el centro del estanque.

Juana y Esculapio fueron empujados por la gente que se adelantaba para ver mejor. Si Hrotrud salía a la superficie del estanque y flotaba, significaría que las aguas benditas la rechazaban; se revelaría entonces como bruja y sería quemada en la hoguera. Si se hundía, su inocencia quedaba probada y se salvaría.

En el tenso silencio todos los ojos estaban fijos en la superficie del agua. Las ondas se ampliaron lentamente desde el sitio donde Hrotrud había caído; por lo demás, la superficie estaba inmóvil.

El canónigo gruñó e hizo una señal a los hombres, que inmediatamente se zambulleron y nadaron en busca de Hrotrud.

—Es inocente de los cargos contra ella —dijo el canónigo—. Dios sea loado.

¿Era la imaginación de Juana o parecía desilusionado?

Los hombres seguían buscando bajo el agua sin resultado. Al fin uno de ellos emergió sosteniendo a Hrotrud y fue hacia la orilla. La mujer estaba flácida en sus brazos, con la cara hinchada y descolorida. La depositó en el suelo. Hrotrud no se movió. El hombre se inclinó, buscando los latidos del corazón. Al cabo de un momento levantó la cabeza.

—Está muerta —anunció.

Un murmullo recorrió a la asistencia.

—Muy lamentable —dijo el canónigo— Pero murió inocente del crimen del que se la acusaba. Dios conoce sus caminos y dará recompensa y descanso a su alma.

Los aldeanos se dispersaron, algunos pasando junto al cadáver que examinaban con curiosidad, otros reuniéndose en pequeños grupos para conversar en voz baja.

Juana y Esculapio volvieron a la casa en silencio. Juana estaba profundamente turbada por la muerte de Hrotrud. Se avergonzaba de la curiosidad que había tenido antes por presenciar el juicio. Pero no había esperado que Hrotrud muriera. Estaba segura de que no era una bruja; por lo tanto, creía que Dios probaría su inocencia.

Y lo había hecho.

Pero entonces, ¿por que la había dejado morir?

No habló de ello hasta más tarde, cuando reanudaron la lección en el *grubenhau*s. En medio de la escritura ella bajó el estilo y preguntó.

—¿Por qué lo ha hecho Dios?

—Quizá no sea Él quien lo ha hecho —respondió Esculapio, captando el sentido de la pregunta de inmediato.

Juana lo miraba extrañada.

—¿Estás diciendo que algo así pudo pasar en contra de su voluntad?

—Quizá no. Pero el error puede estar en la naturaleza del juicio antes que en la naturaleza de la voluntad de Dios.

Juana lo pensó.

—Mi padre diría que así es como se ha juzgado a las brujas durante cientos de años.

—Y eso es cierto.

—Pero eso no hace que necesariamente esté bien. —Juana volvió a mirar a Esculapio—. ¿Cuál sería el modo correcto?

—Eso —dijo él— tendrás que decírmelo tú.

Juana suspiró. Esculapio era tan diferente de su padre, e incluso de Mateo: se negaba a decirle las cosas e insistía en que ella encontrara las respuestas razonando. Juana se frotó suavemente la punta de la nariz como solía hacer cuando pensaba en un problema.

Claro. Había estado ciega por no verlo de inmediato. Cicerón y el *De inventione*. Hasta aquel momento había sido sólo una abstracción, un ornamento retórico, un ejercicio para el entendimiento.

—Las preguntas probatorias —dijo Juana—. ¿Por qué no podrían aplicarse en este caso?

—Explícate —dijo Esculapio.

—*Quid*: hay un hecho, el cinturón con los nudos; eso es indiscutible. Pero seguramente es discutible lo que significa. *Quis*: ¿Quién hizo los nudos y arrojó el cinturón en el bosque? *Quomodo*: ¿Cómo se lo robaron a Arno? *Quando, ubi*: ¿Cuándo y dónde fue robado? ¿Alguien lo vio realmente en manos de Hrotrud? *Cur*: ¿Por qué Hrotrud desearía un daño para Arno? —Hablaba rápido, excitada por las posibilidades de la idea—. Se debería citar a los testigos e interrogarlos. Y a Hrotrud y a Arno también habría que interrogarlos. Sus respuestas podrían haber determinado la inocencia de Hrotrud y... —concluyó— ¡no habría tenido que morir para probarlo!

Estaban pisando terreno peligroso y lo sabían. Se quedaron en silencio. Juana quedó abrumada por la magnitud del concepto que había estallado en ella: la aplicación de la lógica a la divina revelación, la posibilidad de una justicia terrena en la que los supuestos de la fe fueran gobernados por la investigación racional y la creencia fuera apoyada por los poderes de la razón.

—Creo —dijo Esculapio— que sería prudente no mencionar esta conversación a tu padre.

Acababa de pasar la festividad de san Bertín; los días empezaban a acortarse y junto con ellos las clases de los niños. El sol estaba bajo en el cielo cuando Esculapio por fin se puso de pie.

—Eso será suficiente por hoy.

—¿Puedo irme? —preguntó Juan.

Esculapio lo despidió con un gesto y el niño saltó de su asiento y corrió afuera.

Juana sonrió al maestro con un gesto de disculpa. El manifiesto rechazo de Juan por el estudio la avergonzaba. Esculapio solía ser impaciente y hasta rudo con él. Su hermano era un estudiante lento y de mala voluntad. «¡No puedo hacerlo!», gritaba en cuanto encontraba alguna dificultad. Había momentos en que Juana habría querido

sacudirlo y gritarle: «¡Inténtalo! ¿Cómo sabes que no puedes si no lo intentas?».

Juana se reprocharía más tarde estos pensamientos. Juan no podía evitar ser lento. Pero si no fuera por él, no habría habido lecciones en aquellos últimos dos años... Y la vida sin las lecciones se habría vuelto inimaginable.

En cuanto Juan hubo salido, Esculapio dijo con seriedad:

—Tengo algo que decirte. Me han informado de que ya no necesitan mis servicios en la escuela. Otro estudioso, un franco, se ha ofrecido como maestro y el obispo lo encuentra más adecuado para el puesto que yo.

Juana quedó desconcertada.

—¿Cómo puede ser? ¿Quién es el hombre? ¡Es imposible que sepa tanto como tú!

—Eso demuestra tu lealtad —dijo Esculapio sonriendo—, aunque no tu sabiduría. Lo he conocido; es un excelente erudito, cuyos intereses se adaptan mejor que los míos a la enseñanza de la escuela. —Al ver que Juana no captaba el sentido, añadió—: Hay un lugar para la clase de conocimiento que tú y yo hemos perseguido juntos, Juana, y no es el interior de los muros de una catedral. Recuerda lo que te digo y ten cuidado: algunas ideas son peligrosas.

—Entiendo —dijo Juana, aunque no entendía del todo—. Pero ¿qué harás ahora? ¿Adónde irás?

—Tengo un amigo en Atenas, un compatriota que ha triunfado como comerciante. Quiere que vaya a darles clases a sus hijos.

—¿Te irás? —Juana no podía creer lo que estaba oyendo.

—Es un hombre próspero; su oferta es generosa. No tengo más alternativa que aceptar.

—¿Te irás a Atenas? —Estaba tan lejos—. ¿Cuándo?

—En un mes. Ya me habría ido de no ser por el placer que me produce mi trabajo contigo.

—Pero... —El espíritu de Juana corría tratando de pensar algo, cualquier cosa, para impedir que aquel hecho horrible sucediera—. Puedes vivir aquí, con nosotros. Podrías ser nuestro tutor ¡y podríamos tener lecciones todos los días!

—Eso es imposible, querida niña. Tu padre apenas si tiene para mantener a su familia durante el invierno. No hay lugar en vuestra mesa o vuestro lecho para un extraño. Además, debo irme adonde pueda continuar mi propio trabajo. La biblioteca de la catedral ya no me lo permite.

—No te vayas. —El dolor subía en ella como una sustancia palpable, formando un duro nudo en la base de la garganta—. Por favor, no.

—Mi querida niña, debo hacerlo. Aunque de veras me gustaría quedarme. —Acarició con cariño el cabello rubio de Juana—. He aprendido mucho enseñándote a ti; no creo que vuelva a tener nunca un alumno tan bueno. Tienes una inteligencia extraña; es un don de Dios y no debes negarlo —le dirigió una mirada significativa—, cualquiera que sea su precio.

Juana no habló por miedo a que su voz traicionara sus emociones. Esculapio le cogió una mano.

—No debes preocuparte. Podrás continuar tus estudios. Lo arreglaré. Todavía no sé exactamente dónde o cómo, pero lo haré. Tu intelecto encierra demasiadas

promesas para dejarlo en barbecho. Encontraremos las semillas con las cuales sembrarlo, te lo prometo. —Le apretó la mano—. Confía en mí.

Una vez que se marchó, Juana no se movió de su pequeño pupitre. Se quedó sola en la oscuridad creciente hasta que su madre volvió llevando troncos para el fuego.

—Ah, ¿habéis terminado? —dijo Gudrun—. ¡Bien! Entonces ven a ayudarme con el fuego.

Esculapio fue a verla el día de su partida, vestido con su larga capa azul de viaje. En las manos llevaba un paquete envuelto en tela.

—Para ti. —Puso el paquete en sus manos.

Juana lo desenrolló y quedó con la boca abierta al ver lo que contenía. Era un libro encuadernado al modo oriental, con madera forrada en cuero.

—Lo hice yo mismo —dijo Esculapio—, hace ya unos años. Es una edición de Homero: el original en griego en la primera parte y una traducción latina detrás. Te ayudará a mantener fresco tu conocimiento del idioma hasta que reanudes tus estudios.

Juana se había quedado sin palabras. ¡Un libro suyo! Era un privilegio del que disfrutaban sólo monjes y estudiosos del más alto rango. Lo abrió y miró las apretadas líneas de la esmerada letra uncial de Esculapio, que llenaban las páginas con palabras de una belleza inexpresable. Esculapio la miraba con los ojos llenos de tierna melancolía.

—No lo olvides, Juana. No lo olvides nunca.

Le abrió los brazos. Ella se adelantó y por primera vez se abrazaron. Durante largo rato estuvieron apretados, el cuerpo alto y ancho de Esculapio envolviendo al pequeño de Juana. Cuando al fin se separaron, su capa azul estaba mojada por las lágrimas de la niña.

Ella no lo vio alejarse. Se quedó dentro donde se habían separado, con el libro en las manos, apretándolo tanto que las manos le dolían.

Juana sabía que su padre no le permitiría conservar el libro. Nunca había aprobado sus estudios y ahora que Esculapio se había ido no había nadie que le impidiese obligarla a interrumpirlos. Así que ocultó el libro, cuidadosamente envuelto en su tela, bajo la paja de su lado de la cama.

Ardía de impaciencia por leerlo, por ver las palabras, por oír otra vez en la imaginación la feliz belleza de la poesía. Pero era demasiado peligroso; siempre había alguien en la cabaña, o cerca, y ella temía que la descubrieran. Su única oportunidad era por la noche. Cuando todos estaban dormidos podía leer sin el riesgo de una súbita interrupción. Pero necesitaba luz: una vela o al menos algo de aceite. La familia disponía sólo de dos docenas de velas por año (al canónigo no le gustaba sacarlas del santuario) y se las conservaba con el mayor cuidado; nunca podría haber usado una sin que se supiera. Pero el almacén de la iglesia tenía un enorme depósito de cera: los colonos de Ingelheim debían proveer al santuario con cien libras por año. Si pudiera apropiarse de un poco, podría hacer su propia vela...

No fue fácil, pero al fin se las arregló para conseguir cera suficiente con la que hacer una pequeña vela, con un hilo de lino como mecha. Era muy rudimentaria; la llama era poco más que un punto, pero le bastaba para estudiar.

La primera noche tomó todas las precauciones. Esperó mucho tiempo después de que sus padres se retiraran a su dormitorio y sólo cuando oyó roncar a su padre se atrevió a moverse. Salió de la cama, en silencio y con cautela como un cervatillo, cuidando de no despertar a Juan, que dormía profundamente a su lado, con la cabeza metida bajo la manta. Con suavidad, Juana sacó el libro de su escondite en la paja y lo llevó a la mesita de pino, situada en el rincón del cuarto. Llevó la vela al fuego del hogar y la encendió con las brasas.

De vuelta a la mesa puso la vela cerca del libro. La luz era débil y vacilante, pero con esfuerzo Juana podía descifrar las líneas de gruesa tinta negra. Las letras bailaban en la luz parpadeante, invitándola. Esperó un instante saboreando el momento. Se inclinó sobre la página y empezó.

Los días cálidos y las noches frías de *Windumemanoth*, el mes de la cosecha del vino, pasaron velozmente. Los rudos vientos del norte llegaron más pronto de lo habitual, soplando en ráfagas fuertes que helaban los huesos. Una vez más, las ventanas de la casa fueron tapiadas, pero el viento helado penetraba por cada rendija; para mantener el calor debían dejar que el fuego en el hogar ardiera todo el día, llenando la casa de humo y hollín.

Cada noche, cuando la familia dormía, Juana se levantaba y estudiaba durante horas en la oscuridad. Agotó su vela y se vio obligada a esperar con impaciencia hasta conseguir más cera del depósito de la iglesia. Cuando al fin pudo reanudar el trabajo lo llevó adelante sin descanso. Terminó el libro y volvió al principio, esta vez estudiando las complicadas formas verbales y copiándolas en la tablilla hasta aprenderlas de memoria. Tenía los ojos rojos y le dolía la cabeza de trabajar con mala luz, pero no se le ocurrió abandonar. Estaba contenta.

La festividad de san Columbano llegó y pasó, y todavía no había noticias de ningún arreglo para que ella siguiera sus estudios. No obstante, Juana mantenía su fe en la promesa de Esculapio. Mientras tuviera su libro no había motivo para desesperar. Seguía aprendiendo, haciendo progresos. Estaba segura de que algo pasaría pronto. Llegaría un maestro a la aldea, preguntaría por ella o bien la mandaría llamar el obispo y le diría que la aceptaban en una escuela.

Juana empezaba a trabajar más temprano cada noche. A veces ni siquiera esperaba a oír los ronquidos de su padre. Cuando se le caía una gota de cera caliente sobre la mesa ni siquiera lo notaba.

Una noche estaba trabajando en un problema sintáctico especialmente difícil e interesante. Impaciente por empezar, se puso en su pupitre no mucho después de que sus padres se hubieron retirado. Llevaba sentada sólo unos minutos cuando oyó un sonido ahogado al otro lado de la pared.

Sopló la llama de la vela y se quedó inmóvil, como una piedra en la oscuridad, escuchando, sintiendo el pulso en la garganta.

Pasaron varios segundos. No hubo más sonidos. Debía de haber sido su imaginación. El alivio la bañó como una corriente cálida. Aun así, dejó pasar un rato antes de levantarse, ir al fuego y encender la pequeña vela con la que volvió a sentarse. La llama creaba un minúsculo círculo alrededor del pupitre. En el borde del círculo, donde la luz limitaba con la sombra, había unos pies.

Los pies de su padre.

El canónigo salió de la oscuridad. Por instinto, Juana hizo amago de esconder el libro, pero era demasiado tarde.

La cara del canónigo, iluminada desde abajo por la llama vacilante de la vela, era terrorífica.

—¿Qué perversión es ésta?

La voz de Juana era un susurro.

—Un libro.

—¡Un libro! —La miraba como si apenas pudiera creerlo—. ¿De dónde lo has sacado? ¿Qué estás haciendo con él?

—Leyéndolo. Es... es mío, me lo regaló Esculapio. Es mío.

La fuerza del golpe de su padre la cogió por sorpresa, haciéndola saltar del taburete. Quedó en el suelo con la tierra fría contra la mejilla.

—¡Tuyo! ¡Insolente! ¡Yo soy el amo de esta casa!

Juana se alzó sobre un hombro y vio impotente cómo su padre se inclinaba sobre el libro, entornando los ojos para descifrar las palabras a la luz vacilante. Al cabo de un momento se irguió, haciendo la señal de la cruz con una mano sobre el escritorio.

—Jesucristo nos proteja. —Sin volver a mirar el libro, hizo un gesto a Juana—. Ven aquí.

Juana se levantó. Estaba mareada y tenía un doloroso zumbido en un oído. Caminó lentamente hacia su padre.

—Esta no es la lengua de la Santa Madre Iglesia. —Señaló la página abierta ante él—. ¿Qué significan esas marcas? ¡Respóndeme con la verdad, si es que das algún valor a tu alma inmortal!

—Es poesía, padre.

Pese a su miedo, Juana sentía orgullo por su conocimiento. No se atrevía a añadir que la poesía era de Homero, a quien su padre consideraba un pagano. El canónigo no sabía griego. Si no miraba la traducción latina de la parte de atrás quizá no supiera de qué se trataba.

El padre puso las dos manos sobre la cabeza de Juana, con sus gruesos dedos de campesino haciendo un círculo en la frente.

—*Exorcizo te, immundissime spiritus, omnis incursio adversarii, omne phantasma...* —Sus manos apretaban tanto que Juana gritó de miedo y dolor.

Apareció Gudrun en el umbral.

—Por lo más sagrado, ¿qué pasa? ¡Ten cuidado con la niña!

—¡Silencio! —gritó el canónigo—. ¡La niña está poseída! Es preciso exorcizar su demonio.

La presión de las manos aumentó hasta que Juana creyó que se le saltarían los ojos. Gudrun le cogió el brazo.

—¡Basta! Es una criatura. ¡Basta, esposo! ¿Acaso quieres matarla, en tu locura?

La dolorosa presión cesó bruscamente, al retirar las manos el canónigo. Giró y con un solo golpe mandó a Gudrun volando hasta el otro lado del cuarto.

—¡Fuera! —rugió—. ¡No es momento para debilidades de mujer! ¡La encontré practicando la magia por la noche! ¡Con un libro de brujerías! ¡Está poseída!

—¡No, padre, no! —gritó Juana— ¡No es brujería! ¡Es poesía! ¡Poesía escrita en griego, eso es todo! ¡Te lo juro!

Él tendió los brazos para cogerla, pero ella se escabulló por debajo y le dio la espalda. El canónigo se volvió y avanzó hacia ella con los ojos amenazantes.

La mataría.

—¡Padre! ¡Mira las últimas páginas! ¡Las últimas páginas del libro! ¡Está escrito en latín! ¡Tú mismo lo verás! ¡Es latín!

El canónigo vaciló. Gudrun se apresuró a alcanzarle el libro. Él no lo miró. Clavó su mirada en Juana con aire pensativo.

—¡Por favor, padre! Sólo mira las últimas páginas del libro. Podrás leerlo tú mismo. ¡No es brujería!

Cogió el libro que le tendía Gudrun, que fue a buscar la vela y se la puso cerca de la página para que pudiera ver. El canónigo se inclinó a examinar el libro, con las gruesas cejas unidas por la concentración. Juana no podía dejar de hablar.

—Estaba estudiando. Leía de noche para que nadie me viera. Pensaba que a lo mejor no te parecería bien. —Lo diría todo, lo confesaría todo, con tal de que le creyera—. Es Homero. El libro de la *Ilíada*. El poema de Homero. No es brujería, padre. —Empezó a llorar—. No es brujería.

El canónigo no le prestaba atención. Leía atentamente, los ojos cerca de la página, la boca formando en silencio las palabras. Al cabo de un momento alzó la vista.

—Dios sea loado. No es brujería. Pero es la obra de un pagano y por ello una ofensa contra Dios. —Se volvió a Gudrun—. Enciende el fuego. Esta abominación debe ser destruida.

Juana tragó saliva. ¡Quemar el libro! ¡El hermoso libro de Esculapio, señal de su amistad con ella!

—¡Padre, ese libro es valioso! Vale dinero; podríamos sacar una buena cantidad por él o... —su entendimiento buscaba rápidamente soluciones—, podrías dárselo al obispo como regalo para la biblioteca de la catedral.

—Niña malvada, estás tan hundida en el pecado que me maravilla que no te hayas ahogado en él. Este no es un regalo apto para el obispo ni para ninguna alma temerosa de Dios.

Gudrun fue al rincón de la leña y eligió unos pocos troncos pequeños. Juana, aturdida, miraba. Tenía que encontrar algún modo de impedir que aquello sucediera. Si cesara el dolor de la cabeza, podría pensar.

Gudrun reunió los tizones, preparando el hogar para echar más leña.

—Espera un momento —dijo de pronto el canónigo—. No enciendas. —Pasó con un dedo las páginas del libro, evaluándolo—. Es cierto que el pergamino es valioso y podría ser usado para bien. —Puso el libro sobre la mesa y fue al dormitorio.

¿Qué se proponía? Juana miró a su madre, que se encogió de hombros, tan desconcertada como ella. A su izquierda, Juan estaba sentado en la cama. El ruido lo había despertado y miraba a Juana con ojos como platos.

Volvió el canónigo con algo largo y brillante. Era su cuchillo de caza con mango de hueso. Como siempre, la visión del cuchillo llenó a Juana de un terror inexplicable. El juego de sombras de recuerdos perdidos acarició el borde de su conciencia y se marchó, antes de que pudiera saber qué era.

El padre se sentó. Poniendo el cuchillo en ángulo oblicuo para rozar la página con el filo, raspó el pergamino. Una de las letras desapareció. Soltó un pequeño gruñido de satisfacción.

—Funciona. Lo vi hacer una vez en el monasterio de Corbie. Deja la página limpia y se la puede volver a usar. Ahora... —hizo un gesto perentorio en dirección a Juana— hazlo tú.

De modo que aquél sería el castigo. Su mano sería la que destruyera el libro, la que borrara el conocimiento prohibido y con él todas sus esperanzas.

Los ojos del padre brillaban de malévolas satisfacción.

Inexpresivamente, ella cogió el cuchillo y se sentó en el pupitre. Durante un largo rato miró la página. Sosteniendo el cuchillo como había visto hacer a su padre, movió la hoja lentamente sobre la superficie de la página.

No pasó nada.

—No funciona. —Alzó la vista con expectación.

—Así. —El canónigo puso su mano sobre la de ella e hizo presión con un pequeño movimiento lateral de la hoja del cuchillo. Desapareció otra letra—. Vuelve a probar.

Juana pensó en Esculapio, en su trabajo para hacer aquel libro, en la fe que había puesto en ella al confiárselo. La página se volvió borrosa por las lágrimas que le anegaban los ojos.

—Por favor. No me obligues. Por favor, padre.

—Hija, has ofendido a Dios con tu desobediencia. En castigo trabajarás día y noche hasta que estas páginas hayan sido totalmente limpiadas de su contenido blasfemo. No tendrás más que pan y agua hasta que la tarea haya sido completada. Yo le rezaré a Dios para que tenga piedad de ti por tu horrendo pecado. —Señaló el libro—. Empieza.

Juana puso el cuchillo sobre la página y raspó como su padre le había enseñado. Una de las letras se resquebrajó, palideció y desapareció. Movié el cuchillo; otra letra fue borrada. Después otra. Y otra. Pronto una palabra entera había desaparecido, dejando sólo la superficie rugosa del pergamino.

Movié el cuchillo para empezar con la palabra siguiente: ἀλήθεια. *Aletheia*. «Verdad». Juana se detuvo con la mano flotando sobre la palabra.

—Sigue. —La voz de su padre era severa.

Verdad. Las líneas curvas de las letras unciales la miraban desde el pergamino.

Una orgullosa negativa surgió en ella. Todo el miedo y el dolor de la noche cedieron ante una abrumadora convicción: «Esto no debe ser así».

Dejó el cuchillo. Lentamente alzó la vista hacia los ojos del padre. Lo que vio en ellos la hizo contener el aliento.

—Coge el cuchillo. —El tono de amenaza era muy claro.

Juana trató de hablar. Pero tenía la garganta contraída y no le salió ninguna palabra. Negó con la cabeza.

—Hija de Eva, te enseñaré a temer las torturas del infierno. Tráeme la vara.

Juana fue al rincón y cogió la larga vara negra que su padre usaba en tales ocasiones.

—Prepárate —dijo el canónigo.

Ella se arrodilló en el suelo frente al fuego. Lentamente, porque le temblaban las manos, se quitó la capa de lana y la túnica de lino, dejando expuesta la piel pálida de la espalda.

—Empieza el padrenuestro. —La voz de su padre era un murmullo.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —El primer golpe azotó la parte alta de la espalda, entre los hombros, abriendo la carne y enviando un rayo penetrante de dolor cuello arriba, hasta el cráneo—, santificado sea tu nombre... —El segundo azote fue más fuerte. Juana se mordió un brazo para no gritar. Le había pegado antes, pero nunca así, nunca con tan implacable fuerza—, venga a nosotros tu reino... —El tercer azote provocó sangre. Una humedad pegajosa empezó a correrle por los costados—, hágase tu voluntad... —El cuarto azote le hizo echar la cabeza hacia atrás. Vio que su hermano miraba con atención desde la cama. Había una curiosa expresión en su rostro: ¿era miedo? ¿Curiosidad? ¿Piedad?—, en la tierra como en el... —La vara volvía a caer. En una fracción de segundo, antes de que el dolor la obligara a cerrar los ojos, Juana reconoció el gesto en la cara de su hermano. Era placer— cielo. El pan nuestro... —La vara azotó con fuerza. ¿Cuántos iban ya? Juana perdía la cuenta. Nunca había recibido más de cinco. Otro azote. A lo lejos oyó que alguien gritaba—, dánoslo hoy. Y perdónanos... perdona... —Su boca se movía, pero ya no podía formar las palabras.

Otro azote.

Con la poca conciencia que le quedaba, Juana comprendió. Esta vez no terminaría. Esta vez su padre no dejaría de azotarla. Esta vez seguiría hasta que estuviera muerta.

Otro azote.

El zumbido de sus oídos se volvió ensordecedor. Después no hubo más que silencio y una misericordiosa oscuridad.

Seis

Durante días, el pueblo no habló de otra cosa que de la paliza que había recibido Juana. El canónigo había azotado a su hija hasta un instante antes de la muerte, se decía, y la habría matado si los gritos de su esposa no hubieran atraído la atención de algunos aldeanos. Se habían necesitado tres hombres fuertes para apartarlo de la niña.

Pero no era la brutalidad de la paliza lo que hacía hablar a la gente. Aquellas cosas eran frecuentes. ¿Acaso el herrero no había tirado al suelo a su esposa a puñetazos y le había pateado la cara hasta romperle todos los huesos, sólo porque estaba cansado de sus protestas? La pobre mujer quedó desfigurada de por vida, pero no hubo nada que hacer. El hombre era el amo en su casa y nadie lo ponía en duda. La única ley que limitaba su derecho absoluto a dispensar castigos según su parecer era la que establecía el tamaño máximo del bastón con que aplicar los golpes. El canónigo, de todos modos, no había usado un bastón.

Lo que realmente interesaba a los aldeanos era el hecho de que el canónigo hubiera perdido hasta tal punto el control de sí mismo. Una emoción tan violenta era inesperada y no parecía correcta en un hombre de Dios; así que naturalmente todo el mundo daba su opinión. Nunca se había hablado tanto de él desde que había llevado a su cama a aquella mujer sajona. Los grupos se reunían a comentar el caso y se callaban bruscamente cuando lo veían pasar.

Juana no supo nada de todo esto. Durante un día entero después de la paliza el canónigo había ordenado que nadie se acercara a ella. Toda aquella noche y el día siguiente Juana quedó tendida en el suelo de la cabaña, inconsciente. La tierra del suelo se adhería a su carne lacerada. Para cuando Gudrun obtuvo permiso para atenderla, las heridas se habían infectado y ya había una peligrosa fiebre.

Gudrun le brindó cuidados solícitos. Lavó las heridas con agua limpia y las remojó con vino fuerte. Después, con la mayor delicadeza, para no causar más daño en la carne viva, aplicó una pasta refrescante de hojas de morera.

«La culpa es del griego —pensaba Gudrun con amargura mientras preparaba una infusión y se la daba a Juana levantándole la cabeza y dejando correr la bebida por su boca, unas pocas gotas cada vez—. Darle a la niña un libro, llenarle la cabeza de ideas que no valen la pena». Era mujer y no estaba hecha para el estudio de los libros. La niña debía estar con ella, compartir los secretos ocultos y la lengua de su pueblo, ser el consuelo y báculo de su vejez. «Maldita la hora en que el griego entró en esta casa. Que la ira de los dioses descienda sobre él».

De todos modos, el despliegue de valor de la niña había encendido el orgullo de Gudrun. Juana había desafiado al padre con el heroico vigor de sus ancestros sajones. En una época, Gudrun también había sido fuerte y valiente. Pero los largos años de humillación y exilio en tierra extraña la habían ido vaciando de la voluntad de resistirse. «Al menos —pensaba con orgullo—, mi sangre persiste en ella. El valor de mi pueblo sigue vivo en ella».

Dejó la taza para acariciar la garganta de Juana, ayudándola a tragar la bebida curativa. «Ponte bien, pequeña perdz —pensó—. Ponte bien y vuelve a mí».

La fiebre cedió la mañana del noveno día. Juana se despertó y vio a Gudrun inclinada sobre ella.

—¿Mamá? —Su voz sonaba ronca y desconocida para ella misma.

—Al fin has vuelto a mí, pequeña perdiz. —Su madre sonreía—. Por un momento temí perderte.

Juana trató de levantarse, pero cayó bruscamente de nuevo en la paja. El dolor la atravesaba trayéndole los recuerdos.

—¿El libro?

La cara de Gudrun se puso tensa.

—Tu padre raspó hasta dejar limpias todas las páginas y puso a tu hermano a copiar en él no sé qué nueva tontería.

El libro ya no existía.

Juana se sentía incomprensiblemente agotada. Tenía náuseas. Quería dormir.

Gudrun le tendió un tazón de madera lleno de un líquido que humeaba.

—Ahora debes comer para recuperar tu fuerza. Mira, te he hecho un caldo.

—No. —Juana sacudió la cabeza débilmente—. No lo quiero.

No quería recuperar su fuerza. Quería morir. ¿Qué motivo le quedaba para seguir viviendo? Nunca se liberaría de los estrechos confines de la vida en Ingelheim. La vida se había cerrado sobre ella; no había más esperanza de escapar.

—Toma un poco —insistió Gudrun—, y mientras comes te cantaré una de las viejas canciones.

Juana volvió la cabeza hacia otro lado.

—Deja esas cosas a la tontería de los curas. Nosotras tenemos nuestros propios secretos, ¿no es así, pequeña perdiz? Volveremos a compartirlos, como hacíamos antes. —Acarició suavemente la frente a la niña—. Pero primero debes ponerte bien. Bebe un poco de este caldo. Es una receta sajona, con fuertes propiedades curativas.

Le acercó el tazón a los labios. Juana estaba demasiado débil para resistirse; permitió que su madre le vertiera algo de caldo en la boca. Estaba bueno, caliente, delicioso y reconfortante. Pese a sí misma, empezó a sentirse un poco mejor.

—Mi pequeña perdiz, mi niña querida. —La voz de Gudrun la acariciaba seductoramente.

Metió la cuchara de madera en el caldo humeante y se la tendió a Juana, que bebió un poco más.

La voz de su madre subía y bajaba en la dulce melodía de la canción sajona. Acunada por el sonido y por las caricias, Juana se hundió lentamente en el sueño.

Una vez que la fiebre pasó, el organismo joven y vigoroso de Juana se recuperó rápidamente. En quince días ya estaba de pie otra vez. Las heridas cerraron bien, aunque era evidente que llevaría las marcas el resto de su vida. Gudrun se preocupaba por las cicatrices, rayas oscuras que convertían la espalda de Juana en un feo laberinto, pero a la niña no le importaba. Nada le importaba mucho. La esperanza se había perdido. Existía, eso era todo.

Pasaba todo el tiempo con su madre, levantándose al alba para ayudarla a alimentar a los cerdos y a las gallinas, a recoger los huevos, coger leña para el fuego del hogar y cargar pesados cubos de agua del arroyo. Después preparaban juntas la

comida.

Un día estaban haciendo pan, ablandando con los dedos la compacta masa (pues rara vez se usaban levaduras en aquella parte de Franconia), cuando Juana preguntó de pronto:

—¿Por qué te casaste con él?

La pregunta cogió a Gudrun desprevenida. Tardó un momento en responder.

—No puedes imaginarte lo que fue la vida para nosotros cuando llegaron los ejércitos de Carlomagno.

—Sé lo que hicieron a tu gente, mamá. Lo que no puedo entender es por qué, después de eso, tú viniste con el enemigo... con «él».

Gudrun no respondió.

«La he ofendido —pensó Juana— Ahora no me lo dirá».

—Aquel invierno —empezó Gudrun lentamente— nos estábamos muriendo de hambre porque los soldados cristianos habían quemado las cosechas, junto con nuestras casas. —Su mirada se perdía en la distancia, como si estuviera viendo las imágenes del pasado—. Comíamos cualquier cosa que pudiéramos encontrar: hierba, cardos, hasta las semillas que encontrábamos en el estiércol de los animales. No estábamos muy lejos de la muerte cuando llegaron tu padre y los otros misioneros. Eran diferentes de los otros: no llevaban espadas ni lanzas y nos trataban como a personas, no como a bestias. Nos dieron comida a cambio de nuestra promesa de escuchar la palabra del Dios cristiano.

—¿Cambian comida por fe? —preguntó Juana—. Un modo lamentable de ganar almas.

—Yo era joven e impresionable, estaba desesperada por el hambre, la desdicha y el miedo. Su Dios cristiano debía de ser más grande que los nuestros, pensé, pues de otro modo no habrían podido derrotarnos. Tu padre se interesó especialmente por mí. Dijo que tenía grandes esperanzas puestas en mí porque estaba seguro de que aunque había nacido pagana, yo tenía la capacidad de comprender la fe verdadera. Por el modo en que me miraba supe que me deseaba. Cuando me pidió que fuera con él, consentí. Era una posibilidad de vivir, cuando a mi alrededor todo era muerte. —Su voz bajó hasta hacerse un susurro—. No tardé mucho en comprender que había cometido un gran error.

Tenía los ojos enrojecidos, temblorosos, con lágrimas que apenas si podía contener. Juana la abrazó.

—No llores, mamá.

—Debes aprender de mi error —dijo Gudrun reponiéndose—, para no repetirlo. Casarse es entregarlo todo: no sólo tu cuerpo sino tu orgullo, tu independencia, hasta tu vida. ¿Entiendes? ¿Entiendes? —Cogió con fuerza un brazo de Juana y la miró a los ojos—. Escucha mis palabras, hija, si quieres ser feliz, nunca te entregues a un hombre.

La espalda marcada de Juana se estremeció al recordar los azotes de su padre.

—No, mamá —prometió con solemnidad—. Nunca lo haré.

En *Ostarmanoth*, cuando la cálida brisa de la primavera acariciaba la tierra y los animales salían a pastar, la monotonía se quebró con la llegada de un extraño. Fue un jueves, el día de Thor, como seguía llamándolo Gudrun cuando el canónigo no

estaba cerca para oír-la, y el rumor del trueno de aquel dios sonaba a lo lejos cuando Juana y su madre trabajaban juntas en la huerta de la casa. Juana estaba arrancando ortigas y destruyendo toperas, mientras Gudrun, tras ella, abría surcos y desmenuzaba los terrones con una gruesa azada de madera. Mientras trabajaba, Gudrun cantaba y contaba anécdotas de los antepasados. Cuando Juana le contestaba en sajón, Gudrun reía de placer. Juana terminaba de recorrer una hilera cuando alzó los ojos y vio a Juan corriendo hacia ellas. Le tocó el brazo a la madre en señal de advertencia; Gudrun vio a su hijo y las palabras sajonas murieron en sus labios.

—¡Rápido! —Juan venía sin aliento por la carrera—. Padre quiere que vayáis a la casa. ¡Daos prisa! —Tiraba del brazo de Gudrun.

—Espacio, Juan —lo contuvo su madre—. Me haces daño. ¿Qué ha pasado? ¿Algún problema?

—No sé. —Juan seguía tirando del brazo de su madre—. Dijo algo sobre un visitante. No sé quién. Pero daos prisa. Dijo que me arrancarían las orejas si no os hacía ir de inmediato.

El canónigo esperaba en la puerta de la casa.

—Habéis tardado mucho —dijo.

Gudrun lo miró con frialdad. Una diminuta chispa de ira se encendió en los ojos del canónigo; se irguió, adoptando una actitud de importancia:

—Viene un emisario del obispo de Dorstadt. —Hizo una pausa para permitir que sus palabras hicieran efecto—. Preparad una comida adecuada. Iré a esperarlo a la catedral y lo traeré aquí. —Las despidió con un gesto de la mano—. ¡Date prisa, mujer! Llegará pronto. —Salió dando un portazo.

La cara de Gudrun estaba tensa y sin expresión.

—Empieza con la sopa —le dijo a Juana—. Iré a buscar huevos.

Juana vertió agua del cubo en la gran olla de hierro que usaba la familia para cocinar y la colgó sobre el fuego del hogar. De un saco de lana, casi vacío después del largo invierno, sacó unos puñados de cebada seca y los arrojó a la olla. Notó con sorpresa que las manos le temblaban de excitación. Había pasado tanto tiempo sin sentir nada...

¡Un emisario de Dorstadt! ¿Podría tener algo que ver con ella? Después de todo aquel tiempo. ¿Esculapio se las habría arreglado al fin para encontrar el modo de que pudiera seguir sus estudios?

Cortó una loncha de tocino salado y la echó a la olla. No, era imposible. Había pasado casi un año desde la partida de Esculapio. Si hubiera podido arreglar algo, se habrían enterado hacía tiempo. Era peligroso albergar esperanzas. La esperanza había estado a punto de destruirla; no volvería a ser tan tonta.

De todos modos, no pudo calmar su excitación cuando la puerta se abrió una hora después. Entró su padre, seguido por un hombre de cabello oscuro. No era en absoluto lo que ella había imaginado. Tenía los rasgos toscos y sin inteligencia de un colono y se portaba más como un soldado que como un erudito. Su túnica, con la insignia del obispo, estaba arrugada y sucia por el viaje.

—¿Nos harás el honor de cenar con nosotros? —preguntó el padre de Juana señalando la olla que hervía sobre el hogar.

—Gracias, pero no puedo. —Hablaban en teodisco, la lengua común, no en

latín, lo que era otra sorpresa—. Dejé al resto de la escolta en una venta en las afueras de Maguncia; el sendero por el bosque es demasiado estrecho y lento para diez hombres y caballos; por eso vine solo. Debo reunirme con ellos esta noche; por la mañana emprendemos el camino de vuelta a Dorstadt. —Sacó de su mochila un rollo de pergamino y se lo dio al canónigo—. De su eminencia el señor obispo de Dorstadt.

Con el mayor cuidado el canónigo rompió el sello; el pergamino rígido crujió al desenrollarse. Juana miró a su padre con atención y lo vio entrecerrar los ojos siguiendo el texto. Leyó hasta el fin y empezó de nuevo como si buscara algo que se le hubiera escapado. Al fin alzó la vista con los labios tensos por la ira.

—¿Qué significa esto? ¡Me dijeron que el mensaje tenía que ver conmigo!

—Y así es. —El hombre sonrió—. En tanto seas el padre de la criatura.

—¿El obispo no tiene nada que decir sobre mi trabajo?

El hombre se encogió de hombros.

—Todo lo que sé, padre, es que debo escoltar a la criatura a la escuela de Dorstadt, como dice la carta.

Juana soltó una exclamación, en un súbito acceso de emoción. Gudrun fue hacia ella y la rodeó protegiéndola con un brazo.

El canónigo vaciló mirando al extraño. De pronto, tomó una decisión.

—Muy bien. Es cierto que es una excelente oportunidad para mi hijo, aunque me será difícil pasarme sin su ayuda. —Se volvió hacia Juan—. Reúne tus cosas y date prisa. Mañana irás a Dorstadt, a empezar estudios en la catedral, según el expreso deseo del obispo.

Juana contuvo el aliento. ¿Era a Juan a quien llamaban para estudiar en la escuela? ¿Cómo podía ser?

El extraño sacudió la cabeza.

—Con todo mi respeto, santo padre, creo que es con una niña con quien debo regresar. Una niña que se llama Juana.

Juana dio un paso adelante, saliendo de entre los brazos de su madre.

—Yo soy Juana.

El hombre del obispo se volvió hacia ella. El canónigo se apresuró a interponerse.

—Tonterías. Es a mi hijo Juan a quien quiere el obispo. Juan, Juana. *Lapsus calami*. Un simple error del amanuense del obispo, eso es todo. Sucede con cierta frecuencia, aun entre los mejores copistas.

El extraño parecía dudar.

—No sé...

—Usa la cabeza. ¿Para qué querría el obispo a una niña?

—Es cierto, me había parecido extraño —asintió el hombre.

Juana fue a protestar, pero Gudrun la atrajo hacia ella y le puso un dedo sobre los labios. El canónigo seguía.

—Mi hijo ha estado estudiando las Escrituras desde que era un bebé. Recita del Libro de las Revelaciones para nuestro honorable huésped, Juan.

Juan palideció y empezó a tartamudear.

—*Acopa... Apocalypsis Jesu Christi quo... quam dedit illi Deus palam fa... facere servis.*

El extraño hizo un gesto impaciente para cortar el vacilante flujo de palabras.

—No hay tiempo. Tenemos que salir inmediatamente si queremos llegar a la venta antes de la noche.

Miró intrigado a Juan y a Juana. Se volvió hacia Gudrun.

—¿Quién es esta mujer?

El canónigo se aclaró la garganta.

—Una pagana sajona cuya alma quiero devolver al Señor.

El hombre del obispo tomó nota de los ojos azules y la forma delicada de Gudrun, con su cabello rubio claro asomando bajo la cofia de lino. Sonrió, con una sonrisa ancha y desdentada, y se dirigió a ella.

—¿Eres la madre de los niños?

Gudrun asintió sin palabras. El canónigo se ruborizó.

—¿Qué dices tú? ¿Es el niño lo que quiere el obispo o la niña?

—¡Perro irrespetuoso! —El canónigo estaba furioso—. ¿Te atreves a dudar de la palabra de un siervo del Señor?

—Cálmate, padre santo. —El hombre subrayaba la palabra «santo» con un toque de ironía—. Te recuerdo que debes obediencia a la autoridad que represento.

El canónigo lo fulminó con la mirada, con el rostro violáceo. El hombre volvió a preguntar a Gudrun.

—¿Es el niño o la niña?

Juana sintió que los brazos de Gudrun se apretaban contra ella, acercándola a su cuerpo. Hubo una larga pausa. Oyó la voz de su madre a su espalda, musical y dulce, poblada por las vocales abiertas sajonas que seguían delatándola como extranjera.

—Es al niño a quien debes llevarte —decía Gudrun—. Puedes llevártelo.

—¡Mamá! —Asombrada por esta inesperada traición, Juana sólo pudo saltar aquel grito.

El mensajero del obispo asintió satisfecho.

—Entonces está arreglado. —Se volvió hacia la puerta—. Debo atender a mi caballo. Que el niño esté listo para partir lo antes posible.

—¡No!

Juana trató de detenerlo, pero Gudrun la contuvo, susurrándole en sajón.

—Confía en mí, pequeña perdiz. Es para tu bien, te lo aseguro.

—¡No! —Juana forcejeaba para liberarse. Era una mentira. Aquello era obra de Esculapio, estaba segura. No la había olvidado; había encontrado un modo al fin de que ella continuara lo que habían empezado juntos. No era a Juan a quien llamaban a la escuela. Todo era un error—. ¡No!

Se retorció hasta soltarse de los brazos de su madre y fue directamente hacia la puerta. El canónigo tendió las manos para retenerla, pero ella lo esquivó. Ya estaba fuera, corriendo rápidamente hacia el mensajero que se alejaba. A sus espaldas, en la cabaña, oyó el grito de su padre y la voz de su madre, tensa, temerosa, alzándose en respuesta.

Alcanzó al hombre cuando llegaba a su caballo. Le dio un tirón de la túnica y él la miró. Con el rabillo del ojo Juana vio que su padre avanzaba hacia ellos. No había mucho tiempo. Su mensaje debía ser convincente, inequívoco:

—*Magna est veritas et praevallebit* —dijo. Era un pasaje de Esdras, lo bastante

oscuro para que sólo lo reconocieran los versados en los textos de los Santos Padres: «La verdad es grande y prevalecerá». Era un hombre del obispo, de la Iglesia, y entendería. Y el hecho de que ella conociera el pasaje y que hablara latín probaría que «ella» era la estudiante que quería el obispo—. *Lapsus calami non est* —siguió en latín—. No hay error de escritura. Yo soy Juana; soy yo a quien debes llevar.

El hombre le dirigió una mirada amable.

—¿Eh? ¿Qué pasa, ojos brillantes? ¡Qué poderoso chorro de palabras! —Le cogió la barbilla—. Perdona, pequeña. No hablo tu lengua sajona. Aunque después de ver a tu madre empiezo a desearlo. —Buscó en un saco colgado de la silla de su caballo y cogió un dátíl acaramelado—. Ten, un dulce.

Juana miraba fijamente el dátíl. El hombre no había comprendido una palabra. Un hombre de la Iglesia, el emisario del obispo, y no sabía latín. ¿Cómo era posible?

Los pasos de su padre sonaban muy cercanos. Un brazo la cogió fuertemente por la cintura; sintió que sus pies se alzaban del suelo y empezaba a alejarse hacia la casa.

—¡No! —gritó.

La mano grande de su padre le cubrió la boca y la nariz, apretando tanto que no podía respirar. Pateó y se revolvió. Una vez dentro de la cabaña él la soltó y ella cayó al suelo, jadeando. Lo vio alzar el puño.

—¡No! —De pronto Gudrun estaba entre ellos—. No la tocarás. —Había en su voz un tono que Juana nunca le había oído antes—. O diré la verdad. —El canónigo la miró con incredulidad. Apareció Juan en el umbral cargando un saco de lino con sus pertenencias. Gudrun lo señaló—: Nuestro hijo necesita tu bendición para el viaje.

Durante un buen rato el canónigo le sostuvo la mirada. Muy lentamente, se volvió hacia su hijo.

—Arrodíllate, Juan.

Juan se arrodilló. El canónigo puso la mano sobre la cabeza inclinada:

—Oh Dios, que hiciste que Abraham abandonara su hogar y lo protegiste en todas sus peregrinaciones, a Ti encomiendo este niño.

Un delgado rayo del último sol de la tarde se filtraba por la ventana, iluminando el cabello oscuro de Juan.

—Vigílo y provéelo de todo lo que necesite su cuerpo y su alma... —La voz del canónigo adquiría un ritmo de salmodia al rezar.

Con la cabeza inclinada, Juan alzó la vista hacia su hermana, con ojos graneles y asustados, elocuentes en su llamada de auxilio. «No quiere ir —comprendió de pronto Juana. ¡Por supuesto! ¿Cómo no lo había advertido antes? No había tenido tiempo de pensar en los sentimientos de Juan—. Tiene miedo. No puede mantener el ritmo de estudios de una escuela y lo sabe».

«Si yo pudiera ir con él».

En su interior empezó a formarse un plan.

—...Y cuando la peregrinación de la vida llegue a su fin —terminaba el canónigo—, que pueda llegar a salvo al país celestial, a través de Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Una vez terminada la bendición, Juan se puso de pie. Embobado, sin voluntad, como una oveja antes del sacrificio, soportó los abrazos de su madre y las

recomendaciones de último momento de su padre. Pero cuando Juana se acercó y lo rodeó con sus brazos, él se aferró a ella y empezó a sollozar.

—No tengas miedo —murmuró ella en tono tranquilizador.

—Basta— dijo el canónigo. Pasó un brazo sobre el hombro de su hijo y lo condujo hacia la puerta—. Mantén a la niña adentro —mandó a Gudrun y salieron.

La puerta se cerró con un ruido hueco.

Juana corrió a la ventana y observó. Vio a Juan montando detrás del emisario del obispo; su simple túnica de lana contrastaba con el rojo brillante de la ropa del extraño. El canónigo se quedó cerca: su figura oscura y baja se recortaba contra el verde del paisaje. Con un último grito de adiós se marcharon.

Juana se apartó de la ventana. Gudrun estaba en medio del cuarto, mirándola.

—Pequeña perdiz... —empezó en tono vacilante.

Juana pasó a su lado como si no existiera. Cogió su pila de ropa para remendar y se sentó junto al hogar. Necesitaba pensar, prepararse. No había mucho tiempo y todo debía hacerse con el mayor cuidado.

Sería difícil, incluso peligroso. La mera idea la asustaba, pero no tenía alternativa. Con una certeza a la vez maravillosa y terrible, Juana sabía lo que tenía que hacer.

«No es justo», pensaba Juan. Iba ensimismado detrás del hombre del obispo, mirando ceñudo la insignia bordada en la túnica roja. «No quiero ir». Odiaba a su padre por hacerlo ir. Metió una mano dentro de su túnica, buscando el objeto que había cogido secretamente antes de partir. Sus dedos rozaron el mango pulido del cuchillo, el cuchillo de mango de hueso de su padre, uno de sus tesoros.

Una pequeña sonrisa vengativa pasó por los labios de Juan. Su padre estaría furioso cuando descubriera la pérdida. No importaba. Para entonces Juan estaría a muchos kilómetros de Ingelheim y su padre no podría hacer nada. Era un pequeño triunfo, pero se aferraba a él en la angustia de su situación.

«¿Por qué no ha mandado a Juana?», se preguntaba furioso. Un negro rencor hervía dentro de él. «Todo es culpa de ella», pensaba. Por culpa de Juana había sufrido más de dos años de lecciones de Esculapio, aquel tedioso anciano irritable. Y en aquel momento lo llevaban a la escuela de Dorstadt en lugar de «ella». Oh, era a Juana a la que quería el obispo, de eso estaba seguro. Tenía que ser Juana. Ella era la inteligente, ella sabía latín y griego, ella leía a san Agustín cuando él ni siquiera había pasado de los salmos.

Podría haberle perdonado eso y más. Después de todo era su hermana. Pero había una cosa que no podía perdonarle: Juana era la favorita de su madre. Las había oído muchas veces, riéndose y susurrando juntas en sajón e interrumpirse bruscamente cuando él se presentaba. Creían que no las oía, pero él lo sabía. Mamá nunca hablaba la antigua lengua con él. «¿Por qué? —se preguntaba Juan con amargura por enésima vez—. ¿Crea que se lo diría a mi padre? Jamás, por ningún motivo, no me importaría lo que me hiciera, ni aun que me pegara».

«No es justo —se repetía—. ¿Por qué tiene que preferir a Juana? Yo soy su hijo varón y todo el mundo sabe que eso es mejor que una hija inútil». Juana ni siquiera era buena como chica. No podía hilar ni coser la mitad de bien que otras chicas de su edad. Y después estaba su interés por los libros, cosa que todo el mundo

sabía que no era natural. Hasta mamá veía que ahí había algo que estaba mal. Los otros niños de la aldea siempre se burlaban de Juana. Era una vergüenza tener una hermana como ella; Juan habría renegado de ella con gusto, de haber podido.

Inmediatamente después de pensarlo sintió un pinchazo en la conciencia. Juana siempre había sido buena con él, lo había defendido cuando su padre se enfadaba, le había hecho el trabajo que él no podía entender. Le agradecía su ayuda (lo había salvado de muchos azotes), pero al mismo tiempo sentía rencor. Era humillante. Después de todo, él era el hermano mayor. «Él» era el que debía protegerla y no al revés.

Y en aquel momento, por culpa de ella, iba en la grupa del caballo de aquel extraño, hacia un sitio que no conocía y hacia una vida que no quería. Se imaginó su vida en la escuela, encerrado en un salón siniestro todo el día, rodeado de montones de aburridos y horrendos libros.

¿Por qué su padre no podía comprender que él no quería ir? «No soy Mateo; nunca serviré para estudiar los libros». No quería ser un estudioso ni un monje. Sabía lo que quería: ser un soldado, un soldado en el ejército del emperador, combatiendo para someter a las hordas paganas. La idea se la había dado Ulfert, el guarnicionero, que había ido con la tropa del conde Hugo en la campaña del viejo emperador contra los sajones. ¡Qué cuentos maravillosos contaba el viejo, sentado en su taller, olvidadas por un momento las herramientas, con los ojos encendidos con el recuerdo de aquella gran victoria! «Como los ruiseñores que vuelan sobre los viñedos de otoño picoteando las uvas —Juan recordaba cada palabra que había dicho el viejo Ulfert—, arrasamos la tierra, con un cántico sagrado en los labios, atravesando a los paganos escondidos en los bosques y los pantanos, hombres, mujeres y niños por igual. No hubo uno de nosotros cuya lanza o espada no quedara roja de sangre al terminar aquel día. Por la noche no había quedado un alma viva que no hubiera renunciado a su religión sin dios y que no hubiera jurado eterna obediencia a la fe verdadera». Y el viejo Ulfert le había enseñado la espada que le había quitado, todavía caliente, a uno de los paganos muertos. Su empuñadura brillaba con gemas de colores; la hoja era de un amarillo brillante. A diferencia de las espadas francas, que estaban hechas de hierro, aquella era de oro, un material inferior, explicaba Ulfert, sin la solidez ni el filo de las armas francas, pero bella de todos modos. El corazón de Juan se había emocionado al verla. El viejo Ulfert se la había prestado y Juan la había empuñado, sintiendo su peso. Su mano se ajustaba al mango con gemas como si hubiera sido hecha para él. Blandió la espada sobre la cabeza; cortaba el aire con un zumbido que llevaba el ritmo del canto de su sangre. Sabía que había nacido para ser un guerrero.

Se oían rumores de una nueva campaña en la primavera. Quizás el conde Hugo volvería a responder a la llamada del emperador. Si era así, Juan planeaba ir con él, dijera su padre lo que dijera. Pronto cumpliría catorce años, la edad de un hombre; muchos habían ido a combatir a aquella edad, incluso antes de cumplirla. Si fuera necesario se escaparía; pero iría.

Por supuesto, ahora sería más difícil si quedaba prisionero en la escuela de Dorstadt. ¿Llegarían hasta allá las noticias de la nueva batalla?, se preguntaba. Y si llegaran, ¿podría ir?

Pensar en las probabilidades lo entristecía, así que se lo quitó de la cabeza.

Prefirió volver a su fantasía favorita. Estaba en la primera línea de la batalla, los estandartes plateados del conde brillaban frente a él, impulsándolo hacia delante. Perseguían a los paganos dispersos y derrotados que huían, desesperados, las mujeres con largas cabelleras rubias flotando al viento. Él corría detrás, blandiendo con gran habilidad su espada, cortando y matando, sin dar tregua, hasta que al fin se sometían a él arrepentidos de su ceguera y dispuestos a aceptar la luz.

Las comisuras de los labios de Juan se levantaron en una soñadora sonrisa. Mientras, el paso firme del caballo señalaba su avance por el bosque oscuro.

Se oyó un zumbido, seguido de un golpe sordo.

—¡Ughh!

El hombre del obispo se echó hacia atrás. Uno de sus hombros golpeó a Juan y lo arrancó de su ensueño.

—¡Eh! —protestó Juan, pero el hombre ya se caía y el peso de su cuerpo arrastraba irremediablemente a Juan de la silla.

Tocaron el suelo los dos al mismo tiempo. Juan cayó sobre el hombre, que quedó inmóvil. Cuando estiró una mano para buscar apoyo y levantarse sus dedos se cerraron alrededor de algo largo, redondo y suave.

Era una flecha con plumas amarillas. La punta estaba profundamente hundida en el centro del pecho del hombre.

Se puso de pie, con los sentidos alerta. De entre los árboles muy juntos al otro lado del sendero salió un hombre vestido con harapos. En las manos llevaba un arco y a la espalda una aljaba llena de flechas con plumas amarillas.

«¿Querrá matarme a mí también?».

El hombre fue hacia él. Juan miró a su alrededor, buscando una vía de escape. El bosque era más denso en aquella parte; si corría, podría eludir a su atacante.

El hombre ya estaba casi sobre él, lo bastante cerca para que Juan pudiera leer la amenaza en sus ojos.

Trató de salir corriendo, pero era demasiado tarde. El hombre lo cogió por el brazo. Juan luchó para liberarse, pero el hombre, una cabeza más alto que él y muy robusto, lo sostenía con fuerza, levantándolo ligeramente de modo que sus pies apenas si tocaban el suelo.

Juan recordó el cuchillo. Con la mano libre buscó dentro de la túnica: sus dedos encontraron el mango de hueso, lo cogieron. Lo sacó y con un movimiento rápido lo clavó en el cuerpo del hombre. Con un sentimiento de euforia lo sintió hundirse profundamente en la carne, hasta tocar un hueso, antes de que Juan lo retirara con un giro que haría más daño aún. El hombre lanzó un juramento y se llevó la mano al hombro herido, dejando libre a Juan.

El niño corrió por el bosque. Las ramas le desgarraban la ropa y la piel, pero siguió corriendo. Pese a la luna, estaba oscuro bajo el dosel de árboles. Por mirar hacia atrás para ver si lo perseguían tropezó con un haya de ramas bajas. Saltó hacia la más cercana, se colgó y empezó a trepar rápido; su cuerpo delgado y ágil se deslizaba expertamente entre las ramas y sólo se detuvo cuando éstas se hicieron demasiado pequeñas para soportar su peso. Allí esperó.

No hubo otro sonido que el suave rumor de las hojas. Dos veces gritó un búho y el eco sonó fantásticamente en la quietud. Después, Juan oyó pasos que avanzaban

por el bosque. Aferró el cuchillo conteniendo el aliento, agradecido por tener su túnica parda que se perdía tan bien en la oscuridad de la noche.

Los pasos se acercaban más y más. Ya podía oír la respiración jadeante y desigual del hombre.

Los pasos se detuvieron justo debajo de él.

Juana salió de la silenciosa oscuridad del *grubenhau*s a la noche iluminada por la luna. Las formas de los objetos familiares flotaban de forma fantasmal, transformadas por las sombras. Se estremeció recordando historias de *Waldleuten*: espíritus del mal y *trolls* que habitaban la noche. Recogiendo los pliegues de su manto de rudo cáñamo gris avanzó en la oscuridad, observando el paisaje tan cambiado en busca del sendero que atravesaba el bosque. La luz era buena (sólo faltaban dos días para la luna llena) y al cabo de un momento pudo distinguir el viejo roble, hendido por el rayo, que señalaba la entrada del sendero. Corrió rápidamente hacia él a través del prado.

En el borde del bosque se detuvo. Estaba oscuro ahí dentro, la luna se filtraba en pálidos hilos entre los árboles. Miró atrás, a la casa. Bañada por la luna, rodeada por las huertas y los corrales, era sólida, cálida, familiar. Pensó en su cama cómoda, la manta probablemente todavía tibia por el calor de su cuerpo. Pensó en su madre, a quien ni siquiera había dicho adiós. Dio un paso hacia la casa y se detuvo. Todo lo que importaba, todo lo que quería, estaba en la otra dirección.

Entró en el bosque. Los árboles se cerraron sobre su cabeza. El sendero estaba sembrado de rocas y maleza, pero avanzó rápido. Había unos veinticinco kilómetros hasta la venta y tenía que llegar antes del alba.

Se concentró en mantener un paso firme. No era sencillo; en la oscuridad era fácil desviarse hacia el borde del sendero, donde las ramas le desgarraban la ropa y el cabello. El sendero se volvía más y más desigual; varias veces tropezó con rocas o raíces; una vez se cayó y se raspó las manos y las rodillas.

Después de varias horas, el cielo empezó a iluminarse sobre el techo de árboles. Se acercaba el alba. Juana estaba agotada, pero aceleró el paso, a medias caminando, a medias corriendo. Tenía que llegar antes de que se fueran. Era necesario.

Su pie izquierdo tropezó con algo. Trató de recuperar el equilibrio, pero iba demasiado rápido y cayó, extendiendo los brazos torpemente para protegerse la cara.

Se quedó quieta, sin aliento. Le dolía el brazo derecho donde una rama afilada la había raspado, pero por lo demás no parecía herida. Se sentó.

En el suelo, a su lado, había un hombre tendido boca abajo. ¿Dormía? No. Se habría despertado al caer ella sobre él. Lo cogió por el hombro y lo hizo girar. Los ojos muertos del emisario del obispo la miraron, con los labios congelados en una mueca. Su túnica roja estaba desgarrada y ensangrentada. Le faltaba el dedo medio de la mano izquierda.

Juana saltó poniéndose de pie.

—¡Juan! —gritó.

Revisó el bosque y el suelo de los alrededores, temerosa de lo que pudiera encontrar.

—Aquí. —Un punto de piel pálida apareció en la oscuridad.

—¡Juan!

Corrió hacia él y se abrazaron, apretándose con fuerza.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Juan—. ¿Padre viene contigo?

—No, te lo explicaré más tarde. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Nos atacaron. Un bandido, creo, que quería el anillo de oro del emisario. Yo iba sentado detrás de él cuando lo atravesó la flecha.

Juana no dijo nada, pero lo apretó con más fuerza. Él se separó.

—Pero yo me defendí. —Los ojos le brillaban con un extraño entusiasmo—. Cuando me atacó lo herí con esto. —Enseñó el cuchillo de caza con mango de hueso del canónigo—. Le di en el hombro, me parece. De todas formas, pude salir corriendo.

Juana miraba el cuchillo manchado de sangre.

—¿El cuchillo de nuestro padre?

La expresión de Juan se volvió sombría.

—Sí, se lo quité. ¿Por qué no? Me obligó a irme... Y yo no quería.

—Está bien —dijo Juana—. Guárdalo. Debemos darnos prisa si queremos llegar a la venta antes del alba.

—¿La venta? Pero ahora no tengo que ir a Dorstadt. Después de lo que ha pasado... —Señaló con la cabeza en dirección al emisario muerto—, puedo irme a casa.

—No, Juan. Piensa. Ahora que nuestro padre conoce las intenciones del obispo, no te permitirá quedarte en casa. Encontrará algún modo de llevarte a la escuela, aunque tenga que hacerlo él mismo. Además... —señaló el cuchillo—, para cuando regresáramos ya habría descubierto que le robaste eso.

Juan pareció sobresaltado. Claro que no lo había pensado.

—Todo saldrá bien. Yo estaré contigo y te ayudaré. Ven.

Cogidos de la mano, bajo un cielo que se iluminaba rápidamente, los dos niños fueron rumbo a la venta, donde los hombres del obispo estaban esperando.

Siete

Cuando llegaron a la venta, el sol apenas asomaba por el horizonte, pero los hombres del obispo ya estaban despiertos, esperando con impaciencia el regreso de su compañero. Cuando Juan y Juana les dijeron que estaba muerto, los hombres sospecharon algo. Cogieron el cuchillo con mango de hueso de Juan y lo examinaron cuidadosamente. Juana dio gracias mentalmente por haber tenido la precaución de lavarlo en un arroyo del bosque, eliminando todo rastro de sangre. Los hombres fueron a caballo en busca del cuerpo de su compañero y llevaron a los niños con ellos; el descubrimiento de la flecha de plumas amarillas confirmó su versión. Pero ¿qué debían hacer con el cuerpo? No tenía sentido transportarlo hasta Dorstadt, en un viaje de quince días, con el sol de la primavera haciendo tan cálidos los días. Al final lo enterraron en el bosque, señalando el sitio con una tosca cruz de madera. Juana pronunció una plegaria sobre la tumba, cosa que impresionó a los hombres que, al igual que su compañero difunto, no sabían latín. Como la idea con la que habían ido era escoltar a una niña, al principio no quisieron llevar a Juan.

—No hay montura para él —dijo el que mandaba—, ni comida.

—Podemos cabalgar juntos —dijo Juana—. Y compartir la ración.

El hombre negó con la cabeza.

—El obispo mandó por ti. No tiene sentido llevar a tu hermano.

—Mi padre hizo un pacto con vuestro compañero —mintió Juana—. Me permitía ir sólo a condición de que me acompañara Juan. Si no va él, mi padre volverá a llamarme a mi casa... y tendréis que escoltarme de nuevo.

El hombre frunció el ceño; estaba probando en carne propia las incomodidades de un largo viaje y no le agradaba la perspectiva de hacer otro. Juana siguió presionando.

—Si eso sucede le diré al obispo que hice todo lo posible por explicaros la situación y que vosotros no me escuchasteis. ¿Le agradecerá saber que todo el malentendido fue por vuestra culpa?

El hombre estaba atónito. Nunca había oído a una niña hablar con tanta audacia. Ahora entendía por qué el obispo quería verla; era diferente, eso no podía negarse.

—Muy bien —accedió a regañadientes—. El niño puede venir.

El viaje a Dorstadt fue agotador porque los hombres de la escolta estaban ansiosos por volver a sus casas y hacían jornadas largas a buen paso. Pero los rigores del viaje no molestaron a Juana, que iba fascinada por el paisaje cambiante y el nuevo mundo que cada día se abría ante ella. Al fin era libre, libre de Ingelheim y de los confines estrechos de su vida en una aldea. Atravesaba pequeños pueblos miserables y ciudades prósperas con el mismo placer, llena de curiosidad y asombro. Juan, en cambio, no tardó en ponerse irritable por la falta de comida y descanso. Juana trató de calmarlo, pero el malhumor del niño no hacía más que aumentar ante la solicitud de su hermana.

Llegaron al palacio del obispo al mediodía del décimo día. El mayordomo del palacio echó una mirada de reprobación a los dos niños por sus ropas campesinas

manchadas y arrugadas, y ordenó que se dieran un baño y se pusieran ropa limpia antes de hacerlos pasar para que los viese el obispo.

Para Juana, acostumbrada a lavarse rápidamente en el arroyo que corría detrás del *grubenhau*, el baño fue una experiencia extraordinaria. El palacio del obispo tenía baños interiores con agua caliente, un lujo del que ella nunca había oído hablar. Se quedó en el agua tibia durante más de una hora mientras las sirvientas la frotaban hasta que la piel le brilló, rosada y casi despellejada. En cambio la espalda se la limpiaron con la mayor delicadeza, soltando suspiros de compasión por las cicatrices. Le lavaron el cabello y retorcieron la masa larga y dorada en brillantes trenzas que enmarcaban su cara. Luego le pusieron una túnica nueva de lino verde. La textura era tan suave y el tejido tan fino que a Juana le costaba creer que hubieran podido hacerla manos humanas. Cuando estuvo vestida, las mujeres le llevaron un espejo con marco de oro. Juana lo alzó y vio la cara de una extraña. Nunca había visto sus propios rasgos, salvo en ocasionales fragmentos distorsionados en las aguas fangosas del estanque de la aldea. La asombró la claridad de la imagen en el espejo. Lo mantuvo firme frente a ella, examinándose con mirada crítica.

No era bonita, pero eso ya lo sabía. No tenía la frente alta y pálida, la barbilla delicada ni los hombros frágiles tan preciados por poetas y amantes. Tenía el aire rudo y saludable de un muchacho. La frente era demasiado pequeña, la barbilla demasiado firme, los hombros demasiado cuadrados para que la consideraran guapa. Pero su cabello (el de mamá) era hermoso y los ojos eran aceptables: grandes, de un color verde con tonalidades grises y con pestañas abundantes. Se encogió de hombros y dejó a un lado el espejo. El obispo no la había mandado llamar para descubrir si era bonita.

Entró Juan, igualmente ataviado con una túnica y un manto de lino azul. Los condujeron ante el mayordomo del palacio.

—Mejor —dijo el hombre, examinándolos—. Mucho mejor. Muy bien, seguidme.

Fueron por un largo corredor cuyas paredes estaban cubiertas con enormes tapices trabajosamente bordados con hilos de oro y plata. El pulso de Juana se hacía irregular por la emoción. Estaba a punto de conocer al obispo.

«¿Podré responder a sus preguntas? ¿Me aceptará en la escuela?». De pronto se sentía incapaz e insegura. Trató de recordar algo de lo que había estudiado, pero su mente se quedó en blanco. Cuando pensó en Esculapio, en la fe que éste había tenido en ella disponiendo aquella entrevista, se le contrajo el estómago.

Se detuvieron ante una puerta doble de roble. Del interior salía un ruido de voces y de platos. El mayordomo hizo un gesto al criado que guardaba la entrada y éste abrió las pesadas puertas.

Juana y su hermano entraron y se detuvieron con la boca abierta. Había unas doscientas personas reunidas en el salón, sentadas tras largas mesas cargadas de comida. Platos llenos con toda variedad imaginable de carne asada (capón, ganso, gallina y ciervo) se sucedían en las mesas al alcance de los comensales, que arrancaban trozos con las manos, se los llevaban a la boca y se limpiaban con las mangas. En el centro de la mesa más grande, a medias devorada pero todavía reconocible, estaba la enorme cabeza de un jabalí asado, bañado en salsa. Había sopas

y panes, castañas peladas, higos, dátiles, dulces blancos y rojos, y muchos otros platos que Juana no pudo identificar. Nunca había visto tanta comida junta.

—¡Una canción! ¡Una canción! —Las copas de metal golpeaban las mesas, rítmica e insistentemente— ¡Vamos, Widukind, canta una canción!

Un hombre joven, alto y de piel muy blanca tuvo que ponerse de pie, empujado por sus vecinos, y lo hizo riéndose.

—*Ik gihorta dat seggen dat sih urhettun aenon muo tin, hiltibraht enti hadubrant...*

Juana estaba sorprendida. El joven cantaba en teodisco, la lengua común; el canónigo la habría llamado una lengua pagana.

«Me han contado que dos guerreros, Hildebrando y Hadubrando, entre dos ejércitos se enfrentaron... —Los hombres se pusieron de pie y se unieron al coro, alzando las copas—: ... sacaron sus lanzas de fresno y en una tormenta encrespada se encontraron, chocaron sus armas, sus escudos de tilo astillaron...»

Una canción extraña para cantarse en la mesa de un obispo.

Juana miró a Juan, que escuchaba extasiado, con los ojos brillantes de euforia.

Con un grito exultante, los hombres terminaron la canción. Se oyó un fuerte ruido de madera raspando el suelo cuando se sentaron y desplazaron los largos bancos hacia las mesas. Otro hombre se puso de pie con una sonrisa irónica:

—Oí hablar de algo que se levantaba en un rincón... —Hizo una pausa expectante.

—¡Una adivinanza! —gritó alguien y la gente aulló con aprobación—. ¡Una de las adivinanzas de Haido! ¡Sí! ¡Sí! ¡Queremos oírla!

El hombre llamado Haido esperó a que cesara el ruido.

—Oí hablar de algo que se levantaba en un rincón —repitió—, hinchándose y subiendo hasta destaparse. El altivo novio cogió con las dos manos aquella maravilla sin hueso...

Entre los comensales empezaron a oírse risas de entendimiento.

—... la hija del príncipe cubrió aquel ser misterioso que se hinchaba con una tela circular. —Los ojos risueños de Haido recorrieron el salón en actitud desafiante—. ¿Qué es?

—Mira entre tus piernas —gritó alguien— y encontrarás la respuesta.

A esto siguieron más risas y gestos obscenos, que Juana observaba con asombro. ¿Aquello era la residencia de un obispo?

—¡No! —respondió Haido alegremente—. ¡Estás equivocado!

—¡La respuesta, entonces! ¡La respuesta! —gritaban todos, golpeando las mesas con las copas.

Haido esperó un momento para crear más expectación.

—¡La levadura! —exclamó con tono triunfante y se sentó bajo una oleada de risas que sacudían el salón.

Cuando el ruido cesó, el mayordomo dijo:

—Venid conmigo.

Y llevó a los dos niños hasta el fondo, donde había una mesa elevada sobre una tarima. En el centro estaba sentado el obispo, que seguía riéndose, vestido con una magnífica seda amarilla manchada de grasa y vino. Un almohadón mullido

señalaba su sitio en el banco. Su aspecto era por completo distinto del que Juana había imaginado. Era un hombre corpulento de cuello grueso; a través de la túnica de seda se vislumbraban los músculos poderosos del pecho y los hombros. El vientre redondo y la cara encendida eran los de un hombre que disfrutaba de la comida y el vino. Cuando se acercaron, se estaba inclinando para poner un dulce carmesí en los labios de una mujer de pecho generoso sentada a su lado. Ella lo mordió, susurró algo al oído del obispo y los dos se rieron.

El mayordomo se aclaró la garganta:

—Señor, han vuelto los hombres de Ingelheim con la niña.

El obispo le dirigió una mirada vacía.

—¿Niña? ¿Eh? ¿Qué niña?

—La que mi señor mandó a buscar. Una candidata para la escuela, según creo.

Recomendada por el...

—Sí, sí. —El obispo hizo un gesto de impaciencia—. Ya recuerdo. —Su brazo seguía rodeando los hombros de la mujer. Miró a Juana y a Juan— Y bien, Widukind, ¿estoy viendo doble?

—No, mi señor. El canónigo mandó también a su hijo varón. Los dos llegaron juntos y no quisieron separarse.

—Bien. —La cara del obispo brillaba de diversión—. ¿Qué te parece? Pido uno y me mandan dos. ¡Ojalá el emperador fuera tan generoso en sus favores como este prelado rural!

La mesa atronó de risa. Hubo varios gritos de «¡Oíd, oíd!» y «Amén».

El obispo se inclinó para coger una pata de pollo de la fuente. Le dijo a Juana:

—¿Eres tan sabia como nos han dicho que eres?

Juana vaciló sin saber bien qué correspondía decir:

—He estudiado mucho, eminencia.

—¡Bah! ¡Estudiar! —exclamó con desdén el obispo. Le dio un mordisco al pollo—. La escuela está llena de cabezas de piedra que estudian pero no saben nada. ¿Qué es lo que tú «sabes», niña?

—Sé leer y escribir, eminencia.

—¿En teodisco o en latín?

—En teodisco, en latín y en griego.

—¡Griego! Eso ya es algo. Ni siquiera Odón sabe griego, ¿no es así, Odón?

—Sonrió a un hombre de rostro agradable sentado un poco más allá.

Odón esbozó una sonrisa sin humor.

—Es una lengua pagana, señor, una lengua de idólatras y herejes.

—Así es, así es. —El tono del obispo era socarrón—. Odón siempre está en lo cierto, ¿verdad, Odón?

El clérigo resopló:

—Sabéis bien, eminencia, que no apruebo este último capricho vuestro. Es peligroso e impío admitir a una mujer en la escuela.

Desde el otro lado del salón una voz exclamó:

—No es una mujer todavía, por lo que se ve.

Otra oleada de risas recorrió el salón, acompañada de observaciones subidas de tono. Un calor ardiente subió por la garganta de Juana hasta sus mejillas. ¿Cómo

podía comportarse así la gente en presencia del obispo?

—Y además es inútil —siguió diciendo el hombre llamado Odón cuando los ruidos cesaron—. Por naturaleza, las mujeres son incapaces de razonar. —Su mirada desdeñosa pasó por encima de Juana y volvió al obispo—. Sus humores naturales, que son fríos y húmedos, no son apropiados para la actividad cerebral. No pueden comprender los conceptos espirituales y morales más altos.

Juana lo miraba sin pestañear.

—He oído ya esas opiniones —dijo el obispo. Sonreía a Odón con la expresión de quien estaba disfrutando inmensamente de una escena—. Pero ¿cómo puedes explicar entonces los logros de la niña, por ejemplo su conocimiento del griego, lengua que ni siquiera tú, Odón —se demoró en sus palabras—, has logrado dominar?

—Se ha jactado de su capacidad, pero no hemos tenido prueba de ella —replicó Odón—. Sois crédulo. El griego puede no haber sido muy veraz en sus relatos.

Aquello era demasiado. Primero, aquel hombre odioso lo ofendía y después se atrevía a atacar a Esculapio. Sus labios empezaban a formar una respuesta airada cuando captó la mirada simpática de un caballero pelirrojo sentado junto al obispo.

«No», le decía él en silencio. Juana vaciló, captando el mensaje que provenía de los ojos azules del hombre. El caballero se volvió hacia el obispo y le susurró algo. El obispo asintió y se dirigió hacia el clérigo de cara delgada.

—Muy bien, Odón, examínala.

—¿Señor?

—Examínala. Comprueba si es apta para estudiar en la escuela.

—¿Aquí, mi señor? No parece indic...

—Aquí, Odón. ¿Por qué no? Todos sacaremos provecho del ejemplo.

Odón frunció el ceño. Se volvió hacia Juana. Su cara estrecha apuntaba hacia ella como un hacha.

—*Quicunque vult*. ¿Qué significa?

Juana quedó sorprendida. ¿Por qué una pregunta tan fácil? Quizás era un truco. Quizás estaba tratando de hacerle bajar la guardia. Respondió con cautela.

—Es la doctrina que dice que las tres personas de la Trinidad son consustanciales. Que Cristo fue plenamente divino así como plenamente humano.

—¿La autoridad de esta doctrina?

—El primer Concilio de Nicea.

—*Confessio fidei*. ¿Qué es?

—Es la falsa y perniciosa doctrina —Juana sabía qué decir porque Esculapio la había preparado con la mayor prudencia en este punto— que asegura que Cristo fue primero un ser humano y sólo en segundo lugar divino. Es decir, divino sólo a través de la adopción por el Padre. —Examinó la cara de Odón, pero era inescrutable—. *Films non proprius, sed adoptivus* —añadió, para completar el concepto.

—Explica la naturaleza falsa de esta herejía.

—Si Cristo es el Hijo de Dios por gracia y no por naturaleza, entonces Él debe estar subordinado al Padre. Esto es una herejía, una falsedad y una abominación —recitó Juana de memoria— porque el Espíritu Santo procede no sólo del Padre sino también del Hijo; hay sólo un Hijo y no es un hijo adoptivo. *In utraque natura proprium*

eum et non adoptivum filium dei confitemur.

La gente en las mesas estalló en un aplauso.

—*Litteratissima!* —gritó alguien desde una mesa lejana.

—Un pequeño monstruito curioso, ¿no? —murmuró una mujer detrás de Juana, en voz demasiado alta.

—Bien, Odón —dijo jovialmente el obispo—. ¿Qué dices? ¿Tenía razón el griego sobre Juana o no?

Odón parecía haber tomado vinagre.

—Al parecer, la niña tiene algún conocimiento de teología ortodoxa. Lo cual en sí mismo no prueba nada. —Hablaba con condescendencia, como si se dirigiera a un niño con problemas—. En algunas mujeres hay una capacidad imitativa altamente desarrollada que les permite memorizar y repetir las palabras de los hombres, lo cual tiene la apariencia de pensamiento. Pero esta capacidad imitativa no debe ser confundida con la genuina razón, que es esencialmente masculina. Porque, como es bien sabido —la voz de Odón adoptaba un tono de autoridad porque ahora estaba en terreno conocido para él—, las mujeres son inferiores a los hombres.

—¿Por qué? —La pregunta había salido de la boca de Juana antes de que se hubiera decidido a hablar.

Odón sonrió estirando en forma desagradable sus labios delgados. Tenía el aire del zorro que sabe que tiene al conejo acorralado.

—Esa pregunta, niña, revela tu ignorancia. Pues el mismo san Pablo proclamó esta verdad, que las mujeres están por debajo de los hombres en concepción, en lugar y en voluntad.

—¿En concepción, en lugar y en voluntad? —repitió Juana.

—Sí. —Odón hablaba lenta y claramente, como dirigiéndose a un tonto—: En concepción, porque Adán fue creado antes que Eva; en lugar, porque Eva fue creada para servir a Adán de compañera y pareja; en voluntad, porque Eva no pudo resistir la tentación del demonio y comió de la manzana.

Entre las mesas, las cabezas asintieron. La expresión del obispo era grave. Junto a él, el caballero de pelo rojo no dejaba ver cuáles eran sus pensamientos. Odón sonreía. Juana sintió un intenso rechazo por aquel hombre. Durante un momento se quedó en silencio frotándose la nariz. Al fin habló.

—¿Por qué la mujer sería inferior en concepción? Porque aunque fue creada en segundo lugar, fue hecha de una costilla de Adán mientras que Adán fue hecho de arcilla común.

Hubo varias risitas de aprobación.

—En segundo lugar —las palabras se demoraban mientras los pensamientos de Juana corrían y se abrían camino en el razonamiento—, las mujeres deberían ser preferidas al hombre porque Eva fue creada dentro del paraíso y Adán fue creado fuera.

Hubo otro rumor del público. La sonrisa en la cara de Odón se desvaneció. Juana siguió, demasiado interesada en la línea de su argumento para pensar en lo que estaba haciendo.

—En cuanto a la voluntad, la mujer debería ser considerada «superior» al hombre... —Esto era audaz, pero ya no había forma de volver atrás—, porque Eva

comió de la manzana por amor al conocimiento y Adán comió sólo porque ella se lo pidió.

Hubo un silencio de asombro en el salón. Los labios pálidos de Odón se apretaban con ira. El obispo miraba a Juana como si no terminara de creer lo que había oído.

Había ido demasiado lejos.

«Algunas ideas son peligrosas». Esculapio se lo había advertido, pero ella se había sentido demasiado comprometida en la discusión para recordarlo. Aquel hombre, aquel Odón, había estado demasiado seguro de sí mismo, demasiado contento de humillarla delante del obispo. Ella había echado a perder su posibilidad de ingresar en la escuela y lo sabía. Pero no le daría a aquel hombrecillo odioso la satisfacción de vencerla. Se quedó frente a la mesa con la barbilla levantada y los ojos ardientes.

El silencio se alargó de un modo interminable. Todos los ojos estaban en el obispo, cuya mirada evaluativa seguía fija en Juana. Después, lenta, muy lentamente, un largo rumor de alegría salió de sus labios.

El obispo se reía.

A su lado, la mujer de los pechos grandes soltaba risitas nerviosas. Después, el salón entero estalló en ruidos. La gente gritaba, golpeaba las mesas y se reía, tanto que corrían lágrimas por la cara de todos y tenían que secárselas con las mangas. Juana miró al caballero pelirrojo. Lo vio sonreír. Lo miró a los ojos y él le hizo un guiño de complicidad.

—Vamos, Odón —dijo el obispo cuando al fin pudo recuperar el aliento—. Debes admitirlo. La niña te ha vencido.

Odón le dirigió al obispo una mirada envenenada.

—¿Y qué pasa con el niño, eminencia? ¿Quieres que lo examine a él también?

—No, no. Lo aceptaremos ya que han venido juntos. A decir verdad, la educación de la niña ha sido un poco... —buscó la palabra— heterodoxa. Pero es muy refrescante. ¡Justo lo que necesita la escuela! Odón, tienes nuevos estudiantes. ¡Ten mucho cuidado con ellos!

Juana miró asombrada al obispo. ¿Qué quería decir? ¿Acaso Odón era el maestro de la escuela? ¿El que le enseñaría?

¿Qué había hecho?

Odón apuntaba su nariz hacia al obispo.

—¿Habéis pensado en el alojamiento de la niña, eminencia? No puede alojarse en los dormitorios de los niños.

—Ah... el alojamiento. —El obispo vaciló— A ver...

—Mi señor —interrumpió el caballero pelirrojo—. La niña puede alojarse conmigo. Mi esposa y yo tenemos dos hijas, a las que les gustará la compañía. Será una buena influencia para mi Gisla.

Juana lo miró. Era un hombre en la plenitud de la vida, de unos veinticinco años, fuerte, apuesto, con pómulos altos y una bonita barba. Su cabello espeso era de un extraordinario tono rojo; lo llevaba peinado con raya en el medio y le caía en espesos bucles sobre los hombros. Sus ojos azules eran inteligentes y amables.

—Magnífico, Geroldo. —El obispo le dio una palmadita amistosa en la

espalda—. Arreglado. La niña se quedará contigo.

Se acercó un criado con una bandeja llena de dulces. Los ojos de Juan se agrandaron a la vista de aquellas golosinas rebosantes de mantequilla. El obispo sonrió.

—Niños, debéis de tener hambre después de un viaje tan largo. Venid aquí.
—Se acercó más a su vecina, dejando un espacio entre él y el caballero pelirrojo.

Juana y su hermano dieron la vuelta a la mesa y se sentaron. El obispo en persona les sirvió dulces. Juan comió con avidez masticando con fuerza y el azúcar en polvo le pintó bigotes blancos.

El obispo se volvió hacia la mujer sentada a su lado. Bebían de la misma copa, riéndose, y él le acariciaba el cabello desarreglando su peinado. Juana fijó la vista en el plato de dulces. Mordisqueó uno, pero no pudo terminarlo; su dulzura excesiva le repugnaba. No veía el momento de salir de aquel sitio, lejos del ruido, de la gente desconocida y de la desconcertante conducta del obispo.

El caballero pelirrojo llamado Geroldo le dirigió la palabra:

—Has tenido un largo día. ¿Quieres irte?

Juana asintió. Al verlos ponerse de pie, Juan se metió en la boca un último puñado de dulces y se levantó él también.

—No, hijo. —Geroldo le puso una mano en el hombro—. Tú te quedas aquí.

—Pero quiero ir con ella —dijo Juan en tono de queja.

—Tu lugar está aquí, con los otros muchachos. Cuando la comida termine, el mayordomo te enseñará el dormitorio.

Juan palideció, pero se dominó y no dijo nada.

—Veo que tienes un objeto interesante —dijo Geroldo señalando el cuchillo con mango de hueso que asomaba de la cintura del niño—. ¿Puedo examinarlo?

Juan lo sacó y se lo tendió. Geroldo lo volvió, admirando el trabajo del mango. La hoja brillaba reflejando las antorchas que iluminaban la sala. Juana recordó cómo había brillado bajo las velas del *grubenhause* antes de raspar el pergamino del libro de Esculapio, borrando y destruyendo.

—Muy bueno. Roger tiene una espada con el mango trabajado en el mismo estilo. Roger —gritó en dirección a una mesa vecina—. Ven a enseñarle a este joven tu espada.

Roger tendió una larga espada de hierro con un mango muy adornado. Juan la miraba con reverencia.

—¿Puedo tocarla?

—Si quieres.

—Tendrás una espada para ti —le dijo Geroldo—. Y un arco. Una lanza también si tienes fuerza para sostenerla. Cuéntale, Roger.

—Sí. Tenemos lecciones de lucha y manejo de armas todos los días.

Los ojos de Juan revelaron su sorpresa y su satisfacción.

—¿Ves esta muesca en la hoja? Se hizo cuando paré un golpe de espada del maestro de armas.

—¿De veras? —preguntó Juan fascinado.

—¿Nos vamos? —le dijo Geroldo a Juana—. Creo que ahora tu hermano no se preocupará.

Desde el umbral, Juana se volvió a mirar a Juan. Con la espada sobre las piernas hablaba animadamente con Roger. Sintió cierta resistencia a marcharse sin él. Con frecuencia habían sido más rivales que amigos, pero Juan era lo que la unía a su casa, a un mundo conocido y comprensible. Sin él, estaba sola.

Geroldo se había adelantado y ya caminaba por el corredor. Era muy alto y sus piernas largas lo llevaban rápido; Juana corrió unos pasos para alcanzarlo.

Durante unos minutos no hablaron. Geroldo dijo repentinamente:

—Lo has hecho bien con Odón.

—No creo que me quiera.

—No. Odón preserva con el mayor cuidado su dignidad como un hombre cuida sus monedas cuando le quedan muy pocas.

Juana sonrió; Geroldo le gustaba. Siguiendo un impulso decidió confiar en él.

—¿Esa mujer era la... esposa del obispo?

Tartamudeó al pronunciar la palabra *esposa*, incómoda. Toda su vida había sido consciente de la vergonzosa impropiedad del matrimonio de sus padres. Era un saber infantil, nunca aclarado, y ni siquiera reconocido del todo en su interior, pero que aun así lo sentía profundamente. Una vez, notando la sensibilidad de Juana sobre aquel asunto, Esculapio le había dicho que aquellos matrimonios no eran cosa rara entre el bajo clero. Pero un obispo...

—¿Esposa? Oh, te refieres a Theda. —Geroldo se rió—. No, mi señor obispo no es de los que se casan. Theda es una de sus amantes.

¡Amantes! ¡El obispo tenía amantes!

—Estás escandalizada. No deberías estarlo. Fulgencio, mi señor obispo, no es un hombre de disposición piadosa. Heredó el título de su tío, que fue obispo antes que él. Nunca se ha ordenado y no pretende ser un santo, como habrás notado. Pero verás que no es mal hombre. Admira el saber, aunque no es un erudito. Fue él quien creó la escuela que funciona aquí.

Geroldo le había hablado con llaneza, no como a un niño sino como a alguien de quien podía esperarse que entendiera. Eso le gustó. Pero sus palabras la confundían. ¿Podía ser correcto que un obispo, un príncipe de la Iglesia, viviera así? ¿Que mantuviera... amantes? Todo era tan diferente de lo que había esperado.

Llegaron a las puertas del palacio. Pajes vestidos de seda roja abrieron las pesadas hojas de roble de la puerta; el brillo del vestíbulo iluminado con antorchas cedió a la oscuridad exterior.

—Ven —dijo Geroldo— Te sentirás mejor después de haber dormido bien. —Caminó rápidamente en dirección a las cuadras.

Juana lo siguió en la noche fría.

—¡Ahí está! —Geroldo señaló hacia la izquierda y Juana miró en aquella dirección. En la distancia apenas si podía distinguir las formas oscuras de una construcción, recortada contra el cielo nocturno— Ahí está Villarís, mi casa... y ahora la tuya también, Juana.

Aun en la oscuridad, Villarís era magnífica. Se levantaba en un lugar destacado, en la ladera de una colina; ante los ojos de Juana parecía enorme. Constaba de cuatro edificios altos de madera maciza, conectados por patios y espléndidos pórticos de madera. Geroldo y Juana entraron por una abertura en la empalizada de

roble y pasaron entre diversos edificios secundarios: una cocina, un horno, una cuadra, un silo y dos graneros. Desmontaron en un pequeño patio y Geroldo le tendió las riendas a un hombre que esperaba en la cuadra. Antorchas de resina colocadas a intervalos regulares iluminaron su paso por un largo corredor sin ventanas sobre cuyos gruesos muros de roble se desplegaban hileras de armas resplandecientes: largas espadas, lanzas, flechas, arcos y las *scramasaxes*: las cortas y pesadas hachas de un solo filo, que eran las favoritas de la infantería franca. Salieron a un segundo patio rodeado por una galería cubierta y entraron en un salón grande ricamente decorado con tapices, en el que sus pasos resonaban. En el centro se encontraba la mujer más hermosa que Juana había visto, aparte de su madre. Pero mientras que Gudrun era alta y rubia, aquella mujer era baja y delgada, con cabello muy negro y ojos grandes, oscuros, de mirada altiva. Aquellos ojos examinaron fríamente a Juana con una expresión que claramente indicaba su reprobación.

—¿Qué es esto? —preguntó bruscamente cuando se acercaron.

Sin hacer caso de su rudeza, Geroldo dijo:

—Juana, ésta es mi esposa, Richild, la señora de este castillo. Richild, permíteme presentarte a Juana de Ingelheim, que hoy ha llegado para estudiar en la escuela.

Juana hizo un torpe intento de reverencia, que Richild contempló con desdén antes de volver su atención a Geroldo.

—¿La escuela? ¿Es una broma?

—Fulgencio la ha admitido y residirá aquí en Villaris mientras duren sus estudios.

—¿Aquí?

—Puede compartir la cama con Gisla, a quien le vendrá bien una compañía sensata, para variar.

Las bien dibujadas cejas negras de Richild se arquearon con altivez.

—Parece una colona.

Juana se ruborizó ante el insulto.

—Richild, cuidado con lo que dices —la reprendió severamente Geroldo—. Juana es una invitada en esta casa.

Richild resopló.

—Bueno —tocó con dos dedos la túnica de lino verde de Juana—, al menos parece estar limpia. —Hizo un gesto imperioso a uno de los criados—: Llévatela al dormitorio. —Sin una palabra más, salió.

Más tarde, acostada en el blando colchón de paja en el dormitorio del piso alto junto a Gisla que roncaba (y que no se había despertado siquiera cuando Juana se metió bajo la manta a su lado), Juana se preguntaba por su hermano. ¿Al lado de quién estaría durmiendo Juan, si es que podía dormir? Ella no podría, estaba segura; la cabeza le daba vueltas, llena de pensamientos y emociones turbadoras. Echaba de menos su ambiente familiar, especialmente a su madre. Quería que la abrazaran y acariciaran y volvieran a llamarla «pequeña perdis». No debería haber huido como lo había hecho, en silencio y sin una palabra de adiós. Era cierto que Gudrun la había traicionado ante el emisario del obispo, pero Juana sabía que lo había hecho por exceso de amor, porque no podía soportar la idea de que su hija se marchara. Ahora

era posible que no volvieran a verse nunca. Se había aferrado a la ocasión de huir, sin considerar las consecuencias. Porque nunca podría volver a casa, eso era seguro. Su padre la mataría por su desobediencia. Su lugar estaba allí, en aquel país extraño donde no tenía amigos; y allí, para bien o para mal, debía quedarse.

«Mamá», pensó mirando la oscuridad del cuarto desconocido, y una lágrima rodó en silencio por su mejilla.

Ocho

La sala para las clases, una pequeña cámara con paredes de piedra junto a la biblioteca de la catedral, seguía húmeda aún en aquella cálida tarde de otoño. A Juana le gustaba su frescura y el olor a pergamino que llenaba el aire, un estímulo para explorar el vasto tesoro de libros que había en el cuarto vecino.

Una pintura grande cubría la pared de enfrente. Representaba a una mujer vestida con las largas ropas sueltas de los griegos. En la mano izquierda tenía un par de tijeras; en la derecha, un látigo. La mujer representaba el Conocimiento; las tijeras eran para podar el error y el dogma falso, el látigo para castigar a los estudiantes perezosos. Sus cejas casi se unían y las comisuras de los labios se volvían hacia abajo, dándole una expresión severa. Los ojos oscuros parecían mirar desde la pared y buscar los ojos de quien los mirara, duros y autoritarios. Odón había mandado hacer aquella pintura poco después de ocupar el cargo de maestro de la escuela.

—*Bos mugit, equus hinnit, asinus rudit, elephans barrit...*

En el lado izquierdo del cuarto, los estudiantes menos avanzados canturreaban con monotonía, practicando formas verbales simples.

Odón llevaba el ritmo con la mano derecha, marcando las palabras. Mientras tanto su mirada recorría el aula vigilando el trabajo de sus otros estudiantes.

Ludovico y Ebbo se inclinaban juntos sobre uno de los salmos. Se suponía que debían estar memorizándolo, pero el ángulo en que se inclinaban sus cabezas mirándose entre sí indicaba que habían dejado de concentrarse en su trabajo. Sin dejar que su otra mano perdiera el compás, Odón golpeó con fuerza en la nuca a los muchachos con un largo puntero. Los dos gritaron y volvieron a inclinarse sobre las tablillas.

Cerca de ellos, Juan trabajaba en un capítulo de Donato. Era evidente que le estaba dando grandes dificultades. Leía lentamente formando con gestos de dolor cada vocal y consonante con los labios, deteniéndose para rascarse la cabeza intrigado por alguna palabra desconocida.

Sentada aparte de los otros (que no habrían querido tener nada que ver con ella), Juana trabajaba en la tarea que le había dado Odón: una glosa de la vida de san Antonio. Escribía rápido, con la pluma moviéndose sobre el pergamino con seguridad y precisión. No alzó la vista ni perdió concentración ni un solo instante. Su atención estaba toda dedicada a lo que hacía.

Odón dijo en tono cortante:

—Basta por hoy. Este grupo —señaló hacia los novicios— puede irse. El resto se quedará en sus asientos hasta que yo haya revisado su trabajo.

Los novicios se pusieron de pie y salieron tan rápido como lo permitía el decoro. Los otros dejaron sus plumas y miraron a Odón con la esperanza de ir pronto hacia los placeres de la tarde cálida.

Juana seguía inclinada sobre su trabajo.

Odón frunció el ceño. El celo de la niña lo había sorprendido. Le picaba la mano de deseos de emplear la vara con ella, pero hasta aquel momento no le había dado ocasión. Realmente parecía tener deseos de aprender.

Odón fue hasta su pupitre y se plantó junto a ella. Juana dejó de escribir, su expresión era de sorpresa y hasta..., ¿podía ser?, de pena por tener que dejar de trabajar.

—¿Me has llamado, señor? Perdona; estaba concentrada en mi trabajo y no te oí— dijo Juana con amabilidad.

«Hace bien su papel —pensó Odón—. Pero no me engaña». Simulaba respeto y sumisión cuando le hablaba, pero él leía la verdad en sus ojos. Por dentro, se burlaba de él y lo desafiaba. Y eso Odón no lo toleraría.

Se inclinó a examinar el trabajo, hojeando las hojas de pergamino en silencio.

—La letra —dijo—, no es lo bastante clara. Mira aquí... y aquí... —Clavaba en el pergamino un largo dedo blanco—. No redondeas lo suficiente las letras. ¿Qué explicación puedes dar para este trabajo tan sucio?

¡Trabajo sucio! Juana estaba indignada. Acababa de glosar diez páginas de texto, mucho más de lo que podría haber hecho cualquier otro estudiante en el doble de tiempo. Sus explicaciones eran correctas y completas; ni siquiera Odón trató de negarlo. Había visto brillar sus ojos cuando recorría el texto, por su elegante dominio del subjuntivo.

—¿Y bien? —insistió Odón.

Quería molestarla, hacerla responder con audacia. «Criatura arrogante antinatural». Sabía que ella se proponía violar el orden divino del universo usurpando la autoridad del hombre sobre la mujer. «Adelante —la desafiaba— Di lo que piensas». Si lo hacía, la tendría donde la quería tener.

Juana luchó por mantener bajo control sus emociones. Entendía lo que estaba buscando Odón. Pero por mucho que la provocara no le daría el gusto. No le daría un motivo para expulsarla de la escuela. Manteniendo un tono neutro respondió:

—No tengo excusas, señor.

—Muy bien —dijo Odón—. Como castigo por tu indolencia, copiarás el pasaje de Timoteo I, capítulo dos, versículos once y doce, veinticinco veces y con buena letra antes de irte.

Un oscuro rencor hervía dentro de Juana. ¡Hombre malvado, de mentalidad estrecha! ¡Cómo le gustaría decirle lo que pensaba de él!

—Sí, señor. —Mantuvo los ojos bajos para que Odón no pudiera leer sus pensamientos.

Odón quedó desilusionado. Pero sabía que la niña no podría mantener aquella actitud indefinidamente. Tarde o temprano (y pensarlo lo hacía sonreír) se rendiría. Cuando lo hiciera, él estaría esperando.

La dejó y fue a ver el trabajo de los otros estudiantes.

Juana suspiró y cogió la pluma. Timoteo I, capítulo dos, versículos once y doce. Lo conocía bien; no era la primera vez que Odón la obligaba a copiar aquel pasaje como castigo. Era una cita de san Pablo: «La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni domine al hombre. Que se mantenga en silencio».

Llevaba la mitad de su tarea cuando sintió que algo no estaba como debía ser. Alzó la vista. Odón no estaba. Los chicos se agolpaban en la puerta, hablando. Aquello era extraño. Por lo general se alejaban del aula en cuanto la clase terminaba. Los miró

intrigada. Juan estaba en el extremo del grupo escuchando. La miró y le sonrió agitando una mano.

Ella respondió con una sonrisa y volvió a su escritura. Pero un pequeño cosquilleo de alarma le erizaba los pelos de la nuca. ¿Estarían planeando algo? Con frecuencia le hacían bromas (que Odón no impedía en modo alguno) y aunque ella se había acorazado contra sus maldades, seguía temiéndolas.

Se apresuró a terminar las últimas líneas y se levantó para marcharse. Los chicos seguían en la puerta. Sabía que la estaban esperando. Levantó la barbilla en un gesto de valor. Fuera lo que fuera lo que estuvieran pensando, pasaría rápido y todo terminaría enseguida.

Su manto colgaba de un gancho de madera junto a la puerta. Sin hacer ningún caso de los chicos, lo cogió, se lo anudó cuidadosamente al cuello y se puso encima la capucha.

Algo pesado y húmedo le cayó sobre la cabeza. Inmediatamente tiró de la capucha, pero no podía quitársela. La humedad pegajosa seguía corriendo hacia abajo. Alzó una mano y la tocó; los dedos quedaron cubiertos de una sustancia espesa. «Goma arábica» (un elemento común en las aulas y *scriptoria*), mezclada con vinagre y carbón, se usaba para fabricar tinta. Se limpió la mano en la capa, pero la goma no se despegaba. Desesperada, volvió a tirar de la capucha y gritó cuando sintió el dolor que le causaba en el pelo, que ya se había pegado a la tela.

Su grito provocó un estallido de risas de los chicos. Caminó rápidamente hacia la puerta. El grupo se apartó formando una fila a cada lado.

—¡*Lusus naturae!* —le gritaban: «Monstruo de la naturaleza».

En el centro de la fila vio a Juan. Se reía y gritaba insultos junto con los otros. Lo miró a los ojos: él se ruborizó y apartó la vista.

Siguió caminando. Demasiado tarde vio la tela azul cerca del suelo. Tropezó y cayó torpemente de lado. «Juan —pensó—. Él me ha hecho caer».

Se puso de pie haciendo una mueca por el dolor en las costillas. La repugnante goma le corría por la cara. Se la limpió tratando de que no le cubriera los ojos, pero no sirvió de nada. Se le metía viscosamente entre los párpados y le impedía ver con claridad.

Riéndose, los chicos la rodearon y la empujaron de un lado a otro, tratando de hacerla caer otra vez. Oyó la voz de Juan entre ellos gritando insultos. A través de la gruesa capa de goma que le cubría los ojos, el cuarto giraba en formas claras y oscuras que se alternaban. Ya no sabía dónde estaba la puerta.

Sintió el ardor de las lágrimas.

«Oh, no —pensó. Aquello era lo que ellos querían: hacerla llorar y pedir clemencia, manifestar debilidad para que pudieran confirmar su cobardía de mujer—. No lo tendrán. No se lo daré».

Se mantuvo erguida tratando de no llorar. Esta muestra de autodominio los soliviantó aún más y empezaron a golpearla con más fuerza. El chico mayor le dio un fuerte golpe en el cuello. La hizo tambalearse, ella se esforzó para no caer.

Una voz de hombre gritó a lo lejos. ¿Al fin había ido Odón a poner fin a aquello?

—¿Qué pasa aquí?

Reconoció la voz. Geroldo. Sonaba con un tono que nunca le había oído. Los chicos retrocedieron con tanta rapidez que estuvo a punto de caerse otra vez.

Pero el brazo de Geroldo ya la había cogido por el hombro, ayudándola a mantenerse en pie. Se apoyó en él, agradecida.

—Muy bien, Bernardo. —Geroldo se dirigía al chico más grande, el que le había pegado en el cuello—. ¿No fue la semana pasada cuando te vi en las prácticas con las armas tratando desesperadamente de alejarte de la espada de Eric, tanto que no pudiste dar un solo golpe? Y sin embargo ahora veo que no tienes dificultad en combatir cuando tu oponente es una niña indefensa.

Bernardo tartamudeó una explicación, pero Geroldo lo cortó.

—Se lo dirás al obispo. Te mandará a llamar cuando se entere de esto. Cosa que hará hoy mismo.

El silencio se hizo absoluto. Geroldo cogió en brazos a Juana, que sintió con cierta sorpresa la fuerza de sus brazos y espalda. Era tan alto y delgado que ella no había creído que fuera tan fuerte. Apartó la cabeza para que la goma que la cubría no le manchara la túnica.

A medio camino hacia el caballo, Geroldo se volvió.

—Una cosa más. Por lo que he visto, ella es más valiente que cualquiera de vosotros. Sí, y más lista también, aunque sea una niña.

Juana sintió que le brotaban las lágrimas. Nadie había hablado en su favor de aquel modo, salvo Esculapio. Geroldo era... diferente.

El capullo de rosa crece en la oscuridad. No sabe nada del sol, pero empuja la oscuridad que lo limita hasta que al fin los muros ceden y la rosa estalla, abriendo sus pétalos a la luz.

«Le amo».

El pensamiento fue tan súbito como sorprendente. ¿Qué podía significar? No podía estar enamorada de Geroldo. Era un noble, un gran señor, y ella era la hija de un simple canónigo. Era un hombre maduro de veinticinco inviernos y Juana sabía que la consideraba una niña, aunque en realidad tenía casi trece años y pronto sería una mujer.

Además, él tenía esposa.

La mente de Juana era un torbellino de emociones confusas.

Geroldo la puso sobre el caballo y montó detrás. Los chicos seguían en un grupo compacto junto a la puerta, sin atreverse a hablar. Juana se dejó envolver por los brazos de Geroldo y sintió su fuerza.

—Y ahora —dijo Geroldo espoleando el caballo hasta un medio galope—, te llevaré a casa.

Nueve

El conde Geroldo, *grafio vir illuster* de aquel lejano rincón del noreste del imperio, espoleó al alazán al acercarse a la colina sobre la que se alzaba su mansión. El caballo respondió con vigor, sintiendo la proximidad de la cálida cuadra y de un montón de paja fresca. A su lado, el caballo que transportaba a Osdag, el sirviente de Geroldo, también aceleró el paso aunque el peso del ciervo atado a la grupa lo dejó retrasado.

Había sido una buena jornada de caza. Contrariando la costumbre de salir en partidas de seis hombres o más, Geroldo había tenido el capricho de salir con Osdag y dos o tres sabuesos como única compañía. Y habían tenido suerte; casi inmediatamente encontraron el rastro de un ciervo, que Osdag recogió con su cuerno de caza y examinó con ojo experto.

—Un ciervo —dijo—, y grande.

Lo siguieron durante casi una hora hasta verlo en un pequeño claro. Geroldo se llevó el silbato de marfil a los labios y sopló una serie de notas suaves, sin modulación, que lanzaron a los sabuesos a la cacería. No había sido fácil acorralar el animal con sólo dos hombres y dos perros, pero lo habían hecho al fin y Geroldo lo había matado de una rápida lanzada. Como Osdag había predicho, era un animal grande; con el invierno tan próximo, sería un complemento bien recibido en la despensa de Villaris.

Un poco más adelante, Geroldo pudo ver a Juana sentada en la hierba, con las piernas cruzadas. Envío a Osdag a la cuadra y se dirigió hacia ella. Durante el último año se había encariñado mucho de la niña. Era una personita extraña, eso nadie lo negaba: demasiado solitaria, demasiado solemne para sus años, pero con buen corazón y una inteligencia despierta que a Geroldo le atraía mucho.

Una vez cerca del sitio donde Juana se encontraba sentada, quieta como un relieve de la puerta de la catedral, desmontó y dejó que el caballo se adelantara solo. Juana estaba tan abstraída que el animal llegó a pocos metros de ella sin que se diera cuenta. Entonces se puso de pie, ruborizándose. A Geroldo le divertía. La niña era incapaz de disimular, rasgo que a él le resultaba encantador, por ser tan diferente de... lo que tenía costumbre de ver. Era imposible no ver su infantil enamoramiento de él.

—Estabas muy concentrada en tus pensamientos —le dijo.

—Sí. —Ella fue a admirar el caballo—. ¿Se portó bien?

—Perfectamente. Es un gran animal.

—Oh, sí.

La niña acarició su crin reluciente. Tenía un gran aprecio por los caballos, quizá por haber crecido sin ellos. Por lo que Geroldo había podido averiguar, su familia había vivido con tanta pobreza como los colonos, aunque su padre era un canónigo de la Iglesia.

El caballo le rozó una oreja con el hocico y ella rió alegremente. Una chica atractiva, pensó Geroldo, aunque nunca sería una belleza. Sus ojos grandes e inteligentes estaban hundidos en la cara y la barbilla dura y los hombros anchos le daban un aire varonil, realzado por el cabello corto, de un rubio casi blanco, que

enmarcaba la cara con rizos y apenas si le cubría las orejas. Después de aquel episodio en la escuela se habían visto obligados a cortarle el cabello muy corto; no había habido otro modo de eliminar la goma arábica pegada a cada mechón.

—¿En qué estabas pensando?

—Oh. Sólo en algo que pasó hoy en la escuela.

—Cuéntame.

Ella le miró.

—¿Es cierto que los cachorros del lobo blanco nacen muertos?

—¿Qué? —Geroldo estaba acostumbrado a las preguntas extrañas, pero aquélla era más extraña de lo habitual.

—Juan y los otros chicos estaban hablando. Habrá una cacería del lobo blanco, el del bosque de Annapes.

—Lo sé —asintió Geroldo—. Es una hembra, y muy feroz; caza sola lejos de la manada y no conoce el miedo. El invierno pasado atacó a un grupo de viajeros y se llevó a una criatura sin que nadie pudiera detenerla. Dicen que ahora está preñada... Supongo que se pondrán a cazarla antes de que dé a luz.

—Sí. Juan y los otros están entusiasmados porque Ebbo dice que su padre le prometió llevarlo consigo en la cacería.

—¿Y bien?

—Odón se opuso terminantemente. Dijo que se ocuparía en persona de que la cacería no se realizase porque según él el lobo blanco es una bestia sagrada, una manifestación viviente de la resurrección de Cristo.

Las cejas de Geroldo se arquearon en un gesto de escepticismo. Juana continuó:

—Sus cachorros nacen muertos, dice Odón, y a los tres días el padre los lame y les da vida. Es un milagro tan raro y tan sagrado que nadie ha sido testigo de él nunca.

—¿Qué dijiste a eso? —preguntó Geroldo. Para entonces ya la conocía lo suficiente para saber que había tenido algo que decir.

—Pregunté cómo se sabía que era cierto si nadie lo había presenciado.

Geroldo soltó una carcajada.

—Apuesto a que a nuestro buen maestro no le gustó tu pregunta.

—No. Dijo que era irrelevante. Y también ilógica porque el momento de la resurrección de Cristo tampoco tuvo testigos y nadie duda de su veracidad.

Geroldo puso una mano en el hombro de la niña.

—Olvida todo el asunto, pequeña.

Hubo una pausa, como si ella estuviera preguntándose si podía decir algo más. Al fin alzó la vista hacia él con un gesto de intensa preocupación en su cara juvenil.

—¿Cómo «se puede» estar seguro de la veracidad de la resurrección si no hubo testigos?

La pregunta lo sobresaltó tanto que sacudió las riendas y el caballo avanzó. Geroldo puso una mano sobre el flanco rojizo del animal, tranquilizándolo.

Como la mayoría de los pares en la parte norte del imperio, señores de la tierra que habían llegado a la edad adulta bajo el reinado del viejo emperador

Carlomagno y que se aferraban a las viejas costumbres, Geroldo era un cristiano en el sentido más superficial. Asistía a misa, daba limosnas y observaba las fiestas de guardar y demás obligaciones externas. Seguía las enseñanzas de la doctrina que no afectaban a sus derechos y deberes señoriales y hacía caso omiso del resto.

—No sabía cómo era el mundo y reconocía el peligro cuando lo veía.

—¡No le habrás preguntado eso a Odón!

—¿Por qué no?

—¡Santo Cielo!

Esto podía acarrear problemas. A Geroldo no le gustaba Odón, un hombrecillo de ideas estrechas y mentalidad más estrecha aún. Pero ésta era exactamente la clase de arma que necesitaba Odón para poner en apuros a Fulgencio y obligarlo a expulsar a Juana de la escuela. O algo peor que eso, aunque no era agradable pensarlo.

—¿Qué dijo?

—No respondió. Estaba muy enfadado y... me castigó. —Se ruborizó.

Geroldo soltó el aliento en un suave silbido.

—¿Y qué esperabas? Tienes edad para saber que algunas preguntas no deben hacerse.

—¿Por qué? —Los grandes ojos verdigrises, tanto más profundos y sabios que los de los otros niños, estaban fijos en él. «Ojos paganos —pensó Geroldo—, ojos que nunca se humillarán ante el hombre o Dios». Lo turbaba imaginar qué se había necesitado para hacer aquellos ojos—. ¿Por qué? —volvía a preguntar ella con insistencia.

—Simplemente no se hace, eso es todo.

Le irritaba su curiosidad. A veces la inteligencia de la niña, que superaba su aspecto físico, era incómoda.

Algo (dolor o quizás irritación), pasó brevemente por sus ojos y volvió a quedar oculto.

—Debería volver a la casa. El tapiz del salón ya casi está completo y tu esposa quizá necesita ayuda para terminarlo.

Con la barbilla alta se volvió para irse.

A Geroldo le parecía divertido. ¡Tanta dignidad herida en alguien tan joven! La idea de que Richild, su esposa, necesitara la ayuda de Juana con el tapiz era absurda. Con frecuencia se había quejado de la torpeza de Juana con la aguja; el mismo Geroldo había presenciado los esfuerzos fallidos para obligar a sus dedos a obedecer y había visto los lamentables resultados de sus labores. Su irritación se había disipado. Le dijo:

—No te ofendas. Si quieres avanzar en el mundo debes tener más paciencia con tus superiores.

Ella lo miró de reojo, evaluando sus palabras, echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada. El sonido era delicioso, sonoro y musical, muy contagioso. Geroldo estaba encantado. La niña podía ser obstinada e irritable, pero tenía un corazón cálido y un ingenio siempre atento. Le cogió la barbilla.

—No quise ser duro —le dijo—. Es sólo que a veces me sorprendes. Eres tan sabia en algunas cosas y tan tonta en otras. —Ella empezó a hablar, pero él le puso un dedo en los labios—: No sé la respuesta a tu pregunta. Pero sé que la pregunta en sí misma es peligrosa. Hay muchos que dirán que un pensamiento así es herejía. ¿Y sabes

lo que eso significa, Juana?

Ella asintió gravemente.

—Es una ofensa contra Dios.

—Sí, es eso, y es más que eso. Podría significar el fin de tus esperanzas, Juana, de tu futuro. O... de tu vida misma. —Ahí estaba. Lo había dicho. Los ojos verdosos lo miraban sin parpadear. No podía retroceder. Tendría que decírselo todo—. Hace cuatro inviernos un grupo de viajeros fue lapidado hasta la muerte, no lejos de aquí, en el prado de la catedral. Dos hombres, una mujer y un niño, no mayor de lo que tú eres ahora.

Era un soldado que había visto mucho, un veterano de las campañas del emperador contra los obodritas, pero la piel se le erizaba al recordarlo. La muerte, aun una muerte horrible, no tenía sorpresas para él. Pero había retrocedido espantado ante aquellas muertes. Los hombres estaban desarmados, y los otros dos... Habían tardado mucho tiempo en morir y la mujer y el chico eran quienes más habían sufrido, ya que los hombres habían tratado de protegerlos con sus cuerpos.

—¿Lapidados? —Juana abría mucho los ojos—. Pero ¿por qué?

—Eran armenios, miembros de una secta conocida como paulinos. Iban camino de Aquisgrán y tuvieron la mala suerte de pasar por aquí inmediatamente después de que una granizada cayese sobre las viñas. En menos de una hora se perdió toda la cosecha. Cuando pasan cosas así, la gente busca una razón para sus problemas. Cuando miraron alrededor buscando algo allí estaban ellos: extranjeros y de ideas sospechosas. Los llamaron *Tempestarii*; es decir, gente que usa hechizos para provocar tormentas. Fulgencio trató de defenderlos, pero los interrogaron y encontraron heréticas sus ideas. Ideas, Juana —la miraba a los ojos al decirlo—, no muy diferentes de la pregunta que tú le hiciste hoy a Odón.

Ella quedó en silencio mirando a lo lejos. Geroldo no dijo nada, dándole tiempo.

—Esculapio me dijo algo así una vez —dijo al fin—. Algunas ideas son peligrosas.

—Era un sabio.

—Sí. —Su mirada se suavizó con el recuerdo—. Tendré más cuidado.

—Muy bien.

—Ahora —dijo ella—, dime. ¿Cómo es que sabemos que la historia de la resurrección es verdad?

Geroldo se rió, impotente.

—Niña —dijo acariciándole el cabello dorado muy corto—, eres incorregible. —Y viendo que ella seguía esperando una respuesta añadió—: Bien, te diré lo que pienso.

Los ojos de ella brillaron de interés. El volvió a reírse.

—Pero no ahora. *Pistis* necesita atención. Ven a verme después de vísperas y hablaremos.

La admiración de Juana se leía sin disfraces en su mirada. Geroldo le acarició la mejilla. Era poco más que una niña, pero no podía negar que lo conmovía. Bueno, su propio lecho conyugal era bastante frío, Dios era testigo, para que pudiera gozar sin mala conciencia de la calidez de aquel afecto inocente.

El caballo volvió a pasar su hocico por la cabeza de Juana, que dijo:

—Tengo una manzana. ¿Puedo dársela?

Geroldo asintió.

—*Pistis* se merece una recompensa. Hoy se ha portado bien; algún día será un cazador de primera, si no me equivoco.

Ella buscó en su bolsillo, sacó una pequeña manzanita roja y se la ofreció al animal; éste le pasó la lengua suavemente y se la metió entera en la boca. Cuando Juana retiró la mano, Geroldo vio en la palma un resplandor rojo. Ella comprendió que él lo había visto y trató de esconder la mano, pero él se la cogió y la levantó a la luz. Un profundo surco en carne viva rasgaba el interior tierno de la palma, atravesándola por entero.

—¿Odón? —preguntó Geroldo en voz baja.

—Sí. —Hizo una mueca cuando él tocaba el borde de la herida.

Era evidente que Odón había usado la vara más de una vez y con considerable fuerza; la herida era profunda y necesitaba atención inmediata para impedir la infección.

—Debemos ocuparnos de esto ahora mismo. Vuelve a casa; te veré allí.

Hacía un esfuerzo por mantener la voz firme. Le sorprendía la intensidad de su propia emoción. Era innegable que Odón estaba en su derecho al castigarla. En realidad, probablemente era lo mejor que podía haber hecho porque al desahogar de aquel modo su ira era menos probable que llevara el asunto más lejos. De todos modos, la visión de la herida despertaba en Geroldo una furia violenta e irracional. Le habría gustado estrangular a Odón.

—No es tan malo como parece. —Juana lo estaba mirando muy atenta con aquellos ojos de mirada sabia y honda.

Volvió a examinar la herida. Era profunda y estaba en la parte más sensible de la mano. Cualquier otro chico habría llorado y gritado de dolor. Ella no había dicho una palabra, ni siquiera cuando la interrogó.

Pero hacía pocas semanas, cuando habían tenido que cortarles el cabello para quitarle la goma arábiga, había gritado y luchado como un sarraceno. Cuando Geroldo le preguntó por qué se había resistido, no pudo ofrecer ninguna explicación clara salvo que el sonido de las tijeras la había asustado.

Una chica extraña, sin duda. Quizá por eso lo atraía tanto.

—¡Padre! —Duoda, la hija menor de Geroldo, apareció corriendo colina abajo hacia los árboles entre los que estaban Juana y él. Esperaron a que llegara, ruborizada y jadeando por la carrera— ¡Padre! —Duoda tendía los brazos y Geroldo la alzó y la hizo girar en el aire mientras ella chillaba de placer. Cuando él pensó que era suficiente, la dejó en el suelo. La niña se le colgó de un brazo—: ¡Oh, padre, ven a ver! *Lupa* dio a luz cinco cachorros. ¿Puedo quedarme con uno para mí sola, padre? ¿Puede dormir en mi cama?

Geroldo empezó a reír.

—Ya veremos. Pero antes... —la sostuvo con firmeza, pues ella ya se había vuelto para salir corriendo en dirección a la casa—, antes acompaña a Juana a casa; tiene lastimada una mano y necesita que la atiendan.

—¿La mano? Enséñamela —le pidió a Juana, que le tendió la mano abierta con

una sonrisa triste—. ¡Ooooooh! —Los ojos de Duoda se pusieron redondos de horrorizada fascinación—. ¿Cómo te lo has hecho?

—Te lo contará por el camino —dijo Geroldo con impaciencia. No le gustaba aquella herida; cuanto antes la limpiaran, mejor—. Daos prisa y haced lo que os he dicho.

—Sí, padre. —Duoda le preguntó a Juana en tono compasivo—: ¿Te duele mucho?

—No tanto como para que no pueda llegar antes que tú a la puerta —replicó Juana, y salió corriendo.

Duoda chilló de placer y partió tras ella. Las dos niñas subieron juntas la ladera, riéndose. Geroldo las miraba sonriendo, pero su mirada era de preocupación.

Llegó el invierno y para Juana también la condición de mujer. Tenía trece años y debería haberlo esperado, pero aun así la cogió por sorpresa la mancha castaño oscuro de la túnica de lino y el dolor en el vientre. Supo enseguida de qué se trataba porque había oído a su madre y a las mujeres de la casa de Geroldo hablar de ello y las había visto lavar sus prendas todos los meses. Se lo dijo a una sirvienta que corrió a llevarle un montón de trapos blancos limpios y le guiñó un ojo al dárselos.

No le gustaba aquello. No sólo el dolor y las molestias, sino la mera idea de lo que estaba pasando. Se sentía traicionada por su propio cuerpo que parecía estar reacomodándose casi cotidianamente a contornos nuevos y desconocidos. Cuando los chicos en la escuela empezaron a darse cuenta, entre burlas, de sus pechos, se los empezó a liar con telas bien apretadas. Era doloroso, pero valía la pena. Ser mujer había sido para ella una fuente de desdicha y frustración desde que podía recordar y se proponía luchar tanto como fuera posible contra aquellas nuevas pruebas de su feminidad.

Wintarmanoth trajo heladas que oprimieron la tierra como un puño de hierro. El frío bastaba para producir dolor de muelas. Los lobos y otros predadores del bosque merodeaban más cerca que nunca; pocos aldeanos se aventuraban a salir sin motivos urgentes.

Geroldo le decía a Juana que no fuera a la escuela, pero era imposible convencerla. Todas las mañanas, con excepción del sábado, Juana se echaba sobre los hombros la gruesa capa de lana y se la ataba con fuerza a la cintura para impedir que el viento se la llevara; y así recorría encogida los tres kilómetros que la separaban de la catedral. Cuando llegaron los fuertes vientos helados de *Hornung*, arrasando los caminos en sus ráfagas, Geroldo hacía ensillar un caballo todos los días y llevaba y traía de la escuela a Juana.

Aunque Juana veía diariamente a su hermano en la escuela, Juan nunca le hablaba. Seguía siendo muy lento en sus estudios, pero su habilidad en el uso de la espada y la lanza le había ganado el respeto de los otros chicos, en cuya compañía visiblemente destacaba. No tenía ninguna intención de sabotear su pertenencia al grupo reconociendo a una hermana que sólo podía avergonzarlo. De modo que le daba la espalda cada vez que se acercaba.

Las chicas de la ciudad también mantenían sus distancias. Miraban a Juana con prevención y la excluían de sus juegos y charlas. Era un monstruo de la naturaleza: inteligencia de hombre, cuerpo de mujer, no se acomodaba a ninguna

compañía; era como si perteneciera a un tercer sexo, amorfo.

Todos la abandonaban. Menos Geroldo. Pero Geroldo le bastaba. La ponía contenta estar cerca de él, hablar y reírse y comentar asuntos que sólo ante él podía mencionar.

Un día de mucho frío, al volver de la escuela, Geroldo le dijo:

—Ven. Tengo algo que enseñarte.

La llevó por el ala lateral de la mansión hasta el pequeño gabinete donde guardaba sus papeles. De entre ellos sacó un objeto rectangular alargado que le tendió.

¡Un libro! En hermosas letras doradas sobre la madera de la tapa estaba escrito el título: *De rerum natura*.

De rerum natura. ¡La gran obra de Lucrecio! Esculapio con frecuencia le había hablado de su importancia. Se decía que había una sola copia y que estaba bien guardada en la gran biblioteca de Lorsch. Pero allí estaba Geroldo ofreciéndosela con tanta naturalidad como si fuera un plato de comida.

—Pero ¿cómo...? —Alzó los ojos con expresión interrogante.

—Lo que está escrito puede ser copiado —respondió él con sonrisa cómplice—. Por un precio. Un precio considerable, en este caso. El abad regateó mucho diciendo que tenía pocos copistas disponibles. Y de hecho llevó más de diez meses completar el trabajo. Pero aquí está. Y no pagué por él ni un denario más de lo que vale.

Los ojos de Juana brillaban mientras acariciaba la cubierta del libro. En todos sus meses en la escuela nunca se le había permitido trabajar con textos como aquél. Odón le prohibía absolutamente leer las grandes obras clásicas que se conservaban en la biblioteca de la catedral y la limitaba al estudio de los textos sagrados, que eran, decía, los únicos adecuados para su débil e impresionable inteligencia femenina. Por orgullo, ella no le había permitido ver cuánto le dolía esto. «Adelante, cierra tu biblioteca —pensaba en actitud desafiante—. No podrás cerrar mi espíritu». De todos modos la había enfurecido saber que se ponían fuera de su alcance aquellos tesoros del conocimiento. Geroldo había entendido su sentimiento; siempre parecía saber lo que ella pensaba o sentía. ¿Cómo podía no amarlo?

—Adelante —dijo Geroldo—. Y cuando hayas terminado hablaremos sobre lo que has leído. Te interesará mucho lo que contiene este libro.

Juana abrió los grandes ojos de asombro.

—¿Entonces, tú...?

—Sí, yo lo he leído. ¿Te sorprende?

—Sí. Quiero decir no... pero...

Las mejillas de Juana se pusieron rosadas mientras tartamudeaba buscando la respuesta. No imaginaba que él pudiera leer en latín. Era raro que los nobles y señores supieran leer y escribir. El mayordomo de la casa, hombre de letras, se encargaba de llevar las cuentas y mantener la correspondencia necesaria. Naturalmente, Juana había supuesto...

Geroldo se reía de la incomodidad de la niña.

—Está bien. No tenías por qué saberlo. Estuve unos años estudiando en la Escuela Palatina cuando vivía el viejo emperador Carlomagno.

—¡La Escuela Palatina!

El nombre era leyenda. De la escuela fundada por el emperador habían salido algunos de los mejores cerebros de la época. El gran Alcuino mismo había sido maestro en ella.

—Sí. Mi padre me envió con la intención de hacer de mí un erudito. El trabajo era interesante y lo disfruté bastante, pero era joven y no tenía el temperamento para seguir en eso toda la vida. Cuando el emperador llamó a sus hombres para la campaña contra los bárbaros fui con él, aunque sólo tenía trece años. Estuve unos años combatiendo y habría seguido allí, pero mi hermano mayor murió y me llamaron aquí a hacerme cargo de la propiedad.

Juana lo miraba maravillada. ¡Era un estudioso, un hombre de letras! ¡Cómo no se había dado cuenta antes! Debería haberlo notado por el modo en que le había hablado de sus estudios.

—Vete —le dijo Geroldo, con una sonrisa—. Sé que no puedes esperar. Falta una hora para la cena. Pero escucha la campana.

Juana subió corriendo al dormitorio que compartía con Duoda y Gisla. Fue a la cama y abrió el libro. Leyó lentamente, saboreando las palabras, deteniéndose por momentos para tomar nota de una frase o razonamiento especialmente elegantes. Cuando la luz bajó con el crepúsculo encendió una vela y siguió leyendo.

Leyó y leyó, olvidando por completo el tiempo, y se habría perdido la cena si Geroldo no hubiera mandado a buscarla.

Las semanas pasaron rápidamente, llevadas por el entusiasmo del trabajo conjunto de Juana y Geroldo. Al despertarse cada mañana, Juana se preguntaba con impaciencia cómo lograría llegar hasta la hora después de vísperas cuando, terminada la cena y los obligatorios rezos, ella y Geroldo reanudaban su estudio de Lucrecio.

De rerum natura fue una revelación, una maravilla de libro, rico en conocimiento y sabiduría. Para descubrir la verdad, decía Lucrecio, bastaba con observar el mundo natural. Era una idea que se correspondía con el sentido común de la época de Lucrecio, pero se volvía extraordinaria y hasta revolucionaria en el año 827. De todos modos era una filosofía que atraía con fuerza a las mentalidades prácticas de Juana y Geroldo.

De hecho, Geroldo pudo atrapar a la loba blanca gracias a Lucrecio.

Al volver de la escuela un día, Juana encontró todo Villaris revuelto. Los perros estaban roncando de tanto ladrar; los caballos corrían desbocados alrededor de su corral; todo el patio exterior resonaba con una serie ensordecedora de gruñidos.

En medio del patio delantero Juana encontró el objeto de toda aquella excitación. Una gran loba blanca se retorció furiosamente dentro de una jaula oblonga. Las barras de la jaula, hechas de pesadas tablas de roble de diez centímetros de espesor, crujían a causa de la violencia de la bestia.

Geroldo y sus hombres la rodeaban con precaución, con arcos y lanzas listos por si el animal lograba liberarse. Con un gesto, Geroldo indicó a Juana que se mantuviera a distancia. La niña, mirando los extraños ojos rosados de la loba, brillantes de rabia, deseó que los barrotes resistieran.

Al cabo de un rato, la loba se cansó y se quedó jadeando, con las patas plantadas con firmeza y la cabeza gacha, echando chispas por los ojos. Geroldo bajó la

lanza y fue hacia Juana.

—¡Ahora podremos probar la teoría de Odón!

Durante quince días los dos vigilaron decididos a presenciar, si era posible, el parto mismo. No sucedía nada. La loba vegetaba en la jaula y no daba indicios de estar próxima a parir. Ya habían empezado a dudar de que estuviera preñada, cuando todo sobrevino de repente.

Sucedió durante el turno de vigilancia de Juana. La loba alternaba nerviosos paseos en círculo y momentos de descanso echada, como si no lograra ponerse cómoda. Al fin empezó a gruñir y jadear. Juana corrió a buscar a Geroldo y lo encontró en el salón con Richild. Cayendo sobre ellos como un torbellino Juana hizo caso omiso de las cortesías habituales.

—¡Ven rápido! ¡Ya ha empezado!

Geroldo se levantó de inmediato. Richild hizo un gesto de contrariedad y pareció como si quisiera hablar, pero sabía que era perder el tiempo. Juana dio media vuelta y corrió por el pórtico que llevaba al patio principal. Geroldo, que se había detenido a recoger una luz, la seguía de cerca. Ninguno de los dos vio el gesto con que Richild los miraba.

Cuando llegaron al corral, la loba estaba en plena labor. Juana y Geroldo vieron cómo la punta de una pequeña zarpa empezaba a asomar, seguida por otra y a continuación por una pequeña cabeza perfecta. Al fin, con una última convulsión de la madre, un pequeño cuerpo oscuro y húmedo se deslizó a la paja que cubría el fondo de la jaula y quedó allí.

Juana y Geroldo se esforzaban por ver en la oscuridad de la jaula. El cachorro recién nacido estaba inerte, completamente cubierto por la bolsa fetal, así que apenas si podían distinguirlo. La madre apartó la bolsa con la lengua y se la comió.

Geroldo levantó la luz contra los barrotes de la jaula. El recién nacido no parecía respirar. La madre empezaba a tener el segundo alumbramiento. Pasaron unos momentos y el cachorro seguía sin moverse ni dar señales de vida. Juana miró a Geroldo con decepción. ¿Era así, entonces? ¿Se quedaría sin vida esperando que su padre fuera a lamerlo y darle vida? ¿Tenía razón Odón después de todo? Si era así, lo habían matado porque lo habían apartado del padre, que era el que debía darle la vida.

Una vez más la madre gruñó; un segundo cuerpecito se deslizó afuera para caer sobre el primero. El impacto sacudió al primer cachorro, que soltó un agudo gemido de protesta.

—¡Mira! —Los dos señalaban en exultante unísono. Se reían complacidos con los resultados del experimento.

Los dos cachorros se arrastraban hacia su madre para mamar, aun antes de que terminara el tercer alumbramiento.

Juntos, Geroldo y Juana contemplaron el comienzo de la nueva familia. Se cogieron las manos en la oscuridad y las apretaron en una mutua comprensión.

Juana nunca se había sentido tan cerca de nadie en su vida.

—Os esperábamos para las vísperas. —Richild les dirigía una mirada de reproche desde el pórtico—. Es la vigilia de san Norberto, ¿lo habéis olvidado? Es un mal ejemplo que el señor de la casa se ausente de los rezos.

—Tenía otra cosa que atender —replicó Geroldo fríamente.

Richild empezaba a responder cuando Juana la interrumpió entusiasmada:

—¡Vimos a la loba blanca dar a luz sus cachorros! No nacen muertos como dice la gente —anunció con júbilo—. ¡Lucrecio tenía razón!

Richild la miró como si estuviera loca.

—Todas las cosas en la naturaleza tienen explicación —seguía Juana—. ¿No lo ves? Los cachorros nacen vivos, sin nada de sobrenatural, tal como lo decía Lucrecio.

—¿Qué palabras sacrílegas son ésas? ¿Tienes fiebre, niña?

Geroldo se apresuró a interponerse entre ambas.

—Ve a la cama, Juana —dijo mirándola por encima del hombro—. Es tarde.

Cogió a Richild por el brazo y la condujo con firmeza adentro.

Juana se quedó donde estaba escuchando el eco vibrante de la voz de Richild en el silencio de la noche.

—Esto es lo que se consigue por querer enseñar a la niña más de lo que puede aprender. Geroldo, debes dejar de alentarla en esos trabajos antinaturales.

Juana subió lentamente a su dormitorio.

Mataron a la loba blanca cuando hubo destetado a sus cachorros. Era peligrosa porque ya había atacado a gente y se había llevado una criatura, y no podía dejarse en libertad a una bestia así. El tercer cachorro no sobrevivió; fue un despojo enfermizo que vivió sólo unos días. Pero los otros dos se hicieron cachorros robustos, cuyos juegos deleitaban a Juana y Geroldo. Uno tenía la piel castaña y gris, con manchas, típica de los lobos del bosque en aquella parte de Franconia; Geroldo se lo regaló a Fulgencio, qué sentía un malvado placer en enseñárselo a Odón. El otro cachorro, el primero en nacer, tenía la piel blanca como la nieve, igual que la madre, y sus extraños ojos opalinos. Juana y Geroldo lo llamaron *Luc*, en homenaje a Lucrecio, y el afecto compartido por el incansable lobato reforzó el lazo que los unía.

Diez

¡Habría una feria en Saint-Denis! La noticia era asombrosa: no había habido una feria o un mercado en todo el reino desde hacía más años de los que la mayoría podía recordar. Pero algunos ancianos como Burchard, el molinero, recordaban una época en la que se celebraban dos o tres ferias anuales en Franconia. Así decían al menos, aunque era difícil dar crédito a sus palabras. Naturalmente, se referían a la época en la que el emperador Carlomagno, de santa memoria, estaba en su apogeo y los caminos y puentes estaban bien guardados, sin ladrones ni vagabundos acosando a los viajeros, ni (¡Dios lo prohibiera!) los bárbaros del norte cayendo sin aviso sobre el país. Viajar era tan peligroso en aquellos tiempos que organizar ferias era mal negocio; los mercaderes no se atrevían a transportar sus preciados bienes por los caminos inseguros y la gente no quería arriesgar su vida en el viaje.

Aun así, habría una feria. Y sería una maravilla, si al menos la mitad de lo que decían las noticias era cierto. Habría mercaderes de Bizancio ofreciendo productos exóticos: especias, sedas y brocados; comerciantes de Venecia con capas de plumas de pavo real y cuero repujado; traficantes frisios de esclavos con su carga humana de eslavos y sajones; lombardos con sacos de sal amontonados dentro de barcos cuyas velas anaranjadas ostentaban los signos del zodíaco; y toda clase de entretenimientos: equilibristas y acróbatas, romancistas, juglares, osos y perros amaestrados.

Saint-Denis no estaba cerca; se hallaba a unos doscientos cincuenta kilómetros de Dorstadt, quince días de viaje por caminos que se desmoronaban y atravesando ríos de corriente peligrosa. Pero eso no desalentaba a nadie. Todos los que habían conseguido un caballo o una mula estaban preparándose para ir.

El entorno de Geroldo, como correspondía a un conde, era numeroso. Quince de sus *fideles*, bien armados, cabalgarían con ellos, así como varios criados para atender a la familia. Juana iría, y como cortesía especial (Juana estaba segura de que había sido idea de Geroldo) Juan fue invitado también. Los preparativos de Richild habían sido meticulosos, para asegurarse de que no carecerían durante el viaje de nada en materia de comodidad y seguridad. Desde hacía días se venían cargando los carros en el patio.

La mañana de la partida, Villaris bullía de actividad. Los criados se movían en un sentido y en otro, alimentando a los caballos y cargándolos; el cocinero y sus asistentes sudaban alrededor del horno, cuya alta chimenea escupía enormes nubes de humo; el herrero trabajaba febrilmente en su forja, terminando la última provisión de herraduras, clavos y elementos para los carros. Los sonidos se mezclaban y subían en una ruidosa confusión: las criadas se gritaban con voces agudas que se superponían a las más graves de los hombres, las vacas mugían y pateaban mientras se las ordeñaba deprisa, y un burro sobrecargado rebusnaba en enérgica protesta por el peso. La actividad levantaba una capa de polvo del suelo bien apisonado, que subía en el aire y colgaba como una niebla iluminada por el brillante sol de la primavera.

Juana se entretuvo en el patio contemplando los preparativos de último momento, disfrutando del entusiasmo. *Luc* saltaba a su alrededor, con las orejas levantadas y los ojos opalinos brillantes de excitación. Él también iría en el viaje

porque, como había declarado Geroldo, el cachorro, ya de seis meses, se había unido tanto a Juana que no podía pensarse en separarlos. Juana se reía y acariciaba a *Luc*, con su piel blanca tan suave bajo su mano; el lobato le lamía una mejilla y se sentó con la boca muy abierta, como si también él se estuviera riendo.

—Si no tienes nada mejor que hacer que estar ahí perdiendo el tiempo ve a ayudar a la despensa.

Richild le dio una palmada a Juana mandándola hacia la cocina, donde el cocinero agitaba sus manos blancas de harina, en un frenesí de actividad. Había estado levantado toda la noche horneando tortas y panes para el viaje.

A media mañana, todo estaba empaquetado. El capellán rezó una breve plegaria por la seguridad de los viajeros y la procesión de carros y caballos salió lentamente al camino. Juana iba en el primer carro, detrás de Geroldo y sus hombres, junto con Richild, Gisla y Duoda, y las tres jóvenes aldeanas que servían como sirvientas personales de las señoras. Las mujeres se sacudían en los duros asientos de madera cuando las ruedas del carro encontraban algún hoyo, algo muy frecuente en el camino. *Luc* corría al lado del carro sin perder de vista a Juana. Ésta miró adelante y vio a Juan entre los hombres, cómodamente montado en una buena yegua roana.

«Yo monto a caballo tan bien como él», pensó.

Geroldo había pasado muchas horas enseñándole y ahora ella era una consumada amazona.

Como si hubiera sentido su mirada, Juan se volvió y le dirigió una sonrisa a la vez íntima y maliciosa. Espoleó su caballo hasta ponerlo a la altura del de Geroldo. Hablaron; Geroldo echó atrás la cabeza y soltó una carcajada.

Ella sintió subir por dentro los celos. ¿Qué podía decirle Juan a Geroldo que lo divirtiera tanto? No tenían nada en común. Geroldo era un hombre culto, un estudioso. Juan no sabía nada de eso. Pero ahora él iba al lado de Geroldo, hablaba con él, se reía con él, mientras que ella se aburría en aquel espantoso carro.

Porque era mujer. No era la primera vez que maldecía el golpe de mala suerte que la había hecho nacer así.

—Es incorrecto mirar, Juana.

Los ojos oscuros de Richild dirigían una mirada desdeñosa a Juana, que apartó la vista de Geroldo y dijo:

—Lo siento, mi señora.

—Mantén las manos sobre el regazo —le dijo Richild—, y los ojos bajos, como corresponde a una mujer modesta.

Juana obedeció.

—La conducta correcta —seguía Richild— es una virtud más alta en una mujer que la capacidad de leer... Cosa que tú sabrías si hubieras sido criada en un medio más elevado. —Miró a Juana fríamente un momento, antes de volver su atención al bordado.

Juana la observó de reojo. Era hermosa, no podía negarse, en el estilo pálido, ascético, de hombros caídos, que era la moda. Su frente, de piel impecable, era muy alta y estaba coronada por brillantes rizos de espeso cabello negro. Los ojos, enmarcados en largas pestañas oscuras, eran de un castaño tan oscuro que casi parecía negro. Juana sintió un latigazo de envidia. Richild era todo lo que ella no era.

—Escucha, debes ayudarme a decidir. —Gisla, la hermana mayor, miraba a Juana— ¿Cuál de mis vestidos debería usar para la boda? —Se reía de entusiasmo al hablar.

Gisla tenía quince años, casi un año más que Juana, y ya estaba comprometida con el conde Hugo, un noble de Neustría. Geroldo y Richild estaban complacidos porque la unión era ventajosa. La boda tendría lugar en unos seis meses.

—Oh, Gisla, tú tienes muchas cosas hermosas. —Y era cierto. Juana había quedado atónita por el tamaño del guardarropa de Gisla, que le habría permitido usar una túnica diferente al día durante dos semanas, si quería. En Ingelheim, una chica tenía una sola túnica, de fuerte tela de lana si tenía suerte, y debía cuidarla bien porque tenía que durar muchos años—. Estoy segura de que el conde Hugo te encontrará hermosa con cualquiera.

Gisla volvió a reírse. Era una chica de buen corazón pero algo simple y estallaba en risas nerviosas cada vez que se mencionaba el nombre de su novio.

—No —dijo sin aliento—, no te escaparás tan fácilmente. Escucha. Mi madre piensa que debería usar el azul, pero yo prefiero el amarillo. Así que debes darme una respuesta completa.

Juana suspiró. Quería a Gisla pese a su aturdimiento y sus tonterías. Habían compartido la cama desde la primera noche, cuando Geroldo había llevado del palacio del obispo a una Juana cansada y asustada. Gisla la había recibido con sonrisas, había sido buena con ella y Juana siempre le estaría agradecida. Aun así, no podía negarse que una conversación con Gisla podía ser agotadora porque sus intereses se limitaban a ropas, comida y hombres. Durante las últimas semanas no había hablado más que de la boda y estaba empezando a agotar la paciencia de todo el mundo.

Juana sonrió, haciendo un esfuerzo por ser amable.

—Creo que deberías usar el azul. Va con tus ojos.

—¿El azul? ¿De veras? —Gisla frunció el entrecejo— Pero el amarillo tiene ese encaje precioso por delante.

—Bueno, ponte el amarillo entonces.

—Pero es cierto que el azul va con mis ojos. Quizá sería mejor. ¿Qué te parece a ti?

—Yo creo que si vuelvo a oír hablar de esa estúpida boda, voy a gritar —dijo Duoda. Tenía nueve años y estaba celosa de toda la atención que venía recibiendo últimamente su hermana mayor—. ¡A quién le importa el color de la túnica que te pongas!

—Duoda, esa observación es impropia de una dama.

Richild alzó la vista de su bordado para mirar con severidad a su hija menor.

—Perdona —le dijo la niña a su hermana, contrita.

Pero tan pronto como su madre apartó la vista, le enseñó la lengua a Gisla, que le respondió con una sonrisa.

—En cuanto a ti, Juana —siguió Richild—, no te corresponde opinar; Gisla se pondrá lo que yo considere mejor.

Juana se ruborizó por la reprimenda, pero no dijo nada.

—El conde Hugo es un hombre tan apuesto. —Berta, una de las sirvientas, era la que había hablado. Era una chica de mejillas rojas, de no más de dieciséis inviernos,

y era nueva en la casa; había entrado en el servicio hacía sólo un mes para reemplazar a una chica muerta de tifus—. Se le ve tan espléndido en su caballo, con su capa de armiño y sus guantes.

Gisla soltó su risa habitual. Alentada, Berta continuó.

—Y por el modo en que os mira, no puede importar qué túnica uséis. ¡La noche de bodas os la quitará rápidamente!

Lanzó una carcajada, contenta con su broma. Gisla se reía entre dientes. Las demás miraban a Richild en silencio.

Richild bajó el bordado con los ojos oscurecidos por la ira.

—¿Qué has dicho? —preguntó, en un tono amenazadoramente bajo.

—Eh... nada, mi señora —dijo Berta.

—Oh, madre, estoy segura de que no quería... —trató de intervenir Gisla, sin éxito.

—¡Grosería y suciedad! ¡No las toleraré en mi presencia!

—Perdón, mi señora —dijo Berta, asustada.

Pero seguía sonriendo un poco, sin poder creer que Richild estuviera de veras enfadada.

Richild señaló el fondo del carro, que estaba abierto.

—Fuera.

—¡Pero señora! —dijo Berta, que por fin comprendía la magnitud de su error—. No era mi intención...

—¡Fuera! —Richild era implacable—. En castigo por tu impudicia, harás a pie el resto del camino.

Era un verdadero castigo, el largo camino a Saint-Denis. Berta se miró con tristeza los pies, cubiertos con unas toscas zapatillas de suela de cáñamo. Juana lo lamentaba por ella. Sus palabras habían sido imprudentes, pero la chica era joven y nueva en el servicio, era evidente que no se había propuesto ofender a nadie.

—Recitarás el padrenuestro en voz alta mientras caminas.

—Sí, mi señora —dijo Berta resignada.

Bajó del carro, tomó posición a un lado y al cabo de un minuto empezó a recitar lentamente: *Pater Noster qui es in caelis...* El ritmo en que recitaba era tal, que todos los acentos caían donde no debían. Juana estaba segura de que la chica no tenía la más remota idea de lo que estaba diciendo.

Richild volvió a su bordado. Su cabello negro brillaba al sol cuando inclinaba la cabeza para dar una puntada en la gruesa tela. Tenía los labios apretados, los ojos encendidos por la ira.

«Es una mujer desdichada», pensó Juana. Eso era difícil de entender porque, ¿acaso no estaba casada con Geroldo? Pero había sido un matrimonio arreglado y aunque muchos matrimonios así terminaban siendo felices, aquél no había sido uno de éstos. Dormían en camas separadas y, si lo que decían las criadas era cierto, no se habían reunido como hombre y mujer en muchos años.

—¿Quieres cabalgar?

Geroldo le sonreía desde la silla de su alazán. En la mano derecha tenía las riendas de Boda, una vivaz yegua baya que sabía que era la favorita de Juana.

Juana se ruborizó, avergonzada por lo que había estado pensando. Tan

abstraída había estado que no había visto a Geroldo retroceder en busca de Boda entre el grupo de monturas de repuesto y llevarla hasta el carro.

—¿Cabalgar con los hombres? —dijo Richild frunciendo el ceño— ¡No lo permitiré! ¡No sería correcto!

—¡Tonterías! —replicó Geroldo—. No tiene nada de malo y la chica quiere, ¿no es verdad, Juana?

—Yo... yo... —dijo ella con torpeza, sintiéndose entre dos fuegos y sin ganas de ofender a Richild.

Geroldo arqueó una ceja.

—Claro que si prefieres seguir en el carro...

—¡No! —se apresuró a decir Juana—. Por favor, me gustaría montar a Boda.

Se puso de pie y tendió los brazos. Riéndose, Geroldo la cogió por la cintura y la puso sobre el cuello de su propio caballo. Manteniendo los dos animales juntos, la puso sobre Boda.

La joven se acomodó en la silla. En el carro, Gisla y Duoda miraban sorprendidas a Richild con evidente reprobación. Geroldo no pareció notarlo. Juana espoleó a Boda hasta ponerla al trote y fue rápidamente a la primera fila. Los pasos suaves y rítmicos de la yegua eran un placer comparados con las sacudidas del carro. *Luc* corrió a su lado con la cola levantada y la boca sonriente, dando muestras de un placer casi tan grande como el de Juana.

Se puso al lado de Juan, que no pudo ocultar su desazón. Juana soltó una carcajada y sintió cómo se animaba. El camino de Saint-Denis no se haría tan largo, después de todo.

Cruzaron el afluente del Rin sin dificultad; el puente allí era sólido y ancho, uno de los puentes construidos en los días del emperador Carlomagno y mantenido por el señor del condado. Pero el Mosa, a cuya orilla llegaron el octavo día, representó un problema. El puente estaba en mal estado: las tablas estaban podridas y había sitios en los que habían caído, haciendo imposible el paso. Alguien había improvisado un puente tosco atando una hilera de botes de madera; una persona podía cruzar saltando de un bote a otro. Pero no serviría para caballos y carros cargados. Geroldo y dos de sus hombres fueron hacia el sur por la orilla, buscando un sitio donde vadear el río. Volvieron una hora después diciendo que había un lugar adecuado tres kilómetros más abajo, donde la corriente se hacía más ancha y menos profunda.

La caravana volvió a ponerse en marcha, con los carros saltando salvajemente sobre la maleza de la orilla. Las mujeres se aferraban a las barandillas del carro con ambas manos para no ser despedidas. Berta seguía caminando a un lado, moviendo los labios en un recitado sin fin. El cáñamo de sus zapatillas se había gastado hasta el pie y había empezado a cojear. Tenía los dedos del pie hinchados y las plantas cortadas y sangrando. No obstante, Juana vio que ocasionalmente dirigía miradas a Richild y sus hijas y parecía obtener alguna satisfacción viendo que el carro las zarandeaba.

Al fin llegaron al vado. Geroldo y varios de los otros hombres a caballo se adelantaron para probar la profundidad del agua y la solidez del fondo. El agua no tardó en cubrir las patas de los animales; en la mitad del río les llegaba a los estribos y luego empezaba a bajar hasta la orilla opuesta.

Geroldo volvió e hizo gestos para que avanzaran. Sin dudarle un instante,

Juana se introdujo en el agua, seguida de cerca por *Luc*, que se zambulló y nadó con movimientos seguros y confiados. Después de una momentánea vacilación, Juan y los otros la siguieron.

Las aguas frías del Mosa rodearon a Juana. Soltó una exclamación cuando el frío penetró en sus ropas y le llegó a la piel. Detrás de ella, los carros entraban lentamente en el río, arrastrados por las mulas. Berta se esforzaba por seguirlos abriéndose camino en el agua helada, que le llegaba casi a los hombros.

Juana vio que Berta tenía problemas y fue hacia ella. La yegua podía cargarlas a ambas. No estaba a más de un metro cuando la chica desapareció, tragada por el agua como si la hubieran tirado de los pies. Juana se detuvo sin saber qué hacer; apresuró a la yegua hacia las ondas que partían del sitio donde Berta se había hundido.

—¡Quieta! —La mano de Geroldo cogía las riendas, deteniendo a la yegua. Rompió la larga rama de un abedul, desmontó y caminó lentamente, midiendo la profundidad con la rama delante de él. Al llegar al sitio donde había desaparecido Berta tropezó y estuvo a punto de caer porque la rama se había introducido mucho más profundamente—. ¡Un pozo! —Se quitó la capa y se zambulló.

De pronto, todo era confusión. Los hombres cabalgaban en el agua, llamando a gritos y golpeando la superficie con palos.

Geroldo se encontraba allí abajo. Y ellos podían impedirle subir o incluso podían pegarle con los palos, ¿acaso no se daban cuenta?

—¡Alto! —gritó Juana, pero nadie le prestó atención. Fue hacia Egbert, el jefe de los hombres de Geroldo, y lo cogió con fuerza por un brazo— ¡Basta! —repitió.

Sobresaltado, Egbert estaba a punto de quitársela de encima con un gesto, pero ella lo dominó con la mirada.

—¡Diles que dejen de hacer eso; están empeorando las cosas!

El hombre alzó un brazo dando una orden a los otros, que frenaron sus caballos rodeando el agujero del fondo y esperaron con tensa concentración.

Pasó un minuto. Detrás de ellos, el primer carro llegaba a la otra orilla y subía a tierra. Juana no lo notó. Tenía los ojos fijos en el sitio por donde se había zambullido Geroldo.

El miedo le humedecía las palmas y hacía que se le resbalaran las riendas en las manos. La yegua, percibiendo su angustia, relinchaba y se movía. *Luc* echó atrás la cabeza y aulló.

«*Deus Misereatus* —rezó—: Dios misericordioso, ten piedad. Pídemelo cualquier sacrificio, pero que salga vivo».

Dos minutos.

Demasiado tiempo. Necesitaba subir a tomar aire.

Juana se arrojó de la silla al agua fría. No sabía nadar, pero no se detuvo a pensarlo. Empezó a bracear desesperadamente hacia el pozo. *Luc* se alzaba y bajaba frente a ella, tratando de impedirle el paso, pero lo dejó atrás. Sólo un pensamiento ocupaba su espíritu: llegar a Geroldo, encontrarlo, salvarlo.

Estaba a punto de llegar al pozo cuando sintió un chapuzón y salpicaduras. Geroldo asomaba a la superficie de un salto y respiraba con ruido, con su cabello rojo pegado a la cara.

—¡Geroldo! —El grito exultante de Juana sonó por encima de los gritos de los hombres. Geroldo se volvió hacia ella y asintió. Tragó aire con fuerza, dispuesto a volver a bucear.

—¡Mirad! —El arriero del primer carro señalaba río abajo.

Un objeto azul redondo bajaba y subía suavemente contra la orilla opuesta. El vestido de Berta era azul.

Los hombres volvieron a montar y cabalgaron río abajo. En el agua, atrapada entre las ramas acumuladas junto a la orilla, flotaba Berta boca arriba, con los miembros estirados y los rasgos sin vida fijos en una terrible expresión de impotencia y miedo.

—Sacadla —dijo Geroldo bruscamente—. La llevaremos a la iglesia de Prüm para que tenga un entierro decente.

Juana empezó a temblar con violencia, sin poder apartar la vista de Berta. En la muerte se parecía a Mateo: la piel gris, los ojos entornados, la boca entreabierta.

De pronto, los brazos de Geroldo la rodearon y la obligaron a volverse. Ella cerró los ojos y lo dejó hacer. Los hombres desmontaron y se metieron en el agua; oyó el suave ruido de los juncos entre los que sacaban el cuerpo de Berta.

—Te lanzaste al agua para rescatarme, ¿no es cierto? —susurraba Geroldo, con la boca cerca de la oreja de ella. Hablaba con sorpresa, como si sólo entonces lo comprendiera.

—Sí —asintió ella, sin apartar la cabeza de su hombro.

—¿Sabes nadar?

—No —admitió Juana y sintió que los brazos de Geroldo la apretaban más.

Detrás, los hombres transportaban lentamente el cuerpo de Berta hacia el carro. El capellán caminaba al lado, con la cabeza inclinada recitando la plegaria para los muertos. Richild no rezaba con él. Tenía la cabeza levantada y miraba a Juana y a Geroldo.

Juana se apartó de los brazos de Geroldo.

—¿Qué pasa? —La miraba con afecto y preocupación.

Richild seguía con la vista fija en ellos.

—N... nada.

Geroldo siguió la dirección de su mirada.

—Ah. —Suavemente apartó un mechón rubio que le caía sobre la cara—
¿Vamos con los otros?

Caminaron juntos hacia el carro. Geroldo se apartó para hablar con el capellán sobre la disposición del cadáver.

—Juana —dijo Richild—, irás con nosotras en el carro el resto del viaje. Estarás más segura aquí.

Era inútil protestar. Juana subió al carro.

Los hombres pusieron el cadáver en uno de los carros de la retaguardia, apartando unos sacos para hacer sitio. Una criada de la casa, una mujer mayor, lloró y se arrojó sobre el cuerpo de Berta. Acto seguido, inició el tradicional llanto por los muertos. Todos esperaron en un silencio respetuoso. El capellán se acercó y habló en voz baja con la mujer. Ésta alzó la cabeza con los ojos encendidos por el dolor y el sufrimiento, fijos en Richild.

—¡Tú! —gritó—. ¡Fuiste tú, señora! ¡Tú la mataste! Era una buena chica, mi Berta, y te habría servido bien. Su muerte cae sobre ti. ¡Sobre ti!

Dos de las criadas de Richild sujetaron a la mujer por los brazos y la alejaron; ella seguía lanzando imprecaciones.

Se acercó el capellán retorciéndose las manos nerviosamente.

—Es la madre de Berta. El dolor ha puesto fuera de sí a la pobre mujer. Por supuesto que la muerte de la niña fue un accidente. Un trágico accidente.

—No fue accidente, Wala —dijo Richild con severidad—. Fue la voluntad del Señor.

Wala palideció.

—Por supuesto. Por supuesto. —Como capellán de Richild, «cura doméstico», Wala ocupaba una posición poco mejor que la de un colono común; si la disgustaba, ella podía hacerlo azotar, o, peor todavía, podía despedirlo y dejarlo morir de hambre—. La voluntad de Dios. La voluntad de Dios, seguramente, señora.

—Ve y habla con la mujer porque lo terrible de su dolor seguramente ha puesto su alma en peligro mortal.

—¡Ah, señora! —El hombre alzó al cielo sus blancas manos—. ¡Qué celestial compasión! ¡Qué *caritas*!

Ella lo despidió con impaciencia y él se escapó deprisa, como un condenado que logra evadirse al borde mismo del patíbulo.

Geroldo dio orden de seguir y la caravana reanudó la marcha, alejándose por la orilla hacia el camino de Saint-Denis. Detrás de ellos, en el último carro, los gritos de la madre bajaron gradualmente hasta ser sólo un llanto que se mantuvo firme y desconsolado. Los ojos de Duoda estaban húmedos de lágrimas y hasta el invariable optimismo de Gisla parecía haber desaparecido. Pero Richild seguía inmovible. Juana la examinó con curiosidad. ¿Alguien podía ser tan hábil para ocultar sus emociones o era realmente tan fría como parecía? ¿La muerte de la chica no le pesaba en lo más mínimo sobre la conciencia?

Richild la miró. Juana apartó la vista para que no pudiera leerle los pensamientos.

¿La voluntad de Dios?

No, señora. Tus órdenes.

El primer día la feria estaba en pleno apogeo. Las olas de gente atravesaban la gran puerta de hierro de entrada al prado que había ante la abadía de Saint-Denis: campesinos en *bandelettes* harapientas y jubones de lino crudo; nobles y *fideles* con túnicas de seda cruzadas con bordados en oro y sus esposas igualmente elegantes en mantos con bordes de piel y joyas en el peinado; lombardos y aquitanos con sus exóticos bombachos y botas. Juana nunca había visto un conglomerado humano tan grande.

En el prado los puestos se apretaban unos contra otros y sus diferentes mercancías se exhibían en un llamativo despliegue incoherente de colores y formas. Había vestidos y mantos de seda púrpura, pieles escarlatas de fénix, plumas de pavo real, cotas de cuero repujado, golosinas raras como almendras y uvas pasas, y toda clase de aromas y especias, perlas, gemas, plata y oro. Y seguía entrando mercancía amontonada en carros o sobre los hombros de los vendedores más pobres, que casi se

doblaban bajo el peso. Más de uno de ellos no dormiría aquella noche por el dolor de los músculos utilizados más allá de todo lo razonable, pero de ese modo evitaban los altos impuestos: el *rotaticum* y el *saumaticum*, que se cobraban a los bienes transportados en vehículos o a lomo de bestias de carga.

Una vez en el prado, Geroldo dijo a Juana y a Juan:

—A ver las manos. —En cada una de las palmas que le enseñaron puso un denario de plata—. Gastadlo con prudencia.

Juana miró la moneda brillante. Sólo había visto denarios una o dos veces y siempre a distancia, porque en Ingelheim el comercio se realizaba por trueque; incluso los ingresos de su padre, el diezmo exigido de los campesinos de su parroquia, se le pagaba en bienes y comida.

¡Un denario íntegro! Parecía una fortuna más allá de toda medida.

Partieron por los pasillos entre los puestos llenos de gente. Les rodeaban vendedores voceando sus mercancías, compradores regateando los precios y toda clase de atracciones (bailarines, malabaristas, acróbatas, monos y osos amaestrados) que competían por la atención del público. Los aturdió la algarabía de innumerables conversaciones, discusiones o bromas, en cientos de dialectos y lenguas distintos.

Era fácil perderse en medio de aquella multitud. Juana cogió a Juan de la mano (para su sorpresa, él no protestó) y se mantuvo cerca de Geroldo. *Luc* iba muy cerca, inseparable como siempre de Juana. El pequeño grupo no tardó en alejarse de Richild y los demás, que caminaban más lentamente. A medio camino de la primera hilera de puestos se detuvieron para esperar a los otros. A la izquierda, una mujer empezó a gritarle a un par de comerciantes que tiraban uno de cada lado de un trozo de tela de lino tendida contra una regla de madera, para medir exactamente un *ell*.

—¡Soltadla! —gritaba la mujer—. ¡Idiotas! ¡La estáis estirando!

Y realmente parecía como si los hombres fueran a desgarrar la tela, de tanto que tiraban para sacar el mayor provecho posible de la medida.

Hubo un estallido de gritos y risas en la multitud que rodeaba un pequeño espacio abierto, a poca distancia.

—Ven —dijo Juan tirando del brazo de Juana.

Ella vaciló porque no quería alejarse de Geroldo. Pero éste vio lo que quería Juan y aceptó acompañarlos en aquella dirección.

Cuando llegaron, se elevó otro gran griterío. Juana vio que un hombre caía de rodillas en el centro del espacio abierto, cogiéndose los hombros como si le dolieran. Rápidamente volvió a ponerse de pie y ahora Juana pudo ver que en la otra mano tenía una gruesa rama de abedul. Había otro hombre en el círculo, armado del mismo modo. Los dos giraban mirándose, balanceando las pesadas ramas con feroz abandono. Hubo un extraño gemido agudo y un cerdo manchado de sangre corrió con frenesí entre los dos hombres, sus patitas regordetas se agitaban al compás. Los dos hombres lanzaron golpes de bastón contra el cerdo, pero con mala puntería; el que se había caído antes gritó cuando el otro le dio un golpe en la entrepierna. La multitud volvió a reír ruidosamente.

Juan se rió con los otros, con los ojos encendidos por el interés. Tiró de la manga a un campesino bajo y con la cara picada de viruela que estaba junto a ellos.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

El hombre le sonrió y los hoyos de su cara se agrandaron con el gesto.

—Le pegan al cerdo, chico, ¿no lo ves? El que lo mate, se lo lleva a su casa para comérselo.

«Curioso», pensó Juana mientras miraba a los dos hombres competir por el animal. Descargaban sus bastones con fuerza, pero los golpes iban al azar, sin puntería, y caían en el aire o en el otro con más frecuencia que en el cerdo. Había algo extraño en la apariencia del contendiente que ella tenía delante. Lo miró con más atención y vio una blancura lechosa donde debería haber estado el iris. En aquel momento se volvieron y ella pudo ver la cara al otro hombre; sus ojos parecían bastante normales, pero miraban fijamente al espacio, vacíos y sin enfocar.

Eran ciegos.

Otro golpe y el hombre de los ojos lechosos se tambaleó, cogiéndose la cabeza. Juan saltó aplaudiendo y riéndose junto con el resto del público. Los ojos le brillaban con una extraña excitación.

Juana se volvió.

—¡Psst! ¡Joven! —la llamó una voz.

Al otro lado del camino un hombre le hacía gestos. Dejó a Juan animando el extraño combate y fue al puesto del hombre, que consistía en una larga mesa cubierta de un surtido de reliquias religiosas. Había cruces de madera y medallones de todo tipo y descripción, así como reliquias sagradas de diversos santos populares en la región: una hebra de cabello de san Guillermo, una uña de san Romarico, dos dientes de santa Gertrudis y un trozo de tela del vestido de la virgen y mártir santa Genoveva.

El hombre sacó un frasco de su estuche de cuero.

—¿Sabes lo que contiene esto? —La voz era tan baja que ella apenas si podía oírlo por encima del griterío que los rodeaba. Negó con la cabeza—. Varias gotas de la leche... —la voz bajó más aún— de la santa Virgen Madre.

Juana quedó atónita. ¡Un tesoro tan grande! ¿Allí? Debería estar en el altar de algún gran monasterio o catedral.

—Un denario —dijo el hombre.

¡Un denario! Ella buscó la moneda de plata en el bolsillo. El hombre le tendió el frasco y ella lo recogió, sintiendo la superficie fría en la mano. Tuvo una breve visión de la cara de Odón cuando volviera con aquel trofeo para la catedral.

El hombre sonrió tendiendo la mano, agitando los dedos para hacerla poner en la palma la moneda.

Juana vaciló. ¿Por qué aquel hombre vendería un tesoro tan grande por una suma tan pequeña? Cualquier gran abadía o catedral que necesitara una reliquia sagrada para que la veneraran los peregrinos le pagaría una fortuna.

Levantó la tapa del frasco y miró dentro. La superficie pálida de la leche se veía lisa y muy blanca bajo el sol. Juana la tocó con la punta del meñique. Alzó la cara, recorrió con la vista el área alrededor del puesto y, soltando una carcajada, se llevó el frasco a los labios y bebió.

El hombre abrió la boca.

—¿Eres una salvaje? —Tenía el rostro contraído por la ira.

—Deliciosa —dijo Juana mientras volvía a cerrar el frasco y se lo devolvía—. Felicitaciones a tu cabra.

—Pero tú... tú... —tartamudeaba el hombre sin poder encontrar las palabras para expresar su ira y su frustración.

Por un momento pareció como si fuera a dar la vuelta a la mesa para pegarle. Hubo un gran gruñido; *Luc* que hasta entonces había estado sentado en silencio se puso frente a Juana, con una línea profunda cortando todo el ancho de su hocico, levantada a los lados para revelar una hilera de amenazantes dientes blancos.

—¿Qué es eso? —El vendedor miraba a *Luc* con ojos brillantes.

—Eso —dijo una voz detrás de Juana—, es un lobo.

Era Geroldo. Se había acercado en silencio mientras ella hablaba con el vendedor. Estaba relajado, con los brazos a los lados del cuerpo, pero en sus ojos había una señal de advertencia. El vendedor apartó la vista murmurando algo. Geroldo puso un brazo sobre los hombros de Juana y la apartó llamando a *Luc*, que gruñó una vez más al vendedor y corrió a reunirse con ellos.

Geroldo no hablaba. Caminaron juntos en silencio, Juana esforzándose por seguir el paso.

«Está enfadado», pensó, y su buen humor se apagó tan rápido como un fuego bajo un puñado de arena.

Y lo que era peor, sabía que él tenía razón. Había obrado de forma imprudente con el mercader. ¿No había prometido ser más cuidadosa? ¿Por qué siempre tenía que poner en duda y desafiar lo establecido? ¿Por qué no podía aprender que «Algunas ideas son peligrosas»?

«Quizás es cierto que soy una salvaje».

Oyó un rumor; Geroldo se estaba riendo.

—¡La cara de ese hombre cuando te llevaste el frasco a la boca y bebiste! ¡Nunca lo olvidaré! —La atrajo hacia él, cariñosamente—. ¡Ah, Juana, eres mi perla! Pero dime, ¿cómo sabías que no era la leche de la Virgen?

Juana sonrió, aliviada.

—Desconfié desde el comienzo porque si la reliquia era auténtica, ¿por qué iba a cobrar un precio tan bajo? ¿Y por qué el vendedor tenía la cabra atada detrás del puesto donde no se la podía ver? Si la hubiera recibido en un trueque no habría necesidad de ocultarla.

—Es cierto. Pero tú realmente bebiste la leche —soltó otra risa—, así que debías saber algo más.

—Sí. Cuando destapé el frasco la leche estaba sin nata y perfectamente fresca, como si hubiera sido ordeñada esta mañana mientras que la leche de la Virgen debería tener más de ochocientos años.

—Ah... —Geroldo sonreía, con las cejas arqueadas, probándola—: Pero quizá su santidad la mantiene pura e incorrupta.

—Es cierto —admitió Juana—. Pero cuando toqué la leche ¡seguía tibia! Una sustancia santa puede permanecer incorrupta, pero ¿por qué habría de seguir tibia?

—Buena observación —dijo Geroldo con admiración—. ¡El mismísimo Lucrecio no lo habría hecho mejor!

Juana estaba radiante. ¡Cuánto le gustaba complacerlo!

Caminaron casi hasta el fin de la hilera de puestos, donde la cruz de madera de Saint-Denis señalaba el límite de la feria, protegiendo la serenidad de los monjes de

la abadía. Era allí donde habían alzado sus puestos los mercaderes de pergaminos.

—¡Mira!

Geroldo fue el primero en verlos y aceleraron el paso para examinar su mercancía que era de muy alta calidad. La vitela en especial era extraordinaria; el lado interior de la piel era perfectamente liso, de un color más blanco que el habitual; el otro, como siempre, era ligeramente amarillo, pero los agujeros donde habían estado los pelos del becerro eran tan diminutos y poco profundos que casi no se veían.

—¡Qué placer debe de ser escribir en estas hojas! —exclamó Juana tocándolas con codicia.

Geroldo inmediatamente llamó a uno de los mercaderes.

—Cuatro hojas —pidió, y Juana se quedó con la boca abierta.

¡Cuatro hojas! ¡Suficiente para todo un códice!

Mientras Geroldo pagaba, Juana se fijó en unas pocas hojas de pergamino en mal estado amontonadas al fondo del puesto. Los bordes de las hojas estaban desgarrados y había algo escrito en ellos, muy débil y borrado en parte por manchas pardas. Se inclinó para leer y se ruborizó del entusiasmo.

Al ver su interés el mercader le dijo:

—Tan joven y ya con buen ojo para una compra. Las hojas son viejas, como verás, pero todavía sirven. Mira.

Antes de que ella pudiera hablar cogió un largo cuchillo plano y raspó rápidamente la página, borrando varias letras.

—¡Basta! —gritó Juana, recordando otro pergamino y otro cuchillo—. ¡Basta!

El mercader la miró con curiosidad.

—No necesitas preocuparte, pequeña, son sólo escritos paganos. —Señaló con orgullo la hoja—. ¿Ves? Queda limpia y lista para escribir. —Volvió a alzar el cuchillo para hacer la demostración, pero Juana le cogió la mano.

—Te daré un denario por ellos —dijo sin alzar la voz.

El hombre simuló estar ofendido.

—Valen tres denarios, por lo menos.

Juana sacó la moneda del bolsillo y se la ofreció.

—Uno —repitió—. Es todo lo que tengo.

El hombre vaciló mirándola con interés.

—Muy bien —dijo al fin—. Llévatelos.

Juana le dio la moneda y reunió los preciosos pergaminos antes de que el vendedor cambiara de idea. Corrió hacia Geroldo.

—¡Mira! —exclamó agitada. Geroldo miró las páginas.

—No reconozco esas letras.

—Es griego —explicó Juana— y es muy antiguo. Un texto de ingeniería, me parece. ¿Ves los diagramas? —Señaló una de las páginas y Geroldo examinó el dibujo.

—Una especie de mecanismo hidráulico. —Empezaba a interesarse—. Fascinante. ¿Podrás traducir el texto?

—Puedo.

—Entonces yo podré construirlo.

Sonrieron como conspiradores con un buen plan.

—¡Padre! —La voz de Gisla atravesaba el ruido de la multitud. Geroldo se

volvió, buscándola. Era más alto que todos los que lo rodeaban; al sol su espeso cabello rojo brillaba como el oro. El corazón de Juana le saltaba en el pecho al mirarlo. «Eres mi perla», le había dicho. Apretó los papeles contra su cuerpo mirándolo, atesorando aquel momento—. ¡Padre! ¡Juana! —Gisla apareció al fin, abriéndose paso, seguida por una de las criadas con los brazos cargados de compras—. ¡Os he estado buscando por todas partes! —se quejó, aunque de buen talante—. ¿Qué tienes ahí? —Juana empezaba a explicarle, pero Gisla la interrumpió con un gesto—: Oh, más de tus tontos libros viejos. Mira lo que encontré yo. —Extendió una tela multicolor—. Para mi traje de boda. ¿No es «perfecto»?

La tela brillaba al sol. Mirándola de cerca Juana vio que estaba tejida con delgadas hebras de oro y plata.

—Es maravillosa— dijo sinceramente.

—¡Lo sé! —respondió Gisla riéndose. Sin esperar respuesta, cogió a Juana del brazo y emprendió la marcha hacia un puesto distante—: Mira, una subasta de esclavos. ¡Vamos a ver!

—No. —Juana se resistió. Había visto pasar a los traficantes de esclavos por Ingelheim, con su carga humana atada con gruesas cuerdas. Muchos de ellos eran sajones como su madre—. No —repitió, y no quiso moverse.

—¡No seas boba! —la reprendió Gisla—. Son sólo paganos. No tienen sentimientos, al menos no como nosotros.

—Me pregunto qué habrá allí —dijo Juana, ansiosa por distraerla.

Condujo a Gisla hacia un pequeño puesto al final de la hilera. Estaba oscuro y cerrado, con paredes improvisadas. *Luc* le dio la vuelta olisqueando con curiosidad.

—Qué extraño —dijo Gisla.

En la tarde brillante, con las compras y ventas en plena marcha, aquel puesto silencioso y oscuro era realmente extraño. Con curiosidad, Juana llamó suavemente a la puerta cerrada.

—Adelante —dijo desde dentro una voz quebrada.

Gisla se sobresaltó, pero sin retroceder. Las dos niñas empujaron con precaución la puerta que gimió y crujió al abrirse hacia dentro, dejando entrar unos rayos de luz en la penumbra.

Entraron. Un extraño olor llenaba el ambiente, dulzón y empalagoso, como miel fermentada. En el centro, una diminuta figura estaba sentada con las piernas cruzadas: una anciana, vestida con una simple túnica oscura suelta. Parecía increíblemente vieja, quizá de setenta inviernos o más; no tenía pelo, salvo algunos mechones blancos en la coronilla, y sacudía todo el tiempo la cabeza como si tuviera escalofríos. Pero los ojos brillaban alerta en la oscuridad y se clavaban en Juana y Gisla con agudeza.

—Pequeñas palomitas —graznó—. Tan bonitas y tan jóvenes. ¿Qué queréis de la vieja Batilde?

—Sólo queríamos... —empezó Juana buscando una explicación.

La mirada de la vieja la turbaba.

—Queríamos ver qué venden aquí —terminó Gisla.

—¿Qué venden? ¿Qué venden? —graznó la vieja—. Algo que queréis pero nunca tendréis.

—¿Qué? —preguntó Gisla.

—Algo que ya es vuestro aunque no lo tengáis. —Les dirigió una sonrisa desdentada—. Algo que no tiene precio y sin embargo puede comprarse.

—¿Qué es? —preguntó Gisla impaciente con la adivinanza.

—El futuro. —Los ojos de la vieja brillaban en la oscuridad—. Tu futuro, palomita. Todo lo que será y todavía no es.

—¡Oh, eres una adivina! —Gisla se cogió las manos, contenta de haber resuelto el enigma—. ¿Cuánto?

—Un sueldo.

¡Un sueldo! Era el precio de una vaca lechera o un par de buenos carneros.

—Demasiado caro. —Gisla estaba en su elemento, confiada y segura, como una buena compradora regateando.

—Un óbolo —ofreció.

—Cinco denarios —propuso la vieja.

—Dos. Uno por cada una. —Gisla sacó las monedas de su bolsillo para que las viera la vieja.

La adivina vaciló, cogió las monedas e indicó a las chicas que se sentaran en el suelo, a su lado. Lo hicieron. La mujer cogió las manos jóvenes de Juana en las suyas temblorosas y fijó su extraña mirada en ellas. Durante mucho rato no dijo nada; y empezó a hablar.

—Niña cambiada, eres lo que no serás; lo que serás es distinto de lo que eres.

Esto tenía poco sentido salvo que significara simplemente que pronto sería una mujer. Pero, entonces, ¿por qué la vieja la llamaba «niña cambiada»? Batilde continuaba.

—Aspiras a lo que está prohibido. —Juana se sobresaltó, pero la vieja le apretó la mano impidiéndole retirarla—. Sí, niña cambiada, puedo ver tu corazón secreto. No serás decepcionada. La grandeza será tuya, más de la que sueñas; y también los dolores, más de lo que puedes imaginar.

Batilde soltó la mano de Juana y se volvió hacia Gisla, que guiñó un ojo a Juana con una expresión que decía: «¿No es divertido?».

La vieja cogió la mano de Gisla y sus dedos torcidos y secos se enroscaron alrededor de los suaves y rosados de Gisla.

—Pronto te casarás, y bien —dijo.

—¡Sí! —dijo Gisla riendo— Pero, anciana, no te he pedido que me digas lo que ya sé. ¿Será feliz la unión?

—No más que la mayoría, pero tampoco menos —dijo Batilde y Gisla levantó los ojos al techo fingiendo desesperación—. Serás esposa, aunque nunca madre —canturreó Batilde, balanceándose al ritmo de las palabras con voz melódica.

La sonrisa de Gisla se desvaneció.

—¿Seré estéril entonces?

—El futuro está ante ti oscuro y vacío. —La voz de Batilde subió en un gemido agudo—. Tendrás dolor, confusión y miedo.

Gisla estaba paralizada como un armiño bajo la mirada de una serpiente.

—¡Basta! —Juana arrancó las manos de Gisla de las de la vieja—. Ven conmigo —dijo.

Gisla obedeció como una niña.

Una vez fuera del puesto, Gisla empezó a llorar.

—No seas tonta —la tranquilizó Juana—. Esa vieja está loca, no le des importancia. No hay nada de cierto en las predicciones del futuro.

Pero no pudo consolar a Gisla, que lloró y lloró hasta que Juana la llevó al puesto de dulces, donde compraron higos azucarados y Gisla empezó a sentirse algo mejor.

Aquella noche, cuando le contaron a Geroldo lo que había pasado, se puso furioso.

—¿Qué es eso? ¿Brujería? Juana y Gisla, me llevaréis a ese puesto mañana y le diré un par de cosas a esa vieja que asusta a las niñas. Mientras tanto, Gisla, no debes dar ningún crédito a esas locuras. ¿Por qué fuisteis a preguntarle? —Se dirigió a Juana en tono de reproche—: Pensaba que tú, al menos, no habrías cometido ese error.

Juana aceptó la reprimenda. Aun así, había una parte de ella que quería creer en los poderes de Batilde. ¿Acaso no había dicho que realizaría su deseo secreto? Si tenía razón entonces Juana lograría la grandeza, pese al hecho de ser una niña, pese a lo que creían todos los demás.

Pero si Batilde acertaba con el futuro de Juana entonces también acertaría con el de Gisla.

Cuando volvieron al puesto con Geroldo al día siguiente estaba vacío. Nadie pudo decirles dónde se había ido la vieja.

En Winnemanoth, Gisla se casó con el conde Hugo. Había habido alguna dificultad para encontrar una fecha adecuada para la consumación inmediata del matrimonio. La Iglesia prohibía toda relación marital los domingos, miércoles y viernes, así como los cuarenta días que precedían a la Pascua, los ocho días que seguían a Pentecostés y los cinco días previos a la comunión, así como la víspera de cualquier día de fiesta. En total, había unos doscientos veinte días del año en que la relación sexual estaba prohibida; si se los tenía en cuenta, junto con los días de menstruación de Gisla, no quedaban muchas fechas para escoger. Se decidió que fuera el veinticuatro del mes, fecha que dejó a todos contentos salvo a Gisla, a quien la impaciencia le hacía odioso cualquier retraso.

Al fin llegó el gran día. Toda la casa se puso en movimiento alrededor de la novia. Primero la ayudaron a ponerse su túnica interior de lino amarillo y mangas largas. Sobre ésta se puso la resplandeciente túnica nueva cortada en la tela de plata y oro que habían comprado en la feria de Saint-Denis. Le caía de los hombros al suelo en graciosos pliegues con los que hacían juego los de las anchas mangas abiertas desde el codo. Sobre las caderas, un cinturón engarzado con piedras de buena suerte: ágatas para protegerla de la fiebre; creta para defenderla contra el mal de ojo; piedras rojas para la fertilidad; jaspero para sobrevivir al parto. Por último, le pusieron sobre la cabeza un delicado velo en una seda finamente trabajada; el velo caía por atrás hasta el suelo, cubriéndole los hombros y ocultando por completo su pelo cobrizo. Con el traje de boda puesto, casi sin poder moverse ni sentarse por miedo a arrugarlo, parecía, pensó Juana, un pájaro exótico, relleno, adobado y listo para trinchar.

«Yo no pasaré por ahí», se prometió Juana. No le interesaba casarse, aunque siete meses después cumpliría quince años, una edad más que indicada para el

matrimonio. En tres años más sería una solterona. Le resultaba increíble que las chicas de su edad estuvieran tan ansiosas por casarse ya que el matrimonio hundía a una mujer inmediatamente en un estado de servidumbre. El marido tenía dominio absoluto sobre los bienes y propiedades de su esposa, sobre sus hijos y hasta sobre su vida. Después de soportar la tiranía de su padre, Juana no tenía intención de volver a tener un hombre con tanto poder sobre ella.

Gisla, por ser una criatura sencilla, iba a la boda llena de entusiasmo, llena de rubores y risitas nerviosas. El conde Hugo, magnífico con una túnica y un manto orlado de armiño, la esperaba en la puerta de la catedral. Ella asió la mano que le tendía y alzó la cabeza con orgullo mientras Wido, el mayordomo de Villarís, mencionaba en voz alta todas las tierras, sirvientes, animales y bienes que Gisla aportaba como dote. Los novios entraron en la catedral, donde esperaba Fulgencio en el altar para officiar la solemne misa de esponsales.

—*Quod Deus conjunxit homo non separet.* —Las palabras latinas salían vacilantes de la lengua de Fulgencio. Había sido soldado antes de heredar el obispado, ya en la madurez; por haber empezado tan tarde los estudios librescos, las formas correctas del latín quedarían para siempre más allá de su alcance— *In nomine Patria et Filia...*

Juana hizo una mueca al oír cómo Fulgencio confundía las declinaciones y en lugar de «En el nombre del Padre y el Hijo», salía «En el nombre de la Patria y la Hija».

Una vez terminada esta parte de la misa, Fulgencio pasó, con evidente alivio, al teodisco.

—Que esta mujer sea amable como Raquel, fiel como Sara, fértil como Lía. —Puso la mano sobre la cabeza de Gisla—. Que dé a luz muchos hijos que traigan honor a la casa de su marido.

Juana vio sacudirse los hombros de Gisla y supo que estaba reprimiendo una risita.

—Que su conducta sea como la del perro que siempre tiene el corazón y el ojo sobre su amo; aun si su amo lo azota o le tira piedras, el perro lo sigue moviendo la cola. —Esto le parecía duro a Juana, pero Fulgencio miraba a Gisla con expresión afectuosa, y era evidente que no se proponía ofenderla—. Porque por una razón mejor y más fuerte —seguía el obispo— la mujer debe tener un perfecto e indestructible amor por su marido. —Haciendo una pausa se volvió hacia el conde Hugo—: Que este hombre sea valiente como David, sabio como Salomón, fuerte como Sansón. Que sus tierras aumenten como su fortuna. Que sea un señor justo con esta señora, sin administrarle más que los castigos razonables. Que viva para ver a sus hijos hacer honor a su nombre.

Empezó el intercambio de votos. El conde Hugo dio primero su promesa y después colocó un anillo con una turquesa bizantina en el dedo anular de Gisla, el dedo que contiene la vena que lleva al corazón.

Fue el turno de Gisla. Juana la escuchó recitar sus votos matrimoniales. Su voz era alta y alegre, su mente no estaba turbada por las dudas y su futuro parecía seguro.

«¿Qué contiene mi futuro?», se preguntó Juana.

No podría seguir en la escuela para siempre; como máximo, le quedaban otros tres años. Se permitió fantasear, imaginándose como maestra en una de las grandes

escuelas catedralicias, en Reims quizás, o incluso en la Escuela Palatina, dedicando sus días a explorar la sabiduría de los siglos en compañía de espíritus ávidos e inquisitivos como el suyo. Fantasear era, como siempre, muy placentero.

«Pero —la idea la golpeó como una viga que se hubiera soltado del techo y le cayera sobre la cabeza— eso significaría dejar Villaris y dejar a Geroldo».

Sabía que tendría que irse de Villaris algún día. Pero durante los últimos meses había dejado a un lado la idea, satisfecha con vivir en el presente, en la alegría de estar con Geroldo cada día.

Dejó que su mirada fuera hacia él. Su perfil era fuerte y bien recortado, su cuerpo alto y recto, su cabello rojo en rizos espesos le caía sobre los hombros.

«El hombre más guapo que he visto», pensó, y no por primera vez.

Como si él le hubiera leído el pensamiento se volvió hacia ella. Sus ojos se encontraron. Algo en la expresión de él (una debilidad momentánea, un enternecimiento) la conmovió. La expresión desapareció antes de que ella pudiera asegurarse, pero su calidez permaneció.

«No debería preocuparme —pensó—. No es preciso decidir nada todavía».

Tres años era mucho tiempo.

Podían pasar muchas cosas en tres años.

Al volver de la escuela un día de la semana siguiente, Juana encontró a Geroldo esperándola en el pórtico.

—Ven conmigo.

El tono de voz indicaba que tenía una sorpresa preparada. Con un gesto le indicó que lo siguiera hacia el camino. Atravesaron la empalizada y siguieron el camino varios kilómetros, para internarse luego en el bosque y salir a un pequeño claro, en medio del cual había una cabaña semihundida. Deshabitada desde hacía tiempo, se había deteriorado. Pero debía de haber sido la cómoda morada de un hombre libre porque las paredes de adobe se mantenían firmes y la puerta estaba hecha de buen roble. Le recordó a Juana su propia casa en Ingelheim, aunque aquel *grubenhause* era mucho más pequeño y su tejado estaba podrido.

Se detuvieron a poca distancia.

—Espera aquí— ordenó Geroldo.

Juana miró con curiosidad mientras él daba la vuelta a la cabaña, volvía y se colocaba mirando a la puerta.

—Observa —dijo Geroldo con fingida solemnidad.

Alzando las manos sobre la cabeza, dio tres fuertes palmadas.

No sucedió nada. Juana miró de modo interrogativo a Geroldo, que tenía la vista clavada en la cabaña. Evidentemente, algo se suponía que debía pasar. Pero ¿qué?

Con un fuerte chirrido, la pesada puerta de roble empezó a abrirse, lentamente al principio, luego más rápido, dejando al descubierto la oscuridad vacía de dentro. Juana observó dentro de la cabaña. No había nadie. La puerta se había movido sola.

Atónita, miraba con la boca abierta. Una docena de preguntas le sonaban en el cerebro, pero al fin una sola llegó a la boca.

—¿Cómo?

Geroldo alzó los ojos al cielo en una burlona simulación de piedad.

—Un milagro sagrado.

Juana se rió. Él también.

—Brujería, entonces —dijo.

La miró con expresión desafiante, disfrutando del juego. Juana aceptó el desafío. Fue a la puerta y la examinó.

—¿Puedes cerrarla? —preguntó.

Geroldo volvió a levantar las manos. Aplaudió tres veces. Después de una pausa, la puerta crujió y empezó a girar sobre sus bisagras. Juana siguió el movimiento, estudiándolo. Los pesados paneles de madera eran lisos y sus uniones estrechas: no había señales de nada especial ahí. Tampoco había nada fuera de lo común en el simple picaporte de madera. Examinó las bisagras. Eran bisagras comunes de hierro. Era una locura. No podía imaginarse qué era lo que la movía.

La puerta se había vuelto a cerrar. Era un misterio.

—¿Y bien? —Los ojos azules de Geroldo brillaban por la diversión.

Juana vaciló sin querer rendirse. Cuando estaba a punto de hacerlo oyó algo, un sonido agudo que procedía de alguna parte encima de ella. Al principio no pudo localizarlo; el ruido era familiar, pero curiosamente fuera de lugar.

Al fin lo reconoció. Agua. El sonido de agua goteando.

—¡El aparato hidráulico! —exclamó—. El del manuscrito de la feria de Saint-Denis. ¡Lo has fabricado!

—Lo adapté, más bien —dijo Geroldo riéndose—. Porque estaba pensado para bombear agua, no para abrir y cerrar puertas.

—¿Cómo funciona?

Geroldo le enseñó el mecanismo colocado bajo el techo de la cabaña, a tres metros de la puerta, lo que había impedido que ella lo viera. Le hizo una exposición del complicado sistema de palancas, poleas y pesas, conectado a dos finas varillas metálicas que llegaban hasta la parte interna de la puerta, donde eran apenas visibles. Al mover con el pie una cuerda, mientras daba la vuelta a la cabaña, Geroldo había activado el dispositivo.

—¡Increíble! —dijo ella cuando terminó la explicación—. Hazlo otra vez. —Ahora que comprendía cómo funcionaba quería observarlo en acción.

—No puedo. No sin ir a buscar más agua.

—Busquémosla —dijo ella—. ¿Dónde están los cubos?

—Eres incorregible —dijo Geroldo riéndose. Le dio un abrazo afectuoso. Su pecho era duro y firme, sus brazos fuertes alrededor de ella. Juana sentía como si todo su interior se fundiera. Bruscamente, él la soltó—. Vamos entonces —dijo con un gruñido—. Los cubos están aquí.

Cargaron los cubos vacíos hasta el arroyo, los llenaron, los cargaron de vuelta, los vaciaron en el receptáculo y fueron a buscar más. Tres veces hicieron el trayecto y al final se sentían algo mareados. El sol ardía, el aire estaba lleno de promesas primaverales y su ánimo estaba encendido por el entusiasmo del proyecto y la alegría de su mutua compañía.

—¡Mira, Geroldo! —exclamó Juana metida hasta las rodillas en el agua fría del arroyo.

Cuando él se volvió a mirar ella le arrojó el agua de su cubo, mojándole la parte delantera de la túnica.

—¡Pequeño demonio! —exclamó él.

Llenó su cubo y la mojó a ella. Así siguieron, en una guerra de agua, hasta que Juana fue alcanzada por un chorro de agua del cubo de Geroldo en el preciso momento en que se inclinaba para llenar el suyo. Cogida de sorpresa resbaló y cayó con pesadez. El agua fría se cerró sobre su cabeza y por un instante ella sintió pánico al no poder ponerse de pie por los guijarros escurridizos del fondo.

Entonces los brazos de Geroldo la rodearon y la levantaron.

—Te pesqué, Juana, te pesqué. —Su voz, cerca de su oreja, era cálida.

Juana sintió que su cuerpo latía al compás. Se colgó de él. Sus ropas húmedas se pegaban a los cuerpos, moldeándolos en una intimidad que no ocultaba nada.

—Te amo —dijo ella simplemente—. Te amo.

—Oh, mi querida niña, mi niña perfecta —murmuró Geroldo con voz sorda y entonces su boca se puso sobre la de ella y ella le devolvió el beso.

La pasión era alimentada por la súbita liberación de emociones reprimidas durante mucho tiempo.

El aire mismo parecía canturrear en los oídos de Juana. «Geroldo —cantaba—. Geroldo».

Ninguno de los dos advirtió que detrás de un bosquecillo, en la cima de la colina, los observaba alguien.

Odón iba camino de Héristal, a visitar a su tío, uno de los hermanos de aquella abadía, cuando su mula se desvió del sendero en busca de unos tréboles de aspecto especialmente succulento. Maldijo a la mula tirando de la rienda y azotándola con una vara de mimbre, pero el animal era obstinado y no pudo disuadirlo. No tuvo más alternativa que dejarla salir del camino. Pero cuando alzó la vista hacia el arroyo, lo vio.

«Una mujer estudiosa nunca es casta». Palabras de san Pablo, ¿o eran de san Jerónimo? No importaba. Odón siempre había creído que eran ciertas y en aquel momento tenía la prueba ante sus propios ojos.

Espoleó a la mula. «Esta noche tendrás ración extra de comida», se dijo. Lo pensó mejor. La comida era cara y además los animales sólo servían como instrumentos de Dios.

Se apresuró a volver al camino. Su visita familiar tendría que esperar. Antes tenía que ir a Villaris.

Poco tiempo después, las torres de Villaris asomaban delante. En su excitación había ido más rápido de lo usual. Al entrar por la empalizada lo saludaron los guardias. Odón los echó a un lado con un gesto.

—Llevadme ante la señora Richild —ordenó—. Debo hablar con ella de inmediato.

Geroldo apartó los brazos de Juana de su cuello y dio un paso atrás.

—Ven —le dijo con voz cargada de emoción—. Debemos volver.

Dócil por su amor, Juana hizo un gesto de volver a abrazarlo.

—No —dijo Geroldo con firmeza—. Debo llevarte a casa ahora, mientras tenga la voluntad para hacerlo.

Juana lo miró desconcertada.

—¿No me... quieres? —Bajó la cabeza antes de que él respondiera.

Geroldo le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Te quiero más de lo que he querido a ninguna mujer.

—Entonces ¿por qué...?

—¡Santo Cielo, Juana! Soy un hombre, con los deseos de un hombre. ¡No me tientes más allá de mis límites! —Parecía casi enfadado. Al ver el inicio de las lágrimas en los ojos de ella moderó el tono— ¿Qué querías que hiciera, mi amor? ¿Hacerte mi amante? Ah, Juana, te haría mía aquí mismo si pensara que eso te haría feliz. Pero sería tu desgracia, ¿no puedes entenderlo?

Los ojos azules de Geroldo no se apartaban de los de ella. Era tan apuesto que le cortaba el aliento. Todo lo que ella quería era volver a estar en sus brazos.

Le acarició el cabello rubio. Ella empezó a hablar, pero su voz se quebró. Respiró profundamente tratando de aquietar sus emociones, enferma de vergüenza y frustración.

—Ven.

Geroldo le cogió la mano, apretándosela con ternura. Ella no protestó cuando la llevó otra vez al camino. Volvieron a Villarís sin hablar.

Once

—La señora Richild, condesa de Villaris —anunció el heraldo cuando Richild entró con aire majestuoso en la sala de recepción del obispo.

—Eminencia. —Hizo una graciosa reverencia.

—Bienvenida, señora —dijo Fulgencio— ¿Qué noticias hay de tu señor? Dios no quiera que haya tropezado con alguna desgracia en su viaje.

—No, de ningún modo.

Le agradaba encontrarlo tan transparente. Por supuesto que debía de estar intrigado por el motivo de su visita. Debía de haber pensado... Geroldo había partido hacía ya cinco días, tiempo suficiente para encontrar algún desastre en los peligrosos caminos.

—No hemos recibido noticia alguna de dificultades, eminencia, ni las esperamos. Geroldo llevó veinte hombres con él, bien armados y pertrechados; no correrá ningún riesgo en el camino, ya que cumple órdenes del emperador.

—Eso he oído. Ha ido como *missus*... a Westfalia, ¿no?

—Sí. A mediar en una disputa sobre *wergeld*. Hay algunas cuestiones menores de propiedad que arreglar también. Estará ausente quince días, o más.

«Tiempo suficiente —pensó la condesa—, más que suficiente». Hablaron brevemente de asuntos locales (la escasez de cereal en el molino, la reparación del techo de la catedral, la buena cantidad de terneros obtenida). Richild se cuidó de observar las cortesías necesarias, pero nada más. «Soy de linaje más alto que él». Le convenía recordárselo antes de ir al asunto de la visita. Él, por supuesto, no sospechaba nada. Mejor así. La sorpresa sería su aliada.

Al fin consideró que había llegado el momento.

—He venido a pedir os ayuda en una cuestión doméstica.

—Mi querida señora —dijo él, complacido—, estoy muy contento de poder ayudar. ¿Cuál es la naturaleza de esa dificultad?

—Es la niña Juana. Ya no es una niña; ya... —buscó las palabras con delicadeza— se ha hecho mujer. No es adecuado para ella que siga bajo nuestro techo.

—Entiendo —dijo Fulgencio, aunque era evidente que no entendía—. Bueno, creo que podríamos encontrarle otro aloj...

—He arreglado una boda conveniente —dijo Richild sin dejarlo terminar la frase—. Con el hijo de Bodo, el herrero. Es un excelente joven, bien situado, y será herrero cuando su padre muera... Es hijo único.

—Estoy sorprendido. ¿La chica ha manifestado alguna inclinación por el matrimonio?

—Seguramente no es ella la que debe decidir. Es un matrimonio mucho mejor de lo que ella podría esperar. Su familia es pobre como las de los colonos y su conducta peculiar le ha dado cierta... reputación.

—Quizá —respondió el obispo amablemente—. Pero parece entregada a sus estudios. Y, por supuesto, no podría seguir en la escuela si se casara con el hijo del herrero.

—Por eso he venido. Como fuisteis vos quien la puso en la escuela, debéis ser

vos quien acepte su renuncia.

—Entiendo —repitió él, aunque todavía no lo entendía todo—. ¿Y qué piensa el conde de esta boda?

—No sabe nada de ella. La oportunidad acaba de darse.

—Pues bien. —Fulgencio parecía aliviado—. Esperaremos hasta su regreso. No hay ninguna necesidad de precipitarse realmente.

—La oportunidad podría no mantenerse mucho tiempo —insistió Richild—. El chico se resiste; al parecer se ha encaprichado con una joven de la ciudad; pero, por supuesto, yo me ocuparé de que esta unión sea mucho más beneficiosa para él. Su padre y yo nos hemos puesto de acuerdo sobre la dote. Ahora el chico dice que cumplirá el deseo de su padre... pero es joven y voluble. Sería mejor que la boda tuviera lugar de inmediato.

—De todos modos...

—Os recuerdo, eminencia, que soy la señora de Villarís, y que la chica ha sido puesta bajo mi cuidado. Soy plenamente capaz de tomar esta decisión en ausencia de mi marido. En realidad, estoy mejor capacitada que él para tomarla. Para hablar francamente, la parcialidad de Geroldo por la niña le nubla el entendimiento en lo que a ella concierne.

—Entiendo —dijo Fulgencio, y esta vez sí entendía muy bien.

Richild se apresuró a añadir:

—Mi preocupación es estrictamente monetaria, ¿entendéis? Geroldo ha gastado una pequeña fortuna en comprar libros para la chica... lo que es un gasto insensato porque ella no tiene ningún futuro en el campo de los estudios. Alguien debería pensar en su futuro; es lo que he hecho yo. No me negaréis que la unión es conveniente.

—Sí —admitió Fulgencio.

—Bien. ¿Entonces accedéis a liberarla?

—Mis disculpas, querida señora, pero mi decisión debe esperar al regreso del conde. Te aseguro que hablaré de ese asunto con él. Y con la chica. Porque aunque la unión es... ventajosa, como dices tú, no me gustaría imponérsela contra su voluntad. Si la boda le resulta agradable, procederemos sin más retraso.

Ella empezó a responder, pero él la interrumpió:

—Sé que crees que la boda quedará comprometida si no la concluimos de inmediato. Perdóname señora, pero no puedo estar de acuerdo. Quince días, o incluso un mes, no será mucha diferencia.

Ella quiso oponerse de nuevo y de nuevo él la silenció:

—Estoy totalmente decidido. No tiene sentido seguir discutiendo.

A Richild las mejillas le ardieron por el insulto. «¡Imbécil, arrogante! ¿Quién se cree que es para darme órdenes? ¡Mi familia vivía en palacios reales cuando la de él estaba arando el campo!».

No bajó la vista.

—Muy bien, eminencia, si ésa es vuestra decisión, debo aceptarla. —Empezó a ponerse sus guantes de amazona como si se dispusiera a prepararse para salir—. A propósito... —mantuvo el tono deliberadamente casual—, acabo de recibir una carta de mi primo Segismundo, obispo de Troyes.

El rostro del obispo registró un gratificante respeto.

—Un gran hombre, un gran hombre.

—¿Sabíais que presidirá el sínodo que se reúne en Aquisgrán este verano?

—Así había oído.

Ahora que Richild había dejado de presionarlo, los modales del obispo se habían vuelto joviales otra vez.

—¿Tenéis noticia de cuál será el asunto principal en esa reunión?

—Me interesaría saberlo —respondió cortésmente. Era evidente que no sabía adónde quería ir a parar. —Se tratarán ciertas... irregularidades —la trampa había sido preparada con todo cuidado— en la conducta del episcopado.

—¿Irregularidades?

No captaba el significado. Tendría que ser más clara.

—Mi primo se propone plantear la cuestión de la obediencia a los votos episcopales —dijo mirándolo a los ojos—, en especial el voto de castidad.

El obispo palideció.

—¿De veras?

—Al parecer, se propone convertir ese asunto en el centro del sínodo. Ha reunido mucha información sobre los obispos francos, que son los que encuentra más pecaminosos. Pero no está bien informado sobre los obispados de esta parte del imperio y por ello tendrá que basarse en informantes locales. En su carta me pide específicamente que le dé toda la información que tenga sobre vuestra labor, eminencia. —Usó el título con malignidad y le gustó ver que el otro encajaba el golpe. Siguió rápidamente—: Me había propuesto responderle hace tiempo, pero los detalles del matrimonio de esta chica me han tenido demasiado ocupada. De hecho, el trabajo de preparar la fiesta de la boda me haría imposible responder en absoluto. Pero claro, ahora que la boda será retrasada... —Dejó que el resto de la frase quedara flotando en el aire.

Él estaba callado como una piedra, sin dar señales en un sentido o en otro. Ella se sintió ligeramente sorprendida. Al parecer, se portaría mejor de lo que ella había sospechado. Sólo una cosa lo delataba. Dentro de sus soñolientos ojos, bajo los párpados pesados, había una diminuta e inconfundible chispa de miedo.

Richild sonrió.

Juana estaba sentada en una roca, preocupada y triste. *Luc* estaba echado frente a ella con la cabeza en su regazo, mirándola con sus ojos opalinos.

—Tú también lo echas de menos, ¿eh, chico? —le preguntó, acariciándole el pelaje blanco.

Ahora *Luc* era su única compañía. Hacía una semana que Geroldo estaba ausente. Juana lo recordaba con un dolor que la sorprendía por su fuerza física. Podía poner la mano en el sitio exacto del pecho donde el dolor era más agudo; sentía como si le hubieran extraído el corazón del cuerpo, lo hubieran golpeado y se lo hubieran vuelto a poner.

Sabía por qué se había ido. Después de lo sucedido entre ellos en el arroyo, tenía que irse. Necesitaban pasar un tiempo separados, un tiempo para aclarar sus cabezas y enfriar sus pasiones. Lo entendía, pero su corazón se rebelaba.

«¿Por qué? —se preguntaba por enésima vez— ¿Por qué ha de ser así, si

Richild no ama a Geroldo ni él a ella?».

Razonaba consigo misma ensayando los argumentos en pro y en contra y llegaba a la conclusión de que esta separación momentánea podía ser lo más conveniente, pero al final siempre tropezaba con un hecho inalterable: quería a Geroldo.

Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma. Si Geroldo tenía la fuerza suficiente para imponerse aquella separación, ¿ella podía ser menos? Lo que no podía cambiarse de algún modo debía sufrirse. Concentró sus intenciones en una nueva resolución: cuando Geroldo volviera, las cosas serían diferentes. Le bastaría con estar cerca de él, con hablar y reírse como habían hecho siempre... antes. Serían como un maestro y una estudiante, como un cura y una monja, como hermano y hermana. Borraría de su memoria los brazos de él a su alrededor, sus labios en los de ella...

De pronto apareció frente a ella Wido, el mayordomo.

—Mi señora quiere hablar contigo.

Juana lo siguió a través de la empalizada hasta el patio, con *Luc* corriendo a su lado. Cuando llegaron al patio principal, Wido señaló al animal.

—El lobo no.

A Richild no le gustaban los perros y, a diferencia de lo que sucedía en otras casas, les prohibía la entrada.

Juana mandó a *Luc* que la esperara en el patio.

El guardia la condujo hasta el gran salón, que bullía de criados preparando la comida de la tarde. Se abrieron camino hasta la salita contigua donde esperaba Richild.

—¿Me has llamado, señora?

—Siéntate.

Juana fue hacia una silla cercana, pero Richild le señaló imperiosamente un taburete de madera puesto junto a una mesa de escribir. Juana se sentó.

—Voy a dictarte una carta.

Como todas las mujeres nobles de aquella parte del imperio, Richild no sabía leer ni escribir. Wala, el capellán de Villaris, era su notario habitual. Wido también sabía escribir un poco y a veces servía en ese sentido a Richild.

«¿Por qué me ha mandado llamar a mí?», se preguntó Juana.

Richild golpeó el suelo con el pie, impaciente. Con ojo práctico Juana miró las plumas que había sobre el pupitre y eligió la más afilada. Cogió una hoja de pergamino, hundió la pluma en el tintero y asintió.

—De Richild, condesa de Villaris... —dictó.

Juana escribía rápido. El rasgar de la pluma se oía en el silencio pétreo de la sala.

—... al canónigo de la aldea de Ingelheim. Salud.

Juana alzó la vista.

—¿Mi padre?

—Continúa —ordenó Richild en un tono que indicaba que no toleraría interrupciones—. A tu hija Juana, que ha llegado casi a los quince años y por ello está en edad casadera, no se le permitirá continuar sus estudios en la escuela.

Juana dejó de escribir.

—Como guardiana de la niña, siempre vigilante por su bienestar —continuó Richild manteniendo el simulacro de dictado—, he dispuesto un enlace ventajoso con Iso, hijo del herrero de la ciudad, un hombre próspero. La boda tendrá lugar dentro de dos días. Los términos del acuerdo son como siguen...

Juana se puso de pie de un salto, tirando el taburete.

—¿Por qué haces esto?

—Porque quiero. —Una pequeña y maliciosa sonrisa levantó las comisuras de los labios de Richild—. Y porque puedo.

«Lo sabe —pensó Juana—. Sabe lo de Geroldo y yo». La sangre se le agolpó en el cuello y las mejillas tan súbitamente como si tuviera fuego en la piel.

—Sí. Geroldo me contó lo de aquel breve y patético encuentro a orillas del arroyo. —Se rió sin alegría—. ¿De veras creíste que tus besos torpes le complacerían? Nos reímos juntos del episodio aquella misma noche. —Juana estaba demasiado atónita para responder—. Estás sorprendida. No deberías estarlo. ¿Crees que has sido la única? Querida, eres sólo la última cuenta en el largo collar de conquistas de Geroldo. No deberías habértelo tomado tan en serio.

«¿Cómo sabe lo que pasó entre nosotros? ¿Se lo contó Geroldo?». Juana sintió un repentino frío, como si la envolviera una corriente de aire.

—No lo conoces —dijo con firmeza.

—Soy su esposa, niña insolente.

—No lo amas.

—No —admitió ella—. Pero tampoco me propongo ser... «incomodada» por la indigna hija de unos colonos.

Juana trataba de afirmar sus ideas.

—No puedes hacer esto sin la aprobación del obispo Fulgencio. Él me trajo a la escuela; no puedes echarme de ella sin su permiso.

Richild le tendió una hoja de pergamino con el sello de Fulgencio.

Juana leyó rápidamente y volvió a leer más despacio, para asegurarse de no haber cometido un error. Pero no había lugar a dudas; Fulgencio daba por terminados sus estudios en la escuela. El documento llevaba la firma de Odón también. Juana podía imaginar el placer que habría sentido al firmarlo.

El corazón de Richild se regocijaba viendo leer a Juana. La arrogante y entrometida niña estaba descubriendo, en aquel momento, lo insignificante que era. Dijo:

—No tiene sentido que sigamos discutiendo. Siéntate y termina de escribir la carta a tu padre.

Juana respondió en tono desafiante:

—Geroldo no te permitirá hacer esto.

—Niña tonta, fue idea suya.

Juana pensó rápido.

—Si este matrimonio fue idea de Geroldo, ¿por qué has esperado a que se fuera para arreglarlo?

—Geroldo es blando... demasiado blando. Le faltó valor para decírtelo. Le ha sucedido antes con las otras. Me pidió que me ocupara del problema por él. Y es lo que hago.

—No te creo. —Juana retrocedió, luchando por contener las lágrimas—. No te creo.

—Ya está todo resuelto —dijo Richild con un suspiro—. ¿Terminarás de escribir esa carta, o llamo a Wala?

Juana dio media vuelta y salió corriendo. Antes de llegar al salón oyó el tintineo de la campanilla de Richild llamando a su capellán.

Luc estaba esperándola donde lo había dejado. Juana se arrojó de rodillas a su lado. El cuerpo del animal se apretó contra el de ella con afecto y su cabezota se apoyó en su hombro. Su presencia corpulenta la ayudaba a calmar sus emociones.

«No debo dejarme llevar por el pánico. Eso es lo que ella quiere que haga».

Tenía que pensar, planear sus próximos pasos.

Pero no podía impedir que sus pensamientos giraran sobre sí mismos de un modo inútil, llegando siempre al mismo lugar.

«Geroldo. ¿Dónde está? Si estuviera aquí, Richild no podría hacer esto. Salvo, por supuesto, que diga la verdad y este matrimonio haya sido idea de Geroldo».

Juana alejó aquella idea que le parecía una traición. Geroldo la quería; no permitiría que la casaran contra su voluntad con un hombre al que ni siquiera conocía.

Todavía podía regresar a tiempo para impedirlo. Podía...

No. No podía dejar que su futuro dependiera de un azar tan improbable. Aunque aturdida por la sorpresa y el miedo, la mente de Juana seguía estando lo bastante despejada para comprenderlo.

«Geroldo no regresará hasta dentro de dos semanas. La boda tendrá lugar en dos días».

Tenía que encontrar una forma. No podía aceptar aquel matrimonio.

«El obispo Fulgencio. Iré a verlo, hablaré con él, lo convenceré de que esta boda no debe tener lugar».

Juana estaba segura de que Fulgencio no había firmado aquel documento de buena gana. Con docenas de pequeñas amabilidades le había manifestado su simpatía y su complacencia por los adelantos que ella había conseguido en la escuela... especialmente desde que era una espina clavada en el costado de Odón.

«Richild debe de tener algún poder sobre él para hacerle firmar eso».

Si Juana pudiera hablarle, intentaría convencerlo de que impidiera la boda o al menos la retrasara hasta el regreso de Geroldo.

«Pero quizá no querrá verme». Si se había dejado convencer por la idea del matrimonio, no querría verla, se sentiría avergonzado ante ella. Si le pedía una audiencia probablemente se la negaría.

Trató de eliminar su miedo para poder pensar con lógica. «Fulgencio rezará la misa el domingo. Y antes encabezará la procesión hasta la catedral. Me acercaré entonces, me arrojaré a sus pies si es necesario. No me importa. Tendrá que detenerse y escucharme; lo obligaré a hacerlo».

Miró a *Luc*.

—¿Funcionará, *Luc*? ¿Bastará con eso para salvarme?

El animal inclinó la cabeza como si tratara de entender. Era un gesto que siempre divertía a Geroldo. Juana abrazó al lobo blanco y escondió la cara en la gruesa piel que le rodeaba el cuello.

Los primeros en aparecer fueron los notarios y otros funcionarios eclesiásticos, marchando en solemne procesión hacia la catedral. Tras ellos, a caballo, seguían los diáconos y subdiáconos, todos espléndidamente ataviados. Odón iba entre ellos con su túnica parda y luciendo en su rostro estrecho un gesto altivo de reprobación. Cuando su mirada cayó sobre Juana, que se hallaba entre los mendigos y peticionarios que esperaban al obispo, sus labios delgados dibujaron una sonrisa malévola.

Al fin apareció el obispo vestido con seda blanca, montado en un elegante corcel con arreos de color carmesí. Inmediatamente detrás de él iban los principales dignatarios del palacio episcopal: el tesorero, el que controlaba el vestuario y el limosnero. La procesión se detuvo cuando los andrajosos mendigos se apretujaron alrededor pidiendo a gritos limosnas en nombre de san Esteban, patrono de los indigentes. Con gesto cansino el limosnero distribuyó monedas entre ellos.

Juana se movió rápidamente hacia donde esperaba el obispo, cuyo caballo tiraba del freno con impaciencia. Cayó de rodillas.

—Eminencia, escuchad mi petición...

—Conozco este caso —interrumpió el obispo sin mirarla—, y ya he dado mi veredicto. No escucharé esta petición.

Espoleó el caballo, pero Juana saltó y asió una rienda, deteniéndolo.

—El matrimonio será mi ruina. —Habló rápido y sin alzar la voz para que nadie más la oyera—. Si no estáis en condiciones de impedirlo, ¿podéis al menos retrasarlo un mes?

Él hizo un gesto de volver a avanzar, pero Juana no soltó la rienda. Dos de los guardias se precipitaron sobre ella y la habrían arrastrado si el obispo no se lo hubiera impedido con un gesto de la mano.

—¿Quince días? —dijo Juana— ¡Os lo ruego, eminencia, dadme quince días! —Aunque había decidido ser fuerte, no pudo impedir que le brotara un sollozo.

Fulgencio era un hombre débil, tenía muchas faltas, pero no el corazón duro. Sus ojos se suavizaron con simpatía mientras se inclinaba a acariciar el rubio cabello de Juana.

—Niña, no puedo evitarlo. Debes resignarte a tu suerte, que después de todo es la suerte natural de una mujer. —Se inclinó más y susurró—: He preguntado por el joven que será tu marido. Es un buen chico; tu suerte no será difícil de sobrellevar.

Hizo un gesto a los guardias que apartaron las manos de Juana de las riendas y la llevaron de vuelta hacia la gente. Se abrió un camino para ella. Cuando pasaba entre los aldeanos oía murmurar y reírse. Al fondo vio a Juan. Fue hacia él, pero Juan la rechazó.

—¡Fuera de aquí! —le gritó—. ¡Te odio!

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—¡Bien sabes lo que has hecho!

—¿Qué, Juan? ¿Qué es lo que pasa?

—¡Tengo que irme de Dorstadt! —gritó él— ¡Por tu culpa!

—No te entiendo.

—Odón me dijo: «Éste no es tu lugar. —Imitaba la entonación nasal del maestro—. Sólo te permitíamos estar aquí por tu hermana».

Juana se sintió abrumada. Tanta preocupación le había causado su propio problema que no había pensado en las consecuencias que podría tener para Juan. Era un mal estudiante; sólo consentían en retenerlo por su parentesco con ella.

—Esta boda no es una elección mía, Juan.

—¡Siempre me has estropeado las cosas y ahora vuelves a hacerlo!

—¿No oíste lo que le dije al obispo hace un momento?

—¡No me interesa! Es culpa tuya. ¡Siempre todo ha sido culpa tuya!

Juana estaba intrigada.

—Tú odias los libros. ¿Por qué te preocupa que te expulsen de la escuela?

—No lo entiendes. —Miraba por encima del hombro de su hermana—. Nunca lo has entendido.

Juana se volvió y vio que los chicos de la escuela estaban reunidos mirándolos. Uno de ellos los señaló y les susurró algo a los otros, que ahogaron las risas.

«Así que ya lo saben», pensó Juana. Por supuesto. Odón no tendría contemplaciones con los sentimientos de Juan. Miró a su hermano con simpatía. Para él debía de ser difícil, casi insoportable, tener que separarse de sus amigos por su causa. Con frecuencia se había unido a ellos contra ella, pero Juana entendía el porqué. Él sólo había querido ser aceptado.

—Todo saldrá bien, Juan —dijo tranquilizándolo—. Ahora eres libre de volver a casa.

—¿Libre? —Juan soltó una risa ronca—. ¡Libre como un monje!

—¿Qué quieres decir?

—¡Entraré en el monasterio de Fulda! Padre mandó instrucciones al obispo cuando llegamos. Si yo fallaba en la escuela debía unirme a la hermandad de Fulda.

Éste era el motivo por el que Juan estaba tan furioso. Una vez en el monasterio no podría salir. Y entonces nunca podría ser un soldado, ni cabalgar entre las tropas del ejército del emperador como había soñado.

—Todavía puede haber una salida —dijo Juana—. Podemos volver a pedirle al obispo. Quizá si se lo pedimos los dos...

Su hermano la miraba con ojos centelleantes y retorciendo los labios como si buscara las palabras que pudieran expresar lo que sentía.

—Ojalá... ¡nunca hubieras nacido!

Se volvió y salió corriendo.

Desalentada, Juana echó a andar hacia Villarís.

Se sentó a la orilla del arroyo donde ella y Geroldo se habían abrazado hacía sólo unas pocas semanas. Una eternidad había pasado desde entonces. Miró el sol: faltaba sólo una hora, o dos, para la sexta. Al día siguiente, a esa hora, estaría casada con el hijo del herrero. «Salvo que...»

Fijó la vista en la línea de árboles que señalaban la linde del bosque. Los bosques que rodeaban Dorstadt eran densos e interminables; una persona podía esconderse en ellos durante días, y semanas también, sin que la descubrieran.

Geroldo volvería dentro de quince días o algo más. ¿Podría sobrevivir ella hasta entonces?

El bosque era peligroso: había osos, uros y... lobos. Recordaba la violencia

salvaje de la madre de *Luc* cuando embestía contra los barrotes de la jaula, con los dientes afilados brillando a la luz de la luna.

«Llevaré a *Luc* conmigo —pensó—. Él me protegerá y además me ayudará a cazar para comer». El lobato ya era un consumado cazador de conejos y otras presas pequeñas que abundaban en aquella época del año.

Recordó a Juan. ¿Qué sería de su hermano? No podía huir sin decirle lo que haría.

«¡Él puede venir conmigo! ¡Por supuesto!». Era la solución al problema de ambos. Se esconderían juntos en el bosque y esperarían el regreso de Geroldo. Éste lo pondría todo en orden, no sólo para ella sino para su hermano también.

Debía comunicarse con Juan. Le diría que se reuniera con ella aquella noche en el bosque y que llevara la lanza, el arco y las flechas.

Era un plan desesperado. Pero ella estaba desesperada.

Encontró a Duoda en el dormitorio. Tenía sólo diez años, pero era una chica grande, bien desarrollada para su edad. El parecido con su hermana Gisla era inconfundible. Saludó a Juana excitada.

—¡Acabo de enterarme! ¡Mañana es tu boda!

—No si puedo impedirlo —respondió Juana con rudeza.

Duoda quedó sorprendida. Gisla había estado tan ansiosa por casarse...

—¿Es viejo? —Su rostro se encendió con un horror infantil—. ¿No tiene dientes? ¿Está enfermo?

—No —Juana tuvo que sonreír—. Es joven y guapo según me han dicho.

—Entonces por qué...

—No hay tiempo para explicaciones, Duoda —dijo Juana con impaciencia—. He venido a pedirte un favor. ¿Puedes guardar un secreto?

—¡Oh, sí! —La niña se inclinó hacia delante, interesada.

Juana sacó un trozo de pergamino enrollado de su cartera.

—Esta carta es para mi hermano Juan. Llégasela a la escuela. Iría yo misma, pero me esperan en la sala para probarme una nueva túnica para la boda. ¿Lo harías por mí?

Duoda miraba el pergamino. Igual que su madre y su hermana, no sabía leer.

—¿Qué dice?

—No puedo decírtelo, Duoda. Pero es importante, muy importante.

—¡Un mensaje secreto! —Sonreía de entusiasmo.

—La escuela está a tres kilómetros. Puedes ir y volver en una hora, si te das prisa.

Duoda cogió el pergamino.

—¡Volveré antes!

Duoda atravesó corriendo el patio principal, esquivando a los criados y artesanos que siempre llenaban el lugar a aquella hora del día. La animaba la emoción de la aventura. Sentía la fría textura del pergamino en su mano y lamentaba no saber qué decía. La capacidad de Juana de leer y escribir la maravillaba.

Aquella tarea misteriosa la aliviaba del aburrimiento de su rutina diaria en Villarís. Además, le gustaba poder ayudar a Juana, que siempre era buena con ella; tenía tiempo para explicarle toda clase de cosas interesantes... No como mamá, que

tan a menudo estaba impaciente y enfadada.

Estaba llegando a la empalizada cuando oyó un grito.

—¡Duoda!

Era la voz de mamá. La niña siguió adelante como si no hubiera oído, pero el portero la cogió por un brazo y la obligó a esperar.

Se volvió hacia su madre.

—¡Duoda! ¿Adónde vas?

—A ningún sitio. —Puso el pergamino a la espalda.

Richild captó el movimiento y apareció en su rostro un gesto de suspicacia.

—¿Qué es eso?

—N... nada —tartamudeó la niña.

—Dámelo. —Richild extendió una mano imperiosamente.

Duoda vaciló. Si le daba a su madre el pergamino, traicionaría el secreto que le había confiado Juana. Si se resistía...

Su madre la miraba con severidad y en sus ojos oscuros crecía la ira.

Mirando aquellos ojos, Duoda comprendió que no tenía alternativa.

Por ser la noche anterior a la boda, Richild había insistido en que Juana durmiera en el pequeño cuarto de guardia contiguo a su propia cámara, un privilegio por lo general reservado sólo a niños enfermos o a los sirvientes favoritos. Era un honor especial concedido a la novia, dijo Richild, pero Juana estaba segura de que simplemente quería tenerla vigilada de cerca. No importaba. Una vez que Richild se durmiera, podría escaparse de aquel cuarto con tanta facilidad como lo habría hecho de su dormitorio.

Ermentrude, una de las criadas, entró en el cuarto con una copa de madera llena de vino especiado.

—Lo envía la señora Richild —dijo— Para honraros en esta noche.

—No lo quiero —dijo Juana despidiéndola con un gesto. No aceptaría favores del enemigo.

—Pero la señora Richild dijo que me quedara con vos hasta que lo bebierais, y que después le llevara la copa.

Ermentrude quería cumplir estrictamente todas las órdenes. Tenía sólo doce años y era nueva en el servicio de la casa.

—Tómalo tú entonces —dijo Juana con irritación—. O tira el vino. Richild nunca se enterará.

Ermentrude sonrió. La idea no se le había ocurrido.

—Sí, señora. Gracias, señora. —Se volvió para marcharse.

—Un momento —la llamó Juana, reconsiderando el asunto.

El vino en la copa parecía sabroso y espeso, y la luz de las velas le arrancaba brillos rojizos. Si se proponía sobrevivir quince días en el bosque necesitaría todo el sustento que pudiera conseguir. No podía permitirse tontos gestos de orgullo. Cogió la copa y bebió el vino caliente. Le dejó un extraño gusto ácido. Se secó los labios con la manga y le devolvió la copa a Ermentrude, que se marchó deprisa.

Juana sopló la vela y se tendió en la cama a oscuras, esperando. El colchón de plumas la envolvía con una suavidad desconocida; estaba habituada a la paja de su cama en el dormitorio del piso alto. Habría preferido que Richild la dejara dormir en

su propia cama, junto a Duoda. No la había visto desde que le había dado el mensaje porque Richild la había enclaustrado en sus aposentos toda la tarde mientras las criadas se atareaban cosiéndole el vestido de boda y reuniendo los elementos que se llevaría como dote.

¿Le habría dado Duoda el mensaje a Juan? No tenía modo de asegurarse. Esperaría a Juan en el claro; si no aparecía, ella y *Luc* se irían solos.

En el cuarto contiguo oyó la respiración lenta y profunda de Richild. Esperó otro cuarto de hora para asegurarse de que Richild dormía. Salió en silencio de debajo de las mantas.

Fue a la puerta del cuarto de Richild. La vio inmóvil, respirando regularmente. Palpando la pared para guiarse, salió.

Y en cuanto salió, los ojos de Richild se abrieron.

Juana atravesó en silencio los salones hasta llegar al patio. Aspiró con fuerza porque se sentía un tanto mareada.

Todo estaba inmóvil y en silencio. Un solo guardián estaba sentado con la espalda apoyada en el muro cerca de la puerta, la cabeza caída sobre el pecho, roncando. La sombra de Juana se extendía sobre la tierra iluminada por la luna, grotescamente alargada. Alzó una mano y un gesto gigantesco repitió el suyo, como si le hiciera burla.

Silbó suavemente para llamar a *Luc*. El guardia se movió en sueños. *Luc* no aparecía. Deslizándose por las sombras, Juana fue hacia el rincón donde solía dormir el lobo; no quería correr el riesgo de despertar al guardia haciendo más ruido.

De pronto, el suelo empezó a deslizarse bajo sus pies. Sintió que se mareaba y tuvo que cogerse de un poste para no caer. «Benedícite. No puedo ponerme enferma ahora».

Luchando contra el mareo, atravesó el patio. En el rincón más lejano vio a *Luc*. El lobato estaba tendido de costado, los ojos opalinos miraban ciegamente la noche, la lengua colgaba de la boca. Juana se inclinó para tocarlo y sintió la frialdad de su cuerpo bajo la piel suave. Ahogó una exclamación y dio un paso atrás. Su mirada cayó sobre un trozo de carne a medio comer en el suelo. La observó sin salir de su aturdimiento. Una mosca se posó en la mancha húmeda que rodeaba la carne. Se quedó un momento allí, bebiendo, remontó el vuelo y recorrió un círculo irregular antes de caer bruscamente. No volvió a moverse.

Juana sentía un fuerte zumbido en los oídos. El aire parecía ondular a su alrededor. Dio un paso atrás disponiéndose a correr, pero otra vez el suelo pareció moverse y de pronto se alzó yendo a su encuentro.

No sintió los brazos que la levantaban de donde había caído y la llevaban hacia el interior.

El traqueteo de las ruedas llevaba melancólicamente el compás que marcaban los cascos de los caballos a medida que el carro se sacudía sobre el camino hacia la catedral, llevando a Juana hacia su misa de esponsales.

Cuando la habían arrancado de la cama aquella mañana, estaba demasiado aturdida para saber qué había pasado. Dejó que las criadas le pusieran el vestido de novia y la peinaran.

Pero los efectos de la droga estaban pasando y Juana empezaba a recordar.

«Fue el vino —pensó—. Richild le puso algo al vino». Pensó en *Luc* tendido frío en la noche. Un nudo le cerró la garganta. Había muerto lejos de ella; sólo esperaba que no hubiera sufrido mucho. A Richild le debía de haber dado placer envenenar su carne; siempre lo había odiado por sentir que representaba un lazo entre Geroldo y Juana.

Richild iba en el carro delante de ella. Estaba magníficamente vestida con una túnica de seda azul y llevaba el pelo negro recogido en un peinado elegante y asegurado con una diadema de plata con esmeraldas. Era hermosa.

En su estado de semiinconsciencia, Juana se preguntaba: «¿Por qué no me mató a mí también?».

Inmóvil en el carro que la acercaba cada vez más a la catedral, enferma en cuerpo y alma, sin Geroldo y sin modo de escapar, Juana quería estar lejos.

Las ruedas empezaron a hacer un gran ruido al girar sobre el empedrado del patio de la catedral y los caballos se detuvieron. De inmediato aparecieron a los lados dos criados de Richild que con fingida cortesía ayudaron a Juana a bajar.

Había una gran multitud reunida en la puerta de la catedral. Era el día de los Primeros Mártires, una solemne festividad religiosa, además de la misa de esponsales de Juana, y toda la población se había presentado.

En la primera fila distinguió a un muchacho alto, tosco y de huesos grandes que estaba con gesto desmañado entre sus padres. El hijo del herrero. Notó su expresión malhumorada y la inclinación desdeñosa de la cabeza. «No me quiere a mí por esposa más de lo que yo lo quiero a él. ¿Y por qué habría de ser de otro modo?».

El padre empujó al muchacho, que fue hacia Juana y le tendió la mano. Ella la cogió y se quedaron uno al lado del otro mientras Wido, el mayordomo de Richild, leía la lista de elementos que componían la dote.

Juana miró hacia el bosque. Era imposible salir corriendo y ocultarse. La gente los rodeaba y los hombres de Richild no le quitaban el ojo de encima.

Entre la gente vio a Odón. A su alrededor estaban los chicos de la escuela murmurando entre sí como siempre. Juan no estaba entre ellos. Buscó con la vista y lo localizó a un lado, desdeñado por sus compañeros. Ambos estaban solos, sólo se tenían el uno al otro. Buscó sus ojos pidiendo y ofreciendo consuelo. Para su sorpresa, él no apartó la vista sino que le devolvió la mirada; su rostro registraba abiertamente su dolor.

Habían sido extraños uno para el otro mucho tiempo, pero en aquel momento volvían a ser hermanos, ligados en la comprensión mutua. Juana no apartó la vista de él por temor a cortar aquel frágil puente.

El mayordomo dejó de leer. La gente miraba con expectación. El hijo del herrero condujo a Juana hacia la puerta de la catedral. Richild y su cortejo entraron detrás de ellos seguidos por la gente.

Fulgencio esperaba en el altar. Cuando Juana y el joven llegaron a su lado, los mandó sentar con un gesto. Primero se celebraría la festividad del calendario y después los esponsales.

Omnipotens sempiterna Deus qui me peccatoris. Como siempre, el latín de Fulgencio estaba lleno de errores, pero esta vez Juana no prestó atención. El obispo mandó a un acólito preparar el ofertorio y dio comienzo a las oraciones. *Suscipe sanctum Trinitas...* Junto a ella, el hijo del herrero inclinaba la cabeza con devoción.

Juana trató de rezar también, inclinando la cabeza y recitando las palabras, pero la forma carecía de contenido; dentro de ella sólo había vacío.

Empezó la mezcla del agua y el vino. *Deus qui humanae substantiae...*

Las puertas de la catedral se abrieron de golpe. Fulgencio interrumpió su combate con el latín y miró con incredulidad hacia el fondo. Juana torció el cuello tratando de divisar la fuente de aquella intrusión sin precedentes. En un primer momento la gente le impidió ver algo, pero luego, por un hueco, lo vio.

Era una criatura enorme con forma de hombre pero una cabeza más alto que cualquier otro hombre que ella hubiera visto; su silueta se delineaba contra la luz cegadora de la puerta y su sombra se proyectaba hacia el interior. La cara estaba desprovista de rasgos y brillaba con un resplandor metálico; los ojos estaban tan hundidos en las órbitas oscuras que no se los podía ver. De la cabeza le brotaban dos cuernos dorados.

En medio de la asamblea una mujer gritó. «Woden», pensó Juana. Hacía mucho tiempo que había dejado de creer en los dioses de su madre pero allí estaba Woden tal como su madre lo había descrito, caminando con pasos largos por el pasillo.

«¿Ha venido a salvarme?», pensó ella.

Cuando lo tuvo más cerca pudo ver que la cara metálica y los cuernos eran una máscara, parte de un artificioso yelmo de combate. La criatura era un hombre no un dios. De la abertura del yelmo, en la nuca, asomaba una larga cabellera rubia que caía en rizos sobre los hombros.

—¡Hombres del norte! —gritó alguien.

El intruso no interrumpió su marcha. Al llegar al altar levantó una pesada espada de dos filos y la descargó con fuerza salvaje sobre la tonsura de uno de los clérigos ayudantes. El hombre cayó envuelto en sangre.

Todo estalló en un caos. Alrededor de Juana la gente gritaba y se precipitaba en todas direcciones. La arrastraron tan apretujada entre los cuerpos que sus pies perdieron contacto con el suelo. La ola de aldeanos aterrorizados iba hacia la puerta, pero se detuvo bruscamente.

La salida estaba bloqueada por otro intruso vestido para el combate como el primero, salvo que éste tenía un hacha en lugar de una espada.

La multitud vaciló. Juana oyó gritos fuera y aparecieron por la puerta más hombres del norte, una docena por lo menos. Entraron corriendo, gritando con voces roncadas y agitando enormes hachas de hierro sobre sus cabezas.

Los aldeanos reñían y se subían unos encima de otros en su desesperación por escapar de las hachas asesinas. Juana recibió un fuerte empujón desde atrás y cayó al suelo. Sintió pies en sus costados y su espalda y levantó los brazos para protegerse la cabeza. Alguien le pisó con fuerza la mano derecha y ella gritó por el dolor.

—¡Mamá! ¡Socorro! ¡Mamá!

Luchando por desprenderse de la maraña de cuerpos, se arrastró de costado hasta llegar a una zona abierta. Miró hacia el altar y vio a Fulgencio rodeado de hombres del norte. Los golpeaba con la enorme cruz de madera que había presidido el altar. Debía de haberla descolgado de la pared y en aquel momento la sacudía con furiosa energía, mientras sus atacantes avanzaban y retrocedían, tratando de herirlo con sus espadas pero sin poder entrar en el círculo defensivo que hacía la cruz.

Mientras ella miraba, Fulgencio asestó a uno de ellos un golpe que lo envió reculando a varios metros de distancia.

Juana se arrastró entre el ruido y el humo (¿había un incendio también?) en busca de Juan. A su alrededor se multiplicaban los chillidos, los gritos de guerra y los aullidos de dolor y terror. El suelo estaba cubierto de sillas volcadas y cuerpos de los que manaba la sangre.

—¡Juan! —exclamó. El humo era más espeso allí; los ojos le ardían y no podía ver con claridad—. ¡Juan! —Apenas si oía su propia voz sobre el clamor.

Una corriente de aire en la nuca fue una advertencia. Reaccionó por instinto, encogiéndose hacia un lado. La espada del hombre del norte, que apuntaba a su cabeza, sólo le hizo un rasguño en la mejilla. El golpe la arrojó al suelo, donde se encogió, tapándose con las manos la cara herida.

El hombre seguía frente a ella; sus ojos azules tenían una expresión asesina dentro de la horrible máscara. Juana se arrastró hacia atrás tratando de huir, pero no podía moverse con suficiente velocidad.

El hombre del norte alzó la espada para dar el golpe final. Juana se protegió la cabeza con los brazos y volvió la cara.

Pero el golpe no llegó. Abrió los ojos y vio cómo la espada caía de las manos de su atacante. De las comisuras de los labios le brotó sangre y se derrumbó lentamente. Detrás de él estaba Juan, mirando la hoja enrojecida del cuchillo de mango de hueso de su padre. Sus ojos brillaban con una extraña euforia.

—¡Lo atravesé justo en el corazón! ¿Has visto? ¡Te habría matado si no!

El horror de aquello la abrumaba.

—¡Nos matarán a todos! —Se aferró a Juan—. ¡Tenemos que escapar, tenemos que escondernos!

Él se la quitó de encima con un gesto.

—Ya había matado a otro. Me atacó con un hacha, pero me metí por debajo y le corté el cuello.

Juana miraba a su alrededor buscando desesperadamente un sitio donde ocultarse. A unos metros de ella estaba el retablo de la vida de san Germán. Era hueco. Podía haber espacio suficiente para...

—¡Rápido! —exclamó—. ¡Sígueme!

Cogió a Juan de la manga y lo obligó a que se arrastrara por el suelo. Juntos fueron hasta un lateral del retablo. ¡Sí! Había un hueco del tamaño justo para que pudieran meterse.

Dentro estaba oscuro. Sólo un poco de luz se colaba por un sitio donde los paneles no habían sido bien unidos. Se acomodó en el fondo, recogiendo las piernas para hacer sitio a Juan. Pero éste no aparecía, de modo que volvió a arrastrarse hasta la entrada y observó el exterior. Vio a su hermano inclinarse sobre el cadáver del hombre al que había matado. Le estaba tirando de la ropa, tratando de soltar algo.

—¡Juan! —le gritó— ¡Métete aquí! ¡Rápido!

Él le dirigió una mirada airada mientras sus manos seguían forcejeando bajo el cuerpo del hombre. Ella no se atrevió a volver a gritar por miedo a revelar su precioso escondrijo. Al cabo de un rato, él lanzaba un grito de triunfo y se ponía de pie sosteniendo la espada del muerto.

Ella volvió a indicarle mediante gestos que se escondiera. Juan le dirigió un saludo burlón con la espada y salió corriendo.

«¿Debo ir con él?». Empezó a atravesar la abertura.

Alguien (¿un niño?) gritó muy cerca con un horrible chillido que quedó suspendido en el aire y cesó bruscamente. El miedo la abrumó y retrocedió. Temblando, acercó un ojo a la grieta entre los paneles y observó en busca de Juan.

La lucha tenía lugar delante de su punto de observación. Oía el choque de metal contra metal; tuvo una breve visión de tela amarilla, del brillo de una espada. Un cuerpo cayó con pesadez. El combate se trasladó a un lado y ella pudo ver por la nave hasta la entrada de la catedral. Las pesadas puertas seguían entornadas y sobre el umbral había un grotesco montón de cadáveres.

Los hombres del norte empujaban a sus víctimas lejos de la puerta, hacia el lado derecho de la catedral. La entrada estaba libre.

«Ahora —se dijo—. Debo correr hacia la puerta». Pero no pudo moverse: sus miembros parecían paralizados.

Apareció un hombre en el borde de su estrecho campo visual. Se le veía tan desesperado y desgreado que por un momento ella no lo reconoció; era Odón. Corría hacia la entrada arrastrando la pierna izquierda. Sujetaba con las dos manos la gran Biblia del altar mayor.

Ya estaba casi en la puerta cuando dos hombres lo interceptaron. Se enfrentó a sus atacantes levantando la Biblia, como si quisiera espantar a los malos espíritus. Una pesada espada atravesó el libro y lo hirió en el pecho. Por un momento siguió en pie, atónito, sosteniendo las dos mitades del libro en las manos. Cayó hacia atrás y no volvió a moverse.

Juana se encogió en la oscuridad. Los gritos de los moribundos la rodeaban. Hecha un ovillo, hundió la cabeza en los brazos. Los latidos acelerados de su corazón resonaban en sus oídos.

Los gritos habían cesado.

Oyó a los hombres del norte que se llamaban entre sí en su lengua gutural. Se produjo un fuerte ruido de madera rompiéndose. Al principio no supo lo que pasaba; hasta que comprendió que los bárbaros estaban despojando a la catedral de sus tesoros. Se reían y gritaban. Estaban de muy buen humor.

No tardaron mucho en terminar el saqueo. Juana los oyó gruñir bajo el peso de su botín; sus voces se perdieron en la distancia.

Rígida como un leño se quedó en la oscuridad tratando de oír. Todo estaba en silencio. Fue lentamente hacia la abertura del retablo y se asomó a mirar.

La catedral estaba en ruinas. Había bancos volcados, las colgaduras de las paredes estaban arrancadas, las estatuas yacían destrozadas en el suelo. No había signos de la presencia de hombres del norte.

Había cadáveres por todas partes, amontonados con descuido. A pocos metros, al pie de los escalones que llevaban al altar, yacía Fulgencio junto a la gran cruz de madera, que estaba astillada y manchada de sangre. Junto al obispo descansaban los cadáveres de dos del norte con los cráneos aplastados bajo los yelmos.

Con la mayor cautela, Juana se arrastró hasta sacar la cabeza y los hombros

del retablo.

En un rincón vio algo que se movía. Volvió a ocultarse.

Una forma envuelta en tela se retorció y se separó del montón de cadáveres.

¡Alguien estaba vivo!

Una joven se levantó de espaldas a Juana y empezó a caminar tambaleándose hacia la puerta.

Su vestido dorado estaba roto y ensangrentado, y el cabello, escapando de la cofia rota, le caía sobre los hombros en bucles cobrizos.

¡Gisla!

Juana la llamó y Gisla se volvió, balanceándose, hacia el retablo.

Se oyó un súbito estallido de risas fuera de la catedral.

Gisla lo oyó y trató de correr, pero era demasiado tarde. Un grupo de hombres del norte atravesó la puerta. Cayeron sobre Gisla con un grito de júbilo y la levantaron sobre sus cabezas.

La llevaron a un espacio libre cerca del altar y la tendieron en el suelo con los miembros abiertos, sosteniéndola por las muñecas y los tobillos. Ella se retorció violentamente para liberarse. El más alto de los hombres le levantó la túnica y se tendió cuan largo era sobre ella. Gisla gritó. El hombre le cogió los pechos con las dos manos. Los otros se reían y gritaban alentándolo mientras la violaba.

Juana tuvo una arcada y se llevó las manos a la boca para ocultar el sonido.

El hombre se levantó y otro ocupó su lugar. Gisla estaba desmayada e inmóvil. Uno de los hombres le cogió el cabello con una mano y lo retorció para reanimarla.

Un tercer hombre la violó, y un cuarto; después la dejaron y fueron a recoger varios sacos que habían dejado amontonados junto a la puerta. Se produjo un sonido metálico cuando los levantaron; los sacos debían de contener parte de los tesoros de la catedral.

Por eso habían vuelto.

Antes de marcharse, uno de los hombres fue adonde yacía Gisla, la alzó, todavía inconsciente, y se la echó al hombro como un saco de grano.

Salieron.

En la profundidad del retablo, Juana sólo oía el silencio fantasmal, lleno de ecos, de la catedral.

La luz que entraba por la grieta del retablo ya contenía largas sombras. No había habido ningún sonido durante muchas horas. Juana se movió y salió cautelosamente por la estrecha abertura.

El altar seguía en su sitio, aunque estaba desprovisto de su revestimiento de oro. Desde donde estaba, Juana consideró la escena. Su túnica de boda estaba manchada de sangre; ¿sería suya? No podía decirlo. Sentía punzadas de dolor en la mejilla, en el lugar en que la habían herido. Con pasos rígidos caminó entre los cadáveres, buscando.

En un montón de cuerpos cerca de la puerta descubrió al herrero y a su hijo, con los brazos extendidos como si cada uno tratara de proteger al otro. Muerto, el chico parecía consumido y viejo. Sólo unas horas antes estaba a su lado en la catedral, alto y rudo y lleno de vigor juvenil. «Ya no habrá boda», pensó Juana. El día anterior, aquel pensamiento la habría llenado del más profundo alivio y alegría; en aquel

momento no sentía nada salvo un enorme vacío. Lo dejó tendido junto a su padre y continuó su busca.

Encontró a Juan en el rincón, aferrando todavía con la mano la espada del hombre del norte. Le habían aplastado la nuca de un golpe, pero la muerte no había dejado huellas en su cara. Sus ojos azules estaban límpidos y abiertos; la boca se estiraba ligeramente hacia atrás en lo que parecía una sonrisa. Había tenido la muerte de un guerrero.

Corrió dando traspiés hacia la puerta y la abrió. Las pesadas hojas cedieron de una forma extraña; las bisagras habían sido destrozadas por las hachas de los atacantes. Juana corrió afuera y se quedó un momento aspirando con fuerza el aire fresco, liberando los pulmones del hedor de la muerte.

El paisaje estaba vacío. El humo se curvaba en perezosas espirales desde montones de escombros que aquella misma mañana habían sido un animado conjunto de casas que rodeaba la catedral.

Dorstadt estaba en ruinas.

Nada se movía. No había quedado nadie. Toda la población de la ciudad se había reunido en la catedral para la misa.

Miró hacia el este. Sobre las copas de los árboles que interrumpían su visión, una columna de humo negro subía a oscurecer el cielo.

Villaris. Lo habían quemado.

Se sentó en el suelo y hundió la cara en las manos, tocándose la mejilla herida. «Geroldo».

Necesitaba que él la abrazara, la consolara, hiciera que el mundo volviera a ser reconocible. Mirando el horizonte con los ojos medio cerrados esperaba que Geroldo apareciera, montado en *Pistis*, con su cabello rojo flotando tras él como un estandarte.

«Tengo que esperarle. Si vuelve y no me encuentra, pensará que me llevaron los del norte, como a la pobre Gisla. Pero no puedo quedarme aquí».

Miró con temor el paisaje de ruinas. No había señales de los hombres del norte. ¿Se habrían ido? ¿O volverían, en busca de más botín?

«¿Y si me encuentran?». Ya había visto cuánta piedad podía esperar de ellos una mujer sin protección.

¿Dónde podía esconderse? Echó a andar hacia los árboles que señalaban el límite del bosque que rodeaba la ciudad, primero al paso, después corriendo. Jadeaba entre sollozos; a cada paso esperaba que una mano la cogiera por detrás y la obligara a dar media vuelta para ver las horrendas máscaras metálicas. Una vez que llegó a la seguridad de los árboles, se arrojó al suelo.

Al cabo de un rato intentó sentarse. Se hacía de noche. El bosque se oscurecía. Oyó un roce de hojas y se estremeció de miedo.

Los hombres del norte podían estar cerca acampando en aquel bosque.

Tenía que escapar de Dorstadt y de algún modo comunicarle a Geroldo dónde había ido.

«Mamá». Echaba de menos a su madre, pero no podía ir a casa. Su padre no la habría perdonado. Si volvía llevándole la noticia de la muerte del único hijo varón que le quedaba, estaba segura de que se vengaría en ella.

«Si no fuera mujer. Si solamente...»

Durante el resto de su vida recordaría aquel momento y se preguntaría qué poder de Dios o del diablo había dirigido sus pensamientos. Pero entonces no tenía tiempo para pensarlo. Era una oportunidad. Quizá nunca volvería a haber otra.

El sol rojo brillaba sobre el horizonte. Tenía que actuar rápido.

Encontró a Juan tendido donde lo había dejado, en el interior sombrío de la catedral. Su cuerpo estaba blando y no presentó resistencia mientras ella lo puso de costado. El rigor cadavérico todavía no se había manifestado.

—Perdóname —le susurró mientras le quitaba el manto.

Cuando hubo terminado, lo cubrió con su propia túnica. Le cerró los ojos y lo arregló del modo más decente que pudo. Se puso de pie adaptándose al peso de sus nuevas ropas. No eran tan diferentes de las suyas, salvo por las mangas, que se ajustaban en los puños. Tocó con la punta de los dedos el cuchillo de mango de hueso que había quitado del cinturón de Juan.

«El cuchillo de mi padre». Era viejo, con el mango de hueso oscurecido y señalado, pero la hoja seguía estando afilada.

Fue al altar. Se soltó la capa y puso la cabellera sobre él. Los rizos se desplegaban sobre la pulida superficie de piedra, casi blancos en la última luz.

Levantó el cuchillo.

Lenta y deliberadamente empezó a cortar.

En el crepúsculo, la figura de un hombre joven salió por la puerta de la catedral saqueada y miró el paisaje con vivos ojos verdigrises. La luna se levantaba en un cielo que empezaba a animarse con el brillo de las estrellas.

Más allá de las ruinas de las casas, el camino del este brillaba en un plateado marino, en medio de la creciente oscuridad.

La figura se apartó de la sombra de la catedral. No había quedado nadie vivo para ver a Juana emprender el camino hacia el gran monasterio de Fulda.

Doce

El salón estaba lleno de gente y de ruido; eran personas que habían viajado desde los alrededores de aquella pequeña aldea de Westfalia para presenciar el desarrollo del *mallus*. Estaban apiñados e inquietos y arrugaban las esteras limpias que había extendidas sobre el suelo de tierra y al moverlas dejaban al descubierto las viejas manchas de cerveza, grasa, salivazos y excrementos animales que tenían debajo. El olor rancio subía por el aire caliente y sin ventilación. Pero a nadie le importaba gran cosa porque tales olores eran los habituales en las moradas francas. Además, el foco de atención de la gente estaba en otra parte: en el conde frisio de pelo rojo que había ido a hacer justicia en nombre del emperador.

Geroldo se volvió hacia Frambert, uno de los siete *scabini* asignados para ayudarlo en su tarea.

—¿Cuántos quedan todavía?

El *mallus* se había constituido al alba; ya era media tarde y llevaban ocho horas de ardua labor. Detrás de la mesa alta donde se sentaba Geroldo, sus cansados hombres se apoyaban en las espadas. Había llevado a veinte de sus mejores hombres, por si acaso. Desde la muerte del emperador Carlomagno, el imperio había ido derrumbándose; la posición de los *missi* imperiales era cada vez más precaria. En ocasiones tenían que hacer frente a audaces desafíos por parte de señores locales ricos y poderosos, hombres poco acostumbrados a que se pusiera en duda su autoridad. La ley no era nada si no se la podía hacer cumplir; por eso Geroldo había llevado tantos hombres, aunque eso significara dejar a Villaris casi indefensa. Pero la alta empalizada de la mansión era garantía suficiente contra las escaramuzas de ladrones y bandoleros solitarios que habían sido la única amenaza para la paz y la seguridad de la región durante muchos años.

Frambert revisó la lista de querellantes, escrita en una tira de pergamino de veinticinco centímetros de ancho, con los segmentos cosidos de modo tal que formaban un rollo de unos cinco metros de largo.

—Tres más, mi señor —dijo Frambert.

Geroldo suspiró con fatiga. Estaba cansado y tenía hambre; su paciencia para soportar el flujo interminable de mezquinas acusaciones, quejas y lamentos lo estaba agotando. Tenía ganas de estar de nuevo en Villaris con Juana.

«Juana». Cuánto la echaba de menos: su voz ronca, su risa profunda y potente, sus fascinantes ojos verdigrises que lo miraban con tanta sabiduría y amor. Pero no debía pensar en ella. Por eso había accedido a servir de *missus*: para poner distancia entre ellos y darse tiempo para recuperar el control sobre la ingobernable intensidad de las emociones que habían nacido dentro de él.

—Llama al siguiente, Frambert —dijo, interrumpiendo sus distraídos pensamientos.

Frambert levantó el rollo de pergamino y leyó en voz alta, esforzándose para que la ruidosa multitud lo oyera:

—Abo demanda a su vecino Hunald y dice que sin derecho ni justa compensación ha cogido ganado de su propiedad.

Geroldo asintió. La situación era muy frecuente. En aquellos tiempos de analfabetismo era raro el propietario que podía mantener por escrito el inventario de sus bienes; la ausencia de documentos dejaba el campo abierto para toda clase de robos y falsificaciones.

Hunald, un hombre corpulento, de cara roja y vestido ostentoso de lino rojo, se adelantó para negar la acusación.

—Los animales son míos. Traed el relicario. —Señaló la caja de reliquias sagradas que estaba sobre la mesa—. Ante Dios —adoptó una postura teatral, alzando los brazos al cielo— juraré mi inocencia sobre estos santos huesos.

—Las vacas son mías no de Hunald, cosa que él sabe bien —respondió Abo, un hombre pequeño cuyos modales tranquilos y vestimenta simple lo ponían en claro contraste con Hunald—. Hunald puede jurar todo lo que quiera; no cambiará la verdad.

—¿Qué, Abo, pones en duda el juicio de Dios? —protestó Hunald, subrayando con su tono de voz la piadosa indignación que podía esperarse de él; pero Geroldo captó el acento de triunfo—. ¡Eso es blasfemia, mi señor!

—¿Tienes alguna prueba de que las vacas sean tuyas? —le preguntó Geroldo a Abo.

La pregunta era bastante irregular; en Franconia no había leyes de testigos ni pruebas. Hunald fulminó con la mirada a Geroldo. ¿Qué trataba de hacer aquel extraño conde frisio?

—¿Prueba? —La idea era nueva; Abo tuvo que pensarlo un momento—. Bueno, Berta (que es mi esposa) puede nombrarlas a cada una, lo mismo que mis cuatro hijos que las han conocido desde que eran pequeños. Ellos podrían decirnos cuál se enfada cuando la ordeñan y cuál prefiere el trébol a la alfalfa. —En aquel momento se le ocurrió otra idea—. Ponme ante ellas y déjame llamarlas porque conocen el sonido de mi voz y el tacto de mi mano. —Una pequeña chispa de esperanza se encendió en los ojos de Abo.

—¡Tonterías! —exclamó Hunald—. ¿Acaso esta corte preferiría las acciones de bestias sin razón a las leyes sagradas del cielo? Exijo un juicio justo por juramento. ¡Traed la caja de reliquias y juraré!

Geroldo se acarició la barba, pensando. Hunald era el acusado; estaba en su derecho al exigir que se le tomara el juramento. Dios no le permitiría jurar en falso con la mano sobre las santas reliquias: así decía la ley.

El emperador obtenía buenos dividendos por aquellos juicios, pero Geroldo tenía sus dudas. Estaba seguro de que había hombres a quienes les importaban más las sólidas ventajas de este mundo que los vagos e insustanciales terrores del próximo y no vacilaban en mentir. «Si se diera la ocasión, yo mismo lo haría —pensaba Geroldo—, si lo que estuviera en juego valiera la pena». Juraría una mentira sobre un carro lleno de reliquias para proteger la seguridad de alguien que amara.

«Juana». Otra vez la imagen de ella entraba de modo irresistible en su imaginación. Y la obligó a salir. Ya tendría tiempo para esos pensamientos cuando terminara su jornada.

—Mi señor —le dijo en voz baja Frambert inclinándose sobre él—. Puedo dar testimonio por Hunald. Es un buen hombre, un hombre generoso, y esta demanda

contra él se basa en falsedades.

Bajo la mesa, fuera de la vista del público, Frambert jugueteaba con un magnífico anillo, una amatista engarzada en plata grabada con la figura de un águila. Le daba vueltas en el dedo medio para que Geroldo pudiera ver cómo brillaba a la luz.

—Ah, sí, un hombre sumamente «generoso». —Frambert se quitó el anillo del dedo—. Hunald me pidió que te dijera que este anillo es para ti. Un gesto de aprecio por tu apoyo. —Una pequeña sonrisa vacilante se dibujó en las comisuras de sus labios.

Geroldo cogió el anillo. Era una pieza soberbia, la mejor que había visto nunca. La sopesó y admiró el trabajo de orfebrería.

—Gracias, Frambert —dijo con tono firme—. Esto me hace mucho más fácil el juicio.

La sonrisa de Frambert se amplió: se convirtió en un gesto de intensa simpatía. Geroldo se volvió hacia Hunald.

—¿Quieres someterte al juicio de Dios?

—Así es, mi señor.

Hunald aumentaba su confianza porque sabía de qué trataban los murmullos entre Geroldo y Frambert. El criado con la caja de reliquias dio un paso adelante, pero Geroldo lo mandó quedarse en su sitio con un gesto.

—Pediremos la sentencia divina mediante el *judicium aquae ferventis*.

Hunald y Abo no parecían entender; al igual que el resto de los presentes, desconocían el latín.

—*Kesselfang* —tradujo Geroldo.

—*¡Kesselfang!* —Hunald se puso blanco; no había pensado en aquello. La prueba del agua hirviendo era una forma conocida de juicio, pero no había sido empleada en aquella parte del imperio desde hacía muchos años.

—Traed el caldero —ordenó Geroldo.

Hubo un momento de asombrado silencio. El salón se disolvió en un rumor caótico de voces y movimientos. Varios criados corrieron a buscar agua caliente a las casas vecinas. Volvieron minutos después con un caldero de hierro negro con la profundidad de un brazo de hombre, lleno de agua hirviendo. Lo colocaron sobre el hogar que había en el centro del salón y el agua no tardó en entrar en ebullición.

Geroldo asintió satisfecho. Dado el talento de Hunald para el soborno había temido que fuera un caldero más pequeño.

—¡Mi señor conde, protesto! —exclamó Hunald. El miedo lo había vuelto indiferente a las apariencias—. ¿Y el anillo?

—En él estaba pensando justamente, Hunald. —Geroldo levantó el anillo para que todos lo vieran y lo arrojó al caldero—. Por sugerencia del acusado este anillo será el servidor del juicio de Dios.

Hunald tragó con fuerza. El anillo era pequeño y escurridizo; sería infernalmente difícil recuperarlo. Pero no podía negarse sin admitir su culpa y devolver las vacas de Abo, que valían más de setenta sueldos. Maldijo al conde extranjero que tan inexplicablemente inmune era al intercambio de favores, beneficioso para ambas partes, que había caracterizado sus negociaciones con otros emisarios. Respiró profundamente y hundió el brazo en el caldero. Su rostro se arrugó

de dolor cuando el agua hirviendo le abrasó la piel. Buscó con frenesí en el fondo del caldero. Soltó un gemido de desesperación cuando el anillo, que había logrado atrapar, se le resbaló entre los dedos. Volvió a intentarlo y, *Deo gratias*, lo cogió. Sacó la mano enseñando su presa.

—Aaaaaah. —Un murmullo de asombro recorrió al público al ver el brazo de Hunald. Ya empezaban a formarse ampollas en la superficie roja de la piel.

—Diez días —dijo Geroldo— será el plazo del juicio de Dios.

Hubo un estremecimiento en el público, pero no sonaba a protesta. Todos comprendían la ley: si las heridas del brazo y mano de Hunald se curaban en diez días, su inocencia quedaría probada y el ganado sería suyo. Si no, era culpable de robo y los animales volverían a su legítimo propietario, Abo.

En su interior, Geroldo dudaba que las heridas se curaran en tan poco tiempo. Era lo que había querido ya que no tenía dudas de que Hunald era culpable del delito. Y si las heridas de Hunald se curaran en el plazo estipulado... en fin, se lo pensaría dos veces antes de volver a robar ganado a sus vecinos. Era una justicia tosca, pero era todo lo que permitía la ley y era mucho mejor que nada. *Lex dura, sed lex*. Los estatutos imperiales eran los únicos pilares en los que se apoyaba la ley en aquellos tiempos de desorden; si se los echaba abajo, quién sabe qué vientos de salvajismo asolarían la tierra, derribando a débiles y poderosos por igual.

—Llama al siguiente, Frambert.

—Aelfric acusa a Fulrad de negarse a pagar el precio de sangre debido.

El caso parecía bastante fácil. Tenbert, hijo de Fulrad, un chico de dieciséis años, había matado a una mujer joven, una de las colonas de Aelfric. El crimen en sí no estaba en discusión, sino la cuantía del precio de sangre. Las leyes sobre el *wergeld* eran detalladas y específicas para cada persona del imperio según el rango, las propiedades, la edad y el sexo.

—Fue culpa de ella —dijo Tenbert, un muchacho alto y desgarbado con pecas y gesto malhumorado—. Era sólo una colona; no debería haberse resistido tanto.

—La violó —explicó Aelfric—. Pasaba por mis viñedos donde estaban cosechando la uva y le gustó. Ella era una criatura hermosa de sólo doce inviernos, todavía una niña en realidad, y no lo comprendió. Creyó que quería hacerle daño. Como no quiso someterse, le pegó hasta cansarse. —Hubo un largo murmullo entre el público; Aelfric hizo una pausa para que registraran bien el hecho—. Murió al día siguiente, amoratada e hinchada y llamando a su madre.

—No tienes motivo de queja —intervino acaloradamente Fulrad, el padre de Tenbert—. ¿Acaso no te pagué a la semana siguiente? ¡Cincuenta sueldos de oro, una suma generosa! ¡Y la chica era una simple colona!

—La chica está muerta; no volverá a trabajar en mis viñedos. Y su madre, una de mis mejores tejedoras, ha quedado paralizada por el dolor y ya no me sirve tampoco. Pido el *wergeld* debido: cien sueldos de oro.

—¡Es demasiado! —Fulrad abrió los brazos—. Eminencia, con lo que le he dado, Aelfric puede comprarse veinte buenas vacas lecheras, lo que todo el mundo sabe que vale mucho más que una estúpida niña, su madre y el telar incluido.

Geroldo frunció el ceño. Aquellos regateos por el precio de sangre eran repugnantes. La chica tendría más o menos la misma edad que su hija Duoda. La idea

de que aquel muchacho desagradable la violara era grotesca. Cosas así sucedían todo el tiempo, claro: una colona que hubiera llegado a los catorce años con su virtud intacta podía considerarse extraordinariamente afortunada, o fea, o ambas cosas. Geroldo no era ingenuo, sabía cómo era el mundo, pero aun así no le gustaba.

Sobre la mesa, frente a él, había un códice con tapas de cuero y el sello imperial estampado en oro. En él estaban escritas las antiguas leyes del imperio, la Ley Sállica y la Ley Carolingia, que incluía las revisiones y adiciones al código jurídico dictado por el emperador Carlomagno. Geroldo conocía la ley y no necesitaba el libro. No obstante, lo consultó solemnemente; su valor simbólico impresionaría a los litigantes y el veredicto que estaba a punto de emitir necesitaría de toda su autoridad.

—La Ley Sállica es muy clara en este punto —dijo al fin—. Cien sueldos de oro es el *wergeld* correspondiente por una colona.

Fulrad maldijo en voz alta. Aelfric sonreía.

—La niña tenía doce años —siguió Geroldo— y en consecuencia había llegado a la edad de concebir hijos. Por ley el precio de sangre debe triplicarse a trescientos sueldos de oro.

—Pero ¿es que la corte se ha vuelto loca? —gritó Fulrad.

—La suma —continuó Geroldo sin alzar la voz— será pagada como sigue: doscientos sueldos a Aelfric, el señor legal de la niña, y cien a la familia de la difunta.

Ahora le tocó a Aelfric escandalizarse.

—¿Cien a su familia? —dijo con incredulidad—. ¿A los colonos? Soy el señor de la tierra: el dinero de la chica es mío por derecho.

—¿Quieres arruinarme? —preguntó Fulrad, demasiado absorto en sus propios problemas para complacerse en el mal de su enemigo—. ¡Trescientos sueldos de oro es casi el precio de sangre de un guerrero! ¡De un sacerdote! —Avanzó con gesto agresivo hacia la mesa tras la que se hallaba Geroldo—. Y hasta, quizá —dijo con un inconfundible tono de amenaza en la voz—, de un conde.

Un breve grito de alarma recorrió el público cuando una docena de hombres de Fulrad se abrieron paso hasta el frente. Estaban armados con espadas y parecían ser hombres habituados a usarlas.

Los hombres de Geroldo se movieron para hacerles frente, las manos en las espadas a medio desenvainar. Geroldo los detuvo con un gesto.

—En nombre del emperador... —Su voz resonaba con la dureza de una hoja de acero—. El veredicto en este caso ha sido pronunciado y recibido. —Sus fríos ojos azules estaban fijos en Fulrad—. Llama al siguiente, Frambert.

Frambert no respondió. Se había movido de su asiento y estaba escondido bajo la mesa.

Pasaron varios segundos en un silencio tenso: el público, tan inquieto unos minutos antes, estaba paralizado. Geroldo se sentó en su silla dando muestras de la mayor confianza y tranquilidad, pero su mano derecha colgaba sobre la empuñadura de la espada, tan cerca que la tocaba con la punta de los dedos.

Bruscamente, con una maldición pronunciada entre dientes, Fulrad giró sobre sus talones. Cogiendo con rudeza a Tenbert por el brazo, lo arrastró hacia la puerta. Sus hombres lo siguieron y la multitud se abrió para dejarles paso. Cuando cruzaban el umbral, Fulrad descargó un golpe sobre la cabeza de su hijo. El grito de dolor del chico

resonó en el salón y el público estalló en risas violentas que rompieron la tensión.

Geroldo sonrió con tristeza. Si algo sabía sobre la naturaleza humana era que Tenbert recibiría una buena paliza. Quizás eso le enseñaría una lección, quizá no. Fuera como fuera, ya no le haría ningún bien a la chica asesinada. Pero los padres recibirían parte del *wergeld*. Con el cual podrían comprar su libertad y tener una vida mejor ellos, sus otros hijos, y los hijos de sus hijos.

Geroldo mandó a sus hombres, con un gesto, que envainaran las espadas y se retiraran a su posición tras la mesa.

Frambert salió de su escondite y volvió a su puesto, con aire de dignidad herida. Estaba pálido y le temblaba la voz al leer el último caso.

—Ermoín, el molinero, y su mujer, demandan a su hija por haber tomado, en contra de la voluntad y la orden expresa de sus padres, a un esclavo por marido.

Una vez más el público se apartó para dejar pasar a una pareja mayor, de cabellos grises, patricios vestidos con buena ropa, testimonio del éxito de Ermoín en su comercio. Detrás de ellos venía un joven vestido con la túnica desgarrada y vieja de un esclavo, y detrás una muchacha con la cabeza baja en actitud modesta.

—Mi señor —dijo Ermoín sin esperar a que le preguntaran—, aquí ves a nuestra hija Hildegarde, alegría de nuestros viejos corazones, única con vida de los ocho hijos que tuvimos. Fue criada con todas las atenciones, mi señor, con demasiadas atenciones como vemos ahora para nuestro dolor. Porque nos ha pagado nuestros amorosos cuidados con la desobediencia y la ingratitud.

—¿Qué reparación pides a esta corte? —preguntó Geroldo.

—La elección, por supuesto, mi señor —dijo Ermoín sorprendido—. El huso y la espada. Debe elegir como lo exige la ley.

Geroldo se puso serio. En su carrera como *missus* había presidido un caso semejante y no le gustaba la perspectiva de presenciar otro.

—La ley, como dices, tiene prevista esa circunstancia. Pero parece dura, especialmente para una persona que ha sido criada con tantas... atenciones. ¿No hay otro medio?

Ermoín entendió a qué se refería: podía pagarse el precio del hombre y se convertiría en un hombre libre.

—No, mi señor. —El hombre negó con vehemencia.

—Muy bien —dijo Geroldo con tono resignado. No había modo de evitarlo... Los padres de la chica conocían la ley e insistirían en llevar a su conclusión aquel feo asunto—. Traed un huso —ordenó—. Hunrico... —dijo dirigiéndose a uno de sus hombres—, préstame tu espada. —No quería usar la suya, que nunca había herido carne indefensa ni lo haría mientras fuera su espada.

Hubo unos momentos de rumores y movimientos mientras llevaban un huso de una casa vecina. Cuando la chica alzó la vista, el padre le dirigió unas palabras enérgicas y ella volvió a bajar los ojos. Pero en aquel breve instante Geroldo pudo ver su cara. Era de una sorprendente belleza: ojos muy grandes en una piel lechosa, una frente delicada, labios de curvas suaves. Geroldo podía comprender la furia de los padres: con una cara como aquélla, la chica podía haber capturado el corazón de un gran señor, hasta de un noble, y haber mejorado la fortuna de la familia.

Geroldo puso una mano sobre el huso; con la otra levantó la espada.

—Si Hildegarde elige la espada —dijo en voz alta para que todos pudieran oír— entonces su marido, el esclavo Romualdo, morirá inmediatamente herido por su filo. Si elige el huso, ella se volverá esclava.

Era una elección terrible. En una ocasión, Geroldo había visto a otra chica, no tan hermosa pero igual de joven, hacer frente a la misma alternativa. Aquélla había escogido la espada y había visto cómo mataban con ella al hombre que amaba. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? ¿Quién escogería pudiendo evitarlo la degradación al estado vil de la esclavitud, no sólo para ella sino para sus hijos y todas las futuras generaciones por venir?

La chica estaba callada e inmóvil. No había reaccionado con ningún gesto mientras Geroldo explicaba el procedimiento.

—¿Comprendes el significado de la elección que debes hacer? —le preguntó con dulzura.

—Lo comprende, mi señor— dijo Ermoín, apretando el brazo de su hija—. Sabe exactamente qué debe hacer.

Geroldo bien podía imaginárselo. La cooperación de la chica sin duda había sido lograda por medio de amenazas y maldiciones, quizás incluso de golpes.

Los guardias que flanqueaban al joven echaron mano a sus armas para impedir un posible intento de fuga. Él los miró con desdén. Tenía un rostro interesante; una frente baja y vulgar coronada con una mata de pelo duro, pero ojos inteligentes, una mandíbula bien formada, una nariz fina y fuerte; parecía tener algo de la vieja sangre romana.

Podía ser un esclavo, pero tenía coraje. Geroldo ordenó a los guardias que se apartaran.

—Ven, niña —le dijo a la chica—. Debes hacerlo.

El padre le susurró algo al oído. Ella asintió y él le soltó el brazo y la empujó hacia delante.

Ella levantó la cabeza y miró al joven. El amor sin disimulo que brillaba en sus ojos sorprendió a Geroldo.

—¡No! —gritó el padre tratando de detenerla, pero ya era tarde.

Con la mirada fija en su marido ella se acercó sin vacilar al huso, se sentó en el suelo y empezó a hilar.

Cabalgando hacia Villaris al día siguiente, Geroldo pensaba en lo que había sucedido. La chica lo había sacrificado todo: su familia, su fortuna, hasta su libertad. El amor que había visto en su rostro encendía su imaginación y lo conmovía de un modo que no terminaba de entender. Lo único que sabía, con una convicción que borraba todo lo demás, era que él lo quería: quería para sí aquella pureza e intensidad de emociones que hacía que las otras cosas parecieran no tener sentido. No era demasiado tarde; estaba seguro de que tenía tiempo. Sólo tenía veintinueve años; ya no era joven, quizá, pero todavía se hallaba en la plenitud de sus fuerzas.

Nunca había querido a su esposa, Richild, ni ella había simulado nunca quererlo. Sabía que nunca sacrificaría por él la menor de sus joyas. El suyo había sido un matrimonio negociado, una combinación de fortunas y familias. Así era como las cosas debían ser y hasta hacía poco tiempo Geroldo nunca había pretendido nada más. Cuando, después del nacimiento de Duoda, Richild había anunciado que no quería más

hijos, él había accedido a sus deseos sin sentir que perdiera nada. No había tenido dificultad en encontrar con quién compartir placeres lejos del lecho conyugal.

Pero entonces, a causa de Juana, todo aquello había cambiado. Trató de imaginársela, el hermoso cabello dorado rodeándole el rostro, los sabios ojos verdigrises dándole más años de los que tenía. Su nostalgia de ella, mayor aún que su deseo, le contraía el corazón. Nunca había conocido a nadie como ella. Su mente inquisitiva, sus ansias de poner en duda y negar ideas que el resto del mundo aceptaba como verdades inamovibles, lo llenaban de asombro. Podía hablar con ella como no podía hablar con nadie más. Podía confiarle todo, hasta su vida.

Sería muy fácil hacerla su amante; su último encuentro en el arroyo no le había dejado dudas al respecto. En contra de su costumbre, él se había contenido porque quería algo más, aunque en aquel momento no hubiera sabido qué.

Ahora lo sabía. «La quiero como esposa».

Sería difícil, y seguramente caro, liberarse de Richild, pero eso no importaba. «Juana será mi esposa. Si me quiere».

Con esta resolución tuvo un sentimiento de paz. Geroldo respiró profundamente, disfrutando los perfumes estimulantes del bosque en primavera y sintiéndose más vivo y más feliz que en los últimos años.

Estaban muy cerca. Una nube baja colgaba pesadamente en el aire, oscureciendo la visión que podía tener Geroldo de Villaris. Juana estaba allí, esperándolo. Impaciente, puso a *Pistis* al trote.

Un aroma desagradable llenaba el aire penetrando en sus sentidos.

Humo. La nube que pendía sobre Villaris era humo.

En pocos instantes todos corrían a todo galope a través del bosque, sin importarles las ramas que les desgarraban el cabello y la ropa. Salieron al claro y se detuvieron bruscamente mirando con incredulidad.

Villaris no existía.

Debajo de la nube de humo que trazaba lentas espirales, un montón oscurecido de escombros y ceniza era todo lo que quedaba del hogar que habían dejado hacía sólo dos semanas.

—Juana! —gritó Geroldo—. ¡Duoda! ¡Richild!

¿Habían escapado o estarían muertas, enterradas bajo aquellas ruinas humeantes?

Sus hombres ya estaban de rodillas en medio de los escombros buscando cualquier cosa reconocible, un trozo de tela, un anillo, un tocado. Algunos lloraban abiertamente al remover las piedras, temerosos de lo que podían hallar en cualquier momento.

A un lado, bajo un montón de vigas ennegrecidas, Geroldo vio algo que le hizo contraer el corazón. Era un pie. Un pie humano.

Corrió hacia allí y empezó a apartar las vigas tirando de ellas hasta que las manos le empezaron a sangrar, cosa que no notó. Poco a poco apareció el cuerpo que yacía debajo. Era un cuerpo de hombre tan quemado que los rasgos apenas si permitían reconocerlo, pero por el amuleto que le rodeaba el cuello Geroldo supo que era Andulf, uno de los guardias. En la diestra sostenía aún una espada. Geroldo se inclinó para empuñarla, pero la mano del cadáver se negó a soltarla. El calor del

incendio había fundido el mango, soldando carne y hierro.

Andulf había muerto combatiendo. Pero ¿a quién? o ¿a qué? Geroldo examinó el paisaje con la mirada experta de un soldado. No había señal de ningún campamento, ni armas o materiales que hubieran quedado y pudieran dar indicación de lo que había pasado. El bosque que los rodeaba estaba inmóvil en la brillante tarde primaveral.

—¡Señor!

Sus hombres habían hallado los cuerpos de dos guardias más. Igual que Andulf, habían muerto peleando y las espadas seguían en sus manos. El descubrimiento los alentó a buscar más, pero sin frutos. No había signos de nadie más.

«¿Dónde están todos?». Habían dejado más de cuarenta personas en Villaris, no podían haberse desvanecido sin dejar huellas. El corazón de Geroldo albergó una chispa de esperanza. Juana estaba viva, debía estarlo. Quizás estaba cerca, escondida en el bosque con los otros que faltaban. ¡O quizás habían huido a la ciudad!

Montó a *Pistis* de un salto llamando a sus hombres. Galoparon hacia la ciudad y sólo se detuvieron al entrar en sus calles desiertas.

En silencio, Geroldo y sus hombres recorrieron la larga fila de casas. Mientras algunos hombres se dispersaban por las calles, Geroldo fue con Worad y Amalwin a la catedral. Las pesadas puertas de roble colgaban torcidas de sus bisagras. Desmontaron intrigados y se acercaron con las espadas en la mano. Al subir los escalones, Geroldo pisó algo resbaladizo. Sobre la madera gastada había un charco de sangre ennegrecida, alimentado por un lento pero firme gotear desde el otro lado de la puerta.

Entró.

Por un momento la compasiva oscuridad del interior le impidió ver.

Detrás de él, Amalwin empezó a vomitar. Geroldo sintió que su pecho se contraía, pero tragó con fuerza y logró dominarse. Se cubrió la boca y la nariz con la manga y avanzó por la nave central. Era difícil no tropezar con tal cantidad de cadáveres. Oyó a Worad y Amalwin maldiciendo, oyó el sonido de su respiración rápida y superficial. Seguía adelante como en un sueño, abriéndose camino entre los horribles restos humanos, buscando.

Cerca del altar mayor encontró a los miembros de su casa. Estaban Wala, el capellán, y Wido, el mayordomo. Irminion, la camarera, yacía cerca, y en sus brazos sin vida seguía sosteniendo a su hijo muerto. Worad, su marido, soltó un aullido al verlos. Cayó de rodillas y los abrazó, tocando sus heridas y manchándose de sangre.

Geroldo apartó la vista. Su mirada cayó sobre un resplandor verde de esmeralda y plata que le era conocido. La diadema de Richild. Y a su lado estaba ella, caída de bruces, con el cabello negro disperso alrededor como un manto. Geroldo recogió la diadema y quiso colocarla en la cabeza de la muerta. Al contacto, la cabeza de Richild se torció en forma grotesca y rodó apartándose del cuerpo.

Sobresaltado, Geroldo retrocedió. Su pie tropezó con otro cadáver y faltó poco para que cayera. Miró abajo. Ahí yacía Duoda, su cuerpo estaba torcido como si hubiera tratado de esquivar el golpe de su atacante. Con un gemido, Geroldo cayó de rodillas junto al cadáver de su hija. La tocó con dulzura, acariciando su suave cabello infantil y acomodando los miembros de modo que pareciera más cómoda. Le besó la mejilla y le cerró los ojos. Todo estaba mal. Era ella la que debería haber cumplido

aquel gesto de respeto final con él.

Con negros presentimientos se levantó y prosiguió la sombría búsqueda entre los cadáveres. Juana debía de estar en alguna parte, entre los otros; tenía que encontrarla.

Atravesó la catedral mirando cada una de las caras frías y muertas, reconociendo en cada una los rasgos de un aldeano, un vecino, un amigo. Pero no encontró a Juana.

¿Existía la posibilidad de que, milagrosamente, hubiera escapado? ¿Era posible? Geroldo apenas si se atrevía a esperararlo. Inició una segunda búsqueda.

—¡Señor! ¡Señor! —Eran voces que provenían del exterior de la catedral, llenas de apremio.

Geroldo llegó a la puerta en el momento en que sus hombres llegaban a los pies de la escalera.

—¡Son hombres del norte, señor! ¡Están río abajo, cargando sus barcos!...

Pero Geroldo ya corría hacia *Pistis*.

Galoparon a rienda suelta rumbo al río; los cascacos de los caballos resonaban en la tierra dura del camino. No pensaron siquiera en aprovechar la sorpresa; locos de pena y furia, sólo podían pensar en la venganza.

Al dar la vuelta en un recodo, vieron una embarcación larga y baja, aunque con una alta proa de madera tallada en forma de cabeza de dragón con la boca abierta y largos dientes curvos. La mayoría de los hombres ya estaban a bordo, pero unos veinte seguían en tierra protegiendo el barco mientras se cargaba lo último del botín. Con un gran grito de guerra inarticulado, Geroldo espoleó a su caballo lanzándose hacia delante, con la lanza en alto. Sus hombres lo seguían de cerca. Los del norte, a pie, corrieron para ponerse a salvo; varios cayeron bajo los cascacos en la estampida. Geroldo apuntó la lanza hacia el más cercano, un gigante de yelmo dorado con barba amarilla. El gigante se volvió, alzó el escudo y la punta de la lanza se clavó en él, estremeciéndolo.

De pronto el aire se llenó de flechas; las arrojaban desde el barco. *Pistis* retrocedió encabritado y se desplomó con una flecha clavada en un ojo. Geroldo se desprendió de la silla antes de la caída y tocó tierra con el pie izquierdo en mala postura. Sacó la espada y corrió cojeando hacia el gigante que trataba de arrancar la lanza del escudo. Geroldo pisó el extremo de la lanza, que tocaba el suelo, obligando al otro a bajar el escudo. El gigante lo miró con sorpresa y levantó el hacha, pero era demasiado tarde; de un solo golpe Geroldo le atravesó el corazón. Sin esperar a verlo caer, dio media vuelta y atacó a otro, al que hirió en la cabeza; la sangre le salpicó la cara y tuvo que frotarse los ojos para ver. Estaba en medio del combate. Levantó la espada y la hizo girar a su alrededor con una fuerza que liberaba las emociones contenidas durante la hora previa, una fuerza que se traducía en un delirio de matanza y sangre.

—¡Se van, se van!

Los gritos de sus hombres le sonaban en los oídos; miró hacia el río y vio que el barco con la cabeza de dragón se apartaba, con la vela roja agitándose al viento. Los hombres del norte huían.

Un caballo bayo con crines negras, sin jinete, bailoteaba nervioso a pocos

metros. Geroldo saltó sobre él. El caballo tuvo un arranque de pánico, pero Geroldo sostuvo las riendas con firmeza. El bayo se volvió hacia la orilla; mientras gritaba a sus hombres que lo siguieran, Geroldo se lanzó al galope hacia el agua. Una lanza no usada colgaba de la silla. Geroldo la levantó y la arrojó con tanta fuerza que estuvo a punto de salir volando él mismo sobre la cabeza del caballo. La lanza cortó el aire, con su punta de hierro brillante hacia el sol, y cayó al agua, cerca de la boca del dragón.

En el barco recibieron el tiro con carcajadas. Los hombres del norte se burlaban en su lengua. Dos le enseñaban un saco dorado, pero no era un saco, era una mujer que colgaba con flaccidez entre ellos, una mujer de cabello castaño.

—¡Gisla! —gritó Geroldo al reconocerla.

¿Qué hacía su hija allí? Debería estar en su casa, a salvo, con su marido.

Al oír su voz, Gisla levantó la cabeza, aturdida.

—¡Padre! —gritó—. ¡Padreeeee! —Su grito resonaba en lo más hondo del cuerpo de Geroldo.

Espoleó al bayo, pero el animal relincho y se echó atrás negándose a meterse más adentro en el agua que se hacía profunda y negra. Le clavó la punta de la espada en las ancas para obligarlo a obedecer, pero sólo logró asustarlo; se revolvió y perdió pie. Un jinete menos hábil habría caído, pero Geroldo siguió montado, esforzándose por doblegarlo a su voluntad.

—¡Señor! ¡Señor! —Sus hombres lo rodearon, asieron las riendas del caballo y lo condujeron a la orilla.

—Es imposible, señor. —Grifo, el lugarteniente de Geroldo, le gritaba al oído—. No podemos hacer nada.

Las velas rojas del barco vikingo ya no se agitaban: estaban hinchadas, y el barco adquiriría velocidad. No había modo de perseguirlo; no había embarcaciones en las cercanías y ni Geroldo ni sus hombres habrían sabido guiarlas: el arte de la navegación había sido olvidado hacía muchos años en Franconia.

Geroldo, aturdido, dejó que Grifo llevara el caballo a la orilla tirando de las bridas. El grito de Gisla seguía resonando en sus oídos. «¡Padreeee!». Estaba perdida, perdida sin remedio. Había oído historias sobre mujeres jóvenes capturadas en las incursiones cada vez más frecuentes de los hombres del norte a las fronteras del imperio, pero Geroldo nunca había pensado, nunca había imaginado...

¡Juana! El recuerdo lo atravesó con la fuerza de una flecha, dejándolo sin aliento. ¡Se la llevaban a ella también! Los pensamientos desordenados de Geroldo buscaban una posibilidad, pero no encontró ninguna. Los bárbaros habían secuestrado a Juana y a Gisla, se las habían llevado a sus horrores inimaginables y no había nada, nada, que pudiera hacer para recuperarlas.

Su mirada cayó sobre uno de los bárbaros muertos. Se arrojó del bayo, cogió el hacha de mango largo de la mano del cadáver y empezó a golpearlo. El cuerpo inerte saltaba a cada hachazo. El yelmo dorado se desprendió, dejando ver el rostro sin barba de un joven, pero Geroldo siguió golpeando, descargando el hacha una y otra vez. La sangre que saltaba en todas direcciones le empapaba la ropa.

Dos de sus hombres quisieron detenerlo, pero Grifo se lo impidió.

—No —dijo sin alzar la voz—. Dejadlo.

Un momento después, Geroldo soltó el hacha y cayó de rodillas, cubriéndose

la cara con las manos. Estaba cubierto de sangre caliente que se le pegaba en los dedos. Los sollozos le subieron por la garganta y ya no trató de impedirlo. Lloró con sollozos entrecortados, sin avergonzarse.

Colmar, 24 de junio de 833. Campo de la mentira

Anastasio apartó las pesadas cortinas que cubrían la entrada a la tienda del papa, y se deslizó adentro.

Gregorio, cuarto de su nombre que ocupaba el trono de san Pedro, seguía rezando, arrodillado en los almohadones de forro de seda colocados ante la figura de Cristo tallada en marfil que ocupaba el lugar de honor de su tienda. La imagen había sobrevivido al peligroso viaje a través de caminos y puentes en ruinas, a través de los altos y peligrosos pasos de los Alpes, sin un rasguño. Brillaba tanto allí, en una tienda de campaña levantada en aquella tierra franca, como lo había hecho en la seguridad de la capilla privada de Gregorio en el palacio de Letrán.

—*Deus illuminatio mea, Deus optimus et maximus* —rezaba Gregorio, con el rostro iluminado por la devoción.

Observando sin hacer ningún ruido desde la entrada, Anastasio se preguntaba: «¿Alguna vez he sido tan simple en mi fe?». Quizás una vez, cuando era muy pequeño. Pero su inocencia había muerto el día que su tío Teodoro había sido asesinado delante de él, en Letrán. «Mira —le había dicho entonces su padre—, y aprende».

Anastasio había mirado y aprendido: aprendido a disimular sus sentimientos bajo una máscara de buenos modales, a manipular y engañar, y aun a traicionar si era necesario. La recompensa por aquel conocimiento había sido gratificante. A los diecinueve años ya era *vestiarius* y era el que había llegado más joven a aquel puesto. Arsenio, su padre, estaba muy orgulloso de él. Anastasio se proponía darle más motivos de orgullo.

—Cristo Jesús, dame la sabiduría que necesito este día —seguía Gregorio—. Muéstrame cómo evitar esta guerra sacrílega y reconciliar a estos hijos belicosos con el emperador, su padre.

«¿Es posible que no sepa todavía lo que podría llegar a perder en el día de hoy?». A Anastasio le resultaba difícil creerlo. El papa era de una inocencia asombrosa. Anastasio sólo tenía diecinueve años, menos de la mitad de la edad de Gregorio, y ya sabía mucho más sobre el mundo.

«No tiene condiciones para ser papa», pensó Anastasio, y no por primera vez. Gregorio era un alma piadosa, nadie podía negarlo, pero la piedad era una virtud sobrevalorada. Aquel hombre tenía una naturaleza más apropiada para el claustro que para la corte papal, cuyas políticas sutiles siempre estaban más allá de su alcance. ¿En qué estaría pensando el emperador Ludovico cuando pidió a Gregorio que hiciera el largo viaje desde Roma al imperio de los francos para servir como mediador en aquella crisis?

Anastasio tosió discretamente para llamar la atención de Gregorio, pero éste estaba absorto en la plegaria con la mirada clavada en la imagen de Cristo y con un gesto de exaltación.

—Es hora, santidad. —Anastasio no vaciló en interrumpir las devociones del

papa.

Gregorio llevaba más de una hora rezando y el emperador lo esperaba.

Sobresaltado, Gregorio miró a su alrededor y al ver a Anastasio asintió, se santiguó y se puso de pie, alisando la capa púrpura en forma de campana que llevaba sobre la dalmática papal.

—Veo que has obtenido fuerzas de la imagen de Cristo, santidad —dijo Anastasio ayudando a Gregorio a ponerse el palio—. Yo también he sentido su poder.

—Sí. Es hermoso, ¿no?

—Y tanto que lo es. Especialmente la cabeza, que es grande en proporción al cuerpo. Siempre me recuerda la primera Epístola a los Corintios: «Y la cabeza de Cristo es Dios». Una gloriosa expresión de la idea de que Cristo combina en su persona ambas naturalezas, la divina y la humana.

Gregorio movió la cabeza en un gesto de aprobación.

—No creo haberlo oído expresar nunca tan bien. Eres un excelente *vestiarius*, Anastasio; la elocuencia de tu juventud es una inspiración.

Anastasio quedó complacido. Aquel elogio papal podía traducirse en otro ascenso: a *nomenclator*, quizás, o incluso a *primicerius*. Era joven, es cierto, pero los más altos honores no estaban descartados. De hecho, eran simplemente pasos que cumpliría en el camino de la única ambición final en su vida: llegar a ser papa.

—Eres demasiado generoso, señor —dijo con lo que esperaba que fuera una correcta modestia—. Lo que merece tu elogio es la perfección de la escultura y no mis torpes palabras.

—Dicho con verdadera *humilitas* —comentó Gregorio sonriendo. Puso una mano cariñosamente sobre el hombro de Anastasio y añadió con gravedad—: Es un trabajo para Dios el que hacemos hoy, Anastasio.

Anastasio estudió su rostro. «No sospecha nada. Bien». Era evidente que Gregorio seguía creyendo que podría mediar en una paz entre el emperador y sus hijos y seguía sin saber nada sobre los acuerdos secretos que Anastasio había hecho con tanto cuidado como discreción, siguiendo las instrucciones explícitas de su padre.

—Cuando salga el sol mañana habrá una nueva paz en esta tierra —dijo Gregorio.

«Eso es cierto —pensó Anastasio—, aunque no será la paz que tú te imaginas».

Si todo salía como había sido planeado, al día siguiente al amanecer, el emperador descubriría que sus tropas habían desertado en la noche, dejándolo indefenso ante los ejércitos de sus hijos. Todo había sido acordado y se había pagado; nada que dijera o hiciera Gregorio aquel día lo podría cambiar.

Pero era importante que la mediación papal siguiera adelante según lo planeado. Negociar con Gregorio aplacaría las sospechas del emperador y distraería su atención en aquel momento crucial.

Sería conveniente ofrecer a Gregorio algún estímulo.

—Es algo muy grande lo que hacéis hoy, santidad —dijo Anastasio—. Dios os iluminará.

—Lo sé, Anastasio —dijo Gregorio asintiendo—. Lo sé con más seguridad que nunca.

—Os llamarán Gregorio el Pacificador, Gregorio el Grande.

—No, Anastasio —dijo Gregorio—. Si tengo éxito en la labor de este día, será obra de Dios, no mía. El futuro del imperio, del que depende la seguridad de Roma, está encima de la balanza. Si salimos airoso será con su ayuda.

La fe sin egoísmo de Gregorio fascinaba a Anastasio, que lo consideraba como un fenómeno de la naturaleza, algo así como tener seis dedos en una mano. Gregorio era un hombre auténticamente humilde, pensó Anastasio; pero era cierto que, considerando su talento, tenía motivos para ser humilde.

—Acompáñame a la tienda del emperador —dijo Gregorio—. Me gustaría que estuvieras ahí cuando hable con él.

«Todo está saliendo bien», pensó Anastasio. Cuando aquello terminara, sólo tenía que volver a Roma y esperar. Una vez que Lotario fuera coronado emperador en lugar de su padre, sabría cómo recompensar a Anastasio por el trabajo que había hecho allí.

Gregorio fue a la entrada de la tienda.

—Ven. Hagamos lo que debe hacerse.

Salieron al campo abierto atestado de tiendas y banderas del ejército del emperador. Era difícil creer que a la mañana siguiente el colorido tumulto que los rodeaba habría desaparecido. Anastasio trató de imaginarse el gesto en la cara de Ludovico cuando saliera de su tienda y encontrara los campos vacíos extendiéndose hasta el horizonte.

Pasando frente a la guardia llegaron a la tienda imperial. Antes de atravesar el umbral, Gregorio se detuvo para murmurar una última plegaria:

—*Verba mea auribus percipe, Domine...*

Anastasio miraba con impaciencia mientras los labios turgentes y casi femeninos de Gregorio formaban sin sonido las palabras del quinto salmo: *intende voci clamoris mei, rex meus et Deus meus...*

«Tonto piadoso». En aquel momento, el desprecio de Anastasio por el papa era tan fuerte que tuvo que hacer un esfuerzo consciente por mantener un tono de voz respetuoso.

—¿Entramos, señor?

Gregorio alzó la cabeza.

—Sí, Anastasio, ya estoy listo.

Catorce

Fulda

En la penumbra de poco antes del amanecer, los hermanos de Fulda descendían por la escalera y andaban serenamente por los corredores de la iglesia, con sus túnicas grises que se fundían con la oscuridad. El murmullo de sus sandalias de cuero en el suelo era el único ruido que alteraba el profundo silencio; ni siquiera las alondras se habían despertado. Los hermanos entraban en el coro y, con la seguridad de la costumbre, ocupaban sus posiciones para la celebración de la vigilia.

El hermano Juan Ánglico se arrodilló junto a los otros y desplazó las rodillas con pequeños movimientos inconscientes hasta encontrar el sitio más cómodo en el suelo de tierra.

Domine labia, mea aperies... Empezaron con un versículo y pasaron al tercer salmo siguiendo el orden establecido por san Benito en su regla sagrada.

A Juan Ánglico le gustaba el primer oficio del día. La ceremonia, que seguía unas pautas inmutables, dejaba libre su imaginación para vagabundear mientras los labios formaban las palabras habituales. Varios hermanos ya empezaban a cabecear, pero Juan Ánglico se sentía maravillosamente despierto, con todos sus sentidos despiertos y atentos a aquel pequeño mundo iluminado por velas y limitado por la solidez reconfortante de los muros.

El sentimiento de pertenencia, de comunidad, era especialmente fuerte a aquella hora de la noche. Los contrastes más nítidos de la luz diurna, tan apta para exponer las personalidades individuales, los gustos y disgustos, las lealtades y riñas, se fundían en las sombras con el sonido resonante de las voces de los hermanos, cuya melodía no terminaba de alterar el silencio del aire nocturno.

Te Deum laudamus... Juan Ánglico cantaba el Aleluya con los otros y sus cabezas inclinadas y tonsuradas eran tan indistinguibles como semillas en un surco.

Pero Juan Ánglico no era como los otros. Juan Ánglico no pertenecía por derecho a aquella selecta renombrada hermandad. No por ningún defecto de su inteligencia o su carácter, sino por un accidente del destino o de un Dios cruel e indiferente que había puesto a Juan Ánglico irrevocablemente aparte. Juan Ánglico no pertenecía por derecho a la hermandad de Fulda porque Juan Ánglico, nacido Juana de Ingelheim, era una mujer.

Habían pasado cuatro años desde el momento en que se había presentado a la puerta de la abadía fingiendo ser su hermano Juan. «Ánglico» la llamaron por su padre inglés y aun en aquella selecta hermandad de eruditos, poetas y sabios, no tardó en distinguirse.

Las mismas cualidades de espíritu que como mujer le habían acarreado el escarnio y el desprecio eran allí universalmente elogiadas. Su inteligencia, su conocimiento de las Escrituras y su ingenio en la discusión escolástica se volvieron el orgullo de la comunidad. Tenía libertad (más que eso, era alentada) para trabajar hasta el límite mismo de sus capacidades. Entre los novicios fue rápidamente promovida a *seniorus*, lo que le dio mayor libertad de acceso a la renombrada

biblioteca de Fulda, una enorme colección de unos trescientos cincuenta códices, incluyendo una serie extraordinariamente buena de autores clásicos (Suetonio, Tácito, Virgilio, Plinio, Marcelino, entre otros). Se desplazaba entre los pergaminos cuidadosamente enrollados en un éxtasis de placer. Le parecía que todo el conocimiento del mundo estaba ahí y todo era de ella con sólo pedirlo.

Al descubrirla un día leyendo un tratado de san Juan Crisóstomo, el prior José tuvo una sorpresa al enterarse de que sabía griego, lo que la hacía única entre los hermanos de Fulda. Se lo dijo al abad Rabano, el cual inmediatamente la puso a trabajar en la traducción de la excelente colección de tratados griegos de medicina que tenía la abadía; entre éstos se contaban cinco de los siete libros de aforismos de Hipócrates, el Tetrabiblos completo de Aecio, así como fragmentos de obras de Oribasios y Alejandro de Tralles. El hermano Benjamín, el médico de la comunidad, quedó tan impresionado con el trabajo de Juana que la hizo su aprendiz. Le enseñó a cultivar y recoger plantas en el jardín medicinal y a hacer uso de sus distintas propiedades curativas: el hinojo para el estreñimiento, la mostaza para la tos, el perifollo para las hemorroides, el ajeno para las fiebres... En el jardín de Benjamín había remedios para todo mal humano imaginable. Juana lo ayudaba a preparar los distintos emplastos, purgas, infusiones y mezclas que eran la rutina de la medicina monástica, y lo acompañaba a la enfermería a atender a los enfermos. Era un trabajo fascinante, adecuado para su inteligencia inquisitiva y analítica. Entre sus estudios y su trabajo con el hermano Benjamín, así como las campanas que sonaban regularmente siete veces por día llamando a los hermanos a las plegarias canónicas, sus días estaban ocupados y resultaban productivos. En la vida de hombre había una libertad y un poder que no había experimentado antes y Juana descubrió que le gustaba; le gustaba mucho.

—Quizá no debería decírtelo porque se te hinchará la cabeza hasta tal punto que no te cabrá en la capucha —le había dicho el viejo Hatto, el portero, el día anterior, sonriéndole para darle a entender que sólo bromeaba—. Pero ayer oí al padre abad decirle al prior José que tienes la mente más brillante de toda la comunidad y que algún día traerás gran distinción a esta casa.

En los oídos de Juana resonaban las palabras de la adivina de la feria de Saint-Denis: «Tendrás grandeza, más allá de todo lo que imaginas». ¿Se habría referido a aquello? «Niña cambiada —la había llamado la vieja—: Eres lo que no serás; lo que serás es distinto de lo que eres».

«Hasta en eso acertó», pensaba Juana, pasándose un dedo por el pequeño lugar sin cabello en la coronilla, casi tapado por el grueso círculo de cabello rubio rizado que lo rodeaba. Su cabello (el cabello de su madre) había sido la única vanidad de Juana. De todos modos se había alegrado de que le raparan la cabeza. Su tonsura de monje junto con la delgada cicatriz en la mejilla dejada por la espada del hombre del norte, acentuaban su disfraz masculino, un disfraz del que dependía su vida.

Cuando llegó a Fulda afrontaba cada día con temores, sin saber nunca si algún aspecto desconocido por ella de la rutina monástica desenmascararía de pronto su identidad. Hizo todo lo posible por imitar el porte y los gestos masculinos, pero temía revelarse en decenas de pequeños detalles; sin embargo, nadie parecía darse cuenta.

Por suerte, el modo de vida benedictino estaba cuidadosamente organizado

para proteger el pudor de cada miembro de la comunidad, desde el abad al más humilde de sus monjes. El cuerpo físico, envoltura pecaminosa, tenía que ser ocultado en la medida de lo posible. Las túnicas amplias y largas del hábito benedictino daban amplia cobertura a sus incipientes formas femeninas; como precaución extrema, de todos modos, se vendaba con fuerza los pechos con telas. La regla mandaba explícitamente que los hermanos durmieran con sus hábitos y no enseñaran más que las manos y los pies en las noches más calurosas de *Heuvmanoth*. Los baños estaban prohibidos, salvo para los enfermos. Y hasta los *necessaria*, las letrinas comunitarias, preservaban el pudor gracias a los gruesos tabiques que se alzaban entre cada uno de los fríos asientos de piedra.

Cuando adoptó por primera vez su disfraz en el camino de Dorstadt a Fulda, Juana aprendió a contener sus hemorragias mensuales con una gruesa capa de hojas absorbentes que después enterraba. En la abadía, incluso esta precaución resultó innecesaria. Simplemente arrojaba las hojas sucias por los profundos agujeros oscuros de los *necessaria*, donde se confundían con el resto de los excrementos.

Todos en Fulda la aceptaban sin una sombra de duda como un muchacho. Juana comprendió que una vez que el género de una persona quedaba establecido, nadie volvía a pensar en aquello. Era una suerte porque el descubrimiento de su verdadera identidad significaría una muerte segura.

Fue aquella certidumbre la que, al principio, la retuvo antes de hacer algún intento de ponerse en contacto con Geroldo. No había nadie en quien pudiera confiar para enviar un mensaje y no tenía modo de salir. Como novicio, la vigilaban estrechamente a todas horas del día y de la noche.

Había pasado muchas horas de insomnio en su estrecha litera, atormentada por la duda. Aunque pudiera hacerle llegar un mensaje a Geroldo, ¿él la querría? Cuando habían estado juntos por última vez, en el arroyo, ella había deseado que él le hiciera el amor (se ruborizaba al recordarlo), pero él se había negado. Al volver a casa lo había visto distante, casi enfadado. Y después había aprovechado la primera oportunidad para marcharse.

«No deberías haberlo tomado tan en serio —había dicho Richild—. Eres sólo la última cuenta en el largo collar de conquistas de Geroldo». ¿Decía la verdad? En aquel momento parecía imposible creerla, pero quizás había dicho la verdad.

Sería absurdo arriesgarlo todo, su vida misma, para ponerse en contacto con un hombre que no la quería y que quizá nunca la había querido. Y sin embargo...

Había pasado tres meses en Fulda cuando presencié algo que la ayudó a decidir lo que haría. Estaba paseando por el patio de la granja con un grupo de novicios, camino del claustro, cuando les llamó la atención un tumulto cerca de la entrada. Vio una escolta de hombres a caballo seguidos por una señora suntuosamente vestida con sedas doradas, tan erguida y elegante en su silla como una columna de mármol. Era hermosa; sus rasgos delicados y redondeados, de piel pálida, estaban enmarcados en una cascada de brillante cabello castaño, pero en sus ojos oscuros e inteligentes había una misteriosa tristeza.

—¿Quién es? —preguntó Juana.

—Judith, la esposa del vizconde Waifar —respondió el hermano Rodolfo, el maestro de los novicios—. Una mujer culta. Dicen que puede leer y escribir en latín

como un hombre.

—*Deo, juva nos.* —El hermano Gailo se persignó con temor—. ¿Es una bruja?

—Tiene gran reputación de piadosa. Incluso ha escrito un comentario sobre la vida de Esther.

—Abominación —dijo el hermano Tomás, uno de los novicios. Era un joven tosco, con la cara lisa, la barbilla hundida y los ojos de párpados pesados. Tomás estaba convencido de la superioridad de su propia virtud y no perdía oportunidad de exhibirla—. Una grosera violación de la naturaleza. ¿Qué puede saber de esas cosas una mujer, una criatura de bajas pasiones? Seguramente Dios la castigará por su arrogancia.

—Ya lo ha hecho —dijo el hermano Rodolfo—, porque aunque el vizconde necesita un heredero, su señora es estéril. El mes pasado abortó otra criatura.

La noble procesión se detuvo frente a la iglesia abacial. Juana vio que Judith desmontaba y se acercaba a la puerta de la iglesia con solemne dignidad, portando un solo cirio.

—No deberías mirar, hermano Juan —la reprendió Tomás. Con frecuencia buscaba la aprobación del hermano Rodolfo a costa de sus compañeros novicios—. Un buen monje debe mantener los ojos castamente bajos ante una mujer —citó de la regla.

—Tienes razón, hermano —respondió Juana—. Pero es que nunca había visto una señora como ella, con un ojo azul y otro castaño.

—No agraves tu pecado con la mentira, hermano Juan. Esa señora tiene los dos ojos castaños.

—¿Y cómo lo sabes, hermano? —preguntó Juana—. ¿Entonces tú sí la has mirado?

Los novicios estallaron en risas. Ni siquiera el hermano Rodolfo pudo reprimir una sonrisa. Tomás dirigió una mirada furiosa a Juana. Lo había hecho quedar como un tonto y él no era de los que olvidan las afrentas.

En aquel momento los distrajo la aparición del hermano Hildwin, el sacristán, que se apresuraba a interponerse entre Judith y la puerta de la iglesia.

—La paz sea contigo, señora —dijo, usando la lengua franca.

—*Et cum spiritu tuo* —respondió ella en perfecto latín.

Él siguió hablándole en lengua vulgar deliberadamente.

—Si pides comida y alojamiento podemos dároslo a ti y a tus hombres. Te escoltaré a la casa de visitantes distinguidos e informaré al señor abad de tu llegada. Seguramente querrá saludarte en persona.

—Eres muy amable, pero no pido *hospitalitas* —respondió ella—. Sólo quiero encender un cirio en la iglesia por mi hijo muerto. Después seguiré mi camino.

—¡Ah! Entonces, hija, es mi deber como sacristán de esta iglesia informarte de que no puedes pasar por estas puertas mientras sigas... —buscó la palabra adecuada— no limpia.

Judith se ruborizó pero no perdió la compostura.

—Conozco la ley, padre —dijo con calma— He esperado los treinta y tres días requeridos desde el parto.

—La criatura a la que habrías dado a luz era una niña, ¿no es así? —El

hermano Hildwin hablaba con aire condescendiente.

—Sí.

—Entonces el período de... no limpieza... es mayor. No puedes entrar en los confines de esta iglesia en sesenta y seis días después del parto.

—¿Dónde está escrito? Nunca he leído esa ley.

—Ni podrías leerla siendo mujer como eres.

Juana se sobresaltó ante lo directo de la afrenta. Con la fuerza de la experiencia, sintió la vergüenza de la humillación de Judith. Toda la erudición de la señora, su inteligencia, su rango, se reducían a nada. El último de los mendigos, ignorante y sucio, podía entrar en la iglesia a rezar, pero Judith no podía porque estaba en estado «no limpio».

—Vuelve a casa, hija —seguía el hermano Hildwin—, y reza en tu capilla por el alma de tu hija sin bautizar. Dios tiene horror de lo que va contra la naturaleza. Deja la pluma y toma la femenina aguja; arrepíentete del orgullo y Él te aliviará de la carga que te ha impuesto.

El rubor de las mejillas de Judith se extendió a toda su cara.

—Este insulto no quedará sin respuesta. Mi marido lo sabrá de inmediato, y no quedará complacido.

Era sólo una bravata porque la autoridad temporal del vizconde Waifar no llegaba hasta allí y ella lo sabía. Con la cabeza alta se volvió hacia su caballo.

Juana se adelantó desde el grupo de novicios.

—Dame tu cirio, señora —dijo, tendiendo una mano— Yo lo encenderé por ti.

En los hermosos ojos negros de Judith se dibujaron la sorpresa y la desconfianza. ¿Sería un nuevo modo de humillarla?

Durante largo rato las dos mujeres se quedaron mirándose. Judith, epítome de la belleza femenina con su túnica dorada, su largo cabello enmarcando el rostro, y Juana, la más alta de las dos, con aire de muchacho y vestida con la túnica de monje.

Algo en los ojos verdigrises fijos en los suyos debió de persuadir a Judith. Sin palabras, puso el delgado cirio en la mano extendida de Juana. Volvió a montar y salió.

Juana encendió el cirio ante el altar como había prometido. El sacristán estaba furioso.

—¡Una insolencia intolerable! —declaró.

Y aquella noche, para evidente placer del hermano Tomás, a Juana le ordenaron ayunar en castigo por su crimen.

Después de este episodio, Juana hizo un esfuerzo decidido por apartar a Geroldo de su memoria. Nunca podría ser feliz viviendo la existencia restringida de una mujer. Además, razonó, su relación con Geroldo no era lo que ella había creído. Había sido una niña, ingenua y sin experiencia; su amor había sido una ilusión nacida de la soledad. Geroldo seguramente no la había amado, o nunca la habría dejado.

«*Aegra amans*», pensó. Realmente Virgilio tenía razón: el amor era una forma de enfermedad. Alteraba a las personas, las hacía comportarse de forma extraña e irracional. Se alegraba de haberlo dejado atrás.

«Nunca te entregues a un hombre». Las palabras de advertencia de su madre volvían a ella. Las había olvidado en el fervor de su enamoramiento infantil. Ahora comprendía cuánta suerte había tenido de escapar al destino de su madre.

Una y otra vez, Juana se repetía estas cosas hasta que finalmente llegó a creerlas.

Quince

Los hermanos estaban reunidos en la sala capitular, sentados por orden de edad en las gradas, las filas de asientos de piedra que corrían a lo largo de las paredes. La reunión del capítulo era la asamblea más importante del día fuera de los oficios religiosos porque era allí donde se trataban los asuntos habituales de la comunidad, así como las cuestiones relativas a administración, finanzas, nombramientos y disputas. También era allí donde se suponía que los hermanos que habían cometido transgresiones de la regla debían confesar sus faltas y recibir las penitencias o ser acusados por otros.

Juana siempre entraba en el capítulo con un cierto temor. ¿Se habría delatado sin saberlo, por alguna palabra o gesto imprudentes? Si su verdadera identidad se descubriera alguna vez se enteraría allí.

La reunión siempre empezaba con la lectura de un capítulo de la Regla de san Benito, el libro de normas monásticas que guiaban la vida espiritual y administrativa de la comunidad. La regla era leída de principio a fin, un capítulo por día, de modo que en el curso de un año los hermanos la oían en su integridad.

Tras la lectura y la bendición, el abad Rabano preguntó:

—Hermanos, ¿tenéis alguna falta que confesar?

Antes de que hubiera terminado de preguntarlo, el hermano Thedo se puso en pie.

—Padre, confieso una falta.

—¿De qué se trata, hermano? —dijo el abad Rabano haciendo acopio de paciencia.

El hermano Thedo siempre era el primero en acusarse.

—He cometido una falta en la ejecución del *opus manuum*. Mientras copiaba la vida de san Amando me quedé dormido en el *scriptorium*.

—¿Otra vez? —El abad Rabano arqueó una ceja.

Thedo inclinó la cabeza.

—Padre, soy pecador e indigno. Por favor, dadme la más dura de las penitencias.

El abad Rabano suspiró.

—Muy bien. Durante dos días harás penitencia de pie frente a la iglesia.

Los hermanos sonrieron secamente. El hermano Thedo hacía penitencia frente a la iglesia con tanta frecuencia que parecía parte del decorado, un viviente pilar de remordimiento. Pero Thedo estaba desilusionado.

—Sois demasiado bueno, padre. Por una falta tan grave pido que se me permita hacer la penitencia durante una semana.

—A Dios no le agrada el orgullo, Thedo, ni siquiera en el sufrimiento. Recuerda eso mientras pides perdón por tus otras faltas.

La reprimenda dio en el blanco. Thedo se ruborizó y se sentó.

—¿Alguna otra falta que confesar? —preguntó Rabano.

El hermano Hunrico se puso de pie.

—Llegué tarde dos veces al oficio nocturno.

El abad Rabano asintió; había notado las demoras de Hunrico, pero como admitía su falta voluntariamente y no trataba de ocultarla, su penitencia sería leve.

—Hasta el día de san Dionisio harás la guardia nocturna.

El hermano Hunrico inclinó la cabeza. La festividad de san Dionisio era dos días después; durante las siguientes dos noches debía mantenerse despierto y vigilar el curso de la luna y las estrellas en el cielo para poder determinar lo más certeramente posible la llegada de la octava hora de la noche (las dos de la madrugada) y despertar a los hermanos dormidos para la celebración de la vigilia. Aquellas guardias eran esenciales para la observación estricta del oficio nocturno porque el único modo no humano de medir el tiempo era el reloj de sol, que por supuesto no servía durante la noche.

—Durante tu vela —siguió Rabano— rezarás arrodillado sobre espinas para que te recuerden tu indolencia y te impidan agravar tu falta con un pecaminoso adormecimiento.

—Sí, padre abad.

El hermano Hunrico aceptaba la penitencia sin rencor. Por una ofensa tan grave el castigo podría haber sido mucho peor.

Varios hermanos se levantaron sucesivamente y confesaron faltas menores como romper platos en el refectorio, cometer errores de escritura o en el oratorio, y recibieron sus correspondientes castigos con humildad. Cuando hubieron terminado, el abad Rabano dejó pasar un momento para asegurarse de que nadie más quisiera confesarse. Y dijo:

—¿Se ha infringido la regla de algún otro modo? Que los que hablen lo hagan por el alma de nuestros hermanos.

Aquella era la parte de la reunión que más temía Juana. Mirando a lo largo de la fila de hermanos sus ojos se posaron en el hermano Tomás, que la miraba desde debajo de sus párpados pesados con inconfundible hostilidad. Se movió incómoda en su asiento. «¿Intentará acusarme de algo?».

Pero Tomás no hizo ningún movimiento. A su lado se levantó el hermano Odilón.

—Durante el ayuno del viernes vi al hermano Hugo coger una manzana del huerto y comérsela.

El hermano Hugo se puso de pie, nervioso.

—Padre, es cierto que cogí una manzana porque había estado trabajando muy duro con la maleza y sentía una gran debilidad en los miembros. Pero, padre santo, no me comí la manzana; apenas si di un pequeño mordisco para darme fuerza y poder seguir con el opus manuun.

—La debilidad de la carne no es excusa para la violación de la regla —respondió severamente el abad Rabano— Es una prueba enviada por Dios para probar el espíritu del fiel. Como Eva, la madre del pecado, tú has fallado en la prueba, hermano... Es una falta seria, especialmente porque no la confesaste tú mismo. En castigo ayunarás una semana y te olvidarás de las porciones adicionales hasta la Epifanía.

¡Una semana de hambre y nada de extras (las pequeñas golosinas que complementaban el austero régimen de verduras, legumbres y ocasionalmente

pescado) hasta mucho después! Esta última parte sería especialmente dura porque durante aquella temporada aflúan regalos de comida desde todas partes, en la medida en que los cristianos se sentían culpables y preocupados por sus almas inmortales. Pasteles de miel, pollos asados y otras maravillosas indulgencias iluminaban brevemente las mesas de la abadía. El hermano Hugo dirigió una mirada torva al hermano Odilón.

—Además —siguió el abad Rabano—, en agradecimiento al hermano Odilón por su atención a tu bienestar espiritual, esta noche te postrarás ante él y le lavarás los pies con humildad y agradecimiento.

El hermano Hugo inclinó la cabeza. Por fuerza tendría que hacer lo que le ordenaba el abad, pero Juana dudaba de que sintiera agradecimiento. Era más fácil realizar actos de penitencia que sentirla en el corazón.

—¿Hay alguna otra falta que debemos conocer? —preguntó el abad. Como nadie respondía dijo con gravedad—: Me apena tener que decir que hay uno entre nosotros que es culpable del peor de los pecados, un crimen detestable a la vista de Dios y del cielo...

El corazón de Juana dio un brinco de alarma.

—... la ruptura de su sagrado voto hecho a Dios.

El hermano Gottschalk se puso de pie de un salto.

—¡Fue el voto de mi padre, no mío! —dijo con voz ahogada.

Gottschalk era un hombre joven, tres o cuatro años mayor que Juana, con cabello negro rizado y ojos tan hundidos en sus órbitas que parecían dos agujeros negros. Al igual que Juana, era un oblató, ofrecido al monasterio en su infancia por su padre, un noble sajón. Al hacerse mayor, quería marcharse.

—Es legal que un hombre cristiano dedique su hijo a Dios —dijo con severidad el abad Rabano—. Una ofrenda semejante no puede retirarse sin grave pecado.

—¿No es igual pecado que un hombre sea obligado contra su naturaleza y su voluntad?

—Si un hombre no se inclina, Él desenvainará su espada —dijo ahuecando la voz el abad—. Él ha tomado posición y se ha preparado. Él ha preparado para el hombre los instrumentos de muerte.

—¡Eso es imposición, no verdad! —gritó Gottschalk con pasión.

«¡Vergüenza!», «¡Pecador!», «¡Deberías avergonzarte, hermano!».

Gritos aislados acompañaban el coro de reprobación de los hermanos.

—Tu desobediencia, hijo mío, ha puesto tu alma inmortal en grave peligro —dijo con solemnidad el abad Rabano—. Hay una sola cura para esa enfermedad, en las justas y terribles palabras del apóstol: *Tradere hujusmodi hominem in interitum carnis, ut spiritus salvus sit in diem Domini*: «Ese hombre debe ser entregado a la destrucción de su carne para que su espíritu pueda salvarse en el día del Señor».

A una señal de Rabano, dos de los *decani juniores*, hermanos a cargo de la disciplina monástica, cogieron por los brazos a Gottschalk y lo empujaron hacia el centro del salón. Éste no ofreció resistencia cuando lo hicieron poner de rodillas y le arrancaron con fuerza la túnica, exponiendo su espalda y sus nalgas desnudas. Desde un rincón donde lo habían dejado con este fin, el hermano Germar, diácono, cogió la

gruesa rama de sauce en cuyo extremo habían atado ramales de áspera y nudosa cuerda. Tomando posición cuidadosamente, levantó el azote y lo descargó en la espalda de Gottschalk. El chasquido resonó entre la asamblea silenciosa.

La piel marcada de la espalda de Juana se estremeció. La carne tenía su propia memoria, más perspicaz que la del espíritu.

El hermano Germar volvió a alzar la disciplina y la descargó con más fuerza que antes. Todo el cuerpo de Gottschalk se sacudió, pero tenía los labios apretados, negándose a darle al abad Rabano la satisfacción de oírlo gritar. Otra vez se alzó y cayó la disciplina, y aun entonces Gottschalk se mantuvo firme.

Después de los siete latigazos habituales, el hermano Germar bajó la disciplina. El abad Rabano le indicó que siguiera con un rictus de irritación. Aunque sorprendido, el hermano Germar obedeció.

Tres latigazos más, cuatro, cinco, y después hubo un horrible crujido cuando la disciplina tocó el hueso. Gottschalk echó atrás la cabeza y gritó: un gran grito desgarrador que salía del centro de su ser. El sonido quedó suspendido en el aire y se transformó en un largo sollozo.

El abad Rabano asintió satisfecho y ordenó al hermano Germar que se detuviera. Cuando levantaron al hermano Gottschalk y se lo llevaron medio a rastras, Juana alcanzó a ver algo blanco en su espalda escarlata. Era una de las costillas, que había atravesado completamente la carne.

La enfermería estaba insólitamente vacía porque el día era cálido y sin viento, y a los ancianos y enfermos crónicos los habían sacado para que recibieran la caricia curativa del sol.

El hermano Gottschalk yacía boca abajo en una cama, a medias consciente, con las heridas abiertas enrojeciendo las sábanas. El hermano Benjamín, el médico, se inclinaba sobre él, tratando de cortar la hemorragia con unas vendas ya completamente llenas de sangre. Alzó la vista cuando entró Juana.

—Bien. Has venido. Alcánzame las vendas de aquel estante.

Juana se apresuró a obedecer. El hermano Benjamín quitó las vendas usadas, las arrojó al suelo y puso las nuevas. En escasos segundos ya estaban empapadas.

—Ayúdame a cambiarlo de posición —dijo Benjamín—. Por el modo en que se apoya, ese hueso sigue mal. Tenemos que poner de nuevo la costilla en su lugar o nunca dejará de sangrar.

Juana fue al otro lado de la cama y puso las manos hábilmente de tal modo que un solo movimiento rápido llevara el hueso a su lugar.

—Espacio —dijo Benjamín— Aunque está sensible sólo a medias, sentirá el dolor. Lo haremos juntos, hermano. Uno, dos, ¡tres!

Juana tiró mientras el hermano Benjamín empujaba. Salió un chorro de sangre; el hueso se acomodó bajo la carne.

—¡*Deo, juva me!* —Gottschalk levantó la cabeza con angustia y cayó inconsciente.

Limpiaron la sangre y curaron las heridas.

—Bien, hermano Juan, ¿qué hay que hacer ahora? —preguntó el hermano Benjamín para comprobar los conocimientos de su aprendiz.

Ella respondió rápido.

—Aplicar un bálsamo... de artemisa, quizá, mezclado con poleo. Mojar algunas vendas en vinagre y aplicarlas como almohadilla.

—Muy bien. —Benjamín estaba complacido—. Pondremos ligustro también para prevenir la infección.

Trabajaron juntos preparando la solución y el olor fuerte de las hierbas machacadas no tardó en envolverlos. Cuando las vendas estuvieron empapadas y listas, Juana se las tendió al hermano Benjamín.

—Hazlo tú —dijo él, y se quedó mirando con aprobación cómo su joven aprendiz acomodaba los jirones de carne abiertos y colocaba encima las vendas con movimientos precisos.

Se inclinó a examinar al paciente. Los vendajes estaban perfectos; de hecho, estaban mejor de lo que podría haberlos colocado él. Pero no le gustaba el aspecto del hermano Gottschalk. Su piel, fría y pegajosa al tacto, se había puesto blanca como lana recién cardada. Su respiración se hacía más superficial y el pulso, que costaba encontrar, era peligrosamente rápido.

«Morirá —pensó con angustia el hermano Benjamín, y a ese pensamiento siguió otro—: El hermano abad se pondrá furioso». Rabano se había excedido en el capítulo y debía de saberlo; la muerte de Gottschalk sería a la vez una deshonra y un problema. Y si la noticia llegaba a oídos del rey Ludovico... bueno, ni siquiera los abades eran inmunes a la censura y a la pérdida del puesto.

El hermano Benjamín no sabía qué más hacer. Su farmacopea era inútil porque no podía administrar nada por la boca, ni siquiera agua, para reponer los fluidos perdidos mientras el paciente siguiera inconsciente.

La voz de Juan Ánglico lo sacó de sus pensamientos:

—¿Enciendo el fuego en el brasero para calentar unas piedras?

Benjamín miró a su ayudante con sorpresa. Envolver a un paciente en tiras de tela calentadas con piedras era un procedimiento médico habitual en invierno porque se sabía que el frío quitaba fuerzas al hombre. Pero ¿en aquellos últimos días cálidos del otoño...?

—Lo dice el tratado de Hipócrates sobre las heridas —le recordó Juana. El mes pasado ella había terminado su traducción de la brillante obra del médico griego.

El hermano Benjamín frunció el ceño. Le gustaba aprender, y dentro de lo limitado del conocimiento médico de la época podía considerarse bueno. Pero no era un innovador; se sentía más cómodo con los viejos remedios conocidos que con las ideas y teorías nuevas.

—La conmoción de una herida violenta —siguió Juana con una impaciencia casi imperceptible—, según Hipócrates, puede matar a un hombre con un frío penetrante que surge de dentro.

—Es cierto que he visto a hombres morir súbitamente después de los golpes, aunque las heridas no parecieran mortales —dijo el hermano Benjamín lentamente—. *Deus vult*, he pensado siempre, la voluntad de Dios...

El rostro joven e inteligente de Juan Ánglico estaba encendido de impaciencia mientras esperaba el permiso para proceder.

—Muy bien —dijo el hermano Benjamín—, enciende el brasero; no creo que le haga daño al hermano Gottschalk y es posible que le haga algún bien, como dice el

médico pagano.

Se acomodó en un banco, agradecido por poder descansar sus piernas artríticas mientras su joven asistente se ocupaba de encender el fuego y poner piedras a calentar.

Cuando las piedras estuvieron calientes, Juana las envolvió en gruesas tiras de tela y las dispuso cuidadosamente alrededor de Gottschalk. Dos de las más grandes quedaron bajo sus pies de modo que éstos quedaran ligeramente elevados, siguiendo las recomendaciones de Hipócrates. Terminó cubriéndolo con una ligera manta de lana para que el calor no se escapara.

Al cabo de un rato, los párpados de Gottschalk se agitaron; gimió y se movió. El hermano Benjamín se acercó a la cama. Un saludable color rosado había vuelto a la piel del herido y ya respiraba con más normalidad. Le tomó el pulso y comprobó que los latidos eran más fuertes y regulares.

—Dios sea loado. —El hermano Benjamín suspiró de alivio. Sonrió a Juan, que estaba al otro lado de la cama. «Tiene el don», pensó con un orgullo casi paternal, vagamente teñido de envidia. Desde el primer momento, aquel chico se había revelado como una brillante promesa (por eso Benjamín lo había pedido como ayudante), pero nunca había esperado que avanzara tanto en tan poco tiempo. En unos pocos años Juan Anglico había dominado las habilidades que al hermano Benjamín le habían costado una vida entera—. Tienes el don de curar, hermano Juan —dijo con benevolencia—. Hoy has superado a tu viejo maestro; pronto no tendré nada que enseñarte.

—No digas eso —respondió Juana con pena ya que apreciaba a Benjamín—. Tengo mucho que aprender todavía y lo sé.

Gottschalk volvió a gemir y sus labios tensos se abrieron enseñando los dientes.

—Empieza a sentir el dolor —dijo el hermano Benjamín.

Trabajando rápido preparó una poción de vino tinto y salvia, en la que vertió unas gotas de jugo de amapolas. Aquella preparación requería el mayor cuidado porque en pequeñas dosis daba alivio a los dolores más insoportables, pero también podía matar y la diferencia dependía sólo de la habilidad del médico.

Cuando terminó, le dio la copa llena a Juana, que la llevó a la cama y se la ofreció a Gottschalk. Éste la rechazó altivamente, aunque el movimiento súbito lo hizo gritar de dolor.

—Bebe, hermano —dijo Juana con suavidad, y llevó la copa a los labios de Gottschalk— Debes ponerte bien si quieres obtener la libertad —añadió en un tono de complicidad.

Gottschalk le dirigió una mirada de sorpresa. Tomó unos sorbos, después bebió rápido, con sed, como hombre que llega a una fuente tras una larga caminata al sol.

De pronto sonó una voz autoritaria detrás de ellos.

—No pongáis esperanzas en hierbas y pociones.

Al volverse Juana vio al abad Rabano seguido por una veintena de hermanos. Dejó la copa y se puso de pie.

—El Señor le da la vida a los hombres y los hace sanos. Sólo la plegaria puede

restaurar la salud de este pecador.

El abad Rabano hizo una señal a los hermanos, que rodearon en silencio la cama.

El abad dirigió la oración por el enfermo. Gottschalk no se unió a ella. Se quedó con los ojos cerrados como si durmiera, aunque por su respiración Juana sabía que estaba despierto.

«Su cuerpo se curará —pensó—, pero no su alma herida». El corazón de Juana estaba de parte del joven monje. Entendía su obstinado rechazo a someterse a la tiranía de Rabano por recordar, demasiado bien, su propio combate contra su padre.

—Damos gracias a Dios. —La voz del abad Rabano se imponía sobre la del resto de los monjes.

Juana se unió al rezo, pero en su interior le daba gracias también al pagano Hipócrates, adorador de ídolos, cuyos huesos eran polvo desde muchos siglos antes de que naciera Cristo, pero cuya sabiduría había llegado a aquellos lejanos años para curar a uno de sus hijos.

—Las heridas se están curando —aseguró Juana a Gottschalk tras quitarle los vendajes.

Habían pasado dos semanas desde los latigazos y ya la costilla rota se había soldado. Las heridas cicatrizaban satisfactoriamente; aunque, al igual que ella, Gottschalk llevaría de por vida las huellas del castigo.

—Gracias por el trabajo que te has tomado, hermano —respondió Gottschalk—. Pero habrá que hacerlo todo de nuevo porque es sólo cuestión de tiempo que me mande azotar otra vez.

—Sólo lo provocarás si le desafías abiertamente. No si adoptas una actitud más tranquila.

—Lo desafiaré hasta con el último aliento de vida. Él es el mal —gritó con pasión.

—¿Has pensado en decirle que no reclamarás la tierra a cambio de tu libertad? —le preguntó Juana.

Un oblato siempre era ofrecido a un monasterio junto con una sustancial donación de tierra; si el oblato se marchaba, la tierra revertía a su propiedad.

—Por supuesto que se lo he ofrecido ya —respondió Gottschalk—. No es la tierra lo que quiere; soy yo, o más bien mi sumisión, en cuerpo y alma. Y nunca la tendrá aunque me mate.

De modo que era un combate de voluntades entre ellos; un combate en que Gottschalk nunca podría ganar. Sería mejor que se fuera de allí antes de que sucediera algo terrible.

—He estado pensando en tu problema —dijo Juana— El mes próximo hay un sínodo en Maguncia. Asistirán todos los obispos de la Iglesia. Si presentas una petición por tu libertad tendrán que considerarlo... Y una orden del sínodo estaría por encima del abad Rabano.

—El sínodo nunca se opondrá a la voluntad del gran Rabano Mauro —respondió Gottschalk con desaliento— Su poder es demasiado grande.

—Ha habido casos de oposición a abades y hasta a arzobispos —argumentó Juana—. Y tienes un buen argumento en el hecho de que fuiste ofrecido como oblato

en la infancia, antes de llegar a la edad de la razón. Estuve buscando en la biblioteca y encontré algunos pasajes de Jerónimo que apoyarían esa argumentación. —Sacó un rollo de pergamino de debajo de la túnica—. Mira, lee tú mismo... Lo he copiado.

Los ojos oscuros de Gottschalk se iluminaron al leer. Alzó la vista entusiasmado.

—¡Es muy bueno! ¡Una docena de Rabanos no podría refutar un argumento tan bien hecho! —De inmediato, una nube volvió a velar su mirada—. Pero... no tengo modo de presentarlo ante el sínodo. Nunca me dará permiso para salir, ni siquiera por un día, y mucho menos para ir a Maguncia.

—Burchard, el comerciante de telas, puede llevarlo por ti. Su oficio lo obliga a ir a Maguncia regularmente. Lo conozco bien porque viene a la enfermería a buscar medicinas para su esposa, que sufre de jaquecas. Puede confiársele la petición.

Gottschalk preguntó con desconfianza:

—¿Por qué estás haciendo esto?

Juana se encogió de hombros.

—Un hombre debería ser libre de vivir como quisiera.

Y para sí añadió: «Y, ya que estamos, una mujer también».

Todo salió según lo planeado. Cuando Burchard se presentó en la enfermería para recoger la medicina de su esposa, Juana le dio el pergamino que él se llevó metido en su saco.

Pocas semanas después, el abad recibió una visita inesperada de Otgar, el obispo de Trier. Tras los saludos formales en el patio, el obispo pidió una audiencia con el abad.

La noticia que traía el obispo era asombrosa: Gottschalk debía ser exonerado de sus votos. Era libre de abandonar Fulda cuando quisiera.

Quiso irse de inmediato, sin quedarse un minuto más de lo necesario bajo la mirada de Rabano. Empaquetar sus cosas no fue problema; aunque había vivido toda su vida en el monasterio, Gottschalk no tenía nada que llevarse con él ya que a un monje no se le permitía tener propiedades personales. El hermano Anselmo, el cocinero, le preparó un saco con comida para los primeros días en el camino y eso fue todo.

—¿Adonde irás? —le preguntó Juana.

—A Speyer —respondió él— Tengo una hermana casada allí; puedo quedarme con ella un tiempo. Después... no sé.

Había luchado tanto y con tan pocas esperanzas por su libertad que no había tenido tiempo de pensar en lo que haría si la conseguía. Nunca había conocido nada que no fuera la vida monástica; sus ritmos seguros y predecibles eran una parte de él, como la respiración. Aunque era demasiado orgulloso para admitirlo, Juana podía leer la incertidumbre y el miedo en sus ojos.

Los monjes no se reunieron para una despedida formal porque Rabano lo había prohibido. Sólo Juana y unos pocos hermanos, cuyo *opus manuum* les obligaba a estar en el patio delantero a aquella hora, vieron salir a Gottschalk, un hombre libre al fin. Juana lo vio bajar por el camino, su figura alta y flaca haciéndose más y más pequeña hasta desaparecer en el horizonte.

¿Sería feliz? Juana lo esperaba. Pero, de algún modo, parecía un hombre

destinado a anhelar siempre lo que no podía conseguir, a elegir el camino más difícil y escarpado. Rezaría por él como por todas las demás almas tristes y desorientadas que rodaban solas por los caminos.

Dieciséis

El día de los Difuntos, los hermanos de Fulda se reunieron en el patio para la *separatio leprosorum*, la solemne liturgia que segregaba a los leprosos de la sociedad. Aquel año habían sido identificados siete desafortunados en la región que rodeaba a Fulda, cuatro hombres y tres mujeres. Uno era un muchacho de no más de catorce años, en el que las marcas de la enfermedad eran por el momento invisibles; otro era una anciana de sesenta o más años, sin párpados, labios ni dedos, lo cual venía a indicar que estaba en un estadio avanzado de la enfermedad. Los siete habían sido envueltos en sudarios negros y llevados al patio, donde formaban un grupo.

Los monjes se acercaron en solemne procesión. Al frente iba el abad Rabano vestido según su dignidad abacial. A su derecha iba el prior José y a su izquierda el obispo Otgar; detrás marchaban los demás hermanos en orden de edad. Dos legos cerraban la procesión arrastrando una carretilla cargada con tierra del cementerio.

—Os prohíbo entrar en adelante en ninguna iglesia, molino, panadería o mercado, o cualquier otro lugar donde se reúna la gente. —El abad Rabano se dirigía a los leprosos con pesada solemnidad—. Os prohíbo usar los caminos y senderos comunes. Os prohíbo acercaros a cualquier persona viva sin hacer sonar la campana para avisar. Os prohíbo tocar niños o darles algo.

Una de las mujeres empezó a gemir. Dos zonas húmedas manchaban por delante su gastada túnica de lana. «Una madre en período de lactancia —pensó Juanaa— ped. ¿Dónde estará su hijo? ¿Quién se ocupará de él?».

—Os prohíbo beber agua en compañía de alguien salvo de leprosos como vosotros —seguía el abad Rabano— Os prohíbo lavaros la cara o las manos, o lavar cualquier objeto que uséis, en el río o en cualquier fuente o arroyo. Os prohíbo todo conocimiento carnal con vuestro cónyuge o con cualquier otra persona. Os prohíbo concebir hijos, o criarlos.

Los gemidos de la mujer se intensificaban y las lágrimas corrían por su cara ulcerada.

—¿Cómo te llamas?

Con irritación a duras penas disimulada, el abad Rabano se dirigió a la mujer en lengua vulgar. Su insólito despliegue de emoción trastornaba la simetría de la ceremonia, con la cual Rabano tenía esperanzas de impresionar al obispo. Porque era evidente que Otgar había ido a Fulda no sólo para llevar la noticia de la liberación de Gottschalk sino también para observar e informar sobre la conducta de Rabano.

—Magdalena —respondió la mujer—. Por favor, señor, tengo que ir a casa porque tengo cuatro niños sin padre que necesitan su cena.

—El cielo proveerá a los inocentes. Has pecado, Magdalena, y Dios te está castigando —explicó Rabano con afectada paciencia como si se dirigiera a un niño—. No debes llorar sino dar gracias a Dios porque sufrirás menos tormento en la vida futura.

Magdalena quedó aturdida como si dudara de haber oído bien. Su rostro se arrugó y rompió a llorar de nuevo, más fuerte que antes; su rostro se enrojeció desde el cuello hasta la raíz del cabello.

«Eso es extraño», pensó Juana.

Rabano le volvió la espalda a la mujer. Comenzó la oración por los difuntos:

—*De profundis clamavi ad te, Domine...*

Los monjes se unieron en una sola voz. Juana pronunciaba las palabras mecánicamente, con los ojos fijos en Magdalena con gran concentración. Una vez terminada la plegaria, Rabano pasó a la última parte de la ceremonia, en la que cada uno de los leprosos, por turno, era formalmente separado del mundo. Se plantó frente al primero, el chico de catorce años con pocas señales de enfermedad.

—*Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo* —dijo—. «Muere al mundo, vive a los ojos de Dios».

Le hizo un gesto al hermano Magenard que metió la pala en la carretilla, alzó un poco de tierra del cementerio y se la arrojó al chico, ensuciándole la ropa y el pelo.

Cinco veces se repitió la pequeña ceremonia, terminada cada vez con el lanzamiento de tierra. Cuando llegó el turno de Magdalena ella trató de correr, pero los dos legos le impidieron el paso. Rabano la miró frunciendo el entrecejo.

—*Sis mortuus mundo, vivens iter...*

—¡Alto! —gritó Juana.

El abad Rabano se paró. Todos se volvieron para ver quién había provocado aquella interrupción sin precedentes.

Con todos los ojos sobre ella Juana avanzó hacia Magdalena y la examinó con ojo experto. Se volvió hacia Rabano.

—Padre, esta mujer no está leprosa.

—¿Qué? —Rabano trataba de contener su furia para que el obispo no lo notara.

—Estas lesiones no son lepra. Ved cómo se colorea su piel alimentada por la sangre. Esta herida de la piel no es infecciosa; puede curarse.

—Si no está leprosa, ¿qué ha causado esas úlceras? —preguntó Rabano.

—Podría ser por varias causas. Es difícil decirlo sin un examen más cuidadoso. Pero sea cuál sea la razón, una cosa es segura: no es lepra.

—Dios ha marcado a esta mujer con la manifestación visible del pecado. ¡No debemos desafiar su voluntad!

—Está marcada, pero no con la lepra —respondió Juana con obstinación—. Dios nos ha dado el poder de discernir entre los que Él ha elegido para llevar esta carga y los que no ha elegido. ¿Te gustaría que metiéramos entre los muertos a alguien a quién Él no ha elegido?

Era un argumento inteligente. Con desaliento, Rabano vio que los otros lo aprobaban.

—¿Cómo sabremos si has interpretado correctamente los signos de la voluntad de Dios? —replicó—. ¿Es tu orgullo tan grande que sacrificarías a tus hermanos por él? Porque si quieres atender a esta mujer los pondrías a todos en peligro.

Esto provocó una chispa de preocupación. Nada, salvo los inimaginables tormentos del infierno, inspiraba más horror, repugnancia y temor que la enfermedad de la lepra.

Con un grito, Magdalena se arrojó a los pies de Juana. Había venido siguiendo

aquella discusión sin entenderla porque Juana y Rabano hablaban en latín, pero había logrado captar que Juana había intercedido por ella y que la discusión no iba bien.

Juana le dio una palmadita en el hombro, tanto para calmarla como para consolarla.

—Ninguno de los hermanos será puesto en peligro salvo yo. Con vuestro permiso, padre, iré con ella a su casa llevando los medicamentos que pueda necesitar.

—¿Solo? ¿Con una mujer? —Las cejas de Rabano se arquearon en un gesto de piadoso horror—. Juan Ánglico, tu intención es quizás inocente, pero eres un hombre joven, sujeto a las más bajas pasiones de la carne de las que es mi deber, como tu padre espiritual, protegerte.

Juana abrió la boca para responder y tuvo que cerrarla frustrada, sin poder decir nada. Nadie estaría más a salvo de la tentación de una mujer que ella, pero no tenía modo de hacérselo entender a Rabano.

La voz cascada del hermano Benjamín sonó cerca.

—Yo acompañaré al hermano Juan. Soy viejo y he pasado hace mucho la edad de esas tentaciones. Padre, podéis confiar en el hermano Juan si dice que la mujer no tiene lepra porque cuando él habla con tanta certeza no se equivoca. Su habilidad en estas cuestiones es muy grande.

Juana le dirigió una mirada agradecida. Magdalena se aferraba a ella con el llanto reducido a un gemido suave bajo el contacto de la mano de Juana.

El abad Rabano vaciló. Lo que realmente quería era darle a Juan Ánglico unos buenos azotes por su presuntuosa desobediencia. Pero el obispo Otgar estaba mirando y no podía correr el riesgo de parecer desalmado.

—Muy bien —dijo de mala gana—. Hermano Juan, después de las vísperas tú y el hermano Benjamín podéis iros de aquí con esta pecadora y hacer lo que pueda hacerse, en nombre de Dios, por curarla de su enfermedad.

—Gracias, padre —dijo Juana.

Rabano hizo la señal de la cruz sobre ellos.

—Quiera Dios en su piadosa bondad protegeros de todo mal.

La mula que llevaba los sacos con los productos medicinales avanzaba plácidamente, indiferente al sol. La cabaña de Magdalena estaba a unos ocho kilómetros; a aquel paso lánguido no llegarían antes de la noche. Juana apremió a la mula con impaciencia. Para complacerla, el animal dio cinco o seis pasos rápidos y volvió a su cómodo ritmo anterior.

Mientras caminaban, Magdalena hablaba con nerviosa energía a la que solían seguir accesos de llanto. Juana y Benjamín se enteraron de toda su triste historia. Pese a su apariencia miserable, no era una colona sino una mujer libre cuyo marido había tenido la propiedad de unas doce hectáreas de tierra. Al quedar viuda había tratado de mantener a la familia trabajando la tierra ella misma, pero su heroico esfuerzo había sido interrumpido bruscamente por su vecino, lord Rathold, que codiciaba su próspera granja. Lord Rathold había llamado la atención del abad Rabano sobre los trabajos de Magdalena y el abad le había prohibido, bajo amenaza de excomunión, que saliera a trabajar la tierra. Le había dicho que «era sacrílego que una mujer hiciera el trabajo de un hombre».

Enfrentada a la perspectiva de morir de hambre, Magdalena había sido

obligada a vender la tierra y su casa a Rathold por una parte de su precio, recibiendo a cambio sólo unos pocos sueldos y una diminuta cabaña en una aldea cercana, con un pequeño prado donde pudieran pastar sus vacas.

Se había dedicado a la fabricación de queso; así había logrado conseguir el mínimo necesario para su subsistencia.

En cuanto su casa estuvo al alcance de la vista, Magdalena soltó un grito y salió corriendo; la vieron desaparecer en su interior. Juana y el hermano Benjamín la siguieron pocos minutos después y la encontraron enterrada bajo una montaña de niños, que se reían y lloraban y hablaban todos al mismo tiempo. Al ver entrar a los dos monjes los niños gritaron alarmados y rodearon a Magdalena en gesto protector, temiendo que volvieran a llevársela. Magdalena les habló y sus sonrisas volvieron, aunque sin dejar de mirar con curiosidad a los extraños.

Apareció una mujer sosteniendo un recién nacido en cada brazo. Hizo una respetuosa reverencia a los dos monjes y se apresuró a darle uno de los niños a Magdalena, que lo cogió con alegría y se lo puso al pecho donde el crío empezó a mamar ávidamente. La otra mujer parecía tener cincuenta años o más, pero Juana pudo ver que, aunque su rostro estaba arrugado por las preocupaciones, no era tan vieja; quizá no tenía más de veintinueve o treinta años.

«Ha estado amamantando al hijo de Magdalena junto al suyo propio», comprendió Juana. Con simpatía observó los pechos flácidos de la mujer y su abdomen hinchado, así como la palidez enfermiza de la piel. Juana ya había visto antes aquel síntoma: mujeres que daban a luz su primer hijo a los trece o catorce años y en lo sucesivo vivían en un estado de preñez virtualmente perpetua, dando a luz a una criatura tras otra con terrible regularidad. No era raro que una mujer tuviera veinte o más embarazos durante su vida; aunque inevitablemente muchos de ellos eran interrumpidos. Para cuando la mujer llegaba a la edad del cambio (si es que vivía tanto como eso porque cada parto conllevaba un serio peligro de muerte), su cuerpo estaba agotado y su espíritu no menos debilitado. Juana pensó en preparar un tónico de corteza de roble en polvo y salvia para fortificar a la mujer antes del próximo invierno.

Magdalena le habló al hijo mayor, un chico desgarbado de doce o trece años. El chico fue hacia la puerta y volvió un instante después con una hogaza de pan y una rodaja de queso con vetas azules y se lo ofreció a Juana y al hermano Benjamín. Este último aceptó el pan pero rechazó el queso que evidentemente estaba podrido. Juana también lo encontró repugnante, pero para complacer al chico cortó un pequeño trozo y se lo llevó a la boca. Para su sorpresa el sabor era maravilloso, muy superior a cualquier queso que hubiera probado en las mesas de Fulda.

—Vaya, es delicioso.

El chico sonrió.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Arn —respondió él con timidez.

Mientras comía, Juana observaba lo que la rodeaba. La casa de Magdalena era una pequeña cabaña sin ventanas, hecha de tablas sin pulir cubiertas de barro mezclado con paja y hojas. Había grandes agujeros en las paredes a través de los cuales se filtraba el aire frío de la noche, desprendiendo del fuego del hogar una nube de humo. En un rincón había un corral para los animales; un mes después, Magdalena

entraría las vacas y las dejaría dentro todo el invierno, lo que era una práctica común entre los pobres. Al hacerlo, no sólo se protegía al precioso ganado, también se obtenía una fuente extra de calor, tan necesario, en la casa. Lamentablemente, además del calor corporal los animales traían sus plagas: garrapatas, moscardones, pulgas y una cantidad de otros insectos, que hacían su morada en las esteras del suelo y en la paja de los jergones. La mayoría de los pobres vivían cubiertos de dolorosas picaduras y mordeduras, hecho documentado en las iglesias entre cuyas pinturas murales podía verse a Job, con el cuerpo cubierto de úlceras, rascándose con un cuchillo.

Algunas personas (y Juana sospechaba que Magdalena era una de ellas) desarrollaban reacciones especialmente fuertes a las picaduras de insectos. Con el tiempo, su piel se hinchaba en grandes ronchas que, más irritadas aún por ropas de lana tosca y sin lavar, terminaban volviéndose lesiones infectadas.

Los exámenes que se proponía hacer Juana para su diagnóstico tendrían que esperar, porque ya era plena noche. «Mañana empezaremos», se dijo mientras se preparaba para dormir.

Al día siguiente limpiaron la cabaña de arriba abajo. Las viejas esteras que cubrían el suelo fueron eliminadas y el piso de tierra fue barrido hasta que quedó perfectamente liso. Se quemaron los jergones y se hicieron otros nuevos con paja recién recogida. También se reemplazó la paja del tejado que en algunas partes había empezado a caerse y pudrirse.

Lo difícil fue persuadir a Magdalena de que se diera un baño. Solía lavarse regularmente la cara, las manos y los pies, como todo el mundo, pero la idea de una inmersión total le resultaba extraña y hasta peligrosa.

—¡Tendré un catarro y moriré! —se quejaba.

—Morirás si no lo haces —respondió Juana con firmeza—. La vida de un leproso es la muerte en vida.

Los fríos vientos de *Herbistmanoth* habían hecho imposible una zambullida en el pequeño arroyo que corría detrás de la aldea. Tuvieron que cargar el agua y calentarla en el caldero, y echarla en la tina de lavar la ropa. Mientras los dos monjes permanecían en pie dándole la espalda, la mujer se metió en la tina con grandes temores y lavó su cuerpo con agua y jabón.

Después del baño, Magdalena estrenó una túnica nueva que Juana había conseguido del hermano Conrado, el despensero, previendo aquella necesidad. Hecha de un buen lino pesado, era lo bastante gruesa para servirle en el invierno y a la vez mucho más suave y menos irritante que la lana.

Lavada y limpia, con la casa libre de insectos y brillante del tejado al suelo, Magdalena empezó a mejorar de inmediato.

Sus lesiones se secaron y empezaron a manifestar síntomas de curación.

El hermano Benjamín estaba encantado.

—¡Tenías razón! —le decía a Juana— ¡No era lepra! ¡Debemos volver y decírselo a los otros!

—Esperemos unos pocos días más —dijo Juana con cautela.

Cuando volvieran no debía quedar la más ligera duda sobre la curación.

—Enséñame otro —dijo Arn.

Juana le sonrió. Durante los últimos días le había estado enseñando al niño el

método de cálculo de Beda y él había demostrado que era un alumno inteligente y ávido de conocimientos.

—Primero debes demostrarme que recuerdas lo que ya has aprendido. ¿Qué representan éstos? —le enseñaba los tres últimos dedos de la mano izquierda.

—Unidades —dijo el chico sin vacilar— Y éstos —señaló el pulgar y el índice de la izquierda— son decimales.

—Bien. ¿Y en la mano derecha?

—Éstos son centenas y éstos millares —lo dijo enseñando los dedos que correspondían.

—Muy bien. ¿Qué números quieres usar?

—Doce, porque es mi edad. Y... —lo pensó un momento— trescientos sesenta y cinco, porque son los días del año —dijo con orgullo.

—Doce veces trescientos sesenta y cinco. Veamos... —los dedos de Juana se movían rápido, calculando el total— Cuatro mil trescientos ochenta.

Arn aplaudió con alegría.

—Prueba a hacerlo tú —dijo Juana, y repitió la operación más lentamente para que el niño tuviera tiempo de imitar cada movimiento suyo. El pequeño lo hizo solo—. ¡Excelente! —dijo Juana cuando hubo terminado.

Arn sonreía de contento, por el juego y el elogio. Su carita redonda se puso seria.

—¿Hasta dónde puedes llegar? —preguntó— ¿Puedes hacerlo con cien y con mil? ¿Con... mil y mil más?

Juana asintió.

—Tócate el pecho así, ¿ves? Eso te da decenas de miles. Y si te tocas el muslo, así, cientos de miles. Entonces... —Sus dedos volvieron a moverse—. Mil cien veces dos mil trescientos es... dos millones quinientos treinta mil.

Los ojos de Arn se ponían redondos de asombro. Aquellos números eran tan grandes que a duras penas podía concebirlos.

—¡Enséñame otro! —dijo.

Juana se echó a reír. Le gustaba enseñarle y percibía el interés con que el pequeño absorbía los conocimientos. La hacía acordarse de sí misma de niña. «Qué vergüenza —pensó— que esta brillante chispa de inteligencia esté destinada a extinguirse en las tinieblas de la ignorancia».

—Si puedo arreglarlo —dijo—, ¿te gustaría estudiar en la escuela de la abadía? Allí podrías aprender no sólo los números sino también a leer y a escribir.

—¿Leer y escribir? —repitió Arn con incredulidad. Esas habilidades extraordinarias estaban reservadas para sacerdotes y grandes señores, no para gente como él. Preguntó con preocupación—: ¿Tendría que hacerme monje?

A Juana le hizo gracia. Arn estaba en la edad en que los chicos empiezan a desarrollar un fuerte interés en el sexo opuesto; la idea de una vida de castidad le resultaba comprensiblemente aborrecible.

—No —dijo—. Irías a la escuela externa que es para estudiantes legos. Pero significaría dejar tu casa y vivir en la abadía. Y tendrías que estudiar mucho porque el maestro es muy estricto.

Arn no vaciló un instante.

—¡Oh, sí! ¡Sí, por favor!

—Muy bien. Volveremos a Fulda mañana. Hablaré con el maestro.

—¡Por fin! —El hermano Benjamín suspiró de alivio.

Frente a ellos, donde el camino se encontraba con el horizonte, se alzaban los muros grises de Fulda y tras ellos las torres gemelas de la iglesia abacial.

El grupo de viajeros había soportado una agotadora jornada desde la cabaña de Magdalena y el clima húmedo había agravado el reumatismo de Benjamín, haciendo de cada paso un tormento.

—Pronto estaremos allí —dijo Juana—. Podrás poner los pies junto al brasero en menos de una hora.

A lo lejos, un martilleo sobre tablas anunciaba su llegada; ya que nadie se acercaba sin anuncio a las puertas de Fulda. Con el ruido, Magdalena, nerviosa, apretaba a su bebé. A Juana y al hermano Benjamín les había costado mucho convencerla de que volviera a la abadía y había accedido sólo a condición de que la acompañaran sus hijos.

Los hermanos se habían reunido en el patio para saludarlos ceremoniosamente alineados en orden de rango y el abad Rabano en persona, con su cabello plateado y majestuosamente erguido, estaba al frente.

—Acércate —dijo Rabano.

—Tranquila, Magdalena —dijo Juana—. Haz lo que te dice el abad.

Magdalena avanzó y quedó trémula en medio de los monjes. Al verla lanzaron un unánime suspiro de asombro: las lesiones ulceradas y nódulos habían desaparecido; salvo por unas marcas secas, la piel bronceada de su rostro y sus brazos era limpia y firme, llena de salud. No podía haber ninguna duda: hasta el menos experto podía decir que la mujer que tenían ante ellos no era una leprosa.

—¡Oh, maravillosa señal de gracia! —exclamó el obispo Otgar muy impresionado—. ¡Como Lázaro has sido recuperada de la muerte a la vida!

Los hermanos se arremolinaron alrededor y acompañaron en triunfo hacia la iglesia a los viajeros.

La curación de Magdalena fue considerada como nada menos que un milagro. Todo Fulda cantaba elogiando a Juan Anglico. Cuando el viejo hermano Aldwin, uno de los dos sacerdotes de la comunidad, murió durante el sueño una noche, hubo pocas dudas entre los hermanos sobre quién lo sucedería.

Pero el abad Rabano pensaba de otro modo. Juan Anglico era demasiado audaz y presuntuoso para su gusto. Rabano prefería al hermano Tomás, quien, aunque menos brillante, era mucho más predecible, cualidad que Rabano valoraba.

Pero había que tener en cuenta al obispo Otgar. El obispo estaba enterado de que Gottschalk había estado cerca de la muerte por los azotes, algo que lanzaba una luz sospechosa sobre la abadía. Si Rabano pasaba por encima de Juan Anglico para favorecer a un hermano menos cualificado, podía suscitar nuevas dudas sobre su conducta. Y si el rey recibía un mal informe sobre él, podía llegar a prescindir de sus servicios como abad... lo que resultaba impensable. Pensó que era mejor ser prudente en su elección, al menos por el momento.

En el capítulo anunció:

—Como vuestro padre espiritual tengo derecho a nombrar un sacerdote entre

vosotros. Después de mucha plegaria y reflexión, me he decidido por un hermano adecuado para el nombramiento por su virtud y su gran saber: el hermano Juan Ánglico.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hermanos. Juana se ruborizó de entusiasmo. «¡Yo, sacerdote!»; ¡Ser admitida en los misterios sagrados, administrar los santos sacramentos! Había sido la ambición de su padre para Mateo y, después de la muerte de éste, para Juan. ¡Qué ironía que su ambición se realizara finalmente en su hija mujer!

Sentado al otro lado del salón, el hermano Tomás miraba fijamente a Juana. «Este nombramiento era mío —pensaba amargamente—. Rabano me había elegido a mí, ¿no me lo había dicho hace unas semanas?».

La curación de la leprosa por Juan lo había cambiado todo. Era para enfurecerse. Magdalena no era nadie, una esclava casi. ¿Qué diferencia había entre que fuera al lazareto, viviera o muriera?

Era especialmente amargo que el premio se lo llevara Juan Ánglico. Desde el primer momento, Tomás lo había odiado: había odiado la rapidez de su ingenio, con cuyas aristas había chocado con frecuencia. Había odiado la facilidad con que aprendía sus lecciones. A Tomás todo le resultaba difícil. Tenía que esforzarse mucho para aprender las formas del latín y memorizar los capítulos de la regla. Pero lo que a Tomás le faltaba en brillo lo tenía en perseverancia y en la solicitud con que cumplía con las formas externas de la fe. Cada vez que terminaba una comida tenía el cuidado de dejar el cuchillo y el tenedor en forma perpendicular, en tributo a la Santa Cruz. Nunca bebía su vino de un trago como los otros sino que lo iba bebiendo, con reverencia, tres sorbos cada vez, en una pía ilustración del milagro de la Trinidad. Juan Ánglico no se molestaba en esos actos de devoción.

Tomás fulminaba con la mirada a su rival, que parecía tan angelical con su halo de cabello rubio. «¡Que el infierno lo seque con sus llamas, a él y al maldito vientre que lo engendró!».

El refectorio, o comedor de los monjes, era una estructura de paredes de ladrillo, de doce metros de ancho y treinta de largo, dispuesto para recibir a los trescientos cincuenta monjes de Fulda todos a la vez. Con seis altas ventanas en la pared que daba al sur y siete en la que daba al norte, permitía la entrada de la luz solar todo el año, lo que hacía que fuera uno de los lugares más alegres de la abadía. Las planchas y arcos de madera que soportaban las vigas estaban cubiertas con coloridas pinturas con la vida de san Bonifacio, santo patrón de Fulda; contribuían a la impresión de brillo y luz, y en aquellos días breves y fríos de *Heilagmanoth* uno sentía al entrar como si fuera verano.

Era el mediodía y todos los hermanos se habían reunido en el refectorio para el almuerzo, la primera de las dos comidas del día. El abad Rabano estaba sentado a la larga mesa en forma de U en el centro del muro que daba al este, flanqueado por doce hermanos a la izquierda y doce a la derecha, representando a los apóstoles de Cristo. Las largas mesas de madera exhibían platos muy simples de pan, legumbres y queso. Por el suelo de tierra se deslizaban los ratones en su búsqueda furtiva de migas.

De acuerdo con la regla de san Benito, los hermanos siempre comían sin hablar. El estricto silencio sólo era roto por el tintineo de los cuchillos de metal y las

copas, y la voz del lector de la semana, que se situaba en un pulpito y leía los salmos o las vidas de los Padres de la Iglesia. «Mientras el cuerpo mortal comparte la comida terrena —solía decir el abad Rabano—, dejemos que el alma reciba su alimento espiritual».

La *regula taciturnitis*, o regla del silencio, era un ideal elogiado por todos pero observado por pocos. Los hermanos habían elaborado un complejo sistema de signos manuales y gestos faciales con los que se comunicaban durante las comidas. De esta manera podían llevarse a cabo conversaciones enteras, especialmente cuando el lector era malo. El hermano Tomás leía con acento extraño sin poder transmitir la musicalidad de la poesía de los salmos; ignorante de su propia torpeza, leía en voz muy alta torturando los oídos de los hermanos. El abad Rabano solía mandar a leer al hermano Tomás, prefiriéndolo a otros lectores más capacitados porque, como decía él, «una voz demasiado dulce invita a los demonios del corazón».

—Chist.

Un silbido muy bajo llamó la atención de Juana. Alzó la vista del plato y vio que el hermano Adalgar le hacía señas desde el otro lado de la mesa.

Le enseñaba cuatro dedos. Este número indicaba un capítulo de la regla de san Benito, vehículo frecuente para aquella clase de conversación muda que favorecía los circunloquios y las referencias enigmáticas.

Juana recordaba las líneas iniciales del capítulo cuatro: *Omnes supervenientes hospites tamquam Christus suscipiantur*, decía: «Que todos los que lleguen sean recibidos como Cristo».

Captó al instante el significado. Había llegado un visitante a Fulda; alguien importante o el hermano Adalgar no se habría molestado en mencionarlo. Fulda recibía a más de una docena de visitantes por día, ricos y pobres, peregrinos envueltos en pieles y mendigos en harapos, viajeros cansados que llamaban sabiendo que no se les negaría la entrada y que podrían gozar de unos pocos días de descanso, abrigo y comida antes de seguir su camino.

«¿Quién?», preguntó alzando apenas las cejas. Su curiosidad era de esperar.

En aquel momento el abad Rabano dio la señal y los hermanos se pusieron de pie al mismo tiempo y formaron por orden de edad. Cuando salían del refectorio, el hermano Adalgar se volvió hacia ella.

—*Parens* —dijo señalándola—: Tu padre.

Con paso tranquilo y comedido, y el gesto plácido propio de un monje de Fulda, Juana seguía a los hermanos al salir del refectorio. Nada en su apariencia externa traicionaba su profunda agitación.

¿Podía estar en lo cierto el hermano Adalgar? ¿Uno de sus padres habría ido a Fulda? ¿Su madre o su padre? *Parens*, había dicho, lo que podía significar cualquiera de los dos. ¿Y si era su padre? No esperaría verla a ella, sino a su hermano Juan. La idea la llenó de alarma. Si su padre descubría el engaño, seguramente la denunciaría.

Pero quizás era su madre quien había ido. Gudrun no traicionaría el secreto. Entendería que la revelación le costaría la vida a Juana.

«Mamá». Hacía diez años que no se veían y la separación había sido sin despedida. De pronto, más que ninguna otra cosa, Juana quería ver el rostro querido de Gudrun, quería abrazarla y oírla hablar con los ritmos melódicos de la antigua

lengua.

El hermano Samuel, encargado de los hospedajes, la interceptó cuando salía.

—Estás excusado de tus deberes esta tarde; alguien ha venido a verte.

Desgarrada entre la esperanza y el temor Juana no dijo nada.

—No te pongas tan serio, hermano; no es el diablo que viene por tu alma inmortal. —El hermano Samuel rió su propia broma. Era un hombre jovial y bondadoso, aficionado a las bromas y las risas. Durante años, el abad Rabano lo había reprendido por estos hábitos poco espirituales hasta rendirse y ponerlo a cargo de recibir y alojar a los visitantes, trabajo cuyo aspecto mundano se adaptaba a la perfección a la personalidad del hermano Samuel—. Es tu padre —añadió, contento de dar una buena noticia—, está esperando en el jardín para verte.

El miedo resquebrajó la máscara de autodomínio de Juana. Dio un paso atrás sacudiendo la cabeza.

—No lo veré... No puedo.

La sonrisa desapareció de los labios del hermano Samuel.

—Vamos, hermano, no lo dirás en serio. Tu padre ha venido desde Ingelheim para hablar contigo. Tendría que dar alguna explicación.

—No tenemos buenas relaciones. Nosotros... nos peleamos cuando me fui de casa.

El hermano Samuel le pasó un brazo por los hombros.

—Entiendo —dijo con simpatía—. Pero de todos modos es tu padre y ha hecho un largo viaje. Será un acto de caridad hablar con él aunque no sea más que un momento.

Sin poder refutarlo, Juana no dijo nada. El hermano Samuel interpretó que consentía.

—Ven. Te llevaré a donde está.

—¡No! —Se quitó de encima el brazo del monje.

El hermano Samuel se sobresaltó. No era modo de dirigirse a él que era uno de los siete oficiales de obediencia de la abadía.

—Tu alma está turbada, hermano —dijo con dureza—. Necesitas guía espiritual. Discutiremos esto en el capítulo mañana.

«¿Qué puedo hacer?», pensó Juana con desesperación. Sería difícil, si no imposible, ocultar su verdadera identidad al padre. Pero una discusión en el capítulo también representaría su ruina. No había excusa para su conducta. Si se la consideraba desobediente como Gottschalk...

—Perdóname, *Nonnus* —dijo usando la fórmula de respeto debida a un hermano de más edad—, por mi falta de templanza y humildad. Me has sorprendido y en mi confusión olvidé mi deber para contigo. Te pido perdón con la mayor humildad.

Era una buena disculpa. El gesto adusto del hermano Samuel se disolvió en una sonrisa; no era un hombre rencoroso.

—Estás perdonado, hermano, completamente. Ven, caminaremos juntos hasta el jardín.

Mientras atravesaban el claustro pasando por las cuadras, el molino y los hornos de secado, Juana calculaba rápidamente sus posibilidades. La última vez que su padre la había visto era una niña de doce años. Había cambiado mucho en los diez

años siguientes. Quizá no la reconocería. Quizá...

Llegaron al jardín con sus ordenadas hileras de parcelas: trece en total, número elegido para simbolizar la santa congregación de Cristo y los doce apóstoles en la Última Cena. Cada parcela tenía exactamente siete pies de ancho, lo que también era significativo porque siete era el número de dones del Espíritu Santo, que representaban la totalidad de las cosas creadas.

En el fondo del jardín, entre macizos de helechos y perifollo, estaba su padre dándoles la espalda. Su cuerpo bajo y robusto, su cuello grueso y su postura resuelta eran inmediatamente reconocibles. Juana hundió la cabeza en la voluminosa capucha, de modo que la tela pesada le colgara sobre la frente, ocultándole el cabello y la cara.

Al oír sus pasos, el canónigo se volvió. Su cabello oscuro y las cejas espesas, que habían causado tanto terror a Juana, se habían vuelto completamente grises.

—*Deus tecum.* —El hermano Samuel le dio a Juana una palmada alentadora—. Dios sea contigo. —Y los dejó.

Su padre se acercó con paso lento. Era más pequeño de lo que ella recordaba; vio con sorpresa que usaba un bastón. Cuando estuvo cerca, Juana se volvió y, sin hablar, le indicó con un gesto que la siguiera. Lo llevó fuera del resplandor del sol del mediodía, hasta la capilla sin ventanas adjunta al jardín donde la oscuridad le daría más posibilidades de no ser reconocida. Una vez dentro, esperó a que él se sentara en uno de los bancos. Se sentó en el otro extremo, manteniendo la cabeza baja para que la capucha le ocultara el perfil.

—*Pater Noster qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum...*

Su padre inició el padrenuestro. Las manos le temblaban; hablaba con la voz temblorosa de un anciano. Juana unió su voz a la de él y ambas resonaron en la pequeña capilla de piedra.

Completada la plegaria se quedaron un rato en silencio.

—Hijo mío —dijo el canónigo al fin—, lo has hecho bien. El hermano hospitalario me dice que serás sacerdote. Le has dado honor a nuestra familia como yo esperaba que lo hiciera tu hermano.

«Mateo». Juana tocó el medallón de santa Catalina que llevaba colgado al cuello, el que le había regalado Mateo hacía ya tantos años. Su padre captó el gesto.

—Mi vista ya no es muy buena. ¿No es el medallón de tu hermana Juana?

Juana lo soltó maldiciendo su estupidez; no había pensando en ocultarlo.

—Lo tomé como un recuerdo... después. —No pudo decidirse a hablar del horror del ataque de los hombres del norte.

—¿Tu hermana murió sin... deshonor?

Juana tuvo la súbita imagen de Gisla, gritando de dolor y miedo mientras los hombres se turnaban sobre ella.

—Murió inviolada.

—*Deo gratias.* —El canónigo se persignó—. Fue la voluntad de Dios, entonces. Era una hija obstinada y monstruosa que nunca habría podido tener paz en este mundo; es mejor así.

—Ella no habría dicho eso.

Si el canónigo captó la ironía en su voz, no lo dio a entender.

—Su muerte fue un gran dolor para tu madre.

—¿Cómo está mi madre?

Durante un buen rato, el canónigo no respondió. Cuando lo hizo al fin su voz temblaba más que antes.

—Se ha ido.

—¿Ido?

—Al infierno —dijo el canónigo—, a quemarse por toda la eternidad.

—No. —La comprensión presionaba en los bordes de la conciencia de Juana—. No.

No podía haberle pasado a mamá, con su rostro hermoso, sus ojos de bondad, sus manos suaves que traían el consuelo y la alegría... Mamá, que la había querido tanto.

—Murió hace un mes —dijo el canónigo—, sin reconciliarse con Cristo, llamando a sus dioses paganos. Cuando la partera me dijo que no viviría hice todo lo que pude, pero ella no aceptó el sacramento. Le puse la hostia en la boca y la escupió.

—¿La partera? No querrás decir...

Su madre tenía más de cincuenta años y había pasado hacía mucho la edad de concebir; después de Juana no había vuelto a quedar embarazada.

—No me habrían permitido enterrarla en un cementerio cristiano con un niño sin bautizar todavía en el vientre.

Empezó a llorar con fuertes sollozos entrecortados que lo sacudían de arriba abajo.

¿La amaba pues? Había tenido un modo extraño de darlo a entender, con su brutalidad, su crueldad y su lujuria, la lujuria egoísta que al final la había matado.

Los sollozos del canónigo se aquietaron lentamente y empezó la plegaria por los muertos. Esta vez Juana no se le unió. Moviendo los labios sin sonido empezó a recitar el juramento, invocando el nombre secreto de Thor, el Trueno, como se lo había enseñado mamá hacía mucho tiempo.

Su padre se aclaró la garganta incómodo.

—Hay una cosa, Juan. La misión en Sajonia... ¿te parece... que los hermanos podrían emplearme, para trabajar con los paganos?

Juana estaba perpleja.

—¿Y tu trabajo en Ingelheim?

—El hecho es que mi posición en Ingelheim se ha vuelto difícil. La última... desgracia... con tu madre...

De pronto Juana comprendió. El rigor contra el clero casado, escaso durante el reinado del emperador Carlomagno, se había recrudecido bajo el reinado de su hijo Ludovico, cuyo celo religioso le había hecho ganarse el título de Pío. El reciente sínodo de París había acentuado enérgicamente la teoría y práctica del celibato sacerdotal. El embarazo de Gudrun, prueba visible de la falta de castidad del canónigo, no podía haber sobrevenido en peor momento.

—¿Has perdido el puesto?

De mala gana su padre asintió.

—Pero, *Deo volente*, tengo la fuerza y la capacidad de hacer trabajo para Dios todavía. Si pudieras interceder por mí ante el abad Rabano...

Juana no respondió. Estaba abrumada de pena, indignación y dolor; no le

quedaba lugar en su corazón para la compasión por su padre.

—No me respondes. Te has vuelto orgulloso, hijo mío. —Se puso de pie y su voz recuperó algo de su viejo tono autoritario—. Recuerda que fui yo quien te trajo a este lugar y a tu actual posición en la vida. *Contritionem praecedat superbia et ante ruinam exaltado spiritus* —dijo con tono severo—: «El orgullo precede a la destrucción y la altivez a la caída», Proverbios, capítulo dieciséis.

—*Bonum est homini mulierem non tangere* —replicó Juana—. «Es bueno para el hombre no tocar mujer», Corintios I, capítulo siete.

El padre alzó el bastón para pegarle, pero el movimiento le hizo perder el equilibrio y cayó. Ella le tendió una mano para ayudarlo y él la atrajo hacia sí.

—Hijo mío —murmuró al oído de Juana—. Hijo. No me abandones. Eres lo único que tengo.

Asqueada, Juana se echó atrás con tanta violencia que la capucha se le cayó de la cabeza. Se la volvió a poner deprisa, pero era demasiado tarde.

La expresión de su padre era de horrorizado reconocimiento.

—No —dijo, atónito— No, no puede ser.

—Padre...

—Hija de Eva, ¿qué has hecho? ¿Dónde está tu hermano Juan?

—Está muerto.

—¿Muerto?

—Lo mataron los hombres del norte en la iglesia de Dorstadt. Traté de salvarlo, pero...

—¡Bruja! ¡Demonio del Averno! —Hizo la señal de la cruz ante ella.

—Padre, por favor, te lo explicaré... —dijo Juana con desesperación. Tenía que calmarlo antes de que sus voces atrajeran a los otros.

El padre recuperó el bastón y se puso torpemente de pie, con todo el cuerpo trémulo. Juana se acercó para ayudarlo, pero él la rechazó y dijo en tono acusador:

—Mataste a tu hermano mayor. ¿No podías haber perdonado al menor?

—Yo quería a Juan, padre. Nunca le habría hecho ningún daño. Fueron los del norte, que cayeron sin avisar con espadas y hachas. —Se esforzó por resistir el llanto que le subía; tenía que seguir hablando, hacerse entender—. Juan quiso presentar batalla, pero mataron a todos, a todos.

Se había vuelto hacia la puerta.

—Debo poner fin a esto antes de que hagas más daño.

Ella lo cogió por el brazo.

—Padre, por favor, no, me matarán si...

Se volvió enfurecido para hacerle frente.

—¡Maldito demonio! ¡Tendrías que haber muerto en el vientre de tu madre pagana antes de nacer! —Luchó por liberarse, y su rostro se puso lívido—: ¡Suéltame!

Ella lo retuvo con desesperación. Si salía por aquella puerta su vida no valdría nada.

—¿Hermano Juan? —Sonaba una voz en el umbral. Era el hermano Samuel y la preocupación se notaba en su amable rostro—: ¿Hay algún problema?

Sorprendida, Juana soltó el brazo de su padre. Él se apartó y fue hacia el hermano Samuel.

—Llévame a ver al abad Rabano. Debo... debo... —Se interrumpió de pronto con un gesto de sorpresa.

Se le veía raro. La piel había seguido oscureciéndose; la cara se retorció de forma grotesca, el ojo derecho quedó más bajo que el izquierdo y la boca se torció hacia un lado.

—¿Padre? —Ella se acercó vacilante.

Él hizo un gesto como si quisiera pegarle, pero el brazo se movía fuera de control.

Aterrorizada, Juana retrocedió.

El padre gritó algo incomprensible y cayó como un árbol talado.

El hermano Samuel gritó pidiendo ayuda. De inmediato aparecieron cinco hermanos en el umbral.

Juana se arrodilló junto a su padre y lo cogió en sus brazos. La cabeza de él se apoyó, pesada y flácida, contra el hombro de la joven, que lo sostenía metiendo los dedos entre el cabello gris. Al mirarlo a los ojos Juana se sorprendió al ver cuánto odio y maldad había allí.

Los labios del canónigo se movían con horrible decisión.

—M... m... m...

—No trates de hablar —dijo Juana—. No estás bien. Él la fulminó con la mirada. Con un último y sonoro esfuerzo escupió una sola palabra: —*M... m... Mulier!*

¡Mujer!

Giró la cabeza en una convulsión y se le congeló en los ojos la misma expresión de odio.

Juana se inclinó sobre él, buscando una señal de aliento en los labios estirados o el pulso en el cuello arrugado. Le cerró los ojos.

—Está muerto.

El hermano Samuel y los otros se persignaron.

—Creo que dijo algo antes de morir —dijo el hermano Samuel— ¿Qué fue?

—Invocó... a María, madre de Dios.

El hermano Samuel asintió.

—Un hombre santo. —Y a los otros—: Llévadlo a la iglesia. Prepararemos su cuerpo con toda ceremonia.

—*Terram es, terram ibis* —recitó el abad Rabano.

Junto con el resto de los hermanos, Juana cogió un puñado de tierra, lo arrojó a la fosa, y vio caer los montones oscuros y húmedos sobre la superficie lisa del ataúd de su padre.

Su padre siempre la había odiado. Incluso cuando era pequeña, antes de que se trazaran las líneas del combate entre ellos, nunca había recibido de él más que una tolerancia agria y desganada. Para él siempre había sido un ser sin valor: una mujer. Aun así, la sorprendía comprobar con cuánto gusto la habría delatado, cómo la habría entregado sin vacilar a una muerte segura.

De todos modos, cuando la última palada de tierra cubrió la tumba, Juana sintió una curiosa e inesperada melancolía. No recordaba una época en que no hubiera temido, detestado y hasta odiado a su padre. Y sin embargo, experimentaba un peculiar sentimiento de pérdida. Mateo, Juan, mamá..., todos habían muerto. Su padre

había sido el último lazo con su hogar, con la niña que había sido. Ahora ya no había más Juana de Ingelheim; sólo había Juan Anglico, cura y monje de la casa benedictina de Fulda.

Fontenoy, 841

El prado desprendía un tenue resplandor en la luz débil y grisácea del amanecer y por su centro se enroscaban las líneas suavemente curvadas de un arroyuelo plateado. «Escenario inverosímil para una batalla», pensó Geroldo con tristeza.

El emperador Ludovico había muerto hacía menos de un año, pero la rivalidad latente entre sus tres hijos al fin había estallado en una guerra civil. El mayor, Lotario, había heredado el título de emperador, pero las tierras del imperio estaban divididas entre él y sus dos hermanos menores, Carlos y Luis el Germánico; un arreglo imprudente y peligroso que dejaba a los tres insatisfechos. Aun así, podría haberse evitado la guerra si Lotario hubiera sido más hábil en la diplomacia. Posesivo y despótico por naturaleza, trató a sus hermanos menores con una arrogancia que los llevó a coaligarse en abierta rebelión contra él. Así era como los tres hermanos reales habían llegado al fin a Fontenoy, decididos a zanjar con sangre las diferencias que los separaban.

Después de largas reflexiones, Geroldo había unido su suerte a la de Lotario. Conocía bien sus defectos, pero en tanto que emperador ungido, era la única esperanza de un reino unificado de los francos. Las divisiones que habían devastado al país durante el último año se habían cobrado un alto precio: los hombres del norte, aprovechando la distracción que permitía la alteración política, habían intensificado sus incursiones contra la costa franca, provocando gran destrucción. Si Lotario pudiera obtener una victoria decisiva, sus hermanos no tendrían más remedio que apoyarlo. Un país gobernado por un tirano era mejor que ninguno.

Comenzó el redoble de tambores y se reunieron los hombres. Lotario había pensado que una misa a primera hora alentaría a sus tropas para la batalla. Geroldo abandonó su meditación solitaria y volvió al campamento.

Vestido con telas doradas, el obispo de Auxerre oficiaba la misa sobre un carro de aprovisionamiento, de modo que todos pudieran verlo.

«*Libera me, Domine, de morte aeterna*», cantaba con potente voz de barítono mientras docenas de acólitos pasaban entre los hombres, distribuyendo la hostia consagrada. Muchos de los soldados eran colonos y campesinos sin experiencia previa con las armas, hombres que en circunstancias normales habrían sido excluidos de la leva imperial que ordenaba el servicio militar. Pero aquéllos no eran tiempos normales. Muchos habían sido arrancados de sus casas sin siquiera una hora para arreglar sus asuntos o despedirse de su familia. Estos últimos recibían la hostia con distracción, ya que no estaban en condiciones de prepararse para la muerte. Sus ideas seguían fijas en las cosas de este mundo de las que habían sido tan rudamente apartados: sus campos, sus trabajos, sus deudas, sus esposas e hijos. Desconcertados y asustados, todavía no podían comprender la importancia de la situación, no podían creer que se esperara que lucharan y murieran en aquella tierra extraña por un emperador cuyo nombre, hasta hacía pocos días, había sido sólo un eco distante en sus

vidas. «¿Cuántos de estos inocentes —se preguntaba Geroldo— vivirán para ver ponerse el sol?».

—Oh, Señor —rezó el obispo como conclusión de la misa—, Vencedor del enemigo, Creador de las victorias, danos el escudo de tu ayuda y la espada de tu gloria para la destrucción de nuestros enemigos. Amén.

—Amén.

El aire vibró con el sonido de miles de voces. La primera franja de sol asomó por el horizonte, derramando su luz sobre el campo y arrancando brillo de piedras preciosas a la punta de las lanzas y flechas. Un fuerte clamor subió de entre los hombres.

El obispo se quitó el palio y se lo tendió a un acólito. Aflojando la casulla, la dejó caer al suelo y quedó al descubierto un soldado con la indumentaria correspondiente: la *brunia*, pesado jubón de cuero empapado en cera caliente y cosido con alambres metálicos, y los *bauga* o protectores de metal para las piernas.

«Entonces, se dispone a combatir», pensó Geroldo.

Hablando estrictamente, el oficio sagrado del obispo le impedía derramar sangre de otro hombre, pero en la práctica se solía prescindir de aquel ideal piadoso; los obispos y sacerdotes luchaban junto a sus reyes como cualquier otro vasallo.

Uno de los acólitos le tendió al obispo una espada en cuya hoja estaba bruñido el signo de la cruz. El obispo la sostuvo de modo que un rayo del sol rasante hiciera brillar la cruz dorada.

—¡Loado sea Jesucristo! —gritó— ¡Adelante, buenos cristianos, a la caza!

Geroldo estaba al mando del flanco izquierdo, situado en la pendiente de una colina que limitaba por el sur el campo. En una colina opuesta, el sobrino de Lotario, Pipino, comandaba el flanco derecho, un contingente grande y bien armado de aquitanos. La vanguardia, mandada por el mismo Lotario, se situó más allá de los árboles que señalaban el extremo este del campo, directamente frente a los enemigos.

El caballo bayo de Geroldo estiraba el pescuezo y relinchaba de impaciencia. Inclinandose sobre él, Geroldo le pasó una mano por la cabeza para calmarlo. Era mejor reservar toda la energía para la carga cuando llegara el momento.

—Será pronto, muchacho —le murmuró—, muy pronto.

Miró al cielo. Eran las seis, la primera hora de la mañana. El sol, todavía bajo en el cielo, daba justo en los ojos del enemigo. «Bien —pensó— Es una ventaja para nosotros». Miró a Lotario en espera de la señal de avanzar. Pasó un rato y no hubo señal. Los ejércitos enemigos estaban en ambos lados del campo, mirándose con desconfianza sobre el prado verde. Pasó otro rato. Y otro. Y otro.

Geroldo salió de entre sus hombres y cabalgó colina abajo hasta la línea de la vanguardia, donde Lotario estaba montado bajo un remolineo de gallardetes.

—¿Majestad, a qué se debe la demora? Los hombres están impacientes por avanzar.

Lotario lo miró con irritación por encima de su larga nariz.

—Yo soy el emperador; no es correcto que yo vaya a mis enemigos.

No le gustaba Geroldo porque tenía una mentalidad demasiado independiente para su gusto, resultado, seguramente, de los años que había pasado entre paganos y bárbaros en el extremo norte del imperio.

—¡Pero, señor, mira el sol! Ahora la ventaja es nuestra; dentro de una hora ya no la tendremos más.

—¡Confía en Dios, conde Geroldo! —respondió Lotario con altivez—. Yo soy el rey ungido por el cielo; el Señor no dejará de reservarnos la victoria.

Por el tono que empleaba, Geroldo comprendió que no valía la pena seguir discutiendo. Hizo una reverencia rígida, dio media vuelta en su caballo y volvió al galope a su posición.

Quizá Lotario tenía razón y Dios se proponía darles la victoria. Pero ¿acaso Él no tenía derecho a esperar un poco de ayuda de los hombres?

Ya habían pasado las diez; el sol se acercaba al cénit. «Maldito sea —se dijo Geroldo—. ¿Qué demonios está pensando Lotario?». Llevaban esperando casi cuatro horas. El sol daba en sus mallas metálicas y las calentaba hasta que los hombres empezaban a moverse con incomodidad. Los que necesitaban aliviarse debían hacerlo donde estaban porque no estaba permitido romper la formación; el mal olor subía y quedaba flotando en el aire inmóvil.

En aquellas difíciles circunstancias, Geroldo se alegró de presenciar la llegada de un pequeño cuerpo de servidores portando barriles de vino. Los hombres estaban acalorados y sedientos; una copa de vino era exactamente lo que necesitaban para reavivar sus ánimos desfallecidos. Se alzó un alegre griterío cuando empezaron a circular los sirvientes con copas de espeso vino tinto franco. Geroldo cogió una y se sintió mucho mejor. Pero no se permitió, ni permitió a sus hombres, más que una sola copa. Mientras que un poco de vino podía dar valor a un hombre, el exceso podía hacerlo desaprensivo o temerario, lo que era peligroso para él y para sus camaradas.

Lotario no mostraba tanta preocupación al respecto. Con gesto benigno alentaba a sus hombres a que siguieran bebiendo. Gritando y bromeando, jactándose de su habilidad con las armas, los soldados de la vanguardia se atropellaban unos a otros tratando de ganar el honor de estar en la primera fila, como niños que querían lucirse —cosa que eran en realidad; salvo un puñado de veteranos con experiencia, la mayor parte no pasaba de los dieciocho años.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

El grito recorrió las filas. El ejército contrario avanzaba, lentamente todavía, de modo que la infantería y los arqueros pudieran mantenerse próximos a la caballería que marchaba delante. El efecto era solemne, majestuoso, más como una procesión religiosa que como un comienzo de batalla.

En la vanguardia de Lotario hubo un gran revuelo cuando los hombres corrieron a recuperar los yelmos, lanzas y escudos dispersos. No habían terminado de montar cuando la caballería enemiga espoleaba a sus monturas, se lanzaba a la carga y avanzaba hacia ellos con terrorífica velocidad, haciendo temblar la tierra con un rugido ensordecedor como el de mil truenos.

Las banderas de la vanguardia imperial bajaron y subieron, ordenando una carga de respuesta. La caballería saltó hacia delante y los cascos desgarraron la suave hierba verde, mientras las cabezas de los animales se lanzaban hacia delante, estirando los pescuezos tensos.

El bayo se sacudió, pero Geroldo tiró de las riendas.

—Todavía no, muchacho. —Tenían que esperar; el flanco izquierdo debía ser

el último en entrar en combate, después de Lotario y Pipino.

Como dos grandes olas, los ejércitos enemigos lanzaban uno hacia el otro cuarenta mil hombres y el orgullo de la nobleza franca cabalgaba rodilla con rodilla en líneas compactas de unos ochocientos metros de ancho y otro tanto de profundidad.

Con un grito salvaje, un grupo de la vanguardia imperial se adelantó a la formación, espoleando sus caballos en una carrera desordenada, disputándose la gloria de ser el primero en alcanzar al enemigo bajo los ojos de su emperador.

Geroldo miraba con preocupación. Si seguían a aquella velocidad, llegarían al arroyo demasiado pronto y quedarían presos del agua mientras el enemigo combatiría desde el terreno sólido de la otra orilla.

Temerarios a fuerza de vino y juventud se arrojaron al arroyo y chocaron con el enemigo, con un alboroto que destrozaba los oídos, como dos gigantes huesos que se rompieran. Combatieron con gran valor y mayores desventajas porque tenían que pegar desde abajo al enemigo sólidamente asentado en la orilla y perdían puntería por los tropiezos de sus caballos en las piedras húmedas. Los que resultaban heridos caían al agua donde, cubiertos de lodo y luchando por levantarse y levantar el peso de sus cotas de malla, eran aplastados por sus propios caballos presas del pánico.

Los hombres de las filas posteriores veían lo que sucedía, pero avanzaban a tal velocidad que no podían detenerse sin peligro de que los atropellaran violentamente los que los seguían. De modo que también se vieron obligados a meterse en el barro del arroyo, que ya se enrojecía de sangre, arrastrando contra su voluntad a los supervivientes de la primera carga hacia las lanzas del enemigo.

Sólo la retaguardia de la caballería, donde ahora estaba Lotario, pudo frenar a tiempo; dieron media vuelta y galoparon desordenadamente en retirada hasta tropezar con las filas de la infantería que marchaba detrás. Los infantes, para evitar ser pisoteados por los caballos, arrojaron las armas y corrieron hacia los lados.

Era una desbandada. La única esperanza estaba en los flancos dirigidos por Pipino y Geroldo. Tal como estaban colocados, podían bajar al campo de batalla mucho más allá del arroyo y golpear directamente al rey Luis, que estaba en el centro. Al alzar la vista hacia la colina de enfrente, Geroldo vio que Pipino y sus aquitanos habían dado media vuelta y estaban combatiendo de espaldas a ellos. El rey Carlos debía de haber dado un rodeo y los había atacado por detrás.

De modo que no podía esperarse ayuda de ese lado.

Geroldo volvió a mirar el campo de batalla. La mayor parte de los hombres de Luis había cruzado el arroyo en persecución de las tropas en retirada de Lotario, con lo que debilitaban sus filas, dejando al rey momentáneamente expuesto. Era una posibilidad entre mil, pero una posibilidad desesperada era mejor que ninguna.

Geroldo se apoyó en los estribos alzando la lanza.

—¡Adelante! —gritó— ¡En nombre del emperador!

—¡Por el emperador!

El grito salió como el ladrido unánime de una jauría y quedó suspendido en el aire mientras ellos corrían colina abajo, una gran cuña volante apuntada directamente al sitio donde flotaba el estandarte escarlata y azul de Luis en el aire brillante del verano.

El pequeño grupo de hombres que había quedado con el rey cerró filas ante

él. Geroldo y sus hombres cayeron sobre ellos abriéndose paso sin dificultad.

Geroldo atacó a su primer hombre con la lanza, atravesándolo limpiamente por el pecho; la lanza se rompió por la fuerza del impacto. El hombre saltó de la silla, llevándose consigo la punta clavada. Armado sólo con la espada, Geroldo se adelantó con salvaje decisión, golpeando a izquierda y derecha en grandes arcos, abriéndose camino en zigzag, a través de los hombres, hacia el estandarte. Sus hombres despejaban el camino a los lados y atrás.

Metro a metro, centímetro a centímetro, la guardia de Luis retrocedía ante la matanza. De pronto, el camino estuvo despejado. Justo frente a Geroldo se alzaba el estandarte real, un grifo rojo sobre un campo azul. Ante él, montado en un caballo blanco, estaba el rey Luis el Germánico en persona.

—¡Ríndete! —gritó Geroldo con fuerza— ¡Ríndete y vivirás!

Por toda respuesta, Luis descargó la espada contra Geroldo. Lucharon cuerpo a cuerpo, un duelo de fuerzas y habilidades parejas hasta que un caballo cercano trastabilló de costado violentamente herido por una flecha, haciendo retroceder al bayo de Geroldo. Luis aprovechó la momentánea ventaja con una estocada dirigida al cuello. Geroldo se encogió e introdujo la espada por debajo del brazo alzado del rey, hiriéndolo entre las costillas.

Luis tosió y una espuma sanguinolenta le asomó entre los labios; lentamente resbaló de lado en la silla, cayendo a tierra.

—¡El rey ha muerto! —gritaron exultantes los hombres de Geroldo—. ¡Ha matado a Luis!

El eco del grito se repitió en las filas de soldados.

El cuerpo de Luis colgaba de la silla con un pie enganchado en el estribo. El caballo retrocedió alzando las patas delanteras y arrastrando al rey por la tierra removida. Al desprenderse la placa facial del yelmo cónico apareció un rostro ordinario, de nariz ancha, completamente desconocido.

Geroldo soltó un juramento. Era un truco de cobardes, indigno de un rey. No era Luis, sino su doble, disfrazado de rey para engañarlo.

No había tiempo para lamentos porque las tropas de Luis ya los rodeaban. Cuidándose los flancos unos a otros, Geroldo y sus hombres lucharon por liberarse del abrazo del enemigo, combatiendo con feroz decisión para avanzar hacia el límite del círculo.

Una breve visión de la hierba y una ráfaga de aire fresco reanimaron a Geroldo. Unos pocos metros más y estarían libres, en campo abierto para desplazarse.

Un hombre se puso en el camino de Geroldo, plantándose con la solidez de un árbol. Rápidamente Geroldo lo midió: un hombre corpulento, gordo, de gran vientre, brazos poderosos, con una maza, arma de fuerza no de habilidad. Apuntó con la espada hacia la izquierda; cuando el hombre se volvió para responder al golpe, Geroldo cambió velozmente de postura y logró herirlo en el otro brazo. El hombre gritó y se pasó la maza a la mano izquierda.

Desde atrás venía un sonido susurrante como el de pájaros agitando las alas. Geroldo sintió un repentino golpe en la espalda: una flecha le había atravesado el hombro derecho. Impotente, vio cómo la espada caía de entre sus dedos de repente insensibles.

El hombre corpulento alzó la pesada maza y lanzó el golpe. En el mismo momento en que Geroldo se movía para esquivarlo sabía que era demasiado tarde.

Algo pareció explotar dentro de su cabeza cuando se produjo el impacto y se hundió en una oscuridad total.

Las estrellas brillaban con una inalterable belleza sobre el campo oscurecido, sembrado con los cadáveres de los caídos. Veinte mil hombres que se habían despertado aquella mañana yacían muertos o agonizantes en aquella noche oscura: nobles, vasallos, granjeros, artesanos, padres, hijos, hermanos, la grandeza pasada de un imperio y las frustradas esperanzas de su futuro.

Geroldo se movió y abrió los ojos. Por un momento se quedó mirando las estrellas, sin poder recordar dónde estaba o qué había pasado. Un fuerte olor subía a sus narices, desagradable y conocido.

Sangre.

Se sentó. El movimiento le produjo una explosión de dolor dentro de la cabeza y el dolor trajo consigo la memoria. Se tocó el hombro derecho; la flecha que lo había herido seguía allí, atravesando limpiamente la carne debajo del brazo, de la espalda al pecho. Tenía que sacarla o la herida se infectaría. Apretando el brazo contra el costado rompió la punta metálica. Cogió el palo emplumado por atrás con la mano izquierda y con un rápido movimiento lo arrancó.

Jadeó y soltó un juramento contra el dolor insoportable, luchando por seguir consciente. Al cabo de un momento, el dolor empezó a ceder y pudo mirar lo que lo rodeaba. A su alrededor había espadas, escudos rotos, miembros mutilados, estandartes desgarrados; cuerpos que entraban en estado de rigidez: los horribles restos de una batalla.

De la colina donde habían acampado Carlos y Luis bajaban los sonidos de una celebración de victoria, bromas y gritos y roncadas carcajadas que flotaban en el profundo silencio del campo. La luz de las antorchas de los vencedores brillaba iluminando el campo de batalla con una palidez fantasmal. Desde el campamento del emperador en la colina opuesta no venía un solo sonido, ni había encendido un solo fuego; la colina estaba silenciosa y oscura.

Lotario había sido derrotado. Sus tropas, o lo que quedaba de ellas, se habían dispersado en los bosques buscando donde esconderse.

Geroldo se puso de pie conteniendo una arcada. A pocos metros encontró su caballo bayo horriblemente herido, retorciendo las patas traseras. Había sido lanceado desde atrás; las vísceras se derramaban por el suelo desde una gran herida en el vientre. Cuando Geroldo se acercó, una silueta pequeña y furtiva se puso alerta: era un perro que había ido a darse un banquete. Geroldo agitó los brazos amenazándolo y el perro se hizo a un lado, sin apartar de él una mirada resentida. Geroldo se arrodilló junto al bayo acariciándole el pescuezo y murmurándole algo; en respuesta al contacto conocido las sacudidas de las patas se hicieron más lentas, pero en los ojos seguía habiendo un dolor de agonía. Geroldo sacó el cuchillo del cinturón. Apretando con fuerza para cortar la vena, hundió la hoja en el pescuezo del bayo. Lo abrazó, hablándole suavemente al oído, hasta que al fin las patas quedaron quietas y los músculos poderosos del costado se aflojaron.

A espaldas de Geroldo sonaba un murmullo de voces.

—¡Mira! ¡Por ese yelmo te darán un sueldo por lo menos!

—Déjalo —dijo otra voz, más baja y con más autoridad— No vale la pena, está hundido por detrás, ¿no ves? Por ahí, muchachos, por ahí encontraremos cosas mejores.

Ladrones. La noche siguiente a la batalla atraía a aquellos delincuentes de los caminos y los callejones porque los muertos eran presas más fáciles que los vivos. Se movían furtivamente en la oscuridad desnudando a sus víctimas de ropas, armas, armaduras y anillos, cualquier cosa que pudiera tener algún valor.

Oyó una voz muy cerca.

—¡Éste está vivo!

Sonó un golpe y un grito que cesó bruscamente.

—Si hay más —dijo otra voz— hacedles lo mismo. No conviene que haya testigos si no queremos una cuerda en el pescuezo.

En un momento estarían sobre él. Geroldo se puso de pie, aunque todo le daba vueltas. Y sin salir de las sombras, corrió hacia la oscuridad del bosque.

Dieciocho

Los monjes de Fulda se mantuvieron en buena medida ajenos a la disputa entre los reales hermanos francos. Como una piedra arrojada a un estanque, la batalla de Fontenoy creó gran revuelo en los centros de poder, pero allí, en el borde oriental del imperio, apenas se hizo notar. Es cierto que algunos de los terratenientes de la región habían ido a servir en el ejército del rey Luis. De acuerdo con la ley, todo hombre libre en posesión de más de cuatro granjas tenía que responder a la leva militar. Pero la rápida y decisiva victoria de Luis hizo que todos los reclutados de la región, salvo dos, volvieran sanos y salvos a sus casas.

Los días pasaban como antes, encadenados e indiferenciables en la rutina inmutable de la vida monástica. Una sucesión de buenas cosechas había dado por resultado una época de bonanza sin precedentes. Los graneros de la abadía estaban llenos a reventar; incluso los estirados y musculosos cerdos austrasianos se volvían gordos con la buena alimentación.

Hasta que, de pronto, vino el desastre. Semanas de lluvias sin parar echaron a perder los sembrados de la primavera. La tierra estaba demasiado mojada para trazar los pequeños surcos necesarios para plantar y las semillas se pudrieron. Y lo peor fue que la humedad penetró en los graneros y echó a perder el cereal almacenado.

La hambruna del invierno siguiente fue la peor que se podía recordar. Para horror de la Iglesia, hubo quienes se hicieron caníbales. Los caminos se volvieron más peligrosos que antes, ya que a los viajeros se los mataba no sólo por los bienes que llevaban sino por el alimento que podían proporcionar sus cadáveres. Después de un ajusticiamiento en Lorsch, la gente hambrienta asaltó el patíbulo y echó abajo la horca, disputándose la carne todavía caliente.

Debilitada por la desnutrición, la población era presa fácil de las enfermedades. Murieron miles por la peste. Los síntomas eran siempre los mismos: dolor de cabeza, escalofríos y mareos, fiebre alta y tos violenta. Había poco que hacer salvo desnudar a los pacientes y envolverlos en telas frescas para mantener la temperatura baja. Si sobrevivían a la fiebre tenían buenas posibilidades de recuperarse. Pero muy pocos sobrevivían a la fiebre.

Y la santidad de los muros monásticos no ofrecía ninguna protección contra la peste. El primero en caer enfermo fue el hermano Samuel, el encargado de la hospedería, cuya posición lo ponía en contacto frecuente con el mundo exterior. Dos días después estaba muerto. El abad Rabano atribuyó la desgracia al carácter mundano de Samuel y a su inmoderado gusto por la risa; las aflicciones de la carne, afirmó, eran sólo las manifestaciones externas de una decadencia moral y espiritual. Pero luego cayó el hermano Aldo, en quien todos reconocían la encarnación de la piedad y la virtud conventual; pronto lo siguió el hermano Hildwin, el sacristán, y varios más.

Para sorpresa de los hermanos, el abad Rabano anunció que haría una peregrinación al santuario de San Martín para pedir la intervención del mártir contra la peste.

—El prior José me representará en todo durante mi ausencia —dijo

Rabano—. Le debéis obediencia y su palabra desde ahora es como si fuera la mía.

La precipitación del anuncio de Rabano y su apresurada marcha dieron lugar a muchas suposiciones. Algunos de los hermanos elogiaban al abad por emprender un viaje tan difícil en beneficio de todos. Otros murmuraban que se ausentaba sólo para escapar del peligro.

Juana no tuvo tiempo de discutir sobre aquello. Estaba ocupada desde el alba hasta la noche diciendo misas, oyendo confesiones y administrando con frecuencia cada vez mayor los ritos de la extremaunción.

Una mañana notó que el hermano Benjamín no estaba en su sitio en el coro durante la vigilia. Alma devota como era, nunca faltaba a un oficio diario. En cuanto terminó el servicio, Juana fue de prisa a la enfermería. Al entrar al largo salón rectangular sintió el aroma acre de la grasa de ganso y la mostaza, conocidos específicos para enfermedades de los pulmones. El cuarto estaba lleno; las camas y los jergones se amontonaban uno al lado del otro, todos ocupados. Entre las camas circulaban los hermanos cuyo *opus manuum* estaba en la enfermería, acomodando embozos, ofreciendo sorbos de agua, rezando en silencio por los que ya no podían aceptar otro consuelo.

El hermano Benjamín estaba en la cama explicando al hermano Deodato, uno de los monjes más jóvenes, el mejor modo de aplicar un emplastro de mostaza. Al escucharlo, Juana recordó los viejos tiempos, cuando ella había aprendido lo mismo.

Sonrió por el recuerdo. Pensó que si Benjamín podía seguir dirigiendo las cosas en la enfermería, su enfermedad no era grave.

Un súbito acceso de tos interrumpió el rápido flujo de palabras del hermano enfermero. Juana corrió a su cama. Mojando un trapo en el tazón de agua de rosas que había al lado de la cabecera lo puso suavemente sobre la frente de Benjamín. La frente estaba increíblemente caliente. ¡Benedícite! ¿Cómo había seguido tan lúcido con una fiebre tan alta?

Al fin dejó de toser y quedó con los ojos cerrados, respirando con dificultad. Su cabello gris le rodeaba la cabeza como un halo borroso. Las manos, aquellas manos cortas y anchas de campesino pero dueñas de tanta delicadeza y habilidad, yacían sobre la colcha, abiertas e impotentes como las de un recién nacido. El corazón de Juana se contrajo al verlas.

El hermano Benjamín abrió los ojos, vio a Juana, y sonrió.

—Has venido —dijo con voz ronca— Bien. Como ves, necesito tus servicios.

—Un poco de milenrama y algo de corteza de sauce en polvo te pondrá bien muy pronto —dijo Juana, manifestando más alegría de la que sentía.

Benjamín negó con la cabeza.

—Es como sacerdote y no como médico como te necesito ahora. Debes ayudarme a entrar en el otro mundo, hermano, porque ya he terminado con éste.

Juana le cogió la mano.

—No te dejaré ir sin presentar batalla.

—Has aprendido todo lo que te enseñé. Ahora debes aprender la resignación.

—No me resignaré a perderte —respondió ella con furia.

Durante los dos días siguientes Juana luchó con fuerza por la vida de Benjamín. Usó cada habilidad que él le había enseñado, probó cada medicina que se le

ocurrió. La fiebre siguió haciendo estragos. El cuerpo grande y carnoso de Benjamín se agitaba como una crisálida vacía después de que la mariposa volara. Debajo del rubor febril aparecía un amenazante gris.

—Confíesame —dijo—. Quiero estar en plena posesión de mis facultades cuando reciba el sacramento.

Ella no pudo negarse más.

—*Quid me advocasti?* —empezó en el tono ceremonial de la liturgia: «¿Para qué me llamaste?».

—*Ut mihi unctionem trados* —respondió él: «Para que me des la unción».

Metiendo el pulgar en una mezcla de cenizas y agua Juana dibujó la señal de la cruz sobre el pecho del hermano Benjamín y puso un trozo de arpillera, símbolo de penitencia, sobre el dibujo.

Benjamín se sacudió con otro violento acceso de tos. Cuando terminó, Juana vio que había escupido sangre. Asustada de pronto, se dio prisa en el recitado de los siete salmos penitenciales y la unción ritual de los ojos, oídos, nariz, boca, manos y pies. Parecía que tardaba muchísimo tiempo. Hacia el final, Benjamín estaba con los ojos cerrados, completamente inmóvil. Juana no sabía si seguía consciente.

Por fin llegó el momento de administrar el viático. Juana le ofreció la sagrada hostia, pero Benjamín no respondió. «Es demasiado tarde —pensó—. Le he fallado».

Tocó con la hostia los labios de Benjamín; él abrió los ojos y la aceptó en la boca. Juana le hizo la señal de la cruz. Su voz temblaba cuando inició la plegaria sacramental:

—*Corpus et sanguis Domini nostri Jesu Christi in vitam aeternam te perducatur...*

Murió al alba, cuando los dulces cantos de laudes atravesaban el aire matutino. Juana quedó hundida en un profundo dolor. Desde el momento en que, hacía doce años, Benjamín la había tomado bajo su protección, había sido su amigo y mentor. Aun cuando sus deberes como sacerdote la habían apartado de la enfermería, Benjamín había seguido ayudándola, alentándola, apoyándola. Había sido un verdadero padre para ella.

Incapaz de encontrar consuelo en la plegaria, Juana se dedicó al trabajo. La misa diaria se llenaba más que nunca porque el espectro de la muerte traía a los fieles a la iglesia en cantidades cada vez mayores.

Un día mientras Juana estaba inclinando el cáliz comunal hacia uno de los comulgantes, un hombre mayor, notó sus ojos húmedos y el color febril de las mejillas. Pasó al siguiente de la hilera, una joven madre con una niña en brazos, pequeña y de rostro dulce. La mujer inclinó a la niña para tomar el sacramento: los pequeños labios de pétalos de rosa se abrieron para beber del mismo sitio donde había estado la boca del anciano.

Juana apartó el cáliz antes de que lo tocara. Cogió un trozo de pan, lo mojó en el vino y se lo dio a la niña. Asombrada, la niña miró a su madre, la cual asintió con la cabeza; era distinto de lo habitual, pero el cura de la abadía debía de saber lo que hacía. Juana siguió por la fila mojando el pan en el vino, hasta que toda la congregación hubo recibido el sacramento.

Inmediatamente después de la misa, el prior José la llamó a su presencia. Juana se alegró de que fuera a José y no a Rabano a quien tenía que dar explicaciones.

José no era un hombre que fuera a aferrarse fanáticamente a la tradición, al menos si había buenos y suficientes argumentos para apartarse de ella.

—Has introducido una alteración en la misa hoy —dijo José.

—Sí, padre.

—¿Por qué? —La pregunta no era severa, sólo curiosa.

Juana se explicó.

—El anciano enfermo y el niño saludable —repitió José pensativo—. Estoy de acuerdo en que es una incongruencia repulsiva.

—Más que una incongruencia —respondió Juana—. Creo que podría ser un modo de transmisión de la enfermedad.

—¿Cómo puede ser? —preguntó José confundido—. Seguramente los espíritus malignos están en todas partes.

—Quizá no son espíritus malignos los que causan la enfermedad... o al menos no ellos solos. El mal puede ser transmitido por contacto físico con sus víctimas o con objetos que ellas hayan tocado.

Era una idea nueva, pero no tanto. Se sabía que algunas enfermedades se contagiaban; después de todo, por eso a los leprosos se los separaba estrictamente de la sociedad. Tampoco se discutía que la enfermedad solía difundirse dentro de una casa, llevándose a todos los miembros de una familia en pocos días o incluso en pocas horas. Pero la causa de este fenómeno era desconocida.

—¿Transmitido por contacto físico? ¿Cómo?

—No lo sé —admitió Juana— Pero hoy, cuando vi al hombre enfermo y las llagas abiertas en su boca, sentí... —Se interrumpió, frustrada—. No puedo explicarme, padre, al menos todavía no. Pero hasta que sepa más me gustaría no pasar la copa comunal y en su lugar mojar el pan en el vino.

—¿Harías ese cambio sólo por... una intuición? —preguntó José.

—Si me equivoco, no saldrá ningún mal de mi error porque los fieles igual habrán compartido el cuerpo y la sangre —dijo Juana—. Pero si mi... intuición resulta correcta, entonces habremos salvado vidas.

José lo pensó un momento. Una alteración en la misa no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Por otra parte, Juan Inglés era un monje culto, renombrado por su habilidad para curar. José no había olvidado la cura de la leprosa. Aquella vez también había habido poco más que la «intuición» del joven monje en la que basarse. Esas intuiciones, pensaba José, no debían menospreciarse porque eran un don de Dios.

—Puedes proceder por ahora —dijo—. Cuando vuelva el abad Rabano, él dará su propia opinión al respecto.

—Gracias, padre. —Juana hizo una reverencia y se marchó deprisa, antes de que el prior cambiara de idea.

Intinctio llamaban al acto de mojar la hostia y aparte de algunos viejos monjes, muy aferrados a sus costumbres, la práctica fue apoyada ampliamente entre los hermanos porque satisfacía tanto la estética de la misa como los requisitos de limpieza e higiene. Un monje de Corbie, que pasaba camino a su comunidad, quedó tan impresionado que llevó la idea a su propia abadía donde fue adoptada también.

Entre los fieles la frecuencia de nuevos casos de peste bajó notablemente, aunque no se detuvo. Juana empezó a llevar un cuidadoso registro de nuevos casos,

estudiándolos para detectar la causa de la infección.

Sus esfuerzos fueron interrumpidos por el regreso del abad Rabano. Poco después de su llegada, llamó a Juana a su despacho y la recibió con severa desaprobación.

—El canon de la misa es sagrado. ¿Cómo te has atrevido a mancillarlo?

—Padre, el cambio es sólo en la forma no en la sustancia. Y creo que está salvando vidas.

Juana empezó a explicar lo que había observado, pero Rabano no la dejó hablar.

—Esas observaciones son inútiles porque no provienen de la fe sino de los sentidos físicos, en los que no se debe confiar. Son herramientas del demonio con las que aparta a los hombres de Dios y los hace caer en las trampas del intelecto.

—Si Dios no hubiera querido que observáramos el mundo material —replicó Juana—, ¿por qué nos dio ojos para ver, oídos para oír, una nariz para oler? No puede ser pecado usar los dones que Él mismo nos ha dado.

—Recuerda las palabras de san Agustín: «La fe nos hace creer lo que no vemos».

Juana respondió al instante.

—Agustín también dice que no podríamos creer si no tuviéramos raciocinio. No habría querido que despreciáramos lo que nos indican los sentidos y la razón.

Rabano gruñó. Su intelecto estaba hecho en un molde rígidamente convencional y sin imaginación, por lo que le disgustaba el intercambio de razonamientos y prefería el campo más seguro de la autoridad.

—«Recibe el consejo de tu padre y obedécelo» —citó sentenciosamente—. Regresa a Dios por el camino difícil de la obediencia porque lo has ofendido siguiendo tu propia voluntad.

—Pero padre...

—¡Basta, he dicho! —exclamó Rabano. Su rostro estaba lívido—. Juan Ángelico, a partir de este momento quedas relevado de tus deberes de sacerdote. Aprenderás a ser humilde volviendo a la enfermería, donde ayudarás al hermano Odilón, sirviéndole con debida y verdadera obediencia.

Juana quiso hablar, pero lo pensó mejor y no lo hizo. Rabano había sido llevado hasta su límite; más discusión la pondría en grave peligro. Con gran fuerza de voluntad inclinó la cabeza.

—Como mandéis, padre abad.

Reflexionando más tarde sobre lo que había sucedido, Juana comprendió que Rabano tenía razón; ella había sido orgullosa y desobediente. Pero ¿para qué servía la obediencia si otros sufrían por ella? La *inctintio* estaba salvando vidas: estaba segura de eso. Pero ¿cómo podría convencer al abad? Él no toleraría más discusión de su parte. Pero podía ser persuadido por el peso de la autoridad vigente. De modo que ahora, además del *opus Dei* y sus deberes en la enfermería, Juana añadió horas de estudio en la biblioteca, buscando algo en los textos de Hipócrates, Oribasios y Alejandro de Tralles, cualquier cosa que pudiera apoyar su teoría. Trabajó con constancia, durmiendo sólo dos o tres horas por noche aun a riesgo de llegar al agotamiento.

Un día, revisando una sección de Oribasios, encontró lo que necesitaba. Estaba copiando el pasaje crucial en traducción cuando empezó a sentir dificultades para escribir: le dolía la cabeza y no podía sostener la pluma con firmeza. Lo interpretó como consecuencia natural del poco sueño y siguió trabajando. Hasta que la pluma inexplicablemente se le escapó de la mano y rodó por la página, manchando de tinta el pergamino. «Maldita suerte —pensó—. Tendré que borrar y empezar de nuevo». trató de coger la pluma, pero los dedos le temblaban tanto que no pudo hacerlo.

Se puso de pie cogiéndose del borde del pupitre para combatir el mareo. Fue tambaleándose hacia la puerta y logró salir antes de que una arcada la doblara por la cintura y la obligara a ponerse a cuatro patas en el suelo; vomitó todo lo que tenía en el estómago.

De algún modo logró arrastrarse hasta la enfermería. El hermano Odilón la hizo acostar en una cama vacía y le puso la mano en la frente. Ella sintió la mano fría como el hielo y parpadeó de sorpresa.

—¿Te has lavado con agua fría?

El hermano Odilón negó con la cabeza.

—Mis manos no están frías, hermano Juan. Eres tú el que arde de fiebre. Me temo que la peste te ha atacado.

«¡La peste! —pensó aturrida Juana—. No, no puede ser. Estoy cansada, eso es todo. Bastará con que descanse un rato...»

El hermano Odilón le puso un trozo de tela mojado en agua de rosas sobre la frente.

—Ahora quédate quieto mientras mojo unas telas. No tardaré.

Su voz parecía llegar de muy lejos. Juana cerró los ojos. Sentía la frialdad del trapo contra la piel. Le reconfortaba quedarse quieta con aquel aroma dulce envolviéndola, hundiéndose pacíficamente en una oscuridad que se agradecía.

De pronto abrió los ojos. El paso siguiente era cubrirla con telas mojadas para bajar la fiebre. Para ello tendrían que desnudarla.

Tenía que impedirlo. Pero comprendió que por más que se resistiera (y en sus condiciones no podría presentar batalla) sus protestas serían descartadas como meros delirios de la fiebre.

Se sentó y sacó los pies de la cama. De inmediato volvió el dolor en la cabeza, intenso y persistente. Fue hacia la puerta. El cuarto giraba de manera vertiginosa, pero trató de seguir adelante y salir. Fue directamente hacia el portal de salida. Respiraba con fuerza, para mantenerse firme cuando pasara por delante de Hatto, el portero. Éste la miró con curiosidad, pero no hizo nada por detenerla. Una vez fuera, fue directa hacia el río.

«Benedícite». El pequeño bote de la abadía estaba allí amarrado con una cuerda a una rama. Lo desató y subió a él, empujando desde la orilla para ponerlo en marcha. Cuando el bote se hubo alejado unos metros, se dejó caer en su interior.

Durante un largo rato el bote quedó flotando inmóvil en el agua. Entró en una corriente que lo giró antes de comenzar a correr río abajo.

El cielo giraba lentamente retorciendo las altas nubes blancas de formas exóticas. Un sol rojo oscuro tocaba el horizonte y sus rayos quemaban más que el

fuego la cara de Juana y le agostaban los ojos. Pero lo miraba fascinada, viendo cómo en sus bordes ardientes se formaban y disolvían formas humanas.

La cara de su padre flotaba frente a ella, una horrenda calavera sonriente desnuda de carne bajo la línea oscura de las cejas. La boca sin labios se abrió: *Mulier!*, gritó, pero no era la voz de su padre, sino la de su madre. La boca se abrió más y Juana vio que no era una boca sino una terrible puerta que se abría a una inmensa oscuridad. Al fondo de la oscuridad ardían fuegos, lanzando hacia arriba grandes columnas de llamas rojas y azules. Había gente dentro de las llamas y sus cuerpos se retorcían en grotescas máscaras de dolor. Uno de ellos miró a Juana. Con un estremecimiento reconoció los ojos azules y el pelo rubio sajón de la mujer. Su madre la llamaba tendiéndole los brazos. Juana fue hacia ella; de pronto el suelo cedió bajo sus pies y se sintió caer, caer hacia la horrible puerta abierta. ¡Mamaaaaaa!, gritaba al entrar entre las llamas...

Estaba en un campo cubierto de nieve. Villaris se alzaba a lo lejos y el sol fundía la nieve sobre sus tejados; las gotas que caían reflejaban la luz como millares de pequeñas gemas. Oyó el trueno de cascos de caballos y se volvió para ver a Geroldo, que iba hacia ella montando a *Pistis*. Corrió hacia él cruzando el campo; él llegó a su lado, se inclinó y la levantó. Ella se dejó coger, aliviada por encontrarse entre sus fuertes brazos. Estaba a salvo. Ya nada podía pasarle porque Geroldo no lo permitiría. Juntos cabalgaron hacia las torres de Villaris y los pasos del caballo se hacían cada vez más largos, la acunaban suavemente, la acunaban...

El movimiento había cesado. Juana abrió los ojos. Por encima del borde del bote, las copas de los árboles perfilaban sus siluetas negras e inmóviles contra el fondo del cielo crepuscular. El bote se había detenido.

Un murmullo de voces llegó de alguna parte pero Juana no entendía las palabras. Hubo manos que la sujetaron y la levantaron del bote. Oscuramente recordaba: no debía dejar que la cogieran, no mientras estuviera enferma, no debía dejar que la llevaran de vuelta a Fulda. Golpeó ferozmente con brazos y piernas. Oyó unas maldiciones lejanas. Hubo un breve dolor agudo en su mandíbula y después nada más.

Juana se alzaba lentamente de un mar de tinieblas. La cabeza le latía y tenía la garganta tan seca como si se la hubieran raspado. Se humedeció los labios resquebrajados, extrayendo pequeñas gotitas de sangre de las llagas. Tenía un fuerte dolor en la mandíbula. Hizo una mueca mientras los dedos tocaban un punto doloroso en la barbilla. «¿Dónde me he hecho esto? —se preguntó. Y luego, con más apremio—. ¿Dónde estoy?».

Permanecía echada en un colchón de plumas en un cuarto que no reconocía. A juzgar por la cantidad y calidad de los muebles, el dueño de la casa era próspero: además de la enorme cama en la que se hallaba, había bancos tapizados con telas suaves, una silla de respaldo alto cubierta con almohadones, una mesa larga, un pupitre y varios baúles y cofres finamente tallados. Cerca ardía el fuego de un hogar, con un par de troncos recién puestos; su aroma cálido apenas si empezaba a subir.

A poca distancia de ella había una mujer joven y robusta que le daba la espalda y estaba amasando. Terminó, se limpió la harina de la túnica y miró a Juana. Fue rápidamente hacia la puerta y llamó.

—¡Esposo! ¡Ven rápido! ¡Nuestra huésped se ha despertado!

Un joven de rostro tosco, alto y desgarbado como una cigüeña, entró corriendo.

—¿Cómo está? —preguntó.

«¿Nuestra?». Juana se sobresaltó al oír la palabra. Se miró y vio que no tenía puesto su hábito de monje; en su lugar tenía una túnica femenina de lino azul.

«Lo saben».

Se esforzó por levantarse de la cama, pero sentía los miembros pesados y a la vez débiles como agua.

—No debes moverte.

El joven le tocó el hombro devolviéndola a la postura acostada. Tenía un rostro agradable y honrado, con ojos redondos y azules como flores de aciano.

«¿Quién es? —se preguntó Juana—. ¿Le dirá lo que sabe al abad y a los otros o ya se lo habrá dicho?, ¿soy una huésped como han dicho o una prisionera?».

—Tengo... sed —dijo en un gemido.

El joven metió una copa en un cubo de madera junto a la cama y la retiró llena de agua. La acercó a los labios de Juana y la fue inclinando con cuidado, de modo que un delgado hilo le entrara por la boca.

Juana cogió la copa y la inclinó para beber más rápido. El líquido frío era más dulce que cualquier otra cosa que hubiera saboreado en su vida.

El joven le advirtió:

—Será mejor no beber demasiado rápido. Hace más de una semana que no tomas nada más que unas pocas cucharadas.

¡Más de una semana! ¿Tanto tiempo había estado allí? No podía recordar nada después de haber subido al pequeño bote.

—¿Do... dónde estoy? —tartamudeó con voz ronca.

—Estás en la propiedad del señor Riculf, a ochenta kilómetros río abajo de Fulda. Encontramos tu bote enganchado a unas ramas en la orilla. Estabas medio loca de fiebre. Enferma como estabas, luchaste por impedir que te sacáramos del bote.

Juana se tocó el punto doloroso en la barbilla. El joven sonrió.

—Lo siento. No había modo de razonar contigo en las condiciones en que estabas. Pero puedes consolarte pensando que diste tanto como recibiste. —Se levantó una manga y enseñó un gran cardenal cerca del hombro derecho.

—Me has salvado la vida —dijo Juana—. Gracias.

—No fue nada. Sólo una justa devolución de lo que hiciste por mí y los míos.

—¿Yo... te conozco? —preguntó ella sorprendida.

El joven sonrió.

—Supongo que he cambiado bastante desde que nos vimos la última vez. Entonces sólo tenía doce años. A ver... —Empezó a mover las manos usando el método clásico de contar de Beda—. Eso fue hace seis años. Seis años por trescientos sesenta y cinco días... vaya, son... ¡dos mil ciento noventa días!

Los ojos de Juana se abrieron al reconocerlo.

—¡Arn! —exclamó, y se fundieron en un abrazo.

No hablaron más aquel día porque Juana se sentía muy débil y Arn no quería que se agotara. Tras tomar unas cucharadas de caldo se durmió inmediatamente.

Al día siguiente, cuando se despertó, se sentía más fuerte y, lo que era más alentador, con hambre. Mientras desayunaba un plato de pan y queso en compañía de Arn, escuchaba atentamente el relato que éste hacía de todo lo que había pasado desde la última vez que se habían visto.

—Como predijiste, el abad quedó tan contento con nuestro queso que nos aceptó como *prebendarii*, prometiéndonos una buena renta a cambio de cien libras de queso anuales. Pero eso ya debes saberlo.

Juana asintió. El extraordinario queso azul de aspecto repelente y sabor exquisito se había vuelto algo corriente en las mesas del refectorio. Los invitados de la abadía, tanto laicos como monjes, quedaban tan impresionados con su calidad que había cada vez más demanda en toda la región.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó.

—Muy bien. Volvió a casarse con un buen hombre, un granjero con rebaño propio, cuya leche usamos para hacer más queso. Su comercio crece día a día y son felices y prósperos.

—No menos que tú. —Con un gesto del brazo Juana señaló la casa amplia y elegante.

—Mi buena fortuna te la debo a ti —dijo Arn—. Porque en la escuela de la abadía aprendí a leer y a hacer números, cosas que vinieron muy bien cuando nuestro negocio creció y fue necesario llevar las cuentas. Cuando se enteró de mis habilidades, lord Riculf me nombró su mayordomo. Administro su propiedad aquí y la protejo contra cazadores y pescadores furtivos; por eso te encontré en el bote.

Juana sacudió la cabeza pensativamente, recordando cómo eran Arn y su madre hacía seis años, cuando vivían en una cabaña miserable, eran tan pobres como los colonos y al parecer estaban condenados a una vida de hambre. Pero Magdalena se había vuelto a casar, era una próspera comerciante y su hijo el mayordomo de un poderoso señor. «*Vitam regit fortuna*» —pensó Juana—. Al parecer, es cierto: el azar gobierna la vida humana... la mía tanto como cualquier otra».

—Ésta —dijo Arn con orgullo— es mi esposa, Bona, y nuestra hija, Arnalda.

Bona era una bonita joven de ojos risueños y sonrisa fácil, más joven que su esposo, de diecisiete años como máximo. Ya era madre y su vientre abultado revelaba que estaba embarazada otra vez. Arnalda era un querubín, toda ojos azules, cabello rubio rizado y mejillas rosadas; completamente adorable. Sonreía a Juana formando hoyuelos.

—Una hermosa familia —dijo Juana.

Arn le hizo un gesto a su esposa para que se acercara.

—Ven y saluda a... —Vaciló—. ¿Cómo debo llamarte? «Hermano Juan» no parece correcto, sabiendo... lo que sabemos.

—Juana. —La palabra le sonaba a la vez extraña y conocida—. Llamadme Juana, que es mi verdadero nombre.

—Juana —repitió Arn, complacido por aquella prueba de confianza—. Dinos, entonces, si puedes, cómo es que llegaste a vivir entre los benedictinos de Fulda porque parece algo imposible. ¿Cómo lo lograste? ¿Qué te llevó allí? ¿Alguien más sabe tu secreto? ¿Nadie lo ha sospechado?

Juana comenzó a reír.

—Veo que el tiempo no ha saciado tu curiosidad.

No valía la pena engañarlo. Le contó toda su historia, desde su poco ortodoxa educación en la escuela de Dorstadt hasta sus años en Fulda y su llegada al sacerdocio.

—Así que los monjes no lo saben —dijo Arn pensativo cuando ella hubo terminado—. Creíamos que quizás habías sido descubierta y obligada a huir... ¿Te propones volver, entonces? Puedes hacerlo. Yo me dejaría torturar hasta la muerte antes que revelar tu secreto.

Juana sonrió. Pese a la apariencia adulta de Arn, seguía siendo en buena medida el niño que ella había conocido.

—Afortunadamente, no hay necesidad de hacer ese sacrificio —dijo—. Escapé a tiempo; los hermanos no tienen por qué sospechar de mí. Pero... no estoy segura de que quiera volver.

—¿Qué harás entonces?

—Una buena pregunta —dijo Juana—. Una muy buena pregunta en realidad. Por el momento no sé la respuesta.

Arn y Bona se ocupaban de ella como un par de madres solícitas y se negaron a dejarla levantar en varios días más.

—No estás del todo bien aún —insistían.

Juana tuvo que resignarse a sus cuidados. Pasaba las largas horas enseñando a la pequeña Arnalda las letras y los números. Pequeña como era, la niña tenía la aptitud de su padre para aprender y respondía con avidez, contenta de la atención que le prestaba una visitante tan poco habitual.

Cuando, al final del día, llevaban a Arnalda a su cama, Juana se quedaba contemplando el futuro con inquietud. ¿Debía volver a Fulda? Había pasado en la abadía casi doce años, había crecido entre sus muros y le resultaba difícil imaginarse viviendo en otra parte. Pero había que hacer frente a la realidad; tenía veintisiete años y ya había pasado el cénit de su vida. Los hermanos de Fulda, agotados por el duro clima, por la dieta rigurosa y los cuartos fríos del monasterio, rara vez pasaban de los cuarenta años; el hermano Deodato, el decano de la comunidad, tenía cincuenta y cuatro. ¿Cuánto tiempo podría ella resistir a los avances del tiempo?, ¿cuánto tiempo podría pasar sin que volviera a caer enferma y tuviera que correr el riesgo de delatarse y morir?

Y además, tenía que tener en cuenta al abad Rabano. Estaba firmemente contra ella, y no era la clase de hombre que cambia de posición. Si volvía, no sabía a qué durezas y castigos tendría que hacer frente.

Su espíritu clamaba por un cambio. No había un solo libro en la biblioteca de Fulda que no hubiera leído, ni una grieta en el techo liso del dormitorio que no conociera de memoria. Desde hacía años ya no se despertaba por la mañana con la feliz esperanza de que pudiera suceder algo nuevo e interesante. Quería explorar un mundo más amplio.

Pero ¿adónde ir? ¿De vuelta a Ingelheim? Ahora que mamá estaba muerta no había nada que le interesara allí. ¿Dorstadt? ¿Qué esperaba encontrar? ¿A Geroldo, todavía esperando, conservando su amor por ella después de todos aquellos años? Qué locura. Lo más probable era que se hubiera vuelto a casar y la súbita reaparición de Juana no le haría mucha gracia. Además, desde hacía mucho tiempo ella había

elegido una vida diferente, una vida en la que el amor de un hombre no desempeñaba ningún papel.

No. Geroldo y Fulda debían quedar por igual en el pasado. Debía mirar con decisión hacia el futuro, fuera el que fuese.

—Bona y yo hemos pensado —dijo Arn— que deberías quedarte con nosotros. Sería bueno tener otra mujer en la casa para hacer compañía a Bona y ayudar en la cocina y la costura, especialmente ahora, con el bebé a punto de venir.

Su condescendencia resultaba irritante, pero la oferta era hecha con buenas intenciones por lo que Juana respondió con amabilidad.

—Sería mal negocio para vosotros, me temo. Siempre he sido una pésima costurera y no sirvo de nada en la cocina.

—Bona estaría encantada si pudiera enseñarte...

—La verdad es —interrumpió— que he vivido tanto tiempo como hombre que no podría ser una buena mujer otra vez... Si es que alguna vez lo fui. No, Arn...

—Con un gesto hizo callar sus protestas—. La vida de hombre es la que me conviene. Aprecio demasiado sus ventajas para poder pasarme sin ellas.

Arn lo pensó un momento.

—Mantén tu disfraz entonces. No importa. Puedes ayudar en el jardín... ¡O enseñar a la pequeña Arnalda! Ya la has encantado con las lecciones y los juegos, como hiciste conmigo.

Era una oferta generosa. No podría pedir mayor comodidad y seguridad de la que encontraría en aquella familia feliz y próspera. Pero su mundo, cálido y abrigado, era demasiado pequeño para contener su renacido espíritu de aventura. No cambiaría unos muros por otros.

—Bendito seas, Arn, por tu buen corazón. Pero tengo otros planes.

—¿Cuáles?

—Tomaré el camino de los peregrinos.

—¿A Tours y a la tumba de san Martín?

—No —dijo Juana—. A Roma.

—¡Roma! —Arn quedó atónito—. ¿Estás loca?

—Ahora que la guerra ha terminado, otros harán la misma peregrinación.

Arn sacudió la cabeza.

—Mi señor Riculf me dice que Lotario no ha renunciado a la corona, a pesar de su derrota en Fontenoy. Ha huido al palacio imperial en Aquisgrán y está reclutando más hombres para cubrir las bajas que se hicieron en su ejército. Mi señor dice que ha tenido conversaciones incluso con los sajones, ofreciéndoles volver a la adoración de sus dioses paganos si pelean por él.

«Cómo se habría reído mamá —pensó Juana—, de un cambio tan inesperado de las cosas: un rey cristiano ofreciéndose a restaurar los antiguos dioses». Podía imaginarse lo que habría dicho su madre: que el dulce Dios mártir de los cristianos podía servir para la vida cotidiana, pero para ganar batallas había que recurrir a Thor y a Odín y a los demás dioses guerreros de su pueblo.

—No puedes ir con las cosas revueltas como están —dijo Arn—. Es demasiado peligroso.

En eso tenía razón. El conflicto entre los hermanos reales había dado como

resultado un completo caos del orden civil. Los caminos se habían vuelto campo de acción de bandas de ladrones o fugitivos.

—Tendré la seguridad suficiente —dijo Juana—. ¿Quién querría nada de un sacerdote peregrino, sin nada de valor encima más que la túnica que lleva puesta?

—Algunos de esos demonios matarían por la tela de la túnica. ¡Te prohíbo ir sola! —Hablabla con una autoridad que no habría tenido si la hubiera seguido creyendo un hombre.

—Soy mi propio amo, Arn —respondió ella con energía—. Iré a donde quiera. Reconociendo su error Arn retrocedió de inmediato.

—Al menos espera tres meses —sugirió—. Entonces vienen los mercaderes de especias. Viajan bien custodiados porque no corren riesgos con sus preciosas cargas. Con ellos podrás ir segura hasta Langres.

—¡Langres! No es la ruta más directa.

—No. Pero es la más segura. En Langres hay una posada para los peregrinos que se dirigen al sur; allí podrás encontrar un grupo de viajeros con los que podrás ir acompañada.

Juana meditó aquello.

—Es posible que tengas razón.

—Mi señor Riculf hizo la misma peregrinación hace unos años. Trazó un mapa de la ruta que siguió; lo tengo aquí.

Abrió un cajón, sacó un trozo de pergamino y lo desplegó cuidadosamente. Estaba oscurecido y resquebrajado, pero la tinta no se había desvanecido; las gruesas líneas seguían señalando claramente el camino de Roma.

—Gracias, Arn —dijo Juana— Haré lo que sugieres. Un retraso de tres meses no es demasiado. Así tendré más tiempo para estar con Arnalda; es muy inteligente y aprende bien sus lecciones.

—Entonces quedamos así. —Arn empezó a enrollar el pergamino.

—Me gustaría estudiar el mapa un poco más, si puedo.

—Tómate todo el tiempo que quieras. Voy a los corrales a supervisar la esquila. —Arn se marchó sonriendo, contento de haberla convencido de algo por lo menos.

Juana respiró profundamente llenándose los pulmones con los dulces olores de la primavera. Su espíritu se lanzaba a lo alto como un halcón al que se le quitaran las cadenas, liberado súbitamente a la milagrosa libertad del viento y el cielo. A aquella hora, los monjes de Fulda estarían reunidos en el interior oscuro de la sala capitular, sentados uno junto a otro en las gradas de piedra escuchando al hermano dispensero hacer las cuentas de la abadía. Pero ella estaba allí, libre y sin trabas, con la aventura de toda una vida por delante.

En un raptó de euforia estudió el mapa. Había un buen camino ancho de allí a Langres. Después bajaba hacia el sur y pasaba por Besançon y Orbe, y a continuación, por el lago Saint Maurice, hasta Le Valais. Al pie de los Alpes había una posada conventual donde los peregrinos podían descansar y aprovisionarse para la difícil travesía del más frecuentado de los pasos alpinos. Una vez cruzados los Alpes, la línea ancha y recta de la Vía Franca cruzaba Aosta, Pavia y Bolonia, se introducía en la Toscana y terminaba en Roma.

«Roma». Las inteligencias más grandes del mundo se reunían allí; sus iglesias contenían tesoros indescriptibles; sus bibliotecas, la sabiduría acumulada de siglos. Seguramente allí, entre las tumbas sagradas de los apóstoles, Juana encontraría lo que estaba buscando. En Roma descubriría su destino.

Estaba acomodando la silla en la mula (Arn había insistido en que llevara una para el viaje) cuando la pequeña Arnalda fue corriendo desde la casa con su cabello rubio todavía revuelto por el sueño.

—¿Adónde vas? —Su carita de querubín tenía una preocupada expresión interrogativa.

Juana se arrodilló para que su cara quedara a la altura de la de la niña.

—A Roma —respondió—, la Ciudad de las Maravillas, donde vive el papa.

—¿Quieres al papa más que a mí?

Juana se rió.

—Nunca lo veré. Y no quiero a nadie más que a ti, pequeña perdiz. —Acarició el pelo suave de la niña.

—Entonces no te vayas. —Arnalda la abrazó—. No quiero que te vayas.

Juana la apretó contra su cuerpo. Sentía el calor del pequeño cuerpo de la niña llenándole los brazos y el corazón. «Yo podría haber tenido una niña como ésta, si hubiera escogido otro camino. Una niña a la cual abrazar y mimar... y a la cual instruir». Recordó la desolación que había sentido cuando Esculapio se había marchado. Le había dejado un libro para que siguiera aprendiendo. Pero ella, que había huido del monasterio con las manos vacías, no tenía nada que darle a la niña. Salvo...

Buscó dentro de la túnica y sacó el medallón que había llevado desde el día en que Mateo se lo había puesto al cuello.

—Esta es santa Catalina. Fue muy inteligente y muy fuerte, igual que tú.

Le contó la historia de santa Catalina. Al oírla, los ojos de Arnalda se pusieron redondos de admiración.

—¿Era una mujer e hizo todo eso?

—Sí. Y lo mismo puedes hacer tú si sigues trabajando. —Juana se quitó el medallón por encima de la cabeza y lo puso en el cuello de Arnalda—. Es tuyo ahora. Cúidalo por mí.

Arnalda apretó el medallón y su carita se torció esforzándose por no llorar.

Juana se despidió de Arn y Bona que habían salido a la puerta. Bona le dio un paquete con comida y un pellejo de cabra lleno de cerveza.

—Hay pan y queso, y algo de carne seca, suficiente para quince días; por entonces ya habrás llegado a la posada.

—Gracias —dijo Juana—. Nunca olvidaré vuestra amabilidad.

—Recuerda, Juana —dijo Arn—. Eres bienvenida aquí en cualquier momento. Ésta es tu casa.

Juana lo abrazó.

—Educa a la niña —dijo—. Es inteligente y tiene tanta sed de saber como tenías tú.

Montó en la mula. La pequeña familia la rodeaba y parecían tristes. Era su destino más constante, por lo visto, dejar atrás a los que amaba. Tal era el precio de la

vida extraña que había elegido, pero había entrado en ella con los ojos abiertos y no ganaría nada con lamentarlo.

Puso la mula al trote. Tras despedirse por encima del hombro, volvió la cara hacia el camino del sur... hacia Roma.

Diecinueve

Roma, 844

Anastasio dejó la pluma y estiró los dedos para librarlos de los calambres. Con orgullo estudió la página que acababa de escribir: la última entrada en su obra maestra, el *Liber pontificalis*, o libro de los papas, un registro detallado de los papados de su tiempo.

Con gesto amoroso pasó la mano por el pergamino blanco que tenía delante. En aquellas páginas en blanco quedarían registrados los logros, los triunfos y la gloria de su propio papado.

¡Qué orgulloso estaría entonces Arsenio, su padre! Aunque la familia de Anastasio había acumulado muchos títulos y honores con el correr de los años, el trofeo final del trono papal se les había resistido. Una vez se pensó que Arsenio iba a lograrlo, pero el momento y las circunstancias habían conspirado contra él y la oportunidad pasó.

Ahora era el turno de Anastasio. Él debía vengar a su padre y lo haría, llegando a ser papa y obispo de Roma.

No inmediatamente, por supuesto. La ambición de Anastasio no lo había cegado al hecho de que su momento todavía no había llegado. Sólo tenía treinta y tres años, y su puesto de *primicerius*, aunque le daba mucho poder, era una posición demasiado secular para ascender de ella directamente al trono de san Pedro.

Pero su situación cambiaría pronto. El papa Gregorio estaba en su lecho de muerte. Una vez que el período formal de luto pasara, vendría la elección del nuevo papa, una elección cuyo resultado Arsenio había predeterminado con una hábil combinación de diplomacia, sobornos y amenazas. El siguiente papa sería Sergio, cardenal de la iglesia de San Martín, vástago débil y corrupto de una noble familia romana. A diferencia de Gregorio, Sergio era un hombre que entendía las cosas mundanas; sabría cómo expresar su gratitud a quienes lo ayudaran. Poco después de la elección de Sergio, Anastasio sería nombrado obispo de Castellum, una posición perfecta desde la cual ascender al trono papal cuando Sergio, a su vez, se fuera.

Era una bonita perspectiva, salvo por un detalle: Gregorio seguía vivo. Como un viñedo anciano con las raíces profundas para absorber alimento de un suelo árido, el viejo se aferraba obstinadamente a la vida. Prudente y contemplativo en su vida personal tanto como en su papado, Gregorio procedía con enloquecedora lentitud aun en su acto final de morir.

Había reinado diecisiete años, más que ningún papa desde León III, de santa memoria. Por ser un hombre bueno, modesto, bienintencionado, piadoso, Gregorio era amado por el pueblo romano. Había sido un solícito protector de la creciente población de peregrinos pobres de la ciudad para los que había habilitado alojamientos y refugios, y había hecho distribuir generosas limosnas en todas las procesiones y festividades.

Anastasio veía a Gregorio con una compleja mezcla de emociones, que se dividían por partes iguales entre el asombro y el desprecio: asombro por lo genuino

de su fe, desprecio por su simplicidad y lentitud mental, que lo dejaba siempre abierto al engaño y la manipulación. El mismo Anastasio había sacado ventaja con frecuencia de la ingenuidad del papa y nunca con tanto éxito como en el «campo de la mentira», cuando había arreglado la traición a las negociaciones de paz de Gregorio con el emperador Ludovico, en sus mismas narices. Aquella pequeña intriga le había dado excelentes frutos; el beneficiario, el hijo de Ludovico, Lotario, había sabido traducir su agradecimiento en monedas, y Anastasio se había enriquecido. Más importante aún, Anastasio se había ganado la confianza y el apoyo de Lotario. Durante un tiempo, es cierto, Anastasio había temido que su alianza con el heredero franco terminara en nada, porque la derrota de Fontenoy había sido un verdadero desastre. Pero Lotario había logrado llegar a un acuerdo con sus hermanos rebeldes con el Tratado de Verdún, notable pieza de prestidigitación política que le permitió retener tanto la corona como sus territorios. Lotario seguía siendo el legítimo emperador y nadie se lo discutía; hecho que resultaría muy valioso para Anastasio en el futuro.

El sonido de las campanas sacó a Anastasio de su ensoñación. Las campanas sonaron una, dos y tres veces. Anastasio se dio una jubilosa palmada en los muslos. ¡Al fin!

Ya se había puesto la túnica de luto cuando llegó la esperada llamada. Entró un notario papal con pasos silenciosos.

—El apostólico ha sido llamado por Dios —anunció—. Se requiere tu presencia, *primicerius*, en la cámara papal.

Uno al lado del otro, sin hablar, recorrieron los laberínticos pasillos del palacio de Letrán hacia los aposentos del papa.

—Fue un buen hombre —dijo el notario rompiendo el silencio—. Un pacificador, un santo.

—Un santo, es verdad —respondió Anastasio. Y añadió para sí: «¿Qué mejor lugar para él, entonces, que el cielo?».

—¿Cuándo tendremos otro? —La voz del notario se quebró.

Anastasio vio que el hombre estaba llorando. Lo intrigaba el despliegue de auténtica emoción. En él sería demasiado artificial, era demasiado consciente del efecto que producían en los otros sus palabras o actos para comprometerse en *lacrimae rerum*. No obstante, la emoción del notario le recordó que debía preparar su propia exhibición de dolor. Cuando se acercaban a la cámara papal contuvo la respiración y contrajo la cara hasta que sintió un ardor en los ojos. Era un truco que había aprendido para producir lágrimas a voluntad; lo usaba rara vez, pero siempre con buen efecto.

La cámara estaba abierta a la multitud de deudos. Gregorio yacía en la gran cama de pluma, con los ojos cerrados y los brazos ritualmente cruzados sobre una cruz dorada. Los otros *optimates*, altos funcionarios de la corte papal, rodeaban el lecho fúnebre: Anastasio vio a Arighis, el *vicedominus*, a Compulo, el *nomenclator*, y a Esteban, el *vestiarius*.

—El *primicerius* Anastasio —anunció el secretario cuando entraron.

Los otros alzaron la vista y lo vieron hundido en la pena, los rasgos arrugados por el dolor, las mejillas manchadas por las lágrimas.

Juana alzó la cabeza y dejó que los rayos del cálido sol romano cayeran sobre

su cara. Seguía sin acostumbrarse a aquel clima agradable y suave en *Wintarmanoth*, en enero, pues así lo llamaban en aquella parte meridional del imperio donde prevalecían los nombres romanos, no los francos.

Roma no era lo que había imaginado. Había fantaseado con una ciudad resplandeciente, pavimentada con oro y mármol, con cientos de basílicas alzándose hacia el cielo en un deslumbrante testimonio de la existencia de una verdadera *Civitas Dei*, una ciudad de Dios en la tierra. La realidad resultó muy diferente. Extensa, sucia, superpoblada, Roma, con sus callejuelas estrechas y torcidas, parecía engendrada en el infierno más que en el cielo. Sus monumentos (los que no habían sido convertidos en iglesias cristianas) estaban en ruinas. Templos, anfiteatros, palacios y termas habían sido despojados de su oro y plata y dejados a merced de los elementos. La hiedra trepaba por los fustes de las columnas; el jazmín y el acanto echaban raíces en las grietas de las paredes; cerdos, cabras y bueyes de grandes cuernos pastaban en los pórticos derruidos. Había estatuas de emperadores tiradas en tierra; los sarcófagos vacíos de los héroes eran usados como tinas, cisternas o corrales para cerdos.

Era una ciudad de contradicciones al parecer irreconciliables: la maravilla del mundo y un lugar sucio y decadente; un centro de peregrinación para la cristiandad, donde el mejor arte homenajeaba a los dioses paganos; un centro de libros y sabiduría, cuyo pueblo vivía en la ignorancia y la superstición.

Pese a estas contradicciones, y quizás a causa de ellas, Juana amaba Roma. El incesante tumulto de sus calles la excitaba. En aquellos concurridos pasadizos convergían los rincones más lejanos del mundo: romanos, lombardos, germanos, bizantinos y musulmanes se aglomeraban en una mezcla de ropas y lenguas. Pasado y presente, paganismo y cristianismo, se entrelazaban en un rico tapiz. Lo mejor y lo peor de todo el mundo se reunía dentro de aquellos antiguos muros. En Roma, Juana encontró el mundo de oportunidades y aventuras que había buscado toda su vida.

Pasaba la mayor parte de su tiempo en el Borgo, donde se concentraban las distintas *scholae*, escuelas o sociedades de extranjeros. Al llegar, hacía más de un año, había ido naturalmente a la escuela franca antes de todo, pero no halló admisión porque estaba llena de peregrinos e inmigrantes francos. Así que había ido a la inglesa, donde los antepasados ingleses de su padre, así como su propio apodo, Anglico, le habían valido una cálida bienvenida.

La profundidad y amplitud de su educación no tardaron en darle reputación de erudito brillante. Acudían teólogos de toda Roma a mantener con ella diálogos sobre el saber; siempre se marchaban asombrados de la magnitud de su conocimiento y su rápido ingenio en las discusiones. Cuánto más se habrían asombrado, pensaba Juana con una sonrisa secreta, si hubieran sabido que quien los había derrotado era una mujer.

Sus deberes cotidianos incluían asistir a una misa en la pequeña iglesia de al lado de la escuela. Después de la comida del mediodía y de una breve siesta (ya que era costumbre en el sur dormir durante las horas de más calor), iba a la enfermería, donde pasaba el resto del día atendiendo a los enfermos. Su conocimiento de las artes médicas la ponía en buena posición porque la práctica de la medicina allí no estaba ni remotamente tan avanzada como en Franconia. Los romanos sabían poco de las propiedades curativas de hierbas y plantas, y nada del estudio de la orina para

diagnosticar o tratar enfermedades. Los éxitos de Juana en aquel campo habían hecho que sus servicios tuvieran mucha demanda.

Era una vida activa y ocupada, que convenía perfectamente a su carácter. Le ofrecía todas las oportunidades de la vida monástica sin ninguna de sus desventajas. Podía ejercitar plenamente su mente sin secretos ni censuras. Tenía acceso a la biblioteca de la escuela, una pequeña pero buena colección de más de cincuenta volúmenes, y nadie se asomaba por encima de su hombro para reprocharle que leyera a Cicerón o a Suetonio antes que a san Agustín. Era libre de ir y venir como quisiera, de pensar lo que quisiera, de expresar sus pensamientos sin temor a los azotes o a que se descubriera su sexo. El tiempo pasaba rápido, medido por las satisfacciones del trabajo de cada día.

Las cosas podrían haber seguido así indefinidamente si el recién elegido papa Sergio no hubiera enfermado.

Desde la septuagésima, el papa había estado aquejado por una variedad de síntomas vagos pero preocupantes: mala digestión, insomnio, pesadez e hinchazón en los miembros; poco después de Pascua empezó a sentir dolores tan fuertes que se hacían casi insoportables. Noche tras noche, todo el palacio se despertaba con sus gritos.

La sociedad de médicos envió una docena de sus mejores hombres a asistirlo. Trataron con diversos modos de efectuar la cura: llevaron un fragmento del cráneo de san Policarpo para que el enfermo lo tocara; masajearon sus miembros afectados con aceite cogido de una lámpara que había ardido toda la noche en la tumba de san Pedro, medida que se sabía que curaba aun los males más desesperados; lo sangraron repetidamente y lo purgaron con vomitivos tan fuertes que todo su cuerpo se sacudió en violentos espasmos. Cuando estas poderosas medicinas fallaron, trataron de disipar el dolor mediante la contrairritación, cruzando las venas de las piernas con cera hirviendo.

Nada daba resultado. A medida que empeoraba el estado del papa, crecía la alarma entre el pueblo romano: si Sergio moría tan poco tiempo después de su predecesor, dejando otra vez vacante el trono de san Pedro, el emperador franco Lotario podía aprovechar la oportunidad para bajar a la ciudad e imponer su autoridad imperial sobre ella.

Benedicto, el hermano de Sergio, también estaba preocupado, no por un sentimiento fraternal sino porque la enfermedad de su hermano representaba una amenaza para sus propios intereses. Había persuadido a Sergio de que lo nombrara *missus* papal y desde esa posición había obrado hábilmente para acrecentar la autoridad del gobierno papal y con ella la suya propia. El resultado era que sólo cinco meses después de haber subido al poder, Sergio gobernaba sólo de nombre; todo el poder real en Roma lo tenía Benedicto... para considerable aumento de su fortuna personal.

Benedicto habría preferido tener también el título y el honor de papa, pero siempre había sabido que eso estaba fuera de su alcance. No tenía ni la educación ni la elegancia que se requerían para un puesto tan alto. Era el segundo hijo y en Roma no se dividía la propiedad y el título entre los herederos, como en Franconia. En cuanto primogénito, Sergio había acumulado todos los privilegios que la familia podía

proporcionar: las ropas caras, los tutores privados. Era terriblemente injusto, pero no había nada que pudiera hacerse y al cabo de un tiempo Benedicto dejó de lamentarse y buscó consuelo en los placeres mundanos, los cuales, como no tardó en descubrir, no escaseaban en Roma. Su madre se quejaba de sus costumbres disolutas pero no había hecho ningún intento serio por prohibirlas; los intereses y esperanzas de ella habían estado centrados siempre en Sergio.

En aquel momento, por fin, los largos años de desdén terminaban. No había sido difícil lograr que Sergio lo nombrara *missus* papal; Sergio siempre se había sentido culpable por la preferencia de que había gozado a costa de su hermano menor. Benedicto sabía que su hermano era débil, pero corromperlo había resultado más fácil de lo que pensaba. Después de todos los años de incesante estudio y privaciones de monje, Sergio estaba más que dispuesto a disfrutar de la vida. Benedicto no trató de tentar a su hermano con mujeres porque Sergio se aferraba con firmeza al ideal de la castidad sacerdotal. De hecho, sus sentimientos en este punto se acercaban a la obsesión, por lo que Benedicto tuvo que esforzarse por mantener en secreto sus propias aventuras amorosas.

Pero Sergio tenía otra debilidad: un insaciable apetito por los placeres de la mesa. Mientras consolidaba su propio poder, Benedicto mantuvo a su hermano distraído con un interminable desfile de delicias digestivas. La capacidad de Sergio para ingerir comida y vino era prodigiosa. En una ocasión había consumido de una sentada cinco truchas, dos pollos asados, una docena de empanadas de carne y una pata de venado. Después de la comilona había oficiado la misa matutina tan hinchado y ofuscado que vomitó la sagrada hostia encima del altar, para horror de la congregación.

Después de aquel vergonzoso episodio, Sergio decidió reformarse, volviendo a la dieta simple de pan y verduras con la que había crecido. El régimen espartano restauró su salud; y junto con la salud volvió su interés por los asuntos de Estado. Esto último interfería en los provechosos planes de Benedicto; pero Benedicto supo esperar su ocasión. Cuando consideró que Sergio ya tenía bastante de su piadosa autonegación, volvió a tentarlo con regalos especiales: golosinas exóticas, guisos y tartas, lechoncitos asados, barriles de espeso vino toscano. Sergio no tardó en dejarse llevar nuevamente por su debilidad.

Pero esta vez había ido demasiado lejos. Los abusos llevaron a la enfermedad y la vida misma del papa quedó en peligro. Benedicto no sentía ninguna compasión por su hermano mayor, pero no quería que muriera porque todo su poder dependía de que su hermano siguiera siendo papa.

Había que hacer algo. Los médicos que asistían a Sergio eran cada uno más incompetente que el otro y se limitaban a atribuir la enfermedad del santo padre a poderosos demonios, contra cuya maligna acción sólo la plegaria podía servir. Lo rodearon de una multitud de curas y monjes que lloraban y rezaban junto a su cama día y noche, alzando sus voces al cielo aunque sin lograr ningún cambio: Sergio seguía empeorando.

Benedicto no se daba por satisfecho dejando su futuro a merced del débil hilo de una plegaria. «Tengo que hacer algo. Pero ¿qué?».

—Mi señor.

Benedicto salió de sus reflexiones al oír la pequeña y vacilante voz de Celestino, uno de los *cubiculari* o chambelanes del papa. Como la mayoría de ellos, Celestino era vástago de una rica y aristocrática familia romana que había pagado espléndidamente por el honor de que su hijo sirviera de chambelán del papa. Benedicto miró al chico con disgusto. ¿Qué sabía aquel niño mimado de la vida, de la dura lucha por emerger de la oscuridad?

—¿Qué pasa?

—Mi señor Anastasio te pide una audiencia.

—¿Anastasio? —Benedicto no recordaba a quién correspondía el nombre.

—El obispo de Castellum —dijo Celestino.

—¿Te atreves a darme lecciones? —Con furia, Benedicto descargó la mano con fuerza sobre la mejilla de Celestino—. Eso te enseñará a respetar a tus mayores. Ahora vete fuera y tráeme al obispo.

Celestino salió de prisa, tocándose la mejilla y con lágrimas en los ojos. A Benedicto le ardía la palma de la mano: la flexionó y descubrió que no se había sentido tan bien en muchos días.

Momentos más tarde, Anastasio hacía su majestuosa entrada. Alto e imponente, epítome de la elegancia aristocrática, sabía bien la impresión que causaba en Benedicto.

—*Paz vobiscus* —dijo Benedicto en su mal latín.

Anastasio notó el barbarismo pero ocultó su desprecio.

—*Et cum spiritu tuo* —respondió—. ¿Cómo se encuentra su santidad el papa?

—Mal. Muy mal.

—Lamento oírlo.

Esto era más que cortesía; Anastasio realmente estaba preocupado. No era el momento para que Sergio muriera. Anastasio no había cumplido los treinta y cinco años, la edad mínima exigida para un pontífice; los cumpliría un año después. Si Sergio moría en aquel momento, podrían elegir a un hombre más joven y podían pasar veinte años o más antes de que el trono de san Pedro volviera a quedar vacante. Anastasio no se proponía esperar tanto para realizar la ambición de su vida.

—Supongo que tu hermano recibe una buena atención.

—Está rodeado noche y día por hombres santos que elevan plegarias por su recuperación.

—Ah. —Hubo un silencio.

Los dos eran escépticos respecto de la eficacia de tales medidas, pero no podían expresar sus dudas abiertamente.

—Hay alguien en la escuela inglesa —dijo Anastasio—, un sacerdote con gran reputación de médico.

—¿Sí?

—Juan Inglés, creo que es el nombre; un extranjero. Al parecer es un hombre de gran erudición. Dicen que puede lograr verdaderos milagros con enfermos.

—Quizá debería mandar por él —dijo Benedicto.

—Quizás —asintió Anastasio y dejó de hablar de ello.

Sentía que Benedicto no era de la clase de hombres a los que se podía presionar. Con tacto, pasó a otra materia. Cuando juzgó que había transcurrido un

tiempo razonable, se puso de pie para marcharse.

—*Dominus tecum, Benedictus.*

—*Deus vobiscus* —respondió Benedicto volviendo a errar en la declinación.

«Bestia ignorante», pensó Anastasio. Que semejante hombre pudiera escalar tanto en el poder era una vergüenza, una mancha en la reputación de la Iglesia. Con una reverencia y un elegante doblez de su túnica, Anastasio se volvió para salir.

Benedicto lo miraba. «No está mal, para ser un aristócrata. Mandaré buscar a ese cura, ese Juan Anglico». Probablemente causaría problemas llevar a alguien que no era miembro de la sociedad de médicos, pero no importaba. Ya encontraría un modo. Siempre había un modo cuando se sabía lo que se quería.

Tres docenas de cirios ardían a los pies de la gran cama en la que yacía Sergio. Ante ella había una cantidad de monjes de hábito negro arrodillados, murmurando letanías al unísono.

Enodio, médico jefe de Roma, alzó la lanceta de hierro y la clavó con habilidad en el antebrazo izquierdo de Sergio y cortó en la vena principal. Brotó sangre de la herida y cayó a un tazón de plata que sostenía su aprendiz. El médico sacudió la cabeza al examinar la sangre que había salido. Era espesa y oscura; los humores nefastos que originaban la enfermedad del papa se retraían dentro del cuerpo y no querían salir. Enodio dejó la herida abierta para que fluyera más sangre que de costumbre; no podría volver a sangrar a Sergio en varios días porque la luna pasaba por Géminis, que era un signo inapropiado para las sangrías.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Floro, otro médico.

—Malo. Muy malo.

—Ven afuera —susurró Floro—. Tengo que hablarte.

Enodio restañó la sangre de la herida, cerrando la abertura en la carne y apretando con un dedo. Dejó al aprendiz el trabajo de vendar la herida con hojas de ruda mojadas en grasa y tela encima. Secándose la sangre de las manos siguió a Floro al pasillo.

—Han enviado a buscar a alguien más —dijo Floro con urgencia en cuanto estuvieron solos—. Un médico de la escuela inglesa.

—¡No! —Enodio se alarmó.

La práctica de la medicina dentro de la ciudad se suponía que estaba estrictamente restringida a los miembros de la sociedad médica; aunque de hecho un pequeño ejército no reconocido de diletantes ejercían sus dudosas habilidades entre el populacho. Eran tolerados mientras operaran de forma anónima entre los pobres. Pero un reconocimiento directo a uno de ellos, desde el palacio papal, representaba una innegable amenaza.

—Juan Anglico, llaman al hombre —dijo Floro—. Se dice que tiene poderes extraordinarios. Dicen que puede diagnosticar una enfermedad sólo examinando la orina del paciente.

Enodio suspiró.

—Un charlatán.

—Por supuesto. Pero algunos de esos supuestos médicos son muy hábiles. Si este Juan puede lograr siquiera una aparente curación, será peligroso.

Floro tenía razón. En una profesión como ésta, donde los resultados solían ser

decepcionantes y siempre impredecibles, la reputación lo era todo. Si aquel extraño tenía éxito donde ellos habían fallado...

Enodio pensó por un momento.

—¿Dices que analiza la orina? Entonces le daremos un poco.

—¡No querrás ayudar al extranjero!

—He dicho que le daremos un poco —repitió Enodio con una sonrisa—, pero no he dicho de quién.

Rodeada por una escolta de guardias papales, Juana se dirigía rápidamente al *Patriarchium*, el enorme palacio que alojaba la residencia papal así como la gran cantidad de oficinas administrativas que constituían el gobierno en Roma. Más allá de la gran basílica de Constantino, con su magnífica hilera de ventanas de arco redondo; entraron y subieron una breve escalinata que los dejó en el *triclinium major*, o gran salón del palacio, cuya construcción había sido encargada por el papa León, de santa memoria.

El salón tenía suelo de mármol y estaba decorado con pequeños mosaicos trabajados con un grado de maestría que dejó asombrada a Juana. Nunca había visto colores tan brillantes, ni figuras tan bien representadas. Nadie en Franconia (obispo, abad, conde, ni siquiera el mismo emperador) podía mandar hacer algo tan espléndido.

En el centro del triclinio se había reunido un grupo de hombres. Uno se adelantó a saludarla. Era moreno, con ojillos mediocerrados y expresión astuta.

—¿Eres el sacerdote Juan Ángelico? —preguntó.

—Lo soy.

—Soy Benedicto, *missus* papal y hermano del papa Sergio. Te he traído aquí para curar a su santidad.

—Haré lo que pueda —dijo Juana.

Benedicto bajó la voz a un susurro.

—Hay quienes no desean que tengas éxito.

Juana estaba dispuesta a creerlo. Los hombres que tenía delante eran miembros de la selecta y exclusiva sociedad de médicos. No le darían la bienvenida a un extraño.

Uno de ellos se les acercó: alto, delgado, con mirada penetrante y nariz aguileña. Benedicto lo presentó como Enodio, director de la sociedad de médicos. Enodio saludó con la más breve de las inclinaciones de cabeza.

—Descubrirás por ti mismo, si tienes la capacidad, que su santidad está afligido por demonios, cuya influencia perniciosa no será contrarrestada por medicinas o purgas.

Juana no dijo nada. No ponía mucha fe en aquellas teorías. ¿Por qué mirar a lo sobrenatural cuando había tantas causas físicas y visibles de enfermedad?

Enodio le tendió un frasco de líquido amarillo.

—Esta muestra de orina fue tomada a su santidad hace menos de una hora. Tenemos curiosidad por ver qué puedes deducir de ella.

«De modo que quieren examinarme —pensó Juana—. Bueno, supongo que es un modo de empezar tan bueno como cualquier otro».

Cogió el frasco y lo levantó para examinarlo a contraluz. El grupo se reunió en

un semicírculo. La nariz aguileña de Enodio temblaba mientras su dueño examinaba a Juana con la expectación de un ave de rapiña.

Volvió el frasco de un lado y otro para ver mejor su contenido. Extraño. Lo olió, volvió a olerlo. Metió un dedo, se lo llevó a la lengua y lo saboreó con cuidado. La tensión a su alrededor era casi palpable.

Volvió a oler y a probar. No tenía dudas.

Una treta inteligente, sustituir la orina del papa por la de una mujer embarazada. La ponían ante un verdadero dilema. Como simple sacerdote, y como extranjero, no podía acusar a gente tan importante de un engaño deliberado. Por otra parte, si no daba señales de haber advertido la sustitución, sería denunciada por impostora.

La trampa había sido tendida con habilidad. ¿Cómo escapar de ella?

Lo pensó un momento.

Se volvió y anunció con gesto serio:

—Dios está a punto de obrar un milagro. Dentro de treinta días su santidad dará a luz.

Benedicto se sacudía de risa cuando salieron del triclinio.

—¡La cara de esos viejos! Me era imposible contener las carcajadas. —Lo que había pasado le había hecho mucha gracia—. Probaste tu capacidad y expusiste su engaño sin pronunciar una sola palabra de acusación. ¡Asombroso!

Cuando se acercaban al dormitorio papal oyeron gritos roncacos al otro lado de la puerta.

—¡Villanos! ¡Demonios! ¡No estoy muerto todavía!

Se oyó un golpe, como de un objeto lanzado.

Benedicto abrió la puerta. Sergio estaba sentado en la cama con la cara roja de furia. En el suelo, un jarrón de cerámica roto se balanceaba ante un grupo de sacerdotes. Sergio había tomado una copa dorada de la mesa junto a la cama y estaba a punto de lanzarla contra los prelados cuando Benedicto fue hacia él y se la quitó.

—Vamos, hermano. Ya sabes lo que han dicho los médicos. Estás enfermo; no debes agitarte.

—Cuando me desperté —dijo Sergio en tono acusador— los encontré ungiéndome con aceite. Trataban de darme la extremaunción.

Los prelados se alisaron las túnicas con dignidad. Parecían hombres importantes; uno que llevaba el palio de arzobispo habló.

—Lo consideramos conveniente, en vista del empeoramiento de su santidad...

—¡Fuera, de inmediato! —exclamó Benedicto.

Juana quedó atónita; Benedicto debía de tener mucho poder para dirigirse con tan poca cortesía a un arzobispo.

—Piénsatelo bien, Benedicto —dijo el arzobispo—. ¿Pondrías en peligro el alma inmortal de tu hermano?

—¡Fuera! —Benedicto abrió los dos brazos y los empujó como a un grupo de cuervos—. ¡Fuera todos!

Los prelados se retiraron deprisa con gestos de indignación. Sergio se dejó caer sobre los almohadones, agotado.

—¡El dolor, Benedicto! —gimió—. No puedo soportar el dolor.

Benedicto sirvió vino de una jarra junto a la cama en una copa dorada y la llevó a los labios de Sergio.

—Bebe —le dijo—. Te calmará.

Sergio bebió con avidez.

—Más —dijo en cuanto hubo vaciado la copa.

Benedicto le sirvió una segunda, y una tercera. El vino chorreaba por las comisuras de los labios de Sergio. Tenía huesos pequeños pero era muy gordo. Parecía una serie de círculos conectados: una cara redonda apoyada en una papada redonda, ojos redondos dentro de círculos gemelos de carne.

—Ahora —dijo Benedicto, cuando la sed de Sergio quedó calmada—, ¿ves lo que he hecho por ti, hermano? Te he traído a alguien que puede ayudarte. Es Juan Ánglico, un médico de gran reputación.

—¿Otro médico? —preguntó Sergio con desconfianza.

Pero no puso objeciones cuando Juana alzó la sábana para examinarlo. La escandalizó la condición en que estaba. Las piernas muy hinchadas con la carne estirada y resquebrajada por la tensión. Había una grave inflamación en las articulaciones; Juana imaginó la causa, pero tenía que asegurarse. Miró los oídos de Sergio. Ahí estaban los reveladores *tophi*, pequeñas excrescencias calcáreas parecidas a ojos de cangrejo, cuya presencia significaba que Sergio padecía un agudo ataque de gota. ¿Cómo era posible que sus médicos no lo hubieran reconocido?

Pasó la punta de los dedos suavemente por la carne roja y brillante buscando la fuente de la inflamación.

—Al menos éste no tiene manos de campesino —dijo Sergio.

Era asombroso que estuviera tan lúcido, porque ardía de fiebre. Juana le tomó el pulso y al hacerlo vio las múltiples heridas que las sangrías le habían hecho en el brazo. Tenía el pulso débil y el color general, ahora que había pasado el ataque de ira, era de un blanco azulado y enfermizo.

«Benedícite —pensó—. No me asombra que tenga sed. Lo han sangrado casi hasta matarlo».

Se volvió hacia el chambelán.

—Trae agua. Rápido.

Tenía que reducir la inflamación antes de que ésta lo matara. Por suerte había llevado cebolla y cólquico. Buscó en su bolsa y sacó un pequeño cuadrado de pergamino encerado que abrió con cuidado para no derramar nada del precioso polvo. El chambelán volvió con una jarra de agua. Juana sirvió un poco en un vaso y disolvió dos octavos de onza de raíz en polvo, la dosis recomendada. Añadió miel para disimular el gusto amargo y una pizca de beleño para hacer dormir a Sergio porque el sueño era el mejor remedio contra el dolor y el descanso la más fuerte esperanza de cura.

Tendió el vaso a Sergio, el cual bebió con avidez.

—¡Bah!, ¡es agua! —dijo y escupió.

—Bebed —dijo Juana con firmeza.

Para su sorpresa, Sergio obedeció.

—¿Y ahora qué? —preguntó cuando hubo terminado—. ¿Me purgarás?

—Pensé que habíais tenido bastante de esas torturas.

—¿Quieres decir que no harás más que esto? —exclamó Benedicto—. ¿Un simple vaso de agua y nada más?

Juana suspiró. Ya había encontrado aquellas reacciones antes. El sentido común y la moderación no eran apreciados en el arte de curar. La gente pedía medidas más drásticas. Cuanto más seria era la enfermedad, más violenta se esperaba que fuera la cura.

—Padecéis de gota, santidad. Os he dado cólquico, un específico para esa enfermedad. En unos momentos estaréis dormido y, *Deo volente*, el dolor y la hinchazón que os han afligido cederán en unos pocos días.

Como para demostrar la verdad de sus palabras, la respiración de Sergio empezó a apaciguarse; se relajó sobre las almohadas y cerró los ojos en paz.

La puerta se abrió de golpe. Entró un hombre pequeño y tenso, con la cara como la de un gallo preparándose para una riña. Blandió un rollo de pergamino bajo las narices de Benedicto.

—Aquí están los papeles. Todo lo que se necesita es la firma.

Por su indumentaria y modo de hablar parecía un mercader.

—Ahora no, Aio —respondió Benedicto.

Aio sacudió la cabeza con furia.

—No, Benedicto, no me rehuirás otra vez. Toda Roma sabe que el papa está grave. ¿Y si muere esta noche?

Juana miró con preocupación a Sergio, pero no lo había oído, estaba dormitando.

El hombrecillo hizo sonar un saco con monedas ante los ojos de Benedicto.

—Mil sueldos, como acordamos. Haz firmar el papel ahora y esto —alzó otro saco más pequeño— será tuyo también.

Benedicto cogió el pergamino y lo desenrolló yendo hacia la cama.

—¿Sergio?

—Está durmiendo —protestó Juana— No lo molestes.

Benedicto hizo caso omiso de ella.

—¡Sergio! —Cogió a su hermano por el hombro y lo sacudió con fuerza.

Sergio abrió los ojos. Benedicto cogió una pluma de la mesa junto a la cama, la mojó en tinta y la puso en la mano derecha de Sergio.

—Firma esto —le ordenó.

Aturdido, Sergio acercó la pluma al pergamino. La mano le temblaba y manchaba la hoja mientras empezaba a garabatear. Benedicto le cogió la mano y se la guió dibujando la firma papal.

Desde donde estaba, Juana pudo ver el escrito. Era una *formata*, nombrando a Aio obispo de Alatri. ¡El contrato hecho ante sus ojos era la compra de un obispado!

—Ahora descansa, hermano —dijo Benedicto, satisfecho. Y a Juana—: Quédate con él.

Juana asintió con la cabeza mientras Benedicto y Aio salían. Cubrió a Sergio con la sábana alisándola con suavidad. En su rostro se había formado un gesto de decisión. Era evidente que las cosas en el palacio papal no iban bien. Ni estarían bien mientras Sergio siguiera enfermo y su hermano gobernara por él. La tarea que se propuso en aquel momento era clara: restaurar la salud del papa y hacerlo lo antes

posible.

Durante los días siguientes el estado de Sergio siguió siendo grave. El continuo canturreo de los sacerdotes le impedía dormir bien por lo que, a insistencia de Juana, la vigilia en el dormitorio se dio por terminada. Salvo unas breves excursiones a la escuela inglesa para buscar medicamentos, Juana no se apartó del paciente. De día controlaba su estado; de noche dormía sobre unos almohadones al lado de la cama.

Al tercer día, la hinchazón empezó a ceder y la piel que la cubría empezó a despellejarse. Por la noche, Juana se despertó de un sueño intranquilo y descubrió que Sergio había empezado a sudar. «Benedícite —pensó—. La fiebre ha pasado».

A la mañana siguiente, el papa se despertó.

—¿Cómo os sentís? —preguntó Juana.

—No... no sé —dijo él, aturdido— Mejor, creo.

—Se os ve mucho mejor. —Estaba menos hinchado y había desaparecido la palidez azulada de la piel.

—Las piernas... me pican. —Empezó a rascarse con fuerza.

—La comezón es una buena señal; significa que están volviendo a la vida —dijo Juana—. Pero no debéis irritar la piel porque todavía hay peligro de infección.

Retiró la mano. Pero el picor era demasiado fuerte y volvió a rascarse.

Juana le administró una dosis de beleño para calmarlo; volvió a dormirse.

Cuando abrió los ojos, al día siguiente, estaba lúcido, plenamente consciente.

—El dolor... ¡ha desaparecido! —Se miró las piernas—. ¡Y la hinchazón! —La observación lo animó; se sentó. Al ver a un chambelán cerca de la puerta dijo—: Tengo hambre. Tráeme una loncha de tocino y vino.

—Un plato de verduras y una jarra de agua —dijo Juana.

El chambelán salió deprisa antes de que Sergio pudiera protestar.

El papa alzó las cejas de sorpresa.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Juan Ánglico.

—No eres romano.

—Nací en Franconia.

—El país del norte. —Los ojos de Sergio se hicieron suspicaces—. ¿Es tan bárbaro como dicen?

—Hay menos iglesias —dijo Juana sonriendo—, si es a eso a lo que os referís.

—¿Por qué te llaman Ánglico —preguntó Sergio—, si naciste en Franconia?

Era sorprendente su lucidez después de lo que había pasado.

—Mi padre era inglés —explicó Juana—. Vino a predicar la fe entre los sajones.

—¿Los sajones? —dijo Sergio frunciendo el ceño—. Una tribu sin dios.

«Mamá». Juana sintió la vieja llamarada de vergüenza y amor.

—Ahora la mayoría son cristianos... al menos todo lo que se puede ser cuando has sido obligado a convertirte mediante el fuego y la espada.

Sergio la miraba con interés.

—¿No apruebas la misión de la Iglesia de convertir a los paganos?

—¿Qué valor tiene una conversión lograda por la fuerza? Bajo tortura, una

persona puede confesar cualquier mentira, sólo para poner fin al dolor.

—Pero nuestro Señor nos manda difundir la palabra de Dios: «Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo».

—Es cierto —admitió Juana—. Pero... —Se interrumpió.

Ya lo estaba haciendo otra vez: dejándose llevar de forma imprudente y potencialmente peligrosa a una discusión. ¡Y esta vez con el papa, nada menos!

—Sigue —dijo Sergio.

—Perdonad, santidad. Estáis enfermo.

—No tanto como para no poder razonar —respondió Sergio con impaciencia—. Sigue.

—Bueno... —Elegió las palabras con cuidado—. Considerad el orden de las palabras de Cristo: enseñad a las naciones primero, luego bautizadlas. No se nos manda dar el sacramento del bautismo a nadie que no haya abrazado la fe con la comprensión racional. Primero enseñad, dijo Cristo, después bautizad.

Sergio la miraba con interés.

—Razonas bien. ¿Dónde te educaste?

—Un griego de nombre Esculapio, un hombre de gran erudición, fue mi tutor en la infancia. Estuve en la escuela de la catedral de Dorstadt y después en Fulda.

—¡Ah, Fulda! Hace poco recibí un volumen de Rabano Mauro, hermosamente ilustrado, con un poema compuesto por él sobre la Santa Cruz de Cristo. Cuando le escriba para agradecerse lo hablaré de tu servicio a nuestra persona.

Juana creía que había dejado al abad Rabano para siempre; ¿su odio la seguiría hasta allí, echando a perder la nueva vida que ella se había forjado?

—Me temo que no tendréis buenos informes míos por ese lado.

—¿Por qué?

—El abad sostiene que la obediencia es el principal de los votos religiosos. Pero para mí siempre ha sido el más difícil.

—¿Y tus demás votos? —preguntó Sergio con severidad—. ¿Qué hay de ellos?

—Nací en la pobreza y estoy acostumbrado a ella. En cuanto a la castidad —evitó poner en su voz la menor nota de ironía— siempre he resistido la tentación de las mujeres.

La expresión de Sergio se suavizó.

—Me alegra oírlo. Porque en ese punto, el abad Rabano y yo no estamos de acuerdo; de todos los votos religiosos, la castidad es seguramente el más grande y el que más complace a Dios.

Juana se sorprendió de oírle decir aquello. El ideal de la castidad sacerdotal estaba lejos de ser practicado universalmente en Roma. No era nada raro que un sacerdote romano tuviera esposa; no había prohibición de que hombres casados se ordenaran, siempre que aceptaran abjurar de toda futura relación conyugal: un contrato que predeciblemente era cumplido sólo a medias. Era raro que una esposa pusiera objeciones si su marido quería hacerse cura porque compartía el prestigio de su posición. Las «sacerdotas», se las llamaba respetuosamente, o «diáconas» si el marido era un diácono. El papa León III estaba casado cuando ascendió al trono papal y nadie en Roma había soñado siquiera con reprochárselo.

El chambelán volvió con una fuente de plata con pan y verduras; la puso ante

Sergio, que cortó un trozo de pan y se lo llevó a la boca con apetito.

—Ahora —dijo— cuéntame lo que pasó entre Rabano Mauro y tú.

Veinte

Juana llegó a la conclusión de que en Sergio convivían dos personas diferentes: una disoluta, vulgar y mezquina; y otra cultivada, inteligente y considerada. Había leído algo sobre tales casos en Celso, que los llamaba *animae divisae*, espíritus divididos.

Así pasaba con Sergio. En su caso era la bebida la que desencadenaba la metamorfosis. Dulce y amable estando sobrio, se volvía un demonio bajo la influencia del vino. Los criados del palacio, siempre dispuestos a la murmuración, le contaron a Juana que Sergio había condenado a uno de ellos a muerte sólo por haber dejado enfriar la sopa. La borrachera se le había pasado a tiempo para impedir la ejecución, pero no antes de que el desafortunado hubiera sido azotado y puesto en el cepo.

Sus médicos no habían estado tan equivocados a fin de cuentas, pensó Juana. Sergio «estaba» poseído, aunque los demonios que lo movían no eran exactamente los del infierno, sino los suyos propios.

Tras descubrir sus mejores cualidades, Juana se propuso la misión de restaurarlas. Lo obligó a una estricta dieta de vegetales y hortalizas. De mala gana, Sergio se sometió, por miedo a una vuelta del dolor. Cuando consideró que estaba listo, Juana instituyó un régimen de paseos diarios en el jardín de Letrán. Al principio era preciso llevarlo en una silla; bajo la cual jadeaban tres sirvientes. El primer día apenas si pudo dar unos pasos antes de derrumbarse otra vez en la silla. Con el permanente estímulo de Juana, hizo un poco más cada día; al cabo de un mes ya podía dar toda la vuelta al jardín. La hinchazón residual en las articulaciones desapareció y la piel recuperó un saludable color rosado. Los ojos perdieron la hinchazón y cuando los contornos del rostro aparecieron con más claridad, Juana pudo ver que era un hombre mucho más joven de lo que había pensado al principio: quizá no tenía más de cuarenta y cinco o cincuenta años.

—Me siento un hombre nuevo —le dijo Sergio a Juana un día durante su paseo diario.

Era la primavera y las lilas, ya florecidas, perfumaban el aire.

—¿No hay mareos, ni debilidades, ni dolor? —preguntó Juana.

—Nada. Realmente, Dios ha obrado un milagro.

—Bien podéis decirlo, santidad —dijo Juana con una sonrisa maliciosa—. Pero recordad el estado en que estabais cuando Dios era el único médico que os atendía.

Sergio le dio un tirón de orejas a Juana en amable recriminación.

—Dios te envió a ti para que efectuaras su milagro.

Sonrieron confirmando su mutua simpatía.

«Este es el momento», pensó Juana.

—Si os sentís realmente bien... —dejó la frase interrumpida, despertando la curiosidad de su interlocutor.

—¿Sí?

—Sólo estaba pensando... Hoy hay sesión de la corte papal. Vuestro hermano Benedicto preside en vuestro lugar, como siempre. Pero si os sentís lo bastante

fuerte...

—Benedicto está acostumbrado a presidir —dijo Sergio con resolución—. Seguramente no hay necesidad...

—El pueblo no eligió a Benedicto como su señor. Os necesitan a vos, santidad. Sergio frunció el ceño. Hubo un largo silencio.

Juana pensó: «He hablado demasiado pronto o con demasiada audacia».

Al fin Sergio habló:

—Dices la verdad, Juan Ánglico. He descuidado demasiado tiempo esos asuntos. —La tristeza de su mirada le daba a la cara un aire de grave sabiduría.

Juana respondió con suavidad.

—El remedio, mi señor, está en la acción.

Sergio lo pensó. Dio media vuelta y se dirigió al portal del jardín.

—¡Vamos, entonces! —La llamó con un gesto—. ¿Qué estás esperando?

Juana fue deprisa tras él.

Dos guardias custodiaban la puerta de la sala del consejo, charlando ociosamente. Al ver a Sergio se pusieron en alerta y abrieron la puerta.

—Su santidad el papa Sergio, obispo y arzobispo de Roma —anunció uno de ellos con voz resonante.

Sergio y Juana entraron. Hubo un momento de silencio asombrado, seguido por un fuerte ruido de bancos arrastrados contra el suelo cuando todos se ponían de pie respetuosamente. Todos, salvo Benedicto, que siguió sentado en el trono papal con la mandíbula caída.

—Cierra la boca, hermano, salvo que estés cazando moscas —dijo Sergio.

—¡Santidad! ¿Es prudente esto? —exclamó Benedicto—. No deberíais arriesgar la salud sólo por venir a observar estas sesiones.

—Gracias, hermano, pero me siento muy bien —dijo Sergio—. Y no he venido a observar sino a presidir.

Benedicto se puso de pie.

—Me alegra oírlo, como a toda Roma. —No parecía tan contento como decía.

Sergio se sentó cómodamente en el trono.

—¿Qué asunto estabais tratando?

El notario se apresuró a resumir los detalles. Mamerto, un rico mercader, demandaba permiso para renovar el Orfanato, un refugio y escuela para huérfanos alojado en un edificio en mal estado cerca de Letrán. Mamerto proponía reconstruirlo enteramente y transformarlo en un albergue para peregrinos.

—El Orfanato —repitió Sergio—. Lo conozco bien; viví un tiempo allí después de la muerte de mi madre.

—Santidad, el edificio se cae a pedazos —dijo Mamerto—. Es una vergüenza para nuestra gran ciudad. Lo que propongo es transformarlo en un palacio.

—¿Qué será de los huérfanos? —preguntó Sergio.

Mamerto se encogió de hombros.

—Pueden buscar la caridad en otra parte. Hay casas de limosna que los recibirían.

Sergio parecía indeciso.

—Es duro ser expulsado de la casa donde uno vive.

—Santidad, esta posada será el orgullo de Roma. Los duques querrán dormir en ella y los reyes también.

—Los huérfanos no son menos queridos por Dios que los reyes. ¿No ha dicho Cristo «Bienaventurados los pobres porque de ellos será el reino de los cielos»?

—Santidad, os pido que lo reconsideréis. ¡Pensad lo que podría hacer por Roma un establecimiento como éste!

Sergio sacudió la cabeza.

—No sancionaré la destrucción del hogar de estos niños. La petición es denegada.

—¡Protesto! —gritó Mamerto acalorado—. Vuestro hermano y yo ya habíamos llegado a un acuerdo y yo hice el pago.

—¿Pago? —Sergio arqueó una ceja.

Benedicto le dirigía a Mamerto en silencio señales de apremio.

Yo... yo... —Mamerto miró hacia arriba, buscando las palabras—. Hice una donación, una muy generosa donación, al altar de san Servando para acelerar el éxito de la empresa.

—Entonces estás bendecido —dijo Sergio—. Esa caridad tiene su propia recompensa porque sufrirás menos en la vida eterna.

—Pero...

—Tienes nuestra gratitud, Mamerto, por llamar nuestra atención sobre el mal estado en que se encuentra el Orfanato. Restaurarlo será nuestra ocupación inmediata.

La boca de Mamerto se abrió y cerró varias veces como la de un pez fuera del agua. Con una última mirada furiosa a Benedicto, salió del recinto.

Sergio le dirigió un guiño a Juana, quien sonrió a su vez.

Benedicto captó aquel intercambio. «Así que ahí está el secreto», pensó. Se reprendió a sí mismo por no haberlo notado antes. Era la época del año más provechosa para él, con la corte pontificia en sesión constante; había estado tan ocupado que no había prestado atención suficiente al grado de influencia que el curita extranjero había adquirido sobre su hermano.

«No importa —se dijo—. Lo que está hecho puede deshacerse. Todo hombre tiene su debilidad». Sólo se trataba de descubrir cuál era.

Juana iba deprisa por el corredor rumbo al triclinio. Como médico personal de Sergio se esperaba que cenara a su mesa, un privilegio que le permitía mantener bajo estricta vigilancia todo lo que el papa comía y bebía. Su estado de salud distaba mucho de ser bueno; el exceso de indulgencia podía provocar otro ataque de gota.

—¡Juan Anglico!

Al volverse vio a Arighis, el *vicedominus* o mayordomo del palacio, que iba hacia ella.

—Una mujer está gravemente enferma en el Transtiberino; te llaman a atenderla.

Juana suspiró. Aquella semana ya la habían llamado tres veces a tales tareas. La noticia de la curación del papa Sergio se había difundido por la ciudad. Para gran preocupación de los miembros de la sociedad de médicos, los servicios de Juana como médico tenían gran demanda.

—¿Por qué no envías a un médico de la sociedad? —sugirió.

Arighis hizo un gesto de impaciencia. No estaba acostumbrado a que se replicara a sus órdenes: como *vicedominus* era su derecho y su deber ejercer control sobre todas las cuestiones relacionadas con el personal del papa, hecho que aquel insolente joven extranjero no parecía entender.

—Ya prometí que irías tú.

Juana se irritó por aquel tono de autoridad; en cuanto médico personal de Sergio, no estaba, estrictamente hablando, bajo órdenes de Arighis. Pero la cuestión no tenía tanta importancia como para discutir por ella y una llamada urgente de ayuda debía ser respondida, por inoportuno que fuera el momento.

—Muy bien —accedió—. Iré a buscar mi bolsa de medicamentos.

Al llegar a la dirección indicada Juana se encontró ante una gran residencia, del tipo de una vieja *domus* romana. Un sirviente la llevó a través de una serie de patios conectados y un jardín hasta una cámara interna profusamente decorada con mosaicos de colores brillantes, conchas de estuco y pinturas en perspectiva que creaban la ilusión de vistas distantes y salones inexistentes. El fantástico ámbito estaba impregnado de un olor dulce, que recordaba el de las manzanas maduras. En el otro extremo de la puerta había una gran cama de plumas, rodeada de cirios encendidos como un altar. En medio de la cama había una mujer lánguidamente acostada.

Era la mujer más hermosa que Juana había visto, más hermosa que Richild, más hermosa incluso que su madre, Gudrun, de quien Juana había creído hasta aquel momento que era la mujer más bella de la creación.

—Soy Marioza. —La voz de la mujer era miel líquida.

—Se... señora —tartamudeó Juana, asombrada ante tanta perfección—. Soy Juan Inglés y vengo por tu llamada.

Marioza sonrió complacida con el efecto que causaba.

—Acércate, Juan Inglés —pidió la voz de miel—. ¿O quieres examinarme desde ahí?

El olor de manzana se hacía más fuerte cerca de la cama. «Conozco ese olor», pensó Juana. Pero por el momento no lograba determinar qué era.

Marioza le tendió una copa de vino.

—¿No quieres beber a mi salud?

Por cortesía, Juana bebió, vaciando la copa según la costumbre. Desde cerca Marioza era más bella aún, su piel un marfil sin marcas, los ojos eran muy grandes, el iris, un círculo bordeado del violeta más intenso que se oscurecía hasta un negro de ébano en el centro.

«Demasiado grandes», comprendió de pronto Juana. Una dilatación tal de los ojos era decididamente anormal. La observación clínica rompió el hechizo de la belleza de Marioza.

—Dime, señora —preguntó dejando la copa—, ¿qué mal te aqueja?

—Tan apuesto —suspiró ella—, ¿y tan serio?

—Quiero ayudarte, señora. ¿Qué problema te hizo llamarme con tanta urgencia?

—Ya que insistes —dijo Marioza con una mueca de niña mimada—, es el

corazón.

«Un problema inusual para una mujer de su edad», pensó Juana; Marioza no podía tener más de veintidós años. Es cierto que había antecedentes de niños nacidos bajo el signo de una mala estrella con un gusano en el corazón y cada aliento de su breve existencia era un tormento y una lucha. Pero los que sufrían de tales aflicciones no tenían el aspecto de Marioza, cuya persona, aparte de aquellos ojos misteriosamente dilatados, irradiaba buena salud.

Le cogió una muñeca para tomarle el pulso: era fuerte y regular. Le examinó las manos. El color era bueno y bajo las uñas la piel se veía rosada. Al contacto, la piel se recomponía sin marcas o decoloración. Examinó las piernas y pies de Marioza con igual cuidado, sin encontrar señales de necrosis; por todas partes, la circulación parecía saludable y fuerte.

Marioza seguía tendida en los almohadones mirándola con ojos medio cerrados.

—¿Buscas mi corazón? —bromeó—. No lo encontrarás ahí, Juan Ánglico. —Se entreabrió la túnica de seda y aparecieron un par de perfectos pechos de marfil.

«¡Benedícite!», pensó Juana. Aquella debía de ser la legendaria Marioza, la más celebrada hetaira, o cortesana, de toda Roma. Se decía que entre sus clientes estaban algunos de los hombres más importantes de la ciudad. «Está tratando de seducirme», comprendió. Lo absurdo de la idea la hizo sonreír.

Malinterpretando la sonrisa de Juana, Marioza se envalentonó. Aquel cura no sería tan difícil de seducir como le había dicho Benedicto cuando le pagó por sus servicios con este fin. Cura o no, Juan Ánglico era de todos modos un hombre y no había nacido el hombre que pudiera resistírsele.

Con estudiado desinterés Juana se concentró en su examen. Tocó los costados de Marioza buscando costillas golpeadas; el dolor en aquellos sitios solía tomarse por problemas del corazón. Marioza no parpadeó ni manifestó signo alguno de molestia.

—Qué buenas manos tienes —ronroneó, torciéndose de tal modo que resaltarán las curvas de su cuerpo— Qué manos tan buenas y fuertes.

Juana dio un salto.

—¡La manzana de Satán!

«Qué típico de un cura —pensó Marioza—, que hable de pecado en un momento así». Bueno, no era el primer cura que trataba; sabía qué hacer con aquellas crisis de conciencia de último momento.

—No reprimas tus emociones, Juan, porque son naturales y vienen de Dios. ¿No está escrito en la Biblia: «Los dos se volverán una carne»? —En realidad, Marioza no estaba segura de que la frase estuviera en la Biblia, pero lo consideraba probable; se la había dicho, en circunstancias muy similares, un arzobispo— Además —añadió—, nadie sabrá nunca lo que pase aquí entre nosotros salvo nosotros mismos.

Juana sacudió la cabeza con vehemencia.

—No me refería a eso. El olor en el cuarto... es mandrágora... y a veces se la llama «la manzana de Satán». —El fruto amarillo era un narcótico; eso explicaba que los ojos de Marioza estuvieran tan dilatados—. Pero ¿de dónde viene el olor? —Juana olió una vela cerca de la cama—. ¿Qué haces mezclando su jugo con la cera de la vela?

Marioza suspiró. Había visto reacciones parecidas antes en otros prelados vírgenes. Tímidos e inseguros, trataban de desviar la conversación a un campo más seguro.

—Ven —le dijo—, olvídate de las pociones. Hay modos mejores de pasar el tiempo. —Pasó la mano por la túnica de Juan Ánglico buscando sus partes íntimas.

Anticipándose a su juego Juana dio un paso atrás. Sopló la vela y cogió las manos de Marioza con firmeza.

—Escúchame, Marioza. La mandrágora... Tú la usas por sus cualidades afrodisíacas, lo sé. Pero debes tener cuidado porque sus emanaciones son venenosas.

Marioza frunció el ceño. Aquello no marchaba de acuerdo con el plan. De algún modo debía alejar a aquel hombre de sus pensamientos profesionales.

Oyó pasos en el corredor. No había tiempo para la persuasión. Se cogió el borde superior de la túnica con ambas manos y con un fuerte movimiento la desgarró hasta abajo.

—¡Oh! —gimió—, ¡me viene un dolor! Escucha. —Cogió la cabeza de Juana y la acercó con firmeza a su pecho.

Juana trató de apartarse, pero Marioza la retenía con todas sus fuerzas.

—Oh, Juan. —Su voz ahora era pura miel—. ¡No puedo resistirme a la fuerza de tu pasión!

La puerta se abrió de golpe. Una docena de guardias papales irrumpieron en el cuarto y asieron a Juana de los brazos, levantándola con violencia de la cama.

—Bueno, padre, es una extraña clase de comunión —dijo burlándose el jefe de los guardias.

Juana protestó.

—Esta mujer está enferma; me hicieron venir aquí para atenderla.

El hombre se rió.

—Sé que muchas mujeres han sido curadas de su esterilidad con ese remedio.

Se oyó un estallido de risas roncadas. Juana le dijo a Marioza:

—Diles la verdad.

Marioza se encogió de hombros y la túnica desgarrada se deslizó por su cuerpo.

—Nos vieron. ¿Por qué negarlo?

—¡No eres el primero, cura! —se burló uno de los guardias—. La cantidad de amantes de Marioza llenaría el Coliseo hasta reventarlo.

Hubo otra explosión de carcajadas a las que se unió Marioza.

—Vamos, padre. —El jefe de la guardia cogió a Juana por el brazo, llevándola hacia la puerta.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó Juana, aunque sabía la respuesta.

—A Letrán. Responderás ante el papa por esto.

Juana se liberó de su mano. Le dijo a Marioza:

—No sé por qué has hecho esto, o para quién, pero te advierto, Marioza: no lo apuestes todo en favor de los hombres porque resultarán tan fugitivos como tu belleza.

La risa de Marioza murió en sus labios.

—¡Bárbaro! —le dijo con desdén.

En medio de un coro de risas se llevaron a Juana del cuarto.

Flanqueada por los guardias, Juana caminó en silencio a través de las calles oscuras. No podía odiar a Marioza. Juana podría haber terminado como ella, si el destino no la hubiera conducido por otro camino. Las calles de Roma estaban llenas de mujeres que se ofrecían por no más que el precio de una comida. Muchas habían ido a la Ciudad Santa como piadosas peregrinas y hasta como monjas; al encontrarse sin abrigo ni medios de comprar el pasaje de vuelta, se entregaban a la alternativa más fácil. El clero atronaba contra aquellas «siervas del demonio» desde la seguridad de sus púlpitos. Mejor morir castamente, decían, que vivir en pecado. «Pero es que ellos nunca han conocido el hambre», pensaba Juana.

No, la culpa no era de Marioza; ella era sólo un instrumento. «Pero entonces, ¿de quién? ¿Quién gana desacreditándome?».

Enodio y los otros miembros de la sociedad de médicos eran realmente capaces de algo así. Pero seguramente habrían preferido desacreditarla en cuestiones de medicina, no de moral.

«Y si no son ellos, ¿quién?». La respuesta se le ocurrió de inmediato: «Benedicto». Desde el caso del Orfanato desconfiaba de ella, celoso de su influencia sobre su hermano. Le bastó comprenderlo para sentirse más animada; al menos sabía quién era el enemigo. Y no dejaría que Benedicto se saliera con la suya. Claro que era el hermano de Sergio, pero ella era su amiga; y le haría ver la verdad.

Al llegar a Letrán, Juana se alarmó al ver que los guardias la conducían más allá del triclinio, donde Sergio cenaba con los otros altos funcionarios de la corte papal, y la llevaban rumbo a los aposentos de Benedicto.

—Bien, bien, ¿qué tenemos aquí? —dijo en tono burlón Benedicto cuando Juana y los guardias entraron—. ¿Juan Ánglico rodeado por guardias como un vulgar ladrón? —Se dirigió al jefe de la guardia—: Habla, Tarasio, y dime la naturaleza del crimen de este cura.

—Mi señor, lo apresamos en el cuarto de la puta Marioza.

—¡Marioza! —Benedicto puso un gesto de seria reprobación.

—Lo hallamos en la cama de la mujer, abrazado a ella —añadió Tarasio.

—Fue una trampa —dijo Juana—. Me llamaron con el falso pretexto de que Marioza necesitaba un médico. Ella notó que los guardias se acercaban y me atrajo contra su pecho inmediatamente antes de que entraran.

—¿Esperas que crea que te pudo dominar una mujer? ¡Qué vergüenza, falso cura!

—La vergüenza es tuya, Benedicto, no mía —respondió Juana con vehemencia—. Tú lo has dispuesto todo para desacreditarme. Has hecho que Marioza me llamara con el pretexto de que estaba enferma y has mandado a los guardias sabiendo que nos encontrarían juntos.

—Lo admito.

Aquello desarmó a Juana.

—¿Confiesas tu engaño?

Benedicto cogió una copa de vino y bebió saboreándolo.

—Sabiéndote poco casto y como no quería que mi hermano saliera perjudicado por su confianza en ti, busqué pruebas de tu perfidia, eso es todo.

—Soy casto y no tienes razones para pensar otra cosa.

—¿Casto? —se burló Benedicto—. Dime otra vez dónde lo hallaste, Tarasio.

—Mi señor, estaba con la mujer en la cama y ella estaba desnuda en sus brazos.

—Vaya, vaya. Piensa lo que sentirá mi hermano al oír un testimonio semejante... tanto más cuanto que ha puesto en ti su confianza.

Por primera vez, Juana comprendió lo grave de su situación.

—No hagas eso —dijo—. Tu hermano me necesita porque no está fuera de peligro todavía. Sin adecuada atención médica, sufrirá otro ataque... y el próximo podría matarlo.

—Enodio se ocupará de mi hermano de ahora en adelante —respondió Benedicto en tono cortante—. Tus manos pecadoras ya han hecho bastante daño.

—¿«Yo» le he hecho daño? —La ira hizo que Juana perdiera el poco control que le quedaba—. ¿Te atreves a decir eso, tú que has sacrificado a tu hermano por tu envidia y codicia?

Sintió que algo húmedo le azotaba la cara: Benedicto le había arrojado el contenido de su copa. El vino hizo asomar lágrimas a sus ojos y las gotas que le entraron con violencia por la boca la atragantaron y la hicieron toser.

—Llévalo a la mazmorra —ordenó Benedicto.

—¡No! —Con un grito agudo, Juana se liberó de los guardias.

Tenía que llegar a donde estaba Sergio antes de que Benedicto pudiera prevenirlo contra ella. Corrió rápidamente por el pasillo hacia el triclinio.

—¡Detenedlo! —gritó Benedicto.

Los pasos de los guardias sonaban a sus espaldas. Juana torció por un pasillo lateral y corrió desesperadamente hacia las luces brillantes del triclinio.

Estaba a pocos pasos de él cuando la alcanzaron y al cogerla la hicieron rodar por el suelo. Luchó por levantarse, pero los guardias le paralizaron brazos y piernas. Sin amparo, la alzaron y se la llevaron.

La transportaron por pasillos que no conocía y escaleras que descendían en ángulo tan acentuado y por tanto tiempo que Juana se preguntaba si terminarían alguna vez. Finalmente, los guardias la soltaron ante una pesada puerta de placas de roble y cerrojo de hierro. Levantaron el cerrojo y abrieron la puerta con un crujido; pusieron a Juana de pie y la empujaron dentro. Tropezó en la oscuridad y sintió agua en los pies. La puerta se cerró a sus espaldas y la oscuridad se hizo absoluta.

Los pasos de los guardias se alejaron. Juana estiró los brazos, tanteando en la oscuridad. Buscó su bolsa; no habían pensado en quitársela, lo cual era al menos algo bueno. Metió una mano y tocó los distintos sobres y frascos, reconociendo cada uno por su forma y tamaño. Al fin encontró lo que estaba buscando: la caja que contenía su pedernal, la yesca y el pequeño cabo de vela que usaba para calentar sus pociones. Sacó el pedernal y lo frotó con fuerza contra la caja metálica, arrancando chispas con las que encendió la paja seca que llevaba en la caja. En un momento brotó la llama. Inclino la vela hasta que el pábilo cogió la llama y empezó a proyectar a su alrededor un círculo suave.

La luz temblaba en la oscuridad revelando formas y contornos. El calabozo era grande, de unos diez metros de largo por dos y medio de ancho. Las paredes eran

de piedras grandes, oscurecidas por el tiempo. Por lo escurridizo del suelo, Juana supuso que también era de piedra, aunque resultaba imposible asegurarse, ya que estaba cubierto con varios centímetros de pegajosa agua estancada.

Alzó más la vela ampliando el círculo de luz. En un rincón apareció una forma clara, una forma humana, insustancial como un fantasma.

«No estoy sola». Sintió alivio, seguido inmediatamente por temor. Después de todo, era un sitio de castigo. Aquel hombre podía ser un loco o un criminal... o ambas cosas.

—*Dominus tecum* —dijo. El hombre no respondió. Juana repitió el saludo en lengua vulgar y añadió—: Soy Juan Ánglico, sacerdote y médico. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, hermano?

El hombre estaba sentado contra la pared con los brazos a los lados y las piernas extendidas y abiertas. Juana se acercó. La luz de la vela dio en la cara del hombre... pero no era una cara, sino una calavera, una horrible máscara de la muerte cubierta con jirones de carne podrida.

Con un grito, Juana se volvió y corrió chapoteando hacia la puerta. Golpeó las pesadas tablas de roble.

—¡Dejarme salir! —Llamó hasta despellejarse los nudillos.

No respondió nadie. No iría nadie. La dejarían morir allí en la oscuridad.

Se abrazó a sí misma y apretó con fuerza tratando de detener el temblor. Poco a poco, las olas de terror y desesperación empezaron a bajar. A medida que lo hacían otro sentimiento subía dentro de ella: una tenaz decisión de sobrevivir, de presentar batalla contra la injusticia que la había llevado a aquel sitio. Su mente, temporalmente embotada por el miedo, empezaba a razonar de nuevo. «No debo perder la esperanza —pensó con determinación—. Sergio no me dejará para siempre en esta mazmorra. Se enfadará al principio cuando oiga la versión de Benedicto de lo de Marioza, pero en unos pocos días se calmará y mandará a buscarme. Todo lo que tengo que hacer es aguantar hasta entonces».

Hizo un recorrido meticuloso por el calabozo. Encontró los restos de otros tres prisioneros, pero esta vez estaba preparada y no eran tan horribles como el primero porque sus huesos hacía mucho que habían sido enteramente limpiados de carne. Su exploración también le permitió hacer un descubrimiento importante: un lado del calabozo era más alto que el otro; del lado alto, el agua terminaba antes de la pared, dejando una larga franja de suelo seco. Contra la pared había un manto de lana agujereado, pero aun así era una útil protección contra el frío penetrante de aquella cámara subterránea. En otro rincón hizo otro hallazgo: un jergón de paja flotando en el agua. Era grueso y bien hecho, y tan espeso que el agua no lo había atravesado, de modo que la parte superior seguía seca. Lo arrastró hacia el lado alto y se sentó sobre él poniendo la vela a su lado. Abrió la bolsa y sacó eléboro, un veneno en forma de polvo negro. Con él dibujó un amplio círculo a su alrededor para impedir que entraran ratas e insectos. Sacó un sobre con corteza de roble en polvo y otro con salvia seca. Los machacó y disolvió en un pequeño frasco de vino mezclado con miel. Inclinando cuidadosamente el precioso líquido tomó un largo trago para fortalecerse contra los humores nocivos del lugar. Se acostó en el jergón, apagó la vela y se cubrió con el manto agujereado.

Se quedó inmóvil en la oscuridad. Había hecho todo lo que podía hacer por el momento. Tenía que descansar y conservar las fuerzas hasta que Sergio mandara a buscarla.

Veintiuno

Era la festividad de la Ascensión y el servicio del día se llevaría a cabo en la iglesia titular de Santa Prassede. Aunque el sol acababa de salir, ya se habían reunido espectadores, dando vida a las calles que rodeaban el *Patriarchium* con movimiento, color y voces.

Pronto se abrieron las grandes puertas de bronce del palacio. Los primeros en aparecer fueron los acólitos y los monjes de las órdenes menores, marchando humildemente a pie. Los seguía un grupo de guardias a caballo, con sus miradas agudas observando a la multitud en busca de posibles agitadores. Detrás de ellos iban, también a caballo, los siete diáconos y los siete notarios regionales, cada uno precedido por un clérigo que portaba un estandarte con los símbolos de su región eclesiástica. Seguían el arcipreste y el *primicerius* de los defensores, seguidos por sus hermanos. Por último apareció el papa Sergio, magníficamente ataviado con una túnica de oro y plata, montado en una alta yegua roana cubierta de seda blanca. Inmediatamente detrás venían los optimates, los principales dignatarios de la administración papal, en orden de importancia: Arighis, el *vicedominus*, marchaba en cabeza, y tras él el *vestiarius*, el *sacellarius*, el *arcarius* y el *nomenclator*.

La larga procesión cruzó el espacio abierto del patio de Letrán y avanzó con majestuosa dignidad, pasando la gran estatua broncea de la loba, *mater romanorum*, que según los antiguos había amamantado a Rómulo y Remo. La estatua había ocasionado considerable controversia porque había quienes decían que era blasfemo que un testimonio de la idolatría pagana siguiera en pie ante los muros del palacio papal, mientras que otros la defendían con igual pasión, elogiando su belleza y la excelencia de su trabajo.

Inmediatamente después de la loba, la procesión giró hacia el norte, pasando ante el gran arco del acueducto de Claudio, con sus muros de ladrillo realizados con elegancia, y tomaron la antigua Vía Sacra, el camino sagrado que los papas habían pisado desde tiempo inmemorial.

Sergio parpadeó molesto por los fuertes rayos del sol. Le dolía la cabeza y el balanceo rítmico de su caballo lo estaba mareando; se aferró a las riendas para no caerse. «Éste es el precio que pago por mi glotonería», pensó con arrepentimiento. Había vuelto a pecar atiborrándose de buenas comidas y vinos. Pese a su debilidad, resolvió, por vigésima vez en aquella semana, enmendarse.

Con un estremecimiento de pesar pensó en Juan Anglico. Se había sentido mucho mejor cuando lo atendía el cura extranjero. Pero, por supuesto, no podía ni pensar siquiera en hacerlo volver a su lado después de lo que había hecho: Juan Anglico era un detestable pecador, un cura que había quebrantado el más sagrado de sus votos.

—¡Dios bendiga al papa!

Las aclamaciones de la multitud lo devolvieron al presente. Hizo una señal de la cruz bendiciendo a la gente mientras combatía interiormente con sus náuseas; la procesión seguía con solemne dignidad por la estrecha Vía Sacra.

Acababan de pasar el monasterio de Honorio cuando la multitud se dispersó

en repentina confusión, espantada por un hombre a caballo que corrió hacia ellos. Caballo y jinete se habían esforzado mucho: la boca del animal estaba llena de espuma y los flancos le palpitaban. El jinete, por su parte, tenía la ropa rasgada y la cara ennegrecida como un sarraceno con el barro del camino. Tiró de las riendas y saltó a tierra frente a la procesión.

—¿Cómo te atreves a interrumpir esta sagrada procesión? —le preguntó indignado Eustaquio, el arcipreste—. Guardias, desnuda a este hombre y azotadlo. Cincuenta azotes le enseñarán a respetar.

—Él... viene... —El hombre estaba tan sin aliento que las palabras apenas si se entendían.

—Esperad —dijo Sergio a los guardias—. ¿Quién viene?

—Lotario —jadeó el hombre.

—¿El emperador? —preguntó Sergio, atónito.

El hombre asintió con la cabeza.

—Viene a la cabeza de un gran ejército de francos. Santidad, ha jurado una venganza sanguinaria contra vos y esta ciudad por la ofensa que se le ha hecho.

Un murmullo de horror empezó a escucharse entre la multitud.

—¿La ofensa? —Por un momento Sergio no pudo entender de qué se trataba. Hasta que lo recordó—: ¡La consagración!

Después de la elección de Sergio, la ciudad había seguido adelante con la ceremonia de consagración sin esperar la aprobación del emperador. Esto era un manifiesto rechazo de la carta del año 824, que daba a Lotario el derecho de la *jussio* imperial, o ratificación de un papa electo antes de la consagración. No obstante, la iniciativa había recibido una generalizada aprobación porque el pueblo la vio como una orgullosa afirmación de la independencia de Roma de la distante corona franca. Era un claro y deliberado desafío a Lotario, pero como la *jussio* era más simbólica que real (pues ningún emperador había dejado nunca de confirmar a un papa electo), nadie creyó que Lotario fuera a hacer nada al respecto.

—¿Dónde está el emperador? —La voz de Sergio era un susurro seco.

—En Viterbo, santidad.

Se alzaron gritos de alarma. Viterbo era parte de la campiña romana y estaba a menos de diez días de marcha.

—Mi señor, el emperador es un castigo sobre la tierra. —La lengua del hombre se había soltado tras haber recuperado el aliento—. Sus soldados dejan un desierto a su paso, destruyen las granjas, se llevan el ganado, arrancan las vides de raíz. Cogen lo que quieren y lo que no quieren lo queman. A los que se interponen en su camino los matan sin piedad; mujeres, ancianos, niños, no perdonan a nadie. El horror... —Su voz se quebró—. El horror de eso no puede imaginarse.

Aterrorizados y vacilantes los presentes miraron a su papa. Pero no encontraron ningún consuelo en lo que vieron. Ante los atónitos romanos, la cara de Sergio se relajó, sus ojos se volvieron hacia arriba, y cayó sin sentido sobre su caballo.

—¡Oh, está muerto!

El grito de lamentación encontró su eco en una docena de voces. La guardia papal se acercó a rodear a Sergio; lo bajaron del caballo y lo llevaron cargándolo al *Patriarchium*. El resto de la procesión los seguía de prisa.

La multitud asustada llenaba el patio del palacio, amenazando con desencadenar un peligroso caos. Los guardias cabalaron entre ellos con látigos y con las espadas desenvainadas, expulsándolos por las calles estrechas y oscuras al solitario terror de sus casas.

La alarma y la agitación crecían a medida que los refugiados llegaban a las puertas de la ciudad desde el campo vecino, de Farfa y Narni, Laurentum y Civitavecchia. Llegaban en grupos grandes, cargando a las espaldas sus posesiones y con sus muertos amontonados en carros. Todos contaban relatos similares de la destrucción y el salvajismo de los francos. Estos terroríficos relatos alentaron los esfuerzos de la ciudad por fortificar sus defensas: día y noche, los romanos trabajaron sin descanso para limpiar las capas de basura que se habían acumulado contra los muros de la ciudad con el correr de los siglos y que facilitarían al enemigo la tarea de preparar por ellos.

Los curas de la ciudad estaban ocupados de la prima a las vísperas diciendo misa y escuchando confesiones. Las iglesias se llenaban a reventar, los feligreses aumentaban en número porque el temor había vuelto a despertar la fe en muchos cristianos vacilantes. Encendían cirios con piedad y elevaban sus voces en la plegaria por la salvación de sus casas y familias... y por la recuperación del enfermo Sergio, de quien dependían sus esperanzas. «Que la fuerza de Dios esté con nuestro papa», rezaban, porque seguramente el papa necesitaría mucha fortaleza para salvar a Roma del demonio Lotario.

La voz de Sergio subía y bajaba en las melodías fluidas del canto romano, más sincero y dulce que el de cualquiera de los otros chicos en la *schola cantorum*. El maestro de canto le sonreía con aprobación. Alentado, Sergio cantaba más alto y su joven voz de soprano subía y subía en un éxtasis de felicidad hasta que parecía como si fuera a elevarlo hasta el mismo cielo...

El sueño se desvaneció y Sergio se despertó. El miedo, vago y sin definición, acechaba en los bordes de su conciencia, poniendo en marcha su corazón antes de que pudiera entender por qué.

Con una sacudida, recordó.

Lotario.

Se sentó. La cabeza le latía y tenía un gusto amargo en la boca.

—¡Celestino! —Tenía la voz quebrada como una bisagra enmohecida.

—¡Santidad!

Celestino se levantó adormecido del suelo. Las suaves mejillas rosadas y los redondos ojos de niño bajo el pelo rubio enmarañado le daban el aire de un ángel celestial. Con sus diez años, era el más joven ayuda de cámara; el padre de Celestino era un hombre de gran influencia en la ciudad; por eso él había entrado en Letrán antes que muchos otros. «En fin —pensó Sergio—, no es más joven que yo cuando me llevaron de la casa de mis padres».

—Trae a Benedicto —le ordenó—. Quiero hablar con él.

Celestino asintió con la cabeza y salió ahogando un bostezo. Uno de los criados de cocina entró con un plato de pan y tocino. Se suponía que Sergio debía ayunar hasta celebrar la misa, porque las manos que tocaban los dones eucarísticos tenían que estar libres de toda mancha mundana. Pero en privado se hacía poco caso

de estas sutilezas formales... especialmente con un papa tan sensible a la gula.

Aquella mañana, sin embargo, el olor del tocino revolvió el estómago de Sergio. Apartó la bandeja.

—Llévatela.

Entró un notario y anunció:

—Su gracia el arcipreste os espera en el triclinio.

—Que espere —respondió Sergio en tono cortante—. Antes hablaré con mi hermano.

El sentido común de Benedicto en aquella crisis había fallado. Había sido idea suya coger dinero del tesoro papal para sobornar a Lotario. Cincuenta mil sueldos de oro serían suficientes para aplacar el orgullo herido hasta de un emperador.

Celestino volvió, acompañado no de Benedicto sino de Arighis, el *vicedominus*.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Sergio.

—Se ha ido, santidad —replicó Arighis.

—¿Ido?

—Ivo, el portero, lo vio salir antes del alba con una docena de asistentes. Pensamos que vos lo sabáis.

Una ola de bilis bañó la garganta de Sergio.

—¿Y el dinero?

—Benedicto lo recogió anoche. Eran once cofres en total. Los llevaba consigo cuando salió.

—¡No! —Pero mientras los labios de Sergio formaban la negación ya sabía que era verdad. Benedicto lo había traicionado.

Se sentía impotente. Lotario entraría y no habría nada, nada que Sergio pudiera hacer para detenerlo.

Se dobló por el mareo. Se inclinó sobre el lado de la cama y devolvió el contenido de su estómago sobre el suelo. Trató de levantarse pero no pudo; sentía un dolor punzante en las piernas que lo inmovilizaba. Celestino y Arighis corrieron a ayudarlo y lo hicieron acostar. Volviendo la cara hacia la almohada, Sergio lloró sin disimulo, como un niño.

Arighis se volvió hacia Celestino.

—Quédate con él. Iré a las mazmorras.

Juana miró el plato de comida que tenía ante sí. Había un pequeño mendrugo de pan duro y unos trozos grises de carne agusanada; el olor a podrido subía hasta su nariz. Hacía varios días que no comía porque los guardias, ya por descuido, ya deliberadamente, no le llevaban comida de forma regular. Miraba la carne y el hambre combatía con el juicio. Al final puso a un lado el plato. Cogió el mendrugo de pan y mordió una punta, masticando lentamente para hacerlo durar más.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Dos semanas? ¿Tres? Había empezado a perder la cuenta. La perpetua tiniebla la desorientaba. Había usado con economía su cabo de vela, sólo para comer o preparar medicamentos que sacaba de su bolsa. Aun así, ya se había reducido a un pequeño residuo de cera que no serviría para darle más de otra hora, o dos como máximo, de preciosa luz.

Pero más terrible aún que la oscuridad era la soledad. El silencio absoluto y sin interrupciones era irritante. Para mantenerse alerta se imponía una serie de tareas

mentales: recitar de memoria toda la regla de san Benito, los ciento cincuenta salmos, y el Libro de los Actos. Pero aquellas hazañas de la memoria no tardaron en volverse demasiado rutinarias para mantener despierta su atención.

Recordaba cómo el gran teólogo Boecio, prisionero igual que ella, había encontrado fortaleza y consuelo en la plegaria. Pasaba horas arrodillada en el frío suelo de piedra de la mazmorra tratando de rezar. Pero en el centro mismo de su ser sentía el vacío. La semilla de la duda, plantada en su infancia por su madre, había echado raíces en su alma. Trató de arrancarla como una maleza para poder elevarse hacia la luz benéfica de la gracia divina, pero no podía. ¿Dios estaría escuchando? ¿Estaría ahí al menos? Cuando pasaron los días y no hubo noticias de Sergio, toda su esperanza empezó a apagarse.

De pronto la sobresaltó el pesado sonido del cerrojo de metal. Un instante después la puerta se abrió de par en par, dejando entrar una luz cegadora en la tiniebla. Protegiéndose los ojos contra el resplandor, Juana miró hacia la abertura. Vio dibujada la silueta de un hombre contra la luz.

—¿Juan Ángelico? —preguntó el hombre sin verla.

La voz le resultó conocida.

—¡Arighis! —Juana se sintió mareada al levantarse y dar unos pasos en el agua hacia el *vicedominus* papal—. ¿Te envía Sergio?

Arighis negó con la cabeza.

—Su santidad no desea verte.

—¿Entonces por qué...?

—Está gravemente enfermo. Una vez le diste una medicina que lo ayudó; ¿la tienes contigo?

—La tengo. —Juana sacó de la bolsa un sobre de polvo de cólquico.

Arighis quiso cogerlo, pero Juana retiró la mano.

—¿Qué? —dijo Arighis—. ¿Tanto lo odias? Cuidado, Juan Ángelico, desear el mal al vicario de Cristo equivale a poner en el más grave peligro tu alma inmortal.

—No lo odio —dijo Juana, y lo decía en serio. Estaba convencida de que Sergio no era malo, sino sólo débil y dominado por su sobornable hermano—. Pero no le daré esta medicina a quien no sepa administrarla. Sus poderes son muy grandes y una dosis mal medida podría ser letal. —Esto no era del todo cierto porque la raíz en polvo no era tan potente; se necesitaría una dosis muy grande para hacer daño. Pero era su ocasión de recobrar la libertad; no permitiría que aquella puerta volviera a cerrarse— Además —añadió—, ¿cómo sé que Sergio está sufriendo del mismo mal que antes? Para curarlo tengo que verlo.

Arighis vaciló. Liberar al prisionero sería un acto de insubordinación, una desobediencia directa a las órdenes del papa. Pero si Sergio moría con el emperador franco en las puertas de la ciudad, el papado y Roma misma podían desaparecer.

—Ven —dijo, tomando de repente una decisión—. Te llevaré ante él.

Sergio yacía sobre los blandos almohadones forrados en seda de la cama papal. Lo peor del dolor había pasado, pero lo había dejado agotado y débil como un gatito recién nacido.

Se abrió la puerta de la cámara y entró Arighis, seguido por Juan Ángelico. Sergio reaccionó con violencia al verla.

—¿Qué está haciendo aquí este pecador?

—Viene con una poderosa medicina —dijo Arighis— que os devolverá la salud.

Sergio negó con la cabeza.

—Toda cura genuina viene de Dios. Su gracia curativa no será transmitida a través de un medio tan impuro.

—No soy impuro —protestó Juana—. Benedicto os mintió, santidad.

—Estabas en la cama de una puta —respondió Sergio en tono acusador—. Los guardias te vieron.

—Vieron lo que esperaban ver, lo que les habían dicho que vieran —replicó Juana. Explicó rápidamente cómo Benedicto había preparado la trampa—. Yo no quería ir —dijo—, pero Arighis insistió.

—Es cierto, santidad —confirmó Arighis—. Juan Ángelico preguntó si no era posible enviar a otro médico. Pero Benedicto insistió en que fuera él y no otro.

Durante largo rato, Sergio no habló. Al fin dijo con voz débil:

—Si eso es cierto se te ha hecho una grave ofensa. —Su angustia estalló—: ¡La llegada de Lotario es el justo castigo de Dios por todos mis pecados!

—Si Dios quisiera castigaros dispone de modos más fáciles de hacerlo —señaló Juana—. ¿Por qué sacrificar las vidas de miles de inocentes cuando podría borrarlos de un simple golpe?

El razonamiento cogió a Sergio por sorpresa. Con el habitual egocentrismo de los poderosos no se le había ocurrido aquella idea.

—La llegada de Lotario no es un castigo —insistió Juana—: es una prueba. Una prueba de fe. Debéis conducir al pueblo con la fuerza de vuestro ejemplo.

—Estoy enfermo en cuerpo y alma. Déjame morir.

—Si lo hacéis, la voluntad del pueblo morirá con vos. Debéis ser fuerte, por ellos.

—¿Qué diferencia hay? —dijo Sergio con tono desesperanzado—. No podemos hacer frente a las fuerzas de Lotario; se necesitaría un milagro.

—Entonces —dijo Juana con firmeza— tendremos que hacer un milagro.

El día siguiente al domingo de Pentecostés, fecha en que se esperaba la llegada de Lotario, la plaza situada frente a la basílica de San Pedro empezó a llenarse de miembros de las distintas escuelas de la ciudad, vestidos con sus mejores galas. Lotario no había hecho una declaración formal de hostilidades, de modo que el plan era hacerle la recepción debida a un personaje de su elevada posición. La inesperada bienvenida podía desarmarlo el tiempo suficiente para que pudiera ponerse en práctica la segunda parte del plan de Juana.

A media mañana todo estaba listo. Sergio dio la señal y el primer grupo, los *judices*, puso sus caballos al paso, con los estandartes amarillos con sus emblemas flotando sobre ellos. Detrás venían los defensores y los diáconos; atrás, a pie, las distintas escuelas de extranjeros: frisios, francos, sajones, lombardos y griegos. Se alentaban a sí mismos con cantos cuando recorrían la Vía Triunfal, entre los esqueletos en ruinas de templos paganos alineados a la vera del antiguo camino.

«No permita Dios que marchen hacia su muerte», pensó Juana. Volvió su atención a Sergio. Había mejorado mucho en los últimos días, pero estaba lejos de

encontrarse bien. ¿Tendría el vigor necesario para soportar el tormento de la jornada? Juana habló con un chambelán, que llevaba una silla en la que Sergio se hundió con gesto de alivio. Juana le ofreció agua de limón mezclada con miel para darle fuerzas.

Cincuenta de los hombres más poderosos de Roma se habían reunido en el ancho pórtico que se alzaba ante las puertas de la basílica: todos los funcionarios principales de la administración de Letrán, un selecto grupo de cardenales, los duques y príncipes de la ciudad y sus cortejos. El arzobispo Eustaquio dirigió una breve plegaria y luego se hizo el silencio. No quedaba más que esperar.

Con rostros tensos mantenían los ojos fijos en la curva de la calle, más allá de los setos verdes de la explanada de Nerón.

El tiempo pasaba con insostenible lentitud. El sol ascendía en un cielo sin nubes. La brisa matutina disminuyó y luego cesó del todo, dejando que las banderas colgaran flácidas contra los mástiles. Enjambres de moscas giraban sobre sus cabezas y su irritante zumbido sonaba con fuerza en el silencio de la espera.

Habían pasado más de dos horas desde que había partido la procesión. Ya tendrían que haber vuelto.

De pronto, hubo un ruido apenas perceptible en la distancia. Escucharon. El ruido subió, sostenido e inconfundible: eran voces distantes entonando un canto.

—*Deo gratias*— susurró Eustaquio cuando los estandartes aparecieron sobre el horizonte verde como velas amarillas sobre el mar.

Instantes después aparecían los primeros jinetes, seguidos por miembros de las diversas escuelas, a pie. Detrás de ellos marchaba una oscura multitud que se extendía hasta más allá del horizonte: el ejército de Lotario. Juana contuvo el aliento; nunca había visto tantos hombres juntos.

Sergio se levantó apoyándose en su báculo. La vanguardia de la procesión se abrió en dos alas al llegar a la basílica, formando un corredor por el que pudiera pasar el emperador.

Apareció Lotario a caballo. Al mirarlo, Juana entendió los relatos de bárbara crueldad que lo habían precedido. Tenía un cuerpo sólido, coronado por un cuello grueso y una gran cabeza; su cara ancha y chata, de ojos saltones, tenía un aire de malévola inteligencia.

Los dos grupos quedaron enfrentados, uno oscuro y embarrado por los rigores del camino, el otro inmaculado y brillante en sus blancas ropas clericales. Detrás de Sergio, el tejado de San Pedro se veía incandescente, con sus tejas de plata brillando en la luz de la mañana: el corazón espiritual de la Iglesia, el faro del mundo, el santuario más venerable de toda la cristiandad. Ante tanta grandeza, hasta los emperadores habían inclinado la cabeza.

Lotario desmontó, pero no se arrodilló para besar el primer escalón de la basílica, según el habitual gesto de reverencia. Subió resueltamente la escalinata, seguido por un grupo de hombres armados. Los prelados reunidos ante las puertas abiertas de la basílica retrocedieron alarmados. Los guardias papales rodearon a Sergio en gesto de protección con las manos en las empuñaduras de sus espadas.

De pronto, las puertas abiertas de San Pedro se movieron. Lotario dio un paso atrás. Sus hombres sacaron las espadas y quedaron desconcertados mirando de un lado a otro. Pero no había nadie cerca. Las puertas se movieron lentamente sobre sus

bisagras como si las empujara una fuerza sobrenatural. Hasta que se cerraron con un ruido seco.

«Ahora». Juana le indicó a Sergio que era el momento de entrar en acción. Como si hubiera oído su orden silenciosa, el papa se adelantó, alzando los brazos en un gesto teatral. Nadie habría reconocido al hombre débil y enfermo de hacía unos días; con su blanco *camelaucum* y su túnica dorada se le veía imponente, dominante.

Habló en lengua franca para asegurarse de que los soldados de Lotario lo entendieran.

—La mano de Dios —dijo solemnemente— ha cerrado para vosotros el más sagrado de sus altares.

Los hombres de Lotario soltaron gritos de temor. El emperador seguía inmóvil, desconcertado.

Sergio pasó al latín.

—*Si pura mente et pro salute Reipublicae huc advenisti...* «Si has venido con sana intención y por el bien de la república, entra y sé bienvenido; si no, no hay poder terrenal que te abra estas puertas».

Lotario vaciló, todavía desconfiado. ¿Sergio habría hecho un milagro? Lo dudaba, pero no podía asegurarlo: los caminos de Dios eran misteriosos. Además, su propia posición se había debilitado considerablemente porque sus hombres estaban cayendo de rodillas aterrorizados y soltaban las espadas.

Con una sonrisa forzada Lotario le abrió los brazos a Sergio. Los dos hombres se estrecharon y sus labios se encontraron en un beso formal de paz.

—*Benedictus qui venit in nomine Domine* —dijo el coro. «Bendito el que viene en nombre del Señor».

Las puertas volvieron a ponerse en movimiento. Bajo la mirada atónita de todos, los paneles recubiertos en plata volvieron a abrirse hasta quedar como antes. Cogidos del brazo, con los sonidos triunfales del *Hosanna* resonando en sus oídos, Sergio y Lotario entraron en la basílica a rezar ante el trono del apóstol.

Las dificultades con Lotario no habían terminado: aún había que ofrecer explicaciones, dar disculpas, negociar ventajas, hacer concesiones. Pero el peligro inmediato había pasado.

Juana pensó en Geroldo y en cuánto se habría reído si la hubiera visto usar el truco hidráulico de la puerta. Lo imaginó con los ojos azules encendidos por la broma, la cabeza echada hacia atrás con la risa generosa que ella tan bien recordaba.

Eran extraños los caminos del corazón. Uno podía pasar años habituado a una pérdida, resignado, y después, con un pensamiento casual, el dolor volvía a la superficie, agudo y desnudo como una herida reciente.

Veintidós

Geroldo suspiró con alivio cuando sus hombres descendieron por la ladera final del monte Cenis. Con los Alpes a sus espaldas, lo peor del viaje quedaba atrás. Adelante se extendía la Vía Franca, lisa y bien mantenida ya que aún conservaba su antiguo pavimento de piedra, colocado por los romanos en una época anterior a cualquier recuerdo.

Puso su caballo a medio trote. Quizás ahora podrían recuperar el tiempo perdido. Una nevada tardía había vuelto extremadamente peligroso el paso alpino; dos hombres habían muerto cuando sus monturas perdieron pie en el suelo resbaladizo y el abismo se tragó a caballos y jinetes. Geroldo se había visto obligado a ordenar un alto hasta que las condiciones mejoraran; la parada los retrasó más todavía de la vanguardia del ejército imperial, que ya debía de estar acercándose a Roma.

No importaba; Lotario no los echaría de menos. Aquella división de retaguardia estaba formada sólo por doscientos hombres, nobles menores y pequeños propietarios que habían llegado tarde a la leva primaveral en el Marchfeld. Era un cargo insultante para un hombre de la categoría de Geroldo.

En los tres años transcurridos desde la batalla de Fontenoy la relación de Geroldo con el emperador había ido de mal en peor. Lotario se había ido haciendo más y más despótico, rodeándose de aduladores que no hacían más que darle la razón. No tenía la menor tolerancia con hombres como Geroldo, que seguían expresando sus opiniones sinceramente; por ejemplo, cuando habló en contra de aquella campaña contra Roma.

—Nuestras tropas son necesarias en la costa frisia —dijo Geroldo—, para defenderla contra los hombres del norte. Sus incursiones se están volviendo más y más frecuentes y más destructivas.

Era cierto. El año anterior, los hombres del norte habían atacado Saint Wandrille y Utrecht; y antes, en la primavera, habían navegado con arrogancia por el Sena y habían quemado París. Esto había producido una oleada de temor en todo el país. Si una ciudad tan grande como París, en el corazón mismo del imperio, no estaba a salvo de los bárbaros, entonces nada lo estaba.

Pero la atención de Lotario estaba dirigida a Roma, que se había atrevido a efectuar la consagración del papa Sergio sin pedir antes la aprobación de su soberano, una omisión que él tomaba como una afrenta personal.

—Enviad una embajada a Sergio que le haga saber de vuestro real disgusto —aconsejó Geroldo—. Castigad a los romanos reteniendo el pago de la *Rome-feoh*. Pero conservemos a nuestros guerreros aquí, donde son necesarios.

Lotario se había enfurecido por aquel desafío a su autoridad. En castigo había asignado a Geroldo el mando de la división de retaguardia.

Avanzaban rápido por el camino pavimentado y cubrieron casi sesenta y cinco kilómetros antes del ocaso, pero no pasaron por una sola ciudad o aldea. Geroldo ya se había resignado a pasar otra noche sin descanso a la orilla del camino, cuando vio una espiral de humo haciendo lentos círculos sobre las copas de los

árboles.

¡Deo gratias! Había una aldea delante, o al menos una población de alguna clase. Geroldo y sus hombres tenían asegurada una cómoda noche de sueño. No habían entrado todavía en las tierras papales; el reino de Lombardía, a través del cual marchaban, era territorio imperial y la hospitalidad requería que los viajeros fueran acogidos, si no en camas en la casa, al menos en blandos jergones de paja seca en un establo.

Tras la curva del camino vieron que el humo no surgía de un hogar que les diera la bienvenida, sino de los restos todavía encendidos de casas quemadas hasta los cimientos. Debía de haber sido una aldea próspera; Geroldo pudo ver los ennegrecidos restos de unas quince casas. El incendio probablemente se había iniciado por una chispa proveniente de una lámpara u hogar mal cuidados; aquellas calamidades no eran infrecuentes donde las casas se construían de madera y paja.

Al pasar frente a los restos carbonizados Geroldo recordó a Villarís. Lo que tenía ante los ojos se parecía mucho a lo que había visto aquel lejano día cuando lo encontró quemado por los hombres del norte. Recordó haber cavado entre los escombros en busca de Juana, buscando y a la vez temeroso de encontrarla. Era asombroso... Habían pasado quince años desde la última vez que la había visto, pero su imagen seguía clavada en su cabeza como si fuera el día anterior; el cabello rubio muy claro que se rizaba sobre la frente, la voz ronca, los ojos verdigrises que miraban con más sabiduría que la que correspondía a su edad.

Apartó a la fuerza aquella imagen. Había cosas que eran demasiado dolorosas para detenerse en ellas.

Un kilómetro y medio más allá de las ruinas de la aldea, en la encrucijada donde convergían dos caminos, había una mujer y cinco niños harapientos pidiendo limosna. Cuando Geroldo y sus hombres se aproximaron la pequeña familia se echó atrás con miedo.

—Tranquilízate, buena madre —la calmó Geroldo—. No tenemos malas intenciones.

—¿Tienes algo de comida, señor? —preguntó ella—. Para los niños.

Cuatro niños corrieron hacia Geroldo, extendiendo las manos en silenciosa petición, con la cara tensa y marcada por el hambre. El quinto, una bonita niña morena de unos trece años, se mantuvo junto a la madre.

Geroldo sacó de su mochila el cuadrado de cuero engrasado que contenía su ración de comida para los próximos días. Quedaba una hogaza de pan de buen tamaño, un trozo de queso y algo de carne salada. Empezó a cortar el pan por la mitad y entonces vio a los niños que lo miraban. «En fin —pensó mientras se lo daba todo—. Faltan unos pocos días para llegar a Roma, puedo arreglarme con las galletas que llevamos en el carro de las provisiones».

Con un grito de alegría los niños cayeron sobre la comida como una bandada de pájaros.

—¿Eres de la aldea? —preguntó Geroldo a la mujer, señalando las ruinas a sus espaldas.

La mujer asintió.

—Mi esposo es el molinero.

Geroldo ocultó su sorpresa. La harapienta figura que tenía ante él no parecía ser la esposa de un próspero molinero.

—¿Qué ha pasado?

—Hace tres días, después de la siembra de primavera, llegaron soldados. Hombres del emperador. Dijeron que debíamos jurar lealtad a Lotario o morir de inmediato por sus espadas. Así que, por supuesto, juramos.

Geroldo asintió. Las dudas de Lotario sobre aquella parte de la Lombardía no eran del todo injustificadas porque era una adición relativamente nueva al imperio, adquirida por el abuelo de Lotario, el gran emperador Carlomagno.

—Si hicisteis el juramento de lealtad —preguntó—, ¿por qué fue destruida vuestra aldea?

—No nos creyeron. Mentirosos, nos llamaron, y arrojaron antorchas encendidas a los tejados. Cuando tratamos de apagar los fuegos, nos apartaron con sus espadas. También quemaron nuestros depósitos de cereal, aunque les pedimos que no lo hicieran, por nuestros hijos. Se rieron y los llamaron crías de traidores, dijeron que merecían morir de hambre.

—¡Villanos! —exclamó Geroldo irritado.

Muchas veces había tratado de convencer a Lotario de que no podía ganarse la lealtad de sus súbditos con el uso de la fuerza sino con el imperio de la ley. Como siempre, sus palabras habían caído en oídos sordos.

—Se llevaron a todos nuestros hombres —continuó la mujer— salvo a los demasiado jóvenes o demasiado viejos. El emperador marchaba a Roma, dijeron, y necesitaban hombres para su infantería. —Empezó a llorar—. Se llevaron a mi marido y a dos de mis hijos... ¡El menor sólo tiene once años!

Geroldo gruñó. Las cosas habían llegado a un extremo insostenible para que Lotario necesitara niños para combatir por él.

—¿Qué significa eso, mi señor? —preguntó la mujer—. ¿Acaso el emperador va a hacer la guerra contra la Ciudad Santa?

—No lo sé.

Hasta aquel momento Geroldo había pensado que Lotario sólo se proponía intimidar al papa Sergio y a los romanos con una exhibición de fuerza. Pero la destrucción de aquella aldea era una señal amenazante; si se ponía tan destructivo, Lotario sería capaz de cualquier cosa.

—Ven, buena madre —dijo Geroldo—. Os llevaremos con nosotros hasta la próxima aldea. Éste no es un lugar seguro para ti y los niños.

Ella negó con la cabeza, enérgicamente.

—No me moveré de este sitio. ¿Cómo nos encontrarán si no mi esposo e hijos cuando vuelvan?

«Si vuelven», pensó Geroldo con tristeza. Le dijo a la niña morena:

—Dile a tu madre que venga con nosotros por el bien de los pequeños.

La niña miraba en silencio a Geroldo.

—No lo hace por falta de cortesía, señor —se disculpó la madre—. Respondería si pudiera, pero no puede hablar.

—¿No puede hablar? —preguntó Geroldo sorprendido.

La niña parecía sana y no tenía signos de ser retrasada.

—Le cortaron la lengua.

—¡Gran Dios! —El corte de la lengua era un castigo común para ladrones y otros delincuentes que no eran lo bastante rápidos para escapar del brazo de la ley. Pero aquella niña inocente no podía ser culpable de ningún crimen—. ¿Quién lo hizo? Seguramente no...

La mujer asintió.

—Los hombres de Lotario abusaron de ella y le cortaron la lengua para que no pudiera acusarlos.

Geroldo estaba atónito, aquellas atrocidades podían esperarse de paganos del norte, o de sarracenos, pero no de los soldados del emperador, defensores de la ley y la justicia cristianas.

Dio unas órdenes con brusquedad. Sus hombres fueron a los carros y cogieron un saco de galletas y un pequeño barril de vino que pusieron en tierra, junto a la pequeña familia.

—Dios te bendiga —dijo con sentimiento la esposa del molinero.

—Y a ti, buena madre —dijo Geroldo.

Siguieron adelante y pasaron por otras aldeas destruidas y desiertas. Lotario había dejado ruinas por donde había pasado.

Fidelis adjutor. Como espada fiel a la corona imperial, Geroldo estaba comprometido por su honor a servir al emperador con lealtad. Pero ¿qué honor había en servir a un bruto como Lotario? El modo en que el emperador dejaba a un lado la ley y todas las normas de la decencia humana lo liberaban de su obligación.

Conduciría aquella retaguardia del ejército imperial a Roma, como había prometido. Pero después, se dijo con firmeza, abandonaría para siempre el servicio del tiránico Lotario.

Al pasar Nepi el camino se deterioraba. La carretera sólida, lisa y firme, cedía el paso a un sendero estrecho y cubierto de grietas y agujeros. Los adoquines romanos habían desaparecido; se habían robado para levantar otros edificios porque un material de construcción tan resistente era escaso en aquellos tiempos oscuros. Geroldo podía leer las señales del paso de Lotario en la tierra negra, profundamente señalada por las huellas múltiples de carros y caballos. Debían tener un cuidado especial con los caballos para evitar que se lastimaran al dar un paso en falso.

Durante la noche, una pesada lluvia transformó el camino en un insuperable mar de lodo. En lugar de ordenar otro alto, Geroldo decidió cruzar por campo abierto y salir a la Vía Palestrina, que los llevaría directamente a Roma, entrando por la puerta oriental de San Juan.

Cabalaron rápidamente entre prados de genciana en flor, de olor dulce, y bosques en los que aparecían las hojas verdidoradas de la primavera. Al salir de una zona de arbustos muy densos se vieron de pronto frente a un grupo de hombres armados que escoltaba un pesado carro tirado por cuatro fuertes caballos.

—Salud. —Geroldo se dirigió al hombre que parecía ser su jefe, un sujeto moreno de ojos rasgados e hinchados—. ¿Puedes decirnos si por aquí se va a la Vía Palestrina?

—Así es —respondió el hombre en tono cortante.

Se volvió para seguir su camino.

—Si vais hacia la Vía Flaminia —dijo Geroldo—, no te lo aconsejo. El camino ha desaparecido por culpa de la lluvia: tu carro se hundirá hasta los ejes antes de que hayas dado diez pasos.

—No vamos para allá —dijo el hombre.

Aquello era curioso. Salvo la carretera mencionada, no había nada en aquella dirección más que el campo desierto.

—¿Adónde vais? —preguntó Geroldo.

—Te he dicho todo lo que necesitabas saber —respondió el hombre—. Sigue tu camino y deja hacer su trabajo a un honrado comerciante.

Ningún comerciante común se dirigiría de un modo tan altivo a un señor. En Geroldo se despertaron las sospechas.

—¿Con qué comercias? —preguntó yendo hacia el carro—. Quizá tengas algo que me interese comprar.

—¡No toques eso! —gritó el hombre.

Geroldo levantó una punta de la tela que cubría el carro para ver su contenido: una docena de cofres de bronce asegurados con pesados cerrojos de hierro, cada uno con la insignia papal.

«Son hombres del papa —pensó Geroldo—. Deben de haber sido enviados lejos de la ciudad para transportar el tesoro papal fuera del alcance de las garras de Lotario».

Consideró la idea de confiscar el tesoro y llevárselo de vuelta a Lotario. Pensó: «No. Que los romanos salven lo que puedan». El papa Sergio seguramente encontraría mejor uso para su dinero que el que podría darle Lotario, quien no lo emplearía más que en financiar nuevas campañas militares brutales y sangrientas.

Estaba a punto de seguir su viaje cuando uno de los romanos saltó de su caballo y se postró en el suelo.

—¡Piedad, señor! —gritó—. ¡Perdónanos! ¡No debemos morir con el peso de este gran crimen sobre nuestras almas!

—¿Crimen? —preguntó Geroldo.

—¡Cállate, imbécil!

El jefe espoleó el caballo y habría aplastado al otro si Geroldo no lo hubiera impedido con la espada desenvainada. De inmediato, los hombres de Geroldo sacaron las espadas y rodearon a los romanos; éstos, al ver que eran inferiores en número, mantuvieron una actitud prudente.

—¡Benedicto es el culpable! —gritó el hombre que yacía en el suelo, en un estallido de furia vengativa—. ¡Fue idea suya robar el dinero, no nuestra!

«¿Robar el dinero?».

El hombre llamado Benedicto habló tratando de aplacar las cosas.

—No tengo nada contra ti, señor, ni tienes por qué interesarte en nuestros pequeños problemas. Despidámonos en paz y en gesto de mi gratitud puedes quedarte con uno de esos cofres. —Sonrió con aire cómplice a Geroldo—. Hay oro suficiente para convertirte en un hombre rico.

La oferta y el modo de hacerla eliminaron cualquier duda que Geroldo pudiera haber tenido.

—Atadlo —ordenó—. Y a los otros. Los llevaremos, junto con los cofres, a

Roma con nosotros.

El triclinio brillaba con la luz de cien antorchas. Una legión de sirvientes se mantenía atenta detrás de la alta mesa a la que se sentaba el papa Sergio, flanqueado por los altos dignatarios de la ciudad: los sacerdotes de cada uno de los siete distritos de Roma a su izquierda; sus colegas temporales, los siete defensores, a la derecha. Situada en sentido perpendicular a aquella mesa e igual de grande, había otra en la que Lotario y su comitiva ocupaban el lugar de honor. Los demás comensales, en los doscientos hombres en total, estaban sentados en bancos de madera ante mesas largas en el centro del salón. Sobre las mesas se amontonaban platos, jarros, vasos y fuentes; los manteles ya lucían una incalculable cantidad de manchas.

No era ni miércoles ni viernes ni ningún otro día de ayuno, de modo que la comida no estaba limitada a pan y pescado sino que incluía carne y otras delicias. Incluso para la mesa de un papa era un festín extraordinario: había fuentes de capones cubiertos de salsa blanca y ornamentados con granadas y confituras rojas; cuencos de sopa llenos de trozos tiernos de conejo y perdiz en una crema espesa de la que salía un vapor aromático; cremas de langostino; lechones enteros brillantes de grasa; y enormes fuentes de carne asada: ciervo, corzo, paloma y pato. En el centro de la mesa de Lotario, un cisne entero asado se desplegaba como si estuviera vivo, el pico dorado y el cuerpo plateado descansaban sobre una masa de verduras artificioosamente dispuesta de modo que parecieran las olas del mar.

Sentada a una de las mesas en el centro del salón, Juana dirigía una mirada preocupada a aquel extravagante despliegue. Semejantes manjares podían tentar a Sergio a concederse una peligrosa autoindulgencia.

—¡Un brindis! —El conde de Mâcon se puso de pie, al lado de Lotario, y levantó su copa—: ¡Por la paz y la amistad entre nuestros dos pueblos cristianos!

—¡Por la paz y la amistad! —corearon todos y vaciaron sus copas.

Los criados se apresuraron a volver a llenarlas con vino.

Siguió una multitud de brindis. Cuando al fin no se les ocurrieron más objetos a los que rendir un tributo líquido comenzó el festín.

Juana veía con alarma que Sergio comía y bebía con alegre abandono. Sus ojos empezaron a hincharse, su habla a arrastrarse, su piel a oscurecerse de manera amenazadora. Debería darle una dosis fuerte de cólico aquella noche para prevenir un nuevo ataque de gota.

De pronto se abrieron las puertas del triclinio y entró un grupo de guardias. Esquivando los innumerables sirvientes que se deslizaban por todas partes llevando y trayendo fuentes, los guardias avanzaron rápidamente hasta el frente. Un súbito silencio cayó sobre la concurrencia y todos estiraron sus cuellos para ver el motivo de aquella extraordinaria intrusión. Al silencio le siguió un murmullo de sorpresa al ver al hombre que caminaba en medio de los guardias con las manos atadas y los ojos bajos: Benedicto.

Los círculos joviales de la cara de Sergio cayeron como globos pinchados.

—¡Tú! —exclamó.

Tarasio, el jefe de los guardias, dijo:

—Una tropa de francos lo encontró en el campo. Llevaba un tesoro con él.

Benedicto había tenido bastante tiempo, durante el regreso a Roma, para

considerar su situación. No podía negar que llevaba consigo el tesoro porque había sido atrapado con él en su poder. Ni se le ocurría ninguna excusa plausible para lo que había hecho, aunque se exprimió el cerebro intentándolo. Finalmente pensó que el mejor recurso era ponerse a merced de la compasión de su hermano. Sergio era tierno en el fondo, una debilidad que Benedicto despreciaba, aunque en aquel momento podía sacar provecho de ella.

Se arrodilló y alzó los brazos atados hacia su hermano.

—Perdóname, Sergio. He pecado y me arrepiento con toda humildad y sinceridad.

Pero Benedicto no había contado con los efectos del vino en el temperamento de su hermano. La cara de Sergio se puso de un rojo oscuro al tiempo que entraba en un ataque de furia.

—¡Traidor! —gritó—. ¡Villano! ¡Ladrón! —Acompañaba cada palabra con un violento puñetazo sobre la mesa, haciendo temblar las fuentes.

Benedicto palideció.

—Hermano, te pido...

—¡Llévao! —ordenó Sergio.

—¿Adónde debemos llevarlo, santidad? —preguntó Tarasio.

A Sergio le daba vueltas la cabeza; era difícil pensar. Todo lo que sabía era que había sido traicionado y quería devolver el golpe y herir donde había sido herido.

—¡Es un ladrón! —dijo con amargura— ¡Que sea castigado como un ladrón!

—¡No! —gritó Benedicto al tiempo que los guardias volvían a cogerlo por los brazos—. ¡Sergio! ¡Hermano! —La última palabra quedó resonando mientras lo arrastraban fuera.

La cara de Sergio perdió su color y se dejó caer en la silla. Echó la cabeza atrás, los ojos se giraron hacia arriba y los brazos y piernas empezaron a temblar de modo incontrolado.

—¡Es el mal de ojo! —gritó alguien— ¡Benedicto le echó un maleficio! —Todos gritaban consternados, persignándose contra la obra del demonio.

Juana corrió a lo largo de las mesas al lado de Sergio. Su cara se estaba poniendo azul. Le sostuvo la cabeza y le apartó las mandíbulas apretadas hasta abrirle la boca. Tenía la lengua plegada hacia atrás impidiendo el paso del aire. Empuñando un cuchillo de la mesa, Juana metió el mango en la boca de Sergio, deslizándolo dentro del pliegue que hacía la lengua. Tiró hacia fuera. Hubo un chasquido cuando la lengua se estiró. Sergio jadeó y empezó a respirar otra vez. Juana apretó suavemente hacia abajo con el cuchillo, manteniendo abierto el paso del aire. El ataque cedió. Con un gruñido sordo, Sergio cayó desmayado.

—Llévao a la cama —ordenó ella. Varios servidores alzaron a Sergio de la silla y lo llevaron hacia la puerta rodeados de los curiosos—: ¡Abrid paso! ¡Abrid paso! —gritaba Juana cuando sacaban al papa inconsciente del salón.

Cuando llegaron al dormitorio, Sergio estaba consciente. Juana le dio mostaza negra con genciana para hacerlo vomitar. Después de lo cual quedó notablemente mejor. Le administró una dosis fuerte de cólico, por seguridad, mezclándolo con unas gotas de jugo de amapola para que pudiera descansar.

—Dormiré hasta la mañana —le dijo a Arighis.

Arighis asintió.

—Pareces agotado.

—La verdad es que «estoy» cansado —admitió Juana.

Había sido una jornada larga y no se había recobrado del todo de sus semanas de confinamiento en el calabozo.

—Enodio y los demás de la sociedad de médicos están esperando fuera. Quieren interrogarte sobre esta recaída de su santidad.

Juana suspiró. No se sentía en condiciones de soportar un montón de preguntas hostiles, pero al parecer no tendría más remedio que hacerlo. Fue con pasos cansinos hacia la puerta.

—Un momento. —Arighis le indicó que lo siguiera.

En el extremo del cuarto movió uno de los tapices y empujó la pared, que se deslizó de lado, dejando ver una abertura de poco más de medio metro de ancho.

—¿Qué es eso? —Juana estaba sorprendida.

—Un pasaje secreto —explicó Arighis— Construido en los días de los emperadores paganos... por si necesitaban huir rápidamente de sus enemigos. Ahora conecta el dormitorio papal con la capilla privada de modo que el apostólico pueda ir a rezar en cualquier momento del día o la noche. Ven. —Cogió una lámpara y entró por el pasaje—. De este modo puedes evitar a la manada de chacales, al menos por esta noche.

A Juana la conmovió que Arighis le revelara aquel secreto: era una señal de la creciente confianza y respeto entre ellos. Bajaron por una escalera de caracol que terminaba contra una pared en la que había una palanca de madera. Arighis la bajó y la pared se movió hacia un lado, abriendo un pasaje. Juana se deslizó al otro lado y el *vicedominus* volvió a accionar la palanca. La abertura desapareció, sin dejar rastros de su existencia.

Se encontró detrás de una de las columnas de mármol al fondo de la capilla privada del papa, el sanctasanctorum. Sonaban unas voces cerca del altar. Eso era algo inesperado; no debía haber nadie allí a aquella hora de la noche.

—Ha pasado mucho tiempo, Anastasio —dijo una voz con un acento que reconoció de inmediato como la de Lotario.

Había llamado al otro Anastasio; debía de tratarse del obispo de Castellum. Los dos hombres, evidentemente, se habían retirado a la capilla para hablar en privado. No verían con buenos ojos a un intruso.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó Juana. Si trataba de deslizarse en silencio por la puerta de la capilla podían verla. Tampoco podía volver a la cámara papal; la palanca que controlaba el pasaje secreto estaba al otro lado de la pared. Tendría que quedarse escondida hasta que la reunión concluyera y ambos hombres se marcharan. Entonces podría salir de la capilla sin ser vista.

—Muy preocupante, el ataque de su santidad esta noche —dijo Lotario.

Anastasio respondió:

—El apostólico está muy enfermo. Podría no vivir más de un año.

—Una gran tragedia para la Iglesia.

—Muy grande —dijo Anastasio.

—Su sucesor debe ser un hombre de fuerza y visión —dijo Lotario—. Un

hombre que pueda apreciar mejor la... comprensión histórica entre nuestros dos pueblos.

—Debéis usar toda vuestra influencia, mi señor, para asegurarnos de que el próximo pontífice sea un hombre así.

—¿Quieres decir... un hombre como tú?

—¿Tenéis motivos para dudar de mí, señor? Supongo que el servicio que os presté en Colmar probó mi lealtad más allá de toda duda.

—Quizá. —Lotario no se comprometía—. Pero los tiempos cambian y con ellos los hombres. Ahora, mi señor obispo, tu lealtad volverá a ser puesta a prueba. ¿Apoyas el juramento o no?

—El pueblo se resistirá a juraros lealtad, mi señor, después de la devastación que vuestro ejército ha producido en el campo.

—Tu familia tiene el poder de cambiar eso —respondió Lotario—. Si tú y tu padre, Arsenio, pronunciáis el juramento los otros os seguirán.

—Lo que pedís es muy grande. Se necesitará algo grande como pago.

—Lo sé.

—Un juramento son sólo palabras. El pueblo necesita un papa que pueda conducirlo de vuelta a las viejas costumbres... al imperio franco y a vos, mi señor.

—No se me ocurre quién podría hacerlo mejor que tú, Anastasio. Haré todo lo que esté en mi poder para que seas el próximo papa.

Hubo una pausa. Anastasio dijo:

—El pueblo hará el juramento, señor. Yo me aseguraré de ello.

Juana sintió una oleada de ira. Lotario y Anastasio regateaban por el papado como un par de mercaderes en un bazar. A cambio de los privilegios del poder, Anastasio accedía a poner a los romanos bajo el yugo del emperador franco.

Llamaron a la puerta y entró un sirviente de Lotario.

—El conde ha llegado, mi señor.

—Que venga aquí. El obispo y yo hemos terminado nuestra conversación.

Entró un hombre vestido de soldado. Era alto y apuesto, con largo cabello rojo y ojos azules. Geroldo.

Veintitrés

De los labios de Juana salió un grito de sorpresa.

—¿Quién está ahí? —preguntó Lotario con severidad.

Lentamente Juana salió de detrás de la columna. Lotario y Anastasio la miraban con asombro.

—¿Quién eres? —preguntó Lotario.

—Juan Anglico, mi señor. Sacerdote y médico de su santidad el papa Sergio.

Lotario le preguntó con suspicacia:

—¿Cuánto hace que estás ahí?

Juana pensó rápido.

—Unas horas, señor. Vine a rezar por la recuperación de su santidad. Debía de estar más cansado de lo que creía porque me quedé dormido y acabo de despertarme.

Lotario la miró por encima de su larga nariz con reprobación. Más probable era que el curita hubiera quedado atrapado en la capilla cuando entraron él y Anastasio. No había lugar para correr ni para esconderse. Pero no importaba. ¿Cuánto podía haber oído, o mejor aún, comprendido? Muy poco. No podía haber peligro en el hombre; era evidente que no tenía ninguna importancia. Lo mejor sería hacer caso omiso de él.

Anastasio entretanto había llegado a una conclusión diferente. Era evidente que Juan Anglico había estado espionando, pero ¿por qué? ¿Era un espía? No para Sergio, porque al papa le faltaba el ingenio necesario para usar espías. Pero entonces, ¿para quién?, ¿por qué? De ahora en adelante, pensó Anastasio, el pequeño cura extranjero estaría sometido a una vigilancia estricta.

Geroldo también miraba a Juana con curiosidad.

—Me resultas conocido, padre —dijo— ¿Nos hemos visto antes? —La miraba con el entrecejo fruncido, bajo la tenue luz. De pronto su expresión cambió; parecía un hombre que acabara de ver a un fantasma—: Dios mío —dijo con voz ahogada—. No puede ser...

—¿Os conocíais? —preguntó Anastasio.

—Nos vimos en Dorstadt —se apresuró a decir Juana—. Yo estudié unos años allí, en la escuela catedralicia; «mi hermana» —subrayó sutilmente la palabra— vivió con el conde y su familia durante aquel tiempo.

Dirigió a Geroldo una advertencia con la mirada: «No digas nada».

Geroldo recuperó la compostura.

—Claro —dijo—. Recuerdo bien a tu hermana.

Lotario interrumpió con impaciencia.

—Basta de charla. ¿Qué has venido a decirme, conde?

—Mi mensaje es para vuestros oídos sólo, mi señor.

—Muy bien —asintió Lotario— Vosotros podéis salir. Volveremos a hablar, Anastasio.

Cuando Juana se volvía para salir, Geroldo le tocó el brazo.

—Espérame. Querría saber algo más... sobre tu hermana.

Una vez fuera de la capilla, Anastasio siguió su camino. Juana esperó

nerviosamente bajo la mirada hostil del chambelán de Lotario. La situación era extremadamente peligrosa; una palabra descuidada y se descubriría su identidad. «Debería irme ahora, antes de que salga Geroldo», se dijo. Pero quería verlo. Se quedó donde estaba con una compleja mezcla de temor y deseo.

Se abrió la capilla y salió Geroldo.

—¿Eres tú entonces? —dijo admirado—. Pero ¿cómo...?

El criado los miraba con interés.

—Aquí no —dijo Juana.

Lo llevó al cuartito donde guardaba sus hierbas y medicinas. Una vez en el interior, encendió las lámparas de aceite de amapolas, las cuales los envolvieron en un círculo íntimo de luz.

Se miraron con el asombro del redescubrimiento. Geroldo había cambiado en los quince años desde que Juana lo había visto por última vez; el espeso cabello rojo estaba surcado de gris y había nuevas arrugas alrededor de los ojos azules y de su boca grande y sensual, pero seguía siendo el hombre más hermoso que ella había visto. Le bastaba mirarlo para que su corazón se desbocara.

Geroldo dio un paso hacia ella. De pronto estaban abrazados, apretándose tanto que Juana podía sentir los anillos metálicos de la malla de Geroldo a través de su gruesa túnica.

—Juana —murmuró Geroldo—. Mi queridísima, mi perla. Nunca creí que volvería a verte.

—Geroldo. —La palabra borró todo pensamiento razonable.

Con suavidad él pasó la punta de un dedo por la cicatriz de la mejilla izquierda de Juana.

—¿Los hombres del norte?

—Sí.

Se inclinó y la besó; sus labios en la mejilla de ella eran cálidos.

—Entonces, ¿te llevaron junto con Gisla?

«Gisla». Geroldo nunca debía saber, ella nunca debía decirle el horror que había caído sobre su hija mayor.

—Se llevaron a Gisla. Yo... logré escapar.

Geroldo no pudo ocultar su asombro.

—¿Cómo? ¿Y adónde? Mis hombres y yo rastreamos los alrededores buscándote y no encontramos huellas siquiera.

Brevemente le contó lo que había sucedido, al menos lo que pudo contar en un momento como aquél: su fuga hacia Fulda y su ingreso allí como Juan Angélico, el casi descubrimiento de su identidad y su huida de la abadía, su peregrinación a Roma y su subsiguiente ascenso al puesto de médico del papa.

—Y en todo este tiempo —dijo Geroldo lentamente cuando ella terminó—, ¿nunca pensaste en avisarme?

Juana percibió el dolor y el desconcierto en su voz.

—Yo... no pensé que me quisieras. Richild me dijo que la idea de casarme con el hijo del herrero era tuya y que tú habías pedido que ella lo arreglara.

—¿Y la crer suste? —De pronto la soltó—. Dios santo, Juana, ¿no había entre nosotros algo más que eso?

—Yo... no sabía qué pensar. Te habías ido; no sabía bien por qué. Y Richild sabía... lo nuestro, lo que había pasado en el arroyo. ¿Cómo pudo saberlo si no se lo habías contado tú?

—No lo sé. Sólo sé que te quería como nunca quise a nadie... ni he querido después. —Su voz se endureció—. Hice correr a *Pistis* hasta agotarlo camino a casa, ansioso por volver a Villaris porque tú estabas ahí y estaba loco de impaciencia por verte... por pedirte que fueras mi esposa.

—¿Tu esposa? —Juana estaba aturdida—. Pero... Richild...

—Mientras estuve ausente sucedió algo, algo que me ayudó a ver qué vacío era mi matrimonio, qué importante eras tú para mi felicidad. Volvía dispuesto a decirte que me divorciaría de Richild y me casaría contigo si me querías.

Juana sacudió la cabeza.

—Tanto malentendido —dijo con pena—. Tantas cosas que salen mal.

—Y tanto que recuperar —añadió él.

Volvió a abrazarla y la besó. El efecto fue como acercar una tablilla de cera a la llama y ver disolverse lo que habían escrito sobre ella los años. Una vez más estaban juntos en el arroyo cerca de Villaris, bajo el sol de la primavera, jóvenes y mareados por el amor recién descubierto.

Tras un largo instante, él la soltó.

—Escucha, mi amor —le dijo con voz ronca—. Me propongo abandonar el servicio de Lotario. Acabo de decírselo en la capilla.

—¿Y accedió a liberarte? —Lotario no parecía la clase de hombre que renunciara a cualquier derecho que tuviera.

—Fue difícil, pero lo convencí. Mi libertad tiene un precio: debo entregar Villaris y todas sus propiedades. Ya no soy un hombre rico, Juana. Pero tengo la fuerza de mis dos brazos y amigos que me ayudarán. Uno de ellos es Siconulfo, príncipe de Benevento, de quien me hice amigo cuando servíamos juntos en la campaña del emperador contra los obodritas. Ahora necesita buenos hombres con él porque su rival Radelchis lo está atacando. ¿Vendrás conmigo, Juana? ¿Serás mi esposa?

En el exterior se oyeron unos pasos rápidos que los hicieron separarse deprisa. Un momento después se abrió la puerta y asomaba una cabeza. Era Florentino, uno de los notarios del palacio.

—Ah —dijo—. ¡Estabas aquí, Juan Anglico! Te he estado buscando por todas partes. —Miró a Juana, a Geroldo y otra vez a Juana—: ¿No... interrumpo nada?

—En absoluto —se apresuró a decir Juana—. ¿Qué puedo hacer por ti, Florentino?

—Tengo un terrible dolor de cabeza —dijo él—. Me preguntaba si podrías prepararme uno de tus remedios.

—Con gusto —dijo Juana cortésmente.

Florentino se quedó apoyado en el quicio de la puerta conversando con Geroldo mientras Juana preparaba deprisa una mezcla de hojas de violeta y corteza de saúco, que vertió en una infusión de romero. Se lo dio a Florentino, el cual se marchó de inmediato.

—No podemos hablar aquí —le dijo a Geroldo en cuanto volvieron a quedar solos—. Es demasiado peligroso.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —le preguntó Geroldo.

Juana lo pensó.

—Hay un templo de Vesta en la Vía Apia, a la salida de la ciudad. Te esperaré allí mañana después de la tercia.

Él la cogió en sus brazos y volvió a besarla, suavemente al principio y a continuación con una intensidad que la llenó de un deseo casi doloroso.

—Hasta mañana —susurró Geroldo.

Y salió, dejando en la cabeza de Juana una mezcla desconcertante de emociones.

Arighis aguzaba la vista en la luz previa al amanecer, mirando el patio de Letrán. Todo estaba listo. Habían colocado un brasero encendido junto a la gran estatua de bronce de la loba. Sobre las brasas descansaba un par de gruesos hierros cuyas puntas empezaban a ponerse al rojo. Cerca había un hombre con una afilada espada en la mano.

Los primeros rayos del sol asomaban en el horizonte. Era una hora inusual para una ejecución pública; aquellas ceremonias solían realizarse después de la misa. Pese a ello, ya se había reunido una multitud de espectadores; los más ansiosos habían llegado horas antes para asegurarse la primera fila. Muchos habían llevado a sus hijos, que correteaban llenos de expectación por el sangriento espectáculo.

Arighis había dispuesto que el castigo de Benedicto se hiciera al alba, antes de que Sergio se despertara y cambiara de opinión. Podrían acusarlo de proceder con excesiva prisa, pero no le importaba. Sabía lo que estaba haciendo y por qué.

Arighis llevaba más de veinte años en el alto puesto de *vicedominus*; toda su vida había estado dedicada al servicio del *Patriarchium*, a mantener el funcionamiento eficiente de la vasta y complicada colmena de oficinas pontificias que componían el gobierno de Roma. Con los años había llegado a considerar la sede apostólica como un ser vivo, cuyo bienestar era su exclusiva responsabilidad.

Ese bienestar estaba amenazado. En menos de un año, Benedicto lo había transformado en un centro de finanzas corruptas y de simonía. Ávido y manipulador, Benedicto era una enfermedad maligna dentro del papado. El único modo de salvar al paciente era amputar el miembro enfermo. Benedicto debía morir.

Sergio no tenía agallas para la tarea, así que la carga caía sobre los hombros de Arighis. La cumpliría sin vacilación, sabiendo que obraba por el bien de la Iglesia.

Todo estaba listo.

—Traed al prisionero —ordenó a los guardias.

Llevaron a Benedicto, el cual, con la ropa arrugada, el rostro tenso y pálido por la noche de insomnio en el calabozo, miró ansiosamente a su alrededor.

—¿Dónde está Sergio? —preguntó— ¿Dónde está mi hermano?

—Su santidad no puede ser molestado —dijo Arighis.

Benedicto se volvió hacia él.

—¿Qué crees que estás haciendo, Arighis? Tú viste a mi hermano anoche, estaba borracho; no sabía lo que decía. Déjame hablar con él y verás: retirará los cargos contra mí.

—Proceded —ordenó Arighis a los guardias.

Arrastraron a Benedicto hasta el centro del patio y lo pusieron de rodillas. Lo

cogieron por los brazos y lo obligaron a inclinarse sobre el pedestal de la estatua de la loba, de modo que sus manos quedaran sobre el escalón.

El terror arrugó la cara de Benedicto.

—¡No! ¡Alto! —gritó. Alzando la vista hacia las ventanas, gritó—: ¡Sergio! ¡Sergio! ¡Serg...!

La espada cayó. Benedicto soltó un aullido mientras sus dos manos cortadas caían escupiendo sangre.

La multitud gritó. El verdugo juntó las manos cortadas y las puso a un lado de la loba. De acuerdo con la antigua costumbre, quedarían ahí durante un mes, como advertencia contra quienes se sintieran tentados por el pecado del robo.

Se adelantó Enodio, el médico. Empuñando los hierros candentes del brasero los apretó con firmeza contra los muñones sangrantes de Benedicto. El olor de la carne asada llenó el aire. Benedicto gritó una vez más antes de perder el conocimiento. Enodio se inclinó a atenderlo.

Arighis se mantenía muy atento. La mayoría de los castigados morían por las heridas, si no inmediatamente por el dolor, poco después por la infección o la pérdida de sangre. Pero algunos de los más fuertes lograban sobrevivir. Solía vérselos en las calles de Roma, con sus grotescas mutilaciones revelando la naturaleza de sus crímenes: labios cortados, los que habían mentido bajo juramento; pies cortados, los esclavos que huían; ojos vaciados, los que habían seducido a esposas o a hijas de sus superiores.

La posibilidad de la supervivencia era el motivo por el que Arighis había llamado a Enodio y no a Juan Ánglico para atender al condenado, porque la aptitud del segundo podría haber salvado a Benedicto. Enodio se puso de pie.

—Dios ha ejecutado su juicio —anunció con gravedad—. Benedicto ha muerto.

«Dios sea loado —pensó Arighis—. El papado está a salvo».

Juana estaba en la cola del lavatorio, esperando su turno para el lavado de manos ritual antes de la misa. Tenía los ojos hinchados y pesados por la falta de sueño; toda la noche había estado dando vueltas con la imaginación llena de Geroldo. Sentimientos que creía enterrados hacía mucho tiempo habían vuelto a la superficie con una intensidad que la asombraba y asustaba.

El regreso de Geroldo había vuelto a despertar los turbadores deseos de su juventud. «¿Cómo sería volver a ser mujer?», se preguntaba. Estaba acostumbrada a ser responsable de sí misma, a tener completo control de su destino. Pero por ley una mujer ponía su vida en manos de su marido. ¿Podía confiar tanto en un hombre... aunque fuera Geroldo?

«Nunca te entregues a un hombre». Las palabras de su madre resonaban como campanas de alarma en su interior.

Necesitaba tiempo para salir del torbellino de emociones de su corazón. Pero tiempo era algo que no tenía.

Arighis apareció a su lado.

—Ven —dijo con tono de apremio. La obligó a salir de la cola—. Su santidad te necesita.

—¿Está mal?

Llena de preocupación, siguió a Arighis por el pasillo rumbo al dormitorio papal. La noche anterior, el cuerpo de Sergio había expulsado comida y vino, y la fuerte dosis de cólico administrada debería haber impedido una recaída de la gota.

—Lo estará si sigue como ahora.

—¿Por qué, qué ha pasado?

—Benedicto ha muerto.

—¡Muerto!

—La sentencia fue consumada esta mañana. Murió de inmediato.

—¡Benedícite!

Juana apresuró su paso. Podía imaginarse el efecto que la noticia habría tenido sobre Sergio.

Aun así, cuando lo vio quedó asombrada. Apenas si podía reconocer a Sergio. Tenía el cabello revuelto, los ojos rojos e hinchados por el llanto, las mejillas cubiertas de arañazos producidos por él mismo. Estaba de rodillas al lado de la cama, balanceándose hacia delante y atrás, gimiendo como un niño perdido.

—¡Santidad! —Juana le gritó al oído—. ¡Sergio!

Seguía balanceándose, ciego y sordo a causa de su dolor. Era evidente que no se podría llegar a su conciencia. Sacando tintura de beleño de su bolsa, Juana midió una dosis y la puso en sus labios. El papa bebió sin saber lo que hacía.

Al cabo de unos minutos el balanceo se hizo más lento y cesó. Miró a Juana como si la viera por primera vez.

—Llora por mí, Juan. ¡Mi alma está condenada!

—Tonterías —dijo Juana con firmeza—. Obrasteis de acuerdo con la ley.

Sergio negó con la cabeza.

—«No seas como Caín, que obedeció al demonio y mató a su hermano» —citó de la Primera Epístola de san Juan.

—«Y ¿por qué lo mató? Porque sus acciones eran malas y su hermano era virtuoso» —respondió Juana, continuando la cita—. Benedicto no era virtuoso, santidad; os traicionó, a vos y a Roma.

—Y ahora está muerto, por mi propia palabra! ¡Oh, Dios santo! —Se golpeó el pecho y gritó de dolor.

Tenía que alejarlo de aquel estado de ánimo o se produciría otro ataque. Lo cogió con firmeza por los hombros y dijo:

—Debéis hacer una confesión auricular.

Esta forma del sacramento de la penitencia, en la que se hacía la confesión privada ad auriculam, «al oído» de un sacerdote, estaba muy difundida en Franconia. Roma en cambio seguía aferrada a las viejas costumbres según las cuales la confesión y la pena se hacían públicamente sólo una vez en la vida.

Sergio captó la idea.

—Sí, sí, confesaré.

—Enviaré en busca de uno de los cardenales —dijo ella—. ¿Hay alguno que prefiráis?

—Me confesaré contigo.

—¿Connigo? —Juana, como simple cura, y además extranjero, era un candidato improbable para servir como confesor del papa— ¿Estáis seguro, santidad?

—No quiero otro.

—Muy bien. —Se volvió hacia Arighis—: Dejadnos.

Arighis le dirigió una mirada de agradecimiento y salió.

—*Peccavi, impie egi, iniquitatem feci, miserere mei Domine...* —empezó Sergio, recitando las palabras rituales de la penitencia.

Juana escuchó con callada simpatía su largo discurso de pena y remordimiento. Con un alma tan cargada y atormentada no podía sorprender que Sergio buscara la paz y el olvido en la bebida.

La confesión funcionó como ella había calculado; poco a poco, la pasión desatada por la desesperación retrocedió, dejando a Sergio vacío y exhausto, pero ya fuera de peligro.

A continuación venía la parte difícil, la pena que debía preceder al perdón de los pecados. Sergio esperaba que su pena fuera dura, por ejemplo una mortificación pública en las escalinatas de San Pedro. Pero un acto así sólo serviría para debilitar a Sergio y al papado a los ojos de Lotario, cosa que debía impedirse a cualquier precio. Y al mismo tiempo la pena que Juana le impusiera no debía ser demasiado ligera, o Sergio la rechazaría.

Tuvo una idea.

—En gesto de arrepentimiento —dijo— os abstendréis de vino y carne de animales cuadrúpedos desde este día hasta la hora de vuestra muerte.

Los ayunos eran una forma habitual de penitencia, pero en general duraban sólo unos pocos días y como máximo un año. Una vida entera de ayuno era un castigo severo... especialmente para Sergio. Y la penitencia tendría un beneficio extra, que sería el de proteger al papa de sus peores instintos.

Sergio inclinó la cabeza en señal de conformidad.

—Reza conmigo, Juan.

Ella se arrodilló a su lado. En muchos aspectos, el papa era como un niño: débil, impulsivo, dependiente, exigente. Pero ella sabía que era capaz de hacer el bien. Y en aquel momento era lo único que se interponía entre Anastasio y el trono de san Pedro.

Al final de la plegaria se puso de pie. Sergio le cogió la mano.

—No te vayas —dijo—. No puedo estar solo.

Juana le cubrió la mano con la suya.

—No os dejaré —prometió solemnemente.

Al atravesar el portal en ruinas del templo de Vesta, Geroldo pudo ver, con decepción, que Juana no había llegado aún. «No importa —se dijo—, aún es temprano». Se sentó a esperar con la espalda apoyada en una de las delgadas columnas de granito.

Como la mayoría de los monumentos paganos de Roma, el templo había sido despojado de sus metales preciosos; las losetas doradas que habían adornado el encofrado de la cúpula ya no estaban, así como los bajorrelieves dorados que adornaban el frontón del vestíbulo. Los nichos alineados en las paredes estaban vacíos: las estatuas de mármol las habían llevado a los hornos de cal para obtener material de construcción con el que levantar las paredes de las iglesias cristianas. Pero, curiosamente, la figura de la diosa misma sobrevivía en su trono bajo la cúpula.

Tenía una de las manos rota y los pliegues de la túnica estaban roídos por el tiempo y los elementos, pero la estatua conservaba un notable poder y gracia en sus formas, prueba de la habilidad de los escultores paganos.

Vesta, antigua diosa del hogar. Representaba todo lo que era Juana para él: la vida, el amor, la renovación de la esperanza. Aspiró la húmeda suavidad de la mañana: hacía años que no se sentía tan bien. Últimamente había estado deprimido, cansado de la vieja e inmutable rutina de la vida. Se había resignado, diciéndose que era el resultado inevitable de sus años porque se acercaba a los cuarenta y tres, la edad de un anciano.

Ahora comprendía qué equivocado había estado. Lejos de estar cansado de la vida, tenía ganas de vivir. Se sentía joven, despierto, vital, como si hubiera bebido del fabuloso cáliz de Cristo. El resto de su vida se extendía delante iluminado por las promesas. Se casaría con Juana, se irían a Benevento y vivirían juntos en paz y amor. Incluso podrían tener hijos... No era demasiado tarde. Por el modo en que se sentía en aquel momento, todo era posible.

Se puso de pie cuando la vio entrar por el portal, con la túnica revoloteando contra sus piernas. Tenía las mejillas rosadas por la marcha rápida; el cabello rizado, muy rubio, le enmarcaba la cara, acentuando los ojos verdigrises, ojos que lo atraían como estanques de luz en un santuario oscuro. Se preguntó cómo había podido hacerse pasar por hombre. A sus ojos era muy femenina y totalmente deseable.

—Juana. —La palabra era en parte un nombre, en parte una súplica.

Juana mantuvo una cauta distancia entre ambos. Sabía que si caía una sola vez en brazos de Geroldo, toda su resolución desaparecería.

—He traído un caballo para ti —dijo Geroldo—. Si partimos ahora, estaremos en Benevento en tres días.

Ella aspiró con fuerza.

—No iré contigo.

—¿No irás? —preguntó Geroldo.

—No puedo dejar a Sergio.

Durante unos momentos, Geroldo quedó demasiado sorprendido para decir nada.

—¿Por qué no? —preguntó al fin.

—Sergio me necesita. Es... débil.

—Es el papa de Roma, Juana, no un niño que necesite mimos.

—No lo mimo; lo curo. Los médicos de la sociedad no tienen conocimiento de la enfermedad que sufre.

—Sobrevivió bastante bien antes de que tú llegaras a Roma.

Era una broma inofensiva, pero a ella le dolió.

—Si me marcho ahora, Sergio beberá hasta matarse en menos de seis meses.

—Entonces déjalo —respondió Geroldo con dureza—. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros dos?

Sus palabras la sorprendieron.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Dios santo, ¿no nos hemos sacrificado ya bastante? Dejamos atrás la primavera de nuestras vidas. ¡No desaprovechemos el tiempo que nos queda!

Ella se volvió para que él no viera cuánto la afectaban sus palabras. Geroldo la cogió por la muñeca.

—Te amo, Juana. Ven conmigo, ahora, mientras tengamos tiempo.

El contacto de su mano debilitaba su carne y arrancaba chispas de deseo. Tuvo el impulso de abrazarlo, de sentir sus labios en los de él. Avergonzada por aquellos sentimientos débiles y vergonzosos se enfadó de pronto, sin razón alguna, con Geroldo por haberlos despertado.

—¿Qué esperabas? —exclamó—. ¿Que me escapara contigo en cuanto me lo mandarás? —Dejó que la ira subiera en su interior como una ola para que acallara sus demás emociones, más peligrosas—. Aquí tengo una vida y una buena vida. Tengo independencia y respeto, y oportunidades que nunca tuve como mujer. ¿Por qué iba a abandonarlo todo? ¿Para pasar el resto de mis días confinada en una casa, cocinando y bordando?

Geroldo dijo en voz baja:

—Si fuera eso todo lo que yo quiero en una esposa, me habría casado hace mucho tiempo.

—¡Hazlo, entonces! —respondió Juana acalorada— ¡No te detendré!

En el gesto de Geroldo apareció una nota de desconcierto. Preguntó bajando la voz:

—Juana, ¿qué ha pasado? ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema. He cambiado, eso es todo. Ya no soy la niña enamorada e ingenua que conociste en Dorstadt. Ahora soy mi propio amo. Y no renunciaré a eso... ni por ti, ni por ningún hombre.

—¿Te he pedido que renuncies? —le preguntó Geroldo en tono razonable.

Pero Juana no quería oír sus razones. La cercanía de Geroldo y su fuerte atracción física eran un tormento para ella, una serpiente que se le enroscaba en el cuerpo, estrangulándola. Trató con todas sus fuerzas de quitársela de encima.

—No puedes aceptarlo, ¿eh? El hecho de que no esté dispuesta a renunciar a mi vida por ti. De que soy la única mujer inmune a tus encantos.

Había tratado de herirlo y lo había logrado.

Geroldo la miraba como si viera algo nuevo escrito en su rostro.

—Creí que me querías —dijo con tono serio—. Veo que estaba equivocado. Perdóname; no volveré a molestarte. —Fue al portal, vaciló, y volvió sobre sus pasos—. Esto significa que nunca volveremos a vernos. ¿Es realmente lo que quieres?

«¡No! —quería gritar Juana— ¡No es lo que quiero! ¡No es lo que quiero en absoluto!». Pero otra parte de su ser lo rechazaba.

—Sí, es lo que quiero —dijo. Su voz le sonaba a ella misma curiosamente distante.

Una palabra más de amor o necesidad de él y Juana se habría derrumbado y habría corrido a sus brazos. Pero Geroldo dio media vuelta bruscamente y atravesó el portal. Ella oyó sus pasos en la escalinata del templo.

En un momento se habría ido para siempre.

El corazón de Juana se agitaba como una copa llena hasta el borde. Y de pronto la copa se inclinó y las emociones que la llenaban se derramaron. Corrió a la puerta.

—¡Geroldo! —gritó— ¡Espera!

El ruido de los cascos contra las piedras ahogó su grito. Geroldo galopaba hacia la calle. Un segundo después, daba la vuelta y desaparecía de su vista.

Veinticuatro

El verano romano irrumpió con fuerza. El sol golpeaba de forma inmisericorde; a mediodía el empedrado de las calles estaba tan caliente que podía hacer ampollas en los pies. El hedor del estiércol y la basura pudriéndose, intensificado por el calor, subía por el aire inmóvil y quedaba suspendido sobre la ciudad como un sudario asfixiante. Entre los pobres que vivían en húmedas chozas en las orillas bajas del Tíber, las fiebres malignas causaban estragos.

Por temor al contagio, Lotario y su ejército abandonaron la ciudad. Los romanos se alegraron de su partida porque mantener a tantos invitados había reducido al mínimo sus recursos.

Sergio fue aclamado como un héroe. La adulación del pueblo lo ayudó a suavizar su pena por la muerte de Benedicto. Movidio por la energía que le daba su salud recuperada (debida en buena medida a la dieta espartana que le había impuesto Juana como penitencia), Sergio era otro hombre. Fiel a su promesa, empezó a reconstruir el Orfanato. Se reforzaron las paredes medio derrumbadas, se renovó el tejado. Se quitaron las losas de mármol travertino del templo de Minerva y se usaron para el suelo del salón principal. Se construyó una nueva capilla que se dedicó a san Esteban.

Mientras que antes Sergio estaba siempre demasiado cansado o enfermo para officiar la misa, ahora celebraba el servicio sagrado todas las mañanas. Además, se le solía encontrar rezando en su capilla privada. Se entregaba a la fe con el mismo fervor con que antes había perseguido los placeres de la mesa porque no era hombre de hacer las cosas a medias.

Dos años de inviernos benignos y de cosechas abundantes resultaron muy favorables. Hasta las legiones de pobres que atestaban las calles de la ciudad parecían un poco menos pobres, en tanto los bolsillos de sus hermanos más prósperos se abrían y las limosnas aumentaban. Los romanos ofrecían plegarias de acción de gracias en los altares de sus iglesias, satisfechos con su ciudad y con su papa.

No sospechaban (¿y cómo habrían podido hacerlo?) la catástrofe que estaba a punto de abatirse sobre ellos.

Juana acompañaba a Sergio en una de las reuniones habituales con los príncipes de la ciudad cuando irrumpió un mensajero.

—¿Qué sucede? —preguntó Sergio con gesto preocupado.

—Santidad. —El mensajero se arrodilló—. Traigo de Siena un mensaje de la mayor importancia. Una gran flota de barcos sarracenos se ha hecho a la mar desde África. Vienen directos hacia Roma.

—¿Hacia Roma? —repitió con voz ahogada uno de los príncipes—. Seguramente es un error.

—No es un error —dijo el mensajero—. Los sarracenos estarán aquí dentro de quince días.

Hubo un silencio mientras todos los presentes asimilaban aquella noticia asombrosa. Al fin habló otro de los príncipes.

—Quizá sería conveniente transportar las sagradas reliquias a un sitio más

seguro.

Se refería a los huesos del apóstol Pedro, las reliquias más sagradas de toda la cristiandad, que estaban alojados en la basílica de su nombre, fuera de la protección de los muros de la ciudad.

Romualdo, el más importante de los príncipes reunidos, echó atrás la cabeza y empezó a reír.

—¡No pensarás que los infieles atacarían San Pedro!

—¿Qué se lo impediría? —preguntó Juana.

—Pueden ser bárbaros, pero no son tontos —respondió Romualdo—. Saben que la mano de Dios los aniquilaría en el momento mismo en que pusieran un pie en la tumba sagrada.

—Ellos tienen su propia religión —señaló Juana—. No temen a nuestro Dios cristiano.

La sonrisa de Romualdo desapareció.

—¿Qué blasfemia pagana es ésta? —dijo.

Juana no dio marcha atrás.

—La basílica es un blanco seguro para el ataque, aunque no sea más que por los tesoros que contiene. Por seguridad deberíamos traer estos objetos sagrados y el sarcófago del santo dentro de los muros de la ciudad.

Sergio dudaba.

—Hemos tenido otras alarmas parecidas antes y no ha sucedido nada.

—Es cierto —dijo Romualdo, volviendo al tono burlón—, si fuéramos a asustarnos de cada avistamiento de un barco sarraceno, los huesos sagrados estarían yendo y viniendo todo el tiempo como las lanzaderas en un telar.

El coro de risas provocadas por la broma fue cortado al instante por un gesto de desaprobación del papa, que dijo:

—Dios defenderá a los suyos. El apóstol sagrado seguirá donde está.

—Al menos —propuso Juana— enviemos un mensaje a los pueblos vecinos pidiendo hombres para ayudar a defender la ciudad.

—Es época de poda —dijo Sergio—. Se requiere a todo hombre capaz de trabajar en los viñedos. No veo necesidad de poner en peligro la cosecha, de la que depende todo, cuando no hay un peligro inmediato.

—Pero, santidad...

Sergio la interrumpió.

—Confía en Dios, Juan Ángelico. No hay defensa más fuerte que la fe cristiana y la plegaria.

Juana inclinó la cabeza en señal de sumisión. Pero por dentro pensaba: «Cuando los sarracenos estén en las puertas, todas las plegarias del mundo no servirán ni la mitad de lo que serviría un batallón de buenos guerreros».

Geroldo y su compañía estaban acampados en las afueras de la ciudad de Benevento. Dentro de las tiendas, los hombres dormían profundamente después de una larga noche de juerga: un permiso que Geroldo les había concedido por la espléndida victoria del día anterior.

Hacía dos años que Geroldo mandaba los ejércitos del príncipe Siconulfo, en la campaña que éste llevaba adelante para asegurar su trono contra las ambiciones del

pretendiente Radelchis. Geroldo era un jefe experimentado, que sabía enseñar a sus hombres a obedecer y a usar las armas y que sabía estimularlos para que dieran lo mejor de sí en el campo de batalla; bajo su mando, las tropas habían infligido una derrota tras otra a las fuerzas de Radelchis. La victoria del día anterior había sido tan completa que probablemente pondría fin para siempre a las ambiciones de Radelchis al trono de Benevento.

Aunque había apostados centinelas armados en todo el límite del campamento, Geroldo y sus hombres dormían con las espadas y los escudos al alcance de la mano. Geroldo no se permitía correr riesgos porque un enemigo podía ser peligroso aun después de la derrota. El calor de la venganza solía llevar a acciones feroces y desesperadas. Geroldo había oído hablar de muchos campamentos cogidos por sorpresa cuyos ocupantes habían sido asesinados antes de que tuvieran tiempo de despertarse.

En aquel momento, sin embargo, tales ideas estaban lejos del espíritu de Geroldo. Yacía boca arriba con las manos cruzadas en la nuca y las piernas abiertas. A su lado, una mujer cubierta con su capa respiraba regularmente, con un sonido rítmico roto ocasionalmente por un ronquido.

A la luz del alba, Geroldo lamentaba la breve ráfaga de pasión que lo había hecho llevarla a su cama. Había habido otros encuentros fugaces como aquél en el curso de los años, cada uno menos satisfactorio y menos memorable que el anterior. Porque Geroldo seguía alentando en su corazón el recuerdo de un amor que nunca podría ser olvidado.

Sacudió la cabeza con impaciencia. Era inútil volver al pasado. Si Juana hubiera compartido sus sentimientos, no lo habría rechazado.

La mujer se giró hacia un lado. Geroldo le tocó el hombro y ella despertó abriendo sus bonitos ojos pardos que le dirigieron una mirada sin profundidad ni significado.

—Ya es de día —dijo Geroldo.

Cogió unas monedas de su saco y se las tendió.

Ella las hizo sonar y sonrió con alegría.

—¿He de venir esta noche, mi señor?

—No, no será necesario.

Ella pareció decepcionada.

—¿No te he gustado?

—Sí, sí, por supuesto. Pero nos iremos esta noche.

Más tarde la vio cruzar el prado; sus sandalias golpeaban la hierba seca produciendo un sonido sordo. Encima, el cielo nuboso adquiría un tono gris claro.

Pronto sería un nuevo día, otra vez.

Siconulfo y sus jefes ya estaban reunidos en el gran salón cuando entró Geroldo. Evitando las cortesías habituales, Siconulfo anunció bruscamente:

—Acabo de recibir un mensaje de Córcega. Setenta y tres barcos sarracenos han partido de la costa africana. Traen unos cinco mil hombres y doscientos caballos.

Siguió un silencio atónito. Era difícil imaginarse una flota tan grande. Eburis, uno de los *fideles* de Siconulfo, soltó un leve silbido.

—Sea lo que sea lo que pretenden, es algo más que una excursión pirata sobre

nuestras costas.

—Su curso apunta a Roma —dijo Siconulfo.

—¡Roma! ¡No puede ser! —dijo otro de sus *fideles*.

—¡Absurdo! —exclamó un tercero—. Nunca se atreverían.

Geroldo apenas si los oía. Sus ideas corrían más deprisa.

—El papa Sergio necesitará nuestra ayuda —dijo.

Pero no era en Sergio en quien pensaba. Con un solo golpe, la noticia de la flota sarracena había borrado la amarga herida de hacía dos años. Sólo una cosa importaba: ir adonde estaba Juana y hacer todo lo que estuviera en su poder para protegerla.

—¿Qué sugieres, Geroldo? —preguntó Siconulfo.

—Mi príncipe, déjame llevar nuestras tropas a defender Roma.

Siconulfo hizo un gesto de duda.

—Supongo que la Ciudad Santa tendrá sus propios defensores.

—Sólo la familia *Sancti Petri*, una milicia papal que es un grupo pequeño e indisciplinado. Caerán como el trigo de verano ante las hoces sarracenas.

—¿Y la Muralla Aureliana? Los sarracenos no podrán atravesarla.

—La muralla parece fuerte —admitió Geroldo—, pero varias de sus puertas están mal protegidas. No soportarán un asedio sostenido. Y la tumba de san Pedro está enteramente desprotegida porque se encuentra fuera de sus muros.

Siconulfo lo pensó. No le agradaba comprometer a sus tropas en una causa que no fuera la suya propia. Pero era un príncipe cristiano, con el debido respeto por la Ciudad Santa y sus lugares sagrados. La idea de unos bárbaros infieles desvalijando la tumba del apóstol era desoladora. Además, se le ocurrió que podía haber algún beneficio personal en mandar hombres a la defensa de Roma. El papa Sergio podía recompensarlo con uno de los ricos territorios papales que bordeaban las tierras de Siconulfo. De modo que le dijo a Geroldo:

—Puedes contar con tres divisiones. ¿Cuánto tiempo necesitarás para preparar la marcha?

—Las tropas están endurecidas por las batallas y listas. Podemos salir de inmediato. Si el tiempo sigue siendo bueno, estaremos en Roma en diez días.

—Quiera el cielo que sea suficiente. Dios sea contigo, Geroldo.

En Roma prevalecía una sensación de calma fantasmal. Desde que había llegado la advertencia inicial desde Siena, hacía dos semanas, no se había sabido nada de la flota sarracena. Los romanos gradualmente empezaron a relajar su vigilancia y a convencerse a sí mismos de que los informes sobre el avance del enemigo habían resultado falsos después de todo.

La mañana del 23 de agosto amaneció brillante de promesas. La misa se celebró en la catedral de Santa María de los Mártires, conocida en los tiempos paganos como el Panteón, una de las más bonitas iglesias de Roma. Fue un servicio especialmente hermoso con el sol filtrándose por la abertura circular en la gran cúpula de la basílica y proyectando un halo dorado sobre toda la congregación. De vuelta al *Patriarchium* el coro cantó gozosamente: *Gloria in excelsis Deo*.

El canto murió en sus labios cuando entraron en la plaza de Letrán inundada por el sol y vieron una multitud de ciudadanos rodeando ansiosamente a un

mensajero agotado y cubierto de barro.

—Los infieles desembarcaron —anunció con acento sombrío el mensajero—. Tomaron la ciudad de Porto, mataron a todos sus habitantes y profanaron todas las iglesias.

—¡Cristo nos ayude! —gritó alguien.

—¿Qué será de nosotros? —exclamó otro.

—¡Nos matarán a todos! —gritó un tercero, ya en plena histeria.

La multitud parecía a punto de estallar en un peligroso desorden.

—¡Silencio! —La voz de Sergio se alzó sobre el alboroto—. ¡Cese este espectáculo indigno! —Era la voz de la autoridad llamando a la obediencia—. ¿Qué pasa? —siguió—. ¿Somos ovejas o cobardes? ¿Somos niños de pecho para creernos tan indefensos? —Hizo una pausa dramática antes de responderse—: ¡No! ¡Somos romanos! ¡Y ésta es Roma, la ciudad de san Pedro, la llave del reino de los cielos! Tú eres Pedro, dijo Cristo, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia. ¿Qué tememos? ¿Es que Dios va a permitir que su sagrado altar sea profanado?

La multitud se tranquilizó. Surgieron voces aisladas en respuesta.

—¡Sí! ¡Escuchad al papa! ¡Sergio tiene razón!

—¿No tenemos nuestros guardias y nuestra milicia? —Con un gesto del brazo, Sergio señaló a los guardias papales, que respondieron alzando sus lanzas y sacudiéndolas con fuerza—. La sangre de nuestros antepasados corre por sus venas; están armados con la fuerza de Dios Todopoderoso. ¿Quién podrá prevalecer contra ellos?

La multitud soltó un rugido de triunfo. El pasado heroico de Roma seguía siendo fuente de orgullo y los triunfos militares de César, Pompeyo y Augusto seguían vivos en la conciencia de cada ciudadano.

Juana miraba asombrada a Sergio. ¿Podía ser aquella figura heroica el mismo anciano enfermo, malhumorado y desalentado que ella había conocido hacía dos años?

—¡Que vengan los infieles! —gritó Sergio—. ¡Que alcen sus armas contra esta fortaleza sagrada! ¡Se romperán los corazones contra nuestros muros protegidos por Dios!

Juana sentía la excitación, la ola que se hinchaba y rompía sobre la multitud en un arrollador tumulto de emociones. Pero sus propios pies estaban plantados con demasiada firmeza en la realidad para dejarse llevar. «El mundo no es como nos gustaría que fuera —pensó—, por mucha habilidad que alguien tenga para conjurarlo».

El pueblo estaba en pie, las cabezas altas, los rostros iluminados. Alrededor de Juana retumbaban las voces al unísono.

—¡Sergio! ¡Sergio! ¡Sergio! ¡Sergio!

Por orden de Sergio, el pueblo pasó los dos días siguientes ayunando y rezando. Los altares de todas las iglesias estaban iluminados por una enorme cantidad de cirios votivos. Por todas partes se informaba de milagros. La estatua dorada de la Virgen en el oratorio de san Cosme había movido los ojos y cantado una letanía. El crucifijo del altar de san Adrián había vertido lágrimas de sangre. Estos milagros eran interpretados como signos de la divina bendición y gracia. Día y noche el sonido del *Hosanna* resonaba en iglesias y monasterios mientras el clero de la ciudad se ponía a

la altura del desafío lanzado por el papa y se preparaba para enfrentarse al enemigo con la fortaleza invencible de su fe cristiana.

Al rayar el alba del 26 de agosto empezaron a sonar gritos en las murallas:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Los gritos aterrorizados del pueblo penetraron incluso en la gruesa piedra de las paredes del palacio.

—Debo ir a los parapetos —anunció Sergio—. Cuando el pueblo me vea, sabrá que no tiene nada que temer.

Arighis y los otros *optimates* protestaron diciendo que era demasiado peligroso, pero Sergio se mantuvo inflexible. Al fin lo acompañaron, de mala gana, hasta la muralla y se cuidaron de elegir un sitio donde ésta fuera especialmente alta y brindara más protección.

Hubo una gran aclamación cuando Sergio subió los escalones. Todos los ojos se volvieron hacia el oeste. En el aire se alzaba una gran nube de polvo que brillaba. Los sarracenos salieron de ella al galope rápido, con sus ropas ligeras ondeando tras ellos como las alas de gigantescas aves de presa. Resonó un terrible grito de guerra, un largo y agudo ulular que subió y quedó temblando en el aire provocando un escalofrío de terror en todos los que lo escuchaban.

—*Deo, juva nos* —dijo temblando uno de los curas.

Sergio alzó un pequeño crucifijo lleno de piedras preciosas y gritó:

—Cristo es nuestro salvador y nuestro escudo.

Las puertas de la ciudad se abrieron y la milicia papal salió a hacer frente al enemigo.

—¡Muerte al infiel! —gritaban, sacudiendo espadas y lanzas.

Los ejércitos chocaron con gran ruido de metales, más fuerte que el de mil yunques. En un momento se hizo evidente que había una desigualdad imposible de fuerzas; la caballería sarracena cayó sobre las primeras filas de la infantería romana, cortando y matando con sus cimitarras curvas.

La milicia en la retaguardia no podía ver la matanza en la vanguardia. Convencidos de la victoria presionaban hacia delante, empujando con las espaldas a los que los precedían. Línea tras línea, los hombres eran llevados sin piedad hacia las espadas sarracenas y caían; sus cadáveres se amontonaban y formaban un traicionero obstáculo para los que venían detrás.

Era una matanza. Aterrorizada, la milicia retrocedió en un desorden desesperado.

—¡Corred! —gritaban dispersándose como semillas llevadas por el viento—. ¡Corred por vuestra vida!

Los sarracenos no se molestaron en perseguirlos porque su victoria les había valido un premio mucho mayor: la desprotegida basílica de San Pedro. La rodearon como un enjambre oscuro. No desmontaron sino que subieron con sus caballos las escalinatas y echaron abajo las puertas.

Detrás de la muralla, los romanos esperaban sin aliento. Pasó un instante. Y otro. No hubo ningún trueno que abriera el cielo ni un mar de llamas enviado por Dios; en lugar de eso se oía el ruido inconfundible de madera y metal arrancados y destrozados. Los sarracenos estaban saqueando el altar sagrado.

—No puede ser —susurró Sergio—. Dios Santo, no puede ser.

Emergió de la basílica una banda de sarracenos blandiendo la cruz de Constantino. Se decía que había muerto gente sólo por atreverse a tocarla. Y en aquel momento los sarracenos la hacían volar por el aire y se reían frotándosela entre las piernas en una parodia obscena y bestial.

Con un gemido, Sergio bajó el crucifijo y cayó de rodillas.

—¡Santidad! —Juana corrió hacia él.

El papa hacía un gesto de dolor con una mano en el pecho. «Una contracción del corazón», pensó Juana, alarmada.

—Alzadlo —ordenó.

Arighis y varios de los guardias levantaron en vilo a Sergio y lo llevaron a una casa vecina, donde lo tendieron sobre un grueso colchón de paja.

Sergio respiraba con fuertes jadeos. Juana preparó una infusión de bayas de espino y raíz de valeriana y se la dio. Pareció que se tranquilizaba porque su color mejoró y empezó a respirar con más facilidad.

—¡Están en las puertas! —gritaba la gente fuera—. ¡Cristo nos ayude! ¡Están en las puertas!

Sergio trató de levantarse, pero Juana lo hizo acostar otra vez.

—No debéis moveros.

El esfuerzo le había costado: se apretaba los labios con fuerza.

—Habla por mí —dijo—. Vuelve su espíritu hacia Dios... Ayúdalos... prepáralos... —Su boca se agitaba, pero no salían las palabras.

—Sí, santidad, sí —asintió Juana. Era lo único que podía tranquilizarlo—. Haré lo que decís. Pero ahora debéis descansar.

Sergio asintió y dejó caer la cabeza. Los párpados le temblaron y se cerraron: la medicina empezaba a hacer efecto. No había nada que hacer salvo dejarlo dormir y confiar en la eficacia del remedio.

Juana lo dejó bajo el ojo solícito de Arighis y salió a la calle. Muy cerca sonaba un ruido de algo que se desgarraba, fuerte como un trueno. Se detuvo atemorizada.

—¿Qué sucede? —le preguntó a un grupo de guardias que pasaba.

—¡Los cerdos idólatras están tratando de echar abajo las puertas! —gritó un guardia alejándose.

Volvió a la plaza. El terror había puesto frenética a la multitud. Los hombres se arrancaban los pelos de las barbas; las mujeres chillaban y se arañaban las mejillas con las uñas hasta hacerse sangre. Los monjes de la abadía de San Juan estaban arrodillados todos juntos, con las capuchas caídas sobre la espalda y los brazos alzados al cielo. Varios de entre ellos se desgarraban las túnicas y empezaban a azotarse con bastones, en un loco intento de propiciar la ira de Dios. Alarmados por este comportamiento, los niños lloraban y sus voces agudas se unían al coro discordante de los rezos.

«Ayúdalos —le había pedido Sergio—. Prepáralos». Pero ¿cómo?

Juana subió los escalones de la muralla. Recogiendo el crucifijo que Sergio había dejado caer lo alzó para que todos lo vieran. El sol se reflejó en sus piedras preciosas produciendo un arco iris de luz.

—*Hosanna in excelsis* —empezó en voz alta. Las claras notas agudas del

cántico sagrado se difundieron sobre la multitud, fuertes, dulces y seguras. Los que estaban más cerca de la muralla alzaron el rostro hacia el sonido familiar. Curas y monjes unieron sus voces en el canto, arrodillados en el empedrado junto a obreros y costureras— *Christus qui venit nomine Domini...*

Hubo otro estruendo, seguido de un sonido de madera rompiéndose. Las puertas se combaron. Se filtró la luz por donde se había abierto una grieta.

«Dios Santo —pensó Juana—. ¿Qué pasará si entran?». Hasta aquel momento la posibilidad parecía impensable.

La inundaron los recuerdos. Vio a los hombres del norte irrumpiendo por las puertas de la catedral de Dorstadt, blandiendo las hachas. Oyó los gritos de los moribundos... vio a su hermano Juan con la cabeza aplastada... y Gisla... Gisla...

Su voz tembló y cesó. El pueblo la miró alarmado. «Sigue —se dijo—, sigue», pero su cerebro parecía congelado; no podía recordar las palabras.

—*Hosanna in excelsis*. —Una grave voz de barítono sonó a su lado.

Era León, cardenal de la iglesia de los Cuatro Santos Coronados. Había subido él también. El sonido de su voz exorcizó el miedo y siguieron juntos con el cántico.

—¡Dios y san Pedro! —Un fuerte griterío resonó al este. Los guardias que había sobre la muralla estaban saltando y aclamando—: ¡Dios sea loado! ¡Estamos salvados!

Ella miró también. Un gran ejército galopaba hacia la ciudad y sus estandartes traían los emblemas de san Pedro y la cruz.

Los sarracenos soltaron los arietes y corrieron a sus caballos. Juana miró entornando los ojos. Cuando las tropas estuvieron más cerca soltó un grito.

A la cabeza de la vanguardia con la lanza ya baja, alto, fiero y heroico, como uno de los antiguos dioses de su madre, cabalgaba Geroldo.

La batalla que siguió fue breve y dura. El ataque de los hombres de Benevento cogió por sorpresa a los sarracenos; fueron expulsados de las murallas de la ciudad y obligados a retirarse por el campo hasta el mar. En la costa, los infieles embarcaron sus tesoros robados en los navíos y se hicieron a la mar. En su prisa por partir abandonaron a gran cantidad de sus hermanos atrás. Durante semanas, Geroldo y sus hombres vigilaron las costas cazando grupos dispersos.

Roma había sido salvada. Los romanos estaban divididos entre la alegría y la angustia: alegría por la liberación, angustia por la destrucción de San Pedro. Porque la sagrada basílica había quedado irreconocible después del saqueo. La antigua cruz de oro sobre la tumba del apóstol ya no estaba, así como tampoco la gran mesa de plata con el relieve de Bizancio, regalo del emperador Carlomagno. Los infieles habían arrancado las placas de plata y oro de paredes y suelos. Incluso (¡Dios les oscureciera los ojos!) se habían llevado el altar mismo. Y si bien no pudieron mover el féretro de bronce donde estaba el cuerpo del príncipe de los apóstoles, lo habían abierto y dispersado las sagradas cenizas.

Toda la cristiandad estaba sumida en el dolor. Las huellas del tiempo habían sido preservadas tras las puertas hasta entonces invioladas del más antiguo y más grande de los templos cristianos. Innumerables generaciones de peregrinos, incluyendo a los más grandes príncipes del mundo, se habían postrado humildemente sobre su santo pavimento. Decenas de papas descansaban entre sus paredes. La

devoción de Occidente no conocía lugar más sagrado. Y este santuario de la verdadera fe, que ni godos ni vándalos ni griegos ni lombardos se habían atrevido nunca a profanar, había caído bajo una horda de piratas de África.

Sergio se culpaba por la catástrofe. Se retiró a sus aposentos sin admitir en ellos a nadie salvo a Juana y a sus asesores más íntimos. Y volvió a entregarse a la bebida, vaciando copa tras copa de vino toscano hasta obtener al fin el piadoso olvido que buscaba.

La bebida tuvo un efecto predecible: volvió la gota con fuerza multiplicada; para calmar el dolor bebía más. Dormía mal. Noche tras noche se despertaba gritando, atormentado por pesadillas en las que lo visitaba el espectro vengativo de Benedicto. Juana temía por la tensión que este ritmo de vida provocaba en su corazón ya debilitado.

—Recordad la penitencia que aceptasteis —le dijo.

—Ya no importa —respondió Sergio con desdén—. No espero nada del cielo. Dios me ha abandonado.

—No debéis culparos por lo que ha sucedido. Algunas cosas están más allá de todo poder mortal y es imposible remediarlas o prevenirlas.

Sergio negó con la cabeza.

—¡El alma de mi hermano asesinado clama contra mí! He pecado y éste es mi castigo.

—Si no pensáis en vos —dijo Juana—, ¡pensad en el pueblo! Ahora más que nunca necesita vuestro consuelo y guía.

Lo decía para animarlo, pero la verdad era otra. El pueblo se había vuelto contra Sergio. Había habido suficientes advertencias de la llegada de los sarracenos, decían, tiempo de sobra para que el papa hubiera transportado el sagrado sarcófago dentro de las murallas. La fe de Sergio en Dios, que en su momento había sido unánimemente alabada, ahora era unánimemente condenada como resultado de un orgullo pecaminoso y desastrosamente erróneo.

—*Mea culpa* —decía Sergio llorando—. *Mea maxima culpa*.

Juana razonaba, regañaba y adulaba, pero no servía de nada. La salud de Sergio se deterioraba rápidamente. Juana hizo todo lo que pudo por él, pero era inútil. Sergio estaba decidido a morir.

Aun así, la muerte tardó algún tiempo. Mucho después de haber entrado en la inconsciencia, Sergio resistía; su cuerpo se negaba a entregar la última chispa de vida. Una mañana oscura y sin sol murió al fin y su espíritu pasó tan silenciosamente que en un primer momento nadie lo notó.

Juana lo lloró sinceramente. No había sido tan buen hombre y buen papa como habría podido ser. Pero ella sabía, mejor que nadie, con qué demonios se había enfrentado, sabía cuánto había combatido por liberarse de ellos. Que hubiera perdido la batalla final no hacía menos honorable su lucha.

Fue enterrado en la maltrecha basílica junto a sus predecesores, con una ceremonia tan simple que bordeó el escándalo. Los días exigidos de duelo apenas si se observaron porque los romanos ya pensaban con impaciencia en el futuro, en la elección de un nuevo papa.

Anastasio se separó del abrazo de los helados vientos de enero y entró en la

calidez del antiguo palacio de su familia. Era la residencia más grande de toda Roma salvo, por supuesto, el *Patriarchium* y Anastasio estaba realmente orgulloso de ella. El techo abovedado de la sala de recepción tenía una altura de dos pisos y estaba hecho del más puro mármol blanco de Rávena. Las paredes estaban cubiertas de brillantes frescos con escenas de las vidas de sus antepasados. Uno representaba a un cónsul pronunciando un discurso ante el Senado; otro a un general montado en un potro negro, conduciendo a sus tropas; otro a un cardenal recibiendo el palio del papa Adriano. Un trozo de la pared del frente había quedado en blanco anticipando el muy esperado día en que la familia alcanzara el más alto honor: la coronación de uno de sus hijos como papa.

Por lo general, en el salón había una actividad incesante. Aquel día, salvo por la presencia del mayordomo, estaba vacío. Sin dignarse responder al efusivo saludo del mayordomo (pues Anastasio nunca perdía tiempo con los inferiores) fue directamente al cuarto de su padre. A aquella hora, Arsenio debería haber estado en el gran salón, hablando con los notables sobre la política compleja y gratificante del poder. Pero desde hacía un mes había caído presa de una devastadora fiebre que había agotado sus formidables energías, confinándolo a su cuarto.

—Hijo mío —saludó Arsenio alzándose de su diván a la entrada de Anastasio.

Parecía gris y frágil. Anastasio sintió una extraña oleada eufórica de fuerza al ver su propia juventud y energía resaltadas por contraste con la disminución de poder de su padre.

—Padre. —Anastasio fue hacia él con los brazos abiertos y se abrazaron cálidamente.

—¿Qué noticias hay? —preguntó Arsenio.

—La elección será mañana.

—¡Dios sea loado! —exclamó Arsenio. Era sólo una expresión. Aunque ostentaba el alto título de obispo de Orta, Arsenio no se había ordenado sacerdote y no era propiamente un hombre de iglesia. Su nombramiento en el obispado había sido un reconocimiento político por el enorme poder que tenía en la ciudad—. No veo el momento de tener a un hijo mío sentado en el trono de san Pedro.

—Ese resultado puede no ser ya tan seguro como pensábamos, padre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Arsenio ásperamente.

—El apoyo de Lotario a mi candidatura puede no ser suficiente. Por no haber defendido a Roma contra los sarracenos muchos se han puesto contra él. El pueblo pregunta por qué deberían rendir homenaje a un emperador que no los protege. En Roma crece el sentimiento de que habría que afirmar nuestra independencia del trono franco.

Arsenio lo pensó cuidadosamente.

—Debes denunciar a Lotario —dijo.

Anastasio quedó atónito. La inteligencia de su padre, siempre tan aguda y clarividente, estaba empezando a fallar.

—Si hiciera eso —respondió— perdería el apoyo del partido imperial, del que dependen todas nuestras esperanzas.

—No. Irás a hablar con ellos y les explicarás que obras estrictamente por necesidad política. Asegúrales que, a pesar de lo que te veas obligado a decir, en

realidad eres hombre del emperador y lo probarás después de tu elección con el reparto entre ellos de valiosas prebendas y beneficios.

—Lotario se pondrá furioso.

—Para entonces ya no importará. Pasaremos directamente a la ceremonia de la consagración después de la elección, sin esperar la *jussio* imperial. Dadas las circunstancias, nadie protestará porque Roma, claro está, no puede quedar sin jefe un solo día más de lo necesario bajo la amenaza de los sarracenos.

»Para cuando Lotario reciba la noticia de lo que ha sucedido, tú serás el papa, obispo de Roma... y no habrá nada que el emperador pueda hacer para cambiarlo.

Anastasio sacudió la cabeza con admiración. Su padre había evaluado la situación de inmediato. El viejo zorro podía estar perdiendo el pelo, pero no perdía nada de su sutileza.

Arsenio le tendió una larga llave de hierro.

—Ve al sótano y llévate todo el oro que necesites para convencerlos. ¡Maldita sea! —gruñó—. Si no fuera por esta horrible fiebre, lo haría yo mismo.

El tacto frío y duro de la llave en la mano le daba a Anastasio una gratificante sensación de poder.

—Tú descansa, padre. Yo me haré cargo.

Arsenio lo retuvo cogiéndolo por la manga.

—Ten cuidado, hijo mío. El juego al que estás jugando es muy peligroso. ¿No habrás olvidado lo que le sucedió a tu tío Teodoro?

¡Olvidado! El asesinato de su tío en el palacio de Letrán había sido el momento crucial de la infancia de Anastasio. El gesto de Teodoro cuando los guardias papales le arrancaron los ojos perseguiría a Anastasio hasta la tumba.

—Tendré cuidado, padre —dijo—. Déjame todo a mí.

—Precisamente es lo que me propongo hacer —respondió Arsenio.

Ad te, Domine, levavi animam meam... Juana rezaba arrodillada en la piedra fría de la capilla del palacio. Pero por mucho que rezara, no podía alzarse a la luz de la gracia; la poderosa atracción de un afecto mortal la mantenía con las raíces fijas aquí abajo.

Amaba a Geroldo. Ya no tenía sentido tratar de evadir o negar aquella simple verdad. Cuando lo había visto cabalgando hacia la ciudad a la cabeza de las tropas de Benevento, todo su ser se había precipitado hacia él con un impulso poderoso.

Tenía treinta y tres años. Y no había nadie con quien tuviera una relación íntima. Las realidades prácticas de su disfraz no le habían permitido acercarse demasiado a nadie. Había vivido su vida disimulando, ocultando la verdad de su ser.

¿Era por eso por lo que Dios le negaba su gracia bendita? ¿Quería Él que abandonara su disfraz y viviera la vida de mujer para la que había nacido?

La muerte de Sergio la había liberado de toda obligación de seguir en Roma. El siguiente papa sería Anastasio y no habría lugar para Juana en su administración.

Había combatido sus sentimientos hacia Geroldo durante demasiado tiempo. Qué bendito alivio sería dejarse ir, seguir los dictados de su corazón y no los de su cabeza.

¿Qué pasaría cuando ella y Geroldo volvieran a verse? Sonrió para sí, imaginándose la alegría de aquel momento.

Ahora todo era posible. Cualquier cosa podía suceder.

El día señalado para la elección, una gran multitud se había reunido en la extensa zona abierta al suroeste de Letrán. De acuerdo con la antigua costumbre, formalmente reconocida en la constitución del año 824, todos los romanos, legos y clérigos, participaban en la elección de un nuevo papa.

Juana se puso de puntillas tratando de ver por encima del mar de cabezas y brazos. ¿Dónde estaba Geroldo? Había oído rumores de que estaba de vuelta de su campaña contra los sarracenos. Si era cierto, iría allí. De pronto la conmovió un temor: ¿y si había vuelto a Benevento sin verla?

La multitud se abrió respetuosamente cuando llegaron Eustaquio, el arcipreste; Desiderio, el archidiacono; y Pascual, el *primicerius*: el triunvirato de funcionarios que por tradición gobernaba la ciudad *sede vacante*, es decir, durante el intervalo entre la muerte de un papa y la elección del siguiente.

Eustaquio dirigió al pueblo una breve plegaria:

—Padre celestial, guíanos en lo que haremos hoy para que podamos obrar con prudencia y honor, para que el odio no destruya la razón y el amor no interfiera con la verdad. En el nombre de la santa e indivisible Trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

Tomó la palabra Pascual:

—Ahora que el papa Sergio ha ido a reunirse con Dios, nos compete elegir a su sucesor. Cualquier romano aquí reunido puede hablar y expresar qué sentimientos ha inspirado Dios en él, para que pueda tomarse una decisión general.

—Mi señor *primicerius*. —Tassilo, jefe del partido imperial y uno de los agentes de Lotario, habló inmediatamente—. Un nombre se alza por sí solo por encima de todos los demás. Hablo de Anastasio, obispo de Castellum, hijo del ilustre Arsenio. Todas las cualidades de la naturaleza de este hombre lo recomiendan para el trono: su noble nacimiento, su extraordinario saber, su indiscutible piedad. En Anastasio tendremos un defensor no sólo de nuestra fe cristiana sino de nuestros intereses privados también.

—¡De «tus» intereses, querrás decir! —gritó con acento de burla una voz entre la multitud.

—De ninguna manera —respondió Tassilo—. La generosidad de Anastasio lo hará un verdadero padre para todos vosotros.

—¡Es el hombre del emperador! —volvió a gritar la voz de antes—. ¡No queremos un hombre al servicio de los francos en el trono del papa!

—¡Es cierto! ¡Es cierto! —gritaron varias voces.

Anastasio subió a la plataforma. Extendió los brazos en un gesto dramático, acallando las voces:

—Conciudadanos romanos, me juzgáis mal. El orgullo de mis nobles ancestros romanos corre con tanta fuerza en mis venas como en las vuestras. ¡No doblo la rodilla ante ningún señor franco!

—¡Oíidle, oíidle! —gritaron con entusiasmo sus partidarios.

—¿Dónde estaba Lotario cuando el infiel estaba a nuestras puertas? —siguió Anastasio—. Al no acudir en nuestro auxilio perdió el derecho a llamarse «Protector de las tierras de san Pedro». Por su alto rango le debo honor a Lotario; por ser un

cristiano, le debo cortesía; ¡pero mi lealtad está antes y siempre con la Madre Roma!

Había hablado bien. Sus partidarios volvieron a vitorearlo y esta vez se les unieron otros. La marea de la opinión estaba volcándose hacia Anastasio.

—¡Es mentira! —gritó Juana.

A su alrededor, las caras se volvieron hacia ella con sorpresa.

—¿Quién habla? —preguntó Pascual mirando entre la multitud—. Que el acusador se adelante.

Juana vaciló. Había gritado sin pensar, movida por la ira ante la hipocresía de Anastasio. Pero ya no podía echarse atrás. Con audacia subió a la plataforma.

—¡Vaya, pero si es Juan Anglico! —dijo alguien.

Un murmullo de reconocimiento barrió la multitud; todos conocían o habían oído hablar del valor de Juana en las murallas durante el ataque sarraceno.

Anastasio le bloqueó el paso.

—No tienes derecho a dirigirte a esta asamblea —dijo—. No eres ciudadano romano.

—¡Que hable! —gritó una voz.

Otros la apoyaron y al fin Anastasio se vio obligado a hacerse a un lado.

—Expón tu acusación abiertamente, Juan Anglico —dijo Pascual.

Encogiéndose de hombros Juana habló.

—El obispo Anastasio hizo un pacto con el emperador. Pude oírlo mientras prometía que conduciría a los romanos de vuelta al trono franco.

—¡Falso! ¡Mentiroso! —Los miembros del partido imperial empezaron a gritar en un intento por impedirle hablar.

Alzando la voz sobre ellos Juana relató cómo había oído a Lotario pedirle ayuda a Anastasio para que el pueblo romano hiciera el juramento de lealtad y cómo Anastasio había accedido, a cambio del apoyo de Lotario.

—Es una grave acusación —dijo Pascual—. ¿Qué respondes, Anastasio?

—Ante Dios digo que este cura está mintiendo —dijo Anastasio—. Y no creo que mis conciudadanos crean en un extranjero más que en un romano.

—¡Pero fuiste el primero en apoyar el juramento! —gritó alguien.

—¿Y qué? —respondió otro—. ¡Eso no prueba nada!

Siguió un prolongado griterío. El debate se acaloraba y el humor de la multitud iba hacia un lado y hacia el otro, mientras se sucedían los oradores apoyando o condenando a Anastasio.

—¡Mi señor *primicerius*! —Arighis, que hasta aquel momento no había hablado, se adelantó.

—*Vicedominus*. —Pascual se dirigió a Arighis con respeto, aunque con sorpresa. Aun siendo un devoto y leal funcionario del trono papal, Arighis nunca se metía en política— ¿Tienes algo que añadir a esta discusión?

—Sí. —Arighis se volvió para dirigirse a la multitud—: Ciudadanos de Roma, no estamos libres del peligro. Cuando llegue la primavera, los sarracenos pueden intentar otro asalto a la ciudad. Contra esta amenaza debemos unirnos. No puede haber divisiones entre nosotros. Aquel a quien elijamos como papa debe ser alguien a quien todos aprobemos.

Un murmullo de asentimiento recorrió a la multitud.

—¿Existe un hombre así? —preguntó Pascual.

—Existe —respondió Arighis—. Un hombre con visión y fortaleza, y también con saber y piedad: León, cardenal de la iglesia de los Cuatro Santos Coronados.

La sugerencia fue recibida con un profundo silencio. Todos habían estado tan absortos en discutir sobre los méritos de la candidatura de Anastasio que no se habían parado a considerar a nadie más.

—La sangre de León es tan noble como la de Anastasio —siguió Arighis—. Su padre es un respetado miembro del Senado. Ha cumplido con sus deberes de cardenal con distinción. —Arighis reservó su punto más fuerte para el final—: ¿Alguno de nosotros podrá olvidar que estuvo valientemente en las murallas durante el ataque sarraceno, alentando nuestro espíritu? Es un león de Dios, otro san Lorenzo, un hombre que puede protegernos y que nos protegerá del infiel.

La exigencia del momento había llevado a Arighis a una elocuencia que no era característica de él. En respuesta a la profundidad de sus sentimientos muchos en el público estallaron en un espontáneo aplauso.

Aprovechando la ocasión, los miembros del partido papal adoptaron al candidato.

—¡León! ¡León! —gritaron— ¡Queremos a León como nuestro señor!

Los partidarios de Anastasio volvieron a gritar su candidatura. Pero el sentimiento de la mayoría había cambiado, era evidente. Cuando se hizo claro que el partido imperial no se llevaría el triunfo, cambiaron su apoyo a León. Y así, por voto unánime, León fue proclamado papa.

Llevado en triunfo a hombros de sus compatriotas, León ascendió a la plataforma. Era un hombre bajo pero bien formado, todavía joven, con vigorosos rasgos romanos enmarcados entre el espeso cabello castaño rizado y con una expresión que sugería inteligencia y humor. Con solemnidad, Pascual se postró ante él y le besó los pies. Eustaquio y Desiderio lo imitaron de inmediato.

Todos los ojos se volvieron expectantes hacia Anastasio. Por una fracción de segundo vaciló. Obligó a sus rodillas a doblarse. Tendiéndose en el suelo, besó los pies del papa elegido.

—Levántate, noble Anastasio. —León le ofreció la mano, ayudándolo a ponerse de pie—. Desde hoy eres cardenal de San Marcelo.

Era un gesto generoso; San Marcelo era una de las mayores iglesias romanas. León hacía entrega a Anastasio de uno de los más prestigiosos cargos de Roma.

La multitud dio su aprobación.

Anastasio obligó a sus labios a formar una sonrisa mientras el gusto amargo de la derrota le llenaba la boca como si tuviera un puñado de cenizas.

—*Magnus Dominus et laudabilis nimis.*

Las notas del introito entraban por la ventana del pequeño cuarto donde Juana guardaba sus medicamentos. Como San Pedro estaba en ruinas, la ceremonia de consagración se realizaba en la basílica de Letrán.

Juana debería haber estado en la iglesia con el resto del clero, presenciando la coronación de un nuevo papa. Pero había mucho que hacer allí, colgar las hierbas recién recogidas, rellenar jarras y frascos con las medicinas apropiadas, poner las cosas en orden. Cuando hubo terminado, examinó los estantes con sus filas bien

ordenadas de pociones, hierbas y compuestos, palpable testimonio de todo lo que había aprendido en las artes de curar. Con un toque de nostalgia comprendió que echaría de menos aquel pequeño taller.

—Pensé que te encontraría aquí. —La voz de Geroldo sonó a sus espaldas.

El corazón de Juana dio un súbito salto de placer. Se volvió hacia él y sus ojos se encontraron.

—Tú —dijo Geroldo suavemente.

—Tú.

Se sonrieron con la calidez de una intimidad reestablecida.

—Es curioso —dijo él— Casi lo había olvidado.

—¿Olvidado?

—Cada vez que te veo... te descubro de nuevo.

Ella fue hacia él y se abrazaron con ternura.

—Las cosas que dije la última vez que estuvimos juntos... —murmuró

Juana—. No quería...

Geroldo le puso un dedo en los labios.

—Déjame hablar a mí antes. Lo que sucedió fue culpa mía. Me equivocaba al pedirte que te fueras; ahora lo entiendo. No comprendía cuánto has logrado aquí... lo que has llegado a ser. Tú tenías razón, Juana. Nada que yo pueda ofrecerte puede compararse con esto.

«Salvo el amor», pensó Juana. Pero no lo dijo. Dijo simplemente:

—No quiero volver a perderte.

—No lo harás —dijo Geroldo—. No volveré a Benevento. León me ha pedido que me quede en Roma... como *superista*.

¡*Superista!* Era un honor extraordinario, el más alto cargo militar en Roma; era el comandante en jefe de las milicias papales.

—Hay trabajo por hacer aquí, trabajo importante. El tesoro de San Pedro que arrancaron los sarracenos no hará más que alentarlos a volver por más.

—¿Crees que volverán?

—Sí. —A cualquier otra mujer le habría mentido para tranquilizarla. Pero Juana no era como cualquier otra mujer—. León necesitará nuestra ayuda, Juana. Tuya y mía.

—¿Mía? No veo qué puedo hacer yo.

Geroldo dijo lentamente:

—¿Nadie te lo ha dicho?

—¿Dicho qué?

—Que serás *nomenclator*.

—¿Qué? —No podía haber oído bien. El *nomenclator* era uno de los siete *optimates*, los más altos funcionarios de Roma: el ministro de la caridad, protector y guardián de viudas y huérfanos.

—¡Pero... soy un extranjero!

—Eso no le importa a León. No es un hombre que se deje llevar por tradiciones sin sentido.

Se le ofrecía la oportunidad de su vida. Pero aceptarla también significaría el fin de sus esperanzas de vivir con Geroldo.

Desgarrada entre deseos opuestos, Juana no se atrevía a hablar. Interpretando mal su silencio Geroldo dijo:

—No te preocupes, Juana. No volveré a molestarte con propuestas de matrimonio. Ahora sé que nunca podríamos estar juntos de ese modo. Pero será bueno volver a trabajar juntos, como hemos hecho antes. Siempre fuimos buenos amigos, ¿no?

A Juana la cabeza le daba vueltas; todo estaba saliendo de modo tan diferente a como lo había imaginado... Su voz, cuando respondió, era un susurro.

—Sí. Lo fuimos.

—*Sanctus, Sanctus, Sanctus*. —Las palabras del himno sacro llegaban a sus oídos por la ventana abierta.

La ceremonia de consagración había concluido; la misa estaba a punto de empezar.

—Ven —dijo Geroldo ofreciéndole la mano—. Vamos juntos a saludar a nuestro nuevo papa.

Veinticinco

El nuevo pontífice emprendió sus tareas con un vigor juvenil que cogió a todos por sorpresa. De la noche a la mañana pareció como si el *Patriarchium* se hubiera transformado de un polvoriento palacio monástico en una fábrica llena de actividad. Notarios y secretarios corrían por los pasillos, con los brazos cargados de rollos de pergamino en los que había planos, estatutos, reglamentos y beneficios.

La prioridad estaba en la fortificación de las defensas de la ciudad. A petición de León, Geroldo hizo un cuidadoso recorrido de las murallas, tomando nota de cada punto débil. Según sus sugerencias se trazaron planos y empezó el trabajo de reparar muros y puertas. Tres de las puertas y quince de las torres de la muralla fueron completamente reconstruidas. Se alzaron dos torres nuevas en las orillas del Tíber, donde el río entraba en la ciudad por la puerta de Porto. Entre cada torre se tendieron estratégicamente cadenas de hierro reforzado. Al cruzar el río, las cadenas formaban una barrera infranqueable para los barcos. Los sarracenos no podrían volver a entrar en la ciudad, por ese medio, al menos.

Seguía en pie la difícil cuestión de cómo proteger San Pedro. Para analizar el asunto, León convocó una reunión con el alto clero y los *optimates*, además de Geroldo y Juana.

Se presentaron varias sugerencias: apostar una guarnición permanente alrededor de la basílica, cerrar el pórtico, fortificar las puertas y ventanas con barrotes de hierro.

León escuchaba sin entusiasmo.

—Esas medidas sólo servirán para retrasar una entrada por la fuerza, no para impedir la.

—Con respeto, Santidad —dijo Anastasio—, el retraso es nuestra mejor defensa. Si podemos retrasar a los bárbaros hasta que lleguen las tropas del emperador...

—«Si» llegan... —dijo Geroldo secamente, interrumpiéndolo.

—Debes creer en Dios, *superista* —replicó Anastasio.

—¿Crear en Lotario, quieres decir? Pues no, no creo.

—Perdona, *superista* —dijo Anastasio con exagerada cortesía—, por señalar lo obvio, pero en realidad no hay nada más que podamos hacer por el momento ya que la basílica está fuera de los muros de la ciudad.

—Podemos ponerla dentro —dijo Juana.

Las cejas de Anastasio se arquearon en un gesto irónico.

—¿Qué propones, Juan... transportar todo el edificio piedra a piedra?

—No —respondió Juana—, propongo extender las murallas de la ciudad alrededor de San Pedro.

—¡Una nueva muralla! —. El interés de León se encendió.

—Totalmente impracticable —dijo Anastasio—. Un proyecto tan enorme no ha sido emprendido desde los tiempos de los antepasados.

—Entonces —dijo León— ya es hora de emprenderlo.

—¡No tenemos los fondos! —protestó Gracio, el *arcarius* o tesorero papal—.

¡Podríamos agotar todo el tesoro y el trabajo todavía estaría por la mitad!

León lo pensó.

—Crearemos nuevos impuestos. Después de todo, es normal que la nueva muralla, que servirá para la protección de todos, sea completada con ayuda de todos.

La mente de Geroldo ya se adelantaba.

—Podríamos empezar la construcción aquí —señaló un punto del mapa de la ciudad—, junto al castillo de Sant'Angelo. La muralla podría ir bordeando la colina del Vaticano —trazó una línea imaginaria con el dedo—, dar la vuelta a San Pedro y bajar en línea recta hasta el Tíber.

La línea en forma de herradura que había trazado incluía no sólo San Pedro y los monasterios y diáconos que lo rodeaban sino todo el Borgo, en el que estaban los prósperos poblados de sajones, frisios, francos y lombardos.

—¡Es toda una ciudad! —exclamó León.

—*Civitas Leonina* —dijo Juana.

Anastasio y los demás miraban con malhumor a León, Geroldo y Juana, que sonreían como conspiradores.

Después de semanas de consultas con los maestros constructores de la ciudad, se completó el diseño para la muralla. Era un proyecto ambicioso. Hecha con hiladas de piedra caliza y losas, la muralla tendría doce metros de alto y tres y medio de ancho, y estaría defendida por nada menos que cuarenta y cuatro torres; una barrera que podría soportar aun el más decidido asedio.

En respuesta a la llamada de León acudieron trabajadores de todas las ciudades y colonias de la campaña papal. Se agolpaban en los distritos del Borgo, explotando al máximo los recursos de la ciudad. Aunque leales y ansiosos por servir, carecían de experiencia y de disciplina y sus esfuerzos fueron difíciles de organizar. Daban vueltas sin saber bien qué hacer porque no había suficientes trabajadores experimentados para supervisar las obras. A mediados de mayo, todo un sector de la muralla se derrumbó inesperadamente y murieron varios hombres.

El clero, dirigido por los cardenales de la ciudad, pidió a León que abandonara el proyecto. El derrumbamiento de la muralla era una clara señal de la desaprobación divina, dijeron. Toda la idea era impracticable; una estructura tan alta nunca se sostendría, y si lo hacía, nunca quedaría completada a tiempo para defenderlos contra los sarracenos. Era mucho mejor dirigir las energías del pueblo hacia la plegaria solemne y el ayuno para desviar la ira de Dios.

—Rezaremos como si todo dependiera de Dios y trabajaremos como si todo dependiera de nosotros —respondió León con obstinación.

Todos los días iba a caballo a constatar el progreso de la construcción y a alentar a los trabajadores. Nada podía apartarlo de la decisión de ver terminada la muralla.

Juana admiraba la tenacidad de León contra los escépticos. Completamente distinto de Sergio en carácter y temperamento, León era un verdadero líder espiritual, un hombre de impulso y energía y con enorme fuerza de voluntad. Pero la admiración de Juana no era compartida por todos. En la ciudad, los sentimientos se dividían entre los que aprobaban la muralla y los que se oponían a ella. Pronto se hizo evidente que la capacidad de León de seguir gobernando dependería en gran medida de su éxito en

completarla.

Anastasio era consciente de la situación y la ocasión que representaba. La obsesión de León con la muralla lo hacía peligrosamente vulnerable. Si el proyecto resultaba un fracaso, la desaprobación popular resultante podría dar a Anastasio la oportunidad que necesitaba. Sus partidarios en el partido imperial podían marchar sobre Letrán, quitar al papa desacreditado e instalarlo a él en su lugar.

Una vez que fuera papa, Anastasio protegería la santa basílica de San Pedro renovando y reforzando los lazos de Roma con el trono franco. Los ejércitos de Lotario serían defensa mucho más eficaz contra el infiel que la absurda muralla de León.

Pero tenía que obrar con cautela, se dijo. Era mejor no adoptar una postura de abierta oposición a León, al menos mientras el pueblo siguiera esperando el resultado de la atrevida empresa del pontífice.

Lo más prudente era apoyar a León públicamente y a la vez hacer todo lo posible por sabotear el proyecto. Con este fin Anastasio ya había logrado provocar el derrumbamiento de un sector de la muralla. No había sido difícil; unos pocos de sus hombres más fiables se habían introducido en la obra de noche y habían debilitado los cimientos con una excavación escondida. Pero el derrumbamiento no había tenido el efecto esperado. Era evidente que se necesitaría algo más: un desastre de proporciones suficientes para poner fin a todo aquel ridículo proyecto de una vez por todas.

La mente de Anastasio iba de un lado a otro, buscando el modo de golpear. Una y otra vez sin llegar a ninguna idea. Luchaba contra aquella creciente frustración. Si sólo pudiera tener una mano gigante con la que coger toda aquella construcción y arrojarla a las llamas del infierno de un gran golpe irrefutable...

Las llamas del infierno...

Levantó la cabeza animado por la repentina aparición de una idea.

Juana despertó lentamente al nuevo día. Por un momento estuvo confundida, mirando las vigas del techo. Y recordó: no estaba en los dormitorios, sino en su propio aposento privado; uno de los privilegios de su alto puesto de *nomenclator*. Geroldo también tenía aposentos privados en el *Patriarchium* pero no había dormido allí durante semanas porque prefería alojarse en la escuela franca en el Borgo, para estar más cerca de la obra en construcción.

Juana lo había visto desde lejos, cabalgando cerca de la obra, alentando a los trabajadores o inclinándose sobre una mesa para examinar los planos con alguno de los maestros constructores. No habían podido intercambiar más que una mirada de paso. Pero el corazón de ella se alteraba cada vez que lo veía. «Realmente —pensaba—, este cuerpo mío de mujer es un traidor».

Con un esfuerzo deliberado fijó su atención en las tareas de la jornada que la esperaban.

La luz del amanecer ya entraba por la ventana. Con un sobresalto comprendió que debía de haberse dormido. Si no se daba prisa, llegaría tarde a su reunión con el director del hospicio de San Miguel.

Al bajar de la cama comprendió que la luz que entraba en el cuarto no era la del amanecer. No podía ser porque aquella ventana daba al oeste.

Corrió a ver. Detrás de la silueta oscura de la colina Palatina, en el otro

extremo de la ciudad, cintas de luz roja y anaranjada cruzaban el cielo sin luna.

Llamas. Y procedían del Borgo.

Sin pararse a ponerse los zapatos Juana corrió descalza por los pasillos.

—¡Fuego! —gritaba—. ¡Fuego! ¡Fuego!

Se abrían puertas y se asomaban hombres asustados, entre ellos Arighis, frotándose los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó en tono severo.

—¡El Borgo está en llamas!

—*¡Deo, juva nos!* —Arighis se persignó— Tengo que despertar a su santidad.

—Corrió hacia los aposentos papales.

Juana bajó corriendo las escaleras hacia la puerta. Desde allí era más difícil ver porque los numerosos oratorios, monasterios y casas del clero que rodeaban el palacio impedían la visión, pero notó que el fuego se había extendido ya que todo el cielo nocturno estaba iluminado con el mismo brillo rojizo.

Otros seguían a Juana hasta el pórtico. Cayeron de rodillas sollozando e invocando a Dios y a san Pedro. Apareció León, descalzo y con una sencilla túnica.

—Reúne a los guardias —ordenó a un chambelán—. Despierta a los hombres de las cuadras. Que preparen todos los caballos y carros disponibles.

El chambelán corrió a transmitir las órdenes.

Llevaron caballos, inquietos e irritados por haber sido arrancados del calor de sus cuadras en mitad de la noche. León montó en el primero, un bayo.

Arighis tenía un gesto preocupado.

—¿No pensaréis ir allí?

—Iré —respondió León cogiendo las riendas.

—Santidad, debo impedirlo. ¡Es demasiado peligroso! Sería más apropiado que os quedarais aquí, oficiando una misa.

—Puedo orar tan bien fuera de una iglesia como dentro —replicó León—. A un lado, Arighis.

De mala gana, Arighis obedeció. León espoleó al bayo y partió calle abajo. Juana y varios guardias montaron y lo siguieron de cerca.

Arighis los vio alejarse con gesto ceñudo. No era buen jinete, pero su lugar estaba al lado del papa. Si León persistía en aquel tonto capricho, su deber era acompañarlo. Montó torpemente y partió tras ellos.

Fueron al galope con sus antorchas proyectando luces fugaces sobre las fachadas y sus sombras superponiéndose unas a otras por las calles oscuras como locos fantasmas. Al acercarse al Borgo, el olor acre del humo les subió a la nariz y oyeron el ruido, como el rugido de mil bestias salvajes. Al dar la vuelta a una esquina vieron el fuego delante.

Era una escena infernal. Todo un bloque de casas estaba en llamas envuelto en sólidas capas de fuego. A través de una brillante niebla roja se veían los edificios de madera que se contraían en las garras de las llamas que los consumían. Perfiladas sobre el fondo encendido, las figuras de los hombres parecían las almas torturadas de los condenados.

Los caballos relincharon y se echaron atrás torciendo las cabezas. Un sacerdote fue corriendo hacia ellos a través del humo con la cara llena de sudor y

hollín.

—¡Santidad! ¡Gracias a Dios que habéis venido!

Por su acento y vestido, Juana supo que era un franco.

—¿Es tan malo como parece? —preguntó León sin perder la calma.

—Tan malo y peor —respondió el cura—. La muralla de Adriano está destruida y el hospicio de San Peregrino también. Los barrios extranjeros ya han caído... La escuela sajona se quemó hasta los cimientos junto con su iglesia. Las casas de la escuela franca están en llamas. Yo apenas si logré salvar mi vida.

—¿Has visto a Geroldo? —preguntó Juana con tono de apremio.

—¿El *superista*? —El cura negó con la cabeza—. Dormía en uno de los pisos altos con los constructores. Dudo que hayan podido salir; el humo y el fuego se propagaron demasiado rápido.

—¿Y los supervivientes? —preguntó León—. ¿Dónde están?

—La mayoría se ha refugiado en San Pedro. Pero hay fuego en todas partes. Si no lo detienen, la basílica misma puede estar en peligro.

León alzó una mano.

—Ven con nosotros; iremos hacia allí.

El cura saltó a la grupa del caballo del papa y partieron en dirección a San Pedro.

Juana no los siguió. Pensaba en otra cosa: en encontrar a Geroldo.

El muro de fuego se alzaba en línea recta y sin interrupciones ante ella. No había modo de entrar por aquí. Empezó a rodearlo hasta llegar a una fila de calles ennegrecidas a través de las cuales el fuego ya había pasado y se introdujo en una que llevaba hacia la escuela franca.

Ardían todavía fuegos aislados a ambos lados y el humo se hacía más espeso. El miedo le endurecía la garganta, pero trató de seguir adelante. Su caballo se agitaba negándose a avanzar; a fuerza de gritos y azotes logró hacerlo marchar. Atravesaba un paisaje de horror: trozos de árboles, esqueletos de casas, cuerpos calcinados y ennegrecidos de los que habían sido atrapados. El corazón se le encogía; era imposible que hubiera sobrevivido nadie a aquel holocausto.

De pronto, del modo más inesperado, se alzaron ante ella las paredes de un edificio. ¡La escuela franca! La iglesia y los edificios contiguos habían sido reducidos a cenizas, pero milagrosamente la residencia principal seguía en pie.

El corazón le latió con renovada esperanza. ¡Quizá Geroldo había logrado escapar! O quizá seguía dentro herido, necesitado de ayuda.

El caballo se detuvo y se negó a dar un paso más. Cuando volvió a golpearlo, retrocedió, arrojándola al suelo. Y al verse libre escapó a todo galope.

Juana quedó aturdida y sin aliento. A su lado yacía un cadáver, brillante y negro como obsidiana fundida, con la espalda arqueada en la agonía. Dando arcadas se levantó y corrió hacia la escuela. Tenía que encontrar a Geroldo; nada más importaba.

Había ceniza en todas partes, en el suelo, en sus ropas, en su cabello, suspendida alrededor de ella en una pesada nube asfixiante. Las brazas le quemaban los pies descalzos; lamentó, demasiado tarde, no haberse puesto zapatos.

La puerta de la escuela apareció ante ella. Otros pocos metros y la alcanzaría.

—¡Geroldo! —gritó—. ¿Dónde estás?

Salvaje e ingobernable como el viento que lo azotaba, el fuego cambió de dirección depositando materia encendida en el tejado, ya seco como yesca por el primer paso de las llamas. No tardó en encenderse; al instante todo el edificio estallaba en llamaradas.

Juana sintió que el cabello se le erizaba con el repentino calor. El fuego la acariciaba con sus lenguas ardientes.

—¡Geroldo! —volvió a gritar, rechazada por las llamas que avanzaban.

Geroldo se había quedado despierto hasta tarde, examinando los planos de la muralla. Cuando al fin sopló la vela, estaba tan exhausto que se hundió de inmediato en un sueño profundo y sin sueños.

Lo despertó el olor del humo. «Una lámpara debe de haberse caído», pensó, y se levantó para apagarla. Le bastó aspirar para que le ardieran los pulmones con un dolor que lo hizo caer de rodillas, jadeando en busca de aire. «Pero ¿de dónde viene?». El humo espeso le hacía imposible ver más allá de unos pocos metros en cada dirección.

Cerca sonaba un aterrorizado griterío de niños. Geroldo se arrastró en su dirección. Aparecieron ante él caras asustadas en la oscuridad: dos niños, un chico y una chica, de no más de cuatro o cinco años. Corrieron hacia él y lo abrazaron llorando a gritos.

—Está bien. —Simuló una seguridad que no sentía—. Ahora saldremos de aquí. ¿Os gusta jugar al caballito?

Los chicos asintieron, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Bien. —Se echó a los dos niños al hombro—. Agarraos. Saldremos cabalgando.

Se movía torpemente con el peso de los niños. El humo se había vuelto más espeso aún. Los niños jadeaban y escupían. Geroldo combatió un temor que ya subía en él. Muchas víctimas de los incendios morían sin marcas de quemaduras, sólo por el humo que les impedía respirar.

De pronto comprendió que había perdido el rumbo. Buscaba con la vista en la oscuridad pero no podía distinguir la puerta con el humo cada vez más cerrado.

—¡Geroldo! —llamaba una voz a través de la tiniebla asfixiante.

Inclinándose en busca de aire se arrojó ciegamente hacia el lugar del que procedía el grito.

Ante los muros de San Pedro se libraba una enconada batalla contra el fuego. Se había reunido una multitud para defender la basílica amenazada: monjes de túnica negra del vecino monasterio de San Juan y sus compañeros encapuchados del monasterio griego de San Cirilo; diáconos, curas y monaguillos; prostitutas y mendigos; hombres, mujeres y niños de todas las escuelas extranjeras del Borgo: sajones, lombardos, ingleses, frisios y francos. Por falta de una coordinación central, los esfuerzos de estos grupos eran en gran medida inútiles. Había una búsqueda caótica de cualquier recipiente con el que recoger agua de pozos y cisternas cercanos. Una fuente estaba tan rodeada de gente que era imposible acercarse a ella, mientras que otra, más próxima, estaba desierta. Gritando en una enorme variedad de idiomas todos se apretujaban para llenar sus recipientes; las jarras chocaban y se rompían, volcando el precioso líquido. En el curso de la lucha, la fuente se rompió; el único

modo de recoger el agua era subir al caño y pasar el cubo, proceso tan lento que fue descartado.

—¡Al río! ¡Al río! —gritaron, lanzándose colina abajo hacia el Tíber.

En el miedo y la confusión, algunos partieron con las manos vacías y sólo al llegar a la orilla comprendieron que no tenían en qué transportar el agua. Otros llevaban enormes jarras que, una vez llenas, superaban sus fuerzas; en medio de la colina las tenían que dejar, gimiendo de frustración.

En medio de este caos, León estaba ante las puertas de San Pedro, tan sólido e inmóvil como las mismas piedras de la gran basílica. Su presencia infundía ánimos a la gente. En tanto su papa estuviera allí no todo estaba perdido; todavía había esperanza. Siguieron combatiendo las llamas que avanzaban inexorablemente, haciendo retroceder sin piedad la línea de sudorosos y esforzados luchadores contra el incendio.

A la derecha de la basílica, la biblioteca del monasterio de San Martín estaba en llamas; fragmentos de pergamino encendido salían por las ventanas abiertas y llevados por el viento caían sobre el tejado de San Pedro.

Arighis tiró de la manga de León.

—Debéis iros ya, santidad, mientras haya tiempo.

Haciendo caso omiso de él, León siguió rezando.

«Llamaré a los guardias —pensó Arighis en su desesperación—. Haré que lo saquen por la fuerza». Como *vicedominus* tenía autoridad para hacerlo. Pero se debatía en la duda. ¿Acaso podía atreverse a desobedecer al apostólico, aunque fuera para salvarlo?

Vio el peligro antes que nadie. Un gran trozo de mantel de seda de un altar voló entre las paredes derrumbadas del monasterio, como una ola de fuego. El viento lo lanzó directamente hacia León con la precisión de una flecha.

Arighis se arrojó sobre León y lo empujó. Un instante después la tela caía sobre la cara de Arighis, quemándole los ojos y envolviéndole la cabeza y el cuerpo. De inmediato sus ropas y cabellos se encendieron.

Ciego y sordo por las llamas, corrió por la escalinata de la basílica hasta que las piernas cedieron y cayó. En los últimos terribles momentos, cuando su cuerpo ya se quemaba aunque el cerebro permaneciera alerta, Arighis comprendió de repente: aquél era su destino, el momento del sacrificio hacia el que había estado dirigida toda su vida.

—¡Cristo Jesús! —gritó cuando el dolor insoportable le atravesó el corazón.

La nube de humo se levantó un poco y Geroldo vio delante la puerta abierta. Más allá, la imagen de Juana temblaba en el aire caldeado con su cabello muy rubio como un halo de luz. Con un esfuerzo final Geroldo se levantó con los niños al hombro y se lanzó a través de la puerta.

Juana lo vio emerger de entre la niebla de humo y correr hacia ella. Ayudó a los niños que lloraban y los apretó contra su cuerpo mientras sus ojos seguían fijos en Geroldo, que se balanceaba frente a ella, incapaz de hablar o moverse.

—Gracias a Dios —dijo Juana simplemente.

Pero el mensaje de sus ojos decía mucho más.

Dejaron los niños al cuidado de un grupo de monjas y corrieron hacia la

basílica, donde Geroldo vio de inmediato que los que luchaban contra el fuego se habían situado en una línea equivocada; combatían las llamas desde demasiado cerca.

Tomó el mando. Ordenó a los hombres que se pusieran a una mayor distancia y crearan un cortafuego arrancando arbustos, quitando ramas y todo lo que pudiera arder, removiendo la tierra y mojándola.

Al ver las chispas que caían sobre la basílica, Juana cogió el cubo de agua de un monje que pasaba y subió con él al tejado.

Otros la siguieron: dos, cuatro, diez. Formaron una cadena humana, pasándose cubos llenos de abajo arriba y devolviéndolos vacíos. Pasar, arrojar, pasar, llenar, pasar, arrojar, pasar, llenar... trabajaron codo con codo, con los brazos doloridos por el esfuerzo; las ropas y las caras tiznadas; las bocas abiertas respirando el aire caliente. En el suelo bajo ellos, el fuego se acercaba, las llamas se deslizaban sobre la hierba que se ennegrecía en un instante. Geroldo y los hombres trabajaban desesperadamente por aumentar el ancho del cortafuego.

En los escalones de la basílica, León hizo la señal de la cruz y su cara se volvió implorante hacia el cielo.

—¡Oh! Señor Dios —rezó—. ¡Oye nuestro clamor hacia Ti!

El fuego llegó a la línea de tierra removida. Las llamas se hincharon como si se dispusieran a saltar sobre el terreno vaciado. Geroldo y sus hombres atacaron con más cubos de agua. Las llamas vacilaron, retrocedieron silbando con furia y empezaron a consumirse.

La basílica estaba salvada.

Juana sintió en la cara la reconfortante humedad de las lágrimas.

Los primeros días después del incendio se emplearon en enterrar a los muertos, al menos aquellos cuyos cuerpos pudieron encontrarse. El intenso calor del fuego había reducido a muchas de sus víctimas a huesos calcinados y ceniza.

Arighis, como correspondía a su alta posición, fue enterrado con solemne ceremonia. Tras la misa de difuntos celebrada en Letrán su cuerpo fue colocado en una cripta en una pequeña capilla cerca de las tumbas de los papas Gregorio y Sergio.

Juana lloró su muerte. No siempre se había llevado bien con Arighis, especialmente al principio, pero habían llegado a respetarse. Echaría de menos su callada eficiencia, su completo conocimiento de cada detalle del complicado funcionamiento interno del *Patriarchium*, y hasta la tranquila altivez con que había llevado a cabo los deberes de su cargo. Era adecuado que descansara por toda la eternidad cerca de los apóstólicos a quienes había servido con tanta devoción.

Tras observarse los días de duelo, empezó la contabilidad de los daños causados por el incendio. La Muralla Leonina, donde al parecer se había iniciado el fuego, había sufrido sólo daños menores, pero unas tres cuartas partes del Borgo habían quedado completamente destruidas. Los distritos extranjeros y sus iglesias habían quedado reducidos a poco más que escombros ennegrecidos.

Que la basílica de San Pedro hubiera sobrevivido al incendio era prácticamente un milagro y como tal fue considerado. El papa León había detenido el fuego, se decía, haciendo la señal de la cruz contra las llamas que avanzaban. Esta versión de los hechos fue aceptada con entusiasmo por el pueblo romano, muy necesitado de una confirmación de que Dios no se había vuelto contra ellos.

Encontraron una afirmación de su fe en el milagro de León, atestiguado con fervor por todos los presentes. De hecho, la cantidad de testigos crecía cada día que pasaba, hasta que fue como si toda Roma hubiera estado en San Pedro aquella madrugada.

Toda crítica contra León quedó olvidada. Era un héroe, un profeta, un santo, la encarnación viviente del espíritu de San Pedro. El pueblo se regocijaba con él porque sin duda alguna un papa que había logrado semejante milagro podría protegerlos también de los infieles sarracenos.

El regocijo no fue universal. Cuando llegó la noticia del milagro de León a la iglesia de San Marcelo, las puertas se cerraron de inmediato. Todos los bautismos se pospusieron, todas las citas se cancelaron; a los que preguntaban se les decía que no se admitiría a nadie ante el cardenal Anastasio porque se había indispuerto súbitamente.

Juana trabajaba día y noche, distribuyendo ropa, medicinas y otros elementos a los hospicios y casas de caridad de la ciudad.

Los hospicios estaban llenos con las víctimas del fuego y faltaban médicos para atenderlos a todos, por lo que ella echaba una mano cuando podía. Algunos cuerpos quemados y ennegrecidos no tenían cura; había poco que pudiera hacer por ellos salvo administrar dosis de amapola, mandrágora y beleño para aliviar los dolores de la agonía. Otros tenían quemaduras que los desfiguraban y que amenazaban con infectarse; a éstos les aplicaba emplastos de miel y áloe, conocidos específicos para quemaduras. Otros, con el cuerpo no afectado por el fuego, sufrían por haber aspirado demasiado humo. Yacían en medio de tormentos luchando por la vida con cada aliento.

Destrozada por el efecto acumulado de tanto horror y muerte Juana tuvo otra vez una crisis de fe. ¿Cómo podía dejar que pasara algo así un Dios bueno y benévolo? ¿Cómo podía atacar de modo tan terrible incluso a niños y criaturas, que no podían ser culpables de ningún pecado?

Su corazón se sentía turbado por la sombra de las antiguas dudas que volvían a proyectarse sobre ella.

Una mañana estaba reunida con León, para disponer la apertura de los almacenes papales a las víctimas del incendio, cuando entró inesperadamente Waldipert, el nuevo *vicedominus*. Era un hombre alto y huesudo de piel pálida y cabello rubio, lo que revelaba su origen lombardo. A Juana le resultaba raro ver a aquel extraño con el uniforme y el puesto de Arighis.

—Santidad —dijo Waldipert con una reverencia—, hay dos ciudadanos fuera que piden audiencia inmediata.

—Que esperen —respondió León—. Ya escucharé su petición.

—Perdón, santidad —insistió Waldipert—. Creo que deberíais oír lo que tienen que decirnos.

León arqueó una ceja. Si hubiera sido Arighis habría aceptado su palabra sin dudarle porque el juicio de Arighis era de fiar, mientras que Waldipert era nuevo y sin experiencia; desconocía todavía las limitaciones de su cargo, lo que podía llevarlo a excederse.

El papa vaciló, pero decidió concederle a Waldipert el beneficio de la duda.

—Muy bien. Que pasen.

El *vicedominus* volvió a hacer una reverencia y salió; poco después entró con un cura y un muchacho. El cura era moreno y de complexión robusta. Juana reconoció en él a un pilar de la fe, uno de los muchos que trabajaban en honorable y modesta oscuridad en las iglesias menores de Roma. El muchacho parecía, por su ropa, perteneciente a una de las órdenes menores: un lector o quizás un acólito. Era un chico guapo y fuerte, de quince o dieciséis años, con grandes ojos que en circunstancias normales debían de irradiar alegría, aunque en aquel momento estaban nublados por el dolor.

Los dos se postraron ante León.

—Levantaos —dijo León—. Decidnos por qué habéis venido.

El cura habló primero.

—Soy Pablo, santidad, por la gracia de Dios sacerdote vuestro de la casa de San Lorenzo en Damasco. Este joven, Domingo, vino hoy a la capilla pidiendo confesión auricular, servicio que le presté con gusto. Lo que me dijo fue tan asombroso que lo traje aquí para que os lo repita.

León frunció el ceño.

—El secreto de las confesiones no puede ser violado.

—Santidad, el chico viene aquí por su voluntad, porque siente gran angustia en su espíritu y en su corazón.

León se volvió hacia Domingo.

—¿Es cierto? Di la verdad porque no hay vergüenza en negarse a repetir los secretos de la confesión.

—Quiero decíroslo, Santo Padre —respondió con voz temblorosa el chico—. «Debo» decíroslo, por el bien de mi alma.

—Entonces adelante, hijo.

Los ojos de Domingo se llenaron de lágrimas.

—¡Yo no sabía, Santo Padre! —estalló—. ¡Juro por las reliquias de todos los santos que no sabía lo que iba a pasar o nunca lo habría hecho!

—¿Hecho qué, hijo? —preguntó León.

—Iniciar el fuego. —El chico estalló en violentos sollozos. Hubo un silencio extraño, roto sólo por el llanto de Domingo.

—¿Tú iniciaste el fuego? —preguntó León sin alzar la voz.

—Yo lo hice y que Dios me perdone.

—¿Por qué hiciste una cosa así?

El chico se tragó las lágrimas luchando por dominarse.

—Él me dijo que la construcción de la muralla era un gran mal porque el dinero y el tiempo que se perdían así deberían haberse usado para reparar iglesias y aliviar la desdicha de los pobres.

—¿Él? —dijo León—. ¿Alguien te ordenó iniciar el incendio?

El chico asintió con la cabeza.

—¿Quién?

—Mi señor cardenal Anastasio. Santo Padre, debió hablar por inspiración del diablo porque habló tan bien que me convenció de que era lo más justo y bueno.

Hubo otro largo silencio. León dijo seriamente:

—Ten cuidado con lo que dices, hijo mío. ¿Estás seguro de que fue Anastasio quien te dio la orden?

—Sí, Santo Padre. Debía ser un pequeño incendio —dijo Domingo con voz ahogada—, sólo para quemar los andamios de la muralla. Dios sabe que fue fácil: mojé unos trapos con aceite de lámpara, los puse bajo un extremo de los andamios y los encendí. Al principio ardieron sólo los andamios, como mi señor cardenal había dicho que sería. Pero entonces sopló el viento y... —Se dejó caer de rodillas—. ¡Oh, Dios santo! —gritó con desesperación—. ¡La sangre inocente! ¡No lo volvería a hacer ni aunque mil cardenales me lo ordenaran! —Se arrojó a los pies de León—: ¡Ayudadme, Santo Padre! ¡Ayudadme! —Alzó su rostro atormentado—: No puedo vivir con lo que he hecho. Pronunciad mi penitencia; soportaré cualquier muerte, por terrible que sea, para que mi alma vuelva a estar limpia.

Juana estaba inmóvil, paralizada por el horror y la piedad. A la lista de crímenes de Anastasio habría que añadir la perversión de la naturaleza de aquel chico. Su alma simple y honrada nunca habría querido cometer semejante crimen ni llevar su pesada carga en la conciencia.

León puso una mano en la cabeza del chico.

—Ya ha habido bastantes muertes, hijo mío. ¿Qué beneficio habría en agregar la tuya a la lista? No, Domingo, la penitencia que te impongo no es la muerte sino la vida: una vida de expiación y arrepentimiento. Desde el día de hoy no volverás a pisar suelo romano. Harás la peregrinación a Jerusalén donde puedes pedir el divino perdón rezando ante el Santo Sepulcro.

El chico alzó unos ojos donde se leía el desconcierto.

—¿Eso es todo?

—El camino del arrepentimiento nunca es fácil, hijo mío. El viaje será duro.

Eso, pensó Juana recordando su propia peregrinación desde Franconia a Roma, era más cierto de lo que el joven Domingo podía comprender. Tendría que vivir lejos de su tierra natal, separado de familia y amigos, de todo lo que hubiera conocido. En el camino a Jerusalén tendría que afrontar muchos peligros: montañas escarpadas y traicioneros abismos, caminos con ladrones y salteadores, hambre, sed y mil cosas más.

—Dedica tu vida al servicio altruista a tus hermanos —siguió León—. Condúctete en todo de tal modo que la suma de tus buenas acciones pese más en la balanza que este gran mal.

Domingo se arrojó al suelo y besó el bajo de la túnica de León. Se levantó, pálido y resuelto, con la cara transformada como si la hubiera lavado una lluvia celestial.

—Os obedeceré, Santo Padre. Haré exactamente lo que habéis ordenado. Lo juro por el sagrado cuerpo y la sangre de Cristo nuestro salvador.

León hizo una señal de bendición sobre él.

—Ve en paz, hijo mío.

Domingo y el cura salieron.

León dijo gravemente:

—El cardenal Anastasio viene de una familia poderosa: tenemos que hacerlo todo rigurosamente conforme a la ley. Redactaré un escrito especificando las

acusaciones contra él. Juan, ven conmigo; puedo necesitar tu ayuda. Y, Waldipert...

—¿Sí, santidad?

León inclinó la cabeza en señal de aprobación.

—Bien hecho.

—Has hecho bien en traerme la noticia, *vicedominus* —dijo Arsenio. Estaba en un cuarto privado de su palacio con Waldipert, que acababa de relatar los detalles del encuentro del papa León y el chico Domingo—. Permíteme expresar mi gratitud por tu ayuda.

Arsenio abrió un pequeño cofre de bronce que había sobre su mesa, sacó veinte sueldos de oro y se los tendió a Waldipert, que se apresuró a metérselos en el bolsillo.

—Me alegra haber podido hacerte un servicio, mi señor obispo. —Con la más breve de las reverencias, Waldipert dio media vuelta y se marchó.

Arsenio no se ofendió por la rapidez en la partida de Waldipert; era imperativo que el *vicedominus* volviera al palacio antes de que su ausencia se notara.

Arsenio se congratuló de su previsión al identificar a Waldipert como un joven con futuro hacía muchos años, cuando era chambelán en la comitiva papal. Le había salido caro comprar la lealtad del hombre todos aquellos años. Pero Waldipert había llegado a ser *vicedominus* y la inversión daría sus frutos.

Llamó a un criado:

—Ve a la iglesia de San Marcelo y dile a mi hijo que venga de inmediato.

Al oír la noticia, Anastasio se dejó caer pesadamente en la silla frente a su padre. En silencio se maldijo a sí mismo, humillado porque su padre se hubiera enterado de la torpeza con que lo había echado todo a perder.

—¿Quién habría pensado que el chico hablaría? —dijo a la defensiva—. Para traicionarme tenía que condenarse a sí mismo.

—Fue un error dejarlo con vida —dijo Arsenio sinceramente—. Deberías haberle hecho cortar el cuello en cuanto hubo cumplido con su cometido. Bueno, ya está hecho. Ahora debemos mirar al futuro.

—¿Futuro? —repitió Anastasio sin ocultar su desconcierto—. ¿Qué futuro?

—La desesperación es para los débiles, hijo mío, no para los que son como tú y yo.

—Pero ¿qué puedo hacer? La situación ha sobrepasado toda posibilidad de arreglo.

—Debes abandonar Roma. Ahora. Esta misma noche.

—¡Oh, Dios! —Anastasio hundió la cara en las manos. Todo su mundo se derrumbaba a su alrededor.

—¡Basta! —dijo Arsenio con severidad—. Recuerda quién y qué eres.

Anastasio se levantó tratando de dominarse.

—Irás a Aquisgrán —dijo Arsenio—, a la corte del emperador.

Anastasio estaba desconcertado. El temor que le oprimía el corazón le impedía pensar con claridad.

—Pero... Lotario sabe que lo denuncié en la elección papal.

—Sí, y sabe también por qué te viste obligado a hacerlo. Es un hombre que entiende las necesidades políticas. ¿Cómo crees si no que logró arrebatarse el trono a su

padre y a sus hermanos? También es un hombre que necesita dinero. —Arsenio sacó una bolsa de cuero de su escritorio y se la dio a Anastasio—. Si las plumas imperiales siguen alborotadas, esta bolsa ayudará a alisarlas.

Anastasio miraba sin expresión la pesada bolsa de monedas. «¿Debo irme de Roma realmente?». La idea de vivir el resto de sus días entre una tribu de francos bárbaros lo llenaba de malestar. «Quizá sería mejor morir ahora y terminar con todo».

—Piénsalo como una oportunidad —estaba diciendo su padre—. Una ocasión de ganar amigos poderosos en la corte imperial. Los necesitarás cuando seas papa.

«Cuando seas papa». Las palabras penetraron la pesada niebla de la angustia de Anastasio. Entonces su partida no era para siempre.

—Yo me ocuparé de tus intereses, no temas —dijo Arsenio—. La opinión pública no puede favorecer eternamente a León. Llegará a la cima y bajará. Cuando considere que ha llegado el momento mandaré a buscarte.

La fría angustia que había tenido en su poder a Anastasio empezó a retroceder. Su padre no había abandonado la esperanza; por lo tanto, él tampoco debía hacerlo.

—He dispuesto una escolta —dijo Arsenio—. Doce de mis mejores hombres. Ven, iré contigo a las cuadras.

Los doce guardias estaban montados y listos, armados con espada, pica y maza. Anastasio no carecería de protección en los peligrosos caminos. Su caballo también estaba listo y movía la cabeza con impaciencia, era un animal fuerte y animoso; Anastasio reconoció al semental favorito de su padre.

—Hay dos o tres horas de luz diurna todavía, lo suficiente para darte una buena ventaja —dijo Arsenio—. No vendrán por ti hoy porque no tienen modo de saber que sospechas nada y León seguramente tomará la precaución de redactar un escrito oficial para tu arresto. Se hará de día antes de que empiecen a buscar e irán a San Marcelo primero. Para cuando piensen en venir aquí, ya estarás muy lejos.

Con una repentina preocupación Anastasio dijo:

—¿Y tú, padre?

—No tienen motivos para sospechar de mí. Si tratan de interrogarme sobre tu paradero verán que han agarrado a un lobo por la cola.

Padre e hijo se abrazaron.

«¿Esto sucede de verdad?», se preguntaba Anastasio. Las cosas sucedían tan rápido que lo desconcertaban.

—Dios sea contigo, hijo mío —dijo Arsenio.

—Y contigo, padre.

Anastasio montó e hizo dar la vuelta al caballo rápidamente para que su padre no viera las lágrimas en sus ojos. Pasando el portal se volvió para echar una mirada. El sol se ponía y proyectaba largas sombras sobre las suaves laderas de las colinas romanas, pintando con matices rojizos los majestuosos esqueletos del Foro y el Coliseo.

Roma. Todo lo que a él le importaba, todo el objeto de sus trabajos estaba dentro de sus muros sagrados.

Su última visión fue la de la cara de su padre: apenado pero resuelto, firme y tranquilizador como la roca de san Pedro.

—*Membrum putridum et insanibile, ferro excommunicationis a corpore Ecclesiae abscidamus...*

En la fresca penumbra de la basílica de Letrán Juana escuchaba a León pronunciar las solemnes y terribles palabras que apartaban para siempre a Anastasio de la Iglesia. Notó que León había escogido la *excommunicatio minor*, la forma más leve de excomunión, en la que el condenado era privado de administrar o recibir los sacramentos (salvo los últimos ritos, de los que no podía excluirse a ningún alma viviente), pero no de todo intercambio con sus hermanos cristianos. «Realmente —pensó Juana—, León tiene un alma caritativa».

Todo el clero de Roma estaba reunido para presenciar la solemne ceremonia; hasta Arsenio estaba presente, pues no tenía intenciones de arriesgar su posición como obispo de Orta por una inútil oposición pública. León sospechaba, por supuesto, que Arsenio había sido cómplice en la huida de la justicia de su hijo. Pero no había pruebas para sustentar aquella acusación ni ningún otro cargo contra él ya que no era un crimen ser el padre de un hombre.

Cuando el cirio que representaba el alma inmortal de Anastasio fue girado y apagado en el polvo, Juana sintió una inesperada tristeza. «Un trágico desperdicio», pensó. Una cabeza tan brillante como la de Anastasio podría haber sido usada para hacer mucho bien si su corazón no hubiera estado desnaturalizado por una ambición tan obsesiva.

Veintiséis

La construcción de la Muralla Leonina, como se la conocía universalmente, siguió adelante a buen ritmo. El fuego destinado a destruirla en realidad había hecho poco daño; los andamios de madera usados por los trabajadores se habían quemado íntegramente y uno de los baluartes occidentales se había ennegrecido, pero eso era todo. Y a partir de aquel momento cesaron los problemas que habían llenado el proyecto desde el comienzo. El trabajo avanzó con firmeza durante el invierno y la primavera siguientes porque el tiempo era templado, con largos días soleados sin una gota de lluvia. De las canteras llegaba una provisión constante de piedra de buena calidad y los trabajadores de los diversos distritos aprendieron el trabajo y lo hicieron codo con codo en una productiva armonía.

Para Pentecostés, la hilada superior de piedras llegaba a la altura de un hombre. Ya nadie calificaba de locura el proyecto; nadie se quejaba del tiempo y el dinero ocupados en él. Los romanos sentían un creciente orgullo por la obra, cuya inmensidad recordaba los viejos tiempos del imperio cuando aquellos prodigios de construcción eran algo común, no una rareza. Una vez terminada, la muralla sería espléndida, monumental, una imponente barrera que ni siquiera los sarracenos podrían escalar o echar abajo, nunca.

Pero el tiempo pasaba. En las calendas de julio llegaron mensajeros a la ciudad con noticias alarmantes: una flota sarracena se estaba reuniendo en Totaria, una pequeña isla frente a la costa oriental de Cerdeña, preparando otro ataque a Roma.

A diferencia de Sergio, que había puesto todas sus esperanzas en la plegaria como protección para la ciudad, León eligió una acción más agresiva. Envío de inmediato una petición a la gran ciudad marítima de Nápoles solicitando una flota de navíos armados para detener al enemigo en el mar.

El duque de Nápoles ayudaría a Roma en su hora de necesidad? ¿O aprovecharía la oportunidad para unir fuerzas con los sarracenos y dar un golpe contra la sede romana en nombre del patriarcado oriental? El plan era arriesgado. Pero ¿qué alternativa había?

Durante diez días la ciudad se mantuvo en una tensa expectación. Cuando al fin llegó la flota napolitana a Porto, en la boca del Tíber, León partió a recibirlos sin saber qué podía esperar, acompañado por una gran comitiva de milicias fuertemente armadas a las órdenes de Geroldo.

Los temores romanos se disiparon cuando César, el comandante de la flota, se postró ante León y le besó humildemente los pies. Con un grado de alivio que su rostro no revelaba, León bendijo a César y lo puso solemnemente bajo la protección de los cuerpos sagrados de los apóstoles Pedro y Pablo.

Habían sobrevivido al primer lanzamiento de dados de la fortuna; todo el futuro dependería del siguiente.

A la mañana siguiente apareció la flota sarracena. Las anchas velas latinas se extendían sobre el horizonte como telones. Juana las contó: cincuenta, cincuenta y tres, cincuenta y siete... y había más... ochenta, ochenta y cinco, noventa... ¿Era posible

que hubiera tantos barcos en el mundo? Cien, ciento diez... ¡ciento veinte! ¡*Deo, juva nos!* Los navíos napolitanos eran sólo sesenta y uno; con los seis birremes romanos todavía en condiciones de servir hacían un total de sesenta y siete. Estaban en una desventaja de casi dos a uno.

León estaba en la escalinata de la cercana iglesia de Santa Áurea y conducía la plegaria de los atemorizados ciudadanos de Porto.

—Señor, tú que salvaste a Pedro de hundirse cuando caminó sobre las olas, tú que rescataste a Pablo de las profundidades del mar, óyenos. Da poder a las armas de tus fieles servidores, que luchan contra los enemigos de tu Iglesia para que a través de sus victorias tu santo nombre pueda ser glorificado entre todas las naciones.

Las voces del pueblo resonaron en el aire con un potente «Amén».

César gritaba órdenes desde el puente del barco capitán. Los napolitanos se curvaron sobre los remos, con los músculos tensos. Por un momento, los pesados birremes quedaron inmóviles sobre el agua. Con un sonoro crujido de la madera, empezaron a moverse. Las dobles hileras de remos subían y bajaban brillando como gemas; el viento hinchó las velas y los grandes birremes avanzaron con las proas metálicas hendiendo el mar turquesa en surcos gemelos de espuma.

Los barcos sarracenos giraron para hacerles frente. Pero antes de que las dos flotas pudieran encontrarse un trueno ensordecedor señaló la llegada de una tormenta. El cielo se oscureció con nubes negras que llegaban desde el mar. Los pesados barcos napolitanos pudieron volver a la costa a buscar refugio. Pero los navíos sarracenos, hechos con cascos más bajos para que alcanzaran mayor velocidad y maniobrabilidad en la batalla, eran demasiado frágiles para soportar la tempestad. Se sacudían en el oleaje creciente, se desarmaban como juguetes hechos con ramas, sus espolones de hierro golpeaban los barcos vecinos, destrozándolos.

Algunos se dirigieron hacia el puerto, pero en cuanto llegaban a tierra eran abordados. Movidos por la ira violenta que suele seguir al terror, los romanos masacraron a las tripulaciones sin piedad, arrastrando a los hombres desde los barcos y colgándolos de patíbulos improvisados a lo largo de la costa. Al ver la suerte que corrían sus camaradas los otros barcos sarracenos se lanzaron desesperadamente hacia el mar abierto, donde las olas gigantes las aniquilaron.

En el momento de la inesperada victoria, Juana observaba a León. Estaba en la escalinata de la iglesia con los brazos levantados al cielo en una acción de gracias. Parecía un santo, beatífico, como tocado por la presencia divina.

«Quizá puede hacer milagros», pensó Juana. Sus rodillas se doblaron por sí solas y quedó rindiéndole reverencia.

—¡Victoria! ¡Victoria en Ostia!

La noticia era proclamada con júbilo por las calles. Los romanos salían de sus casas, los almacenes papales fueron abiertos y el vino corrió con libertad; durante tres días, la ciudad se permitió una desenfadada celebración.

Quinientos prisioneros sarracenos fueron llevados a la ciudad entre una multitud hostil. Muchos fueron apedreados hasta la muerte durante el camino. A los supervivientes, unos trescientos, los llevaron encadenados a un campo en el prado de Nerón, donde quedaron confinados para trabajar en la Muralla Leonina.

Con esta ayuda, la muralla subió más rápido. En tres años estuvo terminada:

una obra maestra de la ingeniería medieval, la más extraordinaria construcción que la ciudad hubiera visto en más de cuatrocientos años. Todo el territorio del Vaticano quedó encerrado dentro de una estructura de doce pies de ancho y cuarenta de alto, defendida por cuarenta y cuatro grandes torres. Había dos galerías independientes, una encima de la otra; la más baja se apoyaba en una serie de graciosos arcos. Tres puertas daban entrada a la ciudad: la Puerta de Sant'Angelo; la Puerta de los Sajones, llamada así porque se abría al barrio sajón; y la Puerta de San Peregrino, la principal, a través de la cual futuras generaciones de reyes y príncipes pasarían para adorar el sagrado altar de San Pedro.

Por notable que fuera, la muralla fue sólo el comienzo de los ambiciosos planes de León para la ciudad. Dedicado a «restaurar todos los sitios de los santos», León se embarcó en un amplio plan de reconstrucción. El ruido de los yunques sonaba día y noche en toda la ciudad y el trabajo seguía en una tras otra de las iglesias. La basílica de los sajones, que se había quemado, fue restaurada, así como la iglesia frisia de San Miguel y la iglesia de los Cuatro Santos Coronados, de la que León había sido cardenal.

Y lo más importante: León inició la restauración de San Pedro. El pórtico quemado y ennegrecido fue completamente reconstruido; las puertas, despojadas de sus metales preciosos por los sarracenos, fueron cubiertas con nuevas planchas de plata con multitud de anécdotas sagradas, labradas con asombrosa habilidad. El gran tesoro robado por los infieles fue reemplazado: el altar mayor fue cubierto con nuevas placas de plata y oro y decorado con un gran crucifijo de oro cuajado de perlas, esmeraldas y diamantes; encima, un ciborio de plata de más de doscientos kilos de peso fue colocado sobre cuatro grandes columnas del más puro mármol travertino ornamentadas con lirios de plata. El altar fue iluminado con lámparas suspendidas de cadenas de plata, adornadas con bolas de oro, y su luz parpadeante iluminaba un verdadero tesoro de cálices enjovados, atriles de plata labrada, ricas tapicerías y cortinas de seda. La gran basílica resplandecía con una riqueza tal que mejoraba su magnificencia anterior.

Al ver las grandes cantidades de dinero que fluían del tesoro papal, Juana se sentía preocupada. Indudablemente, León había creado un altar de belleza formidable. Pero la mayoría de los que vivían a la vista de aquella maravilla pasaban sus días en una pobreza brutal y degradante. Una sola de las placas de plata maciza de San Pedro, fundida y hecha monedas, habría bastado para alimentar y vestir a toda la población del Campo de Marte durante un año. ¿La adoración de Dios realmente exigía aquel sacrificio?

Había sólo una persona en el mundo a quien Juana se atrevería a hacerle aquella pregunta. Cuando se la hizo, Geroldo meditó antes de responder.

—He oído decir —dijo al fin— que la belleza de un altar le da a un fiel una forma diferente de alimento, alimento para el alma, no para el cuerpo.

—Es difícil oír la voz de Dios por encima de los gemidos de un estómago vacío.

Geroldo sacudió la cabeza en un gesto cariñoso.

—No has cambiado. ¿Recuerdas la vez que le preguntaste a Odón cómo podía estar seguro de que la resurrección había tenido lugar ya que no había habido testigos

oculares?

—Lo recuerdo. —Juana dobló una mano significativamente—. También recuerdo cómo me respondió.

—Cuando vi la herida que te había hecho —dijo Geroldo—, quise golpearlo... y lo habría hecho si no hubiera sabido que sólo habría empeorado las cosas para ti.

Juana sonrió.

—Siempre fuiste mi protector.

—Y tú —bromeó él— siempre tuviste alma de hereje.

Siempre habían podido hablar así, libres de toda prohibición. Era parte de la especial intimidad que los había unido desde el principio.

En aquel momento él la miraba con calidez familiar. Juana, por su parte, lo sentía profundamente; sentía su cercanía como un contacto sobre la piel desnuda. Pero para entonces ya tenía mucha práctica en disimular sus sentimientos.

Le señaló un montón de escritos sobre la mesa que había entre ambos.

—Debo atender todas estas peticiones.

—¿No debería hacerlo León? —preguntó Geroldo.

—Me ha pedido que lo haga yo.

Últimamente, León estaba delegando más y más sus responsabilidades cotidianas en ella para poder dedicarse a sus planes de reconstrucción. Juana se había vuelto el embajador de León ante el pueblo; era tan habitual verla yendo a cumplir sus deberes de caridad en los diferentes barrios de la ciudad que se la saludaba por todas partes como «el pequeño papa», y recibía algo del afecto reservado para el propio León.

Cuando tocó el montón de papeles la mano de Geroldo rozó la suya. Ella la retiró violentamente como si se hubiera quemado.

—Yo... creo que tengo que irme —dijo torpemente. Se sintió inmensamente aliviada, y un poco decepcionada, cuando notó que él no la seguía.

Gracias al éxito de la Muralla Leonina y la renovación de San Pedro, la popularidad de León crecía. Se le llamaba *Restaurator Urbis*, el Restaurador de la Ciudad. Era un segundo Adriano, decía el pueblo, un segundo Aurelio. Por donde fuera, las multitudes lo aclamaban. Roma resonaba con sus alabanzas.

Salvo en el palacio de la colina Palatina donde Arsenio esperaba con impaciencia cada vez mayor el día en que pudiera hacer volver a Anastasio.

Las cosas no habían salido como él esperaba. No había modo de deponer a León del trono como había esperado; ni esperanza alguna de que quedara vacante por el feliz accidente de la muerte: saludable y vigoroso, daba la impresión de que viviría eternamente.

Y la familia había sufrido otro golpe. La semana anterior había muerto Eleuterio, el segundo hijo de Arsenio. Iba a caballo por la Vía Recta cuando un cerdo se metió entre las patas del caballo, que tropezó e hizo caer a Eleuterio; el resultado fue un corte en el muslo que al principio no preocupó a nadie porque era superficial. Pero las desgracias nunca vienen solas. La herida se infectó. Arsenio llamó a Enodio, que sangró profusamente a Eleuterio sin obtener ninguna mejoría. En dos días, su hijo estaba muerto. Arsenio ordenó de inmediato la búsqueda del dueño del cerdo; cuando fue hallado, le mandó cortar el cuello de oreja a oreja. Pero la venganza no era

consuelo porque no podía devolver la vida a Eleuterio.

No es que hubiera habido mucho amor entre padre e hijo. Eleuterio era lo más opuesto a su hermano: blando, perezoso e indisciplinado ya desde niño, había rechazado con desdén la oferta de Arsenio de una educación clerical y había elegido en su lugar las gratificaciones más inmediatas de una existencia laica: mujeres, vino, juego y otras formas de libertinaje.

No. Arsenio lloraba a Eleuterio no por el hombre que había sido o el que habría podido ser con el tiempo, sino por lo que había representado: otra rama del árbol familiar, una rama que podría haber dado frutos prometedores.

Durante siglos, la suya había sido la primera familia de Roma. Arsenio podía rastrear sus ancestros en línea directa hasta el mismo César Augusto. Pero esta ilustre herencia estaba manchada por el fracaso porque ninguno de sus nobles hijos había alcanzado el premio supremo de Roma: el trono de san Pedro. ¿Cuántos hombres inferiores se habían sentado en aquel trono?, pensaba Arsenio con amargura, y ¿con qué trágicos resultados? Roma, una vez la maravilla del mundo, había caído en una ruinoso y vergonzosa decadencia. Los bizantinos se burlaban de ella abiertamente, comparándola con el refulgente esplendor de su propia Constantinopla. ¿Quién si no alguien de la familia de Arsenio, heredera de César, podría haber devuelto a la ciudad su antigua grandeza?

Pero Eleuterio ya no estaba. Anastasio era el último de la estirpe, la única posibilidad de que la familia pudiera redimir su honor y el de Roma.

Y Anastasio estaba exiliado en Franconia.

Arsenio sentía una negra desesperación muy cerca de él. Pero se la quitó de encima con brusquedad, como un manto indeseable. La grandeza no esperaba la oportunidad: la creaba. Los que querían gobernar debían estar dispuestos a pagar el precio del poder, por grande que fuera.

Durante la misa del día de la festividad de San Juan Bautista, Juana notó por primera vez algo que no estaba bien en León. Las manos le temblaban cuando recibía la ofrenda y titubeó de forma extraña durante el *Nobis quoque peccatoribus*.

Cuando Juana lo interrogó después, no le dio importancia a los síntomas, achacándolos al calor y la indigestión.

Al día siguiente no estaba mejor, ni al siguiente, ni al otro. Le dolía la cabeza constantemente y se quejaba de dolores y ardores en las manos y los pies. Cada día se debilitaba un poco más; cada día le costaba más levantarse de la cama. Juana se alarmó. Probó todo remedio conocido para enfermedades consuntivas. Nada ayudó. León seguía deslizándose hacia la muerte.

Las voces del coro subían pesadamente en el *Te deum*, el cántico final de la misa. Anastasio mantenía la cara inexpresiva, tratando de no hacer muecas por el ruido. Aún no se había acostumbrado al canto franco, cuyos tonos extraños le herían los oídos como el graznido de los cuervos. Recordando las puras y dulces armonías del canto romano sentía una profunda punzada de nostalgia.

Y no es que hubiera desperdiciado su tiempo allí en Aquisgrán. Siguiendo las instrucciones de su padre, se había puesto en marcha para ganarse el apoyo del emperador. Empezó por cortejar a los amigos e íntimos de Lotario y por hacerse agradable a Ermengarda, la esposa del emperador. Era asiduo en la lisonja a la nobleza

franca, a la que impresionaba con su conocimiento de la escritura y especialmente del griego, saber que era muy raro. Ermengarda y sus amigos intercedieron ante el emperador y Anastasio fue readmitido a la presencia real. Cualquier duda o resentimiento que hubiera podido albergar Lotario contra él quedó olvidado; Anastasio volvía a gozar de la confianza y el apoyo del emperador.

«He hecho todo lo que mi padre me pidió y más. Pero ¿cuándo vendrá mi recompensa?». Había momentos, como aquél, en que Anastasio temía que pudieran dejarlo languidecer para siempre en aquella tierra bárbara y fría.

Al volver a sus aposentos después de la misa, descubrió que había llegado una carta en su ausencia. Al reconocer la letra de su padre cogió un cuchillo y se apresuró a romper el sello. Leyó las primeras líneas y sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad.

«El momento ha llegado —había escrito su padre—. Ven a reclamar tu destino».

León estaba en la cama de costado, con las rodillas encogidas a causa de los agudos dolores que sentía en el estómago. Juana preparó una poción emoliente de claras de huevo batidas en leche azucarada a la que añadió un poco de hinojo como carminativo. Lo observó mientras la bebía.

—Está bueno —dijo él.

Esperó a ver si no lo devolvía. No lo hizo y durmió mejor de lo que lo había hecho durante semanas. Cuando se despertó, horas más tarde, se sentía mejor.

Juana decidió ponerlo a dieta de la poción, eliminando toda otra comida y bebida.

Waldipert protestó.

—Está débil; seguramente necesita algo más sustancioso para preservar sus fuerzas.

—El tratamiento lo está ayudando —respondió Juana con firmeza—. No debe tomar nada más que la poción.

Al ver la decisión pintada en sus ojos, Waldipert retrocedió.

—Como tú digas, *nomenclator*.

Durante una semana, León siguió mejorando. Los dolores desaparecieron, el color volvió a sus mejillas y hasta pareció que recuperaba algo de su vieja energía. Cuando Juana le llevaba cada noche su dosis diaria de la poción restauradora, León la miraba con ojos tristes.

—¿Qué tal un pastel de carne en lugar de eso?

—Estáis recobrando el apetito, lo que es buena señal. Pero no hay que acelerarse. Os veré por la mañana; si seguís con hambre os dejaré tomar un poco de sopa.

—Tirano —respondió León.

Ella sonrió. Era bueno que volviera a bromear.

Temprano, a la mañana siguiente, supo que León había sufrido una recaída. Estaba en la cama quejándose, con demasiado dolor para responderle cuando ella lo interrogó.

Se apresuró a preparar otra dosis de poción emoliente. Mientras lo hacía, su mirada cayó sobre un plato vacío con migajas sobre la mesa junto a la cama.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Renato, el chambelán personal de León.

—Es el pastel de carne que tú le enviaste —replicó el muchacho.

—Yo no envié nada —dijo Juana.

Renato parecía confundido.

—Pero... el señor *vicedominus* dijo que lo habías ordenado especialmente.

Juana miró a León doblado en dos por el dolor. Tuvo una horrible sospecha.

—¡Corre! —le dijo a Renato—. Llama al *superista* y a los guardias. Que

Waldipert no salga del palacio.

El chico vaciló sólo un instante y salió corriendo.

Con manos trémulas, Juana preparó un fuerte emético de mostaza y raíz de saúco y lo introdujo con cuchara en la boca rígida de León. En un momento los espasmos se apoderaron de él; todo el cuerpo se sacudía convulsivamente, pero despidió sólo un poco de bilis verdosa.

«Demasiado tarde. El veneno ya ha dejado el estómago». Juana vio con angustia que había empezado su labor mortífera, endureciendo los músculos de la mandíbula y la garganta de León, estrangulándolo.

En su desesperación trató de pensar algo más que hacer.

Geroldo ordenó que se buscara en cada cuarto del palacio. A Waldipert no lo encontraron. Inmediatamente se le declaró criminal y fugitivo y se inició una cacería intensa en toda la ciudad y el campo vecino. Pero buscaban en vano; Waldipert había desaparecido por completo.

Cuando estaban a punto de abandonar la búsqueda lo encontraron. Estaba flotando en el Tíber con el cuello cortado de oreja a oreja y el gesto fijo en una mueca de sorpresa.

El clero y los altos funcionarios de Roma se habían reunido en la cámara papal. Se apretujaban a los pies de la cama para consolarse con la cercanía de los otros.

Las lámparas de aceite de amapola ardían en sus soportes de plata. Con la primera luz del alba, el chambelán mayor fue a apagarlas. Juana vio cómo el anciano soltaba las cuerdas y bajaba los anillos con el mayor cuidado para que no se perdiera nada de la preciosa sustancia. Aquel simple gesto doméstico parecía curiosamente fuera de lugar en la atmósfera cargada del cuarto.

Juana no había esperado que León sobreviviera hasta el alba. Hacía mucho rato que había dejado de responder a la voz o al tacto. Durante horas, su respiración había seguido el mismo ritmo inexorable, volviéndose más ruidoso hasta aumentar el tono de modo alarmante y entonces bruscamente cesaba. Había una pausa durante la cual nadie en el cuarto respiraba; y el terrible ciclo volvía a empezar.

Un movimiento le llamó la atención. Al otro lado del cuarto, Eustaquio, el arcipreste, estaba llorando apretándose la boca con una manga para ahogar el sonido.

León soltó una larga y sonora exhalación y quedó en silencio. El silencio se prolongó más y más. Juana fue a la cama. La vida se había extinguido en el rostro de León. Le cerró los ojos y cayó de rodillas al lado de la cama.

Eustaquio soltó un grito de dolor. Los obispos y *optimates* se arrodillaron a rezar. Pascual, el *primicerius*, se persignó y salió a llevar la noticia a quienes esperaban fuera.

León, *Pontifex maximus, Servus Servorum Dei*, primado de los obispos de la Iglesia y papa de Roma, había muerto. Fuera del palacio empezaba el llanto.

El cadáver de León fue depositado en San Pedro, ante el altar de un nuevo oratorio dedicado a él. Los entierros se celebraban deprisa por la época del año, pues por muy santa que fuera el alma que lo hubiera habitado, el cuerpo no soportaba bien el ataque de la corrupción en el calor del julio romano.

Poco después del entierro, el triunvirato gobernante proclamaba que en un lapso de tres días tendría lugar la elección del nuevo papa. Con Lotario en el norte, los sarracenos en el sur, y lombardos y bizantinos en medio, la situación de Roma era demasiado precaria para permitir que el trono de san Pedro quedara vacante mucho más tiempo.

«Demasiado pronto —pensó Arsenio con preocupación cuando oyó la noticia—. La elección es demasiado pronto. Anastasio no puede llegar a tiempo». Waldipert, aquel imbécil, había estropeado las cosas. Le había dado instrucciones explícitas de administrar el veneno gradualmente, en pequeñas dosis; de ese modo León habría podido vivir un mes más y su muerte no habría despertado sospechas.

Pero Waldipert había sentido pánico y había administrado una dosis demasiado elevada con la que mató a León de inmediato. Y había tenido la audacia de ir lloriqueando a Arsenio a pedir protección. «Bueno, ya está fuera del alcance de la ley, aunque no como él pretendía», pensó Arsenio.

Ya había mandado matar otros hombres; era parte del precio del poder y sólo los débiles se negaban a pagarlo. Pero nunca había tenido que mandar matar a alguien a quien conociera tan bien como a Waldipert. Aunque era algo desagradable, no se podía evitar. Si lo hubieran capturado e interrogado, habría confesado bajo tortura todo lo que sabía. Arsenio no había hecho más que lo debido para protegerse a sí mismo y a su familia. Destruiría a cualquiera que amenazara la seguridad de la familia, lo destrozaría con sus uñas.

No obstante, la muerte de Waldipert lo había dejado deprimido e inquieto. Aquellos actos violentos, aunque necesarios, costaban mucho.

Con un gran esfuerzo de su voluntad se puso a pensar en cuestiones más urgentes. La ausencia de su hijo complicaba las cosas; su elección al papado ahora sería más difícil, pero no imposible. Lo primero era hacer que Eustaquio, el arcipreste, dejara sin efecto la sentencia de excomunión contra él. Eso requeriría algunas maniobras políticas.

Tomando una campanilla de plata del escritorio llamó a su secretario. Había mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

En su taller en el *Patriarchium*, Juana estaba delante de su banco de trabajo, machacando flores secas de hisopo en el mortero, hasta reducirlas a un fino polvo. Aplastar y moler, y otra vez aplastar y moler: los movimientos familiares de la mano y la muñeca eran un bálsamo calmante para el dolor que le oprimía el corazón.

León estaba muerto. Parecía imposible. Había sido tan vital, tan fuerte; parecía alguien mejor de lo normal. Si hubiera vivido, habría podido hacer mucho por sacar a Roma del pantano de ignorancia y pobreza en que languidecía desde hacía siglos; había tenido el valor para hacerlo y la voluntad. Pero no el tiempo.

Se abrió la puerta y entró Geroldo. Ella le buscó los ojos, sintiendo su

presencia tan agudamente como si la hubiera tocado.

—Acabo de enterarme —dijo él con brusquedad—. Anastasio ha partido de Aquisgrán.

—¿No pensarás que viene hacia aquí?

—Sí, lo pienso. ¿Por qué otro motivo habría de abandonar tan de repente la corte del emperador? Viene a reclamar el trono que se le negó hace seis años.

—Pero no podrá ser elegido; está excomulgado.

—Arsenio está tratando de lograr que el arcipreste revierta la sentencia de excomuni6n.

—¡Benedícite!

Eran muy malas noticias. Después de los años de exilio en la corte imperial, seguramente Anastasio estaba más cerca del emperador que nunca. Si era elegido, el poder de Lotario se extendería sobre Roma y todos sus territorios.

—No habrá olvidado —dijo Geroldo— cómo hablaste contra él en la elecci6n de León. Será peligroso que sigas en Roma con él como papa. No es hombre que perdone una ofensa.

Mientras controlaba sus emociones, todavía en carne viva por la muerte de León, escuchar aquello fue demasiado para Juana y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No llores, mi amor. —Los brazos de Geroldo estaban alrededor de ella, fuertes, seguros y dando consuelo. Sus labios le rozaron las sienes, las mejillas, despertando su respuesta—. Ya has hecho suficiente, ya has sacrificado bastante. Ven conmigo y viviremos como siempre quisimos hacerlo: juntos, como marido y mujer.

Juana sintió de repente el rostro de Geroldo muy cerca del suyo; el hombre la besó.

—Di que sí —dijo él con vehemencia—. Di que sí.

Ella sentía como si la estuvieran arrancando de la superficie de su conciencia y arrastrándola a una poderosa corriente de deseo.

—Sí —susurró, casi antes de saber lo que estaba diciendo—. Sí.

Había hablado sin voluntad, respondiendo impulsivamente a la fuerza de su pasi6n. Pero en cuanto las palabras salieron de su boca una gran calma descendió sobre ella. La decisi6n había sido tomada y parecía a la vez correcta e inevitable.

Él se inclinó para volver a besarla. En aquel momento sonó una campana llamando a todos a la comida de la tarde. Poco después sonaban voces y pasos apresurados al otro lado de la puerta.

Con murmullos de ternura se separaron, prometiéndose volver a reunirse después de la elecci6n papal.

El día de la elecci6n, Juana fue a rezar a la pequeña iglesia inglesa donde había oficiado cuando estaba recién llegada a Roma.

Quemada hasta los cimientos durante el gran incendio, la iglesia había sido reconstruida con materiales cogidos de los templos y monumentos antiguos de Roma. Arrodillada ante el altar mayor, Juana veía que el pedestal de mármol en que se apoyaba tenía el inconfundible símbolo de la Magna Mater, antigua diosa de la tierra, adorada por tribus paganas en una época que se perdía en los tiempos. Debajo del tosco dibujo estaba escrito en latín: «En este mármol se ofrecía incienso a la diosa». Estaba claro que cuando habían llevado la gran plancha de mármol allí, nadie

comprendió el símbolo o su inscripción. Esto no era demasiado sorprendente ya que gran parte del clero romano era casi analfabeto, incapaz de descifrar la escritura antigua y mucho menos entender su sentido.

La incongruencia del altar sagrado y su base pagana le pareció a Juana un perfecto símbolo de ella misma: un cura cristiano, que seguía soñando con los dioses paganos de su madre; un hombre a los ojos del mundo, atormentado por su secreto corazón de mujer; un buscador de la fe, desgarrado entre su deseo de conocer a Dios y su temor de que Él no existiera. Espíritu y corazón, fe y duda, voluntad y deseo. ¿Alguna vez se reconciliarían las dolorosas contradicciones de su naturaleza?

Amaba a Geroldo; sobre eso no había dudas. Pero ¿podía ser una esposa para él? Nunca había vivido como mujer, ¿podría empezar ahora, tan tarde en la vida?

—Ayúdame, Señor —rezó Juana, alzando los ojos al crucifijo de plata sobre el altar—. Muéstrame el camino. Hazme saber qué debo hacer. ¡Dios amado! ¡Elévame hasta Tu luz brillante!

Sus palabras se elevaban, pero su espíritu seguía abajo, amarrado a la incertidumbre.

Una puerta se entreabrió a sus espaldas. Se volvió desde donde estaba y vio que una cabeza se introducía por la abertura y se retiraba de inmediato.

—¡Está aquí! —gritó una voz—. ¡Lo encontré!

El corazón de Juana se agitó con un miedo súbito. ¿Acaso Anastasio podía haber preparado algo contra ella tan rápido? Se puso de pie.

Las puertas se abrieron de golpe y entraron siete próceres, precedidos por acólitos que traían los estandartes de su oficio. Atrás venían los cardenales y los siete *optimates* de la ciudad. Sólo cuando vio a Geroldo entre ellos Juana supo que no la arrestarían.

En lenta procesión la delegación entró por el pasillo y se detuvo ante Juana.

—Juan Anglico. —Pascual, el *primicerius*, le hablaba en tonos formales—. Por la voluntad de Dios y del pueblo romano, habéis sido elegido papa de Roma, obispo de la sede romana.

Tras lo cual se postró ante ella y le besó los pies.

Juana lo miraba incrédula. ¿Sería alguna especie de broma de mal gusto? ¿O una trampa para inducirla a expresar su deslealtad al nuevo papa? Miró a Geroldo. Tenía el gesto tenso y sombrío cuando se arrodilló ante ella.

El resultado de la elección había cogido a todos por sorpresa. El partido imperial, dirigido por Arsenio, había propuesto tenazmente a Anastasio. El partido papal contraatacó nominando a Adriano, cura de la iglesia de San Marcos. No era la clase de líder que inspirara confianza. Rollizo y bajo, con la cara desfigurada por la viruela, sus hombros se inclinaban como si ya lo abrumara la responsabilidad que había sido puesta sobre él. Era un hombre piadoso, un buen cura, pero pocos lo habrían elegido como el conductor espiritual del mundo.

Adriano debía de coincidir con esta opinión porque inesperadamente retiró su nombre de la nominación, informando a la asamblea de que después de mucha plegaria y profunda reflexión había decidido declinar el gran honor que se le confería.

Este anuncio causó una conmoción entre los miembros del partido papal, que no habían sido informados por anticipado de la decisión de Adriano. Hubo muchos

aplausos del lado imperial. La victoria de Anastasio ahora parecía segura.

Pero entonces se alzó un clamor desde el fondo de la asamblea donde estaban reunidos los rangos menores entre los laicos.

—¡Juan Ánglico! —gritaban—. ¡Juan Ánglico!

Pascual mandó guardias para hacerlos callar, pero no fue posible. Conocían sus derechos; la constitución del año 824 daba a todos los romanos, laicos y seglares, altos y bajos, el derecho a votar en la elección papal.

Arsenio trató de hacer frente a este inesperado problema lanzando una oferta pública de compra de votos; sus agentes circularon rápidamente entre la multitud, ofreciendo sobornos de vino, mujeres y dinero. Pero ni siquiera estos fuertes estímulos bastaron; el pueblo estaba en contra de Anastasio, a quien su amado papa León había creído necesario excomulgar. Clamaban a voz en grito por «el pequeño papa», el amigo y mejor funcionario de León, Juan Ánglico, y no se movían de ahí.

Aun así no habrían logrado su propósito porque la aristocracia no habría permitido que el vulgo hiciera caso omiso de su autoridad, por más derechos constitucionales que hubiera. Pero el partido papal, al ver en aquella insurrección popular una inesperada oportunidad para bloquear a Anastasio en su camino al trono, unieron sus voces al pueblo. Con lo cual Juana quedó elegida.

Anastasio había acampado con su comitiva en Perusa, a unos ciento cincuenta kilómetros de Roma, cuando llegó el correo con la noticia. Apenas hubo terminado de leer el mensaje, soltó un grito de dolor. Sin una palabra a sus desconcertados acompañantes dio media vuelta y entró en su tienda, atando las cuerdas para impedir que nadie entrara tras él.

Los hombres de su escolta oyeron salir de la tienda un llanto desconsolado. Al cabo de un rato, los sollozos se volvieron una especie de gemido animal que siguió sonando gran parte de la noche.

Vestida de seda escarlata entretejida con oro y sentada en un palafren blanco también revestido y adornado con oro, Juana fue a paso ceremonioso hacia su coronación. De cada puerta y ventana a lo largo de la Vía Sacra colgaban banderas y estandartes en una viva mezcla de colores. El suelo estaba cubierto de mirto perfumado. Filas ininterrumpidas de gente bordeaban las calles, apretándose para poder ver al nuevo papa.

Perdida en su propia ensoñación, Juana apenas si escuchaba el ruido de la multitud. Estaba pensando en Mateo, en su viejo maestro Esculapio, en el hermano Benjamín. Todos habían creído en ella, la habían alentado, pero nadie habría podido soñar en un día como aquél. Ella misma apenas si podía creerlo.

Cuando se había disfrazado de hombre por primera vez, cuando había sido aceptada en la hermandad de Fulda, Dios no había alzado su mano contra ella. Pero ¿realmente permitiría que una mujer ascendiera al trono santo de san Pedro? La pregunta le daba vueltas en la cabeza.

Los guardias papales, conducidos por Geroldo, cabalgaban alrededor de Juana. Geroldo paseaba una mirada suspicaz por la multitud. De vez en cuando alguien se colaba entre el cerco de guardias y cada vez que sucedía la mano de Geroldo iba a la espada, lista para defender a Juana de cualquier ataque. Pero no hubo ocasión de sacar la espada porque en todas las ocasiones los intrusos sólo querían besar el bajo de la

túnica de Juana y recibir su bendición.

Con su paso lento, sin interrupciones, la larga procesión recorrió las calles camino a Letrán. El sol estaba en el cénit cuando llegaron ante la catedral pontificia. Cuando Juana desmontó, los cardenales, obispos y diáconos se alinearon tras ella. Lentamente ascendió la escalinata y entró al brillante interior de la gran basílica.

Constituido por un antiguo y complejo ritual, el *ordo coronationis*, o ceremonia de coronación, duraba varias horas. Dos obispos condujeron a Juana a la sacristía, donde fue solemnemente vestida con el alba, la dalmática y la capa, antes de ir al altar mayor para el canto de la letanía y el largo ritual de consagración o unción. Mientras se recitaba el *vere dignum*, Desiderio, el archidiacono y dos de los diáconos de distrito sostuvieron sobre su cabeza unos Evangelios abiertos. Luego se celebró la misa, que duró bastante más de lo usual por causa de la adición de numerosas plegarias y fórmulas adecuadas a la importancia de la ocasión.

Durante todo este lapso Juana se mantuvo solemne y erguida, a despecho del peso de las prendas litúrgicas, tan cargadas de oro como las de cualquier príncipe bizantino. Pese a la magnificencia del atuendo, se sentía muy pequeña e inadecuada para la enorme responsabilidad que tenía ante ella. Se dijo que los que la habían precedido también debían de haber temblado y dudado. Y de algún modo habían seguido adelante.

Pero todos habían sido hombres.

Eustaquio, el arcepreste, empezó la bendición final.

—Señor Todopoderoso, extiende la mano derecha de tu bendición sobre tu siervo Juan Anglico y vierte sobre él el don de tu piedad...

«¿Me bendecirá Dios ahora? —se preguntaba Juana—. ¿O su justa ira me fulminará en el momento en que pongan la corona papal sobre mi cabeza?».

El obispo de Ostia se adelantó portando la corona sobre un almohadón de seda blanca. Juana contuvo el aliento cuando alzó la corona sobre ella. Sintió el peso del círculo de oro sobre su cabeza.

No pasó nada.

—¡Larga vida a nuestro ilustre señor Juan Anglico, nombrado por Dios nuestro obispo y papa universal! —gritó Eustaquio.

El coro cantó laudes y Juana hizo frente a la asamblea.

Al salir al pórtico de la basílica la recibió un trueno de vítores. Miles de personas habían estado esperando durante horas bajo el sol ardiente para saludar al recién consagrado papa. Era voluntad de ellos que llevara la corona. Y en aquel momento confirmaban esa voluntad en un gran coro de aclamación:

—¡Papa Juan! ¡Papa Juan! ¡Papa Juan!

Juana alzó las manos y sintió que su espíritu empezaba a animarse. La epifanía, que sólo un día antes había luchado por alcanzar, en aquel momento llegaba sin que la pidiera ni buscara. Dios había permitido que sucediera, así que no podía ir contra su voluntad. Toda duda y ansiedad quedaron desvanecidas, reemplazadas por una gloriosa y resplandeciente certidumbre: «Este es mi destino y éste es mi pueblo».

La consagraba el amor que sentía por ellos. Los serviría en el nombre del Señor todos los días de su vida.

Y quizás al final Dios la perdonaría.

A poca distancia, Geroldo miraba a Juana con asombro. Estaba iluminada, transformada por una felicidad inexpresable, su rostro era como una hermosa luz. Sólo él, por conocerla tan bien, podía adivinar la consagración interior y secreta de su espíritu, mucho más importante que la ceremonia formal que la había precedido. Al verla recibir la aclamación del pueblo, su propio corazón se desgarraba ante una verdad insoportable: estaba perdiendo para siempre a la mujer que amaba y al mismo tiempo nunca la había amado más.

Veintisiete

El primer acto de Juana como papa fue realizar un recorrido a pie por la ciudad. Acompañada por un cortejo de *optimates* y guardias, visitó los siete distritos eclesiásticos, saludando a la gente y escuchando sus quejas y necesidades.

Al acercarse al fin del recorrido, Desiderio, el archidiacono, le indicó la Vía Lata, que se alejaba del río.

—¿Y el Campo de Marte? —dijo ella.

Los miembros del cortejo se miraron consternados. El Campo de Marte era la parte baja, pantanosa, sin vientos, a orillas del Tíber, donde vivían los más pobres de Roma. En los grandes días de la República había estado dedicado a la adoración del dios pagano Marte. Sus calles, antaño espléndidas, eran recorridas por perros hambrientos, mendigos en harapos y ladrones.

—No nos atrevemos a aventurarnos allí, santidad —protestó Desiderio—. El sitio está lleno de cólera y tifus.

Pero Juana ya marchaba hacia el río, flanqueada por Geroldo y los guardias. Desiderio y los otros no tuvieron más remedio que seguirlos.

En las sucias callejuelas que terminaban en el río se alineaban las *insulae*, estrechos asentamientos de pobres, con sus maderas podridas combándose hacia dentro como los lomos de viejos caballos de tiro. Algunas de ellas se habían derrumbado; los montones de madera inútil yacían donde habían caído, bloqueando el paso. Encima se extendían los arcos en ruinas del acueducto Marciano, en su época una de las maravillas de ingeniería del mundo. Por sus muros rotos goteaba agua sucia que se reunía al pie en negros charcos, criaderos de enfermedades.

Grupos de mendigos se agachaban alrededor de calderos con comida maloliente que hervía sobre pequeños fuegos de ramas y estiércol. Las calles estaban cubiertas de una capa de limo dejado por las repetidas crecidas del Tíber. La basura y los excrementos tapaban los desagües; subía un hedor que el calor del verano hacía insoportable, atrayendo enjambres de moscas, ratas y otras alimañas.

—Santo Dios —murmuró Geroldo a sus espaldas—. Esto es un infierno.

Juana conocía la cara de la pobreza, pero nunca había visto nada igual a aquella miseria embrutecedora.

Dos niños estaban en cuclillas ante un fuego sobre el que se cocinaba algo. Sus túnicas estaban tan gastadas que Juana podía ver el blanco de la piel bajo ellas; sus pies descalzos estaban envueltos en tiras de trapos sucios. Uno, un chico, estaba evidentemente enfermo de fiebre; pese al calor, no paraba de temblar. Juana se quitó la capa de lino y lo envolvió tiernamente con ella. El chico frotó la mejilla contra la tela, que debía de ser lo más suave que había sentido en su vida.

Sintió que alguien tiraba de su túnica. El menor de los dos niños, una pequeña con cara de querubín de ojos redondos, la miraba con expresión interrogativa.

—¿Eres un ángel? —gorjeó su vocecita.

Juana cogió con dos dedos la barbilla de la niña.

—Tú eres un ángel, pequeña.

Dentro de la olla, un trozo pequeño de una carne correosa no identificable

empezaba a oscurecerse. Una mujer joven con cabello amarillo lacio se acercaba con paso cansino desde el río cargando un cubo de agua. ¿La madre de los niños?, se preguntó Juana. Era poco más que una niña ella también, seguramente de no más de dieciséis años.

Los ojos de la joven se encendieron de esperanza al ver a Juana y los otros preladados.

—¿Limosna, buenos padres? —Tendió una mano tiznada—. ¿Una monedita por el amor de mis hijos? —Juana hizo una seña a Víctor, el sacellarius, quien puso un denario de plata en la mano de la mujer. Con una mueca de felicidad, la mujer dejó el cubo en el suelo para guardarse la moneda.

En el agua del cubo flotaba la suciedad.

«¡Benedícite!», pensó Juana. La suciedad de aquella agua era sin duda lo que había enfermado al chico. Pero con el acueducto en ruinas, ¿qué alternativa tenía la madre? Tenía que usar el agua contaminada del Tíber o morir de sed.

Para entonces otros habían empezado a notar la presencia de Juana y su cortejo. Se amontonaban alrededor, ansiosos por saludar a su nuevo papa. Juana fue hacia ellos tratando de tocar y bendecir a tantos como fuera posible. Pero la muchedumbre crecía y se apretaba tanto que apenas si podía moverse. Geroldo dio órdenes; los guardias hicieron retroceder a la gente abriendo un camino y el cortejo papal se retiró de vuelta hacia la Vía Lata, al sol y a la brisa, al aire saludable de la colina Capitolina.

—Debemos reconstruir el acueducto Marciano —dijo Juana durante una reunión con los *optimates* a la mañana siguiente.

Las cejas de Pascual se arquearon por la sorpresa.

—La restauración de un edificio cristiano sería un modo más apropiado de iniciar vuestro papado, santidad.

—¿Qué necesidad tienen los pobres de más iglesias? —respondió ella—. Roma tiene muchas iglesias. Pero un acueducto que funcione podría salvar muchísimas vidas.

—El proyecto es dudoso —dijo Víctor, el sacellarius—. Podría ser imposible.

No lo negó. Reconstruir el acueducto sería una empresa monumental, quizás imposible dado el lamentable estado de la ingeniería de la época. Los libros en que se guardaba la sabiduría acumulada por los antiguos sobre aquellas complicadas construcciones se habían perdido o destruido hacía siglos. Las páginas de pergamino en las que habían sido trazados los valiosos planos habían sido raspadas para utilizarlas en homilías cristianas y vidas de santos y mártires.

—Debemos intentarlo —dijo con firmeza—. No podemos permitir que la gente siga viviendo en esas lamentables condiciones.

Los otros guardaron silencio, no porque estuvieran de acuerdo sino porque sería poco político oponerse cuando era evidente que la decisión del apostólico estaba tomada. Al cabo de un rato, Pascual preguntó:

—¿En quién pensáis para dirigir la construcción?

—En Geroldo —respondió Juana.

—¿El *superista*? —Pascual parecía sorprendido.

—¿Quién si no? Él dirigió la construcción de la Muralla Leonina, de la cual

muchos opinaban también que sería una obra imposible.

En las semanas transcurridas desde su coronación había percibido la creciente desdicha de Geroldo. Era una situación difícil para los dos porque estaban cerca uno del otro todo el tiempo. Ella, al menos, tenía su trabajo y un claro sentido de su misión y objetivo. Pero Geroldo estaba aburrido e inquieto. Juana lo sabía sin que él se lo dijera; nunca habían necesitado hablar para saber lo que sentía el otro.

Cuando lo vio, le expuso su idea de reconstruir el acueducto. Él quedó pensativo.

—Cerca de Tívoli el acueducto corre bajo tierra, pasando por túneles una serie de colinas. Si esa sección se ha derrumbado no será fácil repararla.

Juana sonrió al ver que él ya había aceptado la idea y preveía los problemas que encontraría.

—Si alguien puede hacerlo, eres tú.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

Los ojos de Geroldo encontraron los suyos con una mirada en la que el deseo era inconfundible.

Ella sintió su propia respuesta de deseo. Pero no se atrevió a dejar ver sus sentimientos. Reconocer su intimidad, aun en privado, sería provocar el desastre. Habló en tono neutro.

—No se me ocurre qué otra cosa sería más beneficiosa para el pueblo.

—Muy bien, entonces —dijo él apartando la vista—. No prometo nada. Veré si es posible. Y haré todo lo que pueda para que el acueducto vuelva a funcionar.

—Es todo lo que pido —dijo ella.

Empezaba a comprender de un modo enteramente nuevo lo que significaba ser papa. Aunque nominalmente era una posición de gran poder, en la realidad estaba cargada de obligaciones. Su tiempo estaba completamente ocupado por la abrumadora ronda de deberes litúrgicos. El Domingo de Ramos bendijo y distribuyó palmas delante de San Pedro. El Jueves Santo lavó los pies de los pobres y les sirvió comida con sus propias manos. En la festividad de San Antonio se situó delante de la catedral de Santa María la Mayor y roció con agua bendita los bueyes, caballos y mulas que habían llevado sus dueños. El tercer domingo después de Adviento impuso las manos sobre cada uno de los que iban a ordenarse sacerdotes, diáconos y obispos.

También estaba la misa diaria que officiar. Determinados días era la misa estacional, precedida por una procesión a través de la ciudad hasta la iglesia titular en la que se oficiaba el servicio, deteniéndose en el camino a oír a los peticionarios; la procesión y el servicio ocupaban casi todo el día. Había más de noventa misas estacionales, incluyendo las fiestas marianas, las cuatro témporas, la Navidad de Cristo, la septuagésima y sexagésima, y casi todos los domingos y ferias de Cuaresma.

Había días de fiesta en honor de los santos Pedro, Pablo, Lorenzo, Inés, Juan, Tomás, Lucas, Andrés y Antonio, así como la Natividad, la Anunciación y la Asunción de la Virgen María. Éstas eran fiestas fijas, lo que significaba que caían el mismo día cada año, como la Navidad de Cristo y la Epifanía. La Oblación, la festividad del trono de san Pedro, la Circuncisión de Cristo, la Natividad de san Juan Bautista, la de san Miguel, el día de Todos los Santos y la Exaltación de la Cruz también eran fiestas fijas. En cambio, la Pascua, el más sagrado de los días del año cristiano, era una fiesta móvil;

su lugar en el calendario seguía el momento de la luna llena eclesiástica, como sus celebraciones «satélites»: Martes de Carnaval, Miércoles de Ceniza, la Ascensión y Pentecostés.

Cada una de estas festividades cristianas era observada al menos con cuatro días de celebración: la vigilia o víspera de la fiesta; la fiesta misma; el día siguiente; y la octava, esto es, el octavo día subsiguiente. En total había ciento setenta y cinco fiestas cristianas al año, dedicadas a un ceremonial complicado y prolongado.

Todo lo cual dejaba a Juana muy poco tiempo para gobernar o para hacer las cosas que tanto le habían importado: mejorar el destino de los pobres y promover la educación del clero.

En agosto, la ardua rutina litúrgica fue interrumpida por un sínodo. Asistieron sesenta y siete prelados, incluyendo a todos los *suburbicarii*, u obispos provinciales, así como cuatro obispos francos enviados por el emperador Lotario.

Dos de los asuntos tratados en este sínodo tenían interés particular para Juana. El primero era la *intinctio*, la práctica de administrar la comunión mojando el pan eucarístico en el vino en lugar de compartirlo por separado. En los veinte años transcurridos desde que Juana hubiera introducido la idea en Fulda como un medio de prevenir la difusión de enfermedades, se había vuelto tan popular que en Franconia era una costumbre casi universal. El clero romano, que por supuesto no tenía conocimiento de la relación de Juana con aquello, veía con suspicacia la práctica novedosa.

—Es una transgresión de la ley divina —dijo el obispo de Castrum con indignación—. Pues las Sagradas Escrituras claramente afirman que Cristo dio su cuerpo y sangre separadamente a sus discípulos.

Hubo gestos de asentimiento en todo el salón.

—Mi señor obispo dice la verdad —dijo Pothos, obispo de Trevi—. La práctica no tiene precedente en los escritos de los Padres y por ello debe ser condenada.

—¿Debemos condenar una idea sólo porque es nueva? —preguntó Juana.

—En todas las cosas debemos guiarnos por la sabiduría de los antiguos —respondió Pothos gravemente—. La única verdad de la que podemos estar seguros es la que fue probada en el pasado.

—Todo lo que es viejo empezó siendo nuevo —señaló Juana—. Lo nuevo siempre precede a lo viejo. ¿No es necio denostar lo que precede y elogiar lo que sigue?

El entrecejo de Pothos se frunció mientras su cerebro combatía con esta difícil dialéctica. Como la mayoría de sus colegas, no estaba preparado para el debate y la argumentación clásicos; sólo se sentía cómodo cuando citaba autoridades.

Siguió una prolongada discusión. Juana habría podido, por supuesto, imponer su voluntad por decreto, pero prefería la persuasión a la tiranía. Al final, sus argumentos convencieron a los obispos. La *intinctio* seguiría practicándose en Franconia, al menos por el momento.

El siguiente asunto a tratar tenía un profundo interés personal para Juana porque involucraba a su viejo amigo Gottschalk, el monje oblatto cuya libertad había ayudado a obtener. De acuerdo con el informe de los obispos francos volvía a tener graves problemas. Juana se entristeció por la noticia, pero no la sorprendió

especialmente; Gottschalk era un hombre que cortejaba la desdicha con tanto ardor como un amante corteja a su dama.

Ahora era acusado del serio crimen de herejía. Rabano Mauro, ex abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, se había enterado de algunas teorías avanzadas sobre la predestinación que Gottschalk había estado predicando. Aprovechando la oportunidad para vengarse de su viejo enemigo, el arzobispo lo había mandado encarcelar y azotar salvajemente.

La frente de Juana se oscureció. La crueldad con la que hombres supuestamente piadosos como Rabano trataban a sus hermanos cristianos nunca dejaba de asombrarla. A los hombres del norte, que eran paganos, se los trataba con menos odio que a un creyente cristiano que se apartara en lo más mínimo de las estrictas doctrinas de la Iglesia. «¿Por qué será que siempre reservamos lo peor de nosotros para los nuestros?», se preguntaba Juana.

—¿Cuál es la naturaleza específica de esta herejía? —le preguntó a Wulfram, el principal de los obispos francos.

—Primero —dijo Wulfram— el monje Gottschalk afirma que Dios ha predestinado a todos los hombres a la salvación o a la perdición. Segundo, que Cristo no murió en la cruz por todos los hombres, sino sólo por los elegidos. Y tercero, que los caídos no pueden hacer el bien apartados de la gracia ni ejercer la libre voluntad para nada que no sea el mal.

«Eso parece de Gottschalk», pensó Juana. Pesimista confirmado, era natural que se inclinara por una teoría que predestinaba al hombre a la perdición. Pero no había nada herético ni siquiera especialmente nuevo en sus ideas. El mismo san Agustín había dicho exactamente lo mismo en dos grandes obras, *La ciudad de Dios* y el *Enchiridion*.

Pero nadie en el sínodo parecía saberlo. Aunque todos reverenciaban el nombre de Agustín, era evidente que nadie se había tomado el trabajo de leer sus obras.

Se puso de pie para hablar Nirgotio, obispo de Anagni.

—Es una malvada y pecaminosa apostasía —dijo—. Porque es bien sabido que la voluntad de Dios predestina a los elegidos pero no a los condenados.

Este razonamiento tenía graves errores ya que al predestinar a un grupo inevitablemente se predestinaba al otro. Pero Juana no lo señaló porque ella también rechazaba lo que predicaba Gottschalk. Había peligro en llevar a la gente a creer que no podían ganarse su propia salvación evitando el pecado y tratando de obrar con justicia. Después de todo, ¿por qué molestarse en hacer buenas obras si la decisión del cielo ya estaba tomada?

—Estoy de acuerdo con Nirgotio —dijo—. La gracia de Dios no es una elección que predestine, sino el poder desbordante de su amor, que empapa todas las cosas que existen.

Los obispos recibieron sus palabras con agrado porque estaba de acuerdo con lo que ellos pensaban. Votaron unánimemente por refutar las teorías de Gottschalk. Pero a petición de Juana incluyeron asimismo una condena al arzobispo Rabano por su «duro y poco cristiano» tratamiento al monje equivocado.

El sínodo votó cuarenta y dos cánones, que trataban principalmente de

reformas en la disciplina y educación eclesiásticas. Al final de la semana, la asamblea se levantó. Todos estuvieron de acuerdo en que había ido muy bien y que el papa Juan la había presidido con especial distinción. Los romanos estaban especialmente orgullosos de que los representara un jefe espiritual de tan superior inteligencia y saber.

Pero la buena voluntad que se ganó Juana en el sínodo no duró mucho. Al mes siguiente, toda la comunidad eclesiástica se conmovió hasta sus cimientos cuando ella anunció su intención de instituir una escuela para mujeres. Hasta los miembros del partido papal que habían apoyado su candidatura se escandalizaron: ¿qué clase de papa habían elegido?

Jordano, el *secundicerius*, se enfrentó a Juana públicamente sobre este asunto durante la reunión semanal de los *optimates*.

—Santidad —dijo—, hacéis una grave injuria al tratar de educar a las mujeres.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Seguramente sabéis, santidad, que el tamaño del cerebro de una mujer y su útero son inversamente proporcionales; en consecuencia, cuanto más aprenda una joven, menos probable es que conciba hijos.

«Mejor estéril de cuerpo que de inteligencia», pensó Juana ásperamente, aunque se guardó la idea para ella misma.

—¿Dónde has leído eso?

—Es conocimiento común.

—Tan común, al parecer, que nadie se ha tomado el trabajo de escribirlo para que podamos aprenderlo.

—No hay nada que aprender de lo que es obvio. Nadie ha escrito que la lana procede de las ovejas, pero todos sabemos que es así.

Hubo sonrisas de todos lados. Jordano se hinchó, complacido por la inteligencia de su argumento. Juana pensó durante un momento.

—Si lo que dices es cierto, ¿cómo explicas la extraordinaria fertilidad de mujeres sabias como Laeta, que se escribía con san Jerónimo y que según él dice dio a luz a quince saludables hijos?

—¡Una aberración! Una rara excepción a la regla.

—Si no recuerdo mal, Jordano, tu propia hermana Juliana sabe leer y escribir.

Jordano aminoró su entusiasmo.

—Sólo un poco, santidad. Sólo lo suficiente para poder llevar las cuentas de la casa.

—Y sin embargo, de acuerdo con tu teoría, aun un poco de saber debería tener un efecto adverso sobre la fertilidad de una mujer. ¿Cuántos hijos ha dado a luz Juliana?

Jordano se ruborizó.

—Doce.

—¿«Otra» aberración?

Hubo un largo silencio incómodo.

—Evidentemente, santidad —dijo Jordano en tono ceremonioso—, vuestra decisión está tomada. En consecuencia, no diré más.

Y no lo hizo, al menos en aquella asamblea.

—No fue prudente ofender a Jordano en público —le dijo Geroldo—. Puedes haberlo empujado a los brazos de Arsenio y de los seguidores del emperador.

—Pero es que está equivocado, Geroldo —dijo Juana—. Las mujeres son tan capaces de aprender como los hombres. ¿No soy yo una prueba?

—Por supuesto. Pero debes darle tiempo a la gente. El mundo no puede ser reformado en un día.

—El mundo nunca será reformado si nadie trata de reformarlo. Los cambios deben empezar en alguna parte.

—Es cierto —admitió Geroldo—. Pero no ahora, no aquí... no contigo.

—¿Por qué no?

«Porque te amo —quiso decirle él— y temo por ti». En lugar de eso dijo:

—No debes buscarte enemigos. ¿Has olvidado quién y qué eres? Puedo protegerte de muchas cosas, Juana. Pero no de ti misma.

—Oh, vamos... no creo que sea tan grave. ¿Acaso se terminará el mundo porque unas pocas mujeres aprendan a leer y escribir?

—Tu viejo profesor (¿Esculapio se llamaba, no?), ¿qué fue lo que te dijo una vez, según me contaste?

—Que algunas ideas son peligrosas.

—Exactamente.

Hubo un largo silencio.

—Muy bien —admitió Juana—. Hablaré con Jordano y haré lo que pueda por halagarlo. Y prometo ser más comedida en el futuro. Pero la escuela de mujeres es demasiado importante; no quiero renunciar a ella.

—No pensé que fueras a hacerlo —respondió Geroldo sonriendo.

En septiembre se inauguró oficialmente la escuela para mujeres. Juana le puso de nombre Escuela Santa Catalina, en amorosa memoria de su hermano Mateo, el primero en hacerle conocer a la santa culta. Cada vez que pasaba por el pequeño edificio de la Vía Merulana y oía el sonido de las voces femeninas recitando, pensaba que su corazón se le rompería de dicha.

Mantuvo su palabra con Geroldo. Fue amable y cortés con Jordano y con los otros *optimates*. Incluso logró mantener bajo control la lengua cuando oyó al cardenal Citronato predicar que en la resurrección, las «imperfecciones» de las mujeres serían remediadas porque todos los seres humanos renacerían como hombres. Juana citó a Citronato en privado y le propuso, a modo de sugerencia, que la eliminación de aquella línea de sus sermones podría hacerle obtener mejor efecto con sus parroquianas mujeres. Puesta en términos tan diplomáticos la sugerencia fue aceptada; Citronato quedó halagado por la atención papal y no volvió a predicar aquella idea.

Con paciencia y sin quejas Juana soportó la ronda diaria de misas, audiencias, bautismos y ordenaciones. Y los largos días frescos del otoño pasaron sin mayores incidentes.

En los idus de noviembre el cielo se oscureció y empezó a llover. Durante diez días cayó una lluvia espesa que retumbaba en los tejados de las casas hasta exasperar a sus habitantes, que tenían que ponerse tapones en los oídos. Las viejas alcantarillas de la ciudad se desbordaron; en las calles se estancaba el agua o corría uniendo los

charcos en rápido movimiento, convirtiendo las piedras de basalto en una peligrosa pista donde deslizarse.

Y siguió lloviendo. Las aguas del Tíber subieron peligrosamente y cubrieron las orillas desde la ciudad hasta el mar, inundando las tierras de labor, destruyendo cosechas, arrastrando al ganado.

Dentro de los muros de la ciudad, la primera parte en inundarse fue la más baja, el Campo de Marte. Su abundante población de pobres se vio afectada: algunos se trasladaron a suelo más alto en cuanto el agua empezó a crecer, pero muchos se quedaron negándose a dejar sus casas y posesiones, sin prever las consecuencias de su dejadez.

Después fue demasiado tarde. Las aguas subieron por encima de la altura de un hombre, impidiendo todo intento de huida. Cientos de personas quedaron atrapadas en sus frágiles *insulae*; si las aguas seguían subiendo, se ahogarían.

En tales circunstancias lo usual era que el papa se retirara a la catedral de Letrán y oficiara una solemne letanía, postrándose ante el altar en plegaria por la liberación de la ciudad. Para sorpresa y consternación del clero, Juana no hizo tal cosa. En lugar de eso llamó a Geroldo para discutir planes de rescate.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó—. Debe de haber algún modo de salvar a esa gente.

—Las calles que rodean al Campo de Marte —respondió él —están completamente cubiertas. No hay modo de llegar salvo en bote.

—¿Y los botes amarrados en Ripa Grande?

—Son sólo botes de pesca, demasiado frágiles para aguas tan embravecidas.

—Valdría la pena intentarlo —dijo ella con preocupación—. ¡No podemos quedarnos cruzados de brazos mientras la gente se ahoga!

Geroldo sintió una oleada de ternura hacia ella. Ni Sergio, ni siquiera León, habrían manifestado tanta preocupación por la población miserable del Campo de Marte. Juana era diferente; al no ver distinción entre ricos y pobres, no la hacía. A sus ojos, toda la gente merecía por igual su cuidado y atención.

—Llamaré a la milicia de inmediato —dijo.

Fueron juntos al muelle de Ripa Grande donde Juana apeló a su autoridad para reclamar toda embarcación que estuviera en condiciones de navegar. Geroldo y sus hombres subieron a los botes y Juana pronunció una breve bendición, alzando la voz para que lo oyeran por encima del crepitar de la lluvia. Ante el asombro de todos, subió al bote donde iba Geroldo.

—¿Qué haces? —le preguntó él alarmado.

—¿Qué te parece que hago?

—¡No querrás venir con nosotros!

—¿Por qué no?

Él la miraba como si estuviera loca.

—¡Es demasiado peligroso!

—Donde me necesiten, allí iré —respondió ella con decisión.

Eustaquio, el arcipreste, miraba desde el muelle con el entrecejo arrugado.

—¡Santidad, pensad en la dignidad de vuestra posición! Sois el papa, obispo de Roma. ¿Arriesgaréis la vida por un grupo de miserables harapientos?

—Son hijos de Dios, Eustaquio, no menos que tú y yo.

—Pero ¿quién oficiará la letanía? —preguntó él en tono lastimero.

—Tú, Eustaquio. Y hazlo bien porque tenemos necesidad de vuestras plegarias. —Se volvió con impaciencia a Geroldo—. Ahora, *superista*, ¿remarás o tendré que hacerlo yo?

Al reconocer la mirada de tenaz determinación en aquellos ojos verdigrises, Geroldo cogió los remos. No había tiempo para seguir discutiendo ya que las aguas subían deprisa. Remó con energía y el bote se apartó del muelle.

Eustaquio gritó algo, pero sus palabras se perdieron en el viento y la lluvia.

La improvisada flota apuntó hacia el noroeste, donde estaba el Campo de Marte. Las aguas habían subido. El Tíber cubría aquella parte baja de la ciudad como si fuera su propio lecho. Desde la Puerta Séptima a los pies de la colina Capitolina, toda casa e iglesia estaba cubierta por el agua. La colina de Marco Aurelio estaba a medias sumergida; las olas lamían los umbrales del Panteón.

Al acercarse al Campo de Marte vieron pruebas del terrible daño que había causado la crecida. Restos de madera, provenientes de las *insulae* derruidas, flotaban a la deriva; también había cadáveres en la superficie del agua, movidos por cada pequeño impulso de la corriente. Los aterrorizados habitantes de los edificios todavía en pie se habían retirado a los pisos superiores. Se asomaban por las ventanas con los brazos estirados pidiendo ayuda patéticamente.

Los botes se separaron; a cada edificio fue uno o dos. El oleaje hacía difícil mantenerlos firmes. Algunas personas se asustaban y saltaban antes de tiempo y caían lejos de los botes. Otros caían sobre el borde y los volcaban. En el agua había una espantosa confusión cuando los que no sabían nadar trataban desesperadamente de aferrarse a los que sí sabían, mientras los remeros maldecían y trataban de enderezar las frágiles embarcaciones.

Por fin todos los botes estuvieron cargados y partieron, siguiendo en línea recta hacia el monte Capitolino, donde descargaban a sus pasajeros. Desde allí era fácil trepar hasta suelo seco. La flotilla volvía a rescatar más gente.

Hicieron viaje tras viaje empapados hasta los huesos, con las ropas pegadas al cuerpo, doloridos por el esfuerzo y la fatiga. Al final daba la impresión de que los hubieran rescatado a todos. Iban rumbo a la colina cuando Juana oyó una voz aguda pidiendo socorro. Al volverse vio la silueta de un niño pequeño en una de las ventanas. Quizás había estado dormido y acababa de despertarse o quizás había tenido demasiado miedo para acercarse antes a la ventana.

Juana y Geroldo se miraron. Sin una palabra, él hizo girar el bote y remó de vuelta, hasta detenerse bajo la ventana en la que se asomaba el chico y maniobró con los remos para mantener quieto el bote. Juana se puso de pie y tendió los brazos.

—¡Salta! —dijo—. ¡Salta y yo te cogeré!

El niño se quedó donde estaba, con los ojos redondos mirando con terror al bote.

Ella no le quitaba los ojos de encima y lo animaba a moverse.

—¡Salta ahora! —le ordenó.

Tímidamente, el niño pasó una pierna por el borde de la ventana.

Ella le tendió los brazos.

En aquel momento hubo un rugido ensordecedor. La antigua portezuela de Santa Ágata, puerta norte de la Muralla Aureliana, había cedido bajo el peso del agua. El Tíber entraba a la ciudad con una ola de terrible fuerza.

Juana vio la cara del niño enmarcada en la ventana, su boca formando una pequeña O de terror, mientras el edificio entero empezaba a derrumbarse. Al mismo tiempo sintió que el bote bajo sus pies se deslizaba, movido por el feroz impulso del oleaje.

Gritó aferrándose a los lados del frágil bote que corría como saltando cascadas, amenazando a cada momento con volcarse. El agua se metía por los lados; Juana alzó la cabeza para respirar y tuvo una visión fugaz de Geroldo agachado en la proa.

Una fuerte sacudida y el bote se detuvo bruscamente, enviándola a ella a golpearse contra un lado. Durante un momento quedó allí, aturdida y sin comprender. Cuando al fin miró a su alrededor vio paredes, una mesa, sillas.

Estaba en un interior. La enorme fuerza de la inundación había conducido al pequeño bote a través de la ventana de una de las casas.

Vio a Geroldo tendido frente al bote, la cara sumergida en varios centímetros de agua. Se arrastró hacia él.

Cuando lo volvió estaba flácido y no respondía ni respiraba. Lo sacó del bote para acostarlo sobre el suelo del cuarto. Lo volvió boca abajo y empezó a presionar en su espalda para que expulsara el agua de los pulmones. Apretar y soltar, apretar y soltar. «No puede morir —pensaba—. No debe morir». Dios no podía ser tan cruel. Recordó al niño condenado en la casa y pensó: «Dios es capaz de cualquier cosa».

Apretar y soltar. Apretar y soltar.

La garganta de Geroldo se hinchó y expulsó una gran cantidad de agua.

¡Benedícite! Volvía a respirar. Juana lo examinó con cuidado. No había huesos rotos ni heridas abiertas. Pero había una gran hinchazón azul y negra en la frente, donde había recibido un feo golpe. Debía de ser la causa de su inconsciencia.

«Ya debería estar volviendo en sí», pensó. Pero Geroldo seguía hundido en un sueño antinatural, la piel pálida y húmeda, la respiración superficial, el pulso débil y peligrosamente rápido. «¿Qué es lo que anda mal? —se preguntó Juana ansiosamente—. ¿Qué más puedo hacer?».

«La conmoción de una herida violenta puede matar a un hombre con un frío penetrante». Las palabras de Hipócrates, palabras que en una ocasión habían salvado la vida de Gottschalk, le volvieron a las mientes.

Debía calentar a Geroldo y rápido.

Ráfagas de viento y lluvia entraban por el agujero dejado al pasar el bote. Se levantó y empezó a explorar el pequeño lugar. Detrás del cuarto de delante había otro, más pequeño, sin ventanas y por lo tanto más cálido y seco. Y, ¡*Deo gratias!*, en medio del cuarto había un pequeño brasero de hierro provisto de unos trozos de leña. Sobre un estante encontró un pedernal y algo de yesca. En un baúl en el rincón había una manta de lana pesada, desgarrada pero por suerte seca.

Volvió al cuarto de delante y cogió a Geroldo por las axilas y a medias lo cargó, a medias lo arrastró, hacia el cuarto trasero. Lo depositó junto al brasero. Cogió la yesca y frotó el pedernal contra el hierro. Las manos le temblaban tanto que tuvo que

probar varias veces antes de producir una chispa. Finalmente consiguió encender una pequeña llama y puso la yesca en el brasero de modo que tocara los troncos. La madera húmeda siseó, negándose a prender. Al fin un punto rojo empezó a brillar en uno de los troncos. Ella abanicó el débil fuego, alentándolo con habilidad. En el momento en que empezaba a arder, una corriente de aire procedente del otro cuarto lo extinguió.

Juana miró con angustia los troncos fríos. No había más yesca, ni más modo de iniciar otro fuego. Geroldo estaba inconsciente, con su piel de un terrible blanco azulado y los ojos hundidos en sus órbitas.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Se apresuró a quitarle las ropas húmedas, desnudando su cuerpo tenso y musculoso, señalado aquí y allá por viejas cicatrices de batallas. Lo cubrió con la manta.

Se puso de pie y, estremecida en el aire helado, empezó a quitarse sus propias ropas empapadas: la capa y la dalmática, la ropa interior, el alba, el amito y el cíngulo. Cuando estuvo desnuda se metió bajo las mantas y se apretó contra Geroldo.

Lo abrazó con fuerza, calentándolo con su propio cuerpo, transmitiéndole su fuerza y su vida.

«Lucha, Geroldo, querido. Lucha».

Cerró los ojos y se concentró en establecer un lazo entre ellos. Todo lo demás se alejó. La pequeña habitación, el fuego apagado, el bote, la tormenta... Nada de aquello era real. Sólo estaban ellos dos. Sobrevivirían juntos o perecerían.

Los párpados de Geroldo temblaron. Su mano se movió en un reflejo, como para apartar un velo invisible. En el mismo momento, Juana vio una luz al final del túnel y se apresuró hacia ella. Desde un sitio muy lejano emergieron los dos juntos.

Él se despertó. Sus ojos azules la miraron sin sorpresa; sabía que ella había estado con él.

—Perla mía —murmuró.

Durante un buen rato quedaron en silencio, unidos en una comunicación sin palabras. Él alzó un brazo para atraerla y sus dedos le rozaron las heridas de la espalda.

—¿Marcas de látigo? —preguntó.

Ella se ruborizó.

—Sí.

—¿Quién te lo hizo?

Lentamente, con largas pausas, le contó el castigo que había recibido de su padre cuando se negó a destruir el libro de Esculapio.

Geroldo no dijo nada, pero los músculos de su mandíbula se endurecieron. Se inclinó sobre ella y empezó a besarle cada cicatriz.

Con el correr de los años, Juana se había ejercitado en contener sus emociones, en resistir al dolor, en no llorar. En aquel momento, las lágrimas corrían por sus mejillas sin control.

La abrazó con ternura, murmurando palabras dulces, hasta que ella dejó de llorar. Los labios de él estaban sobre los de ella, moviéndose suavemente con una habilidad y una ternura que la llenaban de calidez. Lo abrazó y cerró los ojos, dejando que el dulce y oscuro vino de sus sentidos corriera; la mente se rendía al fin al deseo

del cuerpo.

«¡Dios Santo! —pensó— ¡Yo no sabía... no sabía!». ¿Era contra aquello contra lo que la había prevenido su madre? ¿De aquello había huido tantos años? Aquello no era rendirse; era una maravillosa, una gloriosa expansión de su persona: una plegaria no de palabras sino de ojos y manos y labios y piel.

—¡Te amo! —gritó en el momento del éxtasis y sus palabras no fueron profanación sino sacramento.

En el gran salón del palacio, Arsenio esperaba las noticias junto con los *optimates* y miembros del alto clero de Roma. Cuando se supo lo que había hecho el papa Juan, Arsenio a duras penas podía creerlo. Pero ¿qué otra cosa podía esperarse de un extranjero y encima plebeyo?

Radoin, segundo al mando de la milicia papal, entró en el salón.

—¿Qué noticias hay? —preguntó con impaciencia Pascual, el *primicerius*.

—Logramos rescatar a varias decenas de habitantes —respondió Radoin—.

Pero me temo que su santidad se ha perdido.

—¿Perdido? —repitió Pascual con voz trémula— ¿Qué quieres decir?

—Iba en un bote con el *superista*. Creíamos que nos seguían, pero deben de haber vuelto a rescatar a otro superviviente. Fue entonces cuando cedió la puerta de Santa Ágata y entró una marea muy fuerte en la zona.

Hubo exclamaciones de alarma y temor. Varios de los prelados se persignaron.

—¿Hay alguna posibilidad de que hayan sobrevivido? —preguntó Arsenio.

—Ninguna —respondió Radoin—. La fuerza de la marea lo barrió todo a su paso.

—Dios tenga piedad de ellos —dijo Arsenio gravemente, usando todo su autocontrol para disimular su alegría.

—¿Debo ordenar que toquen a muerto las campanas? —preguntó Eustaquio, el arcipreste.

—No —dijo Pascual—. No debemos precipitarnos. El papa Juan es el elegido de Dios; es posible que Dios haya hecho un milagro para salvarlo.

—¿Por qué no ir en su búsqueda? —sugirió Arsenio.

No tenía ningún interés en un rescate, pero necesitaba asegurarse de que el trono de san Pedro había vuelto a quedar vacante. Le respondió Radoin.

—El derrumbamiento de la puerta norte ha hecho imposible entrar en toda esa zona. No podemos hacer nada hasta que el agua baje.

—Entonces recemos —dijo Pascual—. *Deus misereatur nostri et benedicat nobis...*

Los otros se unieron a la plegaria, inclinando las cabezas.

Arsenio recitaba automáticamente mientras su pensamiento seguía otros caminos. Si, como parecía seguro, el papa Juan había muerto en la inundación, entonces Anastasio tenía una segunda oportunidad. «Esta vez —pensó firmemente Arsenio— nada debe fallar en la elección». Esta vez usaría todo su poder para asegurarse de que la candidatura de su hijo no fracasara.

—... *et metuant eum omnes fines terrae. Amen.*

—Amén —respondió Arsenio.

No podía esperar a las noticias del día siguiente.

Al despertarse con el alba, Juana sonrió al ver a Geroldo dormido a su lado. Dejó reposar su mirada sobre el rostro largo, delgado y orgulloso, tan lleno de belleza masculina entonces como cuando lo había visto por primera vez al otro lado de la mesa del banquete, hacía veintiocho años.

«¿Lo sabía ya entonces aquella primera vez? —se preguntaba—, ¿sabía que lo amaba? Creo que sí».

Al fin había llegado a aceptar lo que tanto había luchado por negarse: Geroldo era una parte de ella, era ella misma de un modo extraño que no podía ni explicar ni negar. Eran almas gemelas, enlazadas inseparablemente y para siempre, dos mitades de un todo perfecto que nunca volvería a completarse sin uno de ellos.

No se permitió entrar en las consecuencias de este maravilloso descubrimiento. Le bastaba con vivir el momento presente, en la suprema felicidad de estar allí con él. El futuro no existía.

Él seguía a su lado con la cabeza cerca de la de ella, los labios entreabiertos y el largo cabello rojizo cubriéndole a medias la cara. En el sueño parecía vulnerable y joven, casi infantil. Movida por una inmensa ternura, Juana le quitó una brizna de paja que tenía pegada a la mejilla.

Geroldo abrió los ojos y la miró con una expresión de amor y necesidad tan intensa que ella quedó sin aliento. Sin palabras, fueron uno hacia el otro.

Estaban dormitando otra vez, abrazados, cuando Juana se puso atenta de pronto, alertada por un sonido extraño. Se quedó inmóvil, escuchando. Silencio. Entonces comprendió que no era el ruido lo que la había despertado sino el silencio: la ausencia del fuerte y firme martilleo sobre el tejado. La lluvia había cesado.

Se levantó y fue a la ventana. El cielo estaba cubierto y gris, pero por primera vez en más de diez días se veían en el horizonte trozos de cielo azul y rayos de luz solar se filtraban entre las nubes.

«Dios sea loado —pensó—. Ahora la inundación bajará».

Geroldo fue hacia ella y la abrazó. Ella se apoyó en él, contenta de sentir su contacto.

—¿Te parece que vendrán pronto por nosotros? —preguntó.

—Muy pronto, ahora que la lluvia ha cesado.

—¡Oh, Geroldo! —Hundió la cabeza en su hombro—. Nunca he sido tan feliz ni tan infeliz.

—Lo sé, mi amor.

—Nunca podremos estar juntos otra vez, no como ahora.

Él le acarició el cabello brillante.

—No tenemos por qué volver, sabes.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie sabe que estamos aquí. Si no llamamos a los botes de rescate cuando vengan, se irán. En un día o dos, cuando el agua baje, nos escaparemos de la ciudad de noche. Nadie vendrá tras nosotros porque pensarán que hemos muerto. Estaremos libres... y juntos.

Esperó su decisión: su vida, su felicidad, dependían de la respuesta.

Después de un momento, ella se volvió. Mirando hacia la profundidad de aquellos ojos verdigrises, cargados de pena, Geroldo supo que había perdido. Juana dijo lentamente:

—No puedo huir de la gran responsabilidad que se me ha confiado. El pueblo cree en mí; no puedo abandonarlo. Si lo hiciera, me volvería otra, alguien diferente de la persona que tú amas.

Geroldo no respondió. Sabía que nunca volvería a tener tanto poder sobre ella como en aquel momento. Si aprovechaba aquel poder, la tomaría en sus brazos, la besaría y ella podía acceder a irse con él. Pero sería injusto. Aun si accedía, sería una rendición que podía no durar. No trataría de convencerla para hacer algo de lo que luego pudiera arrepentirse. Debía ir con él por su propia voluntad o no ir.

—Entiendo —dijo—. Y no te presionaré más. Pero hay algo que quiero que sepas. Lo diré una sola vez y nunca más. Eres mi verdadera esposa en esta tierra y yo tu marido. No importa lo que pase, no importa lo que el tiempo y el destino puedan hacernos, nada cambiará nunca eso.

Se vistieron, preparándose para ser rescatados. Se sentaron juntos, abrazados, la cabeza de Juana sobre el hombro de Geroldo. Estaban en aquella posición, perdidos uno en el otro, cuando llegaron los botes de rescate.

Mientras los llevaban al *Patriarchium*, Juana mantuvo la cabeza baja, como si fuera rezando. Consciente de los ojos vigilantes de los guardias, no se atrevía a mirar a Geroldo por temor a no poder controlar sus sentimientos.

Al llegar al muelle los rodeó una jubilosa multitud que los aclamaba. Apenas tuvieron tiempo para intercambiar una última mirada antes de que los alzarán en triunfo y los llevarán en direcciones distintas.

Veintiocho

Papa populi, la llamaban, el papa del pueblo. Una y otra vez se contaba la historia de cómo el papa había salido de su palacio el día de la inundación, arriesgando su vida para salvar las de su pueblo. Dondequiera que fuese, se le hacía un recibimiento apoteósico. Su camino se sembraba de pétalos perfumados de acanto y desde las ventanas le pedían bendiciones. Obtenía fuerza y alegría de aquel amor y se dedicaba al pueblo con fervor renovado.

Por otro lado, los *optimates* y el alto clero estaban escandalizados por la conducta de Juana el día de la inundación. Que el vicario de san Pedro saliera a rescatar gente en un bote... era un absurdo, una vergüenza para la Iglesia y la dignidad de la corte papal. La miraban con creciente insatisfacción, aumentada por las diferencias reales que tenían con ella: era un extranjero y ellos eran romanos nativos; ella creía en el poder de la razón y la observación y ellos creían en el poder de las reliquias sagradas y los milagros; ella estaba a favor de los cambios y miraba al futuro, mientras que ellos eran conservadores y estaban atados a las costumbres y a la tradición.

La mayoría había entrado en las filas de la burocracia clerical durante su infancia. Para cuando llegaban a la madurez estaban entregados a las tradiciones de Letrán y eran acérrimos enemigos del menor cambio. En sus mentes había un modo correcto y un modo incorrecto de hacer las cosas; y el modo correcto consistía en hacerlas como se había hecho siempre.

Era comprensible que el estilo de gobierno de Juana los desconcertara. Dondequiera que ella viera un problema (la necesidad de un hospicio, la injusticia de un funcionario corrupto, la escasez de alimentos) buscaba el modo más rápido de remediarlo. Con frecuencia se veía coartada por la burocracia papal, el vasto y pesado sistema de gobierno que con el paso de los siglos había adquirido la complejidad de un laberinto. Había cientos de departamentos, cada uno con su propia jerarquía y sus responsabilidades celosamente observadas.

Impaciente porque las cosas se hicieran, Juana buscaba modos de contrarrestar la abrumadora ineficacia del sistema. Cuando Geroldo se quedaba sin fondos para las obras del acueducto, ella retiraba el dinero del tesoro, sin cursar (como era habitual) una petición a la oficina del *sacellarius*, el tesorero papal.

Arsenio, alerta como siempre en busca de su oportunidad, hacía lo posible por explotar en su beneficio la situación. Localizó a Víctor, el *sacellarius*, y sacó el asunto a colación con consumado arte político.

—Me temo que a su santidad le falta el necesario aprecio por las costumbres romanas.

—Es comprensible, ya que no se formó en ellas —respondió Víctor sin comprometerse.

Hombre cauto, no revelaría sus cartas hasta que Arsenio no hubiera jugado las suyas.

—Me sorprendió oír que retiró fondos del tesoro sin pasar por tu oficina.

—Fue un tanto... inapropiado —dijo Víctor.

—¡Inapropiado! —exclamó Arsenio—. Mi querido Víctor, en tu lugar yo no sería tan caritativo.

—¿No?

—En tu lugar —dijo Arsenio—, yo me cubriría las espaldas.

Víctor manifestó cierto aire de estudiada indiferencia.

—¿Has oído algo? —preguntó con ansiedad—. ¿Su santidad se propone reemplazarme?

—¿Quién puede saberlo? —respondió Arsenio—. Quizá se propone disolver la oficina del *sacellarius* directamente. Entonces podría tomar los fondos del tesoro que quisiera sin tener que dar explicaciones a nadie.

—¡Jamás se atrevería!

—¿No?

Víctor no respondió. Como un hábil jugador, Arsenio dejó pasar un momento antes de lanzar otro golpe.

—Empiezo a temer —dijo— que la elección de Juan fue un error. Un grave error.

—Se me había ocurrido pensarlo —admitió Víctor—. Algunas de las ideas de su santidad... por ejemplo la escuela para mujeres... —Sacudió la cabeza—. Los caminos de Dios son misteriosos, verdaderamente.

—Dios no puso a Juan en el trono, Víctor: nosotros lo hicimos. Y nosotros podemos quitarlo de ahí.

Aquello era demasiado.

—Juan es el vicario de Cristo —dijo Víctor, profundamente escandalizado—. Admito que es... original. Pero ¿tomar una medida de fuerza contra él? No... no... No creo que hayamos llegado a tanto.

—Bueno, bueno, puedes tener razón. —Arsenio cambió de asunto. No había necesidad de profundizar; ya había plantado la semilla y sabía que podía confiar en que crecería.

Desde que se habían separado el día de la inundación, Geroldo no había vuelto a ver a Juana. El resto del trabajo que había que hacer con el acueducto no estaba en la ciudad sino en Tívoli, distante unos treinta kilómetros. Geroldo se ocupaba al detalle de cada aspecto de la obra, de la supervisión de los planos de la reparación y hasta del trabajo mismo. Con frecuencia intervenía en persona ayudando a levantar piedras y cubriéndolas con mortero. Los hombres se sorprendían de ver al señor *superista* rebajarse a tales tareas menores, pero Geroldo las buscaba porque sólo el duro trabajo físico le daba un momentáneo respiro en la dolorosa melancolía que lo carcomía por dentro.

«Habría sido mejor —pensaba—, mucho mejor, si nunca hubiéramos yacido como hombre y mujer». Quizá entonces habría podido seguir como antes. Pero ahora...

Era como si hubiera vivido todos los años anteriores en la ceguera. Todos los caminos que había andado, todos los riesgos que había corrido, todo lo que había hecho o había sido le llevaba a una persona: Juana.

Cuando el acueducto estuviera terminado, se esperaba que recuperase su puesto de jefe de la guardia papal. Pero estar otra vez cerca de ella cada día, verla y

saber que estaba definitivamente fuera de su alcance... sería insoportable.

«Me iré de Roma en cuanto termine el trabajo del acueducto —pensaba—. Volveré a Benevento y volveré a mandar el ejército de Siconulfo». La vida de soldado tenía una atractiva simplicidad, con sus enemigos definidos y sus objetivos claros.

Se obligaba a trabajar sin descanso, a sí mismo y a sus hombres. En tres meses la obra quedó terminada.

El acueducto restaurado fue inaugurado formalmente en la Anunciación. Encabezada por Juana, toda la clerecía (acólitos, porteros, lectores, exorcistas, sacerdotes, diáconos y obispos) dieron la vuelta a los grandes arcos en una solemne procesión, rociando las piedras con agua bendita y cantando letanías, salmos e himnos. Se hizo un alto y Juana pronunció una breve bendición. Dirigió la vista a donde estaba Geroldo, al pie del arco principal, erguido, delgado, con sus piernas largas, su cabeza más alta que todas las que lo rodeaban.

Le hizo un pequeño gesto con la cabeza y él tiró de una palanca y abrió las esclusas. Los vítores del pueblo empezaron a sonar cuando el agua fría y cristalina de las fuentes de Subiaco, que estaban a unos setenta kilómetros de la ciudad, empezó a fluir en el Campo de Marte por primera vez en más de trescientos años.

Tallado en estilo imperial, el trono papal era un mueble macizo de respaldo alto, todo en roble adornado con rubíes, perlas, zafiros y otras piedras preciosas, tan impresionante como incómodo. Juana llevaba cinco horas en él concediendo audiencias a una hilera interminable de peticionarios. Había empezado a moverse hacia un lado y otro, tratando de calmar la creciente rigidez de su espalda.

Juviano, el jefe de mayordomos, anunció al siguiente peticionario.

—Jefe militar Daniel.

Juana frunció el ceño. Daniel era un hombre difícil, agudo e irascible; y era un hombre cercano al obispo Arsenio. Su presencia sólo podía traer problemas.

Entró Daniel con paso animado, saludando con la cabeza a varios de los notarios y otros funcionarios papales.

—Santidad. —Saludó a Juana con la mínima reverencia y empezó con abrupta rudeza—: ¿Es verdad que en las ordenaciones de marzo tenéis intención de nombrar a Nicéforo como obispo de Trevi?

—Así es.

—¡Ese hombre es griego! —protestó Daniel.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Una posición tan importante debería corresponderle a un romano.

Juana suspiró para sí. Era cierto que sus predecesores habían usado el episcopado como una herramienta política, distribuyendo obispados entre las familias romanas nobles como si repartieran frutas al pie de un árbol. Juana no estaba de acuerdo con esta práctica porque de ella había salido un gran número de *episcopi agraphici*, obispos analfabetos, que alentaban todo tipo de ignorancia y superstición. ¿Cómo podía un obispo interpretar correctamente para su rebaño la palabra de Dios si ni siquiera podía leerla?

—Un puesto tan importante —dijo sin alterar su voz— le corresponde a la persona mejor preparada. Nicéforo es un hombre sabio y piadoso. Será un excelente obispo.

—Bien podéis pensarlo, ya que sois extranjero vos mismo.

Daniel usó deliberadamente el término insultante *barbarus* en vez del más neutral *peregrinus*.

Hubo un evidente silencio entre los presentes. Juana miró a Daniel a los ojos.

—Eso no tiene nada que ver con Nicéforo —dijo—. Te guían motivos egoístas, Daniel, pues quieres que tu hijo Pedro sea obispo.

—¿Y por qué no? —dijo Daniel a la defensiva—. Pedro está bien situado para el cargo en virtud de su familia y su nacimiento.

—Pero no de su capacidad —dijo Juana con sequedad.

La boca de Daniel se abrió por el asombro.

—Os atrevéis... os atrevéis... mi hijo...

—Tu hijo —lo interrumpió Juana— lee igualmente bien de un libro puesto del derecho o del revés porque no sabe latín. Ha aprendido de memoria los pocos pasajes de las Escrituras que conoce. El pueblo se merece algo mejor y lo tendrá con Nicéforo.

Daniel se levantó, rígido por la indignación.

—Recordad mis palabras, santidad: esto no quedará así.

Tras lo cual dio media vuelta y se marchó.

Juana pensó: «Irá directamente a Arsenio, que sin duda encontrará algún modo de causar más dificultades». En una cosa Daniel tenía razón: las cosas no iban a quedar como estaban.

De pronto estaba inexplicablemente agotada. El aire en el salón sin ventanas parecía cerrarse sobre ella; se sentía mareada y débil. Cogió el borde del palio y se lo apartó del cuello.

—El señor *superista* —anunció Juviano.

¡Geroldo! El ánimo de Juana se levantó. No habían hablado desde el día de su rescate. Tenía la esperanza de que fuera aquel día, aunque al mismo tiempo temía el encuentro. Consciente de los ojos vigilantes de los demás Juana mantuvo el rostro impassible.

Pero cuando entró Geroldo su corazón traidor saltó al verlo. La luz trémula de las lámparas jugaba en sus rasgos, iluminando los bien marcados ángulos de sus sienes y pómulos. Le devolvió la mirada; sus ojos se unieron en una silenciosa comunicación y por un instante se sintieron solos en medio de la gente.

Él se adelantó y se arrodilló ante el trono.

—Levántate, *superista* —dijo ella. ¿Eran imaginaciones tuyas o en su voz había un temblor?—. Hoy tu cabeza está coronada con honor. Toda Roma está en deuda contigo.

—Os lo agradezco, santidad.

—Esta noche celebraremos tu gran triunfo con una fiesta. Te sentarás a mi mesa, en el lugar de honor.

—¡Ah!, lamento no poder asistir. Me voy de Roma hoy.

—¿Te vas de Roma? —La sorpresa le impedía pensar—. ¿Qué quieres decir?

—Ahora que la gran obra que me habéis encargado está hecha, renuncio a mi puesto. El príncipe Siconulfo me ha pedido que vuelva a Benevento a recuperar el mando de sus ejércitos... y he aceptado.

Juana mantuvo su postura rígida en el trono, pero sus manos se cerraron

sobre los brazos de madera.

—No puedes hacerlo —respondió bruscamente—. No lo permitiré.

Los prelados presentes arquearon las cejas. Es cierto que era inusual que se renunciara a un cargo tan prestigioso, pero Geroldo era un franco libre y podía irse a donde quisiera.

—Trabajando para Siconulfo —prosiguió Geroldo con tono razonable— seguiré sirviendo a los intereses de Roma porque los territorios de Siconulfo son un baluarte cristiano contra longobardos y sarracenos.

Juana apretaba los labios. Se volvió hacia los otros y les ordenó:

—Dejadnos solos.

Juviano y los demás intercambiaron miradas de sorpresa y salieron del salón con la rapidez de la respetuosa obediencia.

—¿Eso ha sido prudente? —preguntó Geroldo cuando hubieron salido todos—. Ahora se despertarán sus sospechas.

—Tenía que hablar contigo a solas —respondió ella con tono de apremio—. ¿Dejar Roma? ¿En qué estás pensando? No importa, no lo permitiré. Que Siconulfo encuentre a otro para dirigir su ejército. Yo te necesito aquí, conmigo.

—Oh, mi perla. —Su voz era una caricia—. Míranos... No podemos siquiera mirarnos sin traicionar lo que sentimos. Una sola mirada descuidada, una palabra imprudente, y tu vida estaría en peligro. Debo irme, ¿acaso no lo ves?

Juana lo entendía y hasta sabía que en cierto modo tenía razón. Pero no le importaba. La perspectiva de su abandono la llenaba de horror. Geroldo era la única persona que la conocía, la única en la que ella podía confiar absolutamente.

—Sin ti estaría completamente sola —dijo—. No creo que pueda soportarlo.

—Eres más fuerte de lo que crees.

—No —dijo ella. Se puso de pie para ir hacia él y se tambaleó, presa de un fuerte mareo.

Al instante Geroldo estaba a su lado. Le cogió un brazo, sosteniéndola.

—¿Estás enferma!

—No, no. Sólo estoy... cansada.

—Has trabajado demasiado. Necesitas descanso. Ven, te ayudaré a ir a tus aposentos.

Ella lo cogió por un brazo y apretó con fuerza.

—Prométeme que no te irás hasta que podamos volver a hablar.

—Claro que no me iré. —Sus ojos estaban llenos de preocupación—. No hasta que vuelvas a sentirte bien.

Juana estaba tendida en la cama en el silencio de su cuarto. «¿Estoy realmente enferma? —se preguntaba—. Si es así, debo descubrir la causa y tratarla rápidamente, antes de que Enodio y los otros médicos se enteren».

Se puso a pensar sobre ello, haciéndose preguntas como si fuera su propio paciente.

«¿Cuándo empezaron los primeros síntomas?».

Ahora que lo pensaba no se había sentido bien desde hacía varias semanas.

«¿Cuáles son los síntomas?».

Fatiga. Falta de apetito. Una sensación de hinchazón. Náuseas, sobre todo al

levantarse... Un súbito terror la atravesó.

Recapituló desesperadamente, tratando de recordar la fecha de su última sangre mensual. Hacía dos meses, quizá tres. Había estado tan ocupada que no había prestado atención.

Todos los síntomas coincidían, pero había un modo de asegurarse. Se inclinó y cogió la bacinilla que estaba en el suelo junto a la cama. Un momento después volvió a acostarse con las manos temblorosas.

La evidencia era incuestionable. Estaba encinta.

Anastasio se quitó los borceguíes de terciopelo y se recostó cómodamente en el diván. «Un buen día —pensó, satisfecho de sí mismo—. Sí, ha sido un día muy bueno». Aquella mañana había brillado en la corte imperial, había impresionado a Lotario y a todo su séquito con su sabiduría y erudición.

El emperador le había pedido su opinión sobre *De corpore et sanguine Domini*, el tratado que tanta inquietud producía entre los teólogos del país. Escrito por Pascasio Radberto, abad de Corbie, el libro avanzaba la atrevida teoría de que la Eucaristía contenía el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo, el Salvador: no su carne simbólica sino la real e histórica, «la que nació de María, sufrió en la cruz y salió de la tumba».

—¿Qué piensas, cardenal Anastasio? —le preguntó Lotario—. ¿La sagrada hostia es el cuerpo de Cristo en misterio o en realidad?

Anastasio tenía la respuesta lista.

—En misterio, mi señor. Porque puede demostrarse que Cristo tiene dos cuerpos: el primero nacido de María, el segundo representado simbólicamente en la Eucaristía. *Hoc est corpus meum*, dijo Jesús del pan y el vino en la Última Cena: «Éste es mi cuerpo». Pero todavía estaba presente en cuerpo ante sus discípulos cuando lo dijo. Así que evidentemente pronunció las palabras en un sentido figurado.

Tan inteligente era la argumentación que cuando terminó de hablar todos lo aplaudieron. El emperador lo había elogiado llamándolo «un segundo Alcuino». Arrancándose algunos pelos de la barba se los había regalado a Anastasio: un gesto del más alto honor en aquel pueblo extraño y bárbaro.

Anastasio sonrió recordando el placer del momento. Se sirvió vino de la jarra que había en la mesa en una copa de plata y cogió el rollo de pergamino con las últimas cartas de su padre. Rompió el sello de cera y desenrolló la fina vitela blanca. Sus ojos recorrieron el rollo, leyendo con ávido interés. Se detuvo en el relato del robo de los cadáveres de los santos Marcelino y Pedro de un cementerio.

No es que el robo de cuerpos de santos fuera algo particularmente raro; los santuarios cristianos de todo el mundo clamaban constantemente por estas sagradas reliquias para atraer multitudes de fieles con la promesa de milagros. Durante siglos, los romanos, con su mentalidad práctica, habían ganado mucho dinero con esta obsesión de los extranjeros por las reliquias mediante un comercio regular de ellas. Los incontables peregrinos que acudían a la Ciudad Santa siempre estaban dispuestos a donar sumas sustanciosas por un dedo de san Damián, una clavícula de san Antonio o una pestaña de santa Sabina.

Pero los cuerpos de los santos Marcelino y Pedro no habían sido vendidos; habían sido robados, arrancados ignominiosamente de sus tumbas por la noche y

sacados de contrabando de la ciudad. El nombre oficial de aquellos delitos era *furta sacra*, robo de objetos sagrados. Era importante hacerlos cesar porque despojaban a la ciudad de sus más valiosos tesoros.

«Después de este lamentable hurto —escribía su padre—, le pedimos al papa Juan que duplicara la cantidad de guardias apostados en iglesias y cementerios. Pero se niega. Dice que se emplea mejor a los hombres al servicio de los vivos que al de los muertos».

Anastasio sabía que Juan había puesto a una gran cantidad de hombres de la milicia papal a trabajar en la construcción de escuelas, hospicios y casas de refugio. Había dedicado su tiempo y atención (y la mayor parte de los recursos financieros del papado) a esos proyectos seculares mientras dejaba decaer las iglesias de la ciudad. La iglesia de su padre no había recibido una sola lámpara de oro o candelabro de plata desde la entronización de Juan. Pero las innumerables catedrales, oratorios, baptisterios y capillas eran la mayor gloria de Roma. Si no se las mejoraba y embellecía constantemente, Roma no podía esperar competir con el esplendor de su rival oriental, Constantinopla, que se atrevía a llamarse Nueva Roma.

Si él... No, se corregía Anastasio: «Cuando» él fuera papa, las cosas serían diferentes. Devolvería a Roma a los días de su grandeza. Bajo su solícito patronazgo, las iglesias romanas volverían a brillar con fabulosas riquezas, más espléndidas que los mejores palacios de Bizancio. Sabía que ésta era la gran tarea para la que Dios lo había puesto en la tierra.

Siguió leyendo la carta de su padre, pero con menor interés porque la última parte la ocupaban asuntos de poca importancia: se había publicado al fin la lista de nombres de quienes serían ordenados en las próximas ceremonias de Pascua; su primo Cosme se había vuelto a casar, esta vez con una diácona viuda; un tal Daniel, jefe militar, estaba gravemente ofendido porque su hijo había sido pospuesto en un obispado en favor de un griego.

Anastasio se irguió. ¡Un griego nombrado obispo! Su padre parecía considerar esta noticia sólo como otro ejemplo de la falta de romanita del papa Juan. ¿Cómo era posible que hubiera pasado por alto las posibilidades de aquella situación?

«Ésta —pensó Anastasio con creciente entusiasmo— es la ocasión que he estado esperando». Al fin la fortuna le traía la oportunidad a sus manos.

Se levantó deprisa y fue a su escritorio. Cogió una pluma y empezó a escribir:

«Querido padre. En cuanto recibas esto, sin pérdida de tiempo, envíame al jefe militar Daniel de inmediato».

Juana caminaba por el dormitorio papal. «¿Cómo pude estar tan ciega?», se preguntaba. Simplemente no se le había ocurrido que podía quedar encinta. Tenía ya cuarenta y un años, es decir, rebasaba la edad de engendrar hijos.

«Pero mamá era mayor todavía cuando quedó encinta por última vez».

Y había muerto en el parto.

«Nunca te entregues a un hombre».

El miedo, un miedo frío e irracional, estrujó el corazón de Juana. Luchó por calmarse. Después de todo, lo que le había pasado a mamá podía no pasarle a ella. Ella era fuerte y sana; tenía buenas posibilidades de sobrevivir al parto. Pero aun si lo hacía, ¿qué? En la vigilante colmena que era el *Patriarchium* no habría modo de

mantener en secreto su embarazo y parto, ni tampoco de ocultar al niño cuando naciera. Su condición de mujer sería descubierta con seguridad.

¿Qué clase de muerte sería considerada castigo adecuado para semejante crimen? Seguramente sería terrible. Podían sacarle los ojos y azotarla hasta desollarla. O podía ser desmembrada lentamente y después quemada viva. Algún fin así de horrendo sería inevitable cuando llegara el niño.

Si llegaba...

Se puso ambas manos en el abdomen; no había señal de movimiento del feto que crecía dentro. La cadena de la vida todavía era muy débil; no costaría mucho cortarla.

Fue al cofre cerrado con llave donde guardaba sus medicamentos. Los había llevado allí desde el herbolario poco después de la coronación; le era más fácil manipularlos en su aposento y estaban más seguros contra los robos. Revolió entre los distintos frascos y ampollas hasta hallar lo que buscaba. Con habilidad disolvió una medida de cornezuelo de centeno en una copa de vino fuerte. En pequeñas dosis, era una medicina beneficiosa; en dosis más grandes podía provocar un aborto. Aunque no siempre funcionaba y no dejaba de ser un peligro serio para la mujer que la tomaba.

¿Qué otra alternativa tenía? Si no ponía fin a aquel embarazo, se enfrentaría a una muerte mucho más horrible.

Se llevó la copa a los labios.

Sin quererlo recordó las palabras de Hipócrates: «El arte de la medicina es sagrado. Un médico debe usar su saber para ayudar al enfermo de acuerdo con su capacidad y juicio, pero nunca para hacer daño».

Con resolución, Juana rechazó el recuerdo. Durante toda su vida su cuerpo de mujer había sido una fuente de pena y dolor, un impedimento para todo lo que quería hacer y ser. Y no dejaría que le quitara la vida.

Inclinó la copa y bebió.

«Nunca hacer daño. Nunca hacer daño. Nunca hacer daño». Las palabras ardían en ella desgarrándole el corazón. Con un sollozo arrojó la copa vacía. La vio rodar y las últimas gotas dibujaron una errática línea roja en el suelo.

Se tendió en la cama y esperó a que el cornezuelo hiciera efecto. Pasó un tiempo, pero no sintió nada. «No hace efecto», pensó. Se asustó, y al mismo tiempo se sentía muy aliviada. Cuando se sentó, tuvo un fuerte ataque de temblor. Todo su cuerpo se sacudía en espasmos incontrolables. El corazón se le desbocaba; cuando se tomó el pulso, lo encontró acelerado.

Empezó el dolor. Le sorprendió su intensidad. Como un cuchillo al rojo hundido en sus vísceras. Sacudió la cabeza de un lado a otro y se mordió los labios para no gritar. No se atrevía a llamar la atención de los criados.

Las horas siguientes pasaron en una especie de niebla en la que Juana entraba y salía de la conciencia. En un punto debió de tener alucinaciones; le parecía que su madre estaba con ella, la llamaba «pequeña perdiz» y le cantaba en la antigua lengua como solía hacer, poniendo las manos frías en su frente caliente.

Se despertó antes del alba. Durante un rato se quedó quieta. Empezó a examinarse. Su pulso era regular, los latidos fuertes, la piel tenía buen color. No había hemorragia ni señal de daño.

Había sobrevivido al tormento.

Pero también lo había hecho el niño en su interior.

Había una sola persona a quien podía recurrir. Cuando habló de su estado a Geroldo la primera reacción de él fue de sorprendida incredulidad.

—¡Santo Dios! ¿Es posible?

—Evidentemente —dijo Juana en tono seco.

Él se quedó callado un momento con la mirada perdida.

—¿Por eso no te has sentido bien?

—Sí.

No quiso mencionar el abortivo: no podía esperar que ni siquiera Geroldo lo entendiera.

Él la cogió en sus brazos y la apretó contra su cuerpo. Durante un largo rato se quedaron muy quietos, compartiendo en silencio lo que había en sus corazones.

—¿Recuerdas —dijo Geroldo— lo que te dije el día de la inundación?

—Nos dijimos muchas cosas ese día —respondió ella, pero sintió acelerarse su pulso porque sabía a qué se refería.

—Te dije que tú eras mi verdadera esposa en esta tierra y yo tu verdadero esposo. —La cogió por la barbilla y alzó sus ojos hacia él—. Te entiendo mejor de lo que crees, Juana. Sé cómo se ha desgarrado tu corazón. Pero ahora el destino ha arreglado las cosas por nosotros. Nos iremos de aquí y viviremos juntos, como debimos hacer siempre.

Comprendió que tenía razón. No había otra cosa que hacer. Todos los caminos que se habían abierto frente a ella, se estrechaban en un sendero único. Se sintió triste y temerosa, y al mismo tiempo extrañamente excitada.

—Podemos irnos mañana —dijo Geroldo—. Despide a tus chambelanes por la noche. Una vez que todos duerman, no te será difícil deslizarte por la puerta trasera. Yo estaré esperando con vestidos de mujer para que te cambies cuando estemos fuera de los muros de la ciudad.

—¡Mañana! —Había aceptado la idea de marcharse, pero sin pensar que sería tan pronto—. Pero... saldrán a buscarnos.

—Para cuando lo hagan estaremos lejos. Buscarán a dos hombres, no a un matrimonio de peregrinos.

Era un plan arriesgado, pero podía funcionar. De todos modos, ella se resistió.

—No puedo irme ahora. Todavía hay tantas cosas que quiero hacer aquí, tantas cosas que es necesario hacer.

—Lo sé, mi amor —dijo él tiernamente—. Pero no hay alternativa; seguramente tú misma lo ves.

—Espera hasta después de Pascua —propuso Juana—. Entonces me iré contigo.

—¡Pascua! ¡Pero falta casi un mes! ¿Y si alguien se da cuenta?

—Estoy sólo de cuatro meses. Bajo estos amplios ropajes puedo tener el embarazo oculto un mes más.

Geroldo sacudió la cabeza con vehemencia.

—No puedo dejarte correr ese riesgo. Debes irte de aquí ahora, mientras haya tiempo.

—No —respondió ella con igual firmeza—. No dejaré a mi pueblo sin su papa en el día más sagrado del año.

«Está asustada —pensó Geroldo—, y por eso no puede pensar con claridad». Le seguiría la corriente por el momento porque no tenía alternativa, pero prepararía las cosas para una partida inmediata. Si en cualquier momento aparecía algún peligro, se la llevaría, por la fuerza si era necesario.

En la *nox magna*, la celebración de la Gran Noche de la Pascua, miles de personas se concentraban en la catedral de Letrán y sus alrededores para participar de la vigilia, bautismo y misa pascuales. El largo servicio comenzaba el sábado por la noche y continuaba hasta la madrugada del domingo de Pascua.

Fuera de la catedral, Juana encendió el cirio pascual y se lo pasó a Desiderio, el archidiácono, que lo transportó ceremoniosamente a la iglesia oscurecida. Juana y el resto del clero lo siguieron, cantando el *Lumen Christi*, himno a la luz de Cristo. Tres veces la procesión se detuvo en su marcha por el pasillo central mientras Desiderio encendía las velas de los fieles con el cirio. Para cuando Juana llegó al altar, la gran nave estaba brillantemente iluminada con miles de pequeñas llamas y su luz trémula se reflejaba moviéndose en el mármol pulido de las paredes y columnas, en una representación teatral de la luz traída al mundo por Cristo.

—*¡Exultet jam angélica turba caelorum. Exultent divina mysteria!* —Desiderio inició lleno de gozo el *Exultet*.

El antiguo canto, con su hermosa y conmovedora melodía, tenía en los oídos de Juana una resonancia especial.

«Nunca volveré a estar ante este altar ni oiré más estos dulces sonidos», pensaba. La idea llevaba consigo una fuerte carga de nostalgia. Allí, en medio de aquella inspiradora celebración de la redención y la esperanza, era donde más cerca estaba de experimentar una verdadera fe en Dios.

—*¡O vere beata nox, quae expoliavit Aegyptios, ditavit Hebraeos! Nox, in qua terrenis caelestia junguntur...*

Al salir de la catedral, terminada la misa, Juana vio a un hombre con ropa desgarrada y manchada de barro esperando en la escalinata. Tomándolo por un mendigo hizo una señal a Víctor, el *sacellarius*, para que le diera una limosna. El hombre rechazó las monedas.

—No soy un mendigo, santidad, sino un mensajero, y vengo con noticias urgentes.

—Oigámoslas.

—El emperador Lotario y su ejército marchan a través de Paterno. A la velocidad a la que viajan estarán en Roma en dos días.

Un murmullo de alarma se levantó entre los prelados que estaban cerca.

—El cardenal Anastasio viene con ellos —añadió el mensajero.

¡Anastasio! Su presencia en la comitiva imperial era muy mala señal.

—¿Por qué lo llamas cardenal? —preguntó Juana en tono de reproche—. Anastasio ya no tiene derecho a ese título después de haber sido excomulgado.

—Perdón, santidad, pero oí al emperador llamarlo así.

Era la peor noticia. El desdén del emperador hacia la sentencia de excomunió de León era un desafío directo a la autoridad papal. Al parecer, Lotario

era capaz de todo.

Aquella noche, discutiendo sobre el nuevo giro de los acontecimientos, Geroldo la presionó otra vez para que mantuviera su promesa.

—He esperado hasta después de la Pascua, como querías. Ahora debes irte antes de que llegue Lotario.

Juana negó con la cabeza.

—Si el trono papal está vacante cuando llegue, Lotario usará su poder para hacer elegir a Anastasio.

A Geroldo no le gustaba más que a ella la perspectiva de que Anastasio fuera papa, pero la seguridad de Juana le importaba más. Dijo:

—Siempre habrá un motivo para impedirte ir, Juana. No podemos retrasar esto para siempre.

—No burlaré la confianza del pueblo dejándolo en sus manos —respondió ella con obstinación.

Geroldo tuvo un impulso casi irresistible de cogerla en brazos y llevársela, lejos de aquella peligrosa red que se cerraba sobre ella. Como si percibiera sus pensamientos Juana se apresuró a volver a hablar.

—Es cuestión de unos pocos días nada más —dijo en tono conciliador—. Sea lo que sea lo que se propone Lotario al venir, es improbable que se quede más tiempo del que necesite para realizarlo. En cuanto se haya ido me iré contigo.

Él lo meditó un momento.

—¿Y no presentarás más excusas contra nuestra marcha?

—No habrá más excusas —prometió Juana.

Al día siguiente Juana esperaba en la escalinata de San Pedro mientras Geroldo salía de la ciudad a recibir a Lotario. Se pusieron centinelas sobre la Muralla Leonina para vigilar. Poco tiempo después se oyó un grito desde la muralla:

—¡El emperador ha llegado!

Juana mandó abrir la puerta de San Peregrino.

Lotario entró el primero. Anastasio iba a su lado, provocativamente ataviado con el palio de cardenal. Su rostro patricio, de frente alta, tenía un aire de altivo orgullo.

Juana actuó como si no lo viera. Esperó en la escalinata a que el emperador desmontara y fuera hacia ella.

—Sé bienvenido, majestad, a esta Ciudad Santa de Roma. —Extendió la mano derecha, la que tenía el anillo papal.

Lotario no se arrodilló, sino que se inclinó rígidamente desde la cintura para besar el símbolo de la autoridad espiritual.

«Hasta ahora, todo bien», pensó ella.

La primera fila de los hombres de Lotario se separó y Juana pudo ver a Geroldo. Tenía la cara endurecida por la ira y alrededor de sus muñecas había una cuerda apretada.

—¿Qué significa esto? —preguntó Juana—. ¿Por qué está atado el *superista*?

—Ha sido arrestado acusado de traición, santidad —respondió Lotario.

—¿Traición? El *superista* es mi leal servidor. No hay nadie en quien confíe más.

Anastasio habló por primera vez.

—La traición no es contra vuestro trono, santidad, sino contra el trono imperial. Geroldo es acusado de conspirar para entregar Roma al control griego.

—¡Absurdo! ¿Quién hace esa acusación infundada?

Desde atrás de Anastasio apareció Daniel y fijó en Juana una mirada de malévolo triunfo.

—Yo la hago —dijo.

En la intimidad de sus aposentos, Juana se puso a resolver el problema tratando de encontrar un modo de reaccionar. Comprendía que estaba ante un complot diabólicamente inteligente. Como pontífice, ella no podía ser llevada a juicio. Pero Geroldo sí. Y si lo encontraban culpable, la implicarían a ella también. El plan tenía la marca característica de Anastasio.

«Pues bien, no se saldrá con la suya». Levantó la barbilla en gesto de desafío. Que Anastasio hiciera lo que pudiera. No ganaría. Ella seguía siendo papa, con poder y recursos propios.

Veintinueve

El gran triclinio era una adición relativamente nueva al *Patriarchium*, pero ya había adquirido importancia histórica. La pintura de sus paredes no había terminado de secarse cuando el abuelo de Lotario, Carlomagno, y el papa León III se habían reunido allí para forjar un acuerdo histórico que elevaba a Carlos de rey de Francia a emperador del Sacro Imperio Romano, y cambiaba la faz del mundo para siempre.

Los cincuenta y cinco años que habían pasado desde entonces no habían borrado el esplendor del salón. Sus tres grandes ábsides estaban cubiertos con losas de mármol blanco sin mácula y adornados con columnas de pórfido finamente tallado, con adornos de maravillosa complejidad. Por encima del revestimiento de mármol, las paredes estaban cubiertas con coloridos murales que ilustraban episodios de la vida del apóstol Pedro. Pero todas estas maravillas palidecían ante el gran mosaico que descansaba sobre el arco del ábside central. En él estaba representado san Pedro en su trono, rodeado por una aureola redonda de santo. A su derecha se arrodillaba el papa León, y a su izquierda el emperador Carlos, éstos tenían las cabezas rodeadas por una aureola cuadrada, signo de los vivos porque estaban con vida durante la construcción del triclinio.

Al frente del salón, Juana y Lotario estaban sentados en sendos tronos cuajados de piedras preciosas. Parecían sedentes pariter porque estaban sentados con igual ceremonia; los dos tronos habían sido cuidadosamente situados uno al lado del otro, al mismo nivel los dos, para no darle ninguna superioridad a uno sobre el otro. Los arzobispos, cardenales y abades de Roma estaban sentados frente a ellos en sillas de respaldo alto, de diseño bizantino, con almohadones de terciopelo verde. Los otros sacerdotes, los *optimates* y los jefes francos y romanos estaban de pie atrás, llenando cada palmo del gran salón.

Cuando todos estuvieron en su lugar, Geroldo fue conducido por hombres de Lotario, con las manos todavía atadas, frente a ellos. Los labios de Juana se apretaron cuando vio moretones oscuros en la cara y cuello de Geroldo; evidentemente, le habían pegado. Lotario se dirigió a Daniel:

—Adelántate, jefe militar, y pronuncia tu acusación de modo que todos podamos oírla.

—Oí que el *superista* le decía al papa Juan —dijo Daniel— que Roma debería formar una alianza con los griegos para poder liberar a la ciudad de la dominación franca.

—¡Mentiroso! —gruñó Geroldo, por lo que fue inmediatamente recompensado con un fuerte bofetón por uno de los guardias.

—¡Alto! —dijo Juana con rudeza dirigiéndose al guardia. Y a Geroldo—: ¿Niegas esos cargos, *superista*?

—Sí. Son falsos y maliciosos.

Juana aspiró con fuerza. Debía jugar sus cartas ahora o nunca. Hablando en voz alta para que todos pudieran oírla, dijo:

—Confirmo el testimonio del *superista*.

Hubo un murmullo escandaloso entre la asamblea de prelados. Al responder

de este modo, el papa Juan había pasado de ser juez a acusado, poniéndose a efectos del juicio al lado de Geroldo. Pascual, el *primicerius*, intervino con acento razonable.

—Santidad, la acusación no pide que la apoyéis o neguéis. Recordad las palabras del gran Carlos: *Judicare non audemos*. No se os está juzgando aquí, ni podéis ser juzgado por ninguna corte terrestre.

—Lo sé, Pascual. Pero estoy preparado para responder a estas acusaciones por mi propia voluntad, para liberar el espíritu de los hombres de cualquier sospecha injusta. —Le hizo una señal a Florentino, el *vestiarius*.

Siguiendo disposiciones acordadas previamente, Florentino se adelantó portando un gran volumen de magnífica encuadernación; era el libro de los Evangelios, que contenía la palabra sagrada de los apóstoles Juan, Lucas, Marcos y Mateo. Juana cogió el libro con reverencia. Con una voz resonante, declaró:

—Sobre estos Evangelios, en los que la palabra de Dios es revelada, juro ante Dios y san Pedro que esa conversación nunca tuvo lugar. Si no estoy diciendo la verdad, que Dios me fulmine en este mismo momento.

El gesto teatral pareció funcionar. Durante un largo rato no hubo ningún sonido.

Se adelantó Anastasio, tomando posición junto a Daniel.

—Yo me ofrezco como sacramental por este hombre —declaró con audacia.

Juana sintió que su ánimo decaía. Anastasio había respondido con el contragolpe perfecto. Había invocado la ley de *conjuratio*, según la cual la culpa o la inocencia se probaban por la cantidad de sacramentales, o garantes de juramento, que pudiera sumar cada lado para apoyar la palabra dada.

Evaluando la situación rápidamente, Arsenio se levantó de su asiento y se unió a su hijo. Uno por uno, otros se adelantaron lentamente a ponerse al lado de ellos. Jordano, el *secundicerius*, que se había opuesto a Juana en la cuestión de la escuela para mujeres, estaba entre ellos. También Víctor, el *sacellarius*.

Juana recordó con amargura las repetidas advertencias de Geroldo de tomar las cosas con más calma y ser más atenta con sus oponentes. En su ansiedad por hacer las cosas, no había tenido en cuenta su consejo.

Y en aquel momento pagaba las consecuencias.

—Yo serviré como sacramental para el *superista* —dijo una voz clara desde el fondo del salón.

Juana y los otros vieron a Radoin, segundo al mando de la guardia papal, abriéndose paso entre la multitud. Con aire marcial se puso al lado de Geroldo. Su iniciativa dio valor a otros; se adelantaron Juviano, el mayordomo principal, y los cardenales José y Teodoro, seguidos por seis obispos *suburbicani*, así como varias docenas de clérigos menores que, por estar más cerca del pueblo, podían apreciar mejor lo que Juana había hecho por ellos. El resto de la asamblea se quedó donde estaba, sin comprometerse.

Cuando todos los que quisieron hacerlo se hubieron adelantado se hizo la cuenta: cincuenta y tres hombres del lado de Geroldo y setenta y cuatro del de Daniel. Lotario se aclaró la garganta.

—El juicio de Dios se ha hecho manifiesto. Adelántate, *superista*, para recibir tu sentencia.

Los guardias fueron hacia Geroldo, pero éste se los quitó de encima con un gesto.

—La acusación es falsa, no importa cuántos quieran perjurar apoyándola. Reclamo el derecho a la ordalía.

Juana contuvo el aliento. Allí, en la parte sur del imperio, la ordalía era por fuego, no por agua. Un acusado tenía que caminar descalzo sobre una hilera de seis metros de rejas de arado calentadas al rojo. Si lo lograba, era juzgado inocente. Pero eran muy pocos los que sobrevivían a la ordalía.

Lo miró y los ojos de Geroldo le transmitieron un mensaje urgente: «No intentes detenerme».

Quería sacrificarse por ella. Si lograba vencer al fuego, su inocencia (y la de ella) quedaría probada. Pero casi con seguridad moriría en el intento.

«Igual que Hrotrud», pensó Juana. Con el recuerdo de la horrible muerte de la partera del pueblo se le ocurrió una idea.

—Antes de seguir adelante —dijo—, hay algunas preguntas que quisiera hacerle al jefe militar.

—¿Preguntas? —dijo Lotario con un gesto de irritación.

Anastasio protestó.

—Esto es altamente irregular. Si el *superista* desea someterse a la ordalía está en su derecho. O, santidad, ¿dudáis de la equidad de la justicia divina?

Juana respondió sin alzar la voz.

—En lo más mínimo. Tampoco desdeño la razón, don de Dios. ¿Qué daño puede haber en hacer unas pocas preguntas?

Incapaz de encontrar una respuesta razonable, Anastasio se encogió de hombros y se calló. Pero en su rostro había malestar.

Juana frunció el ceño concentrándose para recordar las seis preguntas evidenciarias de Cicerón.

«*Quis*».

—¿Quién —le preguntó a Daniel— aparte de ti, fue testigo de la supuesta conversación?

—Nadie —respondió él—. Pero el testimonio de estos sacramentales garantiza mi palabra.

Juana pasó a la pregunta siguiente.

«*Quomodo*».

—¿Cómo pudiste oír una conversación tan privada?

Daniel vaciló sólo un momento antes de responder.

—Pasaba por el triclinio camino del dormitorio. Al ver la puerta abierta fui a cerrarla. Fue entonces cuando oí hablar al *superista*.

«*Ubi*».

—¿Dónde estaba el *superista* en ese momento?

—Delante del trono.

—¿Más o menos donde está ahora?

—Sí.

«*Quando*».

—¿Cuándo sucedió esto?

Daniel se ahuecó nerviosamente el cuello de su túnica. Las preguntas venían tan rápido que no le daban tiempo para pensar.

—Eh... en la festividad de Santa Ágata.

«*Quid*».

—¿Qué fue exactamente lo que oíste?

—Ya se lo he dicho a la corte.

—¿Fueron ésas las palabras exactas del *superista* o un resumen aproximado de la conversación?

Daniel sonrió. ¿El papa Juan lo creía tan estúpido como para caer en una trampa tan simple? Dijo con firmeza:

—Reproduce las palabras del *superista* exactamente como las dijo.

Juana se sentó más adelante en el trono.

—A ver si te he entendido, Daniel. Según tu testimonio, el día de Santa Ágata estabas en la puerta del triclinio y oíste palabra por palabra una conversación en la que el *superista* me decía que Roma debía aliarse con los griegos.

—Correcto —dijo Daniel.

Juana se volvió hacia Geroldo.

—¿Dónde estabas el día de Santa Ágata, *superista*? —preguntó.

—Estaba en Tívoli —respondió Geroldo—, terminando los trabajos del acueducto Marciano.

—¿Hay alguien que pueda dar testimonio de ello?

—Docenas de hombres que trabajaron conmigo ese día. Todos pueden dar testimonio de mi paradero ese día.

—¿Cómo explicas eso, jefe militar? —le preguntó Juana a Daniel—. No se puede estar en dos lugares al mismo tiempo.

Daniel ahora estaba muy pálido.

—Eh... eh... —tartamudeó, buscando desesperadamente una respuesta.

—¿Podrías haberte equivocado en la fecha, jefe militar? —lo ayudó Anastasio—. Después de tantos meses, un detalle tan pequeño podría ser difícil de recordar.

Daniel aprovechó la sugerencia.

—Sí, sí. Ahora que lo pienso, sucedió algo antes... en la festividad de San Ambrosio, no en la de Santa Ágata. Me equivoqué sin querer.

—Donde hubo un error puede haber otros —respondió Juana—. Volvamos a tu testimonio. Dices que oíste cada palabra que fue pronunciada mientras estabas junto a la puerta.

—Sí —respondió Daniel lentamente, ya más desconfiado.

—Tienes buen oído, jefe militar. Por favor, demuéstranos esa extraordinaria agudeza repitiendo la hazaña.

—¿Qué? —Daniel estaba completamente desconcertado.

—Ve al otro lado de la puerta, como entonces. El *superista* pronunciará unas palabras. Volverás y nos dirás lo que has oído.

—¿Qué clase de brujería es ésa? —objetó acaloradamente Anastasio.

Lotario miró a Juana con gesto de reprobación.

—¿No creéis, santidad, que el uso de trucos de juglar socava la gravedad de

este tribunal?

—Majestad —respondió Juana—, lo que he pensado no es un truco, sino una prueba. Si Daniel está diciendo la verdad debería poder oír al *superista* ahora tan bien como lo oyó entonces.

—¡Protesto, mi señor! —dijo Anastasio—. Una cosa así es contraria a todas las pruebas legales habituales.

Lotario lo consideró. Anastasio estaba en lo cierto; el uso de pruebas para demostrar una acusación era una idea tan extraña como novedosa. Por otra parte, Lotario no tenía motivos para creer que Daniel estuviera mintiendo. Seguramente pasaría la extraña «prueba» del papa Juan y eso daría mayor credibilidad a su testimonio. Había mucho en juego en aquel juicio para dejar alguna duda de su justicia. De modo que hizo un gesto imperioso con la mano.

—Realizad la prueba.

De mala gana, Daniel cruzó toda la extensión del salón y se paró al otro lado de la puerta.

Juana se puso un dedo en los labios y mandó a Geroldo mantener silencio.

—*Rationi lege summa justitia est* —dijo con voz alta y clara: «La razón es la mayor justicia en la ley». Avisó al guardia en la puerta—: Trae a Daniel.

—Bien —preguntó cuando él estuvo ante ellos otra vez—. ¿Qué has oído?

Daniel buscó una respuesta probable.

—El *superista* repitió sus protestas de inocencia.

Los que se habían adelantado para apoyarle soltaron exclamaciones de repulsa. Anastasio dio media vuelta disgustado. El persistente gesto de irritación de Lotario se hizo más profundo.

—No son ésas las palabras pronunciadas —dijo Juana—. Y no fue el *superista* quien las pronunció. Arrinconado, Daniel estalló.

—¿Qué diferencia hay si oí realmente la conversación o no? ¡Vuestras acciones han revelado vuestras simpatías! ¿Acaso no ordenasteis obispo al griego Nicéforo?

—¡Ah! —exclamó Juana—. Eso nos lleva a la última de las preguntas: *Cur*. ¿Por qué? ¿Por qué diste falso testimonio de semejante conversación al emperador? ¡No te movió la verdad, Daniel, sino la envidia porque rechacé a tu propio hijo en favor de Nicéforo!

—¡Vergüenza! —exclamó una voz entre la multitud, a la que pronto le hicieron eco otras—: ¡Traidor! ¡Mentiroso! ¡Bribón!

Hasta los propios sacramentales de Daniel se unieron en un torrente de insultos, ansiosos por distanciarse de él.

Juana alzó una mano acallando a la asamblea. Todos esperaron a que pronunciara sentencia contra Daniel. Por un crimen tan grave, el castigo sería seguramente muy grande: le sería cortada la lengua que había pronunciado la mentira y probablemente sería descuartizado.

Juana no tenía intención de cobrar un precio tan terrible. Había logrado lo que quería, que era vengar a Geroldo. No era necesario quitarle la vida a Daniel; era un hombrecillo desagradable, rencoroso y codicioso, pero no peor que otros que había conocido. Y, de eso estaba segura, en este caso había sido poco más que un

instrumento en manos de Anastasio.

—Jefe militar Daniel —dijo con gravedad—. Desde este momento quedas despojado de tu título junto con todas tus tierras y privilegios. Abandonarás Roma hoy y permanecerás desterrado de la Ciudad Santa y sus sagrados santuarios.

La gente quedó atónita por este inusitado despliegue de *caritas*. Eustaquio, el arcipreste, aprovechó el momento.

—Alabado sea Dios y san Pedro, príncipe de los apóstoles, por medio de los cuales se ha hecho manifiesta la verdad. ¡Y larga vida a nuestro señor y sumo pontífice, el papa Juan!

—¡Larga vida! —clamó la multitud.

El sonido resonó en las paredes del salón sacudiendo las llamas de las lámparas en sus fanales de plata.

—¿Y qué esperabas? —Arsenio recorría el cuarto con agitación, frente a su hijo que estaba cómodamente sentado en uno de los divanes—. El papa Juan puede ser cándido, pero no es tonto. Lo subestimaste.

—Es cierto —admitió Anastasio—. Pero eso no importa. Estoy de nuevo en Roma... con apoyo del emperador y sus tropas.

Arsenio dejó de pasearse.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Quiero decir, padre, que estoy en posición de tomar lo que no pude ganar por elección.

Arsenio lo miraba fijamente.

—¿Tomar el trono por la fuerza? ¿Ahora?

—¿Por qué no?

—Has estado demasiado tiempo ausente, hijo mío. No sabes cómo están las cosas aquí. Es cierto que el papa Juan se ha buscado enemigos, pero hay muchos que lo apoyan.

—¿Qué sugieres, entonces?

—Sé paciente. Vuelve a Franconia y espera.

—¿Esperar qué?

—A que los vientos de la fortuna cambien.

—¿Y cuándo sucederá eso? ¡He esperado lo suficiente para reclamar lo que es mío por derecho!

—Un movimiento precipitado sería peligroso. Recuerda lo que le pasó a Juan el diácono.

Juan el diácono había sido el candidato opositor en la elección que entronizó a Sergio. Después de la elección, el perdedor marchó hacia el *Patriarchium* con un grupo de hombres armados y ocupó el trono por la fuerza. Pero los poderosos de la ciudad se unieron contra él; en cuestión de horas, el palacio fue recuperado y Juan desposeído. Al día siguiente Sergio fue ceremoniosamente consagrado papa... y la cabeza de Juan lucía en lo alto de una pica en el patio de Letrán.

—Eso no me pasará a mí, padre —dijo Anastasio con aplomo—. Lo he pensado muy cuidadosamente. Dios sabe si he tenido tiempo para pensar, hundido todos estos años en esa charca extranjera.

Arsenio sintió el golpe del mudo reproche de su hijo.

—¿Qué es exactamente lo que te propones?

—El miércoles es la festividad de la Rogativa. La misa estacional es en San Pedro. El papa Juan conducirá la procesión a la basílica. Esperaremos a que esté lejos y entonces tomaremos el *Patriarchium* por asalto. Todo habrá terminado antes de que Juan sospeche siquiera lo que está pasando.

—Lotario no ordenará a sus tropas atacar el *Patriarchium*. Sabe que un acto así uniría a Roma contra él, aun a los de su propio partido.

—No necesitamos a los soldados de Lotario para tomar el *Patriarchium*; nuestros propios guardias pueden hacerlo. Una vez que yo esté en posesión del trono, Lotario me apoyará... De eso estoy seguro.

—Quizá —dijo Arsenio—. Pero tomar el palacio papal no será fácil. El *superista* es un combatiente formidable y la guardia papal le es muy fiel.

—La principal preocupación del *superista* es la seguridad personal del papa. Con Lotario y su ejército en la ciudad, Geroldo irá como guardia a caballo en la procesión, junto con la mayor parte de sus hombres.

—¿Y luego? ¿Has pensado que Geroldo vendrá contra ti con todo el poder a su disposición?

Anastasio sonrió.

—No te preocupes por Geroldo, padre. Tengo un plan para hacerme cargo de él.

Arsenio sacudió la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. Si fallas, significará la ruina de nuestra familia, el fin de todo lo que hemos venido preparando en tantos años.

«Tiene miedo», pensó Anastasio. Comprenderlo le produjo una muda satisfacción. Toda su vida había confiado en la ayuda y consejo de su padre, al mismo tiempo que había lamentado que tuviera que ser así. Ahora, por una vez, estaba demostrando que él era el más fuerte. «Quizá —pensó Anastasio mirando al anciano con una mezcla de amor y piedad, quizás es este mismo miedo, esta falta de voluntad en el momento crucial de la prueba, lo que le ha impedido acceder a la grandeza».

La mirada que le dirigía su padre era extraña. En la profundidad de aquellos ojos tan conocidos, gastados ahora por los años, Anastasio leía la preocupación, pero algo más, algo que Anastasio no había visto antes: respeto.

Puso una mano sobre el hombro de su padre.

—Confía en mí, padre. Te haré sentir orgulloso de mí, lo prometo.

El santo día de la Rogativa era una fiesta fija, inexorablemente celebrada el 25 de abril. Como tantas otras fiestas fijas (la de la Oblación, la del trono de san Pedro, las Cuatro Témperas, la Navidad de Cristo) la raíz de su celebración podía rastrearse hasta los tiempos paganos. En la antigua Roma, el 25 de abril era la fecha de los *robitalia* o Robigales, la festividad pagana que honraba a Robigo, dios del tizón, que precisamente en esa época del año podía causar grandes perjuicios a las mieses si no era aplacado con regalos y ofrendas. Los Robigales era una fiesta que incluía una animada procesión por la ciudad y hasta los sembrados, donde se sacrificaban animales y había carreras, juegos y otras formas de diversión al aire libre. En lugar de suprimir esta vieja tradición, que sólo habría alejado a quienes se quería atraer a la verdadera fe, los primeros papas tuvieron la prudencia de mantener la fiesta, aunque

dándole un carácter más cristiano. La procesión del santo día de la Rogativa seguía yendo hasta los sembrados, pero hacía un alto en la basílica de San Pedro, donde se celebraba una solemne misa para honrar a Dios e implorarlo, mediante la intercesión de los santos, que bendijera las cosechas.

El tiempo había favorecido la ocasión. El cielo estaba azul como una tela recién teñida y sin una sola nube; el sol lanzaba una luz dorada que arrancaba chispas en los árboles y casas, y una suave brisa del norte aliviaba el calor.

Juana cabalgaba en mitad de la procesión detrás de los acólitos y defensores, que iban a pie, y de los siete diáconos regionales, a caballo. Detrás de ella iban los *optimates* y otros dignatarios del palacio apostólico. Cuando la larga procesión, con sus coloridos estandartes y banderas, atravesó el patio de Letrán, frente a la estatua de bronce de la madre de Roma, Juana cambió de posición, incómoda en su palafrén blanco; la silla debía de estar mal colocada porque ya le dolía la espalda con una molestia sorda pero profunda, que iba y venía a intervalos.

Geroldo se adelantaba y retrasaba a lo largo de los costados de la procesión, junto con los otros guardias. En aquel momento se acercó a ella, alto y asombrosamente apuesto con su uniforme de guardia.

—¿Estás bien? —le preguntó con preocupación—. Se te ve pálida.

Ella le sonrió, fortaleciéndose con la proximidad de Geroldo.

—Estoy bien.

La larga procesión tomó la Vía Sacra y Juana fue inmediatamente saludada con un coro de aclamaciones. Consciente de la amenaza que representaba la presencia de Lotario y su ejército, el pueblo había salido a las calles en número superior al habitual para expresar su amor y su apoyo al papa. Bordeaba la calle una multitud de seis metros o más a cada lado, aclamando y pidiendo bendiciones, por lo que los guardias se veían obligados a echarlos continuamente hacia atrás para que la procesión pudiera avanzar. Si Lotario necesitaba alguna prueba de la popularidad de Juana, la tenía allí.

Cantando y lanzando incienso, los acólitos se abrían paso por la antigua calle, recorrida por los papas desde épocas inmemoriales. El paso era más lento de lo habitual porque había muchos peticionarios estacionados a lo largo del camino y, como era costumbre, la procesión se detenía con frecuencia para que Juana pudiera oírlos. En una de las paradas, una mujer vieja con cabello gris y la cara llena de cicatrices se arrojó al suelo ante Juana.

—Perdonadme, santidad —dijo la mujer—, perdonad el mal que os hice.

—Levántate, buena madre, y cálmate —respondió Juana—. No me has hecho ningún daño, que yo sepa.

—¿Tan cambiada estoy que no me reconocéis?

Algo en su rostro arrugado, alzado hacia ella en actitud implorante, pulsó una cuerda de su memoria.

—¡Marioza! —exclamó Juana. La famosa cortesana había envejecido treinta años desde la vez que Juana la había visto—. Santo Dios, ¿qué te ha sucedido?

Marioza se llevó una mano a las cicatrices de la cara.

—Marcas de cuchillo. Un regalo de despedida de un amante celoso.

—¡*Deus misereatur!*

Marioza dijo con amargura:

—Una vez me dijisteis que no confiara mi destino a los favores de los hombres. Teníais razón. El amor de los hombres fue mi ruina. Y mi castigo... ¡el castigo de Dios por la mala pasada que os hice! ¡Perdonadme, santidad, o estaré condenada eternamente!

Juana le hizo la señal de la cruz.

—Te perdono con todo mi corazón.

Marioza cogió la mano de Juana y la besó. El pueblo, que había escuchado el diálogo, manifestó su aprobación con vítores.

La procesión siguió adelante. Cuando pasaban ante la iglesia de San Clemente, Juana oyó una repentina conmoción a su izquierda. Un grupo de agitadores, en las últimas filas de la multitud, tiraban piedras a la procesión. Una piedra golpeó a su caballo en el pescuezo, que retrocedió asustado e hizo saltar a Juana en la silla. Una punzada de dolor le corrió por el cuerpo. Aturdida y sin aliento, se aferró a las bridas doradas mientras los diáconos corrían hacia ella.

Geroldo localizó al grupo de agitadores antes que los demás. Volvió el caballo y salió corriendo tras ellos antes de que las primeras piedras hubieran siquiera salido de sus manos.

Al verlo, los rufianes echaron a correr. Geroldo espoleó el caballo tras ellos. Ante la escalinata de la iglesia de San Clemente los hombres se detuvieron bruscamente, sacaron las armas que llevaban escondidas en la ropa y fueron hacia él.

Geroldo sacó la espada y llamó a los guardias que lo seguían. Pero no hubo respuesta, ni sonido de cascos detrás. Estaba solo y los hombres lo rodeaban como un enjambre asesino. Geroldo empleó la espada con habilidad, controlando cada golpe; hirió a cuatro de los atacantes y recibió sólo una herida de cuchillo en el muslo antes de que lo arrancaran del caballo. Se dejó arrastrar simulando insensibilidad, aunque con la espada apretada en la mano.

En cuanto tocó el suelo saltó poniéndose de pie con la espada en la mano. Con un grito de sorpresa, el atacante más cercano fue hacia él con la espada en alto. Geroldo se movió a un lado esquivándolo y cuando el hombre hubo errado el golpe, descargó la espada sobre su brazo. El hombre cayó con el brazo cortado echando sangre. Fueron hacia él en grupo, pero esta vez Geroldo oyó los gritos de sus guardias acercándose. Un momento más y tendría ayuda. Manteniendo la espada por delante retrocedió un paso sin apartar los ojos de sus atacantes.

La daga lo sorprendió por detrás, deslizándose entre sus costillas con silenciosa malicia, como un ladrón en un santuario. Antes de que supiera qué había pasado, sus rodillas cedieron y se dejó caer suavemente, maravillándose de no sentir ningún dolor, sólo el calor de la sangre corriéndole por la espalda.

Encima de él oyó gritos y choque de aceros. Los guardias habían llegado y estaban combatiendo a los atacantes. «Tengo que unirme a ellos», pensó Geroldo y quiso coger la espada que estaba en tierra a su lado, pero ya no pudo mover la mano.

Al recuperar el aliento, Juana alzó los ojos y vio a Geroldo que salía en persecución de los que habían tirado las piedras. Vio a los otros guardias que empezaban a seguirlo, pero un grupo de hombres que había entre la multitud de aquel lado de la calle les cerraba el paso; el grupo se mantenía obstinadamente unido,

bloqueando el camino, como si obraran siguiendo un plan.

«¡Es una trampa!», comprendió Juana.

Gritó para advertirle, pero sus palabras se perdieron entre el ruido y la confusión de la gente. Espoleó a su caballo para ir hacia Geroldo, pero los diáconos sostenían con firmeza las riendas.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! —gritó, pero ellos no soltaron las riendas porque no confiaban en el caballo.

Impotente, Juana vio cómo los rufianes rodeaban a Geroldo, vio sus manos tratando de agarrarlo, cogiéndolo por el cinturón, la túnica, los brazos, arrastrándolo del caballo. Vio el último resplandor de cabello rojo cuando desaparecía bajo aquella nube de atacantes.

Se arrojó a tierra y corrió, abriéndose paso a través de un grupo de asustados acólitos. Para cuando llegó al lado de la calle la multitud se apartaba, haciendo sitio para los guardias, que iban hacia ella llevando el cuerpo flácido de Geroldo.

Lo pusieron en el suelo y ella se arrodilló a su lado. Le manaba un hilo de sangre de la comisura de los labios. Juana se quitó el largo palio del cuello, lo dobló y lo apretó con fuerza contra la herida de la espalda de Geroldo, tratando de cortar la hemorragia. No servía de nada; al cabo de unos segundos la gruesa tela estaba empapada.

Sus ojos se encontraron en una mirada que era profundamente íntima, una mirada de amor y dolorosa comprensión. Juana se sintió atenazada por el miedo, por un miedo que no había sentido antes.

—¡No! —gritó, y lo cogió en sus brazos como si la sola cercanía física pudiera evitar lo inevitable—: ¡No mueras, Geroldo! No me dejes aquí sola.

Él agitó una mano en el aire. Ella la cogió en las suyas y los labios de él dibujaron una sonrisa.

—Perla mía —dijo.

Su voz era muy débil, como si hablara desde muy lejos.

—Aguanta, Geroldo, aguanta —dijo ella con voz tensa— Te llevaremos al *Patriarchium*...

Lo vio morir aun antes de oír el estertor y sentir el peso de su cuerpo. Se inclinó sobre él, acariciándole el cabello, la cara. Estaba quieto y en paz, con los labios entreabiertos y los ojos fijos en el cielo.

Era imposible que se hubiera ido. Incluso en aquel momento su espíritu podía estar retirándose de allí en una sucesión de imágenes reflejas. Si lo intentaba podría verlo otra vez. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Si él estaba cerca, habría una señal. Si estaba, se lo haría saber.

No vio nada, no sintió nada. En sus brazos había un cadáver con la cara de Geroldo.

—Se ha marchado con Dios —dijo Desiderio, el archidiacono.

Ella no se movió. Mientras lo tuviera consigo, no se iría del todo; una parte de él seguiría con ella.

Desiderio la cogió del brazo.

—Llévemolo a la iglesia.

Ella oyó y obedeció, aturdida. No debía quedar allí, en la calle, a la vista de los

curiosos. Debía honrarse con los ritos y dignidades apropiados; era todo lo que le quedaba por hacer.

Lo soltó suavemente para no lastimarlo, le cerró los ojos y le cruzó los brazos sobre el pecho para que los guardias pudieran transportarlo con dignidad.

Cuando quiso ponerse de pie tuvo un acceso de dolor tan violento que la dobló en dos y volvió a caer al suelo jadeando. Su cuerpo se sacudía con grandes espasmos sobre los que no tenía control. Sintió una enorme presión, como si un peso hubiera caído sobre ella; el peso bajaba y sintió como si fuera a romperla en dos. «El niño. Ya viene».

—¡Geroldo! —La palabra se perdió en un terrible gemido de dolor.

Geroldo ya no podía ayudarla. Estaba sola.

—*¡Deus Misereatur!* —exclamó Desiderio—. ¡El papa está poseído por el demonio!

La gente empezó a gritar, aterrorizada.

Auriano, el primer exorcista, se adelantó. Rociando a Juana con agua bendita entonó solemnemente:

—*Exorcizo te, immundissime spiritus, oinnis incurio adversarii, omne phantasma...*

Todos los ojos estaban fijos en Juana, esperando a que el espíritu maligno le asomara por la boca o la oreja.

Ella gritó cuando, con un último dolor, la presión interior súbitamente cedió y de ella salió una gran efusión roja.

La voz de Auriano se interrumpió bruscamente, seguida por un largo silencio.

Debajo de los voluminosos ropajes blancos de Juana, de repente teñidos de sangre, apareció el diminuto cuerpecito azul de un bebé prematuro.

Desiderio fue el primero en reaccionar.

—¡Un milagro! —gritó, cayendo de rodillas.

—Brujería —exclamó otro.

Todos se persignaron.

La gente se apretujaba para ver lo que había pasado, estirando los cuellos o subiéndose unos en los hombros de otros.

—¡Atrás! —gritaron los diáconos, sacudiendo los crucifijos como mazas para mantener a distancia a la muchedumbre.

Estallaron peleas a lo largo de la procesión. Los guardias se precipitaron gritando órdenes.

Juana lo oía todo como desde lejos. Tendida en la calle en un charco de su propia sangre tuvo de pronto una trascendental sensación de paz. La calle, el pueblo, los coloridos estandartes de la procesión, todo adquiría un brillo extraño en su imaginación, como hilos de un enorme tapiz cuyo dibujo sólo en aquel momento pudiera comprender.

Su espíritu se hinchaba dentro de ella, llenando el vacío. La bañó una gran luz luminosa. La fe y la duda, la voluntad y el deseo, el corazón y el cerebro... al fin vio y comprendió que todo era uno, y que aquel uno era Dios.

La luz se hizo más intensa. Sonriendo fue hacia ella a medida que los sonidos y colores del mundo retrocedían hacia lo invisible, como la luna cuando llega el alba.

Epílogo

Cuarenta y dos años después

Anastasio, sentado en *scriptorium* en Letrán, escribía una carta. Las manos, rígidas por la artritis, le dolían a cada movimiento de la pluma. Pese al dolor seguía escribiendo. La carta era en extremo urgente y tenía que ser despachada de inmediato.

«A Su Majestad Imperial, el muy venerado Emperador Arnulfo», empezó.

Lotario había muerto hacía mucho tiempo, sólo unos meses después de marcharse de Roma. Su trono había pasado primero a su hijo Luis II y después, tras la muerte de éste, al sobrino de Lotario, Carlos el Gordo (o el Craso); ambos fueron gobernantes débiles y destacaron poco. Con la muerte de Carlos, en 888, el linaje carolingio iniciado por el gran Carlos, o Carlomagno, como se lo había empezado a llamar, había terminado. Arnulfo, duque de Carintia, había logrado quedarse con el trono pese a la oposición de una hueste de pretendientes. En términos generales, pensaba Anastasio, el cambio de dinastía había sido para bien. Arnulfo era más listo que Lotario y más fuerte. Anastasio contaba con aquellas virtudes. Ya que era necesario hacer algo respecto del papa Esteban.

Sólo hacía un mes que, para horror y escándalo de toda Roma, Esteban había mandado sacar de su tumba y trasladar al Patriarcibium el cuerpo de su predecesor el papa Formoso. Esteban sentó al cadáver en una silla y presidió un supuesto «juicio», acumulando calumnias sobre el difunto para cortarle al fin tres dedos de la mano derecha, los que usaba para conferir las bendiciones papales, en castigo por los crímenes «confesados» por Formoso.

«Apelo a vuestra majestad —escribía Anastasio— para que venga a Roma y ponga fin a los excesos del papa, que son el escándalo de toda la cristiandad».

Un súbito calambre en la mano hizo que la pluma cayera y manchara de tinta el pergamino. Maldiciendo, Anastasio secó la tinta, y estiró los dedos y se los frotó para quitarles la rigidez.

«Es curioso —pensó con sombría ironía— que un hombre como Esteban haya logrado alcanzar el papado cuando yo, tan indicado para el cargo por todas las virtudes de nacimiento y formación, no he podido hacerlo».

Se había acercado mucho, muchísimo, al ambicionado premio. Después del escandaloso descubrimiento y de la muerte de la papisa, Anastasio había ocupado el *Patriarchium* reclamando el trono para sí con la bendición del emperador Lotario.

¡Qué no habría hecho si se hubiera quedado en el trono! Pero no pudo ser. Un grupo de clérigos, pequeño pero influyente, se había opuesto tenazmente a él. Durante varios meses, el problema de la sucesión papal había sido discutido con ardor y ora parecía que prevalecería un bando, ora el otro. Al final, persuadido de que una parte considerable de los romanos nunca aceptaría a Anastasio como papa, Lotario eligió el camino fácil y le retiró su apoyo. Anastasio fue expulsado y enviado vergonzosamente al monasterio del Transtiberino.

«Todos me creyeron acabado entonces —pensaba Anastasio—. Pero me subestimaron».

Con paciencia, habilidad y diplomacia había conseguido volver y con el tiempo logró ganarse la confianza del papa Nicolás. Nicolás lo había ascendido a bibliotecario papal, puesto de poder y privilegio que tuvo durante más de treinta años.

Al llegar a la extraordinaria edad de ochenta y siete años, Anastasio era reverenciado y respetado, elogiado universalmente por su gran saber. Estudiosos y hombres de iglesia de todo el mundo iban a Roma a conocerlo y a admirar su obra maestra, el *Liber pontificalis*, la crónica oficial de los papas. Sólo hacía un mes, un arzobispo franco de nombre Arnaldo había pedido permiso para hacer una copia del manuscrito para su catedral y Anastasio se lo había concedido.

El *Liber pontificalis* era la garantía de la inmortalidad de Anastasio, la herencia que legaba al mundo. También era la venganza definitiva contra su detestado rival, la persona cuya elección aquel negro día del año 854 le había negado la gloria a la que había estado destinado. Anastasio borró a la papisa Juana de la lista oficial de papas; el *Liber pontificalis* ni siquiera la mencionaba.

No era lo que había deseado más profundamente, pero algo era. La fama de Anastasio, el Bibliotecario, y su gran obra resonaría a través de los tiempos mientras que el papa Juan, o Juana, se perdería y olvidaría.

El calambre de su mano había pasado. Anastasio cogió la pluma y siguió escribiendo.

En el *scriptorium* del palacio episcopal de París, el arzobispo Arnaldo trabajaba en la última página de su copia del *Liber pontificalis*. Por la estrecha ventana entraba la luz del sol, iluminando un haz de polvillo suspendido. Arnaldo puso la rúbrica final a la página, volvió a mirarla y dejó la pluma con cansancio.

Había sido una labor prolongada y difícil copiar todo el manuscrito del *Libro de los papas*. Los copistas del palacio se habían sorprendido al ver que el arzobispo tomaba la tarea a su cargo en lugar de asignarla a uno de ellos, pero Arnaldo tenía sus razones para obrar así. No se había limitado a duplicar el famoso manuscrito; lo había corregido. Entre las crónicas de las vidas del papa León y el papa Benedicto, ahora había un artículo sobre la papisa Juana, restaurando su pontificado a su debido lugar en la historia.

Lo había hecho tanto por un sentimiento de lealtad personal como por el deseo de ver que la verdad salía a la luz. Igual que Juana, el arzobispo no era lo que parecía. Pues Arnaldo, nacido Arnalda, era en realidad la hija del mayordomo franco Arn y su esposa Bona, con los que Juana había vivido tras su huida de Fulda. Arnalda era entonces una niña, pero nunca había olvidado a Juana: los ojos dulces e inteligentes que la habían mirado con tanta atención; el entusiasmo de sus lecciones diarias; la alegría compartida cuando Arnalda había empezado a leer y a escribir.

Tenía una gran deuda con Juana porque había sido ella la persona que había rescatado a su familia de la pobreza y la desesperación, había señalado el camino más allá del abismo negro de la ignorancia, hacia la luz del conocimiento, y había hecho posible el alto puesto que ahora ocupaba Arnalda. Inspirada por el ejemplo de Juana, Arnalda también había elegido, al acercarse a la edad adulta, disfrazarse de hombre para poder realizar sus ambiciones.

«¿Cuántas más habrá como nosotras?», se preguntaba Arnalda, no por primera vez. ¿Cuántas otras mujeres se habían atrevido a dar el salto, a abandonar sus

identidades femeninas renunciando a vidas que podrían haber sido llenadas con hijos y familia, para poder lograr lo que de otro modo les habría estado prohibido? ¿Quién podía saberlo? Bien podía ser que Arnalda se hubiera cruzado sin saberlo con otro ser cambiado, en la catedral o el claustro, en una hermandad secreta hasta para ellas mismas.

Sonrió al pensarlo. Buscó dentro de su túnica arzobispal y tocó el medallón de madera de santa Catalina que le colgaba del cuello. Lo había llevado siempre desde el día en que se lo había dado Juana, hacía más de cincuenta años.

Al día siguiente haría encuadernar el manuscrito en el mejor cuero estampado con letras de oro y lo haría poner en los archivos de la biblioteca catedralicia. Así, al menos en un sitio, quedaría un registro de la papisa Juana, quien, aunque mujer, fue un buen y leal vicario de Cristo. Algún día alguien encontraría la historia y volvería a contarla.

«La deuda ha sido pagada —pensó Arnalda—. *Requiesce in pace, Johanna Papissa*».

Nota de la autora

¿Existió la papisa Juana?

Partout o  vous voyez une l gende, vous pouvez  tre s r, en

allant au fond des choses, que vous trouverez une histoire.

Siempre que est s ante una leyenda, puedes estar seguro de

que, si llegas al verdadero fondo de las cosas, encontrarás una historia.

Vallet de Viriville

La papisa Juana es uno de los personajes más fascinantes y extraordinarios de la historia occidental y uno de los más desconocidos. Son pocos los que han oído hablar de Juana, la papisa, y éstos en su mayoría la creen inventada.

Pero durante cientos de años, hasta mediados del siglo XVII, el reinado de Juana fue universalmente conocido y aceptado como verdad. En aquel siglo, la Iglesia católica, bajo ataques cada vez más duros por parte de la creciente corriente protestante, empezó a reunir esfuerzos para borrar las comprometedoras huellas históricas de Juana. En el Vaticano se destruyeron cientos de manuscritos y libros que hacían alusión a ella. La virtual desaparición de Juana de la conciencia moderna atestigua la eficacia de aquellas medidas.

Hoy, la Iglesia católica presenta dos argumentos principales contra el papado de Juana: la ausencia de cualquier referencia al respecto en documentos contemporáneos y la falta de un período de tiempo suficiente entre el reinado de su predecesor, León IV, y el comienzo del reinado de su sucesor, Benedicto III.

Pero estos argumentos no son concluyentes. No puede sorprender que Juana no aparezca en registros contemporáneos, dado el tiempo y la energía que la Iglesia, según su propia admisión, ha dedicado a expurgar sus menciones. El hecho de que viviera en el siglo IX, el más oscuro de la edad oscura, hizo más fácil la tarea de borrar su reinado. El siglo IX fue una época de analfabetismo generalizado y se caracteriza por su extraordinaria escasez de documentos escritos. Hoy la investigación del período se basa en documentos fragmentados, incompletos, contradictorios y poco seguros. No hay registros de corte, de tierras, o relatos de la vida diaria. Salvo por una historia cuestionable, el *Liber pontificalis* (que los estudiosos han calificado como «documento de propaganda»), no hay registro continuo de los papas del siglo IX: quiénes fueron, cuándo reinaron, qué hicieron. Por ejemplo, fuera del *Liber pontificalis* apenas si puede hallarse alguna menc n del sucesor de Juana, el papa Benedicto III, aun cuando él no fue blanco de una campaña de obliteración.

Existe una vieja copia del *Liber pontificalis* que contiene un relato del papado de Juana. Ese artículo es evidentemente una interpolación posterior, torpemente

agregada al cuerpo principal del texto. No obstante, esto no lo hace necesariamente falso; un escribiente posterior, convencido por el testimonio de cronistas menos sospechosos políticamente, puede haberse sentido moralmente obligado a corregir el registro oficial. Blondel, el historiador protestante que examinó el texto en 1647, concluyó que el artículo sobre Juana fue escrito en el siglo XIV. Basó su opinión en variaciones de estilo y letra, elementos de prueba que, en el mejor de los casos, son subjetivos. Subsisten preguntas importantes sobre este documento. ¿Cuándo fue escrito el pasaje en cuestión? ¿Y por quién? Un segundo examen del texto usando métodos modernos de datación, cosa que no ha sido intentada aún, podría dar algunas respuestas interesantes.

La ausencia de Juana de los registros eclesiásticos contemporáneos es lo que podría esperarse. El clero romano de la época, abrumado por el gran engaño en que había caído, pudo hacer todo lo que estuviera a su alcance por eliminar todo informe escrito del incómodo episodio. En realidad, habrían sentido que era su deber hacerlo. Hincmar, contemporáneo de Juana, suprimía frecuentemente información perjudicial para la Iglesia en sus cartas y crónicas. Ni siquiera el gran teólogo Alcuino estaba por encima de estos escamoteos de la verdad; en una de sus cartas admite haber destruido un relato sobre el adulterio y la simonía del papa León III.

De modo que, como testigos, los contemporáneos de Juana son muy sospechosos. Esto es especialmente cierto entre los preladados romanos, que tenían fuertes motivos personales para suprimir la verdad. En las raras ocasiones en que un papado fue declarado nulo, como acaso sucedió con el de Juana una vez que se descubrió su identidad femenina, todos los nombramientos hechos por el papa depuesto se volvían inmediatamente no válidos. Todos los cardenales, obispos, diáconos y sacerdotes ordenados por ese papa eran despojados de sus títulos y cargos. No puede sorprender, entonces, que los registros llevados o copiados por estos mismos hombres no hagan mención de Juana.

Bastan los ejemplos recientes de Nicaragua y El Salvador para ver cómo un esfuerzo estatal decidido y bien coordinado puede hacer «desaparecer» testimonios incómodos. Sólo con la distancia del tiempo, la verdad, mantenida viva por la indestructible memoria del pueblo, empieza a emerger lentamente. Y, de hecho, no falta documentación sobre el papado de Juana en siglos posteriores. Frederick Spanheim, el erudito historiador alemán que realizó un amplio estudio sobre el asunto, cita no menos de «quinientos» manuscritos antiguos que mencionan el papado de Juana, incluyendo a autores tan reconocidos como Petrarca y Boccaccio.

Hoy la postura oficial de la Iglesia es que Juana fue una invención de los reformistas protestantes, que intentaban denunciar la corrupción papal. Pero la historia de Juana empezó a mencionarse siglos antes de que naciera Martín Lutero y la mayoría de estas menciones son de autores católicos, a menudo situados muy alto en la jerarquía eclesiástica. La historia de Juana fue aceptada incluso en historias oficiales dedicadas a los papas. Su estatua estuvo situada, sin discusión, junto a las de los otros papas, en la catedral de Siena hasta 1601, cuando por orden del papa Clemente VIII se «metamorfosó» súbitamente en un busto del papa Zacarías. En 1276, después de ordenar una minuciosa búsqueda en los archivos papales, el papa Juan XX cambió su título por Juan XXI, en reconocimiento oficial del reinado de Juana como papa Juan

VIII. La historia de Juana fue incluida en el libro oficial que sirvió de guía de Roma para los peregrinos durante más de trescientos años.

Otra sorprendente prueba histórica la da el bien documentado proceso de Jan Hus (1413). Hus fue condenado por predicar la herejía de que el papa es falible. En su defensa, Hus citó muchos ejemplos de papas que habían pecado y cometido crímenes contra la Iglesia. A cada uno de esos cargos los jueces, todos hombres de iglesia, respondieron con detalle negando las acusaciones de Hus y calificándolas de blasfemas. Sólo una de las afirmaciones de Hus pasó sin respuesta: «Muchas veces los papas han caído en pecado y error, por ejemplo cuando fue elegida Juana, que era una mujer». Ninguno de los veintiocho cardenales, cuatro patriarcas, treinta arzobispos, doscientos seis obispos y cuatrocientos cuarenta teólogos acusaron a Hus de mentira o blasfemia por haber dicho esto.

En cuanto al segundo argumento de la Iglesia contra la existencia de la papisa Juana, que no hubo suficiente tiempo entre los papados de León IV y Benedicto III para que reinara, también es cuestionable. El *Liber pontificalis* es claramente incorrecto en materia de fechas de ascensos y muertes papales; muchas de las fechas citadas se sabe que fueron completamente inventadas. Dada la fuerte motivación de un cronista contemporáneo para ocultar el papado de Juana, no podría sorprender que la fecha de la muerte de León se avanzara del 853 al 855, de modo que cubriera los dos años del reinado de Juana, para hacer parecer que el papa Benedicto III había sucedido inmediatamente a León^[1].

La historia da muchos otros ejemplos de falsificaciones de documentos igualmente deliberadas. Los partidarios de los Borbones dataron el reinado de Luis XVIII desde el día de la muerte de su hermano y simplemente omitieron el reinado de Napoleón. Pero no pudieron eliminar a Napoleón de los documentos históricos porque su gobierno quedó registrado en innumerables crónicas, diarios, cartas y otros documentos. En el siglo IX, en cambio, el trabajo de borrar a Juana del registro histórico fue mucho más fácil.

También hay pruebas circunstanciales difíciles de explicar si no hubiera habido nunca una papisa. Un ejemplo es el llamado Examen de la Silla, parte de la ceremonia de coronación papal en la Edad Media, durante casi seiscientos años. Cada papa recién elegido se sentaba en la *sella stercoraria* («silla estercórea»), que estaba agujereada por el centro como una taza de váter actual, y donde se examinaban sus genitales para dar prueba de su masculinidad. Después, el examinador (normalmente un diácono) informaba solemnemente al pueblo reunido: *Mas nobis nominus est*, «Nuestro nominado es hombre». Sólo después se le entregaban las llaves de San Pedro. Esta ceremonia continuó hasta el siglo XVI. Incluso Alejandro Borgia fue obligado a someterse a la prueba, pese a que en las fechas de la elección su esposa le había dado ya cuatro hijos, que él reconocía con orgullo.

La Iglesia católica no niega la existencia de la silla agujereada, ya que existe en Roma hasta el día de hoy. Ni nadie niega el hecho de que fuera usada durante siglos en la ceremonia de coronación papal. Pero muchos argumentan que la silla se usaba sólo por su aspecto elegante e impresionante; el hecho de que tuviera un agujero, dicen, es casual. El nombre de *sella stercoraria* se cree que deriva de las palabras que se dirigían al papa cuando estaba sentado en ella: *Suscitans de pulvere egenem, et de stercore*

erigens pauperem ut sedeas cum principibus..., «[Dios] eleva al necesitado del polvo y al pobre del estiércol para sentarlo con los príncipes...».

Este argumento parece dudoso. La silla, evidentemente, había servido alguna vez como retrete o posiblemente como sillón obstétrico. ¿Es concebible que un objeto con asociaciones tan crudas fuera a usarse como trono papal sin alguna buena razón? Y si el Examen de la Silla es una ficción, ¿cómo explicar las innumerables bromas y canciones que corrieron entre el populacho romano durante siglos? Es cierto que eran tiempos de ignorancia y superstición, pero la Roma medieval era una comunidad muy interconectada: el pueblo vivía a pocos metros del palacio papal; en casi todas las familias había padres, hermanos, hijos y primos que pertenecían al clero y asistían a las coronaciones papales, por lo que debían de saber la verdad sobre la *sella stercoraria*. Incluso existe un testigo ocular que relató el Examen de la Silla. En 1404, el galés Adam de Usk viajó a Roma y permaneció allí dos años durante los que llevó un diario de sus observaciones. Su descripción detallada de la coronación del papa Inocencio VII incluye el Examen de la Silla.

Otra interesante prueba circunstancial es la «calle evitada». El *Patriarchium*, residencia del papa y catedral episcopal (ahora San Juan de Letrán), está en el extremo opuesto de la basílica de San Pedro; las procesiones papales en consecuencia solían cruzar la ciudad. Un rápido vistazo a cualquier mapa de Roma pondrá de manifiesto que la Vía Sacra (actualmente Vía San Giovanni) es el camino más corto y directo entre estos dos puntos; de hecho se utilizó por eso durante siglos (de aquí su nombre). Es la calle en la que se dice que Juana dio a luz a su hijo muerto. Poco después, las procesiones papales empezaron a evitar deliberadamente la Vía Sacra, «en aborrecimiento de aquel hecho».

La Iglesia afirma que la desviación se hizo simplemente porque la calle era demasiado estrecha para que las procesiones pasaran por ella hasta el siglo XVI, cuando fue ensanchada por el papa Sixto V. Pero esta explicación no es satisfactoria. En 1486 Juan Burcard, obispo de Orta y maestro de ceremonias de cinco papas sucesivos (cargo que le dio un conocimiento íntimo de la corte papal), describe en su diario lo que sucedió cuando una procesión papal rompió la costumbre y recorrió la Vía Sacra:

Tanto al ir como al volver [el papa] pasó por el camino próximo al Coliseo y por esa calle recta donde... Juan Angélico dio a luz a un niño... Por esta razón... los papas, en sus salidas, nunca pasan por esa calle; el papa fue criticado por el arzobispo de Florencia, el obispo de Massano y Hugo de Vencii, el subdiácono apostólico...

Cien años «antes» la calle había sido ensanchada, por lo que esta procesión podría haber ido por la Vía Sacra sin dificultades. El relato de Burcard también aclara que el reinado de Juana era admitido en su época por los más altos funcionarios de la corte papal.

Dada la oscuridad y confusión de la época, es imposible determinar con certeza si Juana existió o no. Es posible que nunca llegue a saberse la verdad de lo que sucedió en el año 855. Por eso he preferido escribir una novela a un estudio histórico. Aunque basada en los hechos de la vida de Juana tal como se han conservado, el libro es de todos modos una obra de ficción. Poco se sabe sobre la primera parte de la vida de Juana, salvo que nació en Ingelheim, de padre inglés, y que fue monje en el

monasterio de Fulda. Necesariamente tuve que completar las piezas que faltaban de su historia.

No obstante, los hechos principales de la vida adulta de Juana tal como aparecen en este libro son históricos. Los sarracenos saquearon San Pedro en 847 y fueron derrotados en el mar en 849; hubo un incendio en el Borgo en 848 y una riada del Tíber en 854. La *inctintio* se hizo popular como método de comunión en Franconia durante el siglo IX. Anastasio fue realmente excomulgado por el papa León IV; tras su restitución como bibliotecario papal por el papa Nicolás, se le reconoce como autor de las vidas contemporáneas del *Liber pontificalis*. Las muertes de Teodoro y León en el palacio papal realmente tuvieron lugar, lo mismo que el proceso que enfrentó al jefe militar Daniel contra el *superista* papal. La glotonería y gota del papa Sergio están registradas históricamente, lo mismo que su reconstrucción del Orfanato. Anastasio, Arsenio, Gottschalk, Rabano Mauro, Lotario, Benedicto y los papas Gregorio, Sergio y León son figuras históricas reales. Los detalles de la ambientación han sido meticulosamente investigados: la información sobre ropa, comida y tratamiento médico se ajusta a la verdad.

Hice algunas modificaciones en beneficio de la narración. Necesitaba una incursión vikinga en Dorstadt en el año 828, aunque en realidad tuvo lugar en 834. De modo similar, hice que el emperador Lotario bajara dos veces a Roma para enfrentarse con el papa, aunque en realidad la primera vez fue en su lugar su hijo Luis, rey de Italia. Los cadáveres de los santos Marcelino y Pedro fueron robados de sus tumbas en 827, no en 855; Juan, el antipapa, el predecesor de Sergio, no fue asesinado después de su derrocamiento, sino sólo encarcelado y luego desterrado. Anastasio murió en el año 878, no en 897. Estas inexactitudes deliberadas son, confío, excepcionales; en general he procurado ceñirme a la realidad histórica.

Algunas circunstancias descritas en *La papisa* pueden parecer asombrosas según nuestra perspectiva, pero no lo eran para la gente de la época. El colapso del Imperio romano y la quiebra resultante de la ley y el orden llevaron a una barbarie y una violencia casi sin precedentes. Como lamentaba un cronista contemporáneo, fue «una edad de la espada, del viento y del lobo». La población de Europa se había reducido casi a la mitad por una desastrosa serie de hambrunas, epidemias, guerras civiles e invasiones de «bárbaros». La esperanza media de vida era muy corta: menos de un cuarto de la población llegaba a los cincuenta años. Y no había poblaciones grandes; las mayores no pasaban de dos o tres mil habitantes. Las vías romanas se habían echado a perder, los puentes habían desaparecido.

El orden social y económico que ahora llamamos feudalismo no había empezado todavía. Europa seguía siendo un solo país: Alemania no existía como nación separada, ni Francia ni España ni Italia. Las lenguas romances todavía no habían evolucionado a partir del latín; no había idiomas francés ni español ni italiano, sino sólo una variedad de formas de latín degenerado y muchos dialectos locales. El siglo IX tuvo, en resumen, una sociedad en transición de una forma de civilización, ya muerta hacía mucho tiempo, a otra que aún no había nacido, con todos los fermentos y desórdenes que esto supone.

La vida en estos tiempos difíciles era especialmente dura para las mujeres. Fue una era misógina, en completo acuerdo con las diatribas antifemeninas de los

Padres de la Iglesia, con san Pablo y Tertuliano a la cabeza: «¿Acaso no sabes que eres Eva?... Eres la puerta de entrada del demonio, la traidora del árbol, la primera desertora de la Ley Divina; eres la que convenció a aquel a quien el diablo no se atrevía a acercarse... a causa de la muerte que merecías, hasta el Hijo de Dios tuvo que morir».

Se creía que la sangre menstrual agriaba el vino, volvía estériles los campos, quitaba el filo al acero, enmohecía el hierro e infectaba las mordeduras de perro con un veneno incurable. Con pocas excepciones, las mujeres eran tratadas como menores perpetuos, sin derechos legales ni de propiedad. Por ley podían ser golpeadas por sus maridos. La violación era considerada igual que un robo menor. Se desalentaba la educación de las mujeres porque se consideraba que una mujer culta no sólo no era natural, sino que además era peligrosa.

No puede sorprender, entonces, que una mujer eligiera disfrazarse de hombre para escapar a semejante existencia. Aparte de Juana, hubo otras mujeres que lograron llevar adelante la impostura. En el siglo III, Eugenia, hija del prefecto de Alejandría, entró en un monasterio disfrazada de hombre y con el tiempo llegó a ser «abad». Su verdadera identidad pasó inadvertida hasta que se vio obligada a revelarla como último recurso para refutar la acusación de haber desflorado a una doncella. En el siglo XII, santa Hildegunda, usando el nombre de José, fue monje de la abadía de Schönau y vivió entre los demás monjes hasta su muerte, muchos años después^[21].

La luz de la esperanza encendida por aquellas mujeres brilló con timidez en la gran oscuridad, pero nunca se apagó del todo. Siempre hubo oportunidades para mujeres lo bastante fuertes para soñar. *La papisa* es la historia de una de esas soñadoras.

Cronología de los hechos más importantes de la novela

814 Carlomagno muere el 28 de enero. Juana nace el mismo día. Ludovico Pío (Luis el Piadoso) es coronado emperador.

823 En Roma, Teodoro el *primicerius* y León el *nomenclator* son asesinados en el palacio papal. El papa Pascual defiende a los asesinos y condena a las víctimas, diciendo que sus muertes han sido actos de justicia.

824 La Constitutio Romana concede al emperador franco el derecho de sancionar a los papas recién elegidos.

828 Los vikingos saquean Dorstadt.

829 Gottschalk es liberado de sus votos monásticos por el Sínodo de Maguncia.

833 Lotario, hijo de Ludovico Pío, dirige a sus hermanos rebeldes contra su padre. Traicionado y derrotado en el «campo de las mentiras», Ludovico es despojado del poder.

834 Una contrarrevolución restaura a Ludovico en el trono. Ludovico perdona a sus hijos, devolviéndoles sus tierras y honores.

840 Muere Ludovico Pío. Lotario le sucede en el trono.

841 Los hermanos de Lotario, Carlos el Calvo y Luis el Germánico, se rebelan contra él. Los ejércitos se enfrentan en Fontenoy el 25 de junio en una sangrienta batalla que deja al imperio sin defensa ante los vikingos.

844 Muere el papa Gregorio. Sergio es elegido papa. Las tropas francas bajan a Roma para imponer la Constitutio Romana. Los vikingos saquean París.

846 Los sarracenos atacan Roma y saquean San Pedro.

847 Muere el papa Sergio. León es elegido papa. Comienza la construcción de la Muralla Leonina.

848 Incendio en el Borgo. Gottschalk predica la herejía de la doble predestinación.

849 Los sarracenos son derrotados en la batalla naval de Ostia.

852 La Muralla Leonina es acabada y bendecida el 27 de junio.

853 Muere León. Juana es elegida papa.

854 Sínodo de Roma. Desbordamiento del Tíber.

855 Juana muere. Anastasio se apodera del trono papal, pero lo expulsan al cabo de dos meses. Nombran papa a Benedicto.

Notas

^[1] Dos de las más contundentes pruebas materiales contra el papado de Juana se basan en el supuesto de que León IV murió en el año 855. 1) Una moneda con el nombre del papa Benedicto en un lado y el emperador Lotario en el otro. Dado que Lotario murió el 28 de septiembre de 855 y en la moneda vemos a Benedicto y a Lotario vivos al mismo tiempo, Benedicto no pudo haber subido al trono después de 855. 2) En un decreto fechado el 7 de octubre de 855, el papa Benedicto confirma los privilegios del monasterio de Corbie, indicando otra vez que había subido al trono aquel año. Pero estas «pruebas» pierden sentido si León hubiera muerto en 853, o en 854, porque entonces sí quedaría tiempo para que Juana hubiera reinado antes de que subiera al trono Benedicto, en 855.

^[2] Hay otros ejemplos más modernos de mujeres que lograron hacerse pasar por hombres: Mary Reade, que fue pirata a comienzos del siglo XVIII; Hannah Snell, soldado y marino en la marina inglesa; una mujer del siglo XIX cuyo verdadero nombre desconocemos pero que, con el nombre de James Barry, llegó al cargo de inspector general de los hospitales ingleses; y Loreta Velázquez, que combatió con la guerra civil norteamericana, en el bando sureño, participando en la batalla de Bull Run con el nombre de Harry Bulford. Más recientemente, Teresinha Gomes de Lisboa pasó dieciocho años haciéndose pasar por hombre; militar muy condecorado, alcanzó el rango de general en el ejército portugués y sólo fue descubierta en 1994 cuando fue arrestada por cargos de fraude financiero y obligada por la policía a pasar un examen físico.
